LA TUMBA DE SAN PEDRO Y LAS CATACUMBAS ROMANAS

Los monumentos y las inscripciones

POR

ENGELBERTO KIRSCHBAUM, S. I.
EDUARDO JUNYENT, PBRO.
JOSE VIVES, PBRO.

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • MCMLIV

NIHIL OBSTAT:

DR. JOSÉ LUIS LAZCANO,
Censor

IMPRIMATUR:

† JUAN,
Ob. aux. y Vic. gral.
Madrid, 6 octubre 1954.

INDICE GENERAL

LIBRO III

LAS INSCRIPCIONES DE LAS CATACUMBAS

PROEMIO

ENTRE los ya numerosos volúmenes de la BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, *que se propone recoger principalmente la doctrina y el pensamiento de la Iglesia y de sus más eximios representantes de todas las épocas a partir de la venida del Salvador, no podía faltar uno, al menos, dedicado a presentar aquella doctrina y aquel pensamiento en la época heroica de su primera expansión por el Occidente, según se manifiesta de manera tan espontánea y viviente en las inscripciones cristianas de los primeros siglos de nuestra era.*

Es lo que nos propusimos al concebir la presente obra, que aceptó complacida la Dirección de la B. A. C. Entre los millares de inscripciones latinas de esta clase ostentan la primacía por su número y su calidad las de las catacumbas romanas, cuyos variados y piadosos formularios fueron la fuente y modelo de casi todos los demás esparcidos por las provincias del Imperio de Occidente. Por esto nuestra colección, núcleo originario del presente volumen, quiere recoger gran parte de los textos mejor conservados de la epigrafía romana catacumbal, en la que palpita el sentir y vivir de aquella primitiva comunidad cristiana, madre de todas nuestras iglesias.

Pero estos textos, para que cobren todo su valor y se hagan más inteligibles, parecíónos debían ir acompañados de la descripción adecuada de los monumentos para que habían sido formulados. Y nadie más capacitado en España para redactar esta exposición que el actual director del Museo episcopal de Vich, Mons. Eduardo Junyent, quien durante varios cursos había regentado en el Pontificio Instituto de Arqueología Cristiana, de Roma, la cátedra dedicada especialmente al estudio de las catacumbas. El Dr. Junyent, al llevar a cabo, por invitación nuestra, este trabajo, no se ha limitado, como podrá verse, a esta sencilla descripción de los cementerios romanos con todos sus santuarios, criptas y ga-

lerías, sino que, para hacerla más provechosa, la ha enriquecido con una larga introducción que viene a ser un verdadero tratado de arqueología cristiana sepulcral, el más importante, sin duda, escrito hasta ahora en España, y, al fin, con otro tratado, no menos interesante, sobre la iconografía tan impregnada de simbolismo de todo el arte cristiano primitivo; tratados que han de prestar excelentes servicios tanto a los estudiantes y estudiosos de nuestros centros culturales eclesiásticos y civiles como a los artistas que hayan de decorar nuestras iglesias. Para hacer más atractiva y comprensible su exposición, el sabio maestro la ha hecho ilustrar con una riquísima serie de diseños a pluma debidos al joven artista vicense señor Vilá Moncau, además de las numerosas láminas que reproducen fotografías de los mismos monumentos.

Naturalmente, en una descripción de los primitivos santuarios de los mártires romanos debía ocupar lugar preeminente la del príncipe de los apóstoles, San Pedro. Las trascendentales excavaciones llevadas a término recientemente bajo la basílica vaticana para descubrir su venerable tumba hacían aún más necesario un capítulo especial de nuestro libro dedicado al tema. Con plena autoridad y conocimiento de causa sólo podría redactarlo alguno de los directores de dichas excavaciones. Uno de ellos, el R. P. Kirschbaum, de la Pontificia Universidad Gregoriana, aceptó gustoso el encargo de prepararlo, y lo ha hecho, como van a experimentar los lectores, con la soltura y maestría que tanto le han acreditado ya en sus numerosas publicaciones. También aquí una serie de preciosas ilustraciones harán más sugestiva la documentada síntesis de la historia de la tumba del Apóstol; su humilde nacimiento, su prodigioso desarrollo monumental y su apoteósico triunfo.

He ahí explicada la génesis de las tres partes de este volumen, que se han dispuesto por orden de dignidad, podríamos decir: primero, el capítulo dedicado a los monumentos erigidos en torno y como glorificación de la memoria apostólica; segundo, el referente a la descripción de los santuarios de los demás mártires romanos, y tercero, como apéndice documental, la colección de textos epigráficos que vivifican aquellos monumentos y su historia.

JOSÉ VIVES.

Barcelona, mayo de 1954.

L I B R O   I

La Tumba de San Pedro

POR EL

P. Dr. Engelberto Kirschbaum, S. I.

LIBRO I

La Tumba de San Pedro

POR

P. Dr. Engelberto Kirschbaum, S. I.

PREAMBULO

Este estudio sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles compendia varios trabajos ya publicados en diversas revistas. He tratado de unirlos de tal manera que faciliten una ojeada de conjunto sobre los resultados de las excavaciones llevadas a cabo bajo la basílica de San Pedro, con preferencia acerca los elementos de carácter cristiano. En algunas de las notas respondo a ciertas críticas de mayor peso hechas a la «Relación» oficial de dichas excavaciones, pero sólo muy brevemente para no cambiar el carácter de esta exposición informativa.

Agradezco vivamente a la Dirección de la Fábrica de San Pedro por haber permitido gentilmente la reproducción del material ilustrativo. Especial gratitud debo al R. Dr. J. Vives, de la Biblioteca Balmes, quien no sólo ha cuidado de la traducción del original alemán, sino que también, con paciencia de amigo, se ha interesado por el desarrollo del trabajo y por su impresión.

E. KIRSCHBAUM, S. I.

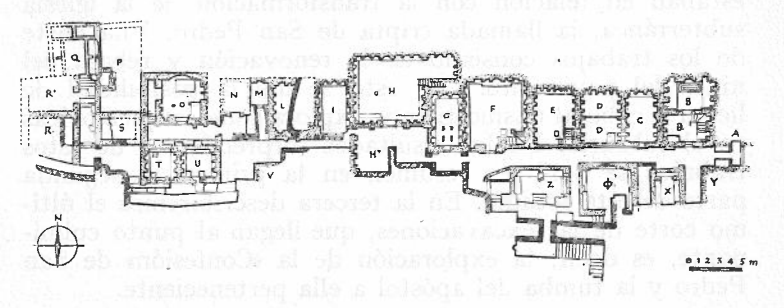
LA TUMBA DE SAN PEDRO

Las excavaciones que por encargo del papa Pío XII empezaron en 1940 bajo la iglesia de San Pedro de Roma, estaban en relación con la transformación de la iglesia subterránea, la llamada cripta de San Pedro. Una parte de los trabajos consistió en la renovación y rebaja del nivel del pavimento. Con esto se dió la posibilidad de llevar a cabo al mismo tiempo exploraciones arqueológicas en el subsuelo. De los resultados sorprendentes de estos trabajos se dará un resumen en la primera y segunda parte de este estudio. En la tercera describiremos el último corte de las excavaciones, que llegan al punto culminante, es decir, la exploración de la «Confesión» de San Pedro y la tumba del apóstol a ella perteneciente.

I. La necrópolis vaticana

Era ya de mucho tiempo conocido que debajo de la iglesia de San Pedro se hallaban sepulturas paganas. Alguna ya apareció en ocasión de los trabajos realizados en la Confesión en los años 1615 a 1626, y otras debajo del atrio y en la plaza contigua. Pero las actuales excavaciones han superado con mucho todo aquello. Se han podido poner completamente al descubierto dos hileras de magníficos mausoleos que nos dan una clara e impresionante idea de la necrópolis vaticana. Los monumentos sepulcrales se alinean en dirección oeste-este en el declive de la colina vaticana, y debieron formar un tiempo en su conjunto uno de los más grandiosos cementerios de la antigua Roma (fig. 1). La más antigua de estas hileras de mausoleos está pegada por detrás, hacia el norte, de tal manera a la colina, que por allí sólo quedan visibles sobre la tierra las partes superiores de dichos monumentos. La algo más moderna hilera de mausoleos que, separados por un estrecho callejón, se extienden hacia el sur, paralela a la otra, no tiene contacto alguno con la colina y se levanta sobre tierra libre por todos lados (lám. 1).

Los mausoleos de la hilera norte tienen en la parte inferior generalmente arcosolios y en la superior nichos con urnas cinerarias (láms. 2, 3, 4), mientras que las del sur presentan dos hileras de arcosolios una encima de la otra y sólo muy pocos nichos con urnas cinerarias. Reaparece, pues, aquí el cambio de rito en los enterramientos que se introdujo en Roma durante el curso del siglo II después de Cristo. Mientras que antes predominaba generalmente la incineración de los cadáveres, hacia el fin de la



Construcciones preconstantinianas.
Construcciones constantinianas.
Construcciones del siglo XVI.
Construcciones modernas.

Fig. 1.—Planta de la necrópolis vaticana.

segunda centuria fué casi del todo eliminada. El paralelismo de estas particularidades, con las que ya eran conocidas de la gran necrópolis de la «Isola sacra» de Ostia, permite concluir con fundamento que son de la misma época.

La formación del complejo vaticano durante el siglo II aparece clara por otras particularidades de naturaleza histórica y epigráfica. Sólo que hay que tener cuidado en no deducir de esto que toda la necrópolis vaticana se formó en este tiempo. Por el contrario, hay significativas señales de que en la erección de los mausoleos del siglo II se edificó sobre lugares de sepultura más antiguos. Además, ya hallazgos anteriores nos aseguran la existencia de la necrópolis en la primera centuria. Es, por tanto, del todo erróneo, como se ha intentado aquí y allá, colocar la formación de la necrópolis vaticana en el siglo II y después llevar esta conclusión a la tumba de San Pedro.

Por lo general, causan los mausoleos admiración por su rica disposición. Los trabajos de estuco con que, como

frisos de adorno y relieves figurativos, van revestidas las paredes y techos, alcanzan en muchos casos alta cualidad artística. Principalmente el gran mausoleo que erigió para su familia un Valerio Herma, no tiene par en riqueza y excelentes trabajos de estuco. También está representada en la necrópolis la buena pintura y el fino mosaico en muros y pavimentos con motivos decorativos simbólicos, paisajes y, sobre todo, escenas mitológicas.

Es asimismo muy rica la colección de sarcófagos, frecuentemente con motivos báquicos y, entre ellos, obras de primera categoría del incipiente siglo III.

De entre todos estos tesoros nos permitimos hacer destacar los siguientes:

En el mausoleo Z se encuentra un suntuoso sarcófago bien conservado del tiempo de Severo, con las representaciones del triunfo de Baco y el encuentro de Ariadna. Cerca de él está emplazado el mausoleo *de los Marcios*, con otro sarcófago grande que muestra en el centro una espléndida figuración del dios joven (lám. 5) y pinturas mitológicas en los muros, las cuales, sin embargo, están algo esfumadas. Bien conservada, en cambio, está una pintura en E, representando un elegante cesto de flores entre dos grandes pavos reales, el antiguo símbolo de la inmortalidad. Ahí se encontraron también tapiados dos admirables vasos de alabastro que servían de urnas funerarias (lám. 6). De particular elegancia y cualidad son los ya mencionados relieves en estuco en el mausoleo H de los Valerios. Aquí hay especialmente representaciones de bacantes y sátiros danzando, que sorprenden por su graciosa soltura (lám. 7). Los Hermes, que ocupan la mitad superior de los muros, llevan impresionantes cabezas de fantasía. En este tan ricamente decorado mausoleo se hallaron algunos hermosos retratos de familia, parte en mármol y parte en estuco dorado. Un sarcófago de finales del siglo III, con representaciones de caza de leones, tiene en la tapa la inscripción de un Valerius Vasatulus que contiene elementos cristianos. Muy interesantes son también los toscos dibujos de la cabeza de Cristo y de San Pedro en el nicho principal de este mausoleo, que juntamente con algunas inscripciones fueron publicados por M. GUARDUCCI, *Cristo e San Pietro in un documento precostantiniano della necropoli vaticana* (Roma 1953). Junto a la cabeza de San Pedro se ha creído que se podía leer la siguiente plegaria:

«Petrus roga Christus Jesus pro sanctis hominibus Chrestianis ad corpus tuum sepultis». Todo esto fué evidentemente hecho por los obreros de Constantino mientras enterraban el mausoleo y pertenece, por consiguiente, al siglo IV entrado (láms. 8, 9). Hacia el occidente se arrima el mausoleo J, que contiene los más importantes pavimentos en mosaico de la necrópolis, con una figuración de Proserpina volviendo del infierno acompañada de Pluto y Hermes (lám. 10). Capital importancia alcanza en esta serie el diminuto mausoleo M, con un mosaico cristiano del que, por su especial significación, trataremos al final de este capítulo.

Muchas inscripciones nos informan de algunos acontecimientos familiares. Un esposo lamenta la muerte de su consorte que había tomado en matrimonio ya a la edad de trece años; otro celebra la rara belleza y pureza de su mujer Emilia Gorgonia. El vocabulario de la inscripción revela que nos hallamos entre gente cristiana, lo que se manifiesta pronunciadamente en una representación esgrafiada a la izquierda de la lápida sepulcral con la significativa leyenda: *Anima dulcis Gorgonia.* En ella vemos a Gorgonia que apoya un recipiente de líquidos sobre un pozo cuadrado. Está en acción o bien de ir a sacar el agua del pozo o de haberlo ya hecho: una sencilla y significativa simbolización del gozo celestial, tal como vivía en los antiguos cristianos en la idea del refrigerio. En una tercera inscripción, Vibius Jolaus, secretario del emperador, recuerda la incomparable pureza y amor de su mujer Ostoria Chelido, perteneciente a una familia senatorial. Entre los restos mortales de esta distinguida matrona romana se encontraron residuos de púrpura e hilillos de oro, y, sobre todo, un brazalete de este metal, algo gastado por su largo uso. Sean éstas un par de muestras, entre la abundancia de hallazgos, para dar una idea de la riqueza de material encontrado.

Desde el punto de vista religioso, las estancias sepulcrales vaticanas reflejan fielmente la situación de Roma en los siglos II y III. Devotos del culto egipcio se encuentran en un mismo mausoleo con seguidores de las divinidades grecorromanas, a los que finalmente se junta un cristiano. Cierto que entonces existían, ya desde mucho tiempo, los cementerios cristianos, las catacumbas; pero, al parecer, no les estaba vedado a los fieles poder ser

enterrados junto a individuos paganos de su familia. En realidad, aunque relativamente pocas veces, los cristianos hicieron uso de esta libertad. Sólo una cosa evitaron con cierta ansiedad: la incineración. Esto es lo que se desprende de la totalidad de sus sepulturas. Se deja sentir naturalmente en esto la influencia judía. Es sorprendente que, aun en la inseguridad de los principios y en oposición al entonces predominante uso pagano, no se manifieste en ello la menor vacilación.

De una de las sepulturas cristianas esparcidas entre las paganas hemos hecho ya mención, de la que se encuentra en el mausoleo Z, así como de la de Emilia Gorgonia en el de los Caetennios. Antes de que pasemos a ocuparnos del único mausoleo cristiano, M, recordemos brevemente las antiguas sepulturas cristianas que a partir del siglo IV estuvieron colocadas debajo del pavimento de la basílica constantiniana de San Pedro. Algunas de éstas ya fueron encontradas antes, como el maravilloso sarcófago de Junio Baso, prefecto de la ciudad. Pero también en las actuales excavaciones han quedado al descubierto muchas tumbas cristianas antiguas debajo del pavimento. Entre ellas se encuentran interesantes sarcófagos del siglo IV con valiosos nuevos motivos iconográficos. Uno especialmente ha suscitado admiración. Es una cubierta de sarcófago de mitad de dicho siglo, con escenas de la vida de José en Egipto, frente a la de la adoración de los Magos. Cosa curiosa en este última escena: por detrás de la Virgen sedente con el Niño, hay una gran cruz latina.

Especial mención merece también otro sarcófago cristiano de tiempo preconstantiniano hallado en tierra sobre el mausoleo N (lám. 11). En la cubierta hay un monograma de Cristo de grandes proporciones. Debajo, entre las escenas de la cara frontal, es principalmente interesante la figura de San Pedro en relieve. A izquierda está Pedro, quien, como sucesor de Moisés, hace brotar el agua de la roca con la vara, mientras Cristo, que estrecha con la mano el rollo de la ley, le predice la negación. Dicho rollo está señalado con el monograma, es decir, representa la *lex Christi*. A un lado está Moisés, que recibe la ley. Claramente aparece aquí el paralelismo Moisés-Pedro. En el lado derecho hay la escena del arresto de Pedro por los esbirros. Aquí es Pedro que lleva el rollo de la ley con

el monograma de Cristo significando: Pedro tiene la ley de Cristo, es decir, es su vicario.

Pasemos ahora a tratar del pequeño mausoleo M.

Entre las muchas noticias acumuladas por Tiberio Alfarano en su famosa descripción de la basílica de San Pedro, hay una de especial interés para nosotros. Para el año 1574 anota que en este año se erigió un pequeño pórtico delante de la puerta del altar mayor, cerca del de San Sixto I, apoyado en pequeñas preciosas columnas. Al querer echar los cimientos para ese pórtico se encontró una bella estancia sepulcral entre una columna y otra, frente al altar mayor. Estaba completamente decorada con antiguos mosaicos que parecían representar caballos. A juicio de Alfarano, se trataba de una tumba pagana, ya que era parecida a otra tumba encontrada debajo de la torre campanario, con ventanitas y puerta de entrada. El monumento estaba lleno de mortero y tierra y en mezcla se hallaban huesos humanos. Sobre la capa de mortero y tierra se encontró una lápida de mármol en la que yacía un cadáver que había sido envuelto y cubierto completamente de cal, probablemente para su mejor conservación. Como no se pudo poner en claro su carácter, se volvió a aparedar sin tocar nada del contenido de la tumba. Pero en la ventana de la cámara sepulcral había una tabla de mármol agujereada para dejar pasar la luz, con la siguiente inscripción:

D. M.
IULI TARPEIANO QVI VIXIT
ANN. I MENS. VIII
DIEBVS XXVII IULIA PALATINA
ET MAXIMVS PARENTES
FEC. LIB. LIBERT. POSTER.
EORVM
H.M.H.N.S. [1]

Hasta aquí Alfarano.

Este mausoleo, adornado con mosaicos antiguos, ha sido encontrado por segunda vez en el curso de las modernas excavaciones. Durante los trabajos que se desarrollaron para rebajar el pavimento de la cripta se topó en la nave

[1] M. Cerrati, *Tiberii Alfarani De basilicae Vaticanae antiquissima et nova structura* =Studi e Testi 26 (Roma 1914) p. 154.

principal de la iglesia, cerca de la escalera que lleva a la parte abierta al público de dicha cripta, con una tumba construída con toscas placas de mármol. Cuando se separaron estas placas y se quitaron las horizontales del suelo, se pudo comprobar que debajo se encontraba una estancia. Se trataba de una pequeña cámara rellena de tierra, restos de construcciones y huesos hasta un tercio de su altura. Por una pequeña abertura se pudo descender a ese mausoleo.

Antes de pasar a dar una descripción general de esta cámara sepulcral, adelantaremos que no puede caber duda sobre la identidad de esta estancia con el monumento funerario mencionado por Alfarano. Concuerdan exactamente la situación, la aludida abertura y los mosaicos con representaciones de caballos ahí presentes. Lo único que no concuerda con su descripción es que no se ha encontrado la gran placa de mármol sobre la que descansaba el cadáver recubierto de cal, si bien en otro lugar [2] el mismo Alfarano asegura que el cuerpo fué dejado tal como se encontró. Pero nosotros podemos atestiguar que diversos mausoleos de la necrópolis vinieron a deplorable estado a causa de la construcción de la cripta debajo la iglesia de San Pedro. En nuestro mausoleo fué aparedada la puerta al echar los cimientos de una pilastra.

Esta cámara sepulcral cierra un corredor que había quedado libre entre dos mausoleos. La estancia es rectangular, de 1,98 m. de largo por 1,62 de ancho. Aunque más reducida que los dos mausoleos contiguos, esta cámara está situada algo más alta en la pendiente de la colina, y su puerta de entrada retrocede un poco hacia el norte (figura 2). Mientras que para paredes laterales se aprovecharon los muros de los mausoleos emplazados allí cerca, la pared norte y su opuesta, la de la fachada, se levantaron en un grueso que va de los 62 cm. en la parte baja a los 46 en la superior, en la primera, y en un promedio de 31 cm., en la segunda. La puerta es de 1,30 m. de altura y originariamente de 60 cm. de anchura. Encima de la entrada hay una abertura horizontal que se ensancha hacia el interior. Mide dentro 86 por 40 cm., y fuera, 55 por 30 cm. (lám. 12). En esta abertura estaría colocada la lápida con inscripción que puede darse por per-

[2] CERRATI, p. 168.

dida y cuyo contenido nos ha sido transmitido por Alfarano y Grimaldi. Este texto es completamente pagano, En la misma placa de mármol fueron abiertas dos a manera de hendiduras laterales por donde únicamente podía

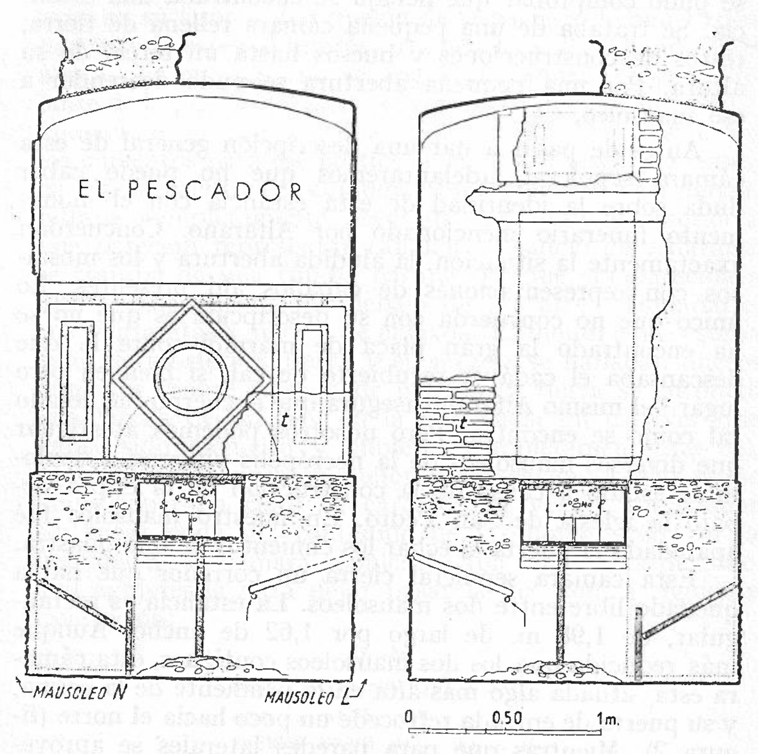


Fig. 2.—Secciones transversales del mausoleo M.

penetrar luz en el interior. La estancia queda cubierta por una bóveda plana de fragmentos de tufo que, en la esquina, alcanza una altura de 1,67 m., para llegar a los dos metros en el punto clave.

Del pavimento de ladrillos sólo se ha conservado un fragmento de 56 cm. de ancho que corre desde la entrada a la pared opuesta de enfrente. Debajo de este resto de pavimento se encuentra una tumba, y a derecha e izquierda de ella, a lo largo de las paredes, otras dos por parte.

Nuestro pequeño mausoleo casi no se distingue, pues,

de los demás de la necrópolis vaticana, a no ser por sus reducidas dimensiones. Pero es de capital importancia su decoración. La superficie interior de la pared de fachada está recubierta con una bastante gruesa capa de blanqueo. Las otras tres paredes, en los bajos, están decoradas con una especie de incrustaciones de apariencia que ofrecen una sencilla muestra de cuadros, rombos y círculos en negro, rojo y amarillo sobre fondo fino medianamente blanco. A una altura de 97 cm. corre una pequeña cornisa

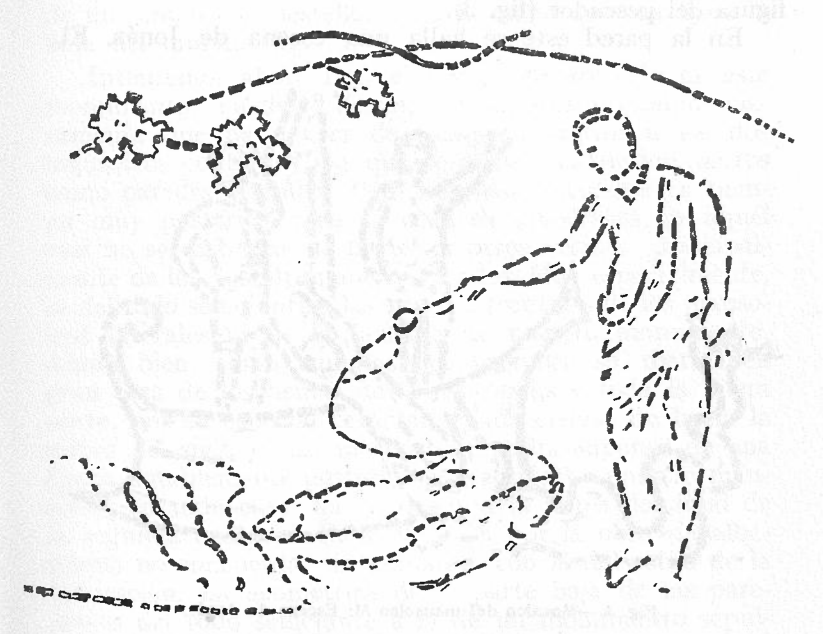


Fig. 3.—Mosaico del mausoleo M: El pescador.

que sólo se ha conservado en la pared norte, en donde quizá era más saliente y más sólida. Fuera de esta cornisa, la superficie de las tres paredes, como la de la bóveda, está revestida de una original capa de mosaico. Del lado oeste, la decoración está, por desgracia, completamente caída, y en el otro lado faltan también la mayor parte de las teselas. Con todo, una parte importante del mosaico se ha conservado por suerte, y en la parte en que cayeron las piedrecitas ha quedado la impronta, así como el dibujo colorido de las figuras representadas. La super-

ficie está decorada con abundante ramaje de vides cuyos pámpanos verdes salen de un tronco amarillo. Ambos colores se dan en variedad de tonos. En el centro de la bóveda, como en las tres paredes, el ramaje deja sitio para una representación con figuras.

En la de la pared trasera está representado un pescador con el anzuelo. Dos peces están dibujados como en actitud de morder el anzuelo; otro, huyendo. La representación es en extremo elegante, principalmente la juvenil figura del pescador (fig. 3).

En la pared este se halla una escena de Jonás. El

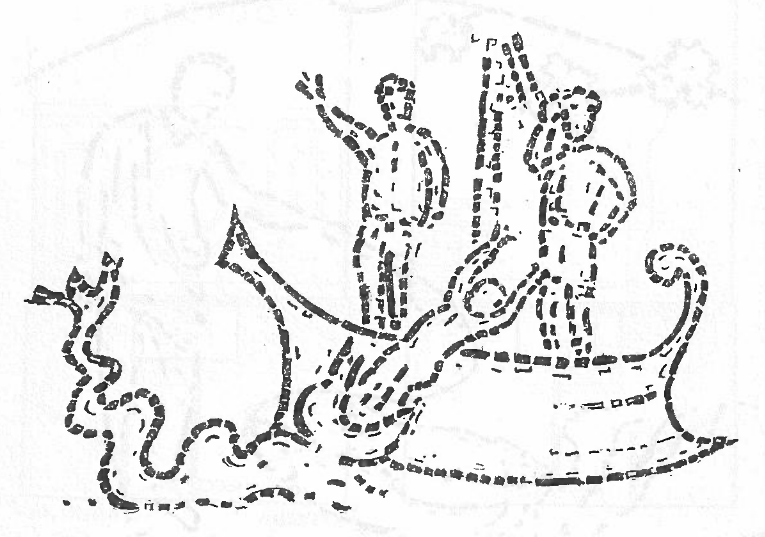


Fig. 4.—Mosaico del mausoleo M: Escena de Jonás.

monstruo marino se traga al profeta, cuyas piernas —generalmente es la cabeza— se hallan en la gola del pez. En el barco, que navega a velas desplegadas, se ven dos marineros de pie con la mano derecha levantada. Mientras que de la representación del pescador quedan pocas teselas, de esta de Jonás resta una buena franja de la parte superior, bien conservada, y la restante se puede fácilmente reconstruir, ya que permanece el dibujo colorido preparatorio (fig. 4). En la pared oeste no se ha conservado mosaico alguno, y aun el blanqueo en que estaría el dibujo está en grandísima parte caído. Con todo, aún se puede,

con los restos del dibujo preparatorio, conocer que había aquí representado el Buen Pastor con una oveja a cada lado. Pero de toda la figuración sólo ha quedado el dibujo de la cabeza del Buen Pastor, que lleva algo en el hombro, así como la espalda de una de las ovejas.

La principal representación, que es también la mejor conservada, se halla en la bóveda. Se trata de Helios con el carro del Sol arrastrado por blancos caballos (lám. 13). El dios está erguido en el carro, su cabeza está rodeada de un nimbo con destellos y en la mano derecha lleva la bola del mundo (fig. 5).

Intentemos ahora fijar el tiempo de erección de este monumento. Ya de la descripción externa se deduce claramente que ha de ser de tiempo posterior a los dos mausoleos contiguos, ya que se aprovecha de sus muros como paredes laterales. Pero no puede colocarse en tiempo muy posterior, pues la obra de albañilería de aquél casi no se distingue de la de los otros vecinos, principalmente de los dos últimamente citados. Muy especialmente, es del todo semejante a las paredes frontales de los mausoleos laterales la de la fachada de nuestro monumento. Ahora bien, como aquellos dos tampoco se distinguen gran cosa de los demás de la necrópolis y toda la hilera norte, por su especial carácter, ha de creerse de hacia la mitad del siglo II, así tampoco se podrá suponer de una época notablemente posterior la erección de nuestro mausoleo; en todo caso, habrá que fijarla antes del final de la segunda centuria. Esta datación por la obra de albañilería no concuerda, sin embargo, con la del estilo de la decoración. La geométrica de la parte baja de las paredes es del todo semejante a la de un monumento sepulcral del siglo III de la «Isola sacra». Claro que la representación de Helios se comprende mejor para la segunda mitad del siglo II que para la primera del III, a lo menos a juzgar por el desarrollo del simbolismo del Sol, según lo conocemos en su utilización por los emperadores.

También la figura del pescador, que se encuentra no raramente en la antigua pintura y escultura cristianas, es más bien una representación preconstantiniana. El conjunto de representaciones figuradas de este mausoleo: Buen Pastor, Jonás, el pescador y Helios, tienen su correspondencia en las pinturas de la llamada capilla de los Sacramentos, en San Calixto, así como en el sarcófago de



Fig. 5.—Mosaico del mausoleo M: Christus-Helios.

Santa María la Antigua y en La Gayolle. Estas obras se dan como producciones típicas de la segunda mitad del siglo III.

La diferencia de tiempo entre obra mural y decoración se explica bien, ya que la decoración no es la originaria, sino que pertenece a una segunda fase del monumento. Puede añadirse, para confirmar esto, que la superficie interior de su muro frontal no sólo nunca tuvo mosaicos, sino que tampoco ofrece el más leve indicio de una decoración geométrica tal como se ve en la parte baja de las demás paredes. El adorno de aquella pared consistía en el trazado de sencillas fajas encarnadas, de las cuales aún se ve una en el ángulo sudeste del monumento, en donde, al parecer, el blanqueo de la pared debió ser raspado para darle otro nuevo en que desarrollar una más rica decoración en la pared oeste, cuyo blanqueo aquí cubre en parte el primitivo u originario.

En la parte baja del muro trasero se encontró, además, un nicho rojo oscuro que escondía unas urnas cinerarias. Este nicho quedó completamente cubierto con la nueva decoración. Esta testificación demuestra definitivamente la preexistencia de una fase pagana en la historia de nuestro mausoleo, a la que pertenece la inscripción del pequeño Julio Tarpeyano, así como una segunda cristiana, en la que se creó la decoración en mosaico.

La significación cristiana de nuestro mosaico se manifiesta, sin más, con la presencia de las representaciones de Jonás y del Buen Pastor. Los ramajes de vid, tomadas de las representaciones dionisíacas, significan, como en la región de los Flavios de la catacumba de Domitila, la bienaventuranza eterna. El pescador puede, según Clemente de Alejandría, significar a Cristo, o, según San Paulino de Nola, a Pedro como pescador de hombres. En todo caso, podemos siempre ver en la tal figura una alusión al bautismo.

Todo esto demuestra el enunciado carácter cristiano de la decoración musiva del mausoleo. Sólo una duda podría suscitar la representación de Helios. Pero el carácter generalmente cristiano del monumento casi no permite dar a esta representación principal de la bóveda un significado pagano. Aun menos se puede pensar en dar a la figuración una representación meramente decorativa. Por otra parte, el uso del antiguo simbolismo del Sol apli-

cado a Cristo ya aparece en la literatura cristiana mucho antes del tiempo de construcción de nuestros mosaicos. Podemos aquí referirnos al relevante trabajo de F. J. Dölger *Sol salutis. Gebet und Gesang im christlichen Altertum* (Liturgiegeschichtliche Forschungen, Heft 4-5, Münster i. W. 1925): «Como el primer día de la semana, día del Sol, se celebraba en memoria de la resurrección de Jesús, así el símil del astro del día se aprovechó, cosa natural, para la explicación litúrgica del domingo.» A este propósito, ya hacia la mitad del siglo II, el apologista San Justino expresa este pensamiento: «En el día del Sol —dice— nos reunimos todos, porque es el primer día en que Dios, cambiando las tinieblas y la materia, creó el mundo, y Jesucristo nuestro salvador en el mismo día resucitó de entre los muertos.» Aquí vemos el Sol, las tinieblas, la luz y Cristo tan estrechamente unidos, que el pensamiento de Jesús como verdadero Sol espiritual debía introducirse en la liturgia. Pero esto no sucedió precisamente el año 150, sino que a lo menos cincuenta años antes Ignacio de Antioquía nombra ya como institución de la fiesta del domingo precisamente «el principio de nuestra vida en Cristo». El texto griego alude claramente a Cristo como el Sol que se levanta de la muerte y de la tumba. Aún con más relieve representa Clemente de Alejandría la resurrección de Jesús bajo el símil de la salida del Sol. Para señalar la enérgica llamada de la gracia en el hombre, usa la frase: «El Señor no se cansa de avisar y amenazar, de despertar, llamar y enseñar. En verdad despierta del sueño y saca de las tinieblas al descarriado.»

Despierta del sueño,
levántate de entre los muertos
y te iluminará Cristo, el Señor,
el Sol de la resurrección,
mostrado por la estrella de la mañana,
que da vida con sus rayos (p. 364-365).

Aún más importante es un texto de un tan buen conocedor de la Antigüedad como Fírmico Materno, quien, tratando de la resurrección, dice: «Mira, después de tres jornadas se levanta el día más resplandeciente que de costumbre, y después que el Sol vuelve a dar la delicia de la pasada luz, Cristo, omnipotente Dios, se adorna con

los fulgurantes rayos solares. Se alegra la deidad salvatriz y el coro de los justos y santos acompaña el carro de su triunfo» (n. 372-73).

En la misma trayectoria de ideas se mueve una homilía de Pentecostés atribuída al obispo Máximo de Turín. En ella se dice: «El día del Señor es para nosotros tan venerando y solemne a causa de que en él el Salvador, como el Sol naciente, después de superar las tinieblas del infierno, brilla con la luz de la resurrección. Y por esto es llamado este día por los hombres el día del Sol, porque Cristo, el naciente Sol de justicia, lo ilumina con su resplandor» (n. 371).

José Wilpert es quien ha intentado relacionar las antiguas representaciones cristianas de Helios con las de la vida del profeta Jonás. Pudo apoyarse en un reducido grupo de pinturas catacumbales. El descubrimiento de nuestro mosaico con la escena de Helios había de probar más de cerca esta significación [3].

Entre las escenas aducidas por Wilpert se halla una en la catacumba de Domitila. En ella aparece Helios con Jonás, que yace estirado en tierra [4]. La relación entre el Sol, que seca el follaje de la calabaza bajo cuya sombra descansa el profeta Jonás, es significativa. En cambio, nos parece menos clara en el segundo ejemplo aducido por Wilpert. Se trata ahí de tres escenas separadas pertenecientes a un arcosolio de la catacumba de los Santos Pedro y Marcelino. A izquierda está Jonás bajo el follaje de la cucurbitácea. En el centro Helios, representado con el carro del Sol, y a la derecha, la expulsión de Jonás de la boca del monstruo [5]. En conexión con el mosaico vaticano de Helios, parece también aquí que la escena de este dios es independiente, como lo dan a entender el encuadramiento y el sitio en que está colocado. Por lo demás, el parentesco del simbolismo de la resurrección entre el Jonás engullido y después expulsado por el monstruo y el ocaso y salida del Sol explica muy bien la reunión de ambas escenas y no hay necesidad de mezclar su contenido en una sola representación.

Resumiendo, parece que ese minúsculo monumento sepulcral M es de particular importancia en tres aspectos:

[3] G. WILPERT, *Le pitture delle Catacombe romane* (Roma 1903) p. 30.
[4] Ibid., lám. 56.
[5] Ibid., lám. 160.

Primero, este mausoleo es el único estrictamente cristiano entre todos los hasta ahora conocidos de la necrópolis vaticana;

segundo, esconde las más antiguas representaciones cristianas en mosaico descubiertas hasta ahora,

y tercero, ofrece con la representación de Cristo-Helios, tan importante para la iconografía cristiana, un interesante paralelo de la, ya de tanto tiempo conocida, de Cristo-Orfeo.

II. La basílica constantiniana de San Pedro

De más importancia son aún los hallazgos que se relacionan con la iglesia de San Pedro. Como es sabido, la antigua venerable basílica fué demolida durante los siglos XVI-XVIII y reemplazada por la monumental construcción barroca. El derribo de la antigua iglesia se llevó tan a fondo, que, fuera de poquísimos restos, no quedó nada de ella. Sin embargo, estamos bastante bien informados sobre la estructura del monumento. A más de algunas antiguas descripciones, tenemos sobre todo la importante obra del canónigo Tiberio Alfarano, quien hacia fines del siglo XVI compuso su descripción de la mencionada basílica. Entonces sólo estaba destruída la mitad occidental; la otra oriental continuaba intacta.

Alfarano nos dejó un plan muy cuidadosamente trazado, en el que se incluyen todas las cosas por cualquier motivo interesantes. Además, el aspecto de la basílica del tiempo de cambio por la nueva construcción nos ha sido transmitido por muchos dibujos de diferentes artistas.

El papa Paulo V hizo pintar en las paredes de las criptas de la nueva iglesia algunas de las principales perspectivas del antiguo edificio, así como una serie de los más importantes altares y capillas. Si bien todo esto reunido permite formarnos un cuadro relativamente fiel del monumento constantiniano y de su decoración medieval, no puede, con todo, consolarnos de la total pérdida de tal monumento.

Por una feliz ventura se han logrado descubrir en las recientes excavaciones importantes partes de los muros de fundación de la antigua basílica, esto es, además de los seis muros de sus cinco naves longitudinales, algunos

elementos representativos del transepto y del ábside. Por esto es ahora posible a los arqueólogos, independientemente de la descripción de Alfarano, fijar en esencia la maqueta de la construcción y reconstruir la antigua planta con fundamentos seguros (fig. 6).

Los muros redescubiertos permiten el examen directo de su estructura, y con esto también independientemente de la tradición literaria, fijar el tiempo de su erección. La basílica de San Pedro, que por diversas noticias [6] y descripciones antiguas quedaba asegurada como obra de Constantino, ve confirmada esta realidad por el examen de sus propios muros, qu emuestran las típicas señales de la manera de construir constantiniana. A estos distintivos pertenecen las clases de ladrillos y mortero, así como la forma y manera como alternan las piezas de ladrillo y de tufo. El examen a fondo de un paredón que se dejó al descubierto hasta llegar al agua dió un interesante resultado. En efecto, mientras hasta ahora se creía, siguiendo la antigua tradición, que la parte sur de la basílica descansaba sobre los muros norte del circo de Nerón, se ha podido probar que en realidad aquellos muros del mediodía son obra exclusivamente constantiniana.

Y con esto se pudo hacer la singular atestación de que por dicho lado sur el pavimento de la basílica, emplazada libremente en aquel sitio, se levanta unos siete metros sobre el nivel del suelo primitivo. Esta altura varía a causa de la situación montañosa del terreno, ya que la diferencia entre éste y el pavimento de la basílica es menor hacia el oeste y mayor hacia la parte opuesta.

Aun así, para el espectador, la antigua basílica de San Pedro por el mediodía se levanta sobre un imponente pedestal. Por el contrario, los muros del lado norte tienen relativamente muy poca profundidad, de manera que el nivel del terreno y el de la iglesia casi es el mismo. Esta singular construcción se explica bien si se examina de cerca el terreno circundante. En efecto, la colina vaticana desciende muy pronunciadamente en este lugar de norte a sur, mientras que de oeste a este la vertiente es muy suave. En esta colina se alinean en dirección este-oeste los mausoleos de que hemos tratado antes. El lugar para

[6] «Eodem tempore Augustus Constantinus fecit basilicam beato Petro in templum Apollinis, cuius loculum cum corpus sancti Petri ita recondit, etc.» (*Libre Pontif.*, ed. DUCHESNE, p. 176).

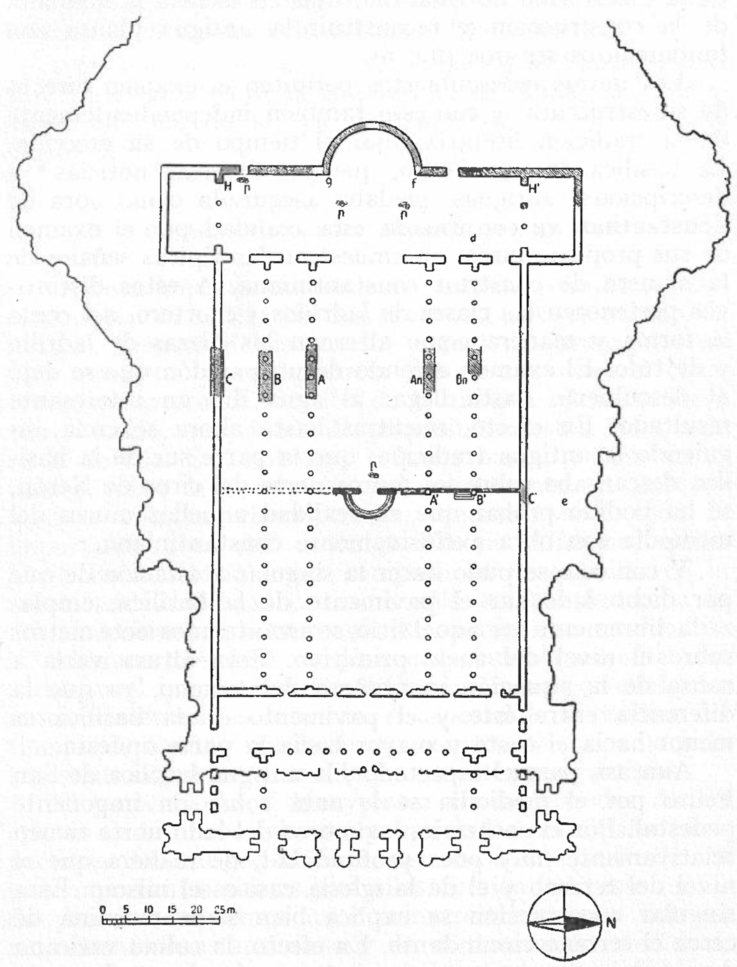


Fig. 6.—Planta de la basílica constantiniana con indicación de las partes descubiertas en las recientes excavaciones.

la construcción que encontró Constantino era, pues, una vertiente de colina ocupada ya por una necrópolis pagana. Es decir, hablando humanamente, un lugar muy poco apropiado para construir allí una gran basílica de cinco naves con transepto y atrio.

Para llevar a la realidad su grandioso plan, tuvo el emperador que superar dificultades extraordinarias. Según el derecho romano, la tumba es un lugar religioso, *locus religiosus*, y, como tal, protegido. Se necesitaba todo el titánico poder del emperador, que al mismo tiempo tenía la más alta autoridad religiosa, para obrar en tal lugar, ya que, además de que se trataba de un lugar centenario de sepultura de ricas familias romanas, el cierre de la necrópolis y su transformación en una planicie para construir debió suscitar dura oposición.

A estas dificultades fundadas en las circunstancias del tiempo se debían añadir los aun más graves impedimentos materiales, la difícil empresa de adaptar un terreno en cuesta a terrazas para un edificio. Para ello tuvo Constantino que levantar por el lado del valle los gigantescos muros. Por el norte hubo de cortar la colina vaticana en mucha profundidad, de manera que el nivel del desmonte correspondiera al de la construcción con subterráneo del sur (fig 7). Es difícil representarse la imponente masa de tierra que debió ser removida. Esta tierra vino a llenar el enorme vacío que quedaba por la parte del valle entre los muros allí levantados. Los mausoleos no fueron sin más inundados de tierra, sino que en la mayor parte de los casos se abrieron más bien sus bóvedas y se rellenaron las estancias así abiertas. La decisión de Constantino aparece aún más singular si se considera que, de haber desplazado la construcción algo más al sur, hubiesen seguramente disminuído notablemente las dificultades, pues allí el terreno era mucho más apropiado y, por otra parte, se hubiera podido obtener la conservación de la mayoría de los mausoleos.

A vista de todo esto, se entrevé, sin más, que el emperador, para someterse a tan extraordinarias dificultades, debió tener muy graves razones. Se percibe en ello la presencia de un factor especial del cual depende la elección del terreno y su preciso nivel. Este factor determinante no puede ser otro que la posición concreta de la tumba

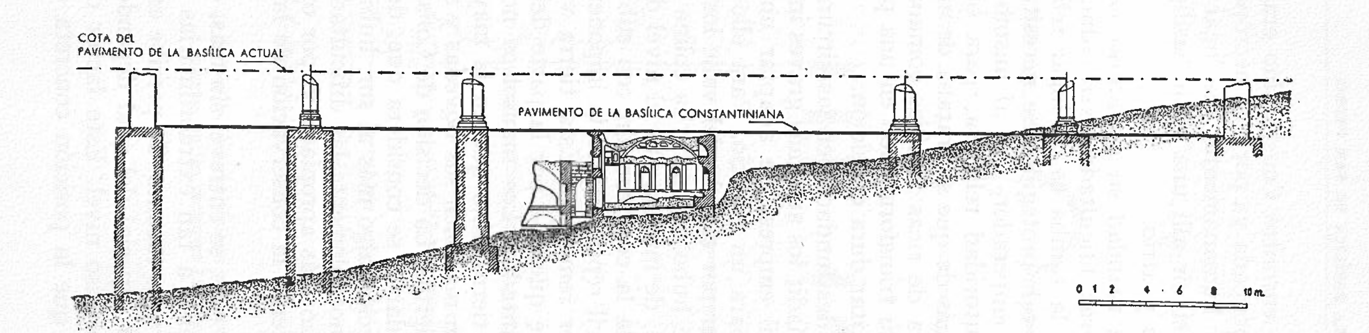


Fig. 7.—Sección de sur a norte bajo el pavimento de la basílica de Constantino a la altura del mausoleo F de los Caetennios.

sobre la cual fué construído todo el edificio: la tumba del Príncipe de los Apóstoles.

Tomada esta tumba como punto de partida, todo se hace claro y lógico. La tumba de San Pedro se encuentra de hecho en la pendiente de la colina vaticana, y más concretamente en la parte relativamente alta, hacia el oeste. El lugar de la tumba constituye el centro del hemiciclo absidal y determina, en consecuencia, el eje principal de la basílica. Nos encaramos, pues, con la siguiente alternativa: o Constantino ha hecho una nueva tumba para San Pedro en el punto central de su basílica, y entonces la elección del terreno resulta verdaderamente absurda, o bien él construyó su basílica para el Príncipe de los Apóstoles alrededor de la antigua tumba suya y entonces todo se explica con estricta lógica. Es claro, pues, que Constantino conoció el sepulcro de Pedro y estaba de ello completamente seguro; por esto se decidió a honrar dicho lugar verdaderamente venerable con una grandiosa basílica, no obstante todas las dificultades morales y materiales que se oponían a la realización de tal proyecto.

Conviene insistir un poco en este último argumento, esto es, que Constantino hizo para San Pedro no una pequeña basílica como para San Pablo en la vía Ostiense, sino que, a pesar de las dificultades del terreno, quiso levantarle una verdaderamente grande de cinco naves y transepto. En toda su actividad de constructor, Constantino sólo ha erigido cuatro basílicas semejantes: dos en Oriente, para honrar los lugares santificados por Cristo en Belén y Jerusalén, y otras dos en Occidente: la del Laterano, en honor del Salvador, y la del Vaticano, para honrar a Pedro. Resulta, pues, verdaderamente extraordinario el culto del emperador por San Pedro, tanto más cuanto que para ninguna de las otras basílicas tuvo tantas dificultades a resolver.

Hoy, ciertamente, no se comprende por qué Constantino no haya preferido construir su basílica en lugar adecuado, trasladando simplemente a ella los restos de la tumba. En la Edad Media eran bastante frecuentes las traslaciones de cuerpos de santos; la fiesta de muchísimos de éstos conmemora precisamente el día de su traslación. Pero esto no era posible para Constantino, porque la ley romana lo prohibía y el uso cristiano sería aún muy riguroso en este punto, al menos en Occidente, como lo

demuestra la famosa carta de San Gregorio Magno a Constantina, emperatriz de Bizancio [7].

Parece que en el primer período del siglo IV aún no se podía concebir una basílica en honor de un mártir sino en estrecha relación con su tumba o quizá, en rarísimos casos, con el lugar del martirio; así que, para San Pedro, únicamente era posible una basílica, la que estuviera sobre su sepulcro. Sólo hacia fines de siglo este concepto se amplía y el papa Dámaso puede dedicar una basílica a Cristo *Laurenti saeptus martyris auxilio* [8].

Con el estudio de la basílica constantiniana de San Pedro va ligado, y no en último lugar, el problema del circo de Nerón y de su emplazamiento. Se ha hablado y escrito tanto sobre él y se han lanzado tantos planos y reconstrucciones, si bien en concreto casi no se sabe nada acerca de dicho circo [9].

Algo mejor se encuentra la cuestión referente a su emplazamiento topográfico. Hay una serie de elementos que lo ponen en estrecha dependencia con la iglesia de San Pedro, erigida más tarde por Constantino. Una antigua tradición, según se ha dicho, quiere que el edificio constantiniano en parte estaba erigido sobre los restos del derruído circo [10]. Esta tradición deriva del hecho de que el obelisco que hoy adorna la plaza de San Pedro, hasta los tiempos de Sixto V estuvo cerca del muro sur de la basílica. De él dice Plinio explícitamente que pertenecía al circo que construyeron Gayo y Nerón en los jardines

---

[7] Gregorio respondió cortésmente a la emperatriz, que le pedía la cabeza de San Pablo: «Et dum illa mihi desiderarem imperari, de quibus facillimam obedientiam exhibens vestram erga me amplius potuissem grati m provocare, maior me moestitia tenuit, quod illa praecipitis quae facere non possum, nec audeo. Nam corpora sanctorum Petri et Pauli apostolorum tantis in Ecclesiis suis coruscant miraculis atque terroribus, ut neque ad orandum sine magno illuc timore possit accedi... Cognoscat autem tranquillissima domina, quia Romanis consuetudo non est, quando sanctorum reliquias dant, ut quidquam tangere praesumant de corpore, sed tantummodo in pyxide brandeum mittitur, atque ad sacratissima corpora sanctorum ponitur... In romanis namque vel totius Occidentis partibus omnino intolerabile est atque sacrilegum, si sanctorum corpora tangere quisquam fortasse voluerit. Quod si praesumpserit, certum est quia haec temeritas impunita nullo modo remanebir...» (*Epist.*, l. 4, ep. 30: MIGNE, PL 77, 701-702).

[8] *Epigrammata damasiana*, ed. FERRUA (Roma 1942) p. 122.

[9] Para algunas de estas reconstrucciones, véase G NICOLOSI, *Questioni nuove intorno alla basilica costantiniana in Vaticano. Il Vaticano nel 1944*, 201-207.

[10] Esta tradición se encuentra, por ejemplo, en Mafeo Vegio (texto citado por Bonanni, *Numismata Summorum Pontificum templi Vaticani fabricam indicantia*, Roma 1700, 17) y en Tiberio Alfarano (ed. CERRATI) p. 6.

de Agripina [11]. De que realmente se refiere Plinio al obelisco vaticano, no puede caber duda razonable. Si se supone que el pesadísimo bloque pétreo estaba aún en el sitio primitivo, lo que es obligado si se tiene en cuenta su enorme mole, la conclusión de que basílica y circo debían estar una sobre otro viene muy natural a la mente.

Esta tradición fué reforzándose con los hallazgos hechos en el siglo XVII cuando se derribó la parte de la antigua basílica para ganar espacio al levantar la nueva. El autor del informe oficial sobre estos trabajos, Giacomo Grimaldi, un probadamente buen observador, enredó por desgracia la solución del problema con sus puntos de vista y reconstrucciones a base de sus notas sobre elementos hallados del circo [12]. Sus declaraciones fueron el punto de partida de los diversos intentos de reconstrucción, que dentro de su variedad tienen un punto común: el de que los muros del mediodía de la basílica descansaban sobre los del circo de la parte norte.

Las investigaciones de estos últimos años, llevadas por primera vez con toda escrupulosidad acerca la cuestión de dichos muros hechas sobre el terreno, han sido del todo negativas. Se trata de un muro íntegramente constantiniano que se levanta desde los cimientos uniformemente. Pero, según los datos de Grimaldi y sus seguidores, en el lugar investigado debía hallarse el circo. Añadamos que fuera de esto, después de los tiempos de Grimaldi,

---

11 «Tertius (obeliscus) est Romae in Vaticano Gai et Neronis principum circo... »(PLINIO, *Nat. Histor.* XXXVI, 11: ed. TEUBNER, Leipzig 1897).

12 Tomamos de Bonanni (l. c., 18) el siguiente texto de Grimaldi «Dum fundaretur haec altera pars Templi, inspectum est Circi longitudinem fuisse pedum 540 qui sunt palmi 720, latitudinem pedum 372 semis, qui sunt palmi 230. Incipiebat ab infimis gradibus Basilicae, desinebat ubi nunc est ecclesia Sanctae Marthae retro novam absidem ad occasum, Viam Triumphalem, nunc Sancti Spiritus appellatam, respiciebat. Obeliscus erat in medio, qui locus nunc est retro sacellum Sixti IV, brevi demoliendum pro novo ibidem Choro aedificando. Basilicae eiusque atrii pars illa, quae ad meridiem vergit cum Palatio archipresbyteri in summo graduum posito fundata erat supra tres memoratas parietes. Ad aedes ipsas Archipresbyteri circa finem, vel caput fuisse docet hodie murus ex quadratis lapidibus fabrefactus ab ea parte in semicirculum vergens. Altis utrinque parietibus cinctus erat, ternis ab una parte super quibus extabant naves Sanctissimi Crucifixi, et Sancti Andreae, et ternis ab altero in loco, ubi est Coemeterium Campi Sancti. Hi se in longum trahentes lateritii, sustinebant olim arcuatos fornices, in quibus, dicta sedilia extabant pro spectatoribus. Inter utrumque parietem spatium latum pedum 32 semis, qui sunt palmi 42 semis. A capite ad pedes nullum impedimentum, sed ambulationes et curritoria e ruinis ipsis hactenus conspicitur. Horum siquidem parietum postremum in Circum respicientem, dum terra fundamenti Chori gereretur, mensurandam curavi. Altus erat paries ipse ab area pedes 31, qui sunt palmi 41 semis, latus palmis 44 undatus pal. 30. Hactenus Grimaldus.»

nadie ha visto resto alguno del circo neroniano, ni en los trabajos para la construcción de la sacristía de San Pedro ni en las excavaciones de Mons. De Waal en el ámbito del Campo Santo Teutónico. Después de esto habría que concluir que el resultado negativo de las hodiernas excavaciones es definitivo, esto es, que el circo neroniano no se encuentra allí donde lo han buscado hasta ahora los sabios.

Así parece. Pero las mismas excavaciones en la parte este de la cripta, allí donde empieza la nueva construcción de Maderna, han dado a luz un nuevo mausoleo que aún conserva la inscripción de su poseedor, encima del dintel de entrada. Este venturoso descubrimiento ha permitido sentar que el circo, a pesar de lo dicho, debía encontrarse allí cerca. El título del epígrafe, grabado en el mármol, contiene un fragmento de la disposición testamentaria de un cierto Popilio Heracla, que impone a sus herederos la condición de erigir un monumento sepulcral *in Vaticano ad circum* (en el Vaticano junto al circo) (lámina 14). La existencia del mausoleo es una prueba manifiesta de que los herederos cumplieron en lo fundamental el deseo del testador. Ciertamente no se hubiera hecho público en una inscripción que el sepultado quiso ser enterrado junto al circo si tal deseo no hubiese sido una realidad y el mausoleo no hubiera estado «ad circum». Puesto que el epígrafe se encuentra aún *in situ*, es decir, en el mismo lugar en que fuera puesto originariamente, tiene sin duda valor topográfico: el mausoleo de Popilio Heracla se halla en la vecindad del circo neroniano, y esto significa que el tal circo está emplazado en la proximidad de la basílica, aunque no, como se ha creído hasta aquí, directamente debajo de ella.

Resumamos: el obelisco, que se erigía en el lado sur de la basílica; elementos positivos del informe de Grimaldi y la noticia topográfica de la inscripción hallada últimamente demuestran en conjunto que el circo de Nerón se hallaba realmente en las cercanías de la construcción constantiniana, pero no nos ofrecen suficientes elementos para una seria reconstrucción. Mucho menos podríamos alcanzar ésta por los restos del monumento. Pero queda la esperanza de que, habiendo sido muy limitado el campo de exploración en las últimas excavaciones, un afortunado descubrimiento de futuros investigadores

podrá esclarecer esta importante particularidad para la historia de la basílica vaticana.

En los informes sobre la tumba de San Pedro, a más de la basílica constantiniana y del circo de Nerón, aparece otro factor: la vía Cornelia. Los famosos itinerarios del siglo VII mencionan por primera vez esta vía en relación con la tumba del apóstol [13]. Los peregrinos de aquel tiempo buscaban, en primer lugar, en su visita a Roma, las tumbas de los mártires, que en su mayor parte se encontraban fuera de la ciudad, a lo largo de las vías romanas, donde era costumbre de situar los monumentos sepulcrales. Así al piadoso peregrino que quería visitar la tumba de San Pedro se le indicaba la dirección de la vía Cornelia, en donde se hallaba la mencionada tumba.

La conexión de estas indicaciones, esto es, la noticia de la basílica construída sobre el circo y de la vía Cornelia como vía que conducía a la tumba apostólica, originó una reconstrucción, admitida unánimemente, de que dicha vía pasaba entre el circo de Nerón y la tal tumba y, en consecuencia, que corría a través del subsuelo de la basílica entre el muro sur de la nave principal y la tumba emplazada en la Confesión. Se supuso, pues, que la venerada tumba estaba situada junto a la vía, como tantas otras, por ejemplo, las de la vía Apia, pero las excavaciones han demostrado con toda seguridad que esta concepción era errónea. La vía Cornelia no se encuentra allí donde la dibujan todos los planos de reconstrucción, ni se encontró allí nunca. En realidad, ya hubiéramos debido admirarnos un poco de esta reconstrucción del emplazamiento topográfico del sepulcro de San Pedro, aceptado sin oposición por todos los investigadores, pues no se impone una tal solución. Sabíamos desde mucho tiempo que la tumba del apóstol no era una sepultura aislada, sino que se hallaba en medio de una necrópolis pagana, lo mismo que la de San Pablo en la vía Ostiense. Esta consideración debía al menos suscitar prudentes dudas sobre el curso de la vía Cornelia. Era, además, claro que los datos de los antiguos itinerarios se referían no a la misma tumba, sino a la basílica. Esto significaba que dicha vía corría cerca de la necrópolis pagana y también

---

[13] Por ejemplo, en el *De locis sanctorum Martyrum*, se lee: «Primum Petrus in parte occidentali civitatis iuxta viam Corneliam ad miliarium primum in corpore requiescit» (DE ROSSI, *Roma sott.*, I, p. 141).

de la tumba del apóstol. Pero sobre si pasaba por el sur o por el norte o si por el medio de la necrópolis, esto no se demostraba por indicio alguno claro. Por ahora sólo podemos afirmar que la vía no corría por donde se ha supuesto hasta hoy.

Si se quiere lanzar una hipótesis, podría suponerse que la vía no pasaba por el sur, sino más bien por el norte, a lo largo de la falda de la colina vaticana, puesto que muchos de los mausoleos erigidos al norte, los cuales, según hemos dicho, estaban adosados directamente a la pendiente, tienen una pequeña escalera que lleva al techo en dirección norte, esto es, hacia la parte en que el mausoleo alcanzaba el nivel de la tierra de la colina. Si se quisiera suponer que dicha escalera podía haber servido para subir a una terraza, no se explicaría que en los mausoleos de la hilera del sur, que no se apoyan en la vertiente, no aparezca nunca tal escalera, ni porque en todos las de la hilera norte las escaleras, sin excepción, vayan en dirección de la colina y ninguna hacia el valle del sur. La única explicación razonable es que la escalera no debió servir para subir a una terraza, sino más bien para alcanzar la colina. Esto supone, naturalmente, que por allí pasaba una vía desde la cual podíase cómodamente llegar a los mausoleos. Y nada nos prohibe suponer que esta vía fuera la Cornelia, por la cual durante varios siglos los peregrinos alcanzaban la tumba del Príncipe de los Apóstoles.

III. La tumba de San Pedro

Sería lo más sencillo, siguiendo el andar de las cosas, que para explicar a nuestros lectores la historia de la tumba de San Pedro desde sus principios hasta nuestros días, lo hiciéramos siguiendo su desarrollo tal como se deduce de las excavaciones. Si, con todo, en nuestra exposición vamos a seguir otro camino, será para hacer posible una clara introspección de las excavaciones mismas y así hacer patente la conexión histórica de los resultados. La importancia del tema requería dejar que el lector pudiera por sí mismo formarse un criterio personal sobre estas cosas, lo que sólo era factible siguiendo el método indicado. Expondremos, pues, en lo principal el curso de

las excavaciones, y sólo después, al final, procuraremos hilvanar la historia de la tumba.

En la parte de la iglesia subterránea de San Pedro que se extiende detrás del hodierno altar mayor, hay una pequeña capilla-confesión, también subterránea, llamada hoy Capilla Clementina. A la espalda de esta capilla se encuentra un altar recubierto de pórfido, obra de los últimos años. Si se quita este moderno revestimiento, aparece debajo otro más antiguo del siglo XIII. Pero también éste es, a su vez, una envoltura del altar bloque de ladrillos construído en el siglo VII-VIII. Este antiguo altar está frente a un muro que en su parte baja es de últimos del siglo VI, y, en la superior, de fines del XVI (lám. 15). El examen de este muro hizo ver que detrás escondía un complejo producto de diversas épocas rico en mármol y pórfido. Adquirido este dato, quedó decidida la suerte del muro dúplice: fué quitado para facilitar el examen de lo que tapaba. En lo alto de la capilla-confesión de esta manera quedó al descubierto la parte inferior de un altar medieval erigido por el papa Calixto II (a. 1119-24). Así se hizo visible en toda la anchura de la capilla una incrustación de mármol que en su mitad estaba cortada por una faja vertical de pórfido. Enfrente había una placa de pórfido suelta (lám. 16). Detrás de ella se escondía la parte baja visible del revestimiento marmóreo. Una exploración del altar medieval colocado más alto hizo patente que este revestimiento de mármol continuaba también en el interior de dicho altar. Esta determinación se hacía posible al quitar la faja de pórfido, pues por la hendidura así formada, de 23 cm. de ancho, se pudo penetrar en el interior de dicho altar. Para descifrar el enigma de este revestimiento de mármol tratamos de abrir por el lado la pared. De esta manera se lograron descubrir dos pequeñas cámaras que habían sido tapiadas en el siglo XVII. Desde estas cámaras laterales se pudo echar una ojeada sobre el conjunto de obras a que pertenecía el revestimiento en mármol. Se pudo comprobar que se trataba de una construcción cuadrangular recubierta de mármol que se levantó sobre la tumba del apóstol en el pavimento constantiniano. El cuidadoso examen de importantes restos de este pavimento, que en el decurso de los trabajos aún se encontraron, hizo posible la reconstrucción de un monumento sepulcral erigido por Constantino.

Muy importante para esta reconstrucción fué la posibilidad de aprovechar, completándola, una antigua representación de la «confessio» constantiniana. Se trata de una cajita de marfil de los primeros años del siglo v, encontrada el pasado siglo en Samagher, cerca de Pola. En la representación en relieve, que adorna la cara dorsal de dicha cajita, la ciencia, ya de tiempo, había reconocido la reproducción de la confesión de San Pedro constantiniana. Para ello ayudaban sobre todo las conocidas columnas de mármol de la tardía antigüedad, cuya forma barroca con ornamentación plástica de pámpanos de vid es extraordinariamente característica [14]. La comparación con los resultados de nuestras excavaciones refuerza esta interpretación hasta hacerla cierta y ofrece con ello la posibilidad de completar los hallazgos de dichas excavaciones con la representación del marfil.

La reconstrucción de conjunto dada en el grabado adjunto (lám. 31) muestra, en primer lugar, una ligera elevación saliente del ábside en todo el pavimento de mármol. Al fondo se levanta la marmórea construcción sepulcral, que tiene por delante una abertura a manera de portal. Circundando esta casa-sepulcro se levanta un ciborio cuadrado, cuyas columnas están unidas por canceles de mármol. Los restos del pedestal de mármol encontrados muestran aun hoy significativos indicios de esta disposición. Las columnas mismas, que ahora pueden verse en la decoración berniniana de las pilastras de la cúpula de Miguel Angel (lám. 17), eran, ya desde hace tiempo, reconocidas como las de la Confesión levantada por el gran emperador. Éste las debió traer del Oriente [15], y eran tenidas durante mucho tiempo por las columnas del templo de Salomón. Según muestra el marfil de la cajita de Samagher, la colocación de las seis columnas era de tal manera, que cuatro cerraban por detrás el ábside, dos de las cuales, las del centro, eran al mismo tiempo las traseras del ciborio, que se adelantaba hacia el transepto (lám. 18).

Un resultado sorprendente fué comprobar que en el punto decisivo, esto es, sobre la tumba de Pedro, no se

---

[14] Véase J. B. WARD PERKINS, *The shrine of St. Peter and its twelve spiral columns*, en «Journal of Roman Studies» 42 (1932) 21-23.
[15] *Lib. Pont.*, I, p. 176.

yergue, como cabía esperar, un altar, sino un monumento sepulcral.

Se admitía generalmente hasta ahora que en el Occidente cristiano, ya en el siglo IV, se daban altares fijos de piedra o muro, como en Oriente [16], pero parece que esto no vale para la primera mitad de dicho siglo [17]. En realidad, no se conoce altar alguno así de este tiempo. No es, pues, de extrañar que en nuestro caso falte el altar y aun que su natural emplazamiento encima de la tumba esté ocupado por un monumento sepulcral. Pero este monumento está colocado, no en el centro del cuadrilátero cubierto por el ciborio, sino en la mitad posterior. El lugar central debajo de la áurea corona de luz, que nos describe el *Liber Pontificalis* [18] y que también reproduce nuestra cajita de marfil, quedaba manifiestamente libre. Ahí se debió colocar, siguiendo la costumbre de los primeros siglos cristianos, una mesa-altar portátil cada vez para celebrar el santo sacrificio de la misa. Con esto la disposición de la tumba constantiniana de Pedro, tanto desde el punto de vista arquitectónico como litúrgico, recibe nueva luz.

Más aún: toda la corriente de discusiones en torno a los orígenes de la basílica-martirio encuentra un nuevo cauce por donde dirigirse. Pues si, como parece preferir la más reciente investigación, el Santo Sepulcro de Jerusalén en la construcción constantiniana se halla a cielo abierto [19], la solución ideada para la iglesia de San Pedro aparece más original y progresiva. Además, si se acepta que hay poderosas razones para negar que en la basílica de Letrán hubiera originariamente un transepto, partiendo de lo que vemos en San Pedro, toda la cuestión de la formación e importancia de la nave del transepto en la antigua basílica cristiana pedirá una nueva solución.

El desarrollo del culto cristiano a los mártires en Occidente condujo desde un principio a la conexión de sus sepulcros con el altar; conexión que con el tiempo fué tan íntima, que hoy para la consagración de un altar se hace obligado depositar en él reliquias de los mártires.

---

[16] Cf. J. BRAUN, *Der christliche Altar in seiner geschichtlichen Entwicklung* (Munich 1924), I, p. 69.

[17] El texto aducido por Braun (l. c.) de las *Quaestiones utriusque Testamenti* (q. 101. n. 3) supone esto, aun para fines del siglo IV, como una excepción.

[18] *Lib. Pont.*, I, p. 176.

[19] Véase sobre esto: WISTRAND, *Konstantins Kirche am heiligen Grab in Jerusalem nach den ältesten literarischen Zeugnissen*, en «Acta Universitatis Gotoburgensis» (1952: 1).

Pero hemos visto que en tiempo de Constantino en la Confesión de Pedro los lazos de unión entre sepulcro y altar eran sensiblemente más tenues. No hay que admirarse de que en el curso del expresado desarrollo esta situación no durara largo tiempo. En la *Vita* que del papa San Gregorio el Grande nos da el *Liber Pontificalis*, hay una observación muy digna de ser tenida en cuenta para nuestra cuestión. Se dice, en efecto, que el papa dió una disposición para que la misa pudiera celebrarse encima del cuerpo del apóstol [20]. Este texto podría parecer extraño cuando se piensa que prácticamente en tal lugar ya se celebraba desde siglos el santo sacrificio [21]. Los resultados de las excavaciones han hecho también en esto un poco de luz. Gregorio el Grande, continuando seguramente trabajos de su antecesor [22], introdujo cambios arquitectónicos en la Confesión de Constantino, la cual no permitía celebrar encima del sepulcro del apóstol, precisamente para que esto fuera posible. Es de admirar con qué cuidado el papa llevó la obra a cabo. No se atrevió a demoler la construcción sepulcral de Constantino y aprovechar sólo la parte baja como altar. Por el contrario, ha cambiado toda la estructura alrededor del monumento sepulcral, esto es, levantó uno de nuevo a un nivel más alto, de manera que sólo la parte superior de dicho monumento alcanzara a llegar al pavimento nuevo. Este cuidado de la nueva disposición traiciona el respetuoso temor

---

[20] *Lib. Pont.*, I, p. 312.

[21] Cf. S. JERÓNIMO, *Contra Vigilantium*, c. 8: «Male facit ergo Romanus episcopus, qui super mortuorum hominum Petri et Pauli, secundum nos ossa veneranda, secundum te vile pulvisculum, offert Domino sacrificia et tumulos eorum Christi arbitratur altaria» (PL 23, 361-62).

[22] En la ya mencionada carta de Gregorio Magno a la emperatriz de Bizancio habla el Papa de los trabajos de su antecesor en la tumba del Príncipe de los Apóstoles así: «Denique cum beatae recordationis decessor meus, quia argentum, quod supra sacratissimum corpus beati Petri apostoli erat, longe tamen ab eodem corpore fere quindecim pedibus mutare voluit, signum ei non parvi terroris apparuit».

La distancia de 15 pies representa en verdad la que hay entre la mesa del altar y la tumba del apóstol. Más adelante también Gregorio de Tours en su conocida descripción de la tumba apostólica *(De gloria martyrum*, l. 1, c. 28: PL 71, 728-29) habla claramente de un sepulcro colocado bajo el altar «sepulcrum sub altari collocatum». Gregorio en su no muy claro informe se apoya en notas de su diácono Agiulfo, que estuvo en Roma antes del año 590. Todo esto, junto con la noticia del *Liber Pontificalis* sobre las medidas tomadas por Gregorio Magno en la tumba apostolica, nos lleva muy de cerca a creer la transformación de la Confesión constantiniana obra común de Gregorio I y de su antecesor Pelagio II.

a tocar la verdadera construcción sepulcral, conducta característica del santo pontífice y de su tiempo [23].

En el decurso de estos trabajos, las cuatro columnas de detrás del monumento constantiniano fueron movidas hacia adelante y colocadas en una misma hilera con las dos delanteras del ciborio. El nuevo cuerpo de edificio envolvía el monumento sepulcral por detrás y a ambos lados. Por delante, el pavimento quedó en su antiguo nivel. Desde éste se subía por dos escaleras al sobreele-

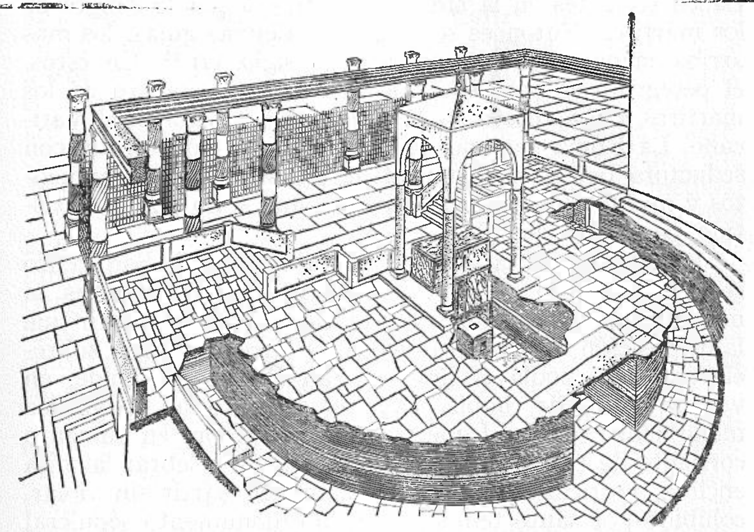


Fig. 8.—Perspectiva de la Confesión semianular y del presbiterio sobreelevado, con los pasos de acceso correspondientes.

vado presbiterio, desde el cual se podía utilizar como altar la parte superior del templete sepulcral y celebrar así la misa verticalmente encima de la tumba del apóstol (lám. 32).

En relación con este cambio, Gregorio hizo disponer una cripta circular rebajando en el lugar correspondiente el pavimento constantiniano, quedando así un corredor subterráneo anular que seguía a lo largo de la cara interior del ábside. Desde el vértice de éste salía otro corredor en dirección del monumento sepulcral para establecer comunicación directa con él (fig. 8). Esta galería fué

[23] Véase en nota 7 la citada carta del papa Gregorio a la emperatriz Constantina.

el origen de la actual capilla-confesión desde la cual empezamos nuestros trabajos. La disposición de esta cripta subterránea hizo posible la siempre creciente oleada de peregrinos y permitió que pudieran desfilar importantes grupos de ellos por el subterráneo hasta la tumba del apóstol. De hecho se puede señalar un importante aumento del movimiento de peregrinos en este y en el tiempo siguiente. Son, sobre todo, los pueblos del Norte que traspasan los Alpes para satisfacer su piadoso fervor de cristianos recientes en la ciudad santificada por la sangre de los mártires. Entonces se formaron algunas guías, los más arriba mencionados itinerarios del siglo VII [24]. En éstos, el peregrino es conducido de uno a otro sepulcro de los mártires, cuya corona es la tumba del apóstol en el Vaticano. La Roma pagana, que por entonces aún ofrecía con seductora pompa la plenitud de sus soberbios monumentos y marmóreos palacios, parece como si no hubiera existido para esas gentes.

El hallazgo de la antigua cripta circular de San Pedro resulta por esto de especial importancia, porque es la más antigua hoy visible de esta clase. Podemos decir que la disposición de conjunto de cripta circular y altar sobreelevado sólo podía erigirse en San Pedro, en donde, en vez de un altar, había sobre el sepulcro un magnífico monumento sepulcral que atraía una siempre en aumento corriente de peregrinos. Pues si se quiere celebrar la misa encima, verticalmente, del sepulcro del mártir sin violar, cohibido por santo temor, el mismo monumento sepulcral y, al mismo tiempo, tener en cuenta la creciente veneración de los peregrinos, no queda otra solución que la *Confessio* tal como la creó Gregorio el Grande para San Pedro. Esta ahora posible ojeada de la historia de la formación de una tan principal forma arquitectónica como es la cripta circular, nos parece uno de los no menos importantes resultados de la excavación. Podríamos felicitar a los arquitectos de Gregorio Magno por haber logrado resolver en forma tan clara y armónica los diversos problemas que se presentaban al papa para este lugar, forma que podría servir de modelo para todos los tiempos futuros.

Hasta ahora hemos visto, siguiendo el curso de las excavaciones, desde Constantino a Gregorio el Grande. La

[24] Véase la nota 13.

transformación de la Confesión por Pelagio II y Gregorio I dió al sepulcro del apóstol la característica configuración que, en esencia, aún hoy conserva. Lo que se cambió en los trabajos de los siglos XVI y XVII se reduce a que la estructura medieval recibió un nuevo revestimiento en armonía con los nuevos gustos.

El nuevo más elevado pavimento de la basílica se igualó con el de la Confesión, erigiendo el correspondiente altar encima verticalmente del de Calixto II. Si partiendo de la forma actual nos ahondamos hacia el fondo y al mismo tiempo retrocedemos en tiempo, se nos descubrirá en el punto medio de la *Confessio* de San Pedro como la médula a la que en el decurso del tiempo se han ido agregando varias capas. Ahora nos toca ir separando cada una de estas capas hasta llegar a la última verdadera médula.

Si apartamos la capa más reciente, se nos descubre la *Confessio* medieval con el altar de Calixto II. Si levantamos este altar, nos encontramos con el del tiempo de Gregorio el Grande. Pero éste, según hemos visto, no es más que una transformación de la parte superior de la construcción sepulcral constantiniana. Así, pues, de capa en capa, volvemos a nuestro punto de partida.

No puede caber duda que este monumento constantiniano al apóstol desde entonces hasta hoy ha sido considerado como el que incluía el sepulcro de San Pedro. Podría ahora uno preguntarse: ¿Con qué derecho nos transmitió Constantino este lugar como sepulcro del apóstol? ¿Qué seguridad pudo tener sobre ello el emperador?

Si bien la superación de tan extraordinarias dificultades en la construcción de su basílica ya muestra la absoluta seguridad que debió sentir Constantino acerca la situación del sepulcro apostólico, queda, sin embargo, la cuestión de saber de qué clase de seguridad era la suya. ¿Se trataba sólo de una tradición oral digna de creencia o es que aún había en aquel lugar el sepulcro del apóstol de forma visible y manifiesta, quizá con las típicas señales de la veneración a un mártir? Para poner esto en claro indaguemos si el monumento sepulcral de Constantino es o no la última asequible médula de todos los envoltorios, o bien sólo representa otra envoltura de una médula más profunda.

Si abrimos la pared trasera de la construcción constantiniana, encontramos detrás del revestimiento de mármol

un muro preexistente con los restos de un nicho y de una tabla de piedra horizontal perteneciente a este nicho (lám. 19). Este muro corre por debajo del pavimento constantiniano hacia el norte y hacia el sur, por fuera del monumento, y aún conserva su revoque rojo. Le llamaremos, pues, muro rojo.

Si examinamos el monumento desde el sur, también aquí aparece detrás del muro constantiniano una pared o murete de tiempo anterior. Este murete está construído en ángulo recto con el muro rojizo, que en esta parte está recubierto de mármol blanco (lám. 20).

A una distancia de unos 90 cm. de la placa de mármol había una columnita, asimismo de mármol blanco, que por su forma y altura debe de corresponder a la tabla (lámina 21). No tiene capitel. Sobre la columna se encuentra aún ahora el resto de una placa de piedra que por delante descansa sobre el capitel y por detrás sobre el muro rojo, precisamente en el margen superior de la tabla de mármol. Está claro que estos elementos representan un conjunto arquitectónico.

Si queremos ahora abrir la parte norte del mismo monumento, nos encontramos otra vez detrás de la obra del emperador, con un muro preexistente que es de grandísimo interés. Se trata de una pared de sostén del muro rojo que en su superficie exterior está cubierta de multitud de inscripciones-grafitos cristianas (lám. 22). Los nombres están tan apiñados unos sobre otros, que casi son ilegibles. Pero, además de los simples nombres, se encuentran otros seguidos de una aclamación a Cristo *(vivas in Christo)*, representadas por el conocido monograma constantiniano. El significado de estas aclamaciones corresponde a nuestro actual *requiescat in pace.* Se trata, pues, de una fórmula muy corriente en muchas otras inscripciones sepulcrales. Cuando se encuentran en el ámbito de sepulturas cristianas tantos grafitos en tan limitado espacio, es señal segura de que nos hallamos ante el sepulcro de un mártir.

Sigamos este muro de apoyo hasta el fondo y podremos comprobar que continúa hasta los cimientos del muro rojizo. Para poner en claro la dependencia entre sí de los elementos encontrados hasta ahora era necesario abrir con cuidado los cimientos de la pared con grafitos. De esta

manera era posible avanzar desde el fondo hasta la médula subterránea de la construcción sepulcral. Se trata de un local cuadrado de unos 80 cm. de lado (lám. 23). La cara posterior del cuadrado la constituye también el muro rojo, que en este punto presenta una forma algo tosca de nicho. Encima de este nicho subterráneo se ve la parte inferior de otro nicho que perpendicularmente cae sobre el primero. Ambos nichos están separados por una vigorosa estructura formada por dos tablas de mármol unidas por ladrillos. Esta estructura se presenta fuertemente destrozada por el lado derecho. La parte delantera del cuadrado forma a la altura de la destrozada estructura antes mencionada una robusta pieza de travertino, también destrozada por el lado derecho. Justamente en este lugar estuvo primitivamente una columnita de mármol en correspondencia con la encontrada al lado sur, que está al aire, sostenida sólo por los muros que la aprisionan (lám. 24). Su base estaba echada al suelo. Por arriba, la pequeña estancia subterránea está cubierta por un conglomerado de placas de mármol, masas de mortero y placas de plomo. A través de toda esta capa pasa una hendidura cuadrada que establece comunicación con la pequeña cámara subterránea. Por esta hendidura o agujero tenía lugar la ceremonia medieval de la vigilia de la fiesta del apóstol: el papa mismo, con el incensario de oro, hacía descender por este canal el incienso hasta la cámara subterránea.

Si recapitulamos los resultados de la exploración de la construcción sepulcral de Constantino, se nos presenta, como médula de su envoltura de mármol, un antiguo monumento funerario que se erigió al mismo tiempo que el tantas veces mencionado muro rojo. Este monumento constaba de tres nichos colocados uno sobre otro, de los cuales uno, bajo tierra, quedaba invisible. Los dos de arriba estaban separados por una placa de piedra a manera de mensa, que por delante descansaba sobre dos columnas de mármol. Sobre la cubierta superior de tal monumento no se pudo comprobar hubiera nada. En la reconstrucción que damos en la lámina 30 faltan los dos tabiques laterales, de los cuales uno era el que estaba cubierto de grafitos, porque del detallado análisis de cada uno de sus elementos resultó que ambos muretones, así como el revestimiento de mármol del muro rojo, habían sido aña

didos en tiempo posterior, aunque en época preconstantiniana.

La pared de los grafitos esconde antiguos restos de inscripciones en letras griegas. Entre ellas se encuentra el fragmento de un nombre cuyas cuatro primeras letras están conservadas, y completadas dan el nombre πετρ...(=PETROS).

Puede extrañar que entre la multitud de inscripciones-grafitos una sola vez se haya encontrado el nombre del apóstol, mientras que dicho nombre aparece tantas veces junto con el de Pablo en los famosos grafitos de San Sebastián, en la vía Apia. Pero si miramos el conjunto de las inscripciones-grafitos conocidas de las tumbas de los mártires romanos, veremos que el nombre del mártir en las aclamaciones sale raramente en los muros inmediatos a su sepulcro. Y esto se comprende muy bien si atendemos al estado de ánimo del piadoso visitante que escribía los grafitos. Éste sabía muy bien ante qué tumba se hallaba y a quién se encomendaba al escribir sus súplicas, y por esto era inútil repetir su nombre. Es, por otra parte, sabido que los expresivos grafitos de San Sebastián se encuentran no al lado de la misma tumba, sino en una estancia bastante alejada de ella. Ésta era más bien un escondite temporal de los huesos que una verdadera tumba. Por esto se originó allí un estilo particular de las inscripciones diferente de los verdaderos grafitos sepulcrales.

Queda, pues, establecido que la construcción sepulcral de Constantino no es otra cosa que un precioso estuche de mármol y pórfido para un más antiguo monumento, cuyas inscripciones-grafitos y envoltorio constantiniano lo muestran como la tumba de San Pedro.

Esta atestación arqueológica está en consonancia con la tradición literaria que habla de un monumento sepulcral del apóstol en el Vaticano hacia el año 200. Eusebio, en su *Historia eclesiástica*, nos ha transmitido un paso de la conocida controversia entre un representante de la Iglesia romana, llamado Gayo, y Próculo el jefe de los montanistas, del tiempo del papa Ceferino (199-217). Se discutía en este altercado acerca de las tumbas como prueba de la verdadera tradición; por esto Gayo apela contra su enemigo a la posesión de la tumba del apóstol con estas palabras:

«Pero yo —dice— te puedo mostrar los trofeos de los apóstoles. Pues ya te guste dirigirte al Vaticano, ya a la vía Ostiense, se te ofrecerán los trofeos de aquellos que fundaron aquella Iglesia» [25].

Sólo nos resta precisar la exacta antigüedad del monumento sepulcral mencionado por Gayo. Si lo consideramos en relación con la necrópolis pagana a la que pertenece, resulta una datación de hacia la mitad del siglo II, pues en este tiempo se erigieron los mausoleos que rodean el área sepulcral cristiana, cuyo punto central lo constituye la Memoria. Esta datación aproximada puede aún precisarse más. Detrás del muro rojo se halla un pasadizo a otra, al parecer, también área cristiana sepulcral, que termina en una escalera muy empinada. Debajo de la escalera pasa una zanja de desagüe. Esta zanja, la escalera que tiene encima y el muro rojo con su sepultura-nicho son de un mismo tiempo de construcción, de manera que la datación de uno de estos elementos, sin más, puede aplicarse a los demás. Pues bien, la zanja está cubierta con grandes bipedales o tejas, y cuatro de ellos, es decir, todos los encontrados, llevan una estampilla. Proceden de una alfarería que perteneció a Marco Aurelio y a su esposa, y en verdad en ella Faustina es llamada augusta, y Marco Aurelio, César, datos que prácticamente dan la de su utilización, digamos en números redondos, el año 160. El mismo tiempo, pues, ha de valer para la construcción del monumento anterior al constantiniano.

Esta datación obtenida por tan claras señales ha sido tenida como dudosa por la crítica o reemplazada por otra [26].

Para ello se parte del supuesto de que el edículo con su nicho fuera más tarde adherido al muro rojo. Esta hipótesis es, sin embargo, caprichosa y no se compagina con

---

[25] EUSEBIO, *Hist. eccles.*, l. 2, c. 25: PG 20, 210.

[26] Así PAUL LEMERLE, *La publication des fouilles de la basilique vaticane et la question du tombeau de Saint Pierre*, en «Revue Historique» 208 (1952) 205 227, y sobre todo, ARMIN VON GERKAN, *Die Forschung nach dem Grab Petri*, en «Evangelisch Lutherische Kirchenzeitung» 21 (15 nov. 1952) 379-82. No pocos han seguido naturalmente al distinguido investigador sin pensar que von Gerkan no ha tenido ocasión de estudiar por sí mismo el monumento. Por lo demás, reservamos para un estudio especial la rectificación de los más importantes errores aparecidos en distintas críticas del informe oficial de las excavaciones. Entretanto nos remitimos para una bibliografía completa y su correspondiente juicio crítico a los diligentes estudios de J. M. C. TOYNBEE, *The shrine of St. Peter and its setting*: The Journal of Roman studies, t. 43 (1952) 1-36 y especialmente de JOSÉ RUYSSCHAERT, *Réflexions sur les fouilles vaticanes. Le Rapport officiel et la critique*, en «Revue d'Histoire ecclésiastique» 48 (1953) 573-631 y 49 (1954) 5-58.

el estado del monumento. En efecto, el muro rojo, en su continuación del nicho del lado sur, está oculto por mármol y otros materiales, pero por el lado norte se puede examinar con todo cuidado. Los primeros 30 cm. están libres de todo revoque y no muestran la más mínima huella de cambio de construcción. Después sigue el revoque rojo primitivo. Ahora bien, si el nicho, por un lado, se presenta como formando parte del muro, hay que considerarlo como originario, aun cuando no se pueda examinar por el otro lado. Queda, pues, firme que el muro rojo y el monumento en él edificado son de una misma época.

Si miramos en la lista de los papas para determinar cuál de ellos ha de ser el que pudo construir la Memoria apostólica hacia el año 160, encontraremos el nombre de Aniceto, que fué pontífice desde el año 154 al 166 aproximadamente. En su vida del *Liber Pontificalis* no encontramos noticia alguna sobre ello [27].

¿Será una casualidad que en vez de éste, del que se habla de la erección de una tal Memoria, sea del papa Anacleto, el sucesor de San Clemente Romano? [28] Se ha querido suponer que hubo en tiempo incierto una fácil confusión de los dos nombres, en la que pudo jugar su papel la tendencia a dar a las cosas y a los acontecimientos una mayor antigüedad.

Nuestra investigación sobre el primer estado de la Confesión de San Pedro nos ha llevado, a través de muchas etapas, desde Clemente VIII a Calixto II, a Gregorio Magno y hasta Constantino. No hemos tenido más que deshacer una a una las envolturas, en línea vertical de arriba abajo, para penetrar lentamente desde el exterior a lo más íntimo. Constantino es, en este camino, un punto decisivo de cruce de lo hasta ahora conocido y lo desconocido. Pero se ha manifestado también que la obra de dicho emperador era asimismo otra envoltura de una médula, el arca de una reliquia sepulcral, la Memoria sepulcral del papa Aniceto.

Esta Memoria apostólica constituye, según hemos dicho en la primera parte de nuestra exposición, el punto central de un área sepulcral de forma rectangular de unos 4 por 8 metros (fig. 9). Al oeste, el área estaba cerrada por el muro rojo; al sur, por la pared trasera de

[27] *Lib. Pont.*, I, p. 134.
[28] Ibid., p. 125.

un mausoleo, y al este, por el flanco de otro mausoleo. Por el norte aparecía un auténtico muro de clausura del cual sólo se han hallado indicios.

A causa de las dificultades técnicas no se pudo escudriñar completamente esta área sepulcral. En la mayor parte, ya examinada, se hallaron trece sepulturas, muy diversas por su edad y forma. Mirando en el plano (fig. 9) la colocación de estos sepulcros, vemos que se distribu-

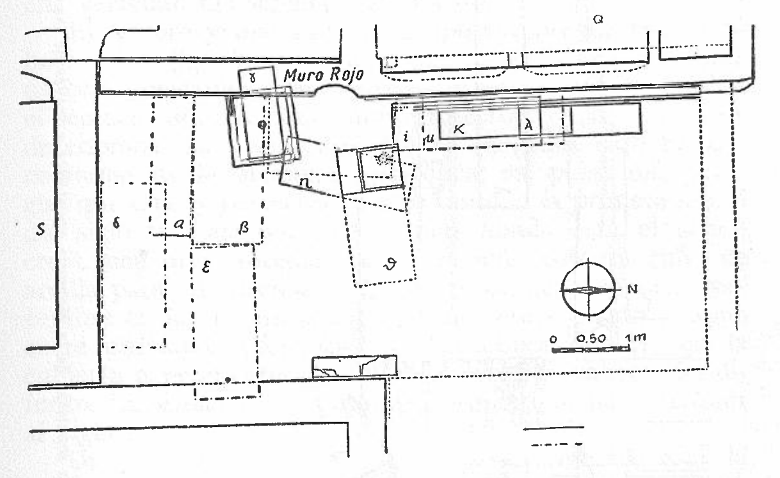


Fig. 9.—Planta de las tumbas en el área sepulcral de la Memoria apostólica.

yen en tres grupos: uno, a izquierda, que está en ángulo recto con el muro rojo; otro, a derecha, que corre a lo largo del muro, y el tercero, en el centro, que está situado alrededor del lugar sepulcral que corresponde a la Memoria. El sitio mismo central ha sido respetado, pero, rodeándolo, se aprietan irregularmente las tumbas una sobre otra, como las limaduras de hierro atraídas por un imán.

A vista de un corte del terreno (fig. 10) queremos intentar la clasificación de los tres grupos en cuanto a tiempo. Su forma y disposición nos dan el siguiente resultado: el primer grupo (a izquierda), túmulos de tablas de mármol unidas, pertenece sustancialmente al siglo IV y fué formado bajo el pavimento de la basílica.

El segundo grupo ofrece diversas formas: arriba hay

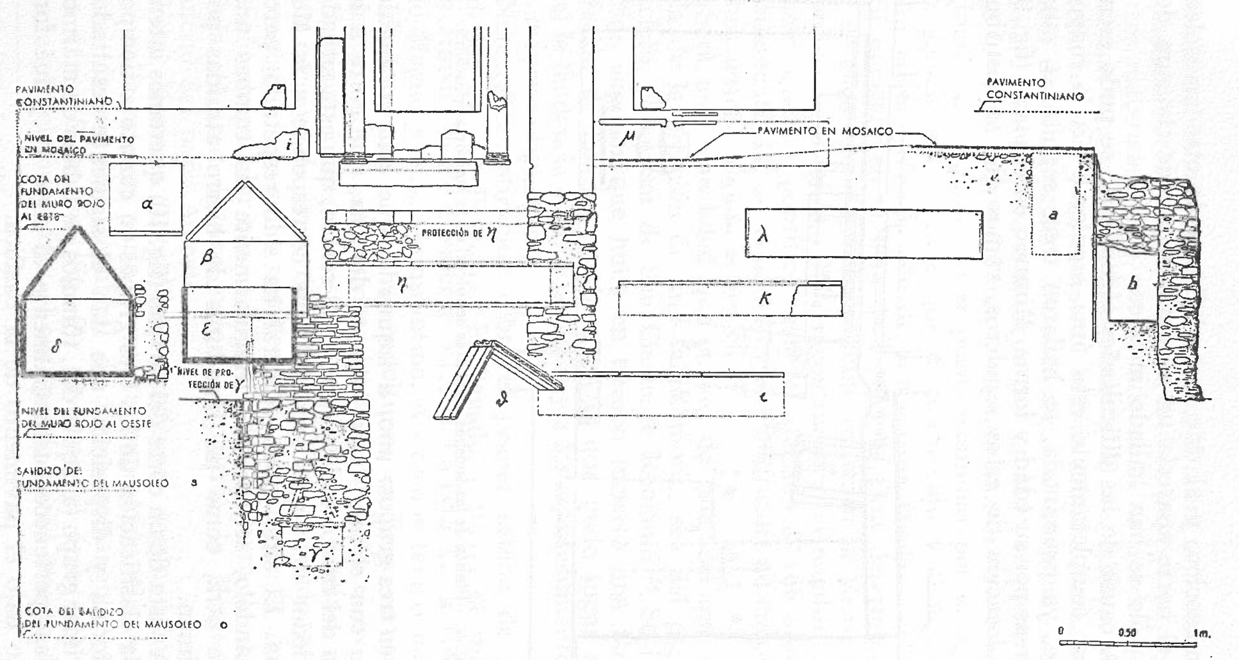


Fig. 10.—Sección sur-norte del área sepulcral de la Memoria apostólica a través de las tumbas.

una sepultura de muro de tiempo constantiniano; después se encuentran dos sencillos túmulos de terracota; la sepultura más al fondo es una sencilla fosa en la tierra recubierta de bipedales. Los ladrillos están tan unidos con el muro rojo, que han de pertenecer a un mismo tiempo. Así que, bajando de arriba hacia abajo, tenemos un decurso de tiempo que va desde el siglo IV al III y hasta el II. La lámina 25 ofrece una impresionante perspectiva de este tan multiforme grupo de sepulturas en la más estrecha vecindad del sepulcro del apóstol.

El tercero y más antiguo grupo comprende tres tumbas: γ, η, ϑ (fig. 9). La más moderna es η, una a manera de caja construída con bipedales y sin pavimento. Sobre el sepulcro aún hay una tabla protectora de mármol muy deteriorada. Este sepulcro está en diagonal bajo las dos columnas de la Memoria apostólica; es, pues, más antiguo que ésta, y pertenece, por lo tanto, a la primera mitad del siglo II. Casi dos metros más hondo está el sepulcro γ, una muy antigua tumba de niño con un tubo de arcilla para las ofrendas a los difuntos, tal como era costumbre en los primeros siglos, tanto entre paganos como entre cristianos (lám. 26), y desemboca debajo, en la cubierta a pendientes del túmulo, sobre la cabeza del difunto. La situación profunda del sepulcro lo hace atribuir al siglo I.

Un poco al norte de γ, pero paralelamente, está la tumba ϑ. Se trata también otra vez de una fosa en tierra, cubierta a doble pendiente por placas de tégula. La forma y situación, casi a un metro debajo de η, señalan para este sepulcro igualmente el siglo I. Esto queda confirmado por una estampilla de tégula en una de las piezas, aproximadamente del tiempo del emperador Vespasiano (a. 69-79) [29]. Así llegamos con esta tumba ϑ, que aun se extiende desde el ángulo nordeste hasta el borde la construcción subterránea de la Memoria apostólica, en cuanto a tiempo, muy

[29] El valor de esta estampilla ha sido puesto en duda por algunos, basándose en la posibilidad de haberse aprovechado aquí antiguo ladrillo ya usado. Esto hay que descartarlo en nuestro cqso, porque el tiempo de dicha estampilla concuerda del todo con los demás criterios arqueológicos de la tumba. Además, es ya de sí inverosímil que sólo por un par de piezas que eran necesarias para esa pobre sepultura hubiera de acudirse a material viejo. Tales piezas se podían adquirir fácilmente por poco dinero. Nos parece que la crítica, acudiendo como recurso a estas posibilidades de una segunda utilización de viejo material, se hace falta de crítica. Una tal reutilización hay que ser probada positivamente y no al revés.

cerca del de la tumba del apóstol. Además, su forma extremadamente pobre había de transmitirnos la impresión de la auténtica originaria figura del ahora tan mutilado y arruinado sepulcro apostólico.

Para describirlo al pormenor, veamos, una vez más, la cámara subterránea de la Memoria apostólica (lám. 23). La pared de detrás, según hemos dicho, es el muro rojo con un algo tosco nicho. Por el sur hay una pared delgada cuya parte baja se ha desprendido de la superior y cae un poco hacia abajo. En verdad, se trata de dos muros de diferente tiempo, pero construídos con el mismo fin, el de proteger la tumba, a la que pertenecen, contra el crecimiento de la tierra circundante. La parte superior fué construída al mismo tiempo que el muro rojo. La inferior estaba ya allí antes y hubo de ser reducida por la construcción de dicho muro rojo, como lo muestran algunas señales. El actual pequeño local cuadrado de debajo la Memoria apostólica tenía ya, pues, antes de la erección del muro rojo una flaca pared de protección que originariamente se extendería más hacia el oeste que el mismo muro [30]. Que se trataba de una tumba y no de otra cosa, lo manifiesta el carácter sepulcral exclusivo de las construcciones circundantes, tanto de las más cercanas como las más lejanas en tiempo, desde el siglo I al IV.

El conjunto arquitectónico de esta tumba y la Memoria apostólica con sus inscripciones-grafitos, así como la extraordinaria multitud de monedas de todos los tiempos y países encontradas en el pequeño local cuadrado subterráneo, debían con decisiva claridad manifestar que no se trataba aquí de una tumba cualquiera, sino de la del Príncipe de los Apóstoles. Los peregrinos, que en piadosa veneración debieron venir a presentar sus ofrendas, forman una ininterrumpida cadena que va desde los primeros siglos, continuando por toda la Edad Media hasta el principio de la Moderna, y representan una espesa red de pueblos que se extiende por toda Europa, desde Sicilia hasta Escandinavia y desde Portugal hasta Hungría.

[30] No es posible considerar esta pared como sobreelevación posterior del muro de γ. Si hubiera sido así, debía haberse encontrado apoyada sobre el muro y no alejada de él más de 20 cm. Además se hubieran hallado restos de la misma sobreelevación del lado sur de γ, lo que no se da. Los exiguos restos de revoque fino que se hallaron en un par de ladrillos de la pared no se puede decir pertenezcan al revoque de toda la pared, pues son demasiados finos v exiguos. Más bien debiéramos ver en ello señales del empleo de material ya usado.

A la vista de esta realidad podría preguntarse si —prescindiendo del santo sepulcro de Cristo— se da otra tumba histórica que pueda mostrar una semejante y tan rigurosa veneración a través de los siglos, una tal continuidad sin lagunas de manifestaciones históricas, como la del Príncipe de los Apóstoles.

La íntima conexión o pertenencia de los restos de la tumba subterránea con la Memoria allí erigida al tiempo del papa Aniceto se muestran aún por otra circunstancia que en su fuerza expresiva nada deja que desear. El nicho subterráneo y el verticalmente encima situado de la Me-

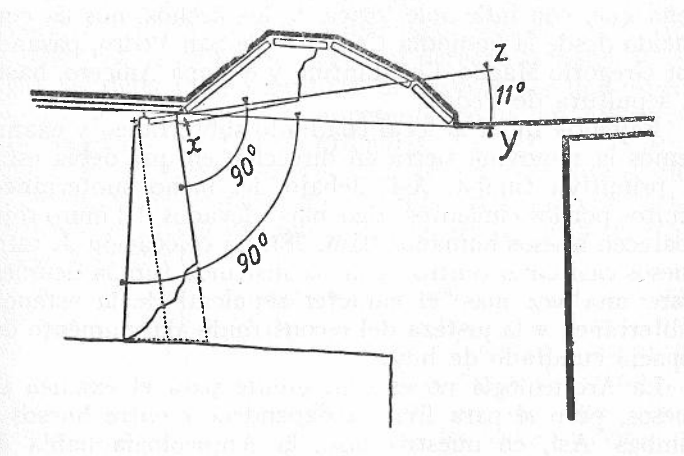


Fig. 11.—Planta esquemática de la embocadura del nicho.

moria apostólica están separados por una armadura formada por placas de mármol y ladrillos que cierra el nicho inferior por arriba y el superior por abajo. Parece lo natural que esta armadura se extendiera de una punta a otra de ambos nichos, pero, en realidad, no es así, sino que, saliendo de la punta o esquina sur, se dirige a la parte cóncava del nicho en una desviación de 11 grados. Pero por medio de esta desviación de la línea normal, que desde el punto de vista estético es una monstruosidad y debió causar muy mal efecto, se halla exactamente en ángulo recto con la del murete de protección del sur (figura 11; lám. 27). Este, en su parte superior, deja ver un a manera de encaste al que se acoplaría la originaria placa

de cierre de la pequeña cámara subterránea surgida en la edificación de la Memoria. Pero ya hemos reconocido en este pequeño local cuadrado un resto de una antigua tumba que corre del todo paralela a las dos antiquísimas tumbas γ y ϑ. El constructor de la Memoria dió tanto valor a este resto de tumba, que la placa superior de cierre debió seguir, no la dirección de la Memoria que la motivaba, sino la de la tumba misma. Con lo cual queda claro que dicha Memoria no sólo se construyó sobre la tumba, sino a causa de la tumba y de manera que con aquella desviación pudiera señalar claramente el monumento [31]. Con lo cual queda cerrada la última anilla de la larga cadena que, con inflexible lógica de los hechos, nos ha conducido desde la hodierna *Confessio* de San Pedro, pasando por Gregorio Magno, Constantino y el papa Aniceto, hasta la sepultura de Pedro.

Bajemos ahora al local cuadrado subterráneo y examinemos la removida tierra en dirección en que debía estar la primitiva tumba. Así, debajo del nicho subterráneo, ocultos por los cimientos algo más elevados del muro rojo, aparecen huesos humanos (lám. 28). La colocación de estos huesos casi en el centro de la reconstruída tumba demuestran, una vez más, el carácter sepulcral de la estancia subterránea y la justeza del reconstruído alargamiento del espacio cuadrado de hoy.

La Arqueología no es competente para el examen de huesos, pero sí para fijar la dependencia entre huesos y tumbas. Así, en nuestro caso, la Arqueología había de tomar estos huesos y pedir a los técnicos en Anatomía su opinión sobre ellos. El examen está aún en curso. El resultado provisional es: huesos de hombre de edad provecta y de vigorosa estatura.

Así nos queda como consecuencia de nuestra investigación que el Príncipe de los Apóstoles debió tener una

---

[31] Este importante factor no ha sido suficientemente tenido en cuenta por algunos críticos. Cf., por ejemplo, OSCAR CULLMANN, *Petrus. Jünger-Apostel-Martyrer* (Zürich 1952), p. 162 ss. No puede, pues, hablarse de un cenotafio o de un monumento sobre el lugar de la ejecución de Pedro. En tal caso la tradición del lugar, después de cien años, hubiera sido naturalmente sólo aproximada. Por lo mismo no habría tenido sentido de ponerlo en relación con el terreno. Pero esto es lo que se hizo en nuestro caso y con toda escrupulosidad. Se puede por lo mismo relacionarlo con restos antiguos que pertenecen a un área sepulcral. Estas realidades y claras conexiones obtenidas con las excavaciones no pueden desvirtuarse con sólo rebuscados raciocinios más o menos verosímiles. Sólo se explican por la existencia de una verdadera tumba en espacio claramente delimitado.

muy sencilla tumba, una fosa en la nuda tierra, cubierta por un par de bipedales, lo mismo que los sencillos sepulcros circundantes. Y esa pobre tumba fué tan removida y deteriorada, que hoy tenemos trabajo para reconocerla. Esto puede desilusionar a la gente piadosa, pero el historiador ilustrado obtiene precisamente con ello la definitiva seguridad de que no ha caído en ningún engaño, sino que se trata de la auténtica tumba del apóstol. La tumba de Pedro, en efecto, no podía ser lujosa y debía mostrar señales de violación.

Por lo que hace a la primera suposición, hemos de recordar que Pedro fué ajusticiado públicamente como mártir. Esto significaba, según el derecho romano, la pérdida del derecho de sepultura. Solamente por una especial súplica a la autoridad competente podía un ajusticiado ser enterrado en tumba ordinaria. En estas circunstancias y en un tiempo en que aún no era conocido el culto a los mártires, esperar una tumba rica de una pobre, pequeña y odiada comunidad es no pensar ni histórica ni psicológicamente.

Y si pasamos al segundo supuesto, de que la tumba del apóstol había de mostrar señales de destrucción, es claro que los acontecimientos que referentes a esa tumba nos transmite la Historia en forma digna de crédito, no podían estar en contradicción con los hallazgos. De los muchos sucesos que en el correr de los siglos tuvieron que ver con la tumba de San Pedro, dos son para nosotros de especial importancia. En primer lugar, un tiempo existió la conocida tradición del traslado de los restos del apóstol, hacia el año 258, desde el Vaticano al lugar de la hodierna iglesia de San Sebastián, en la vía Apia. Aunque esta tradición no sea absolutamente cierta, sin embargo, en el actual estado de la investigación es cada vez la más verosímil explicación de las fuentes literarias y de los restos monumentales. Según ella, pues, los mismos cristianos habrían abierto la tumba del Vaticano para poner en lugar seguro los restos mortales durante el tiempo de la persecución de Valeriano. Esto solo ya es suficiente para explicar el que falten las tejas de la cubierta y el destrozo de la fosa de tierra. En segundo lugar, tenemos otra noticia histórica que nos informa del cerco de Roma por los sarracenos el año 846. Entonces las basíli-

cas apostólicas del Vaticano y de la vía Ostiense fueron saqueadas y los tesoros de sus tumbas robados [32].

En verdad, nuestro monumento sepulcral presenta claras señales de fuertes ataques enemigos que destrozaron completamente del lado norte el coronamiento de la estancia central. Con esto se rompió la gruesa traviesa de travertino del umbral, se destrozó la parte de la tumba situada bajo ella y se arruinaron las placas de mármol entre los nichos inferior y medio del muro rojo.

Otra señal del saqueo es la falta de toda moneda u otro objeto de oro. Sin embargo, alguno fué encontrado en lugar inaccesible a los saqueadores: un clavo y una plaquita votiva de dicho precioso metal. Esto es una prueba de que allí había otros costosos objetos que fueron robados por manos malvadas. De tal manera concuerdan perfectamente la tradición histórica y los hallazgos de la tumba, que alejan cualquier duda razonable sobre su autenticidad.

No sin trabajo hemos seguido hasta aquí el camino que, a través de las diversas capas y envolturas, en sí esconde la actual Confesión de San Pedro y que en el decurso de casi dos milenios se han ido formando alrededor de la tan agitada, pobre y, sin embargo, infinitamente preciosa médula. Hemos ido liberándola de una y otra corteza hasta dejarla libre. Ahora ya nos es posible echar una ojeada sobre el verdadero desarrollo de esa médula, de la verdadera tumba de San Pedro.

Esto nos lleva al sorprendente resultado de la evolución de una tumba que está en tajante oposición con la normal de todas las tumbas históricas. Pues las tumbas no tienen historia si no es la de su más o menos lento desmoronamiento. Esto es lo natural, pues los hombres que se han interesado por una tumba siguen su mismo camino de muerte. Aun las gigantescas tumbas del pasado, como las pirámides, la mole de Adriano en el Tíber, saben en su historia de la inevitable decadencia. Se puede decir llanamente: es antinatural la historia de una tumba en el sentido de un desarrollo progresivo. Esto puede darse sólo en casos raros, cuando una gran parte de la humanidad, durante siglos y siglos, contempla con veneración

[32] *Lib Pont.*, II, p. 101, 104.

a un hombre y, por lo mismo, custodia su tumba como «tumba santa».

La que nos interesa ahora a nosotros es una de tales. No es en un tiempo determinado escogido, sino que, ya desde el principio, se presenta como una tumba especial que nunca fué perdida de vista y siempre en constante crecimiento, a la par con la creciente veneración en la Iglesia al Príncipe de los Apóstoles, desde unos simplicísi-

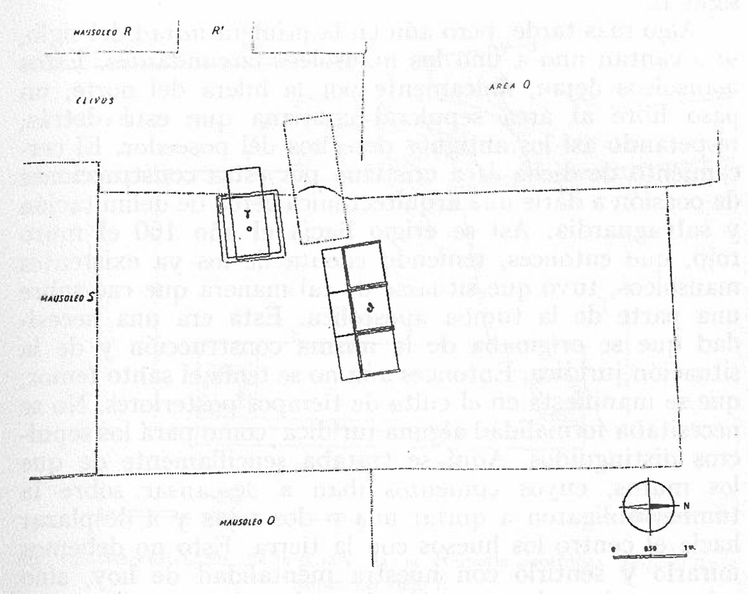


Fig. 12.—Reconstrucción del campo P hacia fines del siglo I.

mos inicios hasta el culto esplendoroso de hoy. Examinemos ahora el desarrollo de la tumba misma.

A finales del siglo I se encuentran en la colina vaticana tres tumbas aisladas, que situadas en una misma dirección constituyen un grupo cerrado. Una, quizá la más antigua, es tumba de niño cavada en lo profundo de la tierra. Las otras dos, situadas en la superficie, son pobres fosas de tierra cubiertas con piezas de teja (fig. 12; lám. 29). Pasan un par de decenios y aparece otra tumba, η, que busca la vecindad de la del apóstol mártir y se sitúa encima, de tal manera, que atraviesa las otras dos: γ ϑ. Esto

es tanto más sorprendente sabiendo que en aquel tiempo aún no existía ninguno de los mausoleos y, en verdad, no faltaba allí espacio libre para enterramientos. Por entonces debió sobreelevarse el terreno de tal manera que hizo desaparecer el canto de muro primeramente visible y el tubo de oblaciones de la tumba del niño. Esto daría ocasión a cercar la tumba del apóstol con un murete de protección del que han quedado restos. En cuanto a tiempo, hemos llegado con esto naturalmente a la primera mitad del siglo II.

Algo más tarde, pero aún en la primera mitad del siglo, se levantan uno a uno los mausoleos circundantes. Estos mausoleos dejan, únicamente por la hilera del norte, un paso libre al área sepulcral cristiana que está detrás, respetando así los antiguos derechos del poseedor. El cercamiento de dicha área cristiana por estas construcciones da ocasión a darle una arquitectónica cerca de delimitación y salvaguardia. Así se erigió hacia el año 160 el muro rojo, que entonces, teniendo cuenta de los ya existentes mausoleos, tuvo que situarse de tal manera que cae sobre una parte de la tumba apostólica. Ésta era una necesidad que se originaba de la misma construcción y de la situación jurídica. Entonces aún no se tenía el santo temor, que se manifiesta en el culto de tiempos posteriores. No se necesitaba formalidad alguna jurídica, como para los sepulcros distinguidos. Aquí se trataba sencillamente de que los muros, cuyos cimientos iban a descansar sobre la tumba, obligaron a quitar una o dos tejas y a desplazar hacia el centro los huesos con la tierra. Esto no debemos mirarlo y sentirlo con nuestra mentalidad de hoy, sino colocarnos en la situación histórica de entonces para juzgar rectamente de una tan sencilla y cotidiana operación [33].

Lo importante en este punto no es considerar lo que pasa debajo, sino lo que vemos sobre la tierra. Aquí aparece en medio del muro rojo la Memoria apostólica, que ya conocemos, con sus nichos y columnitas de mármol (fig. 13; lám. 30). Con esto la pobre tumba, dejando

---

[33] Las interesantes observaciones jurídicas sobre nuestro caso de Valentino Capocci, *Gli scavi del Vaticano alla ricerca del sepolcro di S. Pietro e alcune note di diritto funerario romano*, en «Studia et Documenta Historiae et Iuris» 18 (1952) 199-212, representan, es verdad, el derecho abstracto, pero, difícilmente, su empleo concreto en un caso como el nuestro.

de lado las otras de detrás, se acrece sobre tierra con un verdadero monumento. Señalando casi medio siglo después este monumento sepulcral el romano Gayo, dirige, orgulloso, al montanista Próculo las ya mencionadas palabras acerca de la tumba de los príncipes de los apóstoles en el Vaticano y en la vía Ostiense.

Por cuánto tiempo subsistió incólume la Memoria apostólica, no podemos fijarlo con precisión. Pero con el tiem-

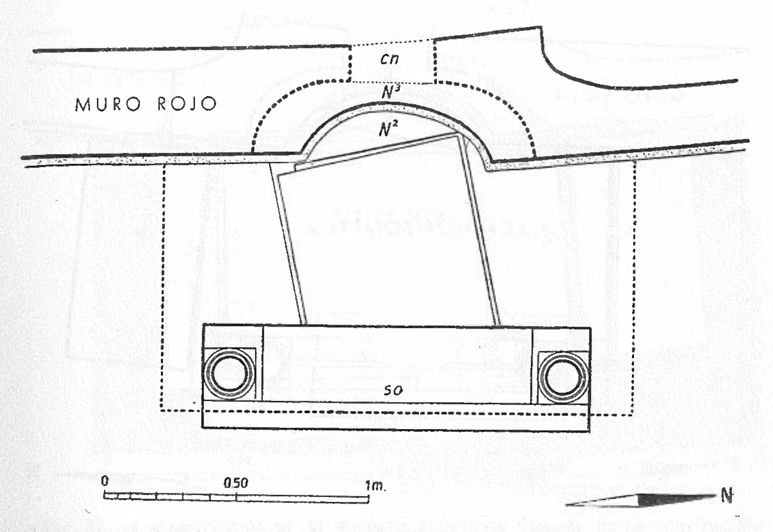


Fig. 13.—Reconstrucción de la planta de la Memoria apostólica después de la mitad del siglo II.

po (debió ser en el siglo III) hubo de sufrir de la implacable ley de destrucción de las cosas vetustas. En la parte norte del monumento, por allí donde el muro rojo se hacía más delgado a causa de una tumba a arcosolio de detrás, se originó una profunda grieta. Esta rotura hubiera inevitablemente producido poco a poco su ruina, de no habérsele prestado un refuerzo. Frente a la grieta se levantó un grueso muro de apuntalamiento (fig. 14) que descendía hasta sus cimientos. Es la pared que en tiempo posterior quedó cubierta de grafitos. Sin embargo, para la construcción de este muro de refuerzo hubo de sacrificarse un trozo de la placa de piedra que descan-

saba sobre las columnitas y desplazar una de éstas hacia el sur, tanto como lo exigía la simetría. Pero ésta quedaba sensiblemente malparada, sobre todo a derecha e izquierda. Se procura compensar esta falta con la decoración. Se cubren de mármol los lados del nicho intermedio y el suelo del monumento.

Esta solución no debió satisfacer del todo. En todo caso, pasado algún tiempo, se emprenden nuevas obras.

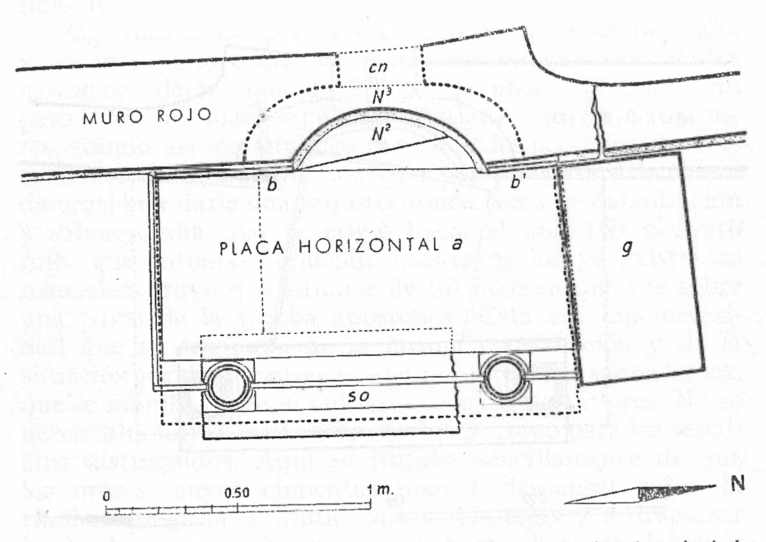


Fig. 14.—Reconstrucción de la planta de la Memoria apostólica después de la construcción del muro *g* (siglos II-III).

Esta vez se cierra también con una pared delgada el lado sur, de manera que la rota simetría del nicho intermedio quede reparada. La cara interior de la nueva pared, así como la del antiguo muro, reciben revestimiento de mármol gris. Con el mismo material se recubre el nicho correspondiente, de manera que así toda la parte baja de la Memoria apostólica se adorna costosamente de mármoles blanco y gris. Un poco más elevado que el anterior, se coloca un pavimento de mosaico de teselas blancas y verde oscuro (fig. 15).

Así llegamos pausadamente a principios del siglo IV. Mientras que las demás sepulturas antiguas quedan olvi-

dadas e invisibles, esta única, en una evolución de cinco etapas que se suceden con relativa rapidez una tras otra, pasa a ser, de una al principio misérrima tumba, un notable monumento de mármol en cuyos muros escriben su nombre piadosos peregrinos. Pero esto era poco. La sin igual fuerza vital de esta tumba la hace en la fase siguiente un verdaderamente gran monumento.

El emperador Constantino entierra una parte de la

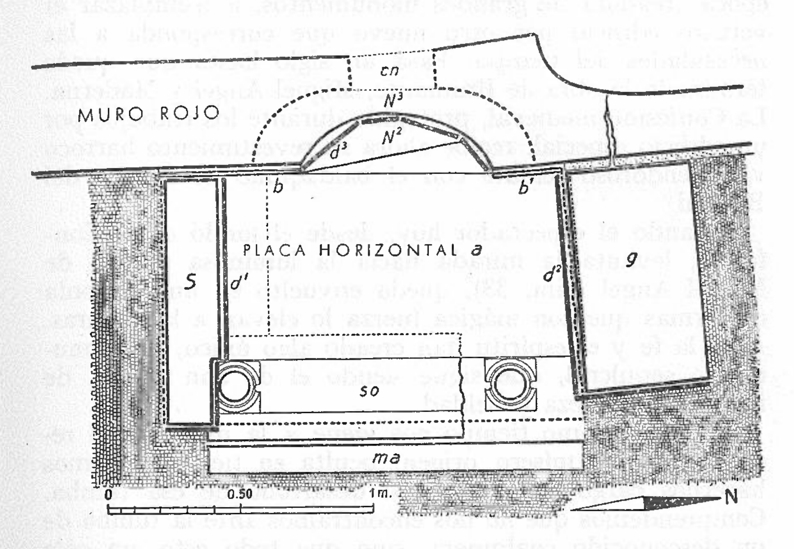


Fig. 15.—Reconstrucción de la Memoria apostólica después de la construcción del muro *S* (siglo III-IV).

ciudad sepulcral vaticana con sus ricos mausoleos; levanta enormes muros, aplana el flanco de la colina para que la antigua Memoria apostólica con su preciosa tumba pueda quedar situada en el punto central de una espaciosa basílica. El monumento mismo queda aislado por un a manera de estuche de mármol y pórfido con un ciborio rodeado de magníficas columnas orientales. En verdad un monumento sepulcral digno del Príncipe de los Apóstoles (lámina 31).

Una cosa quedaba por resolver desde el punto de vista del íntimo desarrollo del culto: la comunicación de la tumba del apóstol con el altar. Pelagio II y Gregorio

Magno han dado la solución a este problema de forma admirable y respetuosa. Así se creó la forma definitiva medieval del monumento y su ulterior historia experimenta tan sólo ligeras variaciones, presentes en mármol, esmalte, plata y oro (lám. 32).

Durante doce siglos queda en pie la basílica de Constantino, hasta que por fin, por el peso de los años, tiembla y amenaza ruina. Esto da ocasión al Renacimiento, época creadora de grandes monumentos, a reemplazar el vetusto edificio por otro nuevo que corresponda a las necesidades del tiempo. Pasa un siglo hasta que quede terminada la obra de Bramante, Miguel Angel y Maderna. La Confesión medieval, protegida durante los trabajos por un edificio especial, recibe ahora su revestimiento barroco y esplendoroso remate con el baldaquino de bronce del Bernini.

Cuando el espectador hoy, desde el fondo de la Confesión, levanta la mirada hacia la luminosa cúpula de Miguel Angel (lám. 33), queda envuelto en una sinfonía de formas que con mágica fuerza lo elevan a las alturas. Aquí la fe y el espíritu han creado algo único, un monumento sepulcral, que sigue siendo el de San Pedro, de inaudita grandeza y beldad.

Y si al mismo tiempo nos viene a la memoria el recuerdo de su mísero origen, oculta en tierra, podemos hacernos cargo del prodigioso desarrollo de esa tumba. Comprendemos que no nos encontramos ante la tumba de un desconocido cualquiera, sino que todo esto era sólo posible porque allí debajo en la tierra el sencillo y destrozado sepulcro es el de aquel que mereció oír las palabras de Cristo:

TÚ ERES PEDRO, Y SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARÉ MI IGLESIA.

LIBRO II

Los cementerios cristianos de Roma

Orígenes, descripción, iconografía

POR

MONS. EDUARDO JUNYENT, PBRO.

I N T R O D U C C I O N

Concepto de la Arqueología cristiana

El conocimiento de las manifestaciones de la vida cristiana, durante los primeros siglos de la Iglesia, no puede adquirirse únicamente por el estudio de las fuentes literarias. Por más abundantes que éstas sean en una infinidad de aspectos, capaces para fijar el concepto de la idea religiosa que preside los actos vitales del fiel cristiano, pocas veces puede lograrse por ellas solas la penetración que dicho concepto logró informar los hechos reales y externos que materializaron la vitalidad del cristianismo. En el estudio de los monumentos que constituyen estos hechos, en su análisis, en su mutua confrontación, en su explicación por las fuentes literarias y en el examen del contenido que encierran como productos reales de un ideal cristiano que arraigó en la vida de las instituciones humanas con sus formas específicas determinadas, hay un campo concreto abierto a la investigación científica en el que es posible adentrarse con la seguridad de sorprender al vivo la exteriorización de una exuberante y fecunda actividad, íntimamente unida a las exigencias de la vida, que, alentada y sostenida por el concepto religioso sobrenatural, dejó, más que sus propias huellas, los pasos cada vez más firmes en la transformación de los pueblos.

En este campo, a través de semejantes huellas y en pos de estos pasos, el interés siempre más acuciante para lograr una visión cuanto más completa posible del mundo cristiano en su más remota antigüedad, hasta la cuna de la Iglesia, y para conocer las causas determinantes de los hechos que exteriorizaron el contenido interno de su dogma con el origen de sus instituciones, de las formas de su actuación y de la práctica realización de sus influencias religiosas, el análisis de los monumentos y de sus restos creó una ciencia determinada que, con métodos propios, permitiera conocer el pensamiento y la vida cristiana de los primeros siglos.

Desde la época del Renacimiento apareció la denomi-

nación de *Arqueología* como propia para designar los estudios de los monumentos, en un concepto cada vez más preciso por el que se excluía el estudio de las fuentes literarias. Prevaleció así en este significado a medida que se concibió como una ciencia especial en el estudio de la antigüedad que única y exclusivamente tenía que ocuparse de la parte monumental salvada de las injurias de los hombres y de los tiempos. De ahí que, aplicada semejante denominación al conocimiento de la vida cristiana, adquiriera la designación de *Arqueología cristiana* como proyección científica extendida al aspecto determinado que se ofrece en el examen de los monumentos erigidos por el concepto de la ley de Cristo, como objeto propio y adecuado, con el fin de explicar su contenido y de desentrañar su significado.

La Arqueología cristiana consiste, pues, en la ciencia metódica de los monumentos religiosos de la antigüedad cristiana y de los restos reales de ellos con el fin de conocer del modo más completo posible la expresión del concepto religioso en todas las manifestaciones de la vida de los fieles de la Iglesia durante los primeros siglos.

Su objeto y fin

El objeto propio de la Arqueología cristiana está constituído por los monumentos como materia sometida a su disciplina científica. Monumentos de todas clases informados por la idea cristiana, tanto si presentan características de obras de arte o se ofrecen como meros productos manuales. Su estudio metódico y sistemático sobre el variado complejo que ellos suministran como elementos básicos indispensables permite recoger el eco de las enseñanzas de la Iglesia en sus creencias, en la observancia de las leyes morales y en el ejercicio del culto, como reflejo fiel de una cultura auténticamente cristiana informada por el espíritu de la religión.

En cuanto al límite del tiempo, la Arqueología cristiana considera los monumentos de los primeros siglos, no pudiendo precisarse un término absoluto que, si bien por los monumentos de Roma suele fijarse a principios del siglo VII, coincidiendo con el pontificado de San Gregorio el Grande, en otros países puede resultar posterior

de algún siglo a causa de las circunstancias históricas que mantienen en ellos una misma perdurabilidad de hechos que arranca de los períodos anteriores. La sedimentación de los pueblos bárbaros en su aposentamiento después de las invasiones y su incorporación a la Iglesia son factores característicos de la nueva sociedad europea medieval, tan distinta de la antigua, que señalan en muchos casos el límite del objeto propio en el estudio de la antigüedad.

Dentro de este espacio de tiempo, se destacan dos períodos netamente diversos y característicos que coinciden con las dos maneras con las que se manifestó el desarrollo del cristianismo. El uno, primitivo y arcaico, que comprende desde sus orígenes hasta la consecución de la libertad religiosa, obtenida por medio del decreto de Milán del año 313, período de las persecuciones y de los mártires y de la exteriorización de las primeras manifestaciones. El segundo abraza los siglos siguientes, a partir del triunfo de la Iglesia, coincidiendo con el desarrollo de sus instituciones y con la aparición de los monumentos destinados a perpetuar el culto.

El estudio de todas estas manifestaciones reales de vitalidad no se ciñe a contemplarlas bajo el aspecto estético, que es sólo el objeto propio de la historia del arte cristiano, ni como meras fuentes y testigos de los que se sirve la historia eclesiástica, sino como a hechos concretos que deben ser examinados en sí mismos y en su mutua relación, a la luz de las ideas que los crearon, para recoger el aliento de espiritualidad cristiana que los determina e informa.

Conceptos en los que debe fundarse su estudio

Ante todo, al emprender el estudio de la antigüedad cristiana, es preciso poseer un conocimiento profundo de las fuentes internas del cristianismo, en sus conceptos dogmáticos, creencias y tradiciones expuestas en la enseñanza de la Iglesia, y de todo el contenido ideológico, que las fuentes literarias, aunque escasas en los principios, arrojan luces especiales sobre la actuación práctica de los fieles, de la disciplina del culto y del régimen de organización.

Pero, además, no debe descuidarse la búsqueda de las

fuentes externas en los varios elementos suministrados por la cultura helenorromana, por las ideas particulares propias de los países de Oriente, por los usos de los varios misterios religiosos paganos que se hallaron difundidos en todo el imperio y aun por los conceptos de la vida moral desparramados entre el pueblo.

A fin de penetrar en el origen y desarrollo de todo el complejo que puede llamarse la cultura cristiana de los primeros siglos, es necesario profundizar en los elementos constituídos en la realidad práctica de la vida y por toda la expresión exterior y concreta que fué dada por los fieles al concepto religioso en todo cuanto se le relacionaba, porque, en realidad, no existen manifestaciones de la vida real sin que dependan en cierto modo de las ideas religiosas.

Los cristianos vivían y obraban en un mundo constituído por las más varias expresiones de la vida real, y aun intelectual, estética y religiosa, lo que llevaba consigo una profunda formación cultural obtenida bajo la influencia de infinitos factores generativos de la civilización de la época. Los cristianos se originaron y desarrollaron dentro de este ambiente de una manera absolutamente natural, pero bajo las consecuencias de las nuevas ideas religiosas, con las que prepararon una adaptación de su manera de ser al pensamiento cristiano y a la ley moral del evangelio. Pero aquella cultura revistió con sus formas propias el espíritu práctico de su vida religiosa.

Hombres de su tiempo y juzgados en su época, dejaron sus huellas en los monumentos que produjeron con su nuevo espíritu, pero sin apartarse del elemento estético que, en aquella cultura que les absorbía, había echado raíces profundas de extraordinarias repercusiones.

El realismo en que se desarrolló su vida concreta, tanto artística como cultural, contribuyó a la formación de la vida cristiana, explicando el origen y progreso de los lugares de culto, la disposición y decoración de los lugares de sepultura y la formación de la epigrafía cristiana hacia la expresión del sentimiento religioso y la creación de su propio arte.

Precisamente a través del conocimiento de los monumentos arqueológicos y artísticos creados por los fieles es cuando se logra la amplia visión del panorama completo de la civilización cristiana constituído por la vida

religiosa en su aspecto real y práctico gracias a la percepción de sus orígenes más diversos, a la aparición de nuevos hechos materiales bajo la influencia de la idea religiosa y a los primeros balbuceos de un arte luego exultante y vigoroso, que son sin duda los elementos más importantes de esta cultura.

Métodos de investigación

La Arqueología cristiana considera y contempla los materiales que constituyen su objeto primario bajo un método científico que impone, en primer término, el conocimiento de los lugares donde tales materiales se hallan emplazados, el estudio de la situación que ocupan con referencia a los centros activos que los motivaron y el análisis de las relaciones que ofrezcan con otros monumentos producidos por otras culturas afines o distintas.
Delimitado el campo de su ubicación, procede al examen detallado y particular del monumento analizado en sí mismo en cuanto a su forma, figura que presenta, disposiciones en que se desarrolla y contenido que encierra, de modo que, al hacerle hablar con su propia expresión según las normas críticas que aseveren su veracidad, sea posible establecer la autenticidad del monumento en relación con otros similares en las que ésta conste ciertamente por razones de identidad o de semejanza, o simplemente por medio de indicios seguros que permitan establecerla.
Se hace luego necesaria la compulsa con las fuentes literarias históricas, tanto si son de primer orden, en cuanto hablen directamente sobre el mismo monumento, como si quedan en orden secundario por contener únicamente meras referencias indirectas sobre su existencia o modalidades.

Una vez establecida la autenticidad del monumento, cabe determinar la edad a que pertenece o al tiempo en que más o menos fué producido, lo que, si no es posible deducir con seguridad por mediación de los elementos reales que arroje de sí mismo o a base de las fuentes literarias, puede lograrse todavía a través de la confrontación con otros monumentos o simples elementos para los que haya sido establecida una cronología.

Todo monumento, una vez conocido y precisado, exige

todavía la explicación de sus orígenes, cuyo conocimiento se determina a través del estudio de los factores que tuvieron en él su influencia decisiva o más aproximada; con esto se logra desentrañar su verdadero sentido escudriñando las ideas que hicieron posible su creación.

Pero además del análisis concreto y minucioso realzado por los resultados que se desprenden de la aplicación metódica del examen de sus elementos y de las relaciones de confrontación, el estudio de todo monumento, tanto si se ha trazado en líneas generales como si se ha conducido sobre puntos determinados, exige una síntesis de exposición compendiosa orientada a reconstruir en sus términos reales y concretos la visión o alguno de los aspectos de la vida religiosa del pueblo cristiano de los primeros siglos, tal como resulte de las manifestaciones ilustradas por el monumento, con la intención de servir al fin a que tiende la ciencia de la Arqueología cristiana.

División de las materias que forman su objeto

El amplio campo de estudio de los monumentos que constituyen el objeto de la Arqueología cristiana se divide en cinco grandes secciones, que abarcan en cada una los que entran dentro de una categoría similar por sus aspectos peculiares:

I. *Los monumentos referentes al culto.*—En este sentido se desarrolla el estudio de la arquitectura religiosa de las antiguas edades cristianas, que comprende: los primitivos edificios utilizados para las reuniones de los fieles y las construcciones de los Títulos tal como aparecieron y se organizaron durante los tres primeros siglos en la edad de las persecuciones; las basílicas levantadas desde la edad de la paz con su varia expresión en todas las provincias del imperio romano; los anejos de ellas con sus atrios, pórticos, baptisterios y consignatorios; las iglesias y oratorios, y, en cierto aspecto, todo utillaje para el culto que depende de una forma constructiva.

II. *Los monumentos sepulcrales.*—Integrados por los cementerios tanto al aire libre como subterráneos, en sus formas y disposiciones, en su desarrollo arquitectónico y decorativo, en las maneras de estar constituídos según los

diversos sistemas de sepultura; los monumentos funerarios dotados de expresión propia, como los hipogeos y los mausoleos, así como las construcciones ideadas con finalidad sepulcral.

III. *Los monumentos iconográficos.*—Abarcan los dominios de la escultura, de la pintura y de las artes menores; en cuanto puestas al servicio del ideal religioso, se entregaron a la expresión de temas propios, para decorar tanto los monumentos referentes al culto, como los monumentos sepulcrales, sea en las paredes revestidas con frescos o mosaicos, sea en la plástica de los relieves de los sarcófagos o de piezas de adorno en el mobiliario del culto, como en otros objetos indispensables al ejercicio de las prácticas religiosas en que las artes menores dejaron sus características.

IV. *Los monumentos epigráficos.*—Constituídos por una extraordinaria abundancia de inscripciones cristianas que pueden clasificarse según el material, la forma, el contenido, la ejecución y la finalidad para la que fueron grabadas, muchas veces como simples títulos colocados en el cierre de las tumbas y otras veces con carácter monumental, a fin de evocar el recuerdo de unos hechos o la exaltación de un personaje o de una obra.

V. *Los monumentos de las instituciones cristianas.*—Que consisten esencialmente en aquellos que se formaron a través de los usos litúrgicos, mediante el ejercicio de la veneración privada a los santos, con la intervención del culto público y por las prácticas de la vida religiosa.

Síntesis histórica de la disciplina científica

Aunque el interés por los monumentos cristianos empezó desde la Edad Antigua, singularmente en la recopilación de inscripciones más destacadas y en los textos de los itinerarios a uso de los peregrinos que se dirigían a Roma o a Jerusalén, y no falten durante el medievo crónicas y descripciones, en realidad, el interés por el conocimiento de los monumentos no se desarrolla hasta el siglo XVI a consecuencia del retorno a los estudios de la antigüedad propulsados por el Renacimiento.

Es natural que fueran los monumentos cristianos de

Roma los que atrajeron los primeros estudios y publicaciones, realizadas en este período desde el punto de vista dogmático y apologético. Los descubrimientos que luego siguieron de las primeras catacumbas orientaron una infinidad de publicaciones destinadas a trazar la vida cristiana primitiva con los elementos suministrados sobre todo de una manera peculiar por las fuentes literarias.

Hacia la mitad del siglo XVIII se inició un nuevo período en los estudios arqueológicos con la aplicación de los mismos métodos utilizados en la investigación de las antigüedades profanas, buscándose el origen de las varias escuelas e influencias de las que procedían los monumentos cristianos, con el estudio de la vida religiosa aplicada a ellos y con la consideración de los elementos estéticos, que fueron fijados con seguras normas cronológicas.

Pero hasta la aparición de las obras de J. B. de Rossi, que, desde la mitad del siglo XIX, hizo los grandes descubrimientos en las catacumbas de Roma, en las que realiza su estudio analítico con un método completamente adecuado a la investigación de sus materiales, no aparece la Arqueología cristiana como una ciencia destacada y limitada en su propio campo, cuyos elementos de estudio quedan definitivamente precisados para que su exploración responda a la alta finalidad de reconstruir la vida cristiana de los primeros siglos en base a los monumentos que contienen su exponente.

El surco abierto por De Rossi se ensanchó posteriormente con dilatadas prospecciones de estudios que, a la continuada aparición de nuevos monumentos, han contribuído a fijar las normas científicas de investigación al clasificar los materiales que deben someterse a su examen y al precisar los resultados cada vez más amplios y profundos de esta ciencia, auxiliar de muchas otras afines, que suministra a la Iglesia no sólo una nueva luz en su historia, que la realza en toda la gloria de sus comienzos, sino principalmente un arsenal imbatible en el campo de la apologética.

Concepto y plan de este libro

El desarrollo del presente libro no pretende ser un tratado completo de Arqueología cristiana, por cuanto carece de la exposición sistemática del conjunto de mate-

riales que constituyen su objeto, aunque se trate en sus distintas partes de los monumentos funerarios, de los monumentos iconográficos y del aspecto monumental de los monumentos epigráficos.

La finalidad propuesta se circunscribe dentro de un enfoque más restringido; a saber, sobre el conocimiento de los cementerios cristianos de Roma, conocidos con el nombre de *catacumbas*, como monumentos vitales que transportan a los comienzos de la Iglesia y revelan el desarrollo de la vida cristiana, depositarias, al mismo tiempo, de los santuarios de sus mártires, iluminadas con el fulgor de sus representaciones iconográficas y palpitantes con el lenguaje sublime de sus inscripciones. Evocar, pues, la era de los mártires en los lugares donde se fijaron sus tumbas y el esplendor adquirido por el culto en los santuarios, constituye el tema primordial, que lleva necesariamente a tratar de los cementerios cristianos en sus formas y orígenes, en sus estructuras y desarrolllo, en las vicisitudes que presidieron su historia. Como parte inherente de ellas, se exponen, asimismo, los orígenes de las representaciones que adornan su arquitectura, la formación de los ciclos iconográficos, su trascendencia en relación con los sepulcros y las manifestaciones que adquieren en la plástica de los relieves en los sarcófagos, sin tener en cuenta, empero, el mayor desarrollo iconográfico desplegado más tarde en la decoración suntuaria de los monumentos del culto. Es, de advertir también cómo en la parte dedicada a la epigrafía sólo son tomadas en consideración las inscripciones métricas y monumentales en directa relación con los mártires o sus santuarios, prescindiéndose del estudio complejo que exigiría un tratado especial de epigrafía, aun cuando ésta debiera ceñirse a la innúmera variedad de los epitafios funerarios.

El libro no quiere ser más que una introducción a los elementos indispensables propios de la Arqueología cristiana en cuanto deben servir para precisar los conocimientos que ésta suministra sobre los santuarios de los mártires, cuyo culto fomentaron muchos siglos de peregrinaciones en los suburbios de la ciudad de Roma.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

BOSSIO, A.: *Roma sotterranea* (Roma 1632).
ARINGHI, P.: *Roma subterranea novissima* (Roma 1651).
BOLDETTI, M. A.: *Osservazioni sopra i cimiteri dei santi martyri ed antichi Cristiani di Roma* (Roma 1720).
MURATORI: *Novus thesaurus veterum inscriptionum* (Milán 1739).
CIAMPINI, J.: *Vetera monumenta, in quibus praecipue musiva opera sacrarum profanarumque aedium structura ac nonnulli antiqui ritus dissertationibus iconibusque illustrantur* (Romae 1747).
SELVAGGIO: *Antiquitatum christianarum institutiones* (Vercelli 1778).
MAMACHI, TH.: *Origines et antiquitates christianae Romae*, 5 vols. (Roma 1792).
AGINCOURT, S. d': *Histoire de l'art par les monuments* (París 1823).
MARINI: *Inscriptiones christianae* (Roma 1831).
MARCHI, G.: *I monumenti delle arti cristiane primitive nella metropoli del cristianesimo* (Roma 1844).
PERRET, L.: *Les catacombes de Rome* (París 1852).
KRULL, F. H.: *Christliche Altertumskunde* (Regensburgo 1856).
LE BLANT, E.: *Recueil des inscriptions chrétiennes de la Gaule,] antérieures au VIII siècle* (París 1856-65).
LENORMANT, CH.: *Les catacombes de Rome* (París 1859).
DE ROSSI: *Inscriptiones christianae urbis Romae* (Roma 1861).
— *Bulletino di archeologia cristiana* (Roma 1863-94).
— *La Roma sotterranea cristiana* (Roma 1864).
NORTHCOTE, J. SP. - BROWNLOW, W. E.: *Roma sotterranea or some account of the Roman catacombs* (Londres 1869).
KRAUS, F. X.: *Die Kunst bei den alten Christen* (Francfurt 1864).
MARTIGNY: *Dictionnaire des antiquités chrétiennes* (París 1865). Trad. española (Madrid 1894).
REUSENS: *Eléments d'archéologie chrétienne* (Lovaina 1871-75).
KRAUS, F. X.: *Roma sotterranea. Die römischen Katacomben* (Friburgo 1873).
GARRUCCI, R.: *Storia della Arte Cristiana nei primi otto secoli della Chiesa*, 6 vols. (Prato 1873-80).
BECKER, F.: *Rom's altchristliche Coemeterien* (Düsseldorf 1874).
SMITH et CHEETHAM: *A dictionary of christian antiquities* (Londres 1876-80).
ARMELLINI: *Le catacombe romane* (Roma 1880).
ROLLER, TH.: *Les catacombes de Rome* (París 1881).
KRAUS, F. X.: *Real-Encyklopädie der christlichen Alterthümer* (Friburgo 1882).
ROHAULT de FLEURY, CH.: *Les saints de la messe et leurs monuments*, 10 vols. (París 1883-1900).
DE ROSSI, I. B.: *Inscriptiones Christianae Urbis Romae septimo saeculo antiquiores*, I (1857-61), II (1888). Suplementum I. GATTI (Roma 1915).
ARMELLINI, M.: *Cronachetta mensuale di scienze naturali e di archeologia* (Roma 1888-94).

PERATE, A.: *L'archéologie chrétienne* (París 1892).
ARMELLINI, M.: *Gli antichi cimiteri cristiani di Roma e d'Italia* (Roma 1893).
PAVÍA: *Las catacumbas de Roma* (Madrid 1895).
SCHULTZE, V.: *Archäologie der altchristlichen kunst* (Maguncia 1895).
MARUCCHI, O.: *Eléments d'archéologie chrétienne* (Roma 1900-3).
KAUFFMANN, C. M.: *Handbuch der christlichen Archaelogie* (Paderborn 1905).
LECLERCQ, H.: *Manuel d'archéologie chrétienne* (París 1907).
GROSSI GONDI, F.: *I monumenti cristiani iconografici et architettonici dei sei primi secoli* (Roma 1923).
MANCINI, G.: *Recenti ritrovamenti di antichità cristiane in Roma,* en «Atti del Congr. di Ravenna» (1932) pp. 193-200.
JOSI, E.: *Le più notevoli scoperte avvenute in questi ultimi anni nelle Catacombe romane,* en «Atti del Cong. di Ravenna» (1932) pp. 311-314.
MARUCCHI, O.: *Le Catacombe Romane. Opera postuma* (Roma 1933).
KIRSCH, G.: *Le Catacombe Romane,* ed. «Amici delle Catacombe» I (Roma 1933).
BAKHUIZEN VAN DEN BRINK, J. M.: *De Romeinsche Catacomben en haar fresco's* (Haag 1933).
MARUCCHI, O.: *Manuale di archeologia cristiana,* 4.ª ed. (Roma 1933).

Corpus inscriptionum latinarum. consilio et auctoritate Academiae litterarum regiae Borussicae editum (Berolini) vol. 5-14.
Atti e dissertazioni della Pontificia Accademia romana di archeologia Roma, serie I, 1821-64; serie II, 1881).
Comptes rendus de l'Academie des Inscriptions et belles Lettres. Comptes rendus des séances (París 1857).
Bolletino della Comissione archeologica comunale di Roma (1872).
Notizie degli Scavi di Antichità (Roma 1876).
Bulletino di archeologia e storia dalmata (Salona-Spalato 1878).
Mélanges d'Archéologie et d'Histoire. Ecole française de Rome (París-Roma 1881).
Römische Quartalschrift für christliche Alterthumskunde und für Kirchengeschichte (Roma 1887).
Nuovo Bullettino di Archeologia cristiana (Roma 1895).
Studi e Testi pubblicati per cura degli scrittori della biblioteca Vaticana (Roma 1900).
CABROL, F., y LECLERCQ, H.: *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie* (París 1907).
Studi Romani. Rivista di Archeologia e Storia (Roma 1913-1914; 1922).
Rivista di Archeologia Cristiana (Roma 1924).

PERATÉ, A.: L'archéologie chrétienne (Paris 1892).
ARMELLINI, M.: Gli antichi cimiteri cristiani di Roma e d'Italia (Roma 1893).
[illegible]: Los cementerios de Roma (Madrid 1895).
SCHULTZE, V.: Archäologie der altchristlichen Kunst (München 1895).
MARUCCHI, O.: Éléments d'archéologie chrétienne (Roma 1899-1902).
KAUFMANN, C. M.: Handbuch der christlichen Archäologie (Paderborn 1905).
LECLERCQ, H.: Manuel d'archéologie chrétienne (Paris 1907).
GROSSI GONDI, F.: I monumenti cristiani iconografici e architettonici dei sei primi secoli (Roma 1923).
[illegible] (Atti del Congr. di Ravenna 1932) pp. [illegible].
[illegible] (Atti del Congr. di Ravenna 1932) pp. [illegible].
MARUCCHI, O.: Le Catacombe romane. Opera postuma (Roma 1933).
KIRSCH, G. P.: Le Catacombe Romane, ed. Amici delle Catacombe (Roma 1933).
[illegible] en [illegible] (1933).
MARUCCHI, O.: Manuale di archeologia cristiana, 4.ª ed. (Roma 1933).

Corpus inscriptionum latinarum [illegible] (Roma [illegible]).
[illegible] (Roma [illegible]).
Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres. Comptes rendus des séances (Paris 1857).
Memorie della Commissione di archeologia sacra (Roma 1872).
Notizie degli scavi di antichità (Roma 1876).
Bullettino di archeologia e storia dalmata (Spalato 1878).
Mélanges d'archéologie et d'histoire. École française de Rome (Paris-Roma 1881).
Römische Quartalschrift für christliche Altertumskunde und für Kirchengeschichte (Roma 1887).
Nuovo Bullettino di archeologia cristiana (Roma 1895).
Studi e Testi pubblicati per cura degli scrittori della Biblioteca Vaticana (Roma 1900).
CABROL, F., y LECLERCQ, H.: Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie (Paris 1907).
Studi Romani. Rivista di Archeologia e Storia (Roma 1913-1922).
Rivista di Archeologia Cristiana (Roma 1924).

PARTE I

Los cementerios cristianos

I. LAS SEPULTURAS CRISTIANAS

Condiciones de los sistemas de sepultura

A medida que la idea cristiana se difundió en todas partes, los adeptos de la nueva religión se hallaron ante un estado de hecho por lo que se refiere a las maneras peculiares que cada región tenía para enterrar los cadáveres de los difuntos, y siguieron adaptándose a ellas mientras convenían al concepto cristiano, desechando sólo aquellas que les eran contrarias.

Estos sistemas, constituídos a lo largo de los siglos, se habían fijado a través de varias condiciones impuestas:

A) *Por la forma:* *a*) Deposición del cadáver en un sepulcro, que era la más primitiva y difundida en todas partes; *b*) incineración del cadáver, uso adoptado por el mundo grecorromano desde el siglo I.

B) *Por la costumbre establecida:* *a*) Sepulturas al aire libre, en simples tumbas de fosa cavada en el suelo, en sarcófagos protegidos por construcciones funerarias o en mausoleos; *b*) cementerios subterráneos aprovechando fallas o grutas del terreno o excavados exprofesamente tanto en él como en el subsuelo.

C) *Por las condiciones del terreno,* según se ofrecía en una determinada región o en un lugar preciso, que permitían unas formas con preferencia a otras, sea al aire libre, sea subterráneas, o bien en hipogeos medio internados en las laderas de las colinas o aislados e inmergidos en el suelo.

D) *Por el concepto religioso de la tumba,* animado por la idea de la sobrevivencia humana en la otra vida, profundamente arraigado entre los pueblos de Oriente, que mantuvieron como única la deposición del cadáver, contra la idea materialista, que predominó entre los pueblos de Occidente y les hizo adoptar la incineración.

Criterios que influyeron en la sepultura cristiana

Entre los cristianos fué la idea religiosa la que informó la manera de ser de sus sepulcros. En su concepto, el cuerpo del difunto merecía un respeto sagrado por haber sido transformado en vaso de elección por las gracias sacramentales y en templo del Espíritu Santo y no merecía la destrucción, más que más debiendo resucitar un día rejuvenecido en sus formas físicas. Por esto se desechó formalmente el sistema de cremación de los cadáveres, por lo que repugnaba íntimamente al concepto religioso de la vida eterna.

En cambio, se aceptó plenamente el sistema de la inhumación, o deposición del cadáver dentro de un sepulcro, que era la forma tradicional observada por la mayoría de los pueblos. Las costumbres establecidas en cada país en la manera de construir los sepulcros, la disposición de éstos según las posibilidades económicas de las familias, su distribución en lugares determinados a tenor de las leyes existentes y, finalmente, su realización en cuanto lo permitían las posibilidades del terreno, fueron las normas consuetudinarias generales a las que se acogieron los fieles cristianos. No introdujeron en ello ninguna innovación, en el sentido que crearan una nueva forma específica de sepultura, del mismo modo que tampoco recurrieron a un aislamiento de sus tumbas apartado de las zonas de terreno destinadas a uso funerario.

Influencias que las determinaron

Hay que tener en cuenta que las primeras comunidades cristianas se reclutaron entre los judíos conversos que vivían en comunidades más o menos numerosas, dispersas en las principales ciudades del imperio romano. A ellas se sumaron pronto, y en mayor número cada día, los fieles procedentes de los gentiles por la regeneración bautismal. De las costumbres existentes entre los judíos y los pueblos gentiles se infiere cuál fué el influjo que predominó en la manera de ser de los sepulcros cristianos.

Usos entre el pueblo judío

Los judíos, racialmente observantes de sus tradiciones, seguían fielmente las prescripciones de la ley que obligaban a construir las sepulturas fuera del recinto de los núcleos de habitación. Colocaban los cadáveres en el interior de grutas naturales o en cuevas abiertas en la roca viva, siguiendo cuatro sistemas diversos:

A) Colocación del cadáver, amortajado con el sudario, encima de un banco adosado a la pared de la cueva y obtenido en la misma roca.

B) El cadáver era introducido dentro de la cavidad de un bloque macizo, previamente vaciado y aislado de las paredes de la cueva, a manera de sarcófago.

C) La sepultura se reducía a una simple fosa excavada en el pavimento de la gruta y cerrado con una losa.

D) En forma de nichos abiertos en las paredes en sentido longitudinal, como en nuestros cementerios, en los que se introducía el cadáver por los pies y se cerraba la apertura con una piedra.

Su influencia

En realidad, no existe una influencia decisiva de los sistemas judíos en la estructura de las sepulturas cristianas, en cuanto éstas pudieran considerarse como el resultado de la aplicación y evolución de los métodos judíos. Aunque el cristianismo se desarrolló en sus orígenes dentro del ambiente de las sinagogas, la rotura de relaciones, efectuada durante la misma época apostólica, emancipó a los cristianos de la observancia de la ley mosaica y más aún de las obligaciones de la tradición consuetudinaria. Las disposiciones relativas a sepultura, contenidas en los diversos tratados del Talmud y redactadas con posterioridad a la escisión entre la Iglesia y la Sinagoga, todavía podían afectar menos a los nuevos fieles segregados por la ley del Evangelio, cuya comunidad se nutría de los gentiles conversos.

Por otra parte, la misma Iglesia, en su primer desarrollo, tampoco logró inmediatamente un estado de organización en todas sus actividades materiales, que, aun durante

el curso del siglo II, quedaron relegadas a la iniciativa privada en lo que concierne a los lugares de culto y de sepultura. Cuando empezó a obrar en nombre de una función colectiva, resolviendo para sí la existencia de edificios litúrgicos y de áreas funerarias, tuvo que acogerse a un estado de cosas preestablecido, con el que debió de conformar sus propias exigencias, del mismo modo que las comunidades hebreas también tuvieron que adaptar las suyas al progreso de los tiempos y a las maneras de obrar en cada país.

Pero hay que reconocer que, si a veces han sido señalados puntos de contacto entre los monumentos cristianos y judíos, no puede olvidarse que eran comunes a ambos buena parte de las fuentes de inspiración y que la procedencia hebrea de los primeros fieles continuó siendo numerosa en el pasaje de la Sinagoga a la Iglesia, para desechar la permanencia de inveteradas tradiciones, no opuestas al espíritu cristiano que, con los judíos, podían penetrar en la nueva sociedad religiosa. Por ello, el tipo de sepulturas judías es verosímil que haya perdurado en la continuidad de las iniciativas particulares aisladas, del mismo modo como puede haberse impuesto en ciertas localidades o en determinados puntos donde el área funeraria se originó e incrementó con predominio peculiar de influencias judías. De hecho se notan varias reminiscencias primitivas que, en algunos casos específicos diseminados por el mundo cristiano, acusan este aspecto relativo aun dentro de la órbita de otras influencias más decisivas y al lado de significadas características que proceden del fondo étnico de cada pueblo.

Usos en el imperio romano

Las usanzas funerarias establecidas entre los distintos pueblos gentiles que formaron el mosaico del imperio romano revisten, en general, unas características comunes que intervienen más directamente en la influencia que ejercieron sobre la manera de ser de los sepulcros cristianos, de manera que éstos prácticamente vinieron a resultar la continuación de unos métodos sumamente difusos que, en cada país, se enriquecieron con las mismas particularidades de las formas típicas que en los mismos

se desarrollaron, tanto en sus disposiciones más simples como en las más ricas y suntuosas.

Razones de continuación por los cristianos

Los fieles de las primeras comunidades cristianas, tal como éstas se fueron organizando y desarrollando en su primer siglo de existencia, continuaron usando los mismos sepulcros de familia, al lado de sus antepasados muertos en la gentilidad, aunque se hallaran situados en medio de tumbas paganas, como lo han confirmado los hallazgos arqueológicos. En ellos tenían derecho de sepultura no sólo los familiares pertenecientes a la misma *gens* o estirpe, sino también los libertos y clientes de ella, y, por tanto, los fieles que entraban en esta categoría cerca de alguna familia.

Por esto, en un principio, no era posible la existencia de monumentos funerarios con carácter cristiano, como de hecho no se encuentran, por la razón que se confunden con los mismos ya existentes y concebidos según las normas en uso. Si algunos se construyeron por familias cristianas, como que no se apartaron de estas normas y no se había formado todavía una manera de ser específica que los caracterice como tales, pueden pasar desapercibidos, a no ser que, por la presencia de algunos detalles en el lenguaje epigráfico de las inscripciones o en la ornamentación e iconografía de las representaciones, se ofrezca algo que permita clasificarlos como pertenecientes a los fieles de Cristo.

Su emplazamiento

La regla general adoptada por los pueblos del litoral del Mediterráneo consistía en señalar y fijar lejos de los centros de habitación los lugares destinados a sepultura. La ley de las XII Tablas sancionaba este uso en Roma cuando decía: *hominem mortuum in Urbe ne sepelito neve urito*. Según esta prescripción, todos los ciudadanos y libertos habitantes de las ciudades que se habían acogido a este derecho tenían amplias facultades para erigir sepulcros mientras lo hicieran en el *ager publicus*, extendido fuera de las murallas que cerraban el recinto del *pomerium*

destinado al núcleo de habitación, con libertad para situarlas aun en los huertos y áreas de sus villas campestres.

En virtud de ello, es norma común en todas partes que las zonas funerarias del antiguo mundo romano se hallen siempre extendidas fuera de las ciudades y en sus inmediaciones, aprovechando el terreno que ladea las vías públicas de comunicación, en plena campiña, adaptándose a la configuración de los campos, márgenes y declives de colinas.

Su carácter religioso

En cualquier lugar donde existiese una zona o un monumento funerario, o simplemente se abriera una nueva tumba, bastaba la deposición de un cadáver para que tal punto se convirtiera automáticamente en un lugar religioso, sagrado para la familia, inviolable a los extraños e inalienable por parte de la administración pública. Su tutela pasaba bajo la inmediata jurisdicción de los pontífices y era reo del delito de sacrilegio quienquiera osara entrometerse en una posesión cuya inmunidad de carácter sagrado no podía ser atropellada por la ley civil.

Tendencia cristiana hacia el aislamiento y la agrupación de los sepulcros

Bastaba, pues, esta tutela emanada de las prescripciones del derecho legislativo y consuetudinario para que, acogidos a su amparo, los cristianos continuaran utilizando unos mismos métodos de sepultura que de ningún modo repugnaban a sus creencias.

Pero a medida que, con el progreso de los tiempos, los fieles aumentaron de número en una familia o en una comunidad, aconteció que los sepulcros de origen gentílico pasaron al uso de la familia cristiana y que, al transformarse varios de éstos en este sentido dentro de una zona determinada, principiaron también a darle un carácter cristiano que tiende, no sólo a prescindir de cuanto pueda evocar una religión a la que se ha renunciado, sino a expresar la nuevamente profesada, aunque esto se logre sólo con lenguaje balbuciente.

Es la tendencia que se manifiesta desde últimos del

siglo II, orientada a unificar los vínculos comunes de profesión religiosa en las sepulturas y a segregar de las áreas paganas los lugares de sepultura y monumentos funerarios que se erigen en el dominio de la colectividad bajo la administración y tutela de la Iglesia, hasta llegar a la creación de centros funerarios propios, destinados exclusivamente al servicio de las comunidades que se hallaban adscritas a las circunscripciones de los centros litúrgicos del culto establecidos en el interior de los recintos urbanos.

Este paso trascendental de la propiedad particular a la colectiva, que se inicia desde principios del siglo III, fué alcanzado por el natural progreso de las circunstancias al hermanar en una zona determinada un conjunto de monumentos funerarios ya existentes y originados en el derecho particular, cedidos a la colectividad o adquiridos por ella, y también por una manera orgánica de establecer un lugar habitualmente destinado a sepulturas de una comunidad determinada dentro de un área, sin precedentes funerarios, cedida a la Iglesia o adquirida por ella, creándose así los verdaderos centros de sepultura cristiana que recibieron el nombre de *cementerios*.

BIBLIOGRAFIA: GOEBEL: *De sepulchrorum et sepultorum religione* (Regiomonte 1746). — ALLARD: *Le christianisme et l'empire romain*, 4.ª ed. (París 1878). — NICOLAI, J.: *De sepulchris Hebraeorum libri IV* (Lyón 1706). — GARRUCCI: *Cimitero degli antichi Ebrei scoperto recentemente in vigna Randanini* (Roma 1862). — FREY I. B.: *Les communautés juives à Rome aux premiers temps de l'Eglise*, en «Recherches de science religieuse» 20 (1930) p. 267-297. — BEYER, H. W., und LIETZMANN, H.: *Die jüdische Katakombe der Villa Torlonia in Rom.*, en «Jüdische Denkmäler I» (Berlín 1930). — GALLING, K.: *Die jüdischen Katakomben in Rom als ein Beitrag zur jüdischen Konfessionskunde*, en «Theologische Studien und Kritiken» (1931) p. 352-360. — FREY, I. B.: *La catacombe juive de la voie Nomentane*, en «Rivista di Arch. crist.» 8 (1931) p. 359-363. — DE ANGELIS d'OSSAT, G.: *La Catacomba Ebraica a Monte Verde in Roma*, en «Roma» 13 (1935) p. 361-369. — FERRUA, A.: *Sulla tomba dei cristiani e su quella degli ebrei*, en «La Civiltà Cattolica» (1936) IV, p. 298-311. — FREY, J. B.: *L'anciennité des catacombes juives à Rome*, en «Atti della Pont. Accademia Romana di arch.» ser. III, «Rendiconti», 12, fasc. 3-4 (1937) p. 185-198. — STYGER, P.: *Heidnische und christliche Katakomben*, en «Studien zur Religion und Kultur des Altertums» (Münster i. W. 1939) p. 266-275. — CECCHELLI, C.: *Ipogei eretici e sincretistici di Roma. I: L'Ipogeo degli Aureli*, en «Quaderni di Studi Romani» VI (Roma 1928) p. 77, 18 tav. — CAGNAT - CHAPOT: *Manuel d'archéologie romaine* (París 1916).

II. LOS CEMENTERIOS CRISTIANOS

Su nomenclatura

La palabra genérica usada por los cristianos como destinada a significar el lugar de sepultura, fué derivada del vocablo griego χοιμάω, *dormio,* de la que se formó κοιμητήριον, *coemeterium,* cementerio, que no significaba otra cosa que *dormitorio,* lugar de reposo, a causa de entrañar la idea de la resurrección esperada por los cuerpos de los difuntos en la fe de Cristo. Vocablo de origen netamente cristiano que, si bien en un principio pudo aplicarse a monumentos funerarios aislados, sirvió ya desde principios del siglo III para designar el conjunto de tumbas y edificios fúnebres erigidos en una zona determinada.

Otras expresiones menos genéricas, pero que se adaptaban a las maneras de estar constituídos determinados tipos de cementerio, fueron: los de *area* y *hortus,* para indicar los que se extendían en la superficie del terreno como una parcela segregada con destino a sepulturas, que eran en su origen los mismos huertos, a los que se atribuía nuevo destino, a veces unidos a las villas, y tanto podían contener una sola tumba particular como familiar o común de un colegio o corporación; su diminutivo era *ariola,* cuando era de reducidas dimensiones, y también *agellus* o pequeño campo. Las de *crypta, crypta arenaria,* y algunas veces simplemente *arenarium,* cuando se quería significar que el cementerio tenía carácter subterráneo.

La denominación de *area* es la más común en el Africa romana, donde los cementerios se extendieron siempre en terrenos al aire libre, mientras que en Roma, dado el carácter y la difusión adquirida por los cementerios subterráneos, prevalecieron las denominaciones particulares de *crypta* para designar un núcleo cementerial excavado en el subsuelo, y de *crypta arenaria* o *arenarium,* no sólo para especificar una caverna natural que quedó vacía después de haber explotado un filón de arena y que fué utilizada más tarde como cementerio, sino también el mismo vacío subterráneo excavado expresamente con destino funerario.

No es tan común la denominación de *hypogaeum,* hipo-

geo, lugar con estancia funeraria subterránea y monumento superior, que tanto puede significar la sepultura aislada como la tumba familiar o común, en la manera como abundan en toda la extensión geográfica de la antigüedad cristiana.

En cambio, fué totalmente desconocida la denominación de *catacumbas*, que sólo se popularizó en Roma desde el período del Renacimiento para designar los cementerios subterráneos. Semejante denominación fué meramente local en su origen y usada en el siglo III para expresar la depresión de terreno existente en el tercer miliario de la vía Apia, en el punto donde se edificó el circo de Majencio, y donde, asimismo, se desarrolló luego el cementerio de San Sebastián, que, por su posición topográfica, era llamado *coemeterium in catacumbas*, del mismo modo que otros cementerios fueron designados por el nombre local del lugar donde se hallaban emplazados. Pero a causa de la importancia adquirida por este cementerio por razón de las venerables memorias que encerraba, y especialmente por haber sido el único que se mantuvo abierto a las visitas de los fieles y conocido siempre sin interrupción, mientras todos los demás habían desaparecido bajo las destrucciones y abandono, resultó que su denominación de *coemeterinm in catacumbas* se redujo al único vocablo de *catacumbas*, para expresar la manera de ser de sus antros subterráneos; de modo que, a medida que los descubrimientos condujeron al conocimiento de otros cementerios subterráneos, se aplicó a éstos la misma designación, que más tarde se generalizó para expresar los núcleos subterráneos de Roma característicos por su origen sepulcral cristiano.

Tipos genéricos de cementerios

Según resulta de la misma nomenclatura, toda agrupación de sepulturas existente en una extensión de terreno exclusivamente destinada a fines funerarios, aunque el lenguaje cristiano se exprese con la denominación de cementerio, responde a dos tipos genéricos, con características propias que condicionan la manera de ser de cada uno y la distribución y forma de las tumbas, según que se extiendan en terrenos al aire libre o se adentren en las profundidades del subsuelo.

El primer tipo es el que responde a la modalidad más natural y consentánea con el proceso histórico de la inhumación del cadáver, según se ha realizado en todos los países y a través de los tiempos, aun cuando pueda adquirir desarrollos diversos y aspectos monumentales, porque siempre ha constituído la manera más fácil de adaptarse al terreno. Por esto los cementerios al aire libre no son exclusivos de regiones determinadas, sino comunes en todas partes.

El segundo tipo, aunque pueda derivar del concepto de los hipogeos semienterrados en el subsuelo, responde a una forma más intensiva de sepultura dentro de un espacio prefijado, lo que se obtiene siempre que el subsuelo ofrezca características especiales en la composición de sus estratos litoides. Esto no es común en todas partes, sino peculiar de algunos puntos de Italia y sobremanera característico en el territorio de Roma, donde todas las circunstancias de intensidad sepulcral y de zona prefijada condujeron a la solución de los cementerios cristianos subterráneos.

Sistemas que los determinan

Antes no se llegó a la formación y desarrollo definitivo de uno y otro tipo cementerial; en todas partes ha intervenido idéntica evolución progresiva. Esta toma como origen la existencia de zonas sepulcrales familiares de carácter privado que, en el decurso de los tiempos, logran fundirse entre sí en virtud de su cristianización, pasando a adquirir más tarde un carácter común bajo la organización y administración de la Iglesia, que se ocupa de la sepultura de los fieles. Evolución lenta que presupone asimismo la difusión del sistema generalizado en la propia manera de ser en las tumbas familiares que entra en contacto con otro sistema, también muy generalizado, fundado en el derecho consuetudinario y amparado por la legislación concerniente a las tumbas en común, propias de asociaciones y colegios funerarios. La fusión obtenida en el contacto entre ambos sistemas y lograda por la vitalidad creciente de las comunidades cristianas en busca de su propia expresión y con tendencia a aislarse de las zonas funerarias paganas, condujo a la creación de sus propios centros cementeriales.

Para seguir de cerca semejante evolución y hallar los puntos de contacto que determinan su progreso, es preciso señalar las características de los sepulcros familiares y de los sepulcros comunes o colegiados que estuvieron en uso dentro del mundo pagano, en los dos sistemas paralelos y contemporáneos, a través de los cuales se llegó a la concreción definitiva de los cementerios cristianos.

Sepulcros familiares

Al amparo del reconocimiento religioso y del derecho consuetudinario, mientras se constituyera fuera del recinto urbano, toda familia poderosa posesora de un lote de terreno o de un jardín en su villa podía establecer libremente un sepulcro destinado a recoger los despojos mortales de sus miembros (fig. 16). El carácter religioso adquirido por este lugar escapaba a menudo a su transmisión fuera de la familia, lo que se expresaba con la fórmula H.M.H.N.S: *hoc monumentum haeredem non sequitur*, este monumento no tiene heredero. El permiso de sepultura quedaba reservado a los familiares y a los clientes según la fórmula tan conocida expresada por las palabras *sibi suisque, libertis libertabusque posterisque eorum*, que campeaba en los títulos epigráficos de declaración de la propiedad.

El área destinada a recinto sepulcral era acotada, *metata*, por medio de cipos, o delimitada por una cerca o pared, *muro cincta*, y sus medidas quedaban consignadas expresándolas por la extensión de sus lados, *in fronte pedes x, in agro pedes x*. Ésta variaba según la capacidad que intentaba darse al recinto, mientras, además de las tumbas circuídas de jardín, pudiera contener un pozo y el edificio con el triclinio destinado a reunir a los familiares en los banquetes fúnebres dados en ocasión de celebrarse los aniversarios, y a veces también el edificio para el custodio.

No importaba la manera de dejar sepultados a los difuntos, sea en fosas o sarcófagos, sea abriendo cavidades subterráneas en el subsuelo; muchas veces unos y otros métodos se combinaban; y, cuando el área resultaba más restringida, el sepulcro familiar se reducía a un simple hipogeo con estancia funeraria bajo edificio a ras de suelo, en medio de un pequeño jardín.

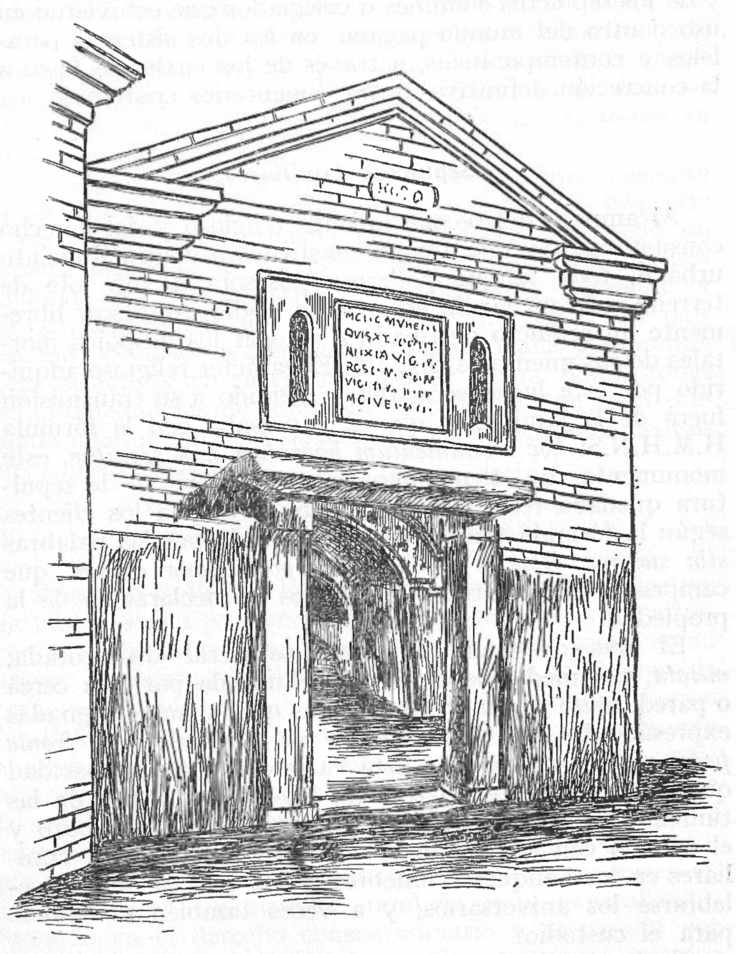


Fig. 16.—Hipogeo pagano de principios del siglo II, situado en la cavidad natural del cementerio *ad catacumbas*.

Sepulcros corporativos

Los monumentos funerarios con carácter común destinados a personas que no pertenecían al mismo vínculo de parentesco o que no se hallaban comprendidas dentro del concepto de clientela familiar, son abundantes en Roma desde los últimos tiempos de la República. Se originaron al amparo de sociedades funerarias en las que, mediante una cuota preestablecida, los miembros que la integraban se aseguraban el derecho de sepultura. Así la plebe y la gente humilde proveía a este extremo reuniéndose en agrupaciones a veces formadas en el seno de una misma arte u oficio y otras más libremente y sin otro motivo bajo el signo de una divinidad.

Fueron los *collegia tenuiorum* o *collegia salutaria*, permitidos por la ley con derecho reconocido para poseer un terreno destinado a la sepultura de los asociados, para disfrutar de lugares de reunión, libre administración y facultad de reunirse para los fines de la asociación y con motivo de la celebración de banquetes fúnebres. Extensamente arraigados en Roma, pudieron establecerse asimismo dentro de los dominios del imperio romano a partir de Septimio Severo (193-211) a condición de que no pudieran transformarse en sociedades al margen de la ley.

Organizados luego desde el siglo III, dondequiera la gente humilde procuró beneficiarse de un derecho económico de sepultura, su aceptación contribuyó a difundir en gran manera el establecimiento de lugares destinados a sepulcros de corporaciones, que se designaron por el nombre de la asociación, a veces por el de los patronos o bienhechores que la favorecían y en otros casos simplemente al amparo de una divinidad tutelar. Así eran, por ejemplo, los colegios de los *cultores fabrorum, cultores Fucini, cultores collegi Promensium*; el *collegium quod est in domo Sergiae Paullinae* y *collegium quod consistit in praediis Larcii Macedonis*. Los asociados se llamaban *socii monumenti* o *sodales viae Labicanae*.

Los colegios que aceptaban la incineración poseían sus típicos *columbarios* en edificio ex profeso, cuyo interior estaba formado por pequeñas hornacinas distribuídas en distintas hileras y pisos sobrepuestos, en cuyo hueco

se depositaba la *urna cineraria* u *olla* de depósito de las cenizas, que era adquirida según designación establecida o determinada por la suerte entre los asociados (lám. 34).

En cambio, los colegios que practicaban el rito de la inhumación poseían sus centros de sepultura, que no se diferenciaban de las formas típicas de las tumbas familiares en cuanto a su área con jardín, hipogeos, edificios complementarios, sino en la extensión del terreno requerida para un mayor número de personas.

Formación de los cementerios

Durante los primeros tiempos de consolidación del cristianismo en las ciudades, los fieles fueron incapaces de percibir un sentido colectivo de sepultura, puesto que vivían inmergidos dentro de unas costumbres ampliamente consagradas por el uso y nada les inducía a pensar en la creación de métodos propios. Por otra parte, las reducidas comunidades nacían y se desarrollaban en el asilo de las familias pudientes que habían abrazado la fe cristiana, a las que pertenecían como clientes, libertos o esclavos, en el ámbito de una iglesia doméstica que, así como procuraba para ellos el cumplimiento ordinario del culto, les garantizaba el lugar de sepultura en el predio familiar.

Pero pronto la iglesia doméstica no quedó ceñida estrictamente a las personas que, según el derecho, formaban el personal de la casa. La caridad fraterna, fruto de la ley de gracia, introdujo en el ámbito familiar a cuantos se integraban como miembros de la Iglesia por la recepción del bautismo, sin distinción de clases ni categorías bajo la señal de Cristo, que los hermanaba a todos en la fe. Así la idea pagana, que por principio religioso impedía la intromisión de un extraño en las tumbas familiares, quedaba transformada por la idea religiosa cristiana, que los aceptaba en virtud de la ley de la caridad hacia el prójimo.

En Roma, el hipogeo de Lucina, originariamente pagano, da lugar a un extenso desarrollo cementerial desde que sus dueños pasaron a ser adeptos de Cristo; el hipogeo de los Flavios, probablemente cristiano desde su construcción a últimos del siglo I, se ensancha en galerías subterráneas con destino a los fieles (fig. 25); lo mismo

acontece con el hipogeo de la noble familia de los Acilios (fig. 26). No faltan ejemplos de familias que, al erigir sus monumentos fúnebres, otorgan el derecho de sepultura más allá de su circulo, como Marco Antonio Restituto, que levantó un hipogeo para sí y para los suyos *fidentibus in Domino*, que confiaban en el Señor; Valerio Mercurio mandó construir un monumento funerario en el que había lugar para los *libertis libertabusque posterisque at religionem pertinentes meam*, es decir, pertenecientes a la misma religión que él profesaba.

Bastaba a los cristianos semejante organización, derivada de las iglesias domésticas, para que, al tener a su disposición los sepulcros familiares, el uso absoluto de ellos acabase a nombre de la pequeña comunidad que los utilizaba, sea por cesión de sus propios dueños, sea por extinción de sus herederos directos, lo que era más que suficiente para que la Iglesia, llegada a la plenitud de su organización hacia principios del siglo III, pudiera utilizarlos para construir sus cementerios propios mediante ensanchamientos y ampliaciones que lograron reunir varios de estos centros primitivamente aislados.

Pero esto no obstaba a que la Iglesia se acogiera también al derecho que asistía a las corporaciones a fin de constituir sus propios centros de sepultura bajo la protección de algún personaje que cediera el terreno, o por lo menos que lo registrara a su nombre como administrador de la comunidad. Una inscripción de Cesarea de Mauritania recuerda que un cristiano llamado Evelpio, que se denominaba *cultor Verbi*, adorador del Verbo o sea de Jesucristo, con una expresión propia de colegios funerarios, construyó a sus expensas un edificio para los actos de religión, que entregó a la Iglesia, en un terreno suyo que fué destinado a cementerio.

El caso se da todavía hacia la mitad del siglo IV, según revela una inscripción hallada en Velletri, a cinco kilómetros de Roma, por la que se sabe que Faltonia Hilaritas, rica liberta de la ilustre familia cristiana de los Anicios Faltonios, conocida en Roma como cristiana, construyó a sus expensas un cementerio que entregó a la comunidad del lugar: *quae hoc coemeterium a solo sua pecunia fecit et huic religioni donavit.*

En otros lugares debió acontecer lo mismo, puesto que no sólo es en el norte de Africa donde desde este momento abundan las áreas de sepultura colectiva, sino también en todas partes donde se hallaba organizada la comunidad cristiana del lugar. En la misma ciudad de Roma no es suficiente el sistema de enlaces en el aprovechamiento de los primitivos centros históricos de sepultura a causa del incesante número de fieles que engrosaba la comunidad, de modo que la organización religiosa tiene que abandonar el sistema primitivo de distribución en iglesias domésticas para ser más razonablemente encauzada en varios centros de culto que se establecen en las regiones urbanas de mayor intensidad de población, al mismo tiempo que se ve obligada a constituir los cementerios idóneos, correspondientes a dichos centros, aunque aprovechando varios de los anteriores, pero con nuevas erecciones en áreas especialmente constituídas con capacidad suficiente para absorber las necesidades del conjunto de la comunidad.

Condición legal de los cementerios

Es un hecho manifiesto e incontrovertible que la Iglesia tuvo la propiedad de sus propios cementerios, por lo menos desde principios del siglo III. Desde este momento aquéllos no aparecen más que como un reducto restringido al dominio familiar, de la misma manera que los edificios destinados al culto habitual se manifiestan también organizados en una forma muy distinta de lo que habían sido hasta entonces las iglesias domésticas. De la primitiva expresión de la Iglesia adquirida alrededor de las familias nobles que pusieron sus casas a disposición de los fieles para el ejercicio del culto y al mismo tiempo los sepulcros familiares como lugar de sepultura, se ha pasado a una amplia organización bajo el dominio exclusivo de la Iglesia, que ostenta la propiedad de sus edificios de culto y de sus cementerios.

Las manifestaciones de este cambio aparecen claramente en Roma bajo el pontificado del papa Ceferino

(237-254) al destinar a su diácono Calixto, su sucesor inmediato en el Pontificado, para que se ocupara de la formación y administración del cementerio que tomó su nombre en la vía Apia. Cementerio que en adelante permaneció directamente adscrito al papa, por cuanto, hacia fines del siglo III, el diácono Severo, al construir en sus ámbitos la doble estancia funeraria para su familia, hace constar ex profeso que realizaba la obra en virtud de concesión obtenida del papa Marcelino (296-303), poco antes que estallara la más furibunda y última de las persecuciones.

Son además sobradamente conocidos los textos de los decretos imperiales relativos a la confiscación de los bienes poseídos por la Iglesia, emanados de Valeriano en el año 258 y de Diocleciano en el año 303, como también los que se refieren a la restitución de los mismos bajo el imperio de Galieno y de Majencio, respectivamente. El historiador Eusebio (*H. E.*, VII, 11) precisa todavía que Galieno en el año 259 escribió a diversos obispos a fin de que recuperaran los cementerios ocupados en virtud del decreto de confiscación de Valeriano.

San Agustín, en su Breviario de tratos con los donatistas (III, 34), refiere que el papa Melquiades, en el año 311, envió sus diáconos al prefecto de Roma, con órdenes del emperador Majencio y del prefecto del pretorio, para que recuperaran cuanto había sido arrebatado durante la pasada persecución, que dicho emperador ordenó devolver a los cristianos. El edicto de Milán al conceder la libertad a la Iglesia en el año 313 manda asimismo restituir los lugares eclesiásticos, entre los que se comprendían edificios de culto y cementerios, a la propiedad anterior de las iglesias *ad ius corporis eorum, id est ecclesiarum, non hominum singulorum pertinentia*, pertenecientes al derecho corporativo de las iglesias y no de personas singulares, según expresión recordada por Lactancio y Eusebio, que es un reconocimiento oficial de la propiedad, tal como la Iglesia la ejercía con anterioridad a las confiscaciones de los períodos de persecución. El edicto del emperador Maximino Daza, publicado en aquel mismo año, da órdenes análogas a los gobernadores de las provincias.

Cómo se explica la propiedad legal

No es fácil alegar pruebas satisfactorias que demuestren cómo la Iglesia, que siempre fué considerada por el Estado como una religión ilícita, cuyos miembros no tenían derecho a existir, lograra obtener el reconocimiento oficial de sus posesiones, que consistían esencialmente en los edificios de culto dentro del casco urbano y en los cementerios en las afueras de su recinto.

El insigne arqueólogo Juan B. de Rossi, al querer explicar esta anomalía y sentar las bases de la condición legal de los cementerios de Roma, argumentó sus razones considerando que los cristianos podían haberse constituído ante la ley como simples colegios funerarios. Para ello bastaba la declaración del *actor* o síndico, relativa a la finalidad de proporcionar la sepultura en común y de celebrar los actos fúnebres, aniversarios, conmemoraciones, además de las reuniones indispensables al ejercicio de los actos del Colegio, tanto en los edificios deputados para ello en el predio fúnebre, como en los locales urbanos designados para sus asambleas. La analogía existente entre las maneras externas de obrar en una comunidad cristiana con las mismas que eran reconocidas para los colegios, era suficiente para que la Iglesia pudiera ser aceptada como una corporación lícita, aun siendo ilícito ante la ley su fin religioso, que, en realidad, quedaba como ignorado o apenas aparente.

Si únicamente se tratara de explicar con esto la posesión legal de los cementerios, semejante organización, bajo el aspecto de corporaciones funerarias, podría resolver satisfactoriamente el reconocimiento público de la propiedad colectiva, a condición empero de que, en la práctica, cada cementerio en singular hubiera obtenido su reconocimiento con independencia de los demás. Pero no explica la posibilidad de una condición legal colectiva de la totalidad de cementerios, sobre todo en grandes ciudades como Roma, en las que una organización corporativa para subvenir a la sepultura de varios miles de asociados habría resultado tan poderosa que, a la fuerza,

tenía que haber llamado la atención de los funcionarios del Estado en cuanto a sus actividades propias de religión proscrita. Pero es que además no se trata únicamente de explicar la posesión legal de los cementerios, sino también la de los edificios de culto, que, desde el siglo III, son numerosos y frecuentados por multitudes, en reuniones que no podían pasar ignoradas ante la evidente manifestación de actos religiosos que la ley no reconocía.

Así pues, para Mons. Duchesne, la propiedad legal arrancaría más bien y como de una manera insensible de la tolerancia demostrada hacia los cristianos desde el imperio de Cómodo (180-192) y ejercida en el decurso del mandato de otros emperadores, al amparo de la cual la Iglesia habría adquirido abiertamente el desarrollo de su organización sin ninguna ficción legal.

Pero con esto no aparece todavía claro cómo la Iglesia pudo adquirir el público reconocimiento de sus bienes siendo considerada como religión ilícita que tenía vedada la capacidad de adquirir una situación legal, aun durante unos períodos en los que precisamente por ello sería terriblemente perseguida; que no puede explicarse por una simple tolerancia sin otras bases más legítimas que constituyeran el fundamento de su derecho de propiedad.

Hay que insistir en el hecho de que la evolución natural en el desarrollo de las primitivas comunidades cristianas centró su organización alrededor de la iglesia doméstica y del sepulcro familiar; que en el decurso del siglo II, algunos de estos centros, hasta entonces saltuarios y sin fijeza determinada, quedan como permanentes, sea por cesión definitiva de sus respectivos propietarios a la comunidad, sea por extinción de la familia de los fundadores. La Iglesia adquirió su dominio y pasó a ejercer el derecho de la propiedad, aunque no se modificara ante la ley la intitulación de la posición legal que contaba en el fisco. De modo que, al amparo de la tolerancia, debió de existir semejante fundamento de propiedad, bajo el cual se acrecientan las áreas de los antiguos hipogeos que todavía aparecen como particulares, o se abren nuevas áreas sepulcrales en terrenos adjuntos, de la misma manera que se establecen centros urbanos de organización

para el culto en casas determinadas, de las que no se cambia el título de propiedad, aunque en realidad es la Iglesia la que lo centra todo en una organización común a medida que lo permiten las posibilidades, para aparecer de hecho como única propietaria en una situación que el Estado tiene que reconocer a pesar de considerarla como religión prohibida.

BIBLIOGRAFIA: PANVINIO, Onofrio: *De ritu sepeliendi mortuos apud veteres christianos et de eorundem coemeteriis* (Coloniae 1568). MARINGOLA: *Antiquitatum christianarum institutiones* (Nápoles 1857). DUCHESNE: *Les origines chrétiens* (París 1878-81) p. 386.—SCHULTZE, V.: *De christianorum veterum rebus sepulcralibus* (Gothae 1879).—MACQUARDT, J.: *Das Privatleben der Römer I.* — BOISSIER, G.: *Etudes sur quelques collèges funéraires romains, les cultores deorum,* en «Revue Archéologique» (1872) t. 23, p. 81. — SALEILLES, R.: *L'organisation juridique des premières communautés chrétiennes,* en «Mélanges P. F. Girard», vol. 2 (1912) p. 469-509. — BESNIER, M.: *Eglises chrétiennes et collèges funéraires,* en «Mélanges Albert Dufourq» (París 1932) p. 9-12. — KRUGER, G.: *Die Rechtsstellung der vorkonstantinischen Kirchen,* en «Kirchenrechtliche Abgandlungen» (Stuttgart 1935).

III. LOS CEMENTERIOS AL AIRE LIBRE

Su existencia

A raíz de las circunstancias que condicionaron los primeros gérmenes de los cementerios cristianos, queda patente que la formación y desarrollo de éstos, en su manera común y ciertamente la más antigua, consistió en los diversos modos de sepultar un cadáver sobre un área de terreno destinada a tal efecto al aire libre.

Siendo ésta la forma típica generalizada en los dominios del imperio romano, no es, pues, de extrañar que fuera proseguida por los cristianos, dado que cualquier terreno podía ofrecer cualidades suficientes para abrir simples sepulturas siempre que la economía lo exigía o para levantar monumentos funerarios si existían posibilidades para sufragar su coste. Sólo en casos favorables de aprovechamiento de grutas en las pendientes de las colinas y de rocas friables, que permitían la fácil excavación de una cueva, o de subsuelos que invitaban por la ligereza de sus tierras a internarse en ellos, en general los

cristianos no se apartaron del método de los cementerios al descubierto.

Las investigaciones modernas tienen demostrado que aun los mismos cementerios subterráneos de Roma, antes de extenderse por los antros de la tierra, tuvieron por base un área cementerial al aire libre, intensamente utilizada y aprovechada para sepulturas, que sólo pudo ser ensanchada recurriendo al sistema de perforación bajo tierra, partiendo de la existencia de algunas criptas de hipogeos primitivos y dada la presencia de la toba litoide que constituye el subsuelo de la campiña romana. Así se ha comprobado incluso en los cementerios de origen más antiguo, como son los de Calixto, Priscila, Domitila y Pretextato.



Fig. 17.—Parte superior de un cipo cristiano del siglo II, con el áncora y peces, procedente de la colina del Vaticano y conservado en el Museo Kircheriano de Roma.

Las pruebas de esta demostración consisten en la presencia de restos de sepulturas en el terreno al aire libre y de antiguos monumentos funerarios, las indicaciones de tumbas de mártires que se hallaban emplazadas sobre tierra; el hallazgo de cipos, cuya finalidad no era otra que señalar la presencia de tumbas abiertas al exterior, cipos por demás característicos, a causa de su fórmula común con el nombre del difunto acompañado por los símbolos primitivos del pez, del áncora y de la paloma, de tipo semejante en Roma, Italia y Africa (fig. 17), o con un lenguaje altamente velado y simbólico, cuyo mejor ejemplo es el famoso cipo de Abercio. Esta antigüedad queda corroborada por las mismas tumbas de los apóstoles: la de San Pedro, en una simple fosa abierta en los declives de la colina del Vaticano, y la de San Pablo, tumba similar a las que la rodeaban en el predio de Lucina en la vía Ostiense, en respectivos núcleos cementeriales que nunca pudieron ser subterráneos.

Asimismo, confirman esta existencia de primitivos cementerios al aire libre las leyes de persecución, que nunca prohibieron el derecho de sepultura, sino que se limitaron a confiscar los bienes personales o de la colectividad y negaron únicamente el derecho de reunión en los cementerios, puesto que semejantes reuniones no se celebraban en el interior de los subterráneos, porque no había lugar habitual para ello, sino al exterior, donde dentro el área cementerial no faltaba el lugar disponible a una asamblea que tenía por costumbre reunirse para los actos litúrgicos del culto a los difuntos en los monumentos exprofesamente dedicados a ello, como fueron las *cellae memoriae* y las exedras.

Su disposición

No había ninguna norma que regulase la disposición y trazado de un cementerio al aire libre. Ello dependía de la configuración del terreno y de la forma característica de la misma parcela que se destinaba a semejante uso. El área quedaba segregada del terreno circundante por una delimitación hecha con mojones o cipos, o más bien, aislada mediante una pared de clausura que rodeaba el recinto.

En su interior se desarrollaban todas las formas posibles de sepultura, desde las más modestas a las que tomaban aspectos monumentales, a tenor de las circunstancias que determinaban la presencia de unas u otras según las posibilidades económicas de los individuos o de las familias que se preocupaban de la posesión de sus propias tumbas al margen de la ordenación común que regulaba el desarrollo normal del cementerio.

Desde la fosa de tipo común internada en el suelo en sus expresiones más varias, tanto en la estructura interna como en el aspecto exterior, hasta los sarcófagos expuestos sobre la superficie del suelo y los edificios funerarios en su múltiple diversidad de formas, en un cementerio al aire libre caben todas las posibilidades en la disposición de las sepulturas, que reflejan la posición social de los miembros de una comunidad cristiana, según su importancia.

Generalmente pueden reducirse a tres grupos: *a)* fosas

internadas en el subsuelo; *b)* tumbas sobre la superficie del terreno; *c)* edificios funerarios.

Tipos de sepultura en su estructura interna

La manera de sepultar los cadáveres en los cementerios al aire libre, que fué general en todos los países de la antigüedad cristiana, derivada de un método enraizado en la naturaleza de las cosas, consiste en una fosa rectangular abierta en la superficie del terreno, llamada *forma* porque encaja con las dimensiones correspondientes al tamaño del cadáver, cuya profundidad queda condicionada a la naturaleza del suelo.

En su disposición más simple, consiste en una cavidad obtenida en la tierra virgen, la que, una vez depositado el cadáver, se cubría con tierra hasta llenar los huecos e igualar la superficie del terreno (fig. 18, A). Pero el deseo de hacer impermeable la masa de tierra depositada encima del cadáver condujo a colocar esta masa sobre una cubierta realizada con tejas planas dispuestas horizontalmente sobre el hueco de la tumba (B), o mejor todavía, con una cubierta de dichos materiales colocados en doble vertiente y unidos en su vértice por tejas curvilíneas o *ímbrices* (C).

La misma fosa excavada en la tierra virgen es susceptible de adquirir otro tipo que afecta principalmente la manera de tratar la misma cavidad, sea con un revestimiento de revoque dado a sus paredes, o simplemente realizado con tejas, no siendo raro que éstas, perdiendo su función de adherencia a las paredes de la cavidad, queden dentro de la misma fosa en la disposición a doble vertiente con los imprescindibles *ímbrices* en el vértice (D).

El tercer tipo común de las fosas se ofrece cuando éstas son excavadas en terrenos no consistentes, en los que era necesaria la protección del cadáver contra los movimientos del suelo y especialmente para evitar la infiltración de aguas que pudieran perjudicarle. Entonces la cavidad se presenta siempre revestida con baldosas, *bipedales* o con tejas, y donde estos materiales no abundaban, con simples losetas de piedra, mármoles, pizarras, etc., con estos materiales unidos con argamasa. En una forma más estable todavía, el revestimiento se obtenía con ligeras

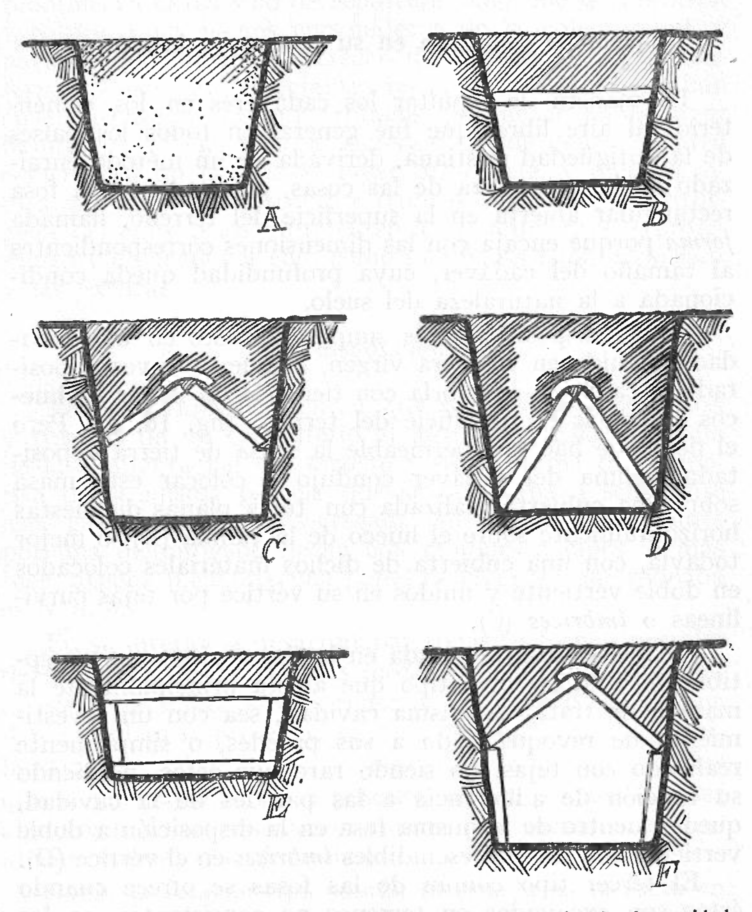


Fig. 18.—Disposiciones internas de las sepulturas de fosa: A, simple cavidad. B, cavidad con cubierta de losas. C, con cubierta de tégulas. D, con tégulas sobre el cadáver. E, con paredes de revestimiento y cubierta plana. F, ídem con cubierta de tégulas.

paredes de ladrillo o de mampostería, internamente revocadas y muchas veces decoradas con pintura. En este tipo de tumba no faltaba la cubierta horizontal de baldosas, tejas o piedras (E), o la cubierta a doble vertiente (F).

El cuarto tipo de fosas, creado por la exigencia de asegurar mejor la conservación del cadáver, consistía en sarcófagos obrados en mármol, piedra, terracota y más raramente en plomo, que, a manera de cajas dotadas con su propia cubierta, recibían el cadáver y eran internadas en una cavidad del terreno.

En ciertos cementerios donde debían ser muy frecuentes los sepelios, las fosas no sólo se presentan con capacidad para dos o más cadáveres, colocados unos al lado de otros y separados entre sí por placas o muros, sino que a veces adquieren el carácter de comunes, a manera de pozos que permitían hacinar los cadáveres unos encima de otros, separados por pisos de *bipedales* o tejas, como sucede en el área de San Calixto en Roma, con pozos cuya profundidad era capaz para recibir diez cadáveres, y asimismo en ciertas áreas de iglesias funerarias, especialmente desde el siglo IV.

Parece haber sido bastante general el uso de depositar los cadáveres dentro de verdaderos ataúdes de madera que eran colocados dentro de las fosas. Las tablas de madera eran ensambladas con espigones o unidas por medio de clavos, reforzadas a veces con piezas de hierro en los ángulos, no faltando los goznes que accionaban las cubiertas, ni las cerraduras que las sujetaban, como tampoco los anillos que sirvieran para el transporte ni el tapizado de ropa que les revestía, según resulta de los restos de estos materiales hallados en varias tumbas, así como de las mismas improntas dejadas por ellos en el revoque de las paredes internas de los sepulcros.

Pero la forma más común y generalizada de dar a un difunto un ataúd dentro de su fosa consistió en la que, derivando de los fenicios y extendida por los púnicos, llegó a ser común en los países del imperio. Consiste en adaptar el cadáver dentro de la cavidad de una o de varias ánforas; el ánfora era hendida longitudinalmente o por su anchura para introducir en ella el cuerpo de un niño, reajustando luego las partes; suprimiendo las puntas de dos ánforas y ensamblando los cuerpos resultantes se obtenía un recipiente funerario para el cadáver

de un adolescente, cuidando de cubrir la unión mediante otros fragmentos de vasijas; para el cuerpo de un adulto, no bastando dos ánforas previamente esmochadas de sus puntas para cubrir todo el cadáver, una vez introducido éste en una de ellas por la cabeza y a la otra por los pies, se utilizaban los trozos de una o más ánforas cor-

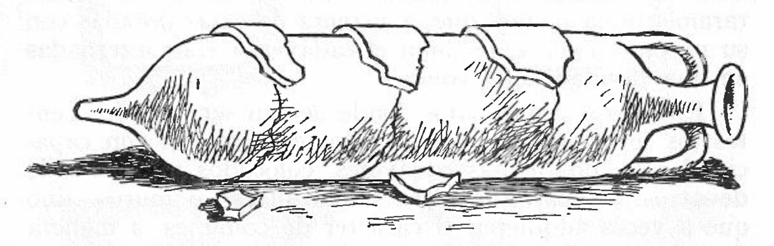


Fig. 19.—Sepultura con el cadáver recubierto por fragmentos de ánforas.

tadas en su longitud para cubrir el resto, y los puntos de unión eran protegidos con otros fragmentos repartidos sobre ellos (fig. 19).

No siempre los cadáveres tuvieron su ataúd, sino que, siguiendo la manera más propia de los romanos, eran conducidos a la sepultura simplemente amortajados y vendados, por lo que se exigía en su deposición que la tumba ofreciera mejores garantías contra el corrimiento de tierras e infiltraciones de aguas, obligando al recurso de fosas acondicionadas a tal efecto.

Parte externa de la sepultura

Las fosas no se limitaban a la misma cavidad que contenía el cadáver. Convenía indicar su emplazamiento al exterior, proteger el cadáver asegurándolo contra las infiltraciones del agua, recordar la memoria del difunto y disponer sobre ellas de algo que permitiera la satisfacción de ciertos usos funerarios que se hallaban profundamente enraizados en las tradiciones de algunos pueblos. Estos puntos de vista se lograban perfectamente con el *túmulo*, consistente en un macizo, más o menos monumental, que recaía inmediatamente sobre la sepultura y que se manifestaba en la superficie del suelo.

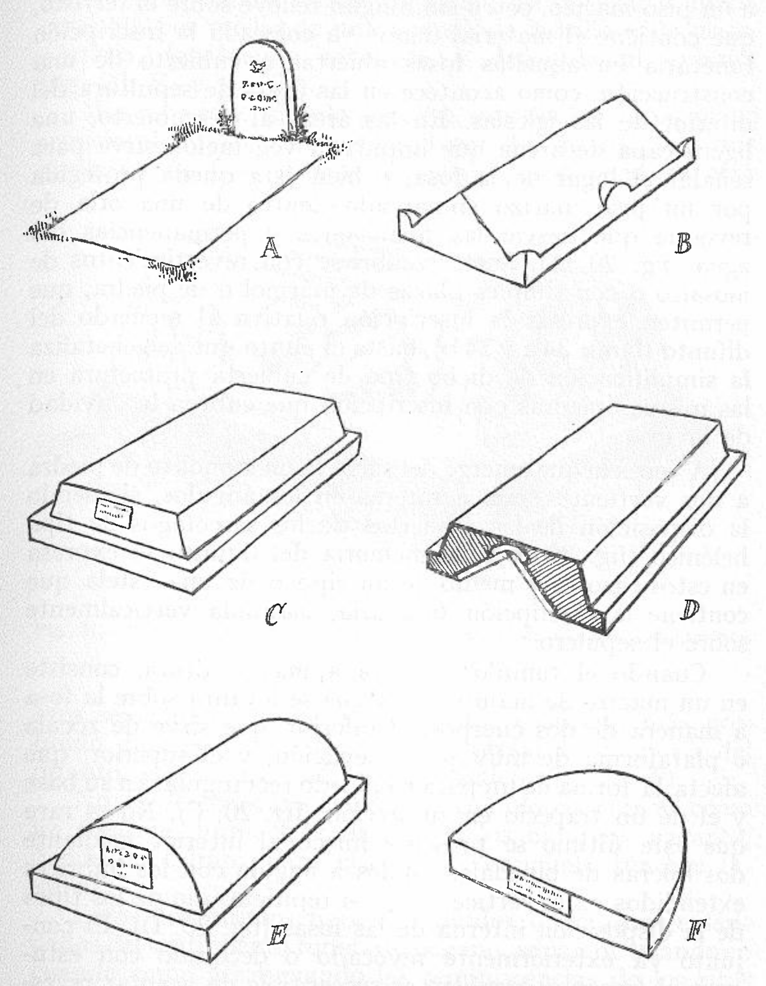


Fig. 20.—Formas esquemáticas de túmulos: A, con superficie lisa y cipo. B, en disposición de cubierta de sarcófago. C, de cuerpo trapezoidal. D, el cuerpo trapezoidal visto en su sección. E, en forma de *cupa* o *tumbo*. F, en forma de *mensa*.

En su tipo más rudimentario y general, el *túmulo,* o expresión de la sepultura en su parte externa, se limita a un piso macizo, con o sin ningún relieve sobre el terreno, que contiene el material donde va colocada la inscripción funeraria en aquellas fosas abiertas a cubierto de una construcción, como acontece en las áreas de sepultura del interior de las iglesias. En las áreas al descubierto, una ligera capa de arena que impida la vegetación sirve para señalar el lugar de la fosa, o bien ésta queda protegida por un piso macizo enmarcado dentro de una orla de revoque que desvíe las filtraciones y permanencias del agua (fig. 20, A). Suele recubrirse con revestimientos de mosaico o con simples placas de mármol o de piedra, que permiten expresar la inscripción relativa al recuerdo del difunto (láms. 34 a y 34 b), hasta el punto que se generaliza la simplificación de dicho tipo de cubierta protectora en las mismas piedras con inscripción que cubren la cavidad de la fosa.

A veces lo que emerge del suelo es un monolito de piedra a dos vertientes, con acroteras en los ángulos, siguiendo la disposición de las cubiertas de los sarcófagos de tipo helénico (fig. 20, B). La memoria del difunto se expresa en estos casos por medio de un cipo o de una estela que contiene la inscripción funeraria, plantada verticalmente sobre el sepulcro.

Cuando el túmulo se eleva a mayor altura, consiste en un macizo de mampostería que se levanta sobre la fosa a manera de dos cuerpos; el inferior, que sirve de zócalo o plataforma de muy poca elevación, y el superior, que afecta la forma de un paralelepípedo rectangular en su base y el de un trapecio en su sección (fig. 20, C). No es raro que este último se presente hueco al interior mediante dos hileras de bipedales unidos a ángulo con los ímbrices extendidos en el vértice, como si repitiera uno de los tipos de la disposición interna de las fosas (fig. 20, D). El conjunto va exteriormente revocado o decorado con estuques al fresco, y también es susceptible de aceptar revestimientos en mosaico, dando lugar a que las inscripciones funerarias hallen su campo dentro de estas mismas expresiones decorativas, o se ciñan a simples placas de mármol aplicadas a sus paredes. Semejante tipo de túmulo se halla muy difundido en España, Palestina y Norte de Africa, donde es característico por los mosaicos.

En vez de prismático, el túmulo adquiere las disposiciones de las tumbas púnicas llamadas *cupae* o *tumbos*, consistentes en una forma semicilíndrica maciza, o hueca, obtenida por medio de una bóveda de ladrillo o de mampostería, igualmente revocada y decorada al exterior (fig. 20, E, y fig. 21).

Más raro es el túmulo a *mensa*, que obedece a un plano semicircular más o menos de 3 por 3,5 metros, con una elevación de 0,30 metros, en cuya pared recta se abre

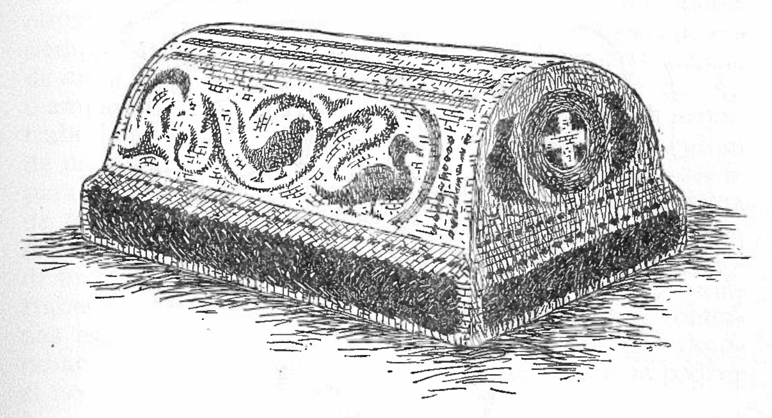


Fig. 21.—Túmulo en forma de *cupa* o *tumbo*, revestido de mosaicos, característico en el norte de Africa.

otro semicírculo menor o un espacio cuadrado más profundo dispuesto al centro para expresar la memoria del difunto, en pintura, mármol o mosaico (fig. 20, F).

No es desconocido el tipo de túmulo concebido como un *triclinio*, forma que deriva de los hipogeos paganos, donde no faltaba para celebrar el banquete fúnebre familiar.

Estos dos últimos tipos de túmulos, directamente derivados del sentimiento funerario pagano, se dan de cuando en cuando como atestiguando las reminiscencias de los ritos fúnebres del paganismo que estaban todavía en vigor durante el siglo IV, aunque la Iglesia los había cristianizado con el ágape fraternal y el refrigerio en favor de los pobres en las conmemoraciones de los aniversarios, sin que en adelante se necesitara el triclinio o la mensa, más apta para un número reducido de personas.

Tumbas sobre la superficie del terreno

Cuando se generalizó la sepultura en común dentro de un área determinada, aconteció que las tumbas se extendieron unas al lado de las otras, según las exigencias impuestas a medida que era necesario inhumar un cadáver. Pero dentro de los cementerios se desarrollaron, asimismo,

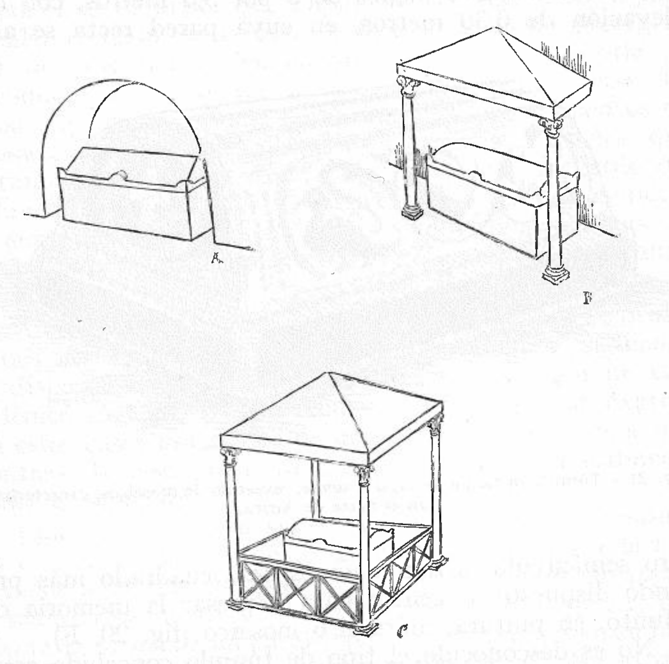


Fig. 22.—Esquemas que indican el emplazamiento de sarcófagos al aire libre: A, en arcosolio; B, bajo medio baldaquín; C, bajo baldaquín.

otras formas de sepultura que, prescindiendo de la cavidad en el subsuelo, reservaban la conservación del cadáver a la superficie del área, sea en forma aislada, sea en zonas determinadas o apoyados a lo largo de los muros del recinto o de otras construcciones y a veces bajo pórticos, *teglata*, como los que fueron complemento de los edificios religiosos y basílicas de uso funerario, que no faltaron, especialmente desde principios del siglo IV.

Eran sistemas intermedios que procedían de las formas

suntuosas de los monumentos funerarios sin las construcciones de éstos y, además, reducidas a un solo cadáver, pero más nobles y ricas que las propias de las fosas.

Su base constitutiva radicaba en los sarcófagos, tumbas abiertas en un solo bloque, que en su forma más rica era de mármol con relieves o adornos en su frontispicio y extremos, provisto de su cubierta a doble vertiente con acroteras o con un piso de relieves en su parte delantera; o también en piedra, terracota y en una forma más pobre obtenido con mampostería o ladrillos. Su colocación era siempre adosada a un fondo, a veces internada debajo de un arco que tomaba el nombre de *arcosolio* (fig. 22, A), o amparada entre dos altas columnas unidas por un arquitrabe bajo frontón a doble vertiente, simulando la mitad de un baldaquín (B), que era la forma monumental usada para proteger un sarcófago aislado, que recibía el nombre de *tegurium*, *ciborium*, semejante a las edículas paganas, constituído por cuatro columnas o pilastras a los ángulos de un plano cuadrado, sobre las que se apoyaban los arquitrabes que soportaban la cubierta; a menudo, estas columnas estaban unidas por canceles o *transennas* que decoraban la parte baja del pequeño monumento e impedían el acceso al sarcófago (C).

Edificios funerarios

Las familias pudientes, con el deseo de reunir en un solo lugar las tumbas de sus allegados, construyeron edificios idóneos. Precisamente este sistema, profundamente arraigado en la cultura antigua por ser el más genérico, fué conservado desde la aparición del cristianismo, ya sea por la continuidad en el uso de los sepulcros gentilicios desde su conversión a la fe cristiana, ya sea por nuevas construcciones realizadas en el seno del cristianismo. Ya se ha hecho notar cómo la ampliación de algunos de estos sepulcros familiares sirvió de base al desarrollo de los cementerios cristianos; por esto no es de extrañar la presencia de su tipo monumental en los cementerios al aire libre, que, en cierto modo, los precedió, y que continuó difundiéndose todavía en el decurso de los tiempos.

Estos edificios, consistentes en construcciones aisladas y bien delimitadas, tales como aparecen en el arte anti-

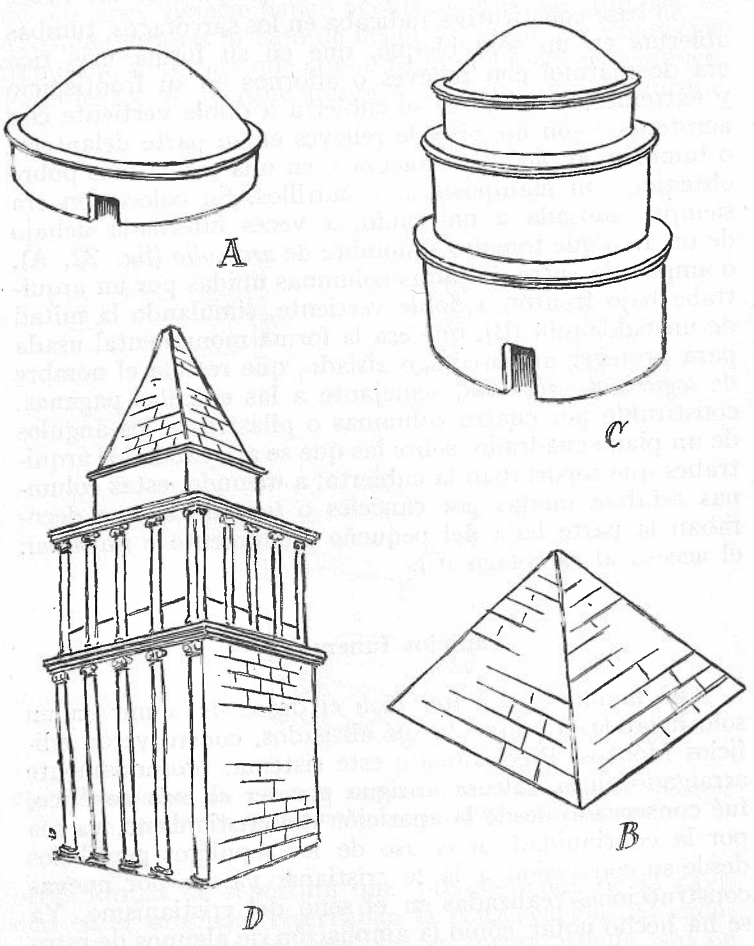


Fig. 23.—Esquemas de mausoleos comunes en el arte funerario pagano: A, de forma cónica; B, de forma piramidal; C, desarrollo de la forma cónica; D, desarrollo de la forma piramidal.

guo de los pueblos, eran denominados con la expresión genérica de *monumentum* y *memoria*; cuando su estructura adquiría mayores expresiones de volumen y riqueza, se denominaban *mausoleos*, nombre derivado del rico monumento sepulcral de Mauseolo, rey de Halicarnaso; y cuando sus características radicaban en el hecho de consistir en una cámara sepulcral bajo tierra con edificio superior a ras de suelo, se designaban con la palabra genérica de *hipogeos*, que fué aplicada, asimismo, aun cuando no existiera la estancia subterránea.

Las formas externas de semejantes edificios funerarios fueron una natural evolución del túmulo erigido sobre los sepulcros a partir de la edad más remota en la cultura de todos los pueblos, desde las formas cónicas usadas por los pueblos prehistóricos y a través de los etruscos hasta los romanos primitivos; de la forma de pirámide, característica de Egipto y de Siria; de las torres funerarias formadas por los distintos cuerpos de construcción; edículas, rotondas cupulares y formas aparatosas de monumentos como las que se desarrollaron a través del arte helénico; hasta la disposición en forma de casas, la *domus aeternalis*, característica de los romanos, peculiarmente en sus hipogeos (fig. 23). En este aspecto, los monumentos funerarios adquieren una suma variedad de expresiones arquitectónicas en la tradición artística de la civilización dentro las evoluciones seguidas en los gustos del imperio romano, de las que, poco a poco, el cristianismo heredó y dió empuje a aquellas que mayormente encajaban a su manera de ser y que se reducen, en general, a los hipogeos, a las *cellae memoriae* y en casos especiales a grandes mausoleos.

Los hipogeos cristianizados sirven de norma para la construcción de los que se erigen todavía en el período de las persecuciones, con una influencia arquitectónica que inspira los sepulcros familiares en el interior de los cementerios subterráneos.

Las *cellae memoriae*, construcciones propias para los cementerios al aire libre, son edificios de reducidas dimensiones, de planta cuadrada o ligeramente rectangular, con arcosolios en el interno de sus paredes o con éstos reemplazados por absidiolas, por lo que también tomaron el nombre de *exedra*, palabra que significaba el hemiciclo absidial, cuando constaba de un solo ábside, y *cella trichora*, siempre que contenía tres ábsides, como lo son las

que se han conservado en el área externa del cementerio de San Calixto en Roma (fig. 24). Las *cellas* aparecen en todas partes desde el siglo III y su desarrollo siguió todavía durante los siglos siguientes.

Los mausoleos, que adquieren su mayor expresión desde el siglo IV en adelante, aunque en Oriente ofrecen más

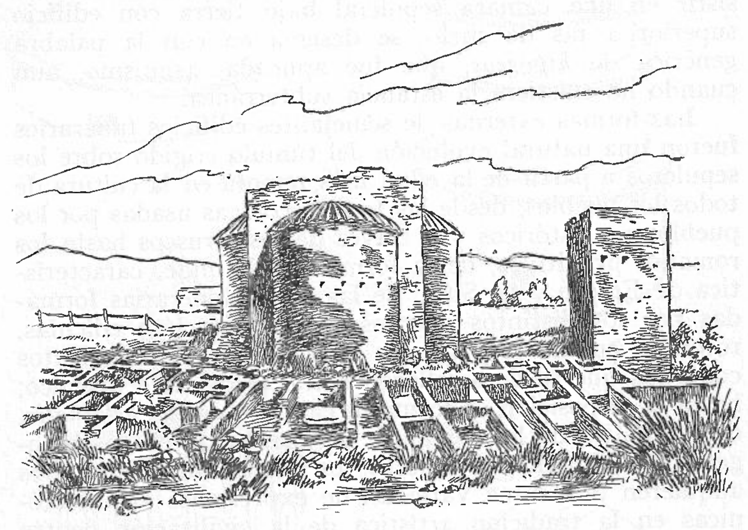


Fig. 24.—Cementerio al aire libre alrededor de la *cella trichora*, o capilla triabsida, del siglo III, en San Calixto.

variedad de formas, dentro de la tradición romana, el arte cristiano los acepta y difunde bajo el tipo de construcción concéntrica a cúpula erigida sobre las paredes o erguida sobre soportes de plan poligonal o circular, con el interior destinado a contener sarcófagos.

Edificios complementarios

A semejanza de los nobles sepulcros familiares, en los que no faltaban anejos destinados a la celebración de los banquetes fúnebres y casas para los guardianes dentro de un recinto con jardín; en los cementerios cristianos que se originaron de aquéllos y donde, asimismo, se celebraba la conmemoración del aniversario de los difuntos, además

del rito de la inhumación, no faltaron tampoco los edificios complementarios dedicados a estos fines junto con las residencias de quienes tenían el cuidado del cementerio.

El rito de la inhumación importaba una celebración litúrgica que se repetía, asimismo, en las conmemoraciones de los aniversarios; al principio se realizó sobre la misma tumba, pero las dificultades que la escasez del lugar ofrecía ante una serie algo numerosa de asistentes, a la que, además, acudían los pobres, a quienes se distribuían limosnas especiales, especialmente de pan y vino, como cristianización del banquete pagano, que se redujo así a un simple *refrigerium*, y por lo que debían menudear estos actos en un cementerio de mucha extensión, obligó a que se celebraran habitualmente en locales a propósito ya desde principios del siglo III.

Las *cellae memoriae*, *exedras* o *trichoras* pudieron servir admirablemente para el cumplimiento de estos usos, si no es que algunas de ellas fueron ya especialmente construídas para tal fin; al mismo tiempo que no faltara el pozo o fuente que debía suministrar el agua, tan indispensable para el *refrigerium* como necesaria a la conservación del jardín.

Siempre que los cementerios poseyeron tumbas de mártires y más si éstas se hallaban situadas al aire libre, constituyeron el centro natural de los actos litúrgicos determinados por el culto que se daba al mártir venerado. La confiscación de los cementerios en los períodos de las persecuciones, que en realidad no quitó el derecho de propiedad de los mismos ni la facultad de enterrar, consistió principalmente en evitar que los cristianos utilizaran estos lugares como puntos de reunión, al quedar privados de hacerlo, al amparo del derecho que les asistía de celebrar las conmemoraciones fúnebres en sus centros orgánicos de la ciudad, sellados por el fisco.

Pasado el período de las persecuciones, el culto desarrollado en la tumba de un mártir, las celebraciones litúrgicas que debían realizarse en los cementerios y la falta de impedimentos por parte de la ley, fueron razones que condujeron a una mayor profusión de edificios de esta suerte, pero que pronto adquieren el aspecto monumental de los nuevos templos que se erigen en todas partes según la forma basilical, de una, tres o más naves, extendida por todas las provincias del imperio. Pero estas

basílicas, cuyo altar está siempre constituído por la tumba del mártir principal, adquieren un carácter eminentemente sepulcral y sumamente apetecido por los fieles, que desean que sus cadáveres queden sepultados cuanto más cerca del mártir de su devoción; y así, el pavimento está cruzado de tumbas por todas partes, tanto al interno como al externo, y las sepulturas se intensifican de tal modo, especialmente en Roma, que los cadáveres se sobreponen unos a otros según las formas típicas en disposición de pozo. Los edificios complementarios aumentan más todavía y su incremento sigue en razón de la progresión misma que adquiere el cementerio.

BIBLIOGRAFIA: LECLERCQ, H.: *L'Afrique chrétienne*, 2.ª ed. 2 vols. (París 1904). — MESNAGE, O. J.: *L'Afrique chrétienne* (París 1912). — MONCEAUX, P.: *Histoire Littéraire de l'Afrique chrétienne*, 7 vols. — GAUCKLER, P.: *L'archéologie de la Tunisie* (París 1896). — AURIGEMMA, S.: *L'area cimiteriale cristiana di Ain-Zàra presso Tripoli di Barberia*, en «Studi di Ant. Crist.», V (Roma 1932). — DELATTRE, A.: *Les fouilles de Bir-Flouha*, en «Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres» (1929) p. 23-29. — ALBERTINI, E., et LESCHI, L.: *Le cimitière de Sainte Salsa a Tipasa de Maurètanie*, en «Acad. des Inscrip. et Belles-Lettres». Comptes-rendus (1932) p. 77-88. — SAUER, J.: *Frühchristliche Funde in Deutschland aus den letzten* 25 *Jahren*, en «Atti del Congr. di Ravenna» (1932) p. 169-181. — FREMERSDORF, F.: *Römische und fränkische Gräber bei der Severinskirche in Köln*, en «Bonner Jahrbücher 138» (1933) p. 22-80. — BENOIT, F.: *Les cimitières suburbains d' Arles dans l'antiquité chrétienne et au moyen âge*, en «Studi di antichità cristiana» pubbl. per cura del Pont. Instituto di arch. crist., XI (París 1935). — GIAROLO, O.: *La necropoli cristiana di Vicenza del secolo IV* (Vicenza, s. a.). — DYGGVE, EJUAR, und EGGER, R.: *Der altchristliche Friedhof von Marusinac*, en «Forschungen in Salona», III Band (Wien, R. M. Rohrer, 1939). — GUYER, S.: *Zwei spätantike Grabmonumente Mesopotamiens und der älteste Martyrgrab-Typus der christlichen Kunst*, en «Aus Fünf Jahrtausenden morgenländischer Kultur. Festschrift Max Frh. von Oppenhein» (Berlin 1933) p. 148-156. — KEIL, J., y WILHELM, S.: *Denkmäler aus den ranhen Kilikien*, en «Monumenta Asiae Minoris antiqua», vol. 3 (Manchester University Press 1931). — DE WAECLE, F. J.: *The fountain of Lerna and the early christian cemetery of Corinth*, en «The American Journal of Archäeology» 39 (1935) p. 352-359. — SCHITZ, S. L.: *Das Totenwesen der Kopten. Kritische Uebersicht über die literarischen und monumentalen Quellen*, en «Zeitschrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde», 65 (1930) p. 1-25. — HAUSER, V.: *The christian necropolis in Khargeh Oasis*, en «Bulletin of the Metrop. Museum of Art» 27 (1932) p. 38-50. — TULLA, BELTRÁN y OLIVA: *Excavaciones en la necrópolis romano-cristiana de Tarragona* (Madrid 1927). — SERRA VILARÓ, J.: *Excavaciones en la necrópolis romano-cristiana de Tarragona*, en «Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüe-

dades» n. 93 (1928), n. 104 (1929), n. 111 (1930), n. 133 (1935). — SERRA VILARÓ, J.: *I sepolcri della necropoli di Tarragona*, en «Rivista Arch. crist.» 14 (1937) p. 243-280. — PÉREZ DE BARRADAS, J.: *Excavaciones en la colonia de San Pedro de Alcántara (Málaga)*, memoria n. 106 (Madrid 1930). — MARTÍNEZ SANTAOLALLA, J.: *Necrópolis visigoda de Herrera de Pisuerga (Palencia)* (Madrid 1935). — RIVERAS MANESCAU, S.: *La necrópolis visigoda de Simancas*, en «Bol. Sem. Est. Valladolid» 5 (1940).—MARTÍNEZ SANTAOLALLA, J.: *El cementerio hispanovisigodo de Estagel*, en «Arch. esp. Arq.» (1940) p. 128-31.

IV. LOS CEMENTERIOS SUBTERRANEOS

Sus características

Los cementerios subterráneos son generalmente conocidos por el nombre de *catacumbas* desde la época del Renacimiento, denominación que ha sido aceptada en el lenguaje científico.

Consisten en galerías y estancias funerarias excavadas a distintas profundidades del subsuelo, en uno o más pisos sobrepuestos, ora en forma regular obedeciendo a un plan determinado de construcción, ora extendiéndose irregularmente a consecuencia del aprovechamiento de monumentos funerarios y cavidades naturales. Su carácter subterráneo las distingue netamente de los cementerios al aire libre, a causa de las diferencias que ofrecen tanto en su estructura como en la disposición y forma de los sepulcros. No es lo mismo disponer de un área libre que permita cruzar tumbas en todos sentidos y edificar pequeñas o grandes construcciones idóneas para los usos funerarios que ceñirse a unos espacios más restringidos abiertos bajo tierra, donde no es permitido abrir grandes huecos por razón de la consistencia del subsuelo, en el que la apertura de los sepulcros pasa a la superficie de las paredes sobreponiéndose en sentido vertical por razones de aprovechamiento del espacio. Los cementerios subterráneos adquieren su intensidad para el máximo de sepulturas dentro de un sistema de galerías que se entrecruzan y prolongan, cuyas paredes son utilizadas para contener las sepulturas individuales y de vez en cuando algunas reducidas estancias para tumbas destinadas a los miembros de una misma familia.

Las zonas de su extensión están condicionadas por la

posesión del área superior, que determina la distribución de las galerías; por la consistencia del subsuelo, que fija la profundidad en sus estratos más adecuados, y por ende la existencia de uno o más pisos según la importancia del cementerio; y, finalmente, por la persistencia de hipogeos, que son utilizados y ampliados o enlazados subterráneamente entre si.

Toda extensión cementerial subterránea supone un dominio del terreno en correspondencia directa con el del área al aire libre, a la que no sólo se abren las escaleras de acceso, los pozos destinados a dar aire y luz al subterráneo, utilizados asimismo para la extracción de tierras en la excavación, sino que también en ella se levantan los edificios destinados a usos fúnebres a la manera que son propios de los cementerios al aire libre; de modo que, prácticamente, la parte subterránea no es más que una continuidad de sepultura desarrollada en un cementerio al aire libre que, en vez de extenderse en las zonas inmediatas, se adentra en el mismo terreno y progresa intensivamente en distintas profundidades.

Concepto falso de las catacumbas

Existe el falso concepto que las catacumbas sirvieron de refugio habitual a los cristianos durante el período de las persecuciones y que en ellas tenían su residencia y que les servían como lugares de reunión bajo la apariencia de sus características cementeriales.

Nada más falso que estas ideas propagadas con el desconocimiento de su estructura, de sus orígenes y de su desarrollo. Fueron única y exclusivamente cementerios sin otras posibilidades de utilización; porque ni sus estrechas galerías y reducidas estancias llenas de sepulcros permitían la permanencia habitual de personas alojadas en ellas, ni menos ofrecían un refugio duradero por mucho tiempo y aun menos consentían la celebración de reuniones para los actos del culto cristiano. No puede excluirse que en determinadas circunstancias y eventualmente algunas personas se sirvieran de ellas como refugio para sustraerse momentáneamente a una captura, aunque esto era también fácil de lograr en cualquiera de los edificios existentes en el área superior; pero no puede admitirse de ninguna

manera que sirvieran de refugio habitual a contingentes numerosos que fácilmente habrían llamado la atención de sus enemigos. Más que más debiéndose tener en cuenta que, apenas las catacumbas habían alcanzado los principios de su desarrollo en el decurso del siglo III, los edictos de persecución las confiscaron, de manera que era imposible el acceso a ellas salvo para dar sepultura bajo los representantes de la ley.

Por otra parte, el desarrollo máximo del cruce de galerías y la existencia de criptas más numerosas y amplias fué obra del siguiente siglo, una vez terminadas las persecuciones; de modo que tampoco las pequeñas estancias subterráneas y escasas en número tenían capacidad suficiente para alojar más de media docena de personas entre paredes revestidas de sepulcros, lo que imposibilitaba no ya la transformación en viviendas, sino aun la celebración de asambleas para el culto ordinario; puesto que, a lo sumo, consentían una reunión familiar en la celebración del aniversario de los difuntos enterrados en ellas o en el culto de un mártir, obligado a causa de la presencia del sepulcro, aunque es más probable que semejantes actos fueran celebrados en los edificios idóneos existentes al aire libre.

Los cristianos, además, no necesitaban sus cementerios para lugares habituales de reunión. Cuando todavía aquéllos no se habían formado, una larga tradición tenía consagrado el uso de las iglesias domésticas en el interior de la ciudad, que paulatinamente se fijó en centros determinados, distribuídos en las zonas más pobladas, de los que precisamente dependió el origen e incremento de los cementerios.

Éstos no fueron más que lugares habituales de sepultura, aun en su tipo subterráneo, ni más ni menos conocidos ni frecuentados por los cristianos de los tres primeros siglos de lo que los cementerios actuales de las ciudades lo son hoy por sus habitantes.

Diferencias entre catacumbas y arenarios

Hasta mediados del siglo pasado había prevalecido la idea que las catacumbas no eran más que cavidades en el interior de la tierra que antiguamente habían contenido

bancos de arena, los que, después de haber sido explotados y vaciados para fines constructivos, habían quedado abandonadas, siendo entonces aprovechadas por los cristianos como refugio y lugar de sepultura. Semejante idea se fundaba al considerar que la comunidad cristiana se componía sólo de esclavos y gente miserable que no podían tener otro medio donde acogerse, para lo que se explicaría el aprovechamiento de los arenarios abandonados, más que más, por considerar también que en tiempo de persecuciones era imposible la extracción de grandes cantidades de tierra como la que presuponía la excavación de un subterráneo, sin que el hecho fuera notado por el ambiente hostil y de persecución que rodeaba a los cristianos.

La falsedad de estos presupuestos a base de comunidades de pobres y esclavos, está ya demostrada por la historia del desarrollo del cristianismo y por los mismos hechos que explican el origen de sus comunidades y la formación de sus centros de sepultura.

La diferencia entre los cementerios subterráneos y los arenarios estriba en una serie de aspectos que hacen inmediatamente reconocibles unos y otros. Son perfectamente distintos los estratos litoides en que se abren, por ejemplo, los arenarios con el fin exclusivo de extraer los filones de arena que se hallaban en ellos depositados, de la tierra compacta granular en la que fueron excavadas las catacumbas, cuyo material extraído no era de ninguna aplicación y que, por tanto, implicaba que su vaciado respondiera a la creación exclusiva de galerías destinadas a sepultura. Además, la forma de éstas es siempre regular y constante, obedeciendo a un concepto premeditado de excavación, mientras que los arenarios se presentan en la forma irregular de galerías y paredes determinada por la explotación de los bancos de arena; así, la anchura de las galerías en éstos, sus sinuosidades y el corte irregular de las paredes, pocas veces vertical, contrasta inmediatamente con lo rectilíneo de las galerías y verticalidad de las paredes, que es tan característico en las catacumbas para la perfecta excavación de las sepulturas a ambos lados.

Es cierto que algunas veces han sido aprovechados arenarios en conjunción con el sistema orgánico de algunas catacumbas; pero también se ha demostrado que nunca partió de ellos el desarrollo cementerial, sino que fue-

ron simplemente utilizados por recaer dentro de la órbita de su expansión, obligando a construir muros de consolidación y de regularización que permitieran adecuar sus galerías a las de tipo normal, tal como se excavaban comúnmente.

Las catacumbas, cementerios cristianos típicos de Roma

Los cementerios subterráneos, concebidos con carácter orgánico de amplitud y extensión, no son comunes en los pueblos de la antigüedad cristiana, sino especiales de aquellas localidades en las que el subsuelo podía permitir fácilmente una amplia excavación metódica; y al mismo tiempo obligada, en cierto modo, por la intensidad de los enterramientos en zonas funerarias donde, no siendo fácil extenderse por los terrenos colindantes, les era una solución el sistema de excavación subterránea.

Fuera de las conocidas catacumbas en Adrumeto, Cirene, Alejandría y otras de menos importacia en el Norte de Africa, las varias que existen en las islas de Malta, Sicilia y Cerdeña, son muy raras en otras partes, salvo en Italia, que se hallan en diversas ciudades, como en Sutri, Ferento, Terni, Bolsena, Chiusi, Amiterno, Prato, Tropea, Aripalda y sobre todo en Nápoles. Pero son sobremanera características en la ciudad de Roma y su campiña, de modo que en ella sobresalen y se caracterizan como los grandes cementerios cristianos tanto por su magnitud e importancia como por su gran número y extensión, hasta el punto que, al hablar genéricamente de catacumbas, sólo se entienden las que rodean el perímetro antiguo de la ciudad imperial.

No constituyen ciertamente una gran red subterránea, como ha pretendido la fantasía popular, con puntos de unión entre ellas a través de miles de kilómetros de extensión. Son perfectamente independientes entre si y a gran distancia unas de otras, divididas en grupos más o menos próximos alrededor de las principales vías que salían de las puertas de Roma, pero separadas por las ondulaciones que ofrece la campiña fuera de los muros de la ciudad, en una constante sucesión de colinas y valles que prácticamente hacen imposible su comunicación y que, en cambio, determinan las zonas propicias donde pudieron ser excavadas según la configuración del terreno.

Origen de las catacumbas

En la parte más antigua de los cementerios subterráneos de Roma anterior al siglo III, siempre se halla como punto de origen y región más primitiva una estancia o galería subterránea perteneciente a un hipogeo de una familia particular. Los primitivos sepulcros o se derivaban de ésta o se construían en su mismo terreno generosamante cedido por sus propietarios, de modo que, conservando el carácter particular, no quedaban empero aislados unos de otros. Pero no siempre todo hipogeo familiar, aunque cristianizado o con extensión de sepultura cedida a los cristianos, dió origen a una catacumba o cementerio, debido a que el terreno no lo permitía, como acontece con el sepulcro de San Pedro, en las laderas del Vaticano, o como la tumba de San Pablo, sepultado en el predio de Lucina cerca de la vía Ostiense, en un terreno bajo, próximo al Tíber; o motivado por el hecho de que las áreas contiguas pertenecieran a paganos, imposibilitando con ello la expansión de un hipogeo cristiano.

Hacia últimos del siglo I tiene lugar el primer empuje de desarrollo de las catacumbas, por razón del espíritu de fraternidad y caridad imperante entre la comunidad cristiana, que motivaba, cerca de estos primeros núcleos sepulcrales, que el mismo propietario construyera o dejara excavar galerías subterráneas más dilatadas, en las que la mayor parte del pueblo fiel obtenía permiso de sepultura. Este paso es decisivo para la formación de los cementerios subterráneos, que se van desplegando de tal suerte que, durante el siglo II, en todos los primitivos cementerios cristianos fueron abiertas galerías alrededor de los hipogeos para pasar a ser esta forma la única o casi general de sepultar los difuntos de la comunidad cristiana.

Algunas veces en la proximidad de algún hipogeo existía un arenario abandonado que fué debidamente aprovechado, pero esto constituía una excepción, como en el caso que se ofrece en el cementerio de Priscila (fig. 27). Lo normal radicaba en la formación de galerías excavadas a propósito y no pensando en un plazo muy dilatado de utilización de sepulturas.

Un ejemplo típico de esta evolución en el desarrollo de la catacumba se tiene en el cementerio de Domitila, situado en la vía Ardeatina. Existía allí el sepulcro de

los Flavios, excavado en la ladera de una colina con amplia galería que contenía sarcófagos y con la parte exterior dotada de amplias construcciones, del que pasó a ser heredera por derecho familiar la noble Flavia Domitila, sobrina del cónsul Flavio Clemente, que, por haber confesado la fe de Cristo, fué condenado a muerte por su primo el emperador Domiciano en el año 80, y ella desterrada (fig. 25). El fondo del hipogeo fué ampliado con galerías

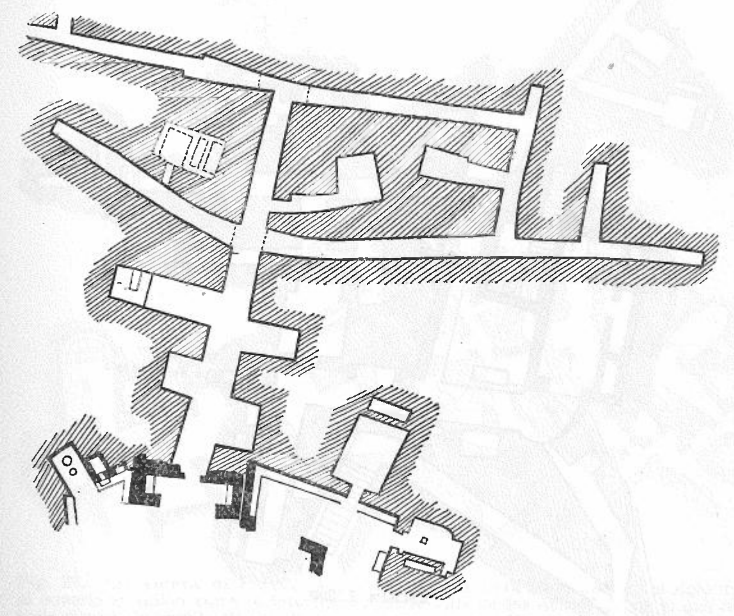


Fig. 25.—Hipogeo de Flavia Domitila con entrada apoyada en la ladera de una colina, formado inicialmente por una sola galería para sarcófagos y ampliado luego con otras galerías para lóculos. Obra de últimos del siglo I con sala de banquetes funerarios a derecha de la entrada y con el pozo y servicios de agua al otro lado.

destinadas a recibir la sepultura de fieles que ciertamente no pertenecían a su rango. En el mismo predio familiar se formó otro hipogeo, en cuya proximidad fueron sepultados los restos mortales de los mártires San Nereo y San Aquileo; a poca distancia apareció también otro hipogeo a principios del siglo II y casi al mismo tiempo un cuarto hipogeo, construído por Ampliato. En este terreno, ciertamente cristiano en la primera mitad del siglo II, se formó un primer desarrollo subterráneo dotado de escalera

propia, hasta que entrado ya el siglo III se excavó la gran red cementerial obedeciendo a un plan de conjunto bajo los auspicios de la propiedad común de la Iglesia. Más tarde, quedaron enlazados entre sí los distintos centros primitivos, logrando el desarrollo máximo que le dió su forma definitiva desde el siglo IV.

Otro ejemplo característico radica en el cementerio de

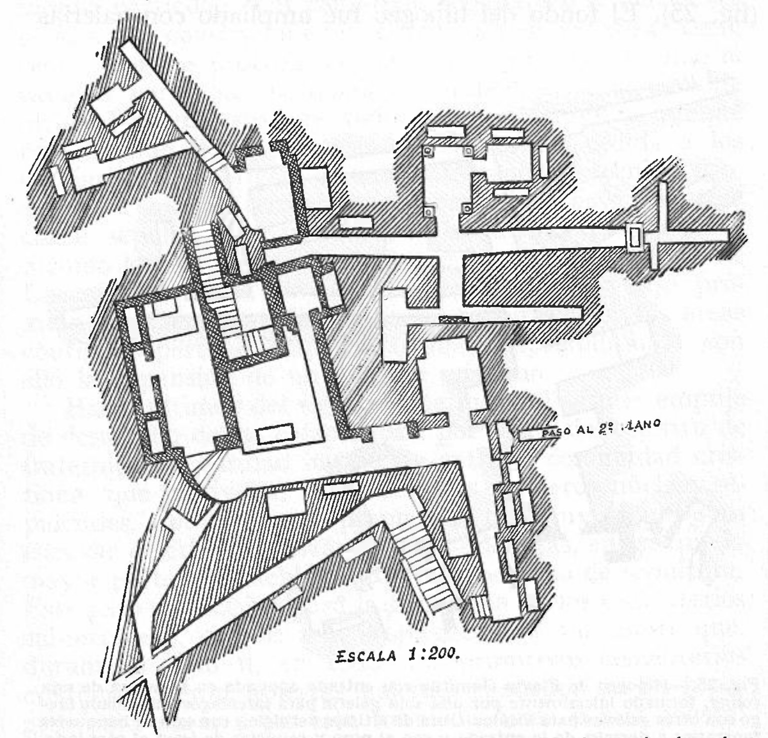


Fig. 26.—Hipogeo de los Acilios Glabriones, con desarrollo funerario de principios del siglo II que dió origen al cementerio de Priscila.

Priscila, situado en la vía Salaria Nueva, que es tradición haber sido fundado en terreno del senador Pudente, contemporáneo de los apóstoles (fig. 26). Es allí conocido el hipogeo de los Acilios, uno de cuyos miembros, el cónsul Manlio Acilio Glabrión, fué condenado a muerte por el emperador Domiciano antes del año 96, seguramente por ser cristiano, cuya esposa e hija, Priscila, habría admitido la sepultura de los cristianos o les habría cedido terreno

para ello. Con el hipogeo, dotado de amplia galería para sarcófagos y escalera propia de acceso, existía un criptopórtico y un nimfeo que fueron utilizados para galerías sepulcrales, aprovechándose una de las estancias inmediatas para ser destinada exclusivamente a los usos litúrgicos de ágapes y refrigerios, conocida por el nombre de capilla Griega a causa de unas inscripciones en esta lengua y más todavía por las representaciones iconográficas, en

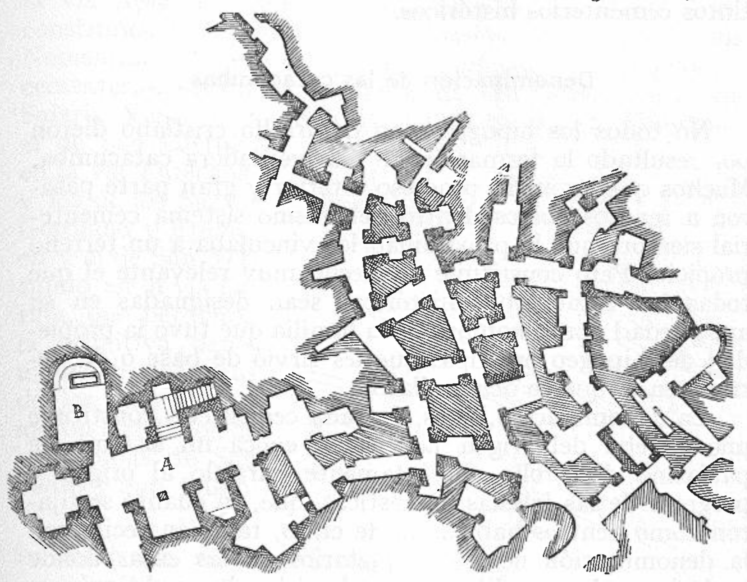


Fig. 27.—Cementerio de Priscila. Arenario utilizado para sepulturas en el siglo II, al ponerlo en unión con el cripto pórtico de la villa de los Acilios, A, en el que se halla situada la capilla Griega, B, famosa por su decoración pictórica de la primera mitad del siglo II, en cuyo arco del fondo se desarrolla la escena de la *Fractio panis.*

las que sobresale la famosa de la *Fractio panis,* o sea de la celebración del culto litúrgico (lám. 95). Al lado de esta serie de construcciones se abría la cavidad de un arenario (fig. 27) que, desde el siglo II, fué utilizado para sepultura mediante la construcción de un sistema de paredes que regularizara sus galerías y soportara el peso del techo; más tarde, hacia últimos del mismo siglo, fué creado a un nivel inferior un sistema regular de galerías, según un plan que presupone una organización independiente del derecho familiar.

Durante el siglo II algunas familias cristianas han

instituído cementerios subterráneos con la apertura de galerías más dilatadas destinadas a sepulturas de los fieles en sus propios hipogeos. Hacia el año 120 se empieza a formar la parte antigua de las criptas de Lucina a partir de un hipogeo pagano, probablemente de la familia de los Cecilios, que se han cristianizado; en este tiempo se origina también el desarrollo del cementerio de Pretextato, y poco a poco se establecen los primeros núcleos de los distintos cementerios históricos.

Denominación de las catacumbas

No todos los hipogeos con desarrollo cristiano dieron por resultado la formación de una verdadera catacumba. Muchos quedaron sin progreso ulterior y gran parte pasaron a ser absorbidos dentro del mismo sistema cementerial siempre que la proximidad los vinculaba a un terreno propicio. Pero constituye un hecho muy relevante el que todas las catacumbas históricas sean designadas en su antigüedad por el nombre de la familia que tuvo la propiedad del hipogeo principal que les sirvió de base o del terreno en el que se desarrollaron.

La denominación, pues, de cada cementerio constituye una prueba del origen familiar y evoca un sistema de paulatino desarrollo absolutamente paralelo al origen y progreso de las iglesias domésticas, que, en cuanto se fijaron como centros habituales de culto, también recibieron la denominación de los propietarios de las casas donde tenía lugar la asamblea ordinaria del culto o de quienes las pusieron a disposición de la comunidad.

La denominación ha conservado los nombres de Pretextato y Balbina para los cementerios de la vía Apia; de Domitila y Basileo, para los de la vía Ardeatina; de Comodila, para el de la vía Ostiense; el de Ponciano, en un cementerio de la vía Portuense; de Octavila, Lucina y Calepodio, en la vía Aurelia; el de Basila, en la vía Salaria Vieja; de Priscila, Máximo, Trasón y de los Jordanes, en la vía Salaria Nueva; de Ciriaca, en la Tiburtina, y el de Aproniano, en la vía Latina.

No todos tienen origen contemporáneo, pero su fundación es anterior al año 200 en buena parte de ellos y completada a principios del siglo siguiente a la par que la de otros cementerios, en los que no se ha conservado el

nombre del fundador porque su designación quedó determinada por indicaciones topográficas como los cementerios *ad catacumbas*, en la vía Apia; *ad ursum pileatum*, en la vía Portuense, *ad septem columbas*, en el *Clivus cucumeris*, y *ad duas lauros*, en la vía Labicana. A éstos cabe añadir el cementerio papal por excelencia, que tomó el nombre del papa Calixto, que lo formó siendo todavía diácono, en la vía Apia; el cementerio mayor y el de Santa Inés, constituído en el predio de su familia, ambos en la vía Nomentana. Hasta completar el número de los grandes cementerios históricos quedan el de San Pánfilo, en la vía Salaria Vieja; el de San Hipólito, en la vía Tiburtina; el de San Cástulo, en la vía Labicana, y los de los Santos Gordiano y Epímaco y el de San Tertulino, en la vía Latina, que perdieron la primitiva denominación, además de los que se formaron alrededor de las tumbas de San Pedro y San Pablo.

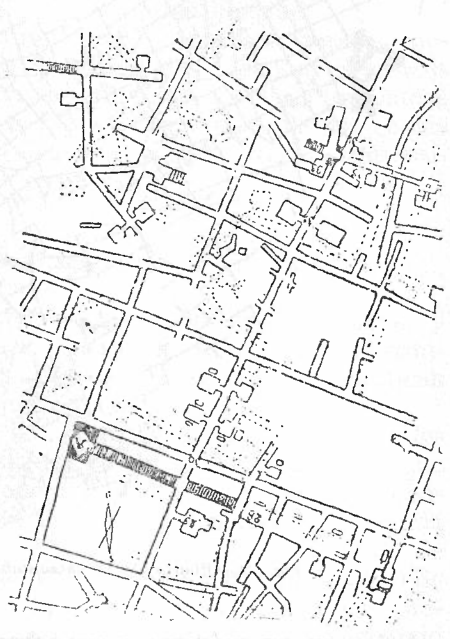


Fig. 28.—Ejemplo de una excavación sistemática en el primer piso del cementerio de Domitila, con escalera propia de ingreso que comunica a dos pisos superpuestos con reticulación de galerias.

Su desarrollo sistemático

En algunas catacumbas se nota ya hacia últimos del siglo II un sistema de perforación de galerías que no tiene por finalidad subvenir a las necesidades perentorias de proporcionar sepultura a los fieles adscritos a la iglesia doméstica; responde a un preconcebido sistema de proporciones más amplias, para una multitud creciente de día en día que obliga a una planimetría orgánica de galerías coordinadas que, en su concepto, acusa una mano organi-

zadora más vigorosa y de mayor empuje que la de una simple iniciativa particular (fig. 28). Es el pasaje de la propiedad de ésta a la comunidad y la intervención directa de la Iglesia, que, así que dispone de estos centros primitivos, se aprovecha de ellos para organizar en el terreno que les corresponde la excavación metódica de

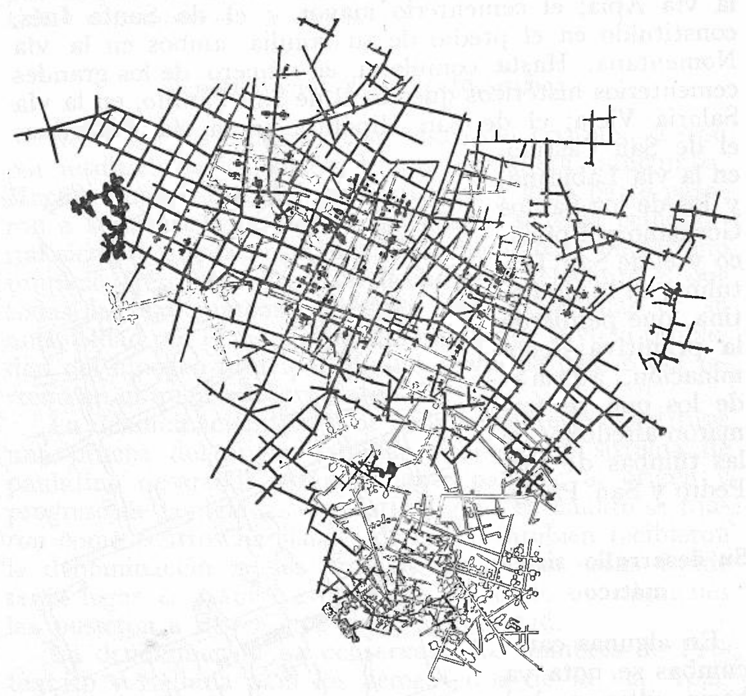


Fig. 29.—Planta de la catacumba de Domitila.

galerías en su máximo aprovechamiento y de distintos pisos cuando ocurre, en una rápida transformación que se va operando en el decurso del siglo III.

Son los cementerios cristianos, que aparecen en sus características propias, no sólo por las formas arquitectónicas subterráneas, por el lenguaje epigráfico de sus inscripciones y por la expresión simbólica de su iconografía, sino también por sus edificios exteriores y por el movimiento que producían en los alrededores de la urbe, co-

nocidos de todos por los fieles que los frecuentaban y por los paganos que asistían a su incremento; los que pasaron a ser el blanco de las confiscaciones del Estado y de las devoluciones cuando soplaron los aires de paz en reconocimiento de la propiedad colectiva de la Iglesia, que los había formado y los administraba en beneficio de la comunidad (figs. 29 y 46).

A partir de principios del siglo IV prosigue su progreso con más amplias e intensivas excavaciones de galerías y criptas en un mayor desahogo en el desarrollo de la arquitectura y en la abundancia de sepulturas, con características especiales que rezuman los nuevos aspectos distintivos de una iglesia en posesión de su libertad.

Las catacumbas cobran desde entonces su aspecto monumental de grandiosidad a causa de los sucesivos enlaces que se establecen entre los distintos núcleos originados alrededor de primitivos hipogeos que se hallaban en las proximidades de una misma área, mientras se intensifican las construcciones en su exterior.

Las catacumbas, santuarios de mártires

En las décadas anteriores a la última persecución y obtención de la paz de la Iglesia, se originan en las catacumbas nuevos factores que luego, en el siglo IV, modifican la manera de ser de los cementerios.

Éstos arrancan de la presencia de las tumbas de los atletas de la fe, reconocidos como mártires, ante las que se desarrolla la devoción de las multitudes, con concurrencia habitual de los fieles, que se postran en demanda de patrocinio y en manifestaciones de veneración. Se celebran los aniversarios de la deposición y nace con ello un culto litúrgico que obliga, desde el siglo IV, a dar preponderancia a estos sepulcros singulares, sea ensanchando las criptas y galerías donde aquéllas se hallan emplazadas, con comunicaciones directas de acceso y obturación de galerías próximas, sea construyendo edificios de culto y basílicas inmergidas en el subsuelo alrededor del altar constituído por la misma tumba, o elevadas al aire libre el altar situado en relación directa con los despojos del mártir.

Este movimiento iniciado a mediados del siglo III en

los sepulcros de los mártires más célebres se extiende luego a los otros mártires más importantes de cada cementerio, para lograr su apogeo en la era de la paz, en la que estos lugares se transforman paulatinamente en santuarios, con sus edificios adecuados, que serán visitados durante largos siglos. Su presencia motiva que los fieles ambicionen lograr un lugar de descanso para sus restos mortales en la proximidad de los sepulcros gloriosos; así se intensifica la sepultura dentro del ámbito de las basílicas de los santuarios y en los terrenos colindantes con mayor utilización de los terrenos al aire libre, a expensas del aprovechamiento subterráneo, que queda como detenido y sin mayores progresos.

La denominación de los cementerios, que hasta entonces se había distinguido por el nombre de los primitivos fundadores, pasa también a ser sustituída por el nombre de los mártires principales venerados en ellos o de aquellos que tenían alrededor de su tumba el edificio basilical o santuario de más proporciones y grandiosidad. No es que desaparezca en absoluto la antigua denominación, puesto que ambas subsisten, aunque la primera adquiera el valor de un señalamiento topográfico, mientras que la introducida en base al nombre de un mártir permanece más íntimamente unida a la devoción y al culto y a la fijación del aspecto cementerial que se desarrolla en su propio santuario. No es raro que cementerios con más de un santuario se designen indistintamente por los nombres de los mártires venerados en cada uno, mientras que otros pierden definitivamente la denominación primitiva, totalmente absorbida por la del mártir.

Fin de las catacumbas

A causa de los santuarios de los mártires, que atraen la devoción de los fieles y permiten asimismo una forma decorosa de sepultura, se ha notado que hacia la mitad del siglo IV más de un tercio de tumbas que deberían haberse desarrollado en los subterráneos pasan a las zonas al aire libre, y este movimiento se intensifica sobre todo en los grandes cementerios. El año 410 señala el término de la utilización sepulcral de los subterráneos. Coincide esta fecha con la invasión de Roma realizada por las hordas

de Alarico, después de un largo sitio que la capital del mundo verá reproducido en torno a sus muros bajo otras oleadas de pueblos bárbaros devastadores de la campiña romana, durante el cual la Iglesia se ve obligada a aceptar sepulturas de los fieles en las basílicas de la ciudad.

Con ello se inicia una nueva era para las catacumbas, en las que únicamente prevalecerán los santuarios de los mártires. Éstos constituirán durante varios siglos un centro obligado de peregrinaciones, pero raras veces de admisión de sepulturas, que los fieles no construyen por temor a los pillajes tan frecuentes en aquellos períodos de inestabilidad. Sólo en algunos de los santuarios más famosos y próximos a la urbe, como en San Pedro del Vaticano, en San Pablo en la vía Ostiense, en San Sebastián y en San Lorenzo, proseguirán todavía los usos de cementerio. Pero la despoblación de Roma, los continuos vaivenes de las invasiones y la desolación que se abate sobre la campiña abandonada, son factores que no pueden remediar la conservación de los mismos santuarios de los mártires y se impone el traslado de sus restos gloriosos a las iglesias de la ciudad. Los viejos edificios, abandonados a su suerte, acaban por desplomarse, perdiendo la forma y el significado en un montón de ruinas, bajo las que se pierde incluso el recuerdo de las catacumbas y de su emplazamiento.

BIBLIOGRAFIA: MARCHI: *I monumenti delle arti cristiane primitive* (Roma 1844). — DE ROSSI, Stefano: en «Roma Sotterranea» vol. 1 (Roma 1864). — ACHELIS, H.: *Die Katakomben in Neapel,* en «Forschungen und Fortschritte» 5 (1929) p. 50-51. — ACHELIS, H.: *Le Catacombe di Napoli,* en «Rivista di arch. crist.» 6 (1929) p. 368-370. ACHELIS, H.: *Die Katakomben von Neapel* (Leipzig 1936). — MALLARDO, D.: *Ricerche di storia e di topografia degli antichi cimiteri cristiani di Napoli* (Napoli 1936). — FÜHRER: *Forschungen zur Sicilia sotterranea* (München 1897). — FÜHRER, J. - SHULTZE, V.: *Die altchristlichen Grabstätten Siciliens* (Berlín 1907). — BARTOLI: *Le catacombe de Siracusa* (1847). — BARRECA, C.: *Le catacombe de Siracusa alla luce degli ultimi scavi e recenti scoperte* (Roma 1934). — CARUANA, A.: *Ancient Pagan Tombs and Christian Cemeteries in Malta* (1898). BECKER, E.: *Malta sotterranea* (Estrasburgo 1913). — ZAMMIT, CH. G.: *Archaology. The «Tal Brista» Catacombs,* en «Bulletin of the Museum Valletta-Malta» vol. 1, n.º 5 (february 1935) p. 165-187. — LEYNAUD, A.: *Les Catacombes Africaines.* Sousse-Hadrumete, 3. (Alger, Maison-Carrée, 1937).

V. ESTRUCTURA DE LAS CATACUMBAS

Su configuración

Las catacumbas se caracterizan por la singular disposición de sus redes subterráneas de galerías, que se prolongan y se entrecruzan, a veces de una manera regular y otras irregularmente, con expansiones de estancias abiertas de cuando en cuando a sus lados, ora en un mismo plano, ora en distintos pisos, según haya sido el origen de cada zona y a tenor de la importancia adquirida en su desarrollo histórico (figs. 29 y 46). Pero siempre obedecen a un idéntico trazado que fija las proporciones, tanto de las galerías como de las estancias, según un aprovechamiento racional del terreno, a fin de sacar el máximo rendimiento en el número de sepulturas.

Su construcción, obtenida mediante la excavación del terreno y como resultante del vacío producido, se limita a líneas verticales de paredes y horizontales de techo, en funcionalidad que garantice la conservación contra posibles desprendimientos de tierra, sin otros huecos que los necesarios para las sepulturas sobrepuestas en el macizo de las paredes (lám. 34 c). Sólo en las estancias, de forma cuadrada o ligeramente rectangular, la estructura, sin dejar de ser funcional, admite soluciones abovedadas y arcadas abiertas en los lados con destino a sepulcros de más carácter; estas estancias, de reducidas proporciones en los períodos primitivos, adquieren mayor expresión arquitectónica desde el siglo IV, tanto en el modelado de columnas en los ángulos como en la mayor amplitud de dimensiones y rebuscamiento de formas geométricas en el plano.

No son normales los refuerzos con paredes de ladrillo o mampostería en la excavación original, sino añadidos en épocas posteriores, salvo en los casos de aprovechamientos de arenarios o de ámbitos de poca consistencia; tales refuerzos se introdujeron en épocas posteriores a causa de modificaciones, reparaciones o cambios de sistema obligados por otros criterios. Unicamente los hipogeos originarios ofrecen estas obras de revestimiento y también algunas tumbas de carácter monumental, aunque en varios casos se reducen a simples placas de mármol colocadas

directamente sobre las paredes excavadas, a la manera que otras tumbas decoradas estaban directamente recubiertas por los revoques.

El acceso al interior se hallaba en los mismos hipogeos originarios o mediante largas escaleras que conducían desde el terreno exterior a las grandes sistematizaciones subterráneas; en cambio, la comunicación era directa siempre que el plano de las galerías se extendía al nivel del declive de una colina.

Nomenclatura de sus partes

Son en parte tradicionales y en parte convencionales los vocablos que se utilizan para designar las distintas partes que componen una catacumba.

En la edad más antigua, la denominación de *crypta*, que de sí significaba lugar subterráneo, servía tanto para designar las estancias más amplias como las mismas galerías, aplicándose indistintamente a unas y otras, como también a todo un sistema subterráneo de una galería con varias estancias o de una red de galerías. En la lengua civil de los romanos existía la palabra *ambulacrum*, ambulacro o ambulatorio, que sirvió para designar especialmente las mismas galerías.

El espacio de pared de una galería comprendido entre la apertura de dos galerías que la cortaban verticalmente, recibía el nombre de *pila* o pilar, por la semejanza que tenía con este elemento constructivo en el sostenimiento del techo horizontal.

El *cubiculum*, cubículo, era la estancia rectangular de reducidas proporciones hasta últimos del siglo III, y después de éste más amplia, a veces circular, poligonal, cruciforme o con ábside, cuyo ingreso se abría en la galería, generalmente desprovisto de puerta. Su finalidad era la de servir de mausoleo familiar, y la construcción, que no respondía a una exigencia inmediata de sepultura, permitía que sus paredes fueran revocadas y decoradas con pinturas o revestidas de mármoles (fig. 30 y lám. 75).

La escalera de acceso, designada alguna vez con el nombre de *catabaticum*, comunicaba directamente con la galería que servía de eje a la red cementerial y salía al

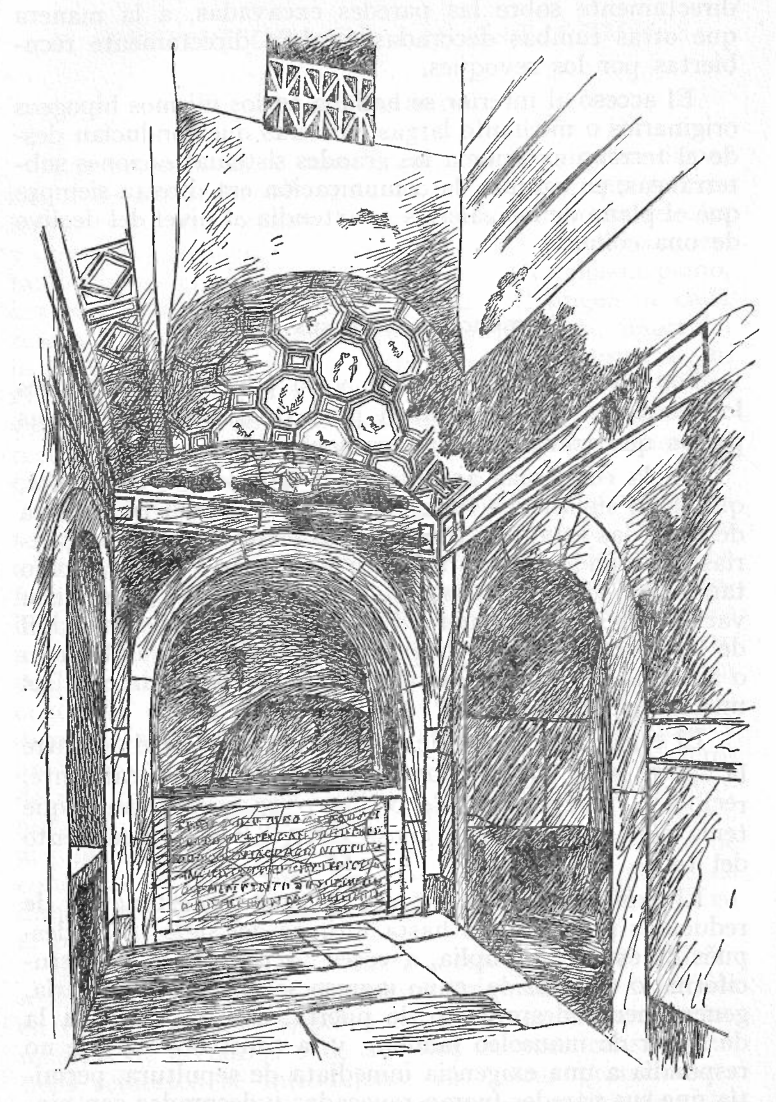


Fig. 30.—Cubículo grande con lucernario que contuvo en el arcosolio del fondo la tumba del papa San Eusebio.

exterior dentro de una pequeña construcción o edificio que cerraba el ingreso.

El lucernario, *luminare,* consiste en una apertura que perfora el terreno desde el exterior hasta el techo de una galería o de un cubículo, con el fin de introducir la luz natural y permitir la circulación del aire (fig. 30). Sus paredes, con una inclinación que pasa de la base más ancha en el interior de la catacumba al remate de plano más reducido en la superficie del suelo, distinguen los lucernarios de los simples pozos de paredes paralelas, construídos en semejante posición, pero que sirvieron exclusivamente para la extracción de la tierra en el momento de la excavación.

Formas ordinarias de sepultura

La forma típica comúnmente utilizada en los cementerios subterráneos de Roma es la que está constituída por el τόπος, *locus,* nombre genérico que significa lugar de sepultura, usado actualmente en su diminutivo *loculus,* lóculo. Consiste en un nicho rectangular excavado en sentido horizontal, de una profundidad y altura necesarias para contener un solo cadáver, aunque no es raro encontrar algunos en disposición para dos, *bisomus,* o tres, *trisomus.* Los lóculos se abrían sistemáticamente en hileras regulares sobrepuestas a lo largo de las paredes, tanto de las galerías y accesos de las escaleras como del interior de los cubículos, llenando el paramento ofrecido por aquéllas en la intersección de las galerías (lám. 34 c), dejándose cerca de los ángulos los lóculos de menores dimensiones, reservados a contener los cadáveres de los niños. Los lóculos de edad más antigua están abiertos en disposición perfectamente regular, con marcados rebordes para recibir el tabique de cierre. Éste se obtenía mediante placas de mármol o con grandes piezas de ladrillo, colocadas en sentido vertical y aseguradas por un reborde de argamasa que les servía de marco (lám. 35). Sobre las placas de cerradura, *tabulae,* se inscribían los epitafios en pintura al minio, si se trataba de ladrillos; con inscripciones al buril, si eran de mármol (lám. 36), o simplemente esgrafiadas sobre la orla de argamasa que ajustaba las piezas; no siendo raro que algunas veces se ejecutaran en menudos

dados de mosaico embutidos sobre el tabique. A falta de inscripción, como acontecía a menudo, se dejaban fijos en la argamasa pequeños objetos, como marfiles, monedas, fondos dorados de vasos (lám. 37) y piezas curiosas, que tanto servían para distinguir la tumba como para adornarla; además de los pequeños vasos de perfumes y de las lucernas de tierra cocida, que servían, en ocasión de

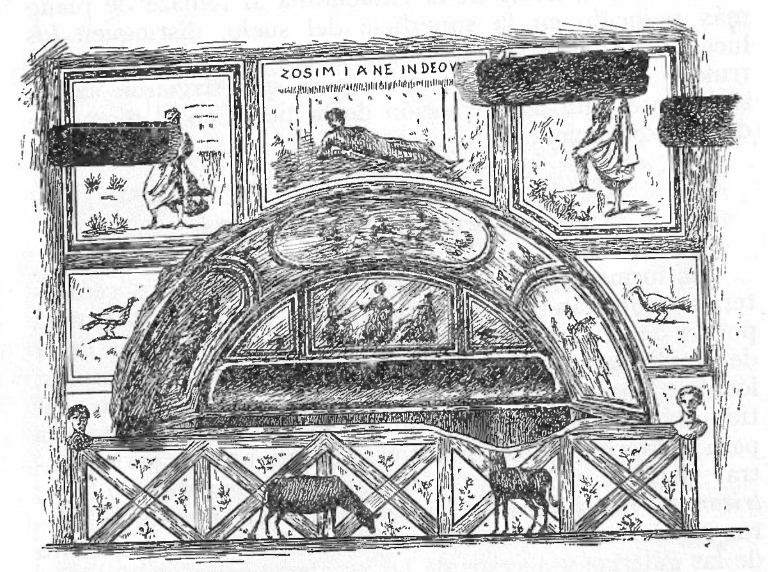


Fig. 31.—Arcosolio decorado con pinturas al fresco en el cementerio de San Lorenzo.

las visitas de los familiares a los sepulcros, para llenar aquéllos con perfumes renovados y prender la llama a éstas en veneración a los difuntos.

Otra forma típica de la sepultura mural consistía en la tumba llamada *a mensa*, en forma de mesa, a causa de su disposición resuelta a manera de un arca cerrada obtenida en el espesor de la pared y vaciada en su interior para recibir el cadáver, que estaba cerrada con placas de mármol dispuestas horizontalmente. Su obtención requería necesariamente que el arca viniese encuadrada dentro de un nicho rectangular excavado en el muro que constituía propiamente el sepulcro *a mensa*, o comúnmente

dentro de un nicho arcuado, en cuyo caso resultaba el *arcosolio,* denominación que engloba el arca sepulcral, *solium,* y el arco que la protege (fig. 31). No es raro encontrar algunas de estas arcas con capacidad para dos o más cadáveres, *bisomum, trisomum;* y algunas resueltas también con paredes de ladrillos revocados, o sustituídas, dentro del nicho excavado en el muro, por sarcófagos de mármol o de terracota. Precisamente de la disposición adquirida por los sarcófagos marmóreos en nichos subterráneos de entre los nobles hipogeos familiares, se originó el



Fig. 32.—Lado de galería en el cementerio de San Calixto, en la que aparecen varios lóculos y un arcosolio.

tipo más económico de las arcas excavadas en el mismo muro. El luneto del fondo sobre el arca, *parieticulum,* así como el intradós del arco y su enmarcamiento externo, ofrecen una serie de superficies casi siempre aprovechadas para ser decoradas al fresco, al igual que las existentes en los nichos rectangulares. Los sepulcros en arcosolio, como las arcas inmergidas en el pavimento, son muy frecuentes en las tumbas subterráneas orientales, mientras que en Roma constituyen una de las formas más solemnes de sepultura, conocidas por el arte clásico, que se hallan tanto a lo largo de las galerías de las catacumbas como de una manera peculiar en las tres paredes de los cubículos, alternando a veces con los lóculos (fig. 32).

El tercer tipo de sepultura, no tan común en los cementerios subterráneos, es la *forma* o fosa que se excavaba en el mismo pavimento de las galerías o cubículos, según las dimensiones del cadáver, cerrada con pesadas piezas de mármol que contenían los epitafios. A veces era capaz para dos o más cadáveres colocados uno al lado de otro, *bisoma, trisoma,* mediante separaciones obtenidas con placas de mármol, *biscandentes, tercandentes,* según las

divisiones que originaban. Era el tipo de sepulcro común, propio de los cementerios al aire libre, que sólo se utilizó en el interior de los subterráneos cuando ya no había lugar disponible en las galerías ante el interés de hallar sepultura en proximidad de un sepulcro venerado, o a veces dentro de un cubículo familiar. En algunos casos adquieren también la disposición de un pozo que admitía varios cadáveres sobrepuestos separados por medio de pisos de bipedales.

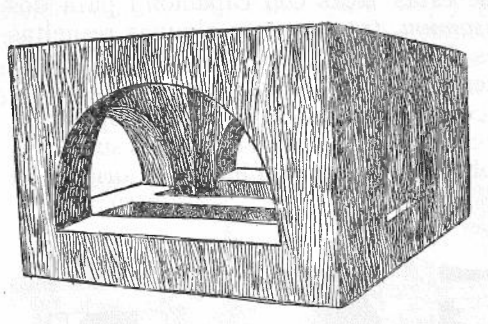


Fig. 33.—Esquema de sepulcro en forma de baldaquín.

Algunos tipos especiales de sepultura de los que apenas queda eco en las catacumbas de Roma son: las tumbas en forma de baldaquín, características de los cementerios subterráneos de Nápoles, Sicilia y Malta, que resultan de la combinación de varios arcosolios que dan la disposición de un baldaquín que cobija al sepulcro (fig. 33); las tumbas en forma de banco, peculiares de Oriente y especialmente de Palestina, con simples bancos excavados en la roca en el interior de los hipogeos, sobre los que se dejaba el cadáver amortajado; las tumbas en forma de horno, o sea con nichos abiertos en sentido longitudinal, utilizadas por los judíos y que raras veces aparecen en las catacumbas.

Distribución de los sepulcros

Fuera de los centros originarios, constituídos por los hipogeos familiares, en los cementerios subterráneos no existen lugares reservados de sepultura; los fieles se hallan sepultados unos al lado de otros sin distinción de clases entre pobres y ricos, nobles o plebeyos, clérigos o laicos. La noble mujer Cassia Feretria fué enterrada por su esposo, el noble senador romano Elio Saturnino, en un pobre y miserable lóculo de una galería del cementerio de San

Calixto, en el dormitorio de los hermanos. Los difuntos eran sepultados unos a continuación de otros en los lóculos de las galerías a medida que éstas se iban abriendo.

Pero esto no impedía que algunas personas se hiciesen preparar la tumba en el decurso de una excavación abonando los gastos de un arcosolio en las paredes de las galerías, o que seleccionasen un lugar donde reunir los sepulcros de una misma familia si estaban en posición económica que les permitiera sufragar los gastos del vaciado de un cubículo.

Constituye una excepción la cripta del cementerio formado por San Calixto, en la que fueron enterrados buena parte de los papas del siglo III, explicable por razón de su excelsa dignidad; pero con todo, fueron varios los papas que hallaron sepultura bien en cubículos separados, bien en medio de los demás fieles.

Aun los mismos mártires no alcanzaron similar distinción. Sepultados a la par que los demás miembros de la comunidad en el lugar que les correspondía por la costumbre común de sepultura o por razón de los vínculos familiares que tenían derechos adquiridos en puntos determinados, sus tumbas se hallan diseminadas, tanto en los cementerios al aire libre como en el interior de las catacumbas, en simples lóculos, en arcosolios o dentro de los cubículos. No todos los cementerios se hallaban indistintamente abiertos a los cristianos de Roma, sino a los de una región determinada en dependencia del centro litúrgico del que cada cementerio dependía.

Trazado de excavación

El aspecto que ofrecen las catacumbas después de su recuperación, pasados tantos siglos de abandono y ruina, es el que procede de su desarrollo histórico desde los orígenes, que tienen como centro los hipogeos familiares, a través de la primitiva expansión subterránea, pasando por la organización sistemática en excavaciones de mayor amplitud, hasta la reunión de varias zonas distintamente enlazadas entre sí en los distintos planos.

Al principio la excavación se reducía a unas cuantas galerías proporcionadas al enterramiento de un número restringido de fieles. Su extensión y desarrollo quedan cir-

cunscritos al libre dominio del terreno al aire libre. Más adelante, a medida que se acrecienta el número de fieles, la zona de excavación tiene por eje una galería, dotada de escalera de acceso, en la que se abren otras secundarias entremezcladas con cubículos; de ella parten todas las redes en un aprovechamiento cada vez más intensivo del espacio. En las primeras décadas del siglo III, esta galería central, que alcanza a veces 125 metros de longitud, se halla cortada en cruz por otra transversal alcanzando en los extremos de ambas los límites del terreno cuya propiedad permite la excavación, originándose las galerías secundarias, que se entrecortan según un plan sistemático de excavación (fig. 28).

Semejante trazado, que obedece a la propiedad colectiva de la Iglesia en beneficio de una comunidad numerosa para absorber una mayor intensidad de sepultura, es el que permanece como característico de las grandes zonas subterráneas, reproducido en dos o más pisos, según la importancia adquirida por el cementerio. Más tarde unas zonas son unidas con otras mediante galerías de comunicación, hasta fundirse todas en un solo sistema cementerial con tantos puntos de ingreso como originariamente lo habían tenido los distintos núcleos de formación.

Son relativamente pocos los cementerios subterráneos que evidencian un plan absolutamente regular, como aparece en algunas áreas del cementerio de San Calixto (fig. 46) y en el segundo piso de Priscila, y sobre todo la extensa región de la grande escalera en el cementerio de Domitila (fig. 28). En general, responden a una planimetría más irregular, debida muchas veces a las dificultades que se presentaban durante el período de excavación por razón de la poca consistencia del terreno o de la mayor dureza del subsuelo, que obligaban a modificar el trazado, así como por existir construcciones en la parte superior que no permitían la formación de un vacío bajo los cimientos. El plan se complica todavía más en su extensión a medida que la excavación se va ampliando y que se aprovechan todos los espacios posibles absorbiendo zonas de constitución anterior, de modo que, en su etapa final, las catacumbas aparecen como verdaderos laberintos.

El trabajo de excavación, más lento en los primeros tiempos, se intensifica sobremanera cuando se abren las grandes redes sistemáticas, en consonancia con el incre-

mento del número de fieles, hasta el punto que, no bastando la extensión dada a la capacidad de las galerías, ni la apertura de otros pisos, ni la reunión de las áreas limítrofes, la ampliación de un cementerio conduce a obtener un mayor número de lóculos en las mismas galerías ya utilizadas. Para ello resultaba más cómodo rebajar el pavimento que dar mayor altura a las galerías, a fin de obtener espacios debajo de los lóculos antiguos, que no eran tocados, o encima de ellos, en la superficie obtenida en las paredes de los ambulacros; la altura extraordinaria que éstos ofrecen, especialmente en su mayor proximidad de los centros históricos, acusa siempre una ampliación, obtenida casi siempre por haberse rebajado el pavimento, lo que hay que tener en cuenta en la cronología de los períodos de formación (lám. 38).

Sus características

El plano de desarrollo de la excavación, aun en aquellas catacumbas que tienen varios, siempre queda a un mismo nivel, si no es que sufrió rebajamientos en alguna de sus partes, en relación con su propia escalera; y sin bajadas ni subidas, que, si existen, son debidas a amontonamientos posteriores de tierra, si no es en aquellas galerías que fueron abiertas como enlace de regiones próximas situadas a distinta altura.

La profundidad normal de la excavación subterránea de un cementerio, condicionada por los hipogeos que la originaron, suele hallarse a unos siete u ocho metros por debajo del nivel exterior del terreno; los pisos más profundos se adentran en el subsuelo hasta dieciocho y veinte metros, y en algunos cementerios alcanzan la máxima de veinticinco metros, como en los cementerios de San Calixto y de San Pánfilo; los pisos intermedios, a menudo de construcción posterior, se reducen a los diez o quince metros de profundidad bajo el nivel exterior.

Fuera de los casos en que la catacumba se abría en el lado de una colina y la excavación se originaba en sentido horizontal, en la mayoría, en que debía profundizarse desde lo alto, se empezaba por la apertura de la escalera hasta alcanzar el nivel prefijado; inmediatamente se procedía a la formación de las galerías, que se adaptaban

a la configuración del terreno superior o de la gran galería que serviría de eje para todo el sistema de reticulaciones. La tierra se extraía por los puntos de apertura o mediante pozos o aun sirviéndose de las mismas perforaciones, que se utilizarían como lucernarios. A medida que los trabajos se adelantaban, se abrían los lóculos en las paredes para ser inmediatamente utilizados, y asimismo los arcosolios y las criptas, que eran previamente establecidos por contrato con los fieles.

La altura media de las galerías no alcanzaba, en principio, más de la que corresponde a la altura de una persona de estatura normal, para oscilar luego hacia los dos metros y alcanzar más tarde hasta tres o más metros, mientras que la anchura media no pasaba de los setenta y cinco a noventa centímetros, aunque en raros casos se encuentran medidas más reducidas, como también cortas galerías de mayor amplitud.

Los lóculos, más espaciados también en los principios, se apretujan sobrepuestos y unos al lado de otros con dimensiones que tienden a reducirse a la altura suficiente para recibir el cadáver y sin más distancia de separación entre ellos que la exigida para la consistencia de las paredes.

La apertura de los arcosolios no tiene más profundidad que la determinada por la tumba excavada en su vacío inferior, ni más altura que la correspondiente al normal desarrollo del arco, aunque en tiempos posteriores adquiera formas más amplias.

Los cubículos o criptas se comunican con las galerías mediante un ingreso cuya anchura no sobrepasa a la misma de éstas, a través de un espesor de muro que introduce en su interior, de plan rectangular, de unos 3,5 por 4 metros de área, determinada por los arcosolios que se abren en el fondo y a los lados; su altura no sobrepasa la normal de las galerías. Los cubículos de mayores dimensiones, con capacidad para dos arcosolios por lado, fueron abiertos en épocas tardías, en las que prevalece un mayor sentido arquitectónico. No faltan cubículos con un solo arcosolio o a veces dos o más cubículos combinados conjuntamente.

Para tener una idea de lo que pudo lograrse en la profusión de sepulturas abiertas en un sistema subterráneo de galerías, basta señalar que el área primitiva del cementerio de Lucina, en San Calixto, cuyas dimensiones eran de 100 pies romanos por un lado y de 180 por

otro, el número de sepulturas llegó a unas dos mil. Asimismo, el cementerio de Santa Inés, cuyas cuatro áreas que lo constituyen se extienden dentro de una superficie total de 16.475 metros cuadrados con una extensión de galerías que alcanza 1.603 metros, el número de tumbas que contiene se eleva a 5.736. Con ello se comprende cuál debió ser la capacidad adquirida por los grandes cementerios desde principios del siglo III cuando se intensifica su construcción.

Criterios cronológicos

Teniendo en cuenta que no todos los cementerios se originaron ni se desarrollaron al mismo tiempo, el establecimiento de la cronología, que sirve tanto para fijar el origen de cada uno como el sucesivo desarrollo de sus partes, exige la determinación de unos criterios generales a todas las catacumbas o relativos a algunas maneras de ser peculiares de éstas, que, confrontados conjuntamente, permitan precisarla.

Estos criterios se reducen a los siguientes:

a) Las inscripciones que ofrecen una fecha cierta y positiva, siempre que se hallen colocadas en su lugar original o que conste haber pertenecido a tal sitio, dado que los epitafios se colocaban a medida que se abrían las tumbas; aunque no se dan semejantes inscripciones durante los tres primeros siglos, éstas abundan desde el siglo siguiente.

b) Las inscripciones que mencionan personajes históricos o las pinturas que los representan.

c) Los epitafios de los personajes históricos.

d) Los sepulcros de los mártires conservados todavía en su emplazamiento original.

e) Los detalles arquitectónicos y técnicos en los elementos constructivos; así, las galerías anchas son ordinariamente más antiguas que las normales más reducidas; las criptas pequeñas son características de los siglos II-III, y las mayores con particularidades arquitectónicas, propias del siglo IV; los lóculos grandes, regulares y con bordes para contener la lápida de clausura son más primitivos que los pequeños y descuidados en su forma.

f) La factura de los muros en ladrillo o mampostería,

más cuidados cuanto más antiguos; la calidad de los estucados y pinturas que recubren las paredes de arcosolios y cubículos.

g) Las decoraciones pictóricas, examinadas tanto en su técnica como especialmente en su contenido temático y también por la manera de ser tratado el elemento decorativo.

h) El carácter de los símbolos que pertenecen a una época determinada; así, entre los más primitivos, se notan el áncora y el pez.

i) Las características peculiares de las inscripciones, ofrecidas por su paleografía, fórmulas de expresión, aclamaciones y nomenclatura.

A estos criterios genéricos, que pueden referirse indistintamente a todos los cementerios, cabe añadir los criterios relativos para las varias partes de una catacumba:

a) La región más antigua es siempre la más próxima a la escalera primitiva de la que partió la excavación, constituída muchas veces por el hipogeo familiar que le dió origen.

b) La mayor antigüedad entre varios pisos de una misma catacumba depende de los sistemas empleados en su excavación. Si se procedió de hipogeos apoyados a laderas de colina, siempre es más primitivo el piso que se desarrolla a partir de ellos; si la excavación empezó desde lo alto del terreno, el más primitivo es el que se halla situado en proximidad a la superficie; pero a veces en los grandes cementerios de varios pisos, como en los de San Calixto y de Domitila, resulta más antiguo el inferior.

c) Toda galería que resulte de doble o triple altura de la normal, por razón de haber sido ampliada en profundidad, conserva su trazado antiguo en la parte alta.

d) Los lóculos o arcosolios abiertos con destrucción de pinturas y elementos constructivos, siempre son de fecha posterior a éstos.

No es fácil determinar con exactitud la época de los distintos puntos que integran una catacumba ni los períodos de tiempo que median entre unos y otros, a causa de las devastaciones, que las han privado de muchos de los elementos más preciosos, utilizables como criterios para fijar su desarrollo cronológico; pero, con todo, por razón

de unas idénticas maneras de obrar que prevalecen comúnmente, es dable conocer las características más importantes que sirven para establecer el origen y desarrollo de cada una de sus partes.

BIBLIOGRAFIA: DE ANGELIS D'OSSAT, G.: *La Geologia e le Catacombe romane,* en «Memorie della Pont. Accademia delle scienze». Nuovi Lincei, 14 (1930) p. 125-165; 267-310; 15 (1931) p. 529-573. — IDEM: *La Geologia e le Catacombe,* en «Memorie della Pont. Accademia delle scienze». Nuovi Lincei, 16 (Città del Vaticano 1932) p. 621-663.— IDEM: *La Geologia e le Catacombe romane* en «Memorie della Pont. Accademia di Scienze». Nuovi Lincei, 17 (1933) p. 43-74. — IDEM: *La Geologia e le Catacombe romane: Catacombe di Via Aurelia,* en «Memorie della Pont. Accad. Scien.». Nuovi Lincei, ser. III, vol. 2 (Roma 1935). — IDEM: *La Geologia delle Catacombe romane. Via Ardeatina ed Appia,* fasc. 2, «Roma sott. crist. per cura del Pont. Ist. di Arch. crist.» III (Città del Vaticano 1939). — IDEM: *Le Catacombe maggiori delle vie Ardeatina ed Appia.* «L'Urbe» 5 (1940) p. 3-17. — STYGER, P.: *Die Römischen Katakomben. Archäologische Forschungen über den Ursprung und die Bedeutung der altchrislichen Grabstätten* (Berlin 1933). — SCHOEBEBECK, H. von.: *Altchristliche Gragdenkäler und antike Grabgebräuche in Rom,* en «Archiv für Religionswissenschaft 34 (1937) p. 60-80.

VI. ADMINISTRACION DE LOS CEMENTERIOS

La obra de excavación

El trabajo de excavación sistemática de una catacumba fué realizado siempre por obra de los cristianos desde el primer momento que los vínculos de caridad fraterna permitieron la sepultura de los fieles en los hipogeos familiares. Pero el desarrollo adquirido luego por las galerías subterráneas, y sobre todo por las más amplias zonas abiertas por la Iglesia, en un constante aumento de redes cementeriales, para las que no podían bastar los simples guardianes, a quienes estaba confiada la conservación de una reducida área sepulcral, creó una categoría especial de obreros, exclusivamente dedicados a la excavación de galerías y monumentos subterráneos, que son conocidos con el nombre de *fosores.*

Esta denominación, aunque no aparece como tal hasta el siglo IV, debió de ser la característica que se aplicó a los operarios exprofesamente destinados a los trabajos de

excavación subterránea. Semejante obra requería personal especializado y, además, singularmente afecto a la Iglesia. A él incumbía el trazado de la planimetría de los pisos, la distribución de sus partes, la apertura de galerías y cubículos y especialmente un conocimiento perfecto del subsuelo que permitiera lograr las máximas ventajas en orden a la solidez de las estructuras y a la intensidad de los enterramientos. Labor muchas veces ingrata, conducida siempre en sentido de profundidad, adentrándose en las capas del terreno con el azadón en mano y otros pocos utensilios, a la floja luz de las lucernas alimentadas con aceite. Labor de acarreos de tierras que se amontonaban a medida que adelantaba el vaciado, y que debían extraerse a mano sirviéndose de los pozos y de las escaleras de acceso para dejarlas al exterior; porque sólo en los últimos tiempos de las catacumbas las tierras extraídas fueron utilizadas para rellenar galerías anteriores que ya no estaban en uso.

Los fosores

Son conocidos muchos de estos operarios por los epitafios y pinturas que de ellos se han conservado en las catacumbas. Es posible que el único recuerdo que quede de los más antiguos esté en la representación incisa del azadón que se encuentra en los epígrafes de algunos modestos personajes. Más adelante consta el oficio de fosores en los títulos de los sepulcros que ellos mismos se construyeron en vida, en los epígrafes en que se hace constar la adquisición del sepulcro y en otras declaraciones relativas a su intervención. Así, Elio Auxanon hace constar que abrió con sus manos un sepulcro bisomo para sí y su mujer Cecilia Marcela, en el cementerio de los Jordanes; en el cementerio de San Calixto hay la memoria de un Castorino; de un Félix en el de Balbina, de un Alejandro en el cementerio de los Santos Pedro y Marcelino, y así de tantos otros en casi todos los cementerios.

Dos compañeros de trabajo de un fosor perpetuaron en su epitafio que había trabajado por todos los ámbitos del cementerio. En el de San Calixto, el fosor Iconio hizo constar en grafito sobre las paredes de un cubículo que había empleado diez días en construirlo, como haciendo alarde de la rapidez de su trabajo.

En las representaciones figuradas no faltan las de los fosores con el azadón en mano, a veces entregados a las tareas de excavación de galerías, pero nunca en las del vaciado de una tumba (fig. 34). Es famosa la figuración del fosor Diógenes, que se hizo representar en el fondo del arcosolio de su tumba de pie, con el instrumento de su trabajo sobre el hombro y la lucerna encendida suspendida de su mano con un bastoncito, cargado con su saco de provisiones y con los demás utensilios a sus pies.



Fig. 34.—Fosor dispuesto a sepultar un cadáver amortajado. Grabado en una inscripción en el cementerio de Domitila.

Cada cementerio contaba con equipos propios de fosores, y bajo esta categoría se comprendía a cuantos intervenían en la obra de la catacumba, desde el capataz o agrimensor que dirigía los trabajos de planeamiento, a los operarios que realizaban la excavación, como probablemente los albañiles, decoradores y los que cuidaban del grabado de las inscripciones.

Su intervención en la adquisición de sepulcros

Si en los primeros períodos de formación de las catacumbas los fieles hallaron asilo sepulcral al amparo de las familias que los acogían en su seno, luego que el desarrollo de la excavación subterránea pasó a la organiza-

ción eclesiástica y fué necesario contar con equipos de fosores que cuidaran de la excavación, la remuneración del trabajo ejercido por éstos es probable que pronto pasó a cargo de los fieles, que adquirían el sepulcro en contratación directa con los mismos fosores que los excavaban. Son abundantes las inscripciones más tardías en las que se hace constar nominalmente la adquisición de la tumba. Así, por ejemplo, Rufina concertó un lugar bisomo con el fosor Alejandro en el cementerio de los Santos Pedro y Marcelino; Víctor y su esposa adquirieron el lugar de su sepulcro del fosor Lorenzo en el cementerio de Comodila. A menudo la compra se realizaba en presencia del equipo de fosores. Más adelante, aun siendo el fosor quien contrata la venta, se hace constar la anuencia de los sacerdotes cuya jurisdicción se extendía al cementerio en el que se realizaba el contrato. Algunas fórmulas usadas en este tipo de inscripciones evidencian que en cada cementerio se debía llevar un registro de adquisición de sepulturas en base a contratos formalizados, que eran archivados en la administración del cementerio, precisándose incluso algunas veces el lugar donde se hallaban situadas, tal como constaría en el contrato.

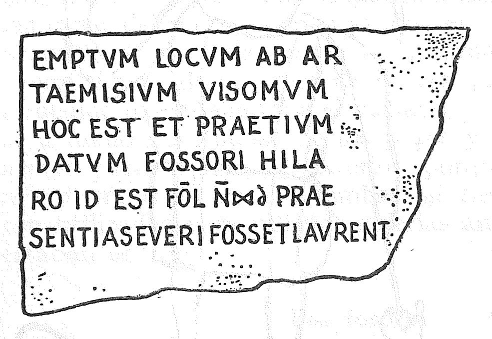


Fig. 35.—Epitafio de Artemiso, que compró un lugar de sepulcro para dos cadáveres al fosor Hilario por el precio de 1.500 *folles* en presencia de los fosores Severo y Lorenzo.

La razón de ello estaría en el precio que debían satisfacer los adquirentes y que les otorgaba un derecho de propiedad en la sepultura. Los precios variaban según la situación de la tumba, siendo de valor más reducido los lóculos que no los arcosolios, y mucho más caros los cubículos a causa de su mayor monumentalidad y decoración. Pocos epitafios han dejado memoria del precio pagado por un simple lóculo; una inscripción fechada en 426 en el cementerio de Comodila, hace constar que

los esposos Jenaro y Bricia adquirieron una tumba bisoma cerca de los despojos de *domna Emerita*, por lo que satisfacieron a los fosores Burdone, Miarino y Musco la cantidad de un sueldo y medio de oro; otra inscripción no fechada fija en dos sueldos de oro una tumba bisoma en proximidad del lucernario mayor; Artemiso compró un simple lóculo al fosor Hilario, en presencia de los fosores Severo y Lorenzo, por el precio de 1.500 *folles*, moneda de pequeño valor que equivaldría a la cantidad de cuatro sueldos de oro (fig. 35); de manera que, gracias a otros ejemplos, puede establecerse que el precio de los sepulcros, sobre todo en época posterior, tanto a flor de tierra como dentro de las basílicas, variaba entre seis sueldos y un sueldo y medio de oro.

Administración eclesiástica

Aunque la contratación de sepulcros era directa entre los fieles y los fosores, de modo que éstos prácticamente cuidaban de la organización de los cementerios a que estaban adscritos, sin embargo, la dirección administrativa pertenecía a la Iglesia como propietaria de los bienes de la comunidad, a la que incumbía proveer las necesidades impuestas por la sepultura de los fieles y asimismo cuidar de los actos litúrgicos funerarios y de los ritos de veneración a los sepulcros de los mártires.

Semejante dirección no estaba vinculada a eclesiásticos determinados adscritos al servicio del cementerio, sino a los mismos dirigentes del culto y de la organización a quienes estaba confiado el funcionamiento normal de los centros litúrgicos existentes en la ciudad. Durante el período de formación de los cementerios pudo bastar para su tutela la acción directa de los diáconos. Cuando el papa Ceferino organizó el cementerio que se podría llamar de propiedad papal, confió la obra y la administración a su primer diácono, Calixto. Es sabido que el número tradicional de los diáconos de la Iglesia romana fué siempre el de siete, correspondiendo a las siete regiones eclesiásticas en que fué dividida la ciudad en reducción de las catorce regiones augusteas. El anónimo autor del *Liber Pontificalis* tiende a precisar bajo el pontificado de San Clemente (88-97) la creación de esta división regional, que,

en realidad, es más consentánea con las circunstancias históricas de mediados del siglo III, en las que fija la adjudicación de las regiones a los diáconos hecha por el papa San Fabián (236-250).

Pero a medida que la organización eclesiástica se fué perfeccionando y han desaparecido las iglesias domésticas de los primeros tiempos, para centrar el ejercicio normal del culto en edificios determinados distribuídos por las regiones de la ciudad según la densidad de la población cristiana, los cementerios que han pasado a la propiedad colectiva, quedan distribuídos de modo que cada centro litúrgico posee el suyo propio, no sólo como lugar de sepultura para los fieles de su demarcación, sino bajo la inmediata jurisdicción de los presbíteros en orden a las exequias fúnebres, a los actos de culto en que debían intervenir y en la administración ejercida por los fosores.

Las iglesias titulares

Los centros ordinarios del culto litúrgico son conocidos en la antigüedad con el nombre de *títulos*, designación genérica que se especifica en singular con la añadidura del nombre de cada uno; el título de Clemente, de Pudente, de Lucina, etc. Nombres personales o familiares que recuerdan la formación de una iglesia doméstica en la casa de una noble familia que, más tarde cedida a la comunidad, o adquirida por ésta, se transforma en un más amplio edificio con un local capaz para contener una multitud de fieles congregada para los actos ordinarios del culto y la administración de sacramentos. Es decir, una verdadera iglesia, aunque todavía no ha tenido tiempo de adquirir la forma arquitectónica, que logrará sólo después de la paz, con el plan y desarrollo basilical; muchas veces reducida a una modesta sala sin apariencias exteriores, que se confunden, en su aspecto y distribución, con los edificios urbanos de casas de habitación.

Su formación se había desarrollado paulatinamente por la fuerza de las circunstancias, impuestas por el número creciente de cristianos en las distintas regiones de la ciudad, que determinaron la distribución de los centros de culto adecuados para reunir habitualmente a los fieles de una misma demarcación; de la misma manera que

actualmente las parroquias responden al servicio religioso de un elevado contingente urbanístico. Así sirvieron de base algunas de las primitivas iglesias domésticas, cuyo uso continuado las adjudicó a la comunidad mediante cesión por parte del propietario o adquisición por parte de la Iglesia; a ellas se añadieron luego otros títulos en edificios organizados por la administración eclesiástica, que tomaron el nombre de los propietarios que los pusieron a disposición de la comunidad o de las personas que corrieron a cargo con los gastos de erección, constituyéndose así los lugares eclesiásticos confiscados por el decreto de Valeriano del año 259, que, una vez devueltos a la Iglesia al año siguiente, el papa Dionisio reorganizó junto con los cementerios en sus respectivas demarcaciones y atribuciones bajo la dirección de los presbíteros. La mayoría de estos títulos habían quedado establecidos en el decurso del siglo III; sólo algunos pocos se les añadieron durante el siglo IV hasta lograr el número definitivo de veinticinco con la fundación y establecimiento del último, acaecido durante el pontificado de Inocencio I (401-417). A este número tradicional corresponde, asimismo, el número de los grandes cementerios suburbanos que obtuvieron un desarrollo histórico en los incrementos de su formación (figura 36).

El *Liber Pontificalis*, al registrar la fundación del último título, pone de manifiesto las características fundacionales de un título tal como se dieron normalmente, según una manera de proceder a la que se ajustan todavía la autoridad pontificia, que acepta el origen y autoriza el establecimiento. Una devota señora de prosapia ilustre, llamada Vestina, ordenó en su testamento que de la venta de sus adornos y joyas, hecha según justa estimación, se construyera una iglesia dedicada a los Santos Gervasio y Protasio; la obra fué llevada a cabo por los presbíteros Ursicino y Leopardo, junto con el diácono Liviano, y una vez terminada, el papa Inocencio dedicó la basílica, que fué erigida en la región cuarta, hasta entonces falta de un centro religioso, aceptando la donación de la fundadora para constituir en la nueva iglesia un título romano, al que hizo personalmente entrega de diversos vasos sagrados y de enseres para ornato del baptisterio. El nuevo título tomó el nombre de la fundadora, título de Vestina, aun cuando la basílica viniese dedicada a los santos már-

tires famosos por el recién hallazgo de sus cuerpos en Milán. La fundación coincide con dos nuevos hechos característicos del siglo IV-V: el que el título no sea simplemente un edificio de poca apariencia, pero capaz para una gran sala de reunión, como aconteció antes de la era

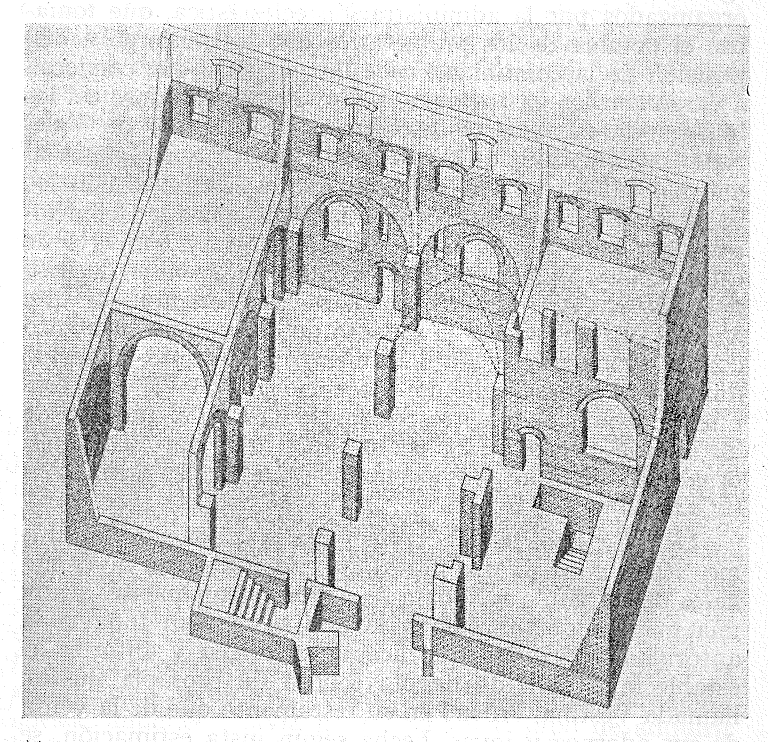


Fig. 36.—Prospección arquitectónica del edificio del título de Equicio, construído en la segunda mitad del siglo III, con la sala central para las reuniones litúrgicas de los fieles, entre dependencias anejas y piso superior de habitación para el clero residente.

de la paz, después de las persecuciones, sino una basílica que ya era el edificio típico de las nuevas iglesias que se erigían; y segundo, que fuera dedicada a mártires, lo que nunca se hizo en los tiempos anteriores, sino ya sólo desde esta época, cuando incluso en los demás títulos, al renovarse los primitivos edificios por construcciones basilicales, venían también éstas dedicadas a la memoria de már-

tires, de modo que, desde el siglo v, al lado de la nomenclatura primitiva que recuerda sólo el nombre del fundador en la designación de los títulos, aparece el de los santos a que estaban dedicadas las basílicas; como aconteció, asimismo, en los cementerios, que el nombre de los mártires más venerados prevaleció al lado del que provenía de los antiguos fundadores. Pero, además, se completó la erección del título de Vestina, dotado de basílica, baptisterio y demarcación propia, con la adjudicación del cementerio de Santa Inés en la vía Nomentana, que el papa puso bajo la directa administración de los presbíteros titulares.

Las iglesias titulares en relación con los cementerios

Por los epitafios sepulcrales de personas adscritas a funciones eclesiásticas, lectores, acólitos, subdiáconos y presbíteros, en los que se hace constar la región a que pertenecían, así como por los epitafios de los simples fieles, en los que se declara la adquisición de sepultura realizada ante presbíteros de un título determinado, es posible establecer la relación inmediata que éstos tenían con su propio cementerio.

La distribución no obedeció a una regla constante desde los primeros períodos de organización eclesiástica, cuando todavía aparecían nuevos cementerios y se erigían iglesias titulares; asimismo algunos cementerios más célebres, como los que se desarrollaron alrededor de las grandes basílicas cementeriales, especialmente en San Pedro y en San Pablo, en cuyo servicio litúrgico turnaban los presbíteros de los distintos títulos, atrajeron desde el siglo IV singulares prerrogativas de sepultura que escapan a la organización establecida. Pero, salvo estos aspectos, y una vez logrado el máximo desarrollo en la administración eclesiástica, permaneció constante la adjudicación de un cementerio a cada una de las distintas demarcaciones agrupadas en torno a la propia iglesia titular.

No consta todavía la absoluta correspondencia de cada Título con su cementerio, pero el emplazamiento de éstos a orillas de las vías más importantes que se originaban en las puertas del recinto urbano, condicionaba en cierto modo y por razones de proximidad la pertenencia a las

iglesias situadas en la región inmediata. Los títulos de la región I, de *Sabina, Prisca, Tígride* y *Fasciola,* se relacionaban con los cementerios de la vía Ostiense y de la vía Ardeatina; el de *Sabina,* con el cementerio de Comodila; el de *Prisca,* con el de Lucina, donde fué enterrado San Pablo; el de *Tígride,* con el de Balbina, y el de *Fasciola,* con el de Domitila.

Los de la región II, de *Anastasia, Crescenciana, Emiliana* y *Bizante,* tenían sus cementerios en la vía Apia, en la que consta el de San Sebastián, que estaba bajo la jurisdicción del último de estos cuatro.

En la región III, el título de *Eusebio,* junto con el de *Nicomedes,* está en relación con el cementerio *ad duas lauros* de la vía Labicana; los títulos de *Clemente* y de los *Apóstoles,* con el cementerio de Ciriaca, en la vía Tiburtina, en la que también tendría su posesión el título de *Equicio.*

Los títulos de *Práxedes, Pudente, Vestina, Ciriaco* y *Gayo,* constituídos en la región IV, tendrían los cementerios en la vía Tiburtina y en la vía Nomentana; especialmente en ésta, el cementerio de Santa Inés, que fué adjudicado al título de Vestina en su fundación, y el cementerio de San Hipólito, en la otra vía, sujeto al título de *Pudenciana.*

El título de *Lucina,* único en la demarcación de la región V, poseía el único cementerio situado en la vía Flaminia en torno a la basílica dedicada a San Valentín.

Los títulos de *Marcelo, Dámaso* y *Marco,* en la región VI, es posible que tuvieran sus propios centros de sepultura en los cementerios de la vía Salaria, donde parece probable adjudicar el de Priscila al título de *Marco.*

Finalmente, los títulos emplazados en la región VII, de *Julio, Cecilia* y *Crisógono,* se relacionarían con los cementerios de la vía Portuense y de la vía Aurelia, siendo cierto en ésta la posesión del cementerio de San Pancracio por el título de *Crisógono.*

BIBLIOGRAFIA: STEINMANN, V. E.: *Die Tituli und die kirchliche Wandmalerei* (Leipzig 1892). — LANZONI: *I titoli presbiterali di Roma antica nella storia e nella legenda,* en «Riv. di arch. crist.» (1925) p. 195-257. — KIRSCH: *Die römischen Titelkirchen im Altertum* (Paderborn 1918). — VIELLIARD: *Les titres romains et les deux éditions du Liber Pontificalis,* en «Riv. di arch. crist.» (1928) p. 88-103. — IDEM: *Les origines du titre de S. Martin aux Monts,* en «Studi di anti-

chità cristiana» IV (Roma 1931). — JUNYENT, E.: *Il Titolo di San Clemente in Roma*, en «Studi di antichità cristiana» VI (Roma 1932). MESNARD: *Le titre de Saint Crysogone*, en «Studi di antichità cristiana» VII (Roma 1933). — JORDAN-HUELSEN: *Topographie der Stadt Rom.* (Berlín 1907). — JORDAN: *Forma Urbis Romae* (Berlín 1874).— PLATNER-ASHBY: *A Topographie* en el *Dictionary of ancient Rome* (Londres 1929).

VII. LOS SANTUARIOS DE LOS MARTIRES

Número relativo de los mártires

Son relativamente pocos los mártires venerados en los cementerios de los suburbios de Roma, si se tiene en cuenta el gran número de fieles cristianos que fueron víctima de las encarnizadas persecuciones que arreciaron, durante los tres primeros siglos, en el mismo centro del dominio imperial, que los proscribía como miembros de una religión ilícita.

A pesar de la ingente multitud que sucumbió con la persecución de Nerón después del incendio de Roma del año 64, a pesar también de la muchedumbre de fieles que alcanzaron la palma del martirio desde los albores de la aparición del cristianismo hasta finales del siglo II, es un hecho cierto que ninguna memoria ha quedado de ellos, si se exceptúa la de los apóstoles San Pedro y San Pablo; ni menciones históricas que celebren sus nombres, ni recuerdos de tumbas que conserven sus restos.

A través de la continuada contribución satisfecha en sangre durante los largos períodos de prueba, y especialmente bajo los golpes crueles asestados por los violentos decretos que caracterizan la lucha persecutoria, los atletas de la fe que dieron testimonio de Cristo con la generosidad de sus vidas, demacrados por las cárceles prolongadas, desfigurados por los tormentos más terribles, exhibidos como espectáculos en los solaces públicos, pero siempre valerosos en su confesión ante los tribunales, constituyeron una categoría que idealizaba el sentido de la perfección cristiana, como suprema aspiración común de todos los fieles y que, aun alcanzándola por la gloria y la palma del martirio, no los singularizaba por encima de los demás.

Son tan desconocidas las gestas de los mártires de los

dos primeros siglos como lo son los nombres de los cristianos que las realizaron con su efusión de sangre. Cuando se iniciaron los orígenes del culto, a mediados del siglo siguiente, la veneración no pudo extenderse en sentido retrospectivo a los mártires de edades anteriores, por la razón de que de la mayoría se había perdido el recuerdo y no quedaba memoria alguna, de muchos no constaba la característica de mártir en sus tumbas, y aun de ellas poco se hubiera podido precisar por haber quedado aisladas en los hipogeos de carácter privado en épocas en que todavía no existían los cementerios propios de la comunidad cristiana y bajo la inspección de la Iglesia, a la que competía la facultad de reconocer públicamente los hechos históricos que probasen el martirio de un fiel a fin de proponerlo a la veneración de todos.

Pero en el siglo III, luego que abundaron los largos períodos de paz y que se relajaron los ideales del martirio, aun cuando fueron muchos los mártires llamados a dar testimonio de su fe que todavía permanecieron anónimos, la existencia de los cementerios en su completo desarrollo, en los que se recogían sus restos, crearon unas nuevas circunstancias en torno a las tumbas de algunos mártires determinados cuyos rasgos ejemplares de martirio excitaban de un modo especial la veneración de los fieles, por lo que podían ser propuestos por la Iglesia como modelo seguro al que acogerse los ánimos vacilantes en las inminencias de una persecución.

Orígenes del culto

Los atletas de la fe que habían sucumbido generosamente dando su sangre por Cristo y mereciendo con el martirio la corona de la victoria, reclamaron en seguida una atención especial, que, trascendiendo al común de los fieles en la celebración de la fecha de su muerte o de su sepultura, fué originando, desde la primera mitad del siglo III, un culto litúrgico especial para conmemorarlos cada año con la celebración litúrgica de la Eucaristía, acompañada con las plegarias y lecturas correspondientes.

El culto de los mártires derivó desde sus comienzos de las tumbas que encerraban sus restos mortales. La veneración hacia ellas empieza ante las de los apóstoles

San Pedro y San Pablo, que ya desde el primer momento fueron considerados como la flor de los mártires romanos. A principios del siglo III se extiende a los sepulcros de los papas mártires, siendo el papa San Calixto el primero de quien consta con certeza que obtuvo honores de culto. Luego éste se extiende a los mártires más célebres de las últimas persecuciones, alrededor de las tumbas de estos héroes que sus contemporáneos vieron sucumbir por la fe y dar su sangre por Cristo en aquellos períodos de pruebas dolorosas en que los fieles vivieron la testimonianza de su religión, admirados ante aquellos hermanos en la fe, que no dudaron en proclamar, ante la presencia del Señor, como protectores en sus necesidades.

Así sucedió que, desde mediados del siglo III, los cementerios fueron también lugares de culto en honor de los santos mártires en sus propias tumbas. A ellas acudían los fieles, postrándose ante las sagradas reliquias para formular sus plegarias, exponer sus ansias de protección y para cumplir los votos formulados en sus angustias o en determinadas circunstancias en la vida.

Su ámbito, sea que estuviera emplazado en el cementerio al aire libre, sea que quedara localizado en el interior de los subterráneos, se transformaba en un santuario en el que importaba que se realizaran las modificaciones necesarias para adaptarlo a las exigencias de la veneración. El culto litúrgico ejercido por la Iglesia culminaba en el acto de la conmemoración de la fecha aniversario de la muerte o de la sepultura, el *dies natalis*, y posteriormente también en otras fechas del año, con la celebración del sacrificio eucarístico en los locales idóneos más próximos a la tumba, de los que eran habitualmente destinados a los ritos litúrgicos de deposiciones y aniversarios de los difuntos en cada cementerio.

Los sepulcros de los mártires

Por regla general nunca los mártires obtuvieron un lugar especial de sepultura lo mismo en los cementerios al aire libre que en los subterráneos. Consumado el martirio, si era dable a los fieles recoger los despojos mortales, los depositaban en la tumba correspondiente siguiendo el uso común a los demás miembros de la comunidad.

Antes de la formación de los grandes cementerios, estas tumbas pudieron pasar desapercibidas entre la multitud de fosas que se extendían al aire libre o quedaron ignoradas dentro de hipogeos particulares. Empero a medida que se desarrollaron las galerías subterráneas, también fueron utilizados para ellos los lóculos y los arcosolios abiertos en los muros de los corredores y criptas sin distinciones especiales de honorificencia. En un simple lóculo fué enterrado el cuerpo de San Pancracio en el cementerio de su nombre; los de los mártires Santos Félix y Adaucto, en el cementerio de Comodila; los de los Santos Felicísimo y Agapito, en el de Pretextato, y los de los Santos Marcelino y Pedro, en el cementerio *ad duas lauros*. En cambio, otros mártires fueron sepultados en cubículos especiales, como San Jenaro en el cementerio de Pretextato, San Hipólito y San Lorenzo en los respectivos cementerios de su nombre en la vía Tiburtina. El caso especial de una cripta destinada a una determinada categoría de personas aparece en el cementerio de San Calixto, en la que fueron sepultados la mayoría de los papas mártires del siglo III.

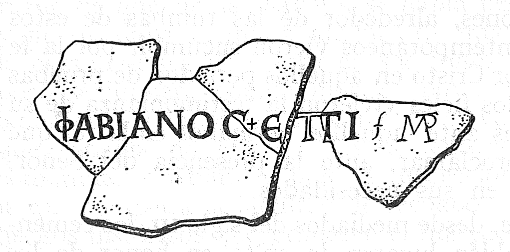


Fig. 37.—Restos del epígrafe del sepulcro del papa San Fabián, enterrado en la cripta papal del cementerio de San Calixto.



Fig. 38.—Inscripción pintada en minio sobre tégulas en un lóculo del arenario del cementerio de Priscila, de la segunda mitad del siglo II, en la que se lee el nombre de *Vericundus*, con la sigla de mártir pintada sobre la argamasa de unión entre las dos piezas.

La declaración de mártir promovida por la aclamación popular, sancionada por la Iglesia, quedó expresada con posterioridad a la tumulación con la palabra *mártir*, entera o abreviada, que venía incisa en el epitafio del sepulcro; lenguaje escueto que impresiona bajo los severos epígrafes de los papas mártires depositados en los lóculos de su cripta en el cementerio de San Calixto (fig. 37). Un caso singular se halla en un lóculo del cementerio de Priscila, intacto todavía por haber quedado tapiado por un antiguo muro de consolidación, cerrado por dos simples tégulas, sobre las que consta el nombre del difunto *Vericundus* trazado con rojo a pincel, en cuyo punto intermedio de unión sobre la argamasa que separa los dos trozos de inscripción fué también pintado en rojo la sigla *M*, que por su significación y emplazamiento no puede interpretarse sino como una indicación de la tumba de un mártir cuya historia es absolutamente desconocida, porque, si algún culto tuvo en sus principios, quedó truncado a causa del emparedamiento del muro de la galería que contiene el sepulcro (fig. 38).

Acondicionamientos y modificaciones

La veneración que se origina en las mismas tumbas de los mártires, y que conduce a ellas un número de fieles en incesante incremento, exige acondicionamientos y modificaciones en el lugar donde se hallan emplazadas a fin de dar mayor realce a su importancia y proporcionar espacio adecuado al desfile de las multitudes. En los comienzos, y aun por respeto a la tumba, estas modificaciones se limitaron a una simple decoración, a una mayor penetración de luz y a un embellecimiento, pero luego tuvieron que ampliarse con ensanchamientos de las galerías subterráneas, aislamientos de las tumbas y construcción de comunicaciones directas con el exterior por medio de escaleras que facilitasen a los numerosos devotos un ingreso cómodo.

Los sepulcros situados en el interior de las criptas fueron los de acondicionamiento más fácil al poder ser logrado con decoraciones pictóricas y revestimientos de placas de mármol en el pavimento y en las paredes y con adornos arquitectónicos en el ingreso; así resultaron las

criptas donde descansaban los restos de San Jenaro, en el cementerio de Pretextato; de Santa Emerenciana, en el cementerio Mayor; de San Valentín, en la vía Flaminia, y de los papas, en San Calixto.

Pero la dificultad se presentaba cuando la tumba consistía en un simple lóculo en un muro de galería. Se imponía entonces la ampliación del espacio excavando como una especie de cripta en el muro contrario que le venía de frente, como aconteció ante los sepulcros de los santos Felicísimo y Agapito en el cementerio de Pretextato, o aislando el macizo que contenía el lóculo venerado, creando un vacío a su alrededor (fig. 22), tal como se realizó alrededor de las tumbas de los santos Marcelino y Pedro en el cementerio *ad duas lauros* (fig. 23) y probablemente en la de San Pancracio.

Más fácil fué para las tumbas en los cementerios al aire libre abiertas en fosas o contenidas en sarcófagos, que, una vez aisladas, eran ricamente recubiertas con materiales preciosos para servir de mesas de altar (lám. 43), dentro de un espacio protegido por cancelas de mármol, tanto para protegerlas de la devoción indiscreta como para constituir el recinto destinado al clero en las funciones litúrgicas (fig. 51). De la misma manera se adornaban las tumbas una vez aisladas en el interior de los subterráneos, lo que permitía celebrar en ellas las conmemoraciones del culto (lám. 45).

Entre las lámparas que hacían arder los fieles, no solía faltar ante las tumbas la *mensa oleorum*, constituída por un ancho plato de mármol de poca altura, colocado sobre un macizo de mampostería, lleno de aceite que ardía con llama continua. Pronto se introdujo la costumbre entre los fieles de recoger pequeñas cantidades de este aceite en fialas y pequeños paños humedecidos, que se llevaban como reliquias preciosas en las que se ponía la confianza de obtener curaciones. Pero el uso más corriente en este sentido de distribución de reliquias fueron las *brandea*, *palliola*, *sanctuaria*, *nomina*, palabras con las que se designaban los pequeños trocitos de lienzo que se habían dejado en contacto con la tumba, y a ser posible con el mismo cuerpo del mártir, mediante agujeros de comunicación con el interior del sepulcro; reliquias estimadas como si fueran del mismo cuerpo, cuya estima fué tan general en la antigüedad que se uti-

lizaron normalmente en la dedicación de los altares durante muchos siglos.

Otro testimonio de la veneración especial a los mártires se manifiesta en el deseo de los fieles de poseer su propia tumba cuanto más próxima a la del sepulcro del mártir, lo que, no siendo siempre posible en las galerías subterráneas, obligaba a la excavación de una galería especial en contacto con el sepulcro venerado llamada *retrosanctos*, lugar que muchos ambicionaban y raramente se alcanzaba, según se recuerda en una inscripción (fig. 24). Los que tenían tal suerte eran calificados de *sociati sanctis*, es decir, participantes en cierto modo de los merecimientos del mártir en virtud de la sangre derramada, que, al mismo tiempo, los purificaba de las culpas.

Embellecimientos

La labor de embellecimiento de los sepulcros gloriosos, señalados por la devoción popular, fué muchas veces obra de los fieles en reconocimiento de las gracias y favores obtenidos por intercesión de los mártires. Pero si se trataba de trabajos de mayor consideración, aunque los fieles pudieran intervenir haciéndose cargo de los gastos, se realizaban siempre bajo la dirección administrativa del cementerio correspondiente, y especialmente de los sacerdotes que la regían. La tumba de San Gorgonio fué decorada con placas de mármol por el presbítero Vicente; obra semejante realizó en la cripta de San Hipólito el presbítero León; en la noble tumba de los santos Proto y Jacinto el presbítero Teodoro hizo construir una nueva comunicación con escalera propia.

El fervor de veneración que se acrecienta durante e, siglo IV, al encauzarse por las vías de un culto litúrgicol reúne casi todas las iniciativas, a las que hasta entonces se había emulado la piedad popular, en el régimen organizador de la Iglesia, que halla en el papa San Dámaso (366-384) su máximo exponente como enaltecedor de la gloria de los mártires.

La obra realizada en este sentido por el santo pontífice es de una amplitud extraordinaria. Su gran entusiasmo y celo por la veneración hacia los santos sepulcros, que aureolaban la ciudad de Roma con una nueva diade-

ma mejor que la imperial, le condujo a la búsqueda de los lugares en los que se hallaban emplazadas las tumbas de los mártires en casi todos los cementerios, habilitándolos para las conmemoraciones litúrgicas del culto, animado por un empeño diligentísimo como el que puso en recoger todos cuantos recuerdos históricos subsistieran de cada uno de los mártires, para condensarlos en una multitud de inscripciones dedicatorias, redactadas en verso, que hizo grabar con caracteres monumentales sobre grandes placas de mármol que fueron colocadas sobre los sepulcros gloriosos.

Con la pérdida de los archivos de la Iglesia romana, incautados por el Estado y destruídos en la última persecución, las escasas noticias históricas que se pudieron conocer, y que San Dámaso recogió a veces de los mismos verdugos que intervinieron en la confesión del mártir, se logró una publicación monumental que fué la mejor glorificación de los despojos mortales de los héroes de la fe venerados en sus santuarios de los cementerios de Roma.

Los edificios de culto en los santuarios

El auge que pronto tomó el culto a los mártires más populares y venerados, debido a la insuficiencia del local subterráneo donde se hallaba la tumba, trajo consigo, desde la era de la paz, la erección de iglesias y de grandes basílicas en el exterior de los cementerios, pero puestas siempre en relación directa con la tumba que las motivaba. Desde el siglo IV se abre un nuevo período de intensa construcción que, en adelante, dejará en casi todos los cementerios las construcciones basilicales que se denominarán por la presencia del mártir más venerado.

Estas basílicas parten siempre de la presencia de la tumba como centro orgánico en el que se fija el altar. Son simples ampliaciones de los locales más reducidos, *cellas trichoras*, existentes en los cementerios al aire libre, siempre que la tumba del mártir se hubiese hallado en el exterior. Si, en cambio, era emplazada en lugar subterráneo, a poca profundidad del exterior, a su alrededor era excavado todo el terreno y vaciado de tierras y tumbas para inmergir la basílica en esta profundidad con el fin

de que la misma tumba formara la mesa del altar (fig. 25), como en San Lorenzo, Domitila y Santa Inés.

Sólo cuando la mayor profundidad de un sepulcro de mártir no permitía ni esta solución, entonces la basílica era edificada al exterior, procurándose que el altar de ésta viniera a corresponder sobre el lugar subterráneo o que desde la basílica existiera una comunicación directa con la tumba del mártir, de modo que ésta constituyera una unidad formal con la misma basílica, de donde prácticamente nació la idea de una basílica dotada de cripta.

La paulatina aparición de basílicas en casi todos los cementerios puede seguirse desde que bajo el imperio de Constantino se erigieron las basílicas sobre las tumbas de San Pedro, de San Pablo, de Santa Inés, de San Lorenzo y de los santos Pedro y Marcelino. El papa Marco (336) erigió la del cementerio de Balbina; Julio I (337-352), las del cementerio de San Valentín, de Calepodio, en la vía Aurelia, y otra en la vía Portuense; el papa Félix (355-358), la de San Félix en la vía Aurelia, en la que fué sepultado. Dámaso construyó una para su sepulcro en la vía Ardeatina; y en su tiempo se erigieron las de Domitila y de San Sebastián. Bonifacio I (418-422) hizo construir el oratorio de Santa Felicidad. Sixto III (432-440) hizo erigir la basílica mayor de San Lorenzo. León I (440-461), la basílica de San Cornelio en la vía Apia. Simplicio (468-483), la de San Esteban en el cementerio de San Lorenzo. Félix III (483-492), la de San Agapito en el mismo cementerio. Símmaco (498-514), la basílica de San Pancracio. Pelagio II (579-590), la basílica de San Hermes y otra *ad corpus Sancti Laurentii*. Bonifacio V (619-625) perfeccionó la basílica de San Nicomedes. No constituyen éstas, ni mucho menos, todas las basílicas de los principales santuarios. De las más no queda memoria de sus orígenes, pero su erección fué paralela a las que se acaban de mencionar.

Además de santuarios de los mártires, estas basílicas fueron especialmente destinadas a contener las sepulturas de los fieles que deseaban ser enterrados bajo la protección de sus titulares en el interior de la construcción o en sus proximidades. Por ello, desde mediados del siglo IV en adelante, fueron más utilizadas en los cementerios las zonas exteriores que no las galerías subterráneas, cuya expansión decrece para detenerse a principios del siglo V,

En su consecuencia resultó que las regiones subterráneas carentes de tumbas de mártires no fueron cuidadas ni visitadas, cayendo lentamente en el olvido y obstruídas las más de las veces, porque sólo se valorizaron los centros históricos de culto debidamente aislados del resto del subterráneo.

El ejercicio del culto y de la administración

La afluencia de devotos a los santuarios y tumbas de los mártires no se restringía únicamente a los fieles de Roma. De todas partes, hasta donde alcanzaba su fama, era continua la afluencia de visitantes y peregrinos que acudían atraídos por el gran número e importancia de mártires.

Aunque el culto de éstos empieza a celebrarse también en las basílicas del interior de la ciudad, especialmente en aquellas que estaban en relación directa con los cementerios respectivos, prevalece todavía el culto que se les tributaba en sus propios santuarios, aun en medio de las angustias que traía consigo el decaimiento del imperio en los períodos de su desaparición bajo las oleadas de las invasiones de los bárbaros.

En las basílicas de los santuarios se establece, pues, una doble funcionalidad. La del culto litúrgico, que ejercen los presbíteros de las iglesias titulares de la ciudad en cuanto a las festividades del mártir y a las ordinarias que se celebran ante el concurso de las multitudes que concurren; y la de la administración de los lugares de sepulcro y dirección del movimiento de visitantes y de peregrinos.

El papa Simplicio (468-483) estableció que los presbíteros de algunos títulos oficiaran por turno semanal en las tres basílicas primarias de San Pedro, de San Pablo y de San Lorenzo a causa de los que pedían el bautismo y la penitencia, y que en realidad fueron siempre las más concurridas.

Para la simple administración fueron creados los *prepósitos*, a menudo simples laicos, que, en aquellas tres basílicas, dependían directamente del papa y, en las demás, de los presbíteros titulares. Bajo la dependencia de éstos, también en los cementerios y santuarios de menor importancia hubo los *mansionarios*, clérigos custodios que habi-

taban *manentes* en el lugar en que prestaban su servicio y de categoría distinta de los *cubicularii* o camerarios, establecidos por León I (440-461) al servicio de los sepulcros de los apóstoles y más tarde extendidos a otros santuarios con funciones semejantes a los anteriores. Antes de ellos existieron los custodios de los mártires, *custodes martyrum,* con atribuciones restringidas a la guarda de los sepulcros venerados.

Semejantes funcionarios eran siempre distintos, así como el clero que atendía la parte espiritual, de las comunidades monásticas, que pronto se agruparon en torno a las basílicas primarias y que también se establecieron en algunos de los demás célebres santuarios.

BIBLIOGRAFIA: ZORN, P.: *Dissertatio historico-theologica de catacumbis seu de cryptis sepulcralibus sanctorum martyrum* (Lipsiae 1703). — MALDONADO, J. M.: *Las catacumbas o los mártires; historia de los tres primeros siglos del cristianismo* (Madrid 1848). — RAMBLER: *Les martyrs dans les catacombes,* en «Verité historique», 1860, vol. 5, p. 101-122; 1861, vol. 7, p. 263-292. — GUERANGER: *Sainte Cécile et la Société Romaine des premiers siècles* (París 1875). — LECLERCQ, H.: *Les martyrs,* 3.ª ed. (París 1906). — WIELAND: *Mensa und confessio* (1906). — KIRSCH: *Die christliche Kultusgebäude im Alterthum* (Colonia 1903). — DELEHAYE, H.: *Les origines du culte des Martyrs* (Bruselas 1912). — DUCHESNE: *Origenes du culte chrétien* (París 1925). — KIRSCH, J. P.: *Die Grabstätten der römischen Martyrer und ihre Stellung im liturgischen Martyrerkultus,* en «Römische Quartalschrift» 3 (1930) p. 107-132. — STYGER, P.: *Römische Märtyrergrüfte,* 2 vol. (Berlín 1935). — LIETZMANN, H.: *Geschichte der Alten Kirche,* 2, en «Ecclesia catholica» (Berlín u. Leipzig 1936). — L. HERTLING-E. KIRSCHBAUM: *Le catacombe romane e i loro martiri* (Roma 1949).

VIII. EL TRASLADO DE LOS CUERPOS DE LOS MARTIRES

El culto a los mártires

El culto a los mártires se acrecienta con grandes fulgores de esplendor y con una irradiación más extensa cada día, que repercute intensamente a todas partes por la misma fuerza espiritual que rodea el centro religioso de la unidad cristiana. Es un motivo que atrae los espíritus en la agonía del paganismo procurando mayores alicientes hacia la aceptación de la fe en las riadas continuas de

conversiones, que vigorizan el triunfo de la idea cristiana sobre una sociedad descreída y moralmente deshecha que tiene únicamente la salvación en las luces de Cristo y en la moral evangélica. El culto público se enriquece con una varia diversidad de actos litúrgicos solemnes celebrados durante el curso del año en multitud de santuarios, acrecentándose de este modo el fervor de la vida religiosa, que, además de la frecuencia ordinaria en la conmemoración de los días festivos, según los usos habituales determinativos de la liturgia del tiempo, conoce las solemnidades especiales en honor de los mártires que fijan asimismo los textos de la liturgia del santoral. Las festividades se ennoblecen con las vigilias y con la mayor concurrencia que afluye en los días estacionales establecidos por la liturgia pontificia, con la presencia personal del papa, que dirige las oraciones de su grey dondequiera el lenguaje de la Iglesia convoca a los fieles para ensalzar las glorias de un mártir y su intercesión ante Dios.

Los edificios de culto se diseminan por los santuarios y se multiplican en digna emulación de fausto entre oratorios y basílicas. Las antiguas vías, que señalaron la expansión civilizadora del imperio y que conocieron las pompas de los triunfos militares, son recorridas por las muchedumbres que desfilan incesantes de una a otra en una animación nueva informada por la piedad religiosa.

La presencia de las tumbas de los mártires ha creado otra Roma que alienta con su espíritu vital la agonía de un mundo antiguo y que fecunda el nacimiento de otra sociedad, construída sobre los desechos de un mundo agotado en la inoperancia de sus deidades y disecado por unas fórmulas que estrangularon su porvenir. En la gestación de la nueva era, al ocaso de una civilización deglutida por la irrupción de los pueblos asiáticos, bárbaros en sus costumbres, pero de espíritu primitivo suficientemente abierto a la recepción de los grandes ideales, cuya cristianización, lenta, pero firme, afianza las bases morales de la nueva sociedad vivificada por la fe, el culto de los mártires aparece como un instrumento sobrenatural que atrae los sentimientos nobles ante la fuerza de convicción de los héroes que se ofrecieron en holocausto con la rudeza del martirio. La expansión pletórica de vitalidad que obtuvo semejante culto, coincide con el vaivén de las invasiones, se enaltece en el asentamiento de éstas, se difunde

a través de sus mismas incursiones y se intensifica dondequiera los nuevos pueblos se incorporan a la Iglesia, hasta que en cierto modo declina en sus centros de origen, una vez se ha logrado la unidad de espíritu en la sociedad cristiana medieval.

Las invasiones de los bárbaros

La hecatombe del imperio romano producida por las incesantes invasiones de los pueblos bárbaros, que, empujándose unos a otros, lo asolaron en continuas oleadas devastadoras, constituye la base histórica del origen de la Europa medieval, formándose lentamente como resultado de la sedimentación y aposentamiento de las razas invasoras más prepotentes. Desde los últimos confines orientales, cuya defensa fué imposible sostener con la disciplina de las armas, el dique abierto por la irrupción de pueblos en masa alimentó durante algunos siglos una corriente desbordada cuyos empujes se precipitaron sobre la misma ciudad de Roma para aposentarse con variado dominio en su suelo sagrado.

El temor engendrado por las amenazas de estas avalanchas hizo fortificar los muros de la ciudad en 402, pero los godos acaudillados por Alarico, superadas las derrotas militares, los alcanzaron introduciéndose en el interior de la urbe en 410. Ésta conoció un terrible saqueo de doce días de duración, aunque fueron escasos los daños en los monumentos y en los santuarios de la campiña; algunos quedaron derruídos por incendio, como la basílica de Julio, en el cementerio de Calepodio, que tuvo que ser renovada y dedicada por el papa Celestino I (422-432).

En la época de su sucesor San León el Grande (440-461), aunque la energía de este papa pudo impedir el avance de las hordas de los hunos acaudilladas por Atila en 452, la ciudad hubo de ver horrorizada, tres años más tarde, en 455, el saqueo de los vándalos dirigidos por Genserico, durante veinte días de terror. Pocos años después, en 476, el destructor del imperio de Occidente, Odoacro, sentaba sus regias prerrogativas en la que había sido la capital del mundo. Con su gesto principian los diversos dominios bárbaros que se suceden en Italia y que culminan en el de Teodorico y de los ostrogodos (493-553),

de relativa tranquilidad y bienestar público. La caída de éstos bajo los triunfos de los generales bizantinos no augura tiempos mejores con la amenaza de los pueblos lombardos, que se aposentan al norte del país desde 568 y que amenazan constantemente a Roma con sus frecuentes incursiones, a través de las luchas bélicas con los bizantinos, aunque se logra su conversión en la época de San Gregorio el Grande, y su predominio no termina sino con la intervención de los francos en el siglo VIII.

Devastaciones y reparaciones

La invasión de Alarico del año 410 señala el final del desarrollo de los cementerios subterráneos. Desde este momento quedan paralizados sin ulterior progreso. En adelante la población de Roma, que disminuye bajo la presión de las invasiones, utiliza sólo los cementerios al aire libre acogidos a las basílicas de los santuarios de los mártires y se concede el derecho de sepultura en las basílicas del interior de la ciudad. Aquéllas deben ser reparadas de los daños sufridos en el movimiento de las hordas, el estancamiento producido en los períodos de sitio, a veces de larga duración; muchas tumbas fueron profanadas y despojadas casi siempre de sus mejores adornos. La veneración rehizo lo que tenía en sí de más estimado y los papas se prodigaron para acrecentar el esplendor del culto. Bajo el dominio de los ostrogodos se reactiva la vitalidad religiosa y todavía aumenta con mayor fervor el culto de los mártires y el número de sus santuarios.

Pero a raíz del dominio de los bizantinos, después de la entrada del general Belisario sin combate, en la lucha que subsiguió por parte de Vitiges a fin de recuperar la ciudad, durante el largo asedio de marzo de 537 a marzo de 538, la campiña romana estuvo sujeta a una depredación constante, de la que no se salvaron ni los acueductos que alimentaban el abastecimiento de aguas de la ciudad, ni las villas y pequeñas poblaciones, ni mucho menos los cementerios suburbanos. El libro que anota las biografías de los papas, registra con dolor que los cuerpos y las iglesias de los mártires quedaron exterminados por los godos. Al restablecerse la tranquilidad con la permanencia definitiva de los bizantinos, fué necesario reme-

diar los inmensos daños sufridos. El papa Vigilio puso todo su empeño en la restauración de los monumentos, llegando a hacer copiar en placas de mármol las inscripciones damasianas que habían sido rotas. Con su ejemplo fueron varios los particulares que se consagraron a la restauración de los santuarios y a su mejoramiento.

Con ello se responde al movimiento incesante de los peregrinos que acuden a postrarse ante las tumbas de los mártires, motivando la aparición de verdaderas guías para indicar los lugares conspicuos donde hallar solaz a la devoción. Cada vez es más numerosa la afluencia de los que hacen el recorrido de las antiguas vías imperiales en sus miliarios próximos a la urbe. No obsta la amenaza que proviene de las invasiones lombardas. El papa Pelagio II consigna en la inscripción que coloca en la basílica de San Lorenzo que se vive entre espadas enemigas y entre iras. San Gregorio el Grande habla a su grey en la basílica de los mártires San Nereo y San Aquileo con estas luctuosas palabras: en todas partes la muerte, el luto y la desolación; en todo lugar somos heridos y repletos de amarguras.

Sus sucesores se esmeran todavía en la obra de los santuarios: Bonifacio V (619-625) perfecciona la basílica de San Nicomedes; Honorio I (625-638) construye nuevas basílicas sobre las tumbas de Santa Inés y de San Pancracio; Teodoro I (642-649) erige otra en San Valentín.

Desgraciadamente, las luchas arrecian con inminencia contra la ciudad; la saquean los bizantinos en 663; el dominio de éstos se diluye sin ninguna eficacia, y los lombardos alcanzan los muros de Roma. Los saqueos y pillajes señalan la decadencia general de la urbe, que se sume en la más espantosa miseria y reducción de sus habitantes, mientras los santuarios van quedando sin culto, abandonados a su ruina, a pesar de los esfuerzos para mantenerlos en pie cuando ha cesado el movimiento de los peregrinos, como si ya los mártires hubieran terminado su misión de incorporar a la fe católica a aquellos pueblos bárbaros que, aunque no se entendieran políticamente, habían pasado, en definitiva, a la unidad de la Iglesia.

Primeros traslados

El tradicional respeto que el sentimiento romano tenía hacia una tumba, sublimado por la veneración cristiana y además por el culto litúrgico cuando se trataba de la de un mártir, había impedido durante muchos siglos que nunca se osara tocar las reliquias del cuerpo. El sepulcro, tal como lo contenía, había sido el centro y base del altar en los edificios de los santuarios, aun a costa de labores dispendiosas a fin de conservarlo. Con mayor razón, nunca se extrajeron partículas a fin de distribuirlas, porque se consideraba con valor suficiente las *brandea* o pequeños objetos depositados con tal intención en las inmediaciones de la tumba. La dispersión de reliquias y las traslaciones de cuerpos de mártires, tan comunes en Oriente desde el siglo IV, son absolutamente desconocidas en Roma hasta tiempos más tardíos. Cuando el papa Bonifacio IV dedicó el edificio del Panteón a la Virgen y a los mártires, el 13 de mayo del año 614, no depositó en su altar otras reliquias que las simplemente constituídas por las *pignora*, de las que se solían distribuir según uso de la Iglesia romana.

Sólo a causa de los daños sufridos en los santuarios subterráneos y en la imposibilidad de repararlos con dignidad, se presentan los primeros casos raros de traslación bajo el pontificado de Honorio I (625-638); el cuerpo de San Valentín se pasó al nuevo altar de otra más espaciosa basílica; el de San Pancracio, cuya tumba recaía en el ámbito lateral de las naves de su basílica, fué transportado también bajo el altar; los cuerpos de San Tarsicio y del papa San Ceferino se extrajeron de los sepulcros primitivos que ocupaban en el interior de la catacumba de San Calixto para ser colocados en un edificio al exterior.

Desde entonces los itinerarios y guías para uso de los peregrinos señalan la presencia de los mártires, especificando el emplazamiento de los sepulcros en el interior de las catacumbas, *deorsum*, en contraposición de los que se hallaban en los santuarios al exterior, *in basilica sursum*. De manera que no puede hablarse todavía de verdaderas traslaciones, por cuanto éstas se limitaron a mejorar la posición de la tumba del mártir en su propio cementerio.

Pero el camino estaba abierto a las traslaciones efectuadas fuera de su ámbito y a lugares distintos. El motivo

que las empuja radica en el abandono en que quedaron algunos sepulcros en cementerios muy alejados de la urbe, cuya veneración sólo podía mantenerse con el traslado de los restos a las iglesias de la ciudad. Los primeros casos conocidos se ofrecen bajo el pontificado de Teodoro I (642-649) con el traslado de los cuerpos de los Santos Primo y Feliciano, recogidos en el cementerio suburbicario de Nomentum, que fueron depositados en la basílica romana de San Esteban, y el de los Santos Beatriz, Faustino y Simplicio, sepultados al V miliario de la vía de Porto fuera de la zona cementerial propia de Roma, que el papa León II (682-683) depositó en una iglesia dedicada a San Pablo que hizo construir cerca de la basílica de Santa Bibiana.

Las grandes traslaciones

Las devastaciones cometidas durante el asedio de la ciudad en 756, determinaron la providencia especial del papa Paulo (757-767), que, movido por su gran celo y solicitud en el cuidado de los santuarios cementeriales, viendo que muchos lugares santos se hallaban en ruina por negligencia y abandono, con el culto extinguido y la veneración desprovista de afluencia de devotos, determinó sacar los cuerpos santos, que, con acompañamientos de himnos y cánticos espirituales, introdujo en la ciudad, distribuyéndolos honoríficamente por diversas iglesias titulares, diaconales y monasterios. Singularmente enriqueció con ellos la iglesia que hizo edificar en el lugar de su casa paterna en San Silvestre *in capite* en la que instaló una comunidad de monjes.

Es verdad que su sucesor Adrián I (772-795) se entregó a un loable y último esfuerzo para conservar los santuarios de los mártires que aún permanecían en pie, dedicándose a la restauración de los de San Pedro y San Marcelino, de San Pancracio y de San Sebastián. Al mismo tiempo intensificó la costumbre de celebrar en ellos las festividades aniversarias, renovando así el esplendor del culto como lo conocieran en tiempos anteriores. Su obra fué proseguida por León III (795-816), que hizo construir una nueva basílica en el santuario de San Valentín. Pero estos esfuerzos no lograron rejuvenecer la vida religiosa que otrora se desarrollaba en torno a los mártires. Se había

extinguido el movimiento de las peregrinaciones; los romanos habían perdido la costumbre de frecuentar los cementerios; los más de éstos estaban abandonados y perdidos entre ruinas; la campiña era un inmenso desierto insalubre e inhabitable.

No era posible dejar en este abandono los cuerpos de los mártires, que ya la experiencia había enseñado que podían pasar a ser los mejores tesoros de las iglesias. El papa Pascual I (817-824) se entregó con gran celo a la búsqueda de ellos entre las ruinas de los cementerios y con gran afecto de veneración los recogió a fin de distribuirlos por las iglesias de la ciudad. En una traslación solemne, con inmenso concurso de eclesiásticos y de pueblo, hizo depositar la mayor parte de los hallados en la nueva basílica que había erigido en el antiguo título de Santa Práxedes, dentro de una cripta construída expresamente situada bajo el recinto del ábside. Ésta fué luego el modelo sobre el que se construyeron las criptas que, desde esta época, aparecen en las iglesias de Roma con el fin de venerar en ellas los cuerpos de los mártires, en una disposición que recuerda las condiciones en que estuvieron en los primitivos sepulcros conjuntos a un santuario.

Todavía sus sucesores intentaron restauraciones en los santuarios que quedaron en pie; así Gregorio IV hizo construir nuevos edificios en el de San Saturnino de la vía Salaria. Pero los traslados continuaron sin interrupción, pudiéndose dar por consumados bajo el pontificado de León IV (847-855). Desde la mitad del siglo IX los antiguos cementerios cristianos quedaron definitivamente despojados de sus mayores riquezas.

Abandono de los santuarios y cementerios

Los únicos mártires que no fueron removidos de sus tumbas son los apóstoles San Pedro y San Pablo, San Sebastián, San Lorenzo, Santa Inés y San Pancracio. En realidad, sus santuarios fueron los más importantes, y el culto tradicional se mantuvo en ellos a través de sucesivas restauraciones de los edificios; prosiguieron en ellos los usos cementeriales y sus basílicas continuaron oficiadas por comunidades monásticas e incorporadas a la liturgia pontificia. Excepto en los dos primeros, en los que

las grandes construcciones habían absorbido el cementerio primitivo al aire libre, en los restantes prosiguió una cierta veneración que mantuvo en ellos el conocimiento de las galerías subterráneas.

Pero todos los demás cementerios, con el abandono que subsiguió al traslado definitivo de las reliquias, mutilados por los saqueos de los bárbaros, obstruídos ya en gran parte, y con los antiguos santuarios derrumbados, pasaron pronto al olvido, de tal manera que ya en el siglo X no era dable precisar un recuerdo concreto de ellos. Así, poco a poco, se originaron las confusiones que permitían a la imaginación popular centralizar la memoria de varios cementerios próximos a una misma vía en torno a los cuatro o cinco que podían visitarse en los santuarios subsistentes.

Los documentos del siglo XI son los últimos que mencionan las catacumbas romanas y no se llega a tener más idea de ellas de la que podía formarse en los subterráneos de la basílica de San Sebastián, para la que había quedado la primitiva denominación topográfica *ad catacumbas*. Sólo a fines del siglo XVI el fortuito descubrimiento del cementerio de los Jordanes en la vía Salaria, atrajo la atención de los amantes de la antigüedad y la veneración popular. Con ello se abrió un período de nuevos descubrimientos de centros cementeriales, a los que se aplicó sistemáticamente el nombre de catacumbas; fueron entonces numerosas las personas que se entregaron con ardor a la investigación de las antigüedades cristianas, dedicándose a la exploración de los cementerios con el fin de examinar las inscripciones y decoraciones pictóricas.

Aunque poco a poco fueron bastantes los cementerios que reaparecieron, suministrando magníficos materiales de estudio a los investigadores del pasado, cabe señalar que hasta mediados del siglo XIX, gracias a los trabajos científicos de Juan Bautista de Rossi, no se llegó a un conocimiento perfecto de su estructura, de su contenido y de su significado. Con el método inaugurado por este hombre de ciencia han sido muchos más, posteriormente, los cementerios subterráneos que han reaparecido para ser explorados, de manera que en la actualidad son conocidos casi todos los más importantes, aunque queden algunos desconocidos, muchas criptas históricas sin identificar y con dispendiosos trabajos de exploración a realizar en todas

partes. Por el pacto de Letrán entre el Estado italiano y la Santa Sede, de 11 de febrero de 1929, fué reconocida a ésta la propiedad de todos los antiguos cementerios cristianos y el derecho de exploración, confiado a una comisión especial.

BIBLIOGRAFIA: CALLEWAERT, C. J.: *Liturgicae Institutiones. Tractatus Primus de Sacra Liturgia Universim* (Bruges 1925). — DUCHESNE, L.: *L'Eglise au Sixième Siècle* (París 1925). — BONDOIS, M.: *La translation des saints Marcellin et Pierre* (París 1907). — BALDRACCO, G.: *La cripta del s. IX nella chiesa di S. Prassede a Roma,* en «Rivista di arch. crist. (1941) p. 277-296. — J. GIRAUD: *Le commerce des reliques au commencement du IX siècle,* en «Mélanges G. B.» de ROSSI. Suppl. aux «Mélanges d'archéologie et d'histoire.» vol. 12 (Roma 1892) p. 73-96.

IX. FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LOS CEMENTERIOS

Actas de los mártires

Los documentos primordiales destinados a esclarecer la vida y hechos de un mártir consisten en los textos llamados *Actas y Pasiones*, que la Iglesia hizo recopilar a raíz de los sucesos que concurrieron en el martirio de alguno de sus fieles, ya procurando copiar el mismo texto de los documentos oficiales, mandatos de captura, interrogatorios judiciales, sentencias, ya redactando una relación basada sobre declaraciones hechas por testigos presenciales.

Todos los mártires serían perfectamente conocidos si de ellos se conservaran semejantes textos hagiográficos, que no debieron faltar en los principios de su culto porque casi ellos suponen una investigación que la Iglesia no dejaría de realizar para autorizarlo debidamente.

Consta que en las iglesias del norte de Africa se celebraba el natalicio de sus mártires en los santuarios de los sepulcros, leyendo las actas de su martirio, en la solemnidad litúrgica presidida por el obispo, quien las comentaba con una homilía, en la forma que declara lícita el concilio de Hipona del año 393. Asimismo, debió ser práctica común en todas aquellas comunidades que poseían los restos de un mártir para su veneración.

Pero, desgraciadamente, la mayoría de estos documentos auténticos desapareció durante las confiscaciones de los archivos eclesiásticos y en el saqueo de las iglesias, como sucedió en Roma, donde sabemos ciertamente que, a raíz de la confiscación de Diocleciano, no quedó ninguno de los documentos auténticos que se guardaban en los archivos, porque fueron totalmente destruídos. Esto explica que en los santuarios de los mártires de Roma, al celebrarse la festividad de los natalicios y conmemoraciones de su muerte, no podían ser leídos, ni mucho menos comentados, unos textos inexistentes que refirieran el martirio del héroe cristiano venerado.

De la inmensa mayoría de estos mártires, aunque fueran conocidas sus tumbas, muy poco quedaba como cierto en relación con las circunstancias que rodearon la confesión de su fe en el martirio. De muchos nada se sabía y de la mayor parte quedaba sólo el eco de una tradición oral más o menos fundada, pero casi reducida a definir el carácter personal del bienaventurado y la fecha de su martirio. Si aun estos pequeños datos no se hubieran conservado, en realidad no sabríamos más de los mártires de Roma que la escueta existencia de sus tumbas distribuídas por los varios cementerios.

Afortunadamente, el papa San Dámaso (366-384), al dedicarse con ahinco a cuanto tenía relación con el culto de los mártires, buscando sus tumbas, creando santuarios en ellas, embelleciéndolas y adornándolas, después de haber reunido cuanto pudo encontrar en los escasos documentos históricos que aún quedarían en los archivos de la Iglesia, que él tenía bien conocidos, y además de inquirir de los contados testigos que pudieran testificar algo concreto y de recoger las tradiciones más autorizadas, aprovechó todos estos elementos para elevarlos a una fórmula monumental, redactada en verso e incisa sobre lápidas de mármol, que dedicó a cada mártir histórico e hizo colocar en el santuario que contenía su tumba. A pesar de la brevedad y del lenguaje poético en que se expresan, los epígrafes damasianos constituyen una fuente de primer orden para el conocimiento de los mártires romanos, ya que, desaparecidas las actas auténticas, aun recogen todos los elementos históricos en un período anterior al de la formación de las leyendas.

Gestas de los mártires

La escasez de noticias históricas y de recuerdos que Roma poseía sobre sus mártires, frente al claro conocimiento que de los suyos tenían otras regiones y ciudades, fué causa de que se estimulara el afán de los fieles a querer penetrar en los detalles de los hechos, provocando así el esfuerzo de la imaginación a fin de llenar los huecos y dar con el tiempo una explicación plenaria de la vida, hechos y martirios de los atletas de la fe, entretejiéndola a base de las cortas noticias reales y de la presencia topográfica de los grupos de tumbas históricas en un mismo cementerio.

De esta manera se fueron introduciendo las leyendas, que, empezando con una trama ingenua tejida al pie de los mismos sepulcros, según la explicación dada por los custodios, aumentaron rápidamente de detalles en el curso de los siglos v y vi, gracias a las compilaciones escritas, que pronto llenaron los códices redactados por las familias monásticas a título de lectura piadosa de la comunidad claustral.

Muy pronto la Iglesia tuvo que fijar su atención en semejantes documentos. Una decretal del papa Gelasio (492-496) recuerda la cautela que merecen, haciendo notar la costumbre de no leerlos durante los actos litúrgicos, precisamente por contener fragmentos fabulosos y risibles. Un siglo más tarde, el papa San Gregorio el Magno (590-604) dice que, a excepción de los relatos que se encuentran en los libros del historiador Eusebio sobre las Pasiones de los mártires, él no conoce, ni en el archivo de la Iglesia ni en ninguna biblioteca de Roma, dato alguno que a ellas se refiera, fuera de escasas noticias que se hallan recogidas en un volumen. Esto demuestra que dichos documentos, por lo menos hasta la época de este papa, fueron considerados tal como en realidad merecían, sin caracteres de veracidad histórica, por lo que no fueron admitidos como textos cuyas lecturas pudieran introducirse en los actos litúrgicos del culto.

Los únicos elementos históricos que conservan son los que se refieren a los datos topográficos relativos a la deposición y tumba de los mártires. Las gestas y leyendas tienen valor bajo este aspecto porque, aun exagerando o inventando las circunstancias de los hechos, sus autores

vivían en un período en que las tumbas de los mártires estaban todavía intactas en los cementerios, y no había ningún interés para alterar las indicaciones topográficas, porque con su exactitud se pretendía acreditar lo que contaban.

Los monumentos

Los santuarios de los mártires, en los diversos cementerios de Roma, pueden identificarse cuando concurren a establecer su presencia una serie de elementos que testifican haber existido el desarrollo de una veneración y de un culto litúrgico.

Tales son, en primer lugar, los edificios de las basílicas e iglesias que se construyeron desde el siglo IV sobre las tumbas o en su inmediación, cuyo origen puede precisarse por documentos históricos que, muchas veces, se refieren también a renovaciones de la construcción y a ampliaciones de espacio.

Las criptas subterráneas, siempre que las tumbas permanecieron en el interior de la catacumba y los acondicionamientos se efectuaron en ellas con mejoras de adornos arquitectónicos y revestimientos; de modo que muchas veces el cúmulo de ruinas constituído por mármoles, estucos y columnas sirven para indicar que la cripta, o el punto donde éstas se hallan emplazadas, tuvo algún carácter que no era el ordinariamente seguido en la simple sepultura de los fieles.

La presencia de las mismas inscripciones sepulcrales que den el nombre del mártir, o dedicatorias y votivas dedicadas a su memoria, como son, por ejemplo, las famosas inscripciones colocadas por San Dámaso. Las primeras, halladas en su sitio original, precisan el mismo lugar de la tumba, y las otras sirven muchas veces para detallar los trabajos realizados en orden al culto.

La existencia de grafitos en las paredes próximas a la tumba o en sus alrededores que los devotos peregrinos acostumbraban a dejar incisos sobre las placas de mármol o sobre los revestimientos de estuco como una señal perenne de la devoción que los atrajo a visitarlas. Aunque a veces se reducen a la expresión del nombre del visitante, esto sólo es siempre indicio de veneración; pero son más preciosos los grafitos que contienen invocaciones y

aclamaciones acompañadas del nombre del mártir, porque entonces revelan la presencia de la tumba o por lo menos la proximidad a ella.

Finalmente, las decoraciones especiales con representaciones iconográficas que no suelen faltar desde el siglo IV en el embellecimiento de los lugares venerados con mayores atractivos de devoción, ejecutadas a menudo como expresiones votivas de hacimiento de gracias y como maneras de asegurarse la protección del mártir en su intercesión ante Dios.

Los textos litúrgicos

Otras fuentes de época posterior, pero de suma importancia para fijar la aparición del culto de los mártires venerados y aun la misma existencia de los cementerios, están constituídas por los textos litúrgicos romanos, acompañados siempre de indicaciones topográficas muy precisas.

El más antiguo se halla en la *Depositio Episcoporum* y la *Depositio Martyrum*, extractos privados del calendario oficial de la comunidad romana, compilados en el año 354. El primero contiene el día y el lugar de la deposición de los papas desde Dionisio a Julio I, del año 269 al 352. El segundo indica las fiestas fijas que se celebraban entonces en Roma y en sus alrededores, principalmente de los mártires romanos, para los que se indica el cementerio o la vía en que fueron inhumados.

Siguen los martirologios, cuya base está constituída por el *Martirologio Jeronimiano*, que representa el calendario oficial de la Iglesia de Roma hasta la época del papa Bonifacio I (418-422), al que se añadió el calendario oriental y otros diversos africanos. Sobre él se cimenta el martirologio del venerable Beda, del siglo VIII, con aumento de noticias procedentes de otras fuentes hagiográficas e históricas, del que derivan los demás martirologios históricos.

Los *Sacramentarios*, o primitivos misales, suministran también noticias sobre los cementerios, tumbas de mártires, conmemoraciones y estaciones. El más antiguo, denominado *Leoniano*, redactado a principios del siglo VII, representa un tipo único de recopilación de misas festivas en honor de los santos romanos más principales, basada sobre los *libelli missarum* que estarían en uso en los san-

tuarios durante la época de esplendor litúrgico. El *Gelasiano* es el que mayormente carece de noticias, porque representa la liturgia de Francia del siglo VI al VIII, aunque conformada al uso romano. El *Gregoriano* indica exprofesamente el lugar de las estaciones solemnes, pero su redacción conocida refleja la liturgia usada en la época de Adriano I (772-795).

Finalmente, en las rúbricas que indican las perícopes evangélicas que debían ser leídas en la misa durante los días del año, llamadas *Capitularia Evangeliorum*, se contiene, a semejanza de los calendarios, la lista de las festividades de los mártires y, aunque no nombren los cementerios, a veces mencionan las vías en las que se hallaban los santuarios.

Los textos históricos

En algunas fuentes literarias se hallan indicaciones genéricas sobre la existencia de los cementerios y a veces detalles particulares sobre su denominación y localización, además de señalar los lugares santos. En este aspecto, la obra poética de Prudencio adquiere un valor singular en varios de sus himnos, en los que hace descripciones de varias tumbas de mártires.

Más importantes son las noticias contenidas en el *Liber pontificalis*, que recoge los datos biográficos de cada uno de los papas desde San Pedro a Nicolás I. Su primera redacción remonta al tiempo de Félix IV, hacia 530, y está compilada sobre documentos apócrifos y no adquiere verdadera historicidad sino a partir de las redacciones hechas posteriormente; pero las noticias topográficas son siempre exactas cuando se refieren a los cementerios en los que cada pontífice fué inhumado y generalmente también a las obras emprendidas en ellos por los papas.

Entre esta clase de documentos puede, asimismo, incluirse dos documentos en papiro que se conservan en el tesoro de Monza. El que contiene el catálogo de los mártires de Roma, cerca de cuyas tumbas el abad Juan, funcionario de la reina Teodolinda (590-604), recogió el aceite que servía para alimentar las lámparas que la devoción de los fieles mantenía encendidas, dentro de pequeños frascos de plomo expresamente fabricados, y el constituído por las etiquetas de cada uno de estos frascos

contenіendo el nombre del mártir de cuya lámpara había sido sacado el aceite. Estos nombres quedan agrupados por orden topográfico, según la proximidad de sus tumbas en torno a la misma vía en que se hallaban los cementerios.

Los itinerarios

Son los documentos más preciosos para el conocimiento de los cementerios de Roma, en cuanto permiten establecer la topografía y reconstituir la historia de su antigüedad, además de prestar elementos para su clasificación cronológica y determinar las regiones más antiguas. Verdaderas guías, redactadas en el siglo VII, para uso de los peregrinos en sus visitas religiosas a los santuarios de los mártires, siguen un curso trazado a través de las diversas vías que salían de las puertas de las murallas de Roma, precisando en cada una de ellas los cementerios existentes y los diversos santuarios de mártires, tanto si estaban situados al exterior como en los subterráneos.

El más completo y exacto es el *Itinerario Salisburgense*, llamado así por el nombre de la ciudad que ha conservado el único manuscrito del texto, y que procede de una redacción de la época de Honorio I (625-638).

La *Notitia ecclesiarum urbis Romae* es una guía compuesta en la misma época del anterior, a la que debía acompañar un plano que invitaba a los peregrinos a empezar la visita por el norte del suburbio de la ciudad dando la vuelta a la campiña girando al este.

El itinerario *De Locis Sanctorum Martyrum*, guía compuesta hacia el 650, invita a los peregrinos a visitar los santuarios en sentido contrario del itinerario anterior, es decir, empezando por la basílica de San Pedro en dirección hacia el oeste de la ciudad.

El itinerario que Guillermo de Malmesbury insertó en su obra histórica sobre los reyes de Inglaterra en el siglo XII, es la guía llamada *Notitia portarum*, compuesta entre los años 643-682, basándose en la indicación de las puertas de las murallas de Roma y de las vías que parten de ellas para situar los diversos cementerios que se encontraban al paso.

El *Itinerario de Einsiedeln*, llamado así por haberse conservado en la biblioteca de este monasterio, es una guía

compilada durante la segunda mitad del siglo VIII, como obra personal de un peregrino que, al mismo tiempo, recopiló muchas inscripciones y describió los monumentos principales y algunas de las ceremonias que más le impresionaron en Roma.

Entre estos documentos debe asimismo catalogarse el *Indice de los cementerios romanos*, que es un documento tardío del siglo VI-VII, o quizá del siglo IX, consistente en una lista muy incompleta de los cementerios redactada sin orden topográfico.

BIBLIOGRAFIA: SURIUS: *De probatis sanctorum historiis* (Colonia 1576-86). — RUINART: *Acta primorum martyrum sincera* (París 1689). — LE BLANT: *Les actes des martyrs* (París 1882). — IDEM: *Les persecuteurs et les martyrs* (París 1893). — DUFOURCQ: *Etudes sur les Gesta Martyrum* (París 1906). — DUCHESNE: *Les légendes de l'Alta Semita*, en «Mélanges d'Archeol. et d'Hist.» (1916). — DELEHAYE, H.: *Les passions des martyrs et les genres littéraires* (Bruselas 1921).— IDEM: *Les légendes hagiographiques* (Bruselas, 3.ª ed., 1927). — IDEM: *Etude sur le Légendier romain* (Bruselas 1936). — *Martyrologium hieronymianum*, edición de ROSSI-DUCHESNE, en «Acta Sanctorum». nov. II (Bruselas 1894). Edición DELEHAYE-QUENTIN, id., nov. II, pars posterior (Bruselas 1931). — *Martyrologium romanum*, en «Acta Sanctorum» (Bruselas 1940). — QUENTIN, H.: *Les martyrologes historiques du moyen âge* (París 1908). — *Liber Pontificalis*, edición de DUCHESNE (París 1886-92); edición de MOMMSEN en «Monumenta Germaniae Historica» vol. 1 (Berlín 1898). MABILLON: *Liturgia romana vetus* (Roma 1748). — PROBST: *Die ältesten röm. Sacramentaria et Ordines* (Münster 1892). — DE ROSSI: *Los Itinerarios*, en «Roma Sotterranea» I, p. 154. — MARINI: *Papiri diplomatici* (Roma 1805). — SEPULCRI, A.: *I papiri della basilica di Monza*, en «Archivio storico lombardo» (1903) pp. 241-262. — BONAVENIA: *La silloge di Verdun e il papiro di Monza* (Roma 1903). — LANCIANI: *L'Itinerario di Einsiedeln* (Roma 1891).

PARTE II

Los santuarios de los mártires en los cementerios cristianos de Roma

La ciudad de Roma, centro capital del antiguo Imperio romano y centro asimismo del orbe católico, a causa de la importancia que iba adquiriendo en el decurso de los siglos, fué aumentando progresivamente en extensión topográfica. En el primer siglo de la era cristiana la ciudad estaba limitada todavía por el recinto de las murallas construídas en la época de Servio Tulio (573-535 a. C.); de ellas y a través de sendas puertas partían sus vías de comunicación perfectamente construídas; el aumento constante de la población obligó a dar más expansión a la ciudad bajo la época imperial con un nuevo recinto de murallas construídas por el emperador Aurelio (270-275) según el trazado que hoy todavía se conserva y con las respectivas puertas que daban acceso a las vías ya existentes. Los puntos de referencia asignados por los itinerarios y los documentos históricos para guía de los peregrinos, al indicar el emplazamiento de los cementerios en torno de la ciudad, diseminados en las proximidades de sus vías principales y de los santuarios de los mártires erigidos en ellos, subsisten todavía a través de las modificaciones urbanas de la Roma moderna, que sólo ha empezado a tener una verdadera expansión fuera de su antiguo recinto durante estos últimos tiempos, en que la ciudad ha llegado a doblar el censo de población.

Esto permite seguir la visita de los santuarios de los mártires con el mismo trazado establecido por las guías primitivas, y, a la luz que ellas arrojan, seguir las distintas vías para hallar los cementerios, donde los documentos históricos, conjugándose perfectamente con los monumentos puestos al descubierto por los métodos de una severa investigación, han devuelto al conocimiento de nuestra época aquellos famosos santuarios de los mártires un tiempo tan conocidos y venerados.

Nuestro itinerario, al igual que el más antiguo indicador para los peregrinos del siglo VII, toma por base las distintas vías históricas, que tenían su punto de partida en las mismas puertas de la ciudad, empezando por la vía Flaminia, que arrancando del suburbio septentrional se dirige hacia el puente Milvio, sobre el Tíber, en el punto donde se consumó la hecatombe de Majencio, después de la batalla *ad Saxa Rubra*, de la que salió vencedor el famoso emperador Constantino el Grande, y fué preludio de la libertad de la Iglesia, obtenida por el edicto de Milán del año 313. Desde este punto, nuestro itinerario, pasando por las distintas vías y detallando los varios cementerios, sigue en la dirección de las agujas de un reloj para recorrer todo el suburbio de Roma y terminar la ruta delante de la tumba de San Pedro en el Vaticano.

I. VIA FLAMINIA

Su nombre deriva del cónsul C. Flaminio, que murió en el año 537 antes de Cristo en la batalla de Trasimeno. Partía del pie del Capitolio, en la puerta Ratumena de la antigua muralla de Servio Tulio, para extenderse en línea recta en dirección al puente Milvio sobre el río Tíber, siendo la vía que comunicaba la capital con el norte de Italia. Cuando se construyó la nueva muralla de Roma bajo Aurelio, con el incremento que tomó la ciudad en la parte septentrional, su primer trazado en el recorrido de un miliario quedó incorporado dentro de la urbe, constituyendo la famosa vía Lata, que acababa en la puerta Flaminia, del nuevo recinto.

El único santuario cristiano conocido en esta vía se halla al miliario segundo, en el cementerio de San Valentín.

1. Cementerio de San Valentín

Fué en sus orígenes un vasto cementerio desarrollado en la superficie del terreno situado a los pies de la colina roquiza del Monte Parioli, que sólo tuvo algunas galerías, excavadas con posterioridad a la existencia del santuario elevado en honor de San Valentín.

Se sabe que este santuario fué edificado por el papa

Julio (337-352) y que consistía en una basílica con los ábsides apoyados en la colina, en el mismo punto donde una construcción posterior vino a reemplazarle bajo el papa Honorio I (625-638), con una basílica más espaciosa, de la que hoy sus ruinas atestiguan cuán visitado y venerado fué este lugar.

A su titular, San Valentín, lo presenta una leyenda tardía como un presbítero romano que halló el martirio en la persecución de Claudio, hacia el año 269. Pero el silencio absoluto que sobre él guardan las fuentes auténticas, el testimonio de todo aquello que pueda dar una noticia directa, y el hecho incontestable de que jamás fué conocida en este cementerio una tumba santa, cuya no existencia han evidenciado las excavaciones, demuestra que este santuario fué dedicado a un mártir, probablemente romano, casi ciertamente obispo de Terni, cuya fiesta se celebra en Terni y en esta basílica el mismo día 14 de febrero. Precisamente el lugar de Terni se halla siguiendo la misma vía Flaminia y no extraña por eso que su mártir San Valentín viniera a ser venerado en este lugar, ya por su origen romano, ya por un culto introducido con el primer santuario del papa Julio, en presencia de ciertas reliquias suyas que debieron ser depositadas debajo del altar, excitando con esto la devoción de los fieles, especialmente de los oriundos de Terni que habían pasado a vivir en Roma, como lo prueban algunas inscripciones funerarias halladas en el cementerio, en las que se hace constar que procedían de aquel país los titulares de las mismas.

Este cementerio se desarrolló principalmente durante el siglo IV, en cuanto dependió de la demarcación titular de San Lorenzo in Lucina, en cuya basílica fué elegido papa San Dámaso el año 366.

Las pocas galerías subterráneas metódicamente excavadas en la colina aparecen hoy tan devastadas que aún no es posible establecer qué relación tendrían con la basílica de San Valentín y especialmente con su cripta. En la entrada de las galerías se nota un ensanchamiento tardío, a manera de capilla, en una de cuyas paredes quedan los restos de una decoración pictórica del siglo VII, que representa la Virgen con el Niño en brazos, el baño de Jesús según lo describen los Evangelios apócrifos, las figuras de San Lorenzo y otro mártir y la representación del Calvario

con Jesús crucificado entre la Virgen y San Juan, escena que constituye uno de los tipos más antiguos de la crucifixión.

BIBLIOGRAFIA: MARUCCHI, *La cripta sepolcrale di S. Valentino* (Roma 1878). — ID., en «Roemische Quartalschrift» (1889), p. 15 s., 114 s., 305 s.— ID., *Il cimitero di S. Valentino* (Roma 1890).

II. VIA SALARIA ANTIGUA

La comunicación directa entre Roma y el mar Adriático estaba representada en la antigüedad por la vía Salaria, que se originaba en la puerta Colina en el antiguo recinto de Servio Tulio. Se denominó vía Salaria Antigua, y ponía en comunicación la verdadera vía Salaria, llamada Nueva, con la vía Flaminia. Cuando se construyó la muralla de Aurelio, no existió una puerta determinada que diese ingreso a la ciudad por esta vía. Sólo más tarde el general Belisario abrió la puerta llamada *Pinciana*, en la colina del Pincio, con el fin de relacionarla interiormente con la vía Flaminia a través del *Clivus Minervae.*

En su reducido curso hay noticia de tres centros históricos cristianos, representados respectivamente por el cementerio *in clivum cucumeris*, el de Basila y el de San Pánfilo.

2. Cementerio «in clivum cucumeris»

Al dejar la vía Flaminia, los peregrinos que se dirigían a levante, hacia el punto donde pasaba la antigua vía Salaria, se encontraban con un cementerio designado por los nombres topográficos de *in clivum cucumeris*, y también *ad VII palumbas.* Asimismo era calificado con la denominación de *ad caput S. Iohannis*, porque en él se hallaba un santuario dedicado al mártir San Juan, debajo del cual se extendía una vasta región cementerial subterránea en la que vienen señaladas las tumbas de otros mártires.

Este cementerio no ha sido hallado todavía, ignorándose el lugar exacto de su emplazamiento, por más que hayan sido realizadas muchas investigaciones en los te-

rrenos señalados como probables por los itinerarios. Esto es causa de que no se tenga mucha información sobre los mártires venerados en él. Los documentos históricos mencionan el 17 de junio a los santos Diógenes, Sixto, Bonifacio, Blasco y Liberal; este último habría alcanzado el martirio después de haber sido designado para la dignidad consular, según recuerda el texto de una inscripción (n. 56) que fué puesta en su tumba al ser restaurada después del pillaje de los godos; otro texto semejante se refiere asimismo a la restauración de la tumba de San Diógenes. Además, el 24 de junio se mencionan los nombres de los santos Festo y Longino, seguramente con el de San Juan, cotitular del cementerio. Además, los itinerarios mencionan a los mártires desconocidos santos Máximo, Herculano, y Crispo; como también un grupo de 62 a quienes parece que debe referirse un verso de una inscripción damasiana (n. 43).

En la parte externa del cementerio existió una gran basílica levantada en honor de los mártires y restaurada, al igual que su santuario, después de la invasión goda. Parece que en ella no se veneró la tumba, sino sólo la cabeza de un San Juan, del que únicamente consta, y aún no de manera cierta, que fué un presbítero romano, sin que se precise cuándo sufrió el martirio ni cómo pudo darse la circunstacia de que no existieran todos sus restos mortales.

3. Cementerio de Basila, o de San Hermes

A la izquierda de la vía Salaria Antigua se halla situado este cementerio, que conserva el nombre de su fundadora Basila, denominado asimismo por el de San Hermes, que fué el mártir principal entre los allí venerados. Está formado por una extensa red de galerías subterráneas, aún no del todo exploradas, originadas en la primera mitad del siglo III. Es particularmente conocido por haberse salvado dos centros históricos debajo de las modernas construcciones de la ciudad de Roma, que actualmente se extiende hasta estos parajes.

Uno de estos centros históricos se desarrolla en torno de una gran capilla subterránea, quizá la de mayores proporciones entre las que conocemos en el interior de

las catacumbas, pero ciertamente construída en la era de la paz, con funciones de santuario en el mismo lugar donde descansaba el cuerpo de un mártir (fig. 39). Su tipo constructivo recuerda el de las basílicas, resuelto en una nave única contenida por muros de ladrillos y con pilastras que sostienen la bóveda y con un ábside en el fondo que se abre en un nicho central destinado a cobijar

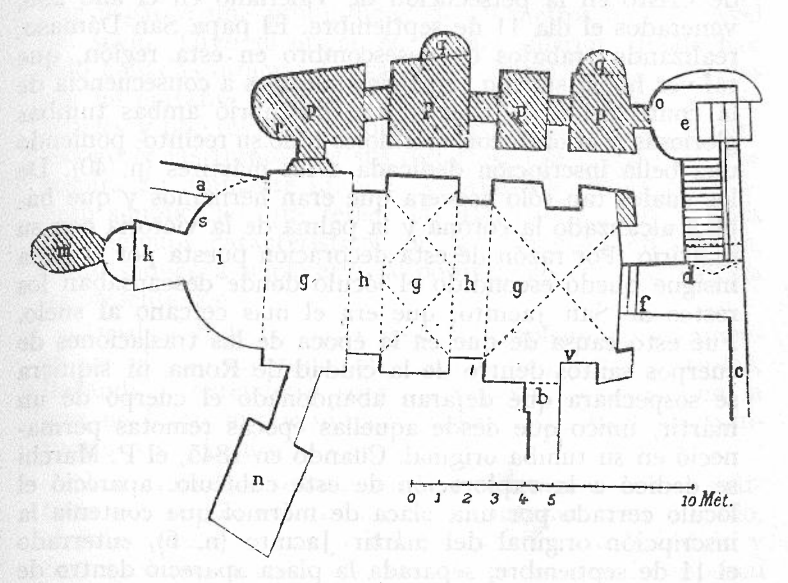


Fig. 39.—Plano del santuario en el cementerio de San Hermes con diversos ingresos *a*, *b*, *c*, *d*, en comunicación con los planos de galerías y al exterior; con dos arcos *h*, *h*, que dividen los tramos *g*, *g*, *g*, de la pequeña nave.

la cátedra episcopal. Es muy probable que el mártir venerado el día 28 de agosto en su interior fuera San Hermes, cotitular del cementerio, al cual en época posterior le fué construída una basílica en la parte exterior por el papa Pelagio II (579-590). El papa San Dámaso le había dedicado una inscripción métrica en la que recoge la tradición que fué originario de Grecia (n. 39).

No lejos de este santuario debía quedar la tumba de Santa Basila, mártir de la persecución de Diocleciano, en el año 304, y venerada el día 22 de septiembre, la que resulta ser un personaje completamente distinto de la homónima fundadora del cementerio. Seguramente en las

galerías que quedan sin explorar habría que buscarse la tumba de los mártires San Víctor y San Maximiliano, que no señalan los itinerarios de los antiguos peregrinos.

El segundo centro histórico de este cementerio se halla agrupado en torno del cubículo o cámara sepulcral, en la cual fueron enterrados, respectivamente, en sendos lóculos o nichos, San Proto y San Jacinto, mártires de Cristo en la persecución de Valeriano en el año 258, venerados el día 11 de septiembre. El papa San Dámaso, realizando trabajos de desescombro en esta región, que tal vez había sufrido perjuicios notables a consecuencia de la confiscación de Diocleciano, descubrió ambas tumbas gloriosas y adornó con mármoles todo su recinto, poniendo una bella inscripción dedicada a los mártires (n. 40). De los cuales tan sólo asevera que eran hermanos y que habían alcanzado la corona y la palma de la victoria con su martirio. Por razón de esta decoración puesta por el papa insigne quedó escondido el lóculo donde descansaban los restos de San Jacinto, que era el más cercano al suelo. Fué esto causa de que en la época de las traslaciones de cuerpos santos dentro de la ciudad de Roma ni siquiera se sospechara que dejaran abandonado el cuerpo de un mártir, único que desde aquellas épocas remotas permaneció en su tumba original. Cuando en 1845, el P. Marchi se dedicó a la exploración de este cubículo, apareció el lóculo cerrado por una placa de mármol que contenía la inscripción original del mártir Jacinto (n. 6), enterrado el 11 de septiembre; separada la placa apareció dentro de un nicho cuadrado lo que quedaba de sus restos, consistente en un montón de cenizas y restos de huesos quemados envueltos en fragmentos de tejido con hilos de oro. Lo que vino a demostrar que el mártir acabó su vida en el tormento del fuego o bien que, una vez muerto, su cadáver fué incinerado por sus sayones.

BIBLIOGRAFIA: MARCHI, *Monumenti*, etc., p. 237 s. — DE ROSSI, en «Bulletino di Arch. Crist.» (1894) p. 5 s., 70 s. — ARMELLINI, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1895) p. 11 s. — M. S. DE ROSSI, ibid. (1896) p. 99 s. — BONAVENIA, ibid., 1896, p. 99 s.; 1898, p. 77 s.; 1899, p. 11 s. — SCHNEIDER-GRAZIOSI, ibid. (1916) p. 64 s. — E. JOSI, en «Roemische Quartalschrift» (1924) p. 10 s. — E. JOSI, en «Rivista di Arch. Crist.» (1940) p. 195 s. — KRAUTHEIMER, *Corpus Basilicarum Christianarum Romae* (Roma 1937) p. 195 s.

4. Cementerio de San Pánfilo

Se conoce este cementerio desde el año 1920, cuando por azar fué descubierto al construirse los cimientos de una casa en esta parte nueva de Roma. Comprende dos grandes regiones subterráneas sobrepuestas, además de un plano intermedio y de las comunicaciones de escaleras, que llegan a una profundidad de 19 metros bajo el nivel del suelo. Tuvo su origen en el piso inferior, donde han sido halladas intactas las galerías con sus lóculos cerrados por los epitafios originales, acompañados muchas veces de señales y objetos que los fieles incrustaban en la cal para reconocer las tumbas de sus difuntos. Por todas partes se respira un ambiente humilde y primitivo, sobre todo de gran simplicidad, que refleja los usos del siglo III y quizá los métodos característicos de la propiedad en común, como induce a suponerlo la pobreza general que regula su presentación.

Desde el siglo IV, esta región fué ampliándose y aumentó con el piso superior, entrecruzado de galerías y criptas, llegando a extenderse sobre la superficie externa, en la que no hubo nunca ninguna basílica erigida como santuario para el culto litúrgico.

Los itinerarios señalan aquí la veneración de tres mártires que tenían sus tumbas en el interior: San Pánfilo, el más notable y titular del cementerio; San Cándido y San Quirino, ninguno de los cuales ha tenido especial trascendencia en la liturgia romana. Algunos especiales tratadistas creen ver en esto una prueba de que los tres habrían sufrido el martirio antes de la persecución de Decio o de Valeriano, puesto que el culto eminentemente litúrgico empieza con los mártires de estas persecuciones, excepto el que desde un principio se dió a San Pedro, a San Pablo y a todos los papas mártires.

Las excavaciones han puesto de manifiesto una sola cripta histórica, en la que ciertamente estuvo el sepulcro de un mártir, aunque nada hay que indique a cuál de los tres pertenecía. No obstante, se supone con mucha razón que sea la de San Pánfilo, por hallarse situada en el segundo piso, en una galería paralela a la arteria primitiva, cerca de la escalera de entrada. Esta cripta está constituída por un doble cubículo que, en el fondo, tiene

abierto un arcosolio. Se conserva la pieza de mármol que cerraba el sepulcro; esto demuestra que las reliquias del santo fueron extraídas por un agujero que se ve abierto en la misma pared del arcosolio. Apoyado a esta pared se conserva intacto un altar del siglo VI formado por una simple mesa de mampostería revestida con placas de pórfido, que contiene una cavidad en su parte central delantera, por donde los fieles podían hacer tocar sus objetos en las mismas paredes del sepulcro (lám. 39). En los muros de la cripta, que fueron decorados con estucos y mármoles, se leen varias incisiones en grafito dejadas por los peregrinos devotos de antaño y por los sacerdotes que se honraban celebrando allí la santa misa.

En la galería que conduce a esta cripta histórica hay una pequeña cavidad que contiene una pintura del siglo VI representando a la Virgen con el Niño bajo la advocación de SCA. DEI GENITRIX, excelso título de Madre de Dios, con el cual era recordada a menudo por los primitivos cristianos para impetrar su valiosa intercesión en la hora de la muerte ante el Supremo Juez.

BIBLIOGRAFIA: E. JOSI, en «Rivista di Arch. Crist.» 1924, p. 15 s.; 1926, p. 51 s. — KIRSCH, en «Roemische Quartalschrift» (1926) p. 1 s.

III. VIA SALARIA NUEVA

Es la vía originada en la antigua puerta Colina, existente a poca distancia de la nueva Puerta Salaria, abierta en el recinto de las murallas de Aurelio. Despues de bifurcarse a la izquierda para formar la que más tarde se denominó Salaria Antigua, procede en línea recta a través de un área que, si bien fué antiguamente destinada a memorias funerarias, actualmente ha presenciado uno de los mayores desarrollos urbanos de Roma.

Cuatro son los cementerios cristianos situados en ella: el de Máximo, el de Trasón, el de los Jordanes y el de Priscila, que es el más famoso de todos.

5. Cementerio de Máximo o de Santa Felicidad

Al salir de Roma por la vía Salaria Nueva, el primer cementerio que se encuentra está a la derecha de aquella

vía bajo el peso de las modernas construcciones, que casi tienen escondida la entrada. En esta región, eminentemente dedicada a sepulcros en la antigüedad, tuvo origen el cementerio de Máximo, nombre que seguramente le ha quedado de su fundador; cementerio hoy muy destruído y hundido y, aunque en gran parte inexplorado, con una cripta histórica conocida, que basta para acrecentar su valor.

Las fuentes antiguas señalan aquí la veneración de dos mártires. Santa Felicidad y su hijo San Silano, uno de los siete que junto con su madre sufrieron el martirio en el mismo día, y que son: San Félix y San Felipe, venerados en el cementerio de Priscila; San Marcial, San Vidal y San Alejandro, venerados en el cementerio de los Jordanes, y San Jenaro en el de Pretextato. Fué de gran importancia la celebración litúrgica de este grupo de mártires, que con gran esplendor eran venerados en los diversos sitios donde descansaban sus restos, el día 10 de julio, conocido en Roma por el *dies martyrum*, día de los mártires. Los más antiguos calendarios señalan la festividad y muy a menudo se puso a la consideración de los fieles la ejemplaridad de su martirio. Han creído muchos autores que éste acaeció durante la persecución de Aurelio, contrariamente a lo que opinan los tratadistas modernos, que lo remontan a la época de Valeriano o de Diocleciano. La época de la muerte de estos mártires queda tan incierta como la misma relación de sus actas de martirio, cuyo interés estriba en presentárnoslos a todos como hijos de Santa Felicidad, agrupándolos, a imitación de los hermanos Macabeos, por el solo hecho de que se veneraban en un mismo día. Estas actas, muy prolijas en narrar la historia de sus pasiones y martirio, tienden a ensalzar el valeroso heroísmo de la madre, que, después de ver muertos los siete hijos bajo diversos tormentos, había merecido asimismo hacerse digna de acompañarles en aquella hora suprema, siendo también decapitada después de ellos. Si una inscripción (n. 59) encontrada en el cementerio fuese realmente redactada por San Dámaso, se tendría que este hecho desarrollado por dichas actas sería ya conocido desde un principio y muy cercano a la época en que murieron estos intrépidos atletas de la fe.

Lo que consta como cierto es que los cuerpos de estos mártires fueron sepultados en los lugares distintos que se

han mencionado, excepto Santa Felicidad y San Silano, que encontraron en este cementerio el descanso mortal para sus gloriosos despojos; la primera al aire libre en algún noble hipogeo y el segundo en el interior de las galerías subterráneas. El culto que alcanzaron y la perfecta organización que tuvieron, hace suponer que estarían estos dos santuarios rodeados por algunos edificios complementarios, en los que pudo refugiarse Bonifacio I, en el año 418, cuando después de ser elegido papa tuvo que fugarse de Roma perseguido por el bando cismático que, opuesto a su elección, había designado al antipapa Eulalio, con la ayuda de Símmaco, prefecto de Roma. Por largo tiempo se estableció en estos lugares el verdadero papa mientras se agitaron las luchas originadas por el cisma, hasta que, restablecida finalmente la paz interior de la Iglesia, Bonifacio I fué reconocido por todos y entronizado en su residencia habitual de Letrán. Entonces, en gratitud a los lugares que le habían hospedado durante sus días aciagos, mandó levantar una basílica en el santuario exterior que contenía los despojos de Santa Felicidad, al mismo tiempo que embelleció la cripta subterránea que albergaba los de San Silano, poniéndola en comunicación con aquella basílica por medio de una escalera interior; asimismo hizo construir un gran mausoleo destinado a su sepultura, en la que efectivamente fueron colocados sus restos después de su muerte, acaecida el 4 de septiembre de 422.

De la basílica superior, en la que San Gregorio el Grande predicó una homilía al pueblo fiel congregado allí el día 23 de noviembre, fiesta de Santa Felicidad, nada ha quedado, al igual que del mausoleo de Bonifacio I. Tan devastados estaban estos edificios en el siglo VIII, que, a pesar de las restauraciones llevadas a cabo por Adriano I (772-795), su sucesor León III (795-816) se vió obligado a abandonarlos, extrayendo los cuerpos santos de los mártires, que fueron llevados a una de las basílicas urbanas de Roma.

Lo único que hoy se conoce de este cementerio es una pequeña región que contiene la cripta donde descansaba el cuerpo de San Silano. Este mártir, ya en el siglo III, poco después de su muerte, fué robado de su sepulcro por los miembros pertenecientes a la secta herética de los novacianos; pero, recuperado luego por los cristianos, fué

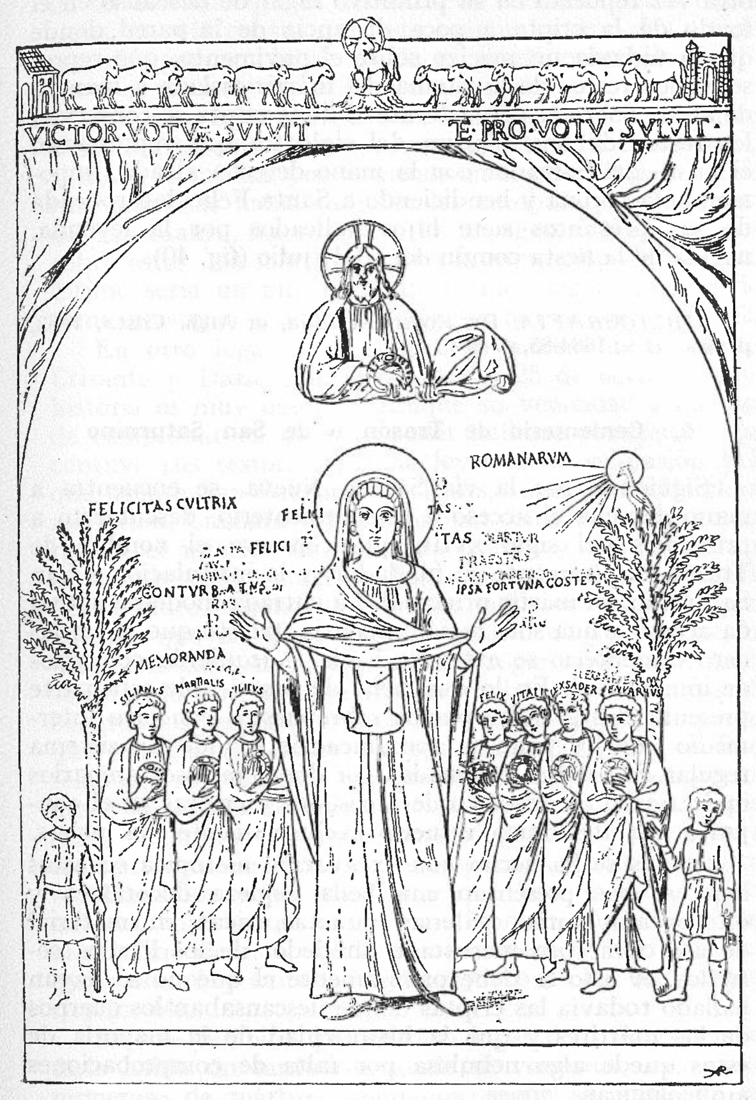


Fig. 40.—Decoración del santuario subterráneo de Santa Felicidad, que representa a la santa junto con los siete mártires que las gestas le atribuyen como hijos.

otra vez repuesto en su primitivo lugar de descanso en el fondo de la cripta a poca distancia de la pared, donde queda todavía un macizo sobre el pavimento, que representa los restos de la tumba del mártir aislada a manera de altar. Sobre la pared terminal de la cripta se conservan los restos de una pintura del siglo VII que representan el busto del Salvador con la mano derecha alzada, imponiendo la corona y bendiciendo a Santa Felicidad rodeada de sus presuntos siete hijos indicados por la leyenda, nacida de la fiesta común del 10 de julio (fig. 40).

BIBLIOGRAFIA: DE ROSSI, en «Bull, di Arch. Crist.», 1863, p. 19 s., 41 s.; 1884-85, p. 49 s.

6. Cementerio de Trasón o de San Saturnino

Siguiendo por la vía Salaria Nueva se encuentra a mano derecha el acceso a este cementerio, descubierto a principios del siglo XVIII, que conserva el nombre de Trasón, seguramente su fundador, y la intitulación a San Saturnino, su mártir principal. La entrada moderna actual da acceso a una sola región arenaria, puesto que el verdadero cementerio se extendía hacia la izquierda con visos de inmensidad. En lo que tiene de practicable esta parte presenta dos grandes planos sobrepuestos con otro intermedio que los pone en comunicación, dando un sistema regular de galerías originadas por dos espaciosos arenarios que carecen en absoluto de arcosolios y criptas en el conjunto arquitectónico, resuelto exclusivamente con nichos.

Jamás se ha hecho una excavación metódica en estos lugares, que presentan una bella riqueza decorativa y ofrecen aún varias galerías intactas, ricas en material de uso doméstico incrustado alrededor de los lóculos cerrados. A esto se debe precisamente el que no se hayan hallado todavía las criptas donde descansaban los cuerpos de los mártires y que la historicidad de la mayoría de éstos quede algo nebulosa por falta de comprobaciones arqueológicas.

El principal de todos ellos fué San Saturnino, que, según parece, descansaba en una basílica al aire libre, existente por lo menos desde los últimos años del siglo IV y restaurada por el papa Adriano I (772-795), después

de un incendio que la devoró. Por una inscripción damasiana (n. 41) consta que este mártir, natural de Cartago, mereció por su intrépida fe el martirio en Roma. Su fiesta se conmemora a 29 de noviembre.

No muy lejos existía otra basílica en la que parece descansaba Santa Hilaria, conmemorada a 12 de agosto, y, si no en la misma, por lo menos en el interior de las galerías próximas había también las tumbas de San Jasón y de San Mauro, recordados a 12 de agosto. Nada se sabe sobre estos dos mártires, salvo la indicación de que este último sería un niño inocente cuando sufrió el martirio, como atestigua una inscripción de San Dámaso (n. 42).

En otro lugar se veneraba la tumba de los santos Crisanto y Daria, conmemorados a 25 de octubre, cuya historia es muy obscura, aunque su veracidad sería fácil de comprobar en caso de poder hallarse el sepulcro que contuvo sus restos. Según la leyenda de su pasión y lo que cuenta San Gregorio de Tours, en su libro *De gloria martyrum*, Crisanto y Daría habían construído un santuario en el interior de este cementerio, y cierto día que estaban recogidos en él, les fué cerrada la salida por medio de un muro, dejándolos así sepultados en vida. Refieren además que en el primer aniversario de su muerte los fieles cristianos habían acudido a rogar ante aquel lugar santificado por la presencia de ambos mártites, cuando llegaron los perseguidores en nombre del prefecto imperial, que condenaba a muerte a todos aquellos que con fines religiosos se reuniesen en semejantes lugares, y arrojaron desde lo alto de los lucernarios una gran cantidad de piedras, escombros y tierra sobre el grupo de fieles en el momento que estaban dispuestos para su reunión litúrgica, sepultándolos vivos. Es cierto que San Dámaso colocó allí una inscripción, cuyo texto, conservado, conmemora el martirio de esta multitud innominada y deja traslucir que restauró y embelleció el conjunto de los dos santuarios (n. 44).

Se cree también que en otro lugar del mismo cementerio había un santuario donde se veneraba otro grupo numeroso de mártires anónimos, según se colige de las fuentes literarias y de los testimonios de los antiguos documentos. Parece que con fecha del 12 de agosto se hacía una conmemoración litúrgica común para todos ellos, junto con los demás del cementerio.

Todos estos datos demuestran que el cementerio tenía gran importancia, más por el número de santuarios y mártires que encerraba, que por su antigüedad, que, a juzgar por la región conocida, no se remonta más allá del siglo III, según indica la planimetría regular que presupone la propiedad en común como origen, aunque su verdadero desarrollo lo debió adquirir con posterioridad.

BIBLIOGRAFIA: DE ROSSI, en «Bull. di Arch. Crist.» (1873) p. 5 s., 43 s.

7. Cementerio de los Jordanes

Siguiendo todavía por la misma vía Salaria Nueva, antiguamente en la época de las grandes peregrinaciones aparecía a la derecha una bella basílica restaurada ya por Adriano I (772-795), dedicada al mártir San Alejandro. Por ella se entraba en un cementerio subterráneo llamado *Iordañorum* o de los Jordanes. Es muy curiosa la denominación de este cementerio, que tal vez tendría su origen en la posesión privada de una familia de aquel nombre, que lo entregó a la comunidad cristiana.

Es cierto que aquí se desarrolló un importante centro de sepulturas que, a pesar de haber sido conocido durante cierto tiempo en el siglo XVI, permaneció otra vez tan ignorado que sólo el azar puso una parte de él al descubierto en 1921. Esta reducida parte presenta todas las características de la segunda mitad del siglo III, con una factura bastante regular, arquitectónicamente rica en grandes arcosolios de forma rectangular, revestidos con inusitado esplendor decorativo.

No se ha hallado hasta el presente ninguna cripta histórica relativa a mártires, aunque consta positivamente que existieron porque en él se veneraban en sepulcros subterráneos tres mártires de los pertenecientes al grupo de Santa Felicidad. Éstos eran San Alejandro, San Vital y San Marcial, que seguramente estarían enterrados hacia la parte izquierda, donde el terreno, por ser más elevado, se ofrecía en mejores condiciones para el desarrollo total y extensivo de la excavación cementerial. Consta que el papa Vigilio (537-555) restauró este santuario, depredado por las devastaciones de los godos.

Por este lado podrían localizarse también las tumbas

de las siete jóvenes, vírgenes y mártires, cuyos nombres, recordados por los itinerarios del siglo VII, eran: Saturnina, Hilaria, Dominanda, Serotina, Paulina, Donada y Rogantiana. Aunque su culto no trascendió a una veneración pública, que hubiera sido recordada en los libros litúrgicos romanos, no obstante, diversos códices de antiguos martirologios globales señalan su veneración y festividad el 31 de diciembre, día que tal vez tomarían de fuentes más antiguas en relación con un culto meramente local.

Destaca en este cementerio la decoración pictórica conocida, en cinco cubículos y magnífica de factura, diseño y rico colorido, debida a una mano hábil de artista experto, que representa varios temas de los más característicos de la iconografía funeraria cristiana de la segunda mitad del siglo III (lám. 68 y 70).

BIBLIOGRAFIA: E. Josi, en «Rivista di Arch. Crist.», 1928, p. 167 s.; 1931, p. 183 s.

8. Cementerio de Priscila

Es el último de los cementerios de esta vía y uno de los más importantes entre todos los de Roma, por su antigüedad, por sus monumentos y por su decoración y epigrafía. Sus memorias conducen hacia la edad postapostólica en relación con algunos personajes ilustres, protectores de la comunidad cristiana que dieron su sangre por Jesucristo. Todo tiene en él un interés de primer orden porque constituye una fuente primaria para el conocimiento de las épocas heroicas, en que germinaba la primera semilla cristiana y la planta de la fe naciente florecía regada con la sangre de los mártires. No es solamente la quietud cementerial la que habla en él de la vida de mutua caridad y de fe probada que reinaba en las primeras organizaciones de los comienzos de la Iglesia; no son solamente las tumbas de los mártires las que testifican su incremento bajo el peso de las persecuciones, ni tampoco las tumbas de los Pontífices las que ensalzan el triunfo de la paz y el esplendor de la época de las luchas dogmáticas; la primitiva liturgia, la manifestación de la vida cristiana, la unidad en la fe y el dogma e incluso la misma devoción a la Santísima Virgen, tienen en él el sello histórico de sus principios. En ninguna otra cata-

cumba, a excepción de la de San Calixto, se experimenta como en ésta la emoción más profunda, vivida cabe los recuerdos legados por los primeros siglos, que confirman mayormente la fe por sus mismos motivos de credibilidad, que aquí se hacen tangibles.

Este cementerio tuvo sus orígenes en una mansión rural perteneciente al cónsul M. Acilio Glabrión, que, por ser sospechoso de cristianismo, fué condenado en el año 91 por el emperador Domiciano a luchar con las fieras. Las tumbas de los miembros de su familia, crecida al calor del cristianismo, se reunieron aquí en un magnífico hipogeo (fig. 26), hasta que una descendiente, llamada Priscila, cedió unos arenarios subterráneos contiguos para que la comunidad cristiana los usara como lugar de sepultura (fig. 28).

Así empezó el núcleo más antiguo del cementerio, a mediados del siglo II. Las sepulturas que contiene consisten en simples lóculos, cerrados por tejas, con el nombre del difunto pintado en rojo y a veces acompañado con imprecaciones sobrias relativas a la vida eterna; no aparece nada de ornamentación ni decoración, salvo en el extremo de una galería donde se halla un lóculo ricamente estucado y pintado que conserva la más antigua representación de la Madre de Dios con el Niño en brazos, sentada frente al profeta Isaías, que señala la estrella profética (lám. 72).

Hasta el siglo III seguramente no se desarrollaría la verdadera excavación de un cementerio metódico, de derecho común, que arranca del núcleo primitivo y se extiende en dos pisos. En el superior se fijaron las sepulturas de los mártires, que los itinerarios y los libros litúrgicos señalan en este cementerio. Éstas consisten en las de algunos miembros de la familia que fundó el cementerio y en la de un simple Verecundo, a juzgar por la inscripción que figura en su lóculo todavía intacto. Había también las de San Demetrio, cuyo aniversario conmemoran el 26 de mayo algunos martirologios, y San Mauro, por ahora tan ignoradas como la misma historia de su vida y pasión. En cambio, se conoce la tumba de San Crescencio dentro de una cripta que fué muy venerada según se deduce de las imprecaciones en grafito que invocan su intercesión.

Los dos mártires más venerados fueron San Felipe

y San Félix, pertenecientes ambos al grupo de los siete hijos de Santa Felicidad del día 10 de julio. Sus despojos mortales fueron enterrados en una tumba excavada en la superficie del suelo al aire libre, abrigada por algún noble monumento que se transformó en una suntuosa basílica desde la era de la paz por obra del papa Silvestre (314-335), comunicada por una escalera con la cripta subterránea de San Crescencio (lám. 40).

En esta basílica escogieron más tarde muchos papas el lugar de su propia sepultura. Según remota tradición, todos los sucesores de San Pedro, hasta principios del siglo III, habían sido enterrrados en el mismo lugar donde se levantaba la tumba del Príncipe de los Apóstoles y primera piedra de la Iglesia; pero como este lugar no era bastante capaz ni podía sufrir transformaciones en la era de persecución, a partir del papa Ceferino (199-217), sus sucesores, durante el siglo III, fueron enterrrados en la cripta papal del cementerio de San Calixto, en la vía Apia, como se detallará en su lugar. El papa Marcelino (296-304), muerto a 26 de abril en tiempos del emperador Diocleciano, fué el primero que rompió con la tradición, quizá por estar confiscado el de San Calixto, y fué sepultado en este cementerio en un cubículo próximo a la cripta del mártir San Crescencio; no fué antiguamente reconocido como mártir, sino siglos más tarde, a causa de la confusión producida por las leyendas. Le siguió San Marcelo (308-309), mártir de la última persecución, que parece haber sido enterrado dentro del ámbito de la basílica cuando su cuerpo fué llevado a Roma desde el lugar donde murió desterrado; el papa San Dámaso le dedicó un epitafio métrico (n. 31), a fin de vindicar su memoria, en la que narra que siendo riguroso con los prevaricadores fué denunciado por un apóstata; el aniversario del 16 de enero, señalado como el de su fiesta en una inscripción del año 348, debe representar la fecha de la traslación de su cuerpo y demuestra que fué venerado en seguida. El tercer papa enterrado en la basílica fué San Silvestre (314-335), constructor de la misma en la primera época de esplendor que siguió a la paz constantiniana; el aniversario de su sepultura, 31 de diciembre, fija la fecha de su festividad, tan popular en la Roma del siglo V, que designó la basílica con su nombre.

También hubo en este lugar la tumba del papa San

Liberio (352-366), muerto el 24 de septiembre, de quien se conoce el texto del epitafio que defiende su memoria contra la acusación de arrianismo y le alaba por haber confesado la fe de Nicea, celebrando el poder que tiene de obrar milagros, por lo que le equipara a los confesores y mártires. Asimismo se halla la tumba de San Siricio (384-399), enterrado el 26 de noviembre, cerca de la tumba de San Silvestre, después de haber vivido en la mejor época de exaltación cristiana, y la de su sucesor San Celestino I (422-432), que murió el 27 de julio después de haber hecho realizar una decoración en esta basílica representando la entrada en la gloria de los mártires San Félix y Felipe. Finalmente, se inhumó aquí también al papa Vigilio (537-595), que tuvo que sostener graves controversias y que murió el 7 de junio en Siracusa, cuando regresaba de Constantinopla, y cuyo cuerpo fué trasladado a este cementerio, que él mismo había restaurado después del pillaje de los godos.

En este cementerio se encuentra la más antigua pintura relativa a la Madre de Dios, que se halla sobre un lóculo del primitivo arenario; hay que citar además otra representación semejante de principios del siglo III sobre el arcosolio de la tumba de una doncella que figura la entrega del velo por el obispo que la consagró como virgen del Señor (lám. 94 B). También aparece la más antigua escena de la Anunciación de María en el techo de otra cripta, desarrollada según el tipo iconográfico del ángel inclinado frente a la Virgen sentada (lám. 73 a). Muchas otras son las figuras y escenas decorativas, importantísimas para la primitiva iconografía que coinciden con los temas tradicionales, que en aquellos lugares tienen una íntima relación de plegaria por las almas de los difuntos y de esperanza en la vida eterna, comunes a la iconografía cementerial.

No obstante, es preciso señalar uno de los monumentos más insignes de este cementerio, único en su clase, que se conoce por el nombre moderno de la Capilla Griega, a causa de unas inscripciones que figuran en ella redactadas en griego (lám. 41). Se trata de una cripta dispuesta a la manera de una capilla triabsidal y absolutamente decorada al fresco con abundancia de temas decorativos, que se halla excavada en uno de los ámbitos del cuadripórtico subterráneo de la mansión rural de los descendientes

del cónsul Acilio Glabrión. Según el dictamen concorde de la mayoría de los arqueólogos que la han estudiado, parece que fué construída para fines litúrgicos y *celebración de la Eucaristía* hacia la mitad del siglo II. Viene a corroborar esta opinión una pintura importantísima que se desarrolla en lo que vendría a ser el arco triunfal sobre el ábside del fondo, en la parte más sobresaliente y notable de la construcción (lám. 95). Esta escena se denomina la *Fractio Panis,* nombre con el cual los primitivos cristianos significaban la misma celebración litúrgica de la Eucaristía, que efectuaban después de los *ágapes* o de la cena en común, hecha con las vituallas traídas por la hermandad de todos. Por esto presenta un grupo de seis personas, según la costumbre romana de estar en la mesa, presididas por el obispo, en un extremo, que se halla en el momento de fraccionar el Pan consagrado frente al cáliz y distribuir el Cuerpo y Sangre de Jesucristo a aquella corta asamblea que representa la de los fieles. De una manera exacta celebróse la Eucaristía por las comunidades cristianas en sus iglesias domésticas, recordando la institución hecha por Jesucristo, según la manera tradicional enseñada por los apóstoles.

Esta es la única representación que el arte cristiano nos ha dejado de una escena real que originó la misa, documento muy precioso, por ser tan antiguo, para unas épocas obscuras que carecen de documentos precisos y detallados. Un artista anónimo la trazó en el lugar más noble de esta capilla, entre otras escenas de valor dogmático y funerario, no sólo con mucho realismo de expresión, sino también figurada como a símbolo que completan las siete cestas de pan alusivas al milagro de la multiplicación de los panes, usadas antiguamente para simbolizar la Eucaristía.

BIBLIOGRAFIA: DE ROSSI, en «Bull. di Arch. Crist.» 1864, p. 9 s.; 1880, p. 5 s.; 1°84-1885, p. 57 s.; 1886, p. 34 s.; 1887, p. 7 s.; 1888-89, p. 7 s., 103 s.; 1890, p. 97 s.; 140 s.; 1892, p. 57 s.—MARUCCHI, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.», 1901, p. 71 s.; 1902, p. 277 s.—BONAVENIA, ibid., 1903, p. 135 s.; MARUCCHI, ibid., p. 199 s.; «Nuovo Bull. di Arch. Crist.», 1904, p. 205 s.; 1906, p. 5 s., 253 s.; 1907, p. 115 s.; 169 s.; 1908, p. 5 s.; 1910, p. 69 s.; 1913, p. 77 s., 1914, p. 95 s.; 1915, p. 161 s.; 1916, p. 159 s. — WILPERT, en «Roemische Quartalschrift», 1894, p. 121 s.; 1906, p. 11 s.; 1908, p. 73 s. — PROFUMO, en «Studi Romani» (1913) p. 71 s. — STYGER, en «Collectanea theologica pub. a Societate Theologorum Polonicorum» (1931) p. 5 s.

IV. VIA NOMENTANA

La puerta Colina, del antiguo recinto romano de Servio Tulio, además de dar origen a la vía Salaria, constituía el principio de la vía Nomentana, que ponía en comunicación a Roma con las ciudades de Nomentum y Ficulea y después se confundía con la misma vía Salaria. Con el nuevo recinto de Aurelio, adquirió una puerta que por ello se llamó Nomentana, que subsiste todavía bajo el nombre de Puerta Pía, a causa de su reconstrucción hecha por el papa Pío IV. Su recorrido primitivo quedaba algo más a la derecha de la actual. Precisamente lo fijan los centros cristianos que se desarrollaron a sus lados: los cementerios de Nicomedes, el de Santa Inés, el cementerio Mayor y finalmente el de San Alejandro, que se halla situado a una distancia de 10 kms., como correspondiente a las ciudades vecinas de *Nomentum* y *Ficulea*.

9. Cementerio de San Nicomendes

Al dejar las murallas de Roma saliendo por la Puerta Pía, actualmente, todavía se sigue esta vía sobre el antiguo trazado que llevaba hasta la ciudad de *Nomentum*. Poco separada hacia la derecha se erguía la basílica de San Nicomedes, al parecer construída por el papa Bonifacio I (418-422), y restaurada por Adriano I (772-795), desaparecida en la época medieval y tan desconocida que, hasta el año 1865, De Rossi no se convenció de que se conservaban de ella algunos vestigios dentro del jardín del palacio Patrizi.

Al llevarse a cabo la exploración de estos restos apareció una galería subterránea con muestras evidentes de haber pertenecido al uso particular de una villa romana que, más tarde, hacia el siglo III, debió de ser cedida a la comunidad cristiana para uso funerario. A este fin se le añadieron algunos cubículos y se ensanchó más tarde con otras galerías para conservar el carácter de un hipogeo familiar, sin que nunca adquiriera las proporciones de uno de los grandes cementerios.

El hecho de haber existido aquí una basílica y que ésta estuviera íntimamente unida con el nombre de Nico-

medes, da lugar a pensar que en el cementerio subterráneo o en su área exterior hubiera existido la tumba de un mártir de este nombre que la motivara, por más que San Nicomedes, distinguido como sacerdote por algunos documentos posteriores, sea ignorado por los anteriores y por las fuentes hagiográficas primitivas, aunque se presente con visos históricos, ya que los itinerarios de los peregrinos lo señalan a su veneración, y algunos martirologios precisan su festividad el día 15 de septiembre.

Este cementerio estaba situado en una zona rica en cementerios privados pertenecientes a familias determinadas, cuyos hipogeos han podido conocerse en el curso de varias exploraciones, aunque ninguno de ellos presenta una antigüedad anterior al siglo IV.

BIBLIOGRAFIA: DE ROSSI, en «Bull. di Arch. Crist.», 1864, p. 95 s., 1865, p. 46 s.

10. Cementerio de Santa Inés

Al lado izquierdo de la vía Nomentana se halla emplazado este insigne cementerio, cuya veneración no llegó nunca a perderse porque siempre quedaron en pie los monumentos levantados en honor de la tumba gloriosa de aquella virgen de Jesucristo llamada Santa Inés, coronada de luz por el Esposo e intercesora de los fieles por su sangre derramada en el martirio y por el pudor de su castidad virginal. Todavía sus restos descansan en la misma tumba donde fueron colocados después de su martirio, sin que nunca fueran tocados ni trasladados, como aconteció con los de la mayoría de los mártires de los cementerios romanos. Este hecho acrecienta el valor del santuario, que ha sido muy renombrado en todas las épocas (fig. 41).

Santa Inés fué celebrada por San Ambrosio en su libro *De virginibus* y cantada por nuestro poeta Prudencio en uno de sus himnos, como asimismo por San Dámaso en unos bellos hexámetros de elogio que hizo grabar en una placa de mármol que todavía se conserva (n. 50). Estos autores del siglo IV la presentan, dentro del marco heroico de sus hechos, rehusando el matrimonio con el hijo del prefecto de Roma, apenas salida de la adolescencia, lo que le acarreó que fuese condenada a ser expuesta en un lugar infame, en el que Dios la preservó de cualquier

violencia y la asistió con el prodigio de que sus largos cabellos extendidos la cubriesen como un manto, después que, arrojada sobre una hoguera ardiente, ni las llamas se atrevieron a rozar su cuerpo; viniendo a morir finalmente bajo la espada del verdugo, que le cortó la cabeza al consumar su martirio, acaecido durante la persecución de Valeriano, en la segunda mitad del siglo III, o durante la persecución de Diocleciano de principios del siglo IV.

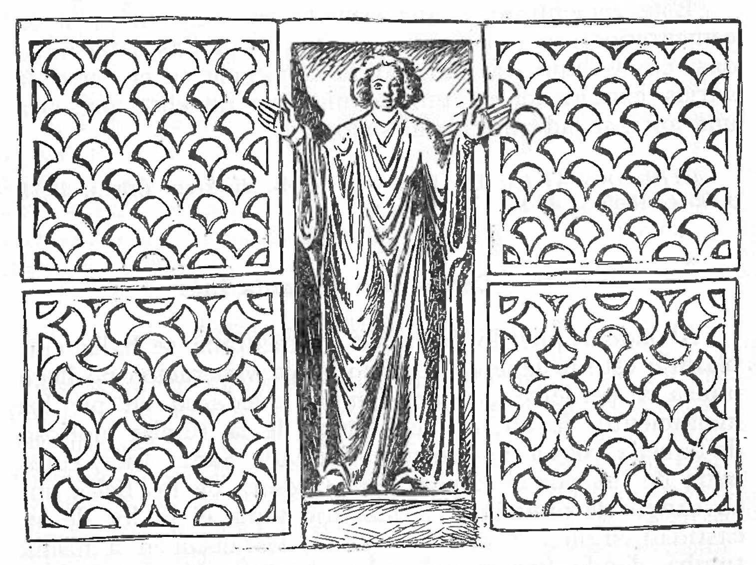


Fig. 41.—Santa Inés. Relieve esculpido en el cementerio de Santa Inés.

Inés santísima, como reza una antigua inscripción, fué enterrada *in praedio suo*, es decir, en un lugar de propiedad de su familia que ya era usado como cementerio subterráneo con carácter privado, compuesto por algunas galerías que sólo se ensancharon más tarde con la presencia de su tumba a causa de la veneración de los fieles, que querían ser enterrados junto a su protectora.

Durante la era de la paz, la princesa Constancia, hermana del emperador Constantino, hizo construir sobre la tumba de Santa Inés una pequeña basílica de una nave inmergida en el terreno a fin de que el altar recayera en el mismo macizo formado por el sepulcro de la Santa.

Esta construcción fué ampliada por el papa Símmaco (498-514), pero, no bastando a la devoción creciente de los fieles, lo fué nuevamente por el papa Honorio I (625-638), construyendo una basílica de tres naves, que es la que se ha conservado hasta nuestros días. Esta suntuosa construcción, inmergida en el terreno por la parte del ábside y con la fachada al aire libre, a causa de que fué levantada sobre el piso del cementerio para mantener intacta la tumba de la Santa debajo del altar, tiene acceso por una ancha y profunda escalera, mientras desde el plano de la calle se comunica con unas galerías levantadas encima de las naves laterales a fin de facilitar el acceso a la veneración de los fieles (lám. 42).

El cementerio, completamente excavado y estudiado, constaba, además del piso superior que contenía la tumba de la Santa, de otros dos pisos construídos en el decurso del siglo IV. Las galerías subterráneas, características por su arquitectura simple y con criptas reducidas, ofrecen muchas partes intactas en su forma primitiva, generalmente desprovistas de decoración. Su desarrollo fué simultáneo con el área cementerial que se desarrolló en su exterior al aire libre, especialmente desde que la hermana del emperador, la princesa Constancia, construyó aquí el magnífico mausoleo, destinado a guardar sus restos, uno de los más ricos por su forma arquitectónica circular con cúpula sobre un anillo de columnas y por su decoración en mosaico, que constituye la admiración de los turistas.

El sepulcro de Santa Inés fué pronto un centro donde se reunió un pequeño monasterio, en el que se recogieron las *ancillae Dei*, o vírgenes consagradas al Señor, de las que se han hallado varias inscripciones colocadas en sus sepulcros.

Al fundarse el título de Vestina en tiempos del papa Inocencio I (401-417), como centro ordinario de culto en la ciudad de Roma que respondía a una demarcación que equivale hoy a la parroquial, le fué señalado este cementerio como propio para las sepulturas de los fieles pertenecientes a su jurisdicción. Esto demuestra que alrededor del santuario de la mártir, además de los mausoleos, habría otras construcciones, en las que sabemos se vino a refugiar el papa Liberio en los primeros años de su pontificado, hacia el año 352, perturbado por algunas sediciones cismáticas.

Santa Inés es en muchos lugares la protectora y patrona de las jóvenes, que la veneran reunidas en asociaciones. Es desde tiempos inmemoriales que, en el día de su fiesta, 21 de enero, se bendicen sobre su tumba, convertida en altar, los corderitos de leche con cuya lana se confeccionan los *palios* que el papa entrega a los arzobispos como señal de su dignidad.

BIBLIOGRAFIA: M. ARMELLINI, *Il cimitero di S. Agnese sulla via Nomentana* (Roma 1880). — STEVENSON, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1896) p. 188 s. — MARUCCHI, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1901) p. 222 s., 287 s. — BACCI, ibid., 1902, p. 51 s., 1906, p. 77 s. — ID., en «Römische Quartalschrift» (1902) p. 51 s. — KRAUTHEIMER, *Corpus Basilicarum Christianarum Romae* (Roma 1937) p. 14.

11. Cementerio Mayor

No muy lejos del anterior se encuentra este cementerio, que, por relación con él, se denominó *mayor* a causa de ser el más fastuoso de los que se hallan situados en la vía Nomentana. Fué uno de los primeros que se descubrió durante la primera mitad del siglo pasado, por obra del P. Marchi, maestro del insigne De Rossi.

Es posible que aquí existiese un hipogeo de familia cristiana durante el siglo II y que el terreno pasase a la comunidad cristiana desde principios del siglo III con el fin de preparar un lugar más extenso de sepultura. En conjunto se presenta desarrollado de una manera sistemática, con redes de galerías regulares, en cuyos lados se encuentran criptas y cubículos que adolecen desde el siglo IV de reminiscencias arquitectónicas sacadas de las basílicas. Así se ven criptas de grandes dimensiones, terminadas con ábside y decoradas a veces con cornisas apoyadas sobre ménsulas; en muchas de ellas aparecen bancos y cátedras excavadas en la roca y apoyadas en el muro de entrada o en las paredes del fondo, las cuales servían para las ocasiones en que la familia venía a visitar las tumbas de sus difuntos y a rogar por sus almas. Una de ellas reproduce perfectamente las formas de una basílica, completamente excavada en la roca, lo cual hace suponer que seguramente fué construída en el siglo IV con el posible fin de celebrar el Sacrificio Eucarístico en aque-

llos días en que se conmemoraba la memoria de los difuntos enterrados en los alrededores de esta región (fig. 42).

La mártir principal venerada en este cementerio fué Santa Emerenciana, de quien la leyenda cuenta haber sido hermana de leche de Santa Inés y que, hallándose un día rogando delante de su tumba, sorprendida por los paganos, fué lapidada por ellos en aquel mismo lugar. Lo cierto es que ella fué enterrada en este cementerio, pero no en el interior, sino sobre tierra, en algún mausoleo que más tarde se transformó en una iglesia, de la que hoy no queda ningún indicio. En ella fué venerada anualmente el día 23 de enero, respondiendo a un culto, del que se hace eco una pintura ejecutada durante el siglo IV en una cripta subterránea; en ella se ve representada Santa Emerenciana, en figura de orante, vestida con dalmática talar, teniendo arrodilladas a sus pies dos figuras, una a cada lado, que representan a los esposos enterrados en el arcosolio puesto bajo su advocación.

En la parte subterránea de este cementerio se veneraban otros cuatro mártires, los santos Víctor, Alejandro, Félix y Papías, cuya fiesta común para los tres primeros, junto con Santa Emerenciana, se celebraba el día 16 de septiembre, según viene recordado en una inscripción del siglo V; aunque quizá tuvieron conmemoración especial el 20 de abril, menos San Papías, que, junto con San Mauro, se hallan indicados por los calendarios antiguos con fecha de 29 de enero. No se sabe nada en concreto sobre estos mártires, como queda igualmente ignorado todavía el lugar donde se hallaron emplazadas sus respectivas tumbas, porque gran parte del cementerio está aún por explorar. Sólo se conoce una cripta que parece haber contenido los restos gloriosos de algún mártir, pero faltan indicaciones particulares que determinen a cuál de ellos pueda pertenecer.

En este cementerio abundan las criptas y los arcosolios con escenas pintadas de los siglos III y IV, ricas en temas propios del arte cementerial. Pero sobre todas descuella un cubículo con un arcosolio en el fondo, en cuya pared aparece representado el busto de la Virgen María con el Niño. La Virgen tiene los brazos abiertos como las orantes en la posición de intercesora de los cristianos delante del Juez divino (lám. 102). Es una obra magnífica y realista con la que un pincel del siglo IV quiso expre-



Fig. 42.—Santuario subterráneo en el cementerio Mayor, con la *mensa* para la lámpara de aceite a un lado.

sar el amor a la Madre de Dios y el concepto con que los fieles se han dirigido siempre hacia Aquella por la cual vino la Luz y la Salvación a los descendientes de Eva.

BIBLIOGRAFIA: MARCHI, *Monumenti*, etc. — ARMELLINI, *Scoperta della cripta di S. Emerenziana* (Roma 1877). — DE ROSSI, *Del luogo apellato ad Capream presso la via Nomentana*, en «Bulletino della Commissione archeol. comunale di Roma» (1883) p. 247 s. — WILPERT, en «Roemische Quartalschrift» (1900) p. 309 s. — MARUCCHI, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1903) p. 199 s. — PROFUMO, *La memoria di S. Pietro, nella regione Salario-Nomentana*, en «Roemische Quartalschrift», 21 suplemento (Roma 1916). — JOSI, en «Rivista di Arch. Crist.» (1933) p. 7 s.

12. Cementerio de San Alejandro

Fuera de la órbita de los suburbios de Roma y a unos 10 kms. de las antiguas puertas de la ciudad, fué descubierto en 1855 este cementerio colindante con la vía Nomentana. Aunque los antiguos itinerarios lo incluyeron con los demás cementerios, no pudo pertenecer a la serie de los romanos, y de hecho las excavaciones han demostrado que fué el cementerio cristiano de las antiguas ciudades de Nomentum y Ficulea.

Su importancia estriba en el hecho de que contuvo las tumbas de tres mártires, los santos Alejandro, Evencio y Teódulo, propios de aquella región, venerados conjuntamente el día 3 de mayo. Así es errónea la identificación del mártir principal San Alejandro con el papa Alejandro (109-119), seguramente enterrado en la tumba papal del Vaticano, y no como lo divulgó una leyenda del siglo V ó VI.

Es posible que los tres mártires, probablemente de la última persecución, fueron enterrados en este lugar cuando sólo había un simple centro de sepultura de carácter particular que después, con la presencia de sus tumbas, se amplió y dió lugar al cementerio subterráneo, muy pobre de construcción y sin particularidades dignas de nota. Una iglesia subterránea debió ser construída sobre los sepulcros de los mártires apenas llegada la era de la paz. Pero ésta debió ceder el lugar a una basílica levantada hacia el año 400, cuyas ruinas han sido halladas recientemente con el mismo carácter primitivo que formó el conjunto del santuario. Éste consta de dos partes: de

una iglesia subterránea terminada por un presbiterio cuadrado que aún guarda la cátedra pontifical delante del altar, que se conserva en su tipo original, llevando incisa la inscripción dedicada a los mártires Santos Evencio y Alejandro, cuyas tumbas se ven en su interior en dos fosas abiertas en el pavimento y revestidas de mármol; la otra parte consiste en una prolongación de esta aula hacia la izquierda por otro edificio, terminada con un ábside y puesto en comunicación con una cripta en la que hubo la tumba de San Teódulo, primeramente sepultado en un bajo lóculo de una galería que seguía la misma dirección del sepulcro de los otros dos mártires.

BIBLIOGRAFIA: Atti del martirio di S. Alessandro e memoria del suo sepolcro al VII miglio della via Nomentana (Roma 1858).— MARUCCHI, *Il cimitero e la basilica di S. Alessandro al VII miglio della via Nomentana* (Roma 1922). — BELVEDERI, *La basilica e il cimitero di S. Alessandro al VII miglio via Nomentana,* en «Rivista di Arch. Crist.», 1937, p. 7 s., 199 s.; 1938, p. 19 s., 225 s.

V. VIA TIBURTINA

La vía clásica que conducía a la moderna Tívoli se originaba en la puerta Esquilina del antiguo recinto de Servio Tulio. Más tarde, con la nueva muralla de Aureliano, arrancaba de la puerta Tiburtina, que fué reconstruída hacia el año 402 por los emperadores Honorio y Arcadio, apoyándola en los arcos de los acueductos augusteos que conducían el agua a Roma.

En sus proximidades se desarrollaron tres centros de sepultura cristiana, dos de los cuales están mencionados en los documentos históricos: el cementerio de San Lorenzo y el de San Hipólito, y un tercer cementerio aparecido recientemente del que nunca se había tenido noticia.

13. Cementerio de San Lorenzo

Es el núcleo cementerial más importante de los situados en la vía Tiburtina, por contener la tumba del glorioso mártir San Lorenzo, primer diácono de la Iglesia romana, durante el pontificado de San Sixto II, martirizado el día 10 de agosto, en que se celebra su fiesta, pocos días

después del martirio en que sucumbió aquel papa y los otros seis diáconos durante la perversa persecución del año 258, que diezmó en todas partes la jerarquía eclesiástica. También se conoció posteriormente con la denominación de cementerio de Ciriaca, a causa de una leyenda tardía que cuenta que una piadosa viuda de este nombre había cuidado de la preparación de la sepultura del cuerpo del mártir insigne.

San Lorenzo es uno de los pocos mártires cuyo cuerpo descansa todavía en su sepulcro primitivo y a quien en el transcurso de los siglos no ha faltado nunca la más arraigada veneración. Su tumba se halló situada dentro de una cripta abierta en un arenario que se extendía debajo de la colina del Verano, ofreciendo terreno propicio para un cementerio subterráneo. Esta cripta, debidamente ampliada en la era de la paz, fué puesta, por medio de escaleras, en inmediata comunicación con una basílica que el emperador Constantino erigió sobre la parte externa del arenario. El papa San Dámaso ejecutó en ella nuevos trabajos de embellecimiento, que culminaron en una de sus poéticas inscripciones afirmando ante toda la cristiandad que *sólo la fe de Lorenzo pudo vencer los flagelos, las llamas, los tormentos y las cadenas de los verdugos* (n. 32). La veneración creciente hacia el mártir condujo más tarde, en una época que va desde mediados del siglo IV a fines del siglo V, a que se construyera una basílica en el mismo punto donde se hallaba la tumba gloriosa, lo que obligó a realizar una construcción inmergida en el terreno que cortó las galerías subterráneas y hecha de modo que la tumba del Santo viniera a constituir la mesa del altar delante del ábside. Esta construcción fué completamente renovada más tarde por el papa Pelagio II (578-590), aumentando su recinto y realizando una basílica distribuída en tres naves y precedida por un nártex que comunicaba por amplias escaleras con la antigua basílica constantiniana del exterior, y dotándola, además, con galerías superiores sobre las naves laterales, accesibles asimismo desde la calle. En realidad, resultaron así dos basílicas tangentes por los ábsides contrapuestos, pero erguidas a distintos niveles, de las cuales la más profunda contenía el cuerpo del mártir, y la superior, aunque dedicada a San Lorenzo, para la celebración del culto en las grandes solemnidades, y por lo mismo que era de mayores dimen-

siones que la otra, desde entonces llamada Mayor, también fué designada bajo la advocación de la Virgen desde que la restauró el papa Adriano (772-795). Esta antigua basílica fué substituída por otra mejor durante el siglo XIII a expensas del papa Honorio III, con una construcción que pasó a confundirse con la basílica pelagiana, dando así por resultado el conjunto monumental que actualmente ofrece el santuario dedicado a San Lorenzo (lámina 43).

En la basílica que guardó la tumba del mártir, hallaron sepultura los tres papas siguientes: San Zósimo (417-418), muerto el 26 de diciembre; Sixto III (432-440), que murió el 19 de agosto, después de un pontificado muy activo, y San Hilario (461-468), que murió el 29 de febrero del año bisiesto 468.

Otros mártires hallaron sepultura en este cementerio antes de que aparecieran los monumentos que acabamos de señalar, como San Abundio y San Ireneo, venerados el día 23 de agosto y cuyas tumbas parece que debieron hallarse, para el primero, no lejos de la misma de San Lorenzo, y para el segundo, en otro lugar no muy apartado que fué posteriormente cobijado por un pequeño oratorio que quedó situado en el pórtico occidental de la basílica pelagiana. Asimismo se mencionan las sepulturas de Santa Concordia, venerada el 22 de febrero; las de San Crescención y San Justino, señalados el 4 de agosto; la de San Román, mencionado el 9 del mismo mes, y la de Santa Ciriaca, cuya tumba algunos identifican con una capilla que responde al lugar de una cripta situada cerca del presbiterio de la basílica actual. Nada se sabe en concreto sobre estos mártires, cuyos restos gloriosos fueron señalados a la veneración de los peregrinos por los textos de los itinerarios, y cuya mención no falta en los documentos históricos. El cementerio subterráneo se presenta muy destrozado y constituído por distintos núcleos, hoy inaccesibles a causa del estado ruinoso de sus galerías. De todos modos, es evidente que formó una de las grandes necrópolis de la comunidad cristiana de Roma, y que se desarrolló poderosamente durante el siglo IV. El mal estado de conservación no permite llevar a cabo las exploraciones necesarias que permitan fijar los centros históricos de origen ni precisar la situación de los lugares de veneración de los mártires secundarios.

En la zona externa ocupada por este cementerio, hubo

también en la antigüedad otra basílica que estaba dedicada a San Agapito, y una tercera consagrada al protomártir San Esteban por el papa Simplicio (468-483); en esta última descansaba el cuerpo de un San León, obispo foráneo muerto en Roma, venerado el 14 de marzo y considerado erróneamente como mártir, lo que no consta en su conocido epitafio métrico que lo celebra como confesor.

BIBLIOGRAFIA: DE ROSSI, en «Bull. di Arch. Crist.» 1863, p. 68 s., 73 s.; 1864, p. 33 s., 41 s.; 1876, p. 16 s. 145 s. — STEVENSON, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1895) p. 74 s. — MARRUCCHI, en «Römische Quartalschrift» (1896) p. 85 s. — KRAUTHEIMER, en «Rivista di Arch. Crist.» 11 (1934), p. 285 s.

14. Cementerio de Novaciano

A la izquierda de la vía Tiburtina, frente a la basílica de San Lorenzo, pero netamente separado de su cementerio, apareció casualmente durante los años 1926-1928 un cementerio completamente desconocido, del que no se hace mención en ninguna de las fuentes históricas de la antigüedad cristiana, al cual se ha denominado de Novaciano por el hecho de contener la tumba de este mártir.

Consta de una red de galerías trazadas según un plan metódico, común a los cementerios de la comunidad cristiana abiertos desde la primera mitad del siglo III. Con la particularidad de que los fosores, a medida que iban progresando en la prolongación y apertura de nuevas galerías, aprovechaban la tierra para obstruir aquellas que ya habían sido utilizadas para sepultura. Esto ha permitido encontrar varias galerías intactas con los lóculos cerrados y las inscripciones en su posición primitiva, acompañados de multitud de pequeños objetos que servían de distintivo al ser fijados en la cal.

En una galería se halló una tumba, ricamente decorada, con mucha posterioridad a la época de la sepultura; y entre la decoración apareció, pintada con letras rojas, una inscripción votiva en la que se dice que un diácono, nombrado Gaudencio, dedicó estos trabajos decorativos al *beatísimo mártir Novaciano* (n. 9). Es evidente que se trata de la tumba histórica de un mártir llamado Novaciano, el cual, aunque se registre en el *Martirologio Jero-*

nimiano sin ninguna clase de indicación entre los mártires de Roma, no está señalado por ninguno de los antiguos itinerarios históricos, que ni lo nombran ni indican su tumba. Es posible que nunca existió aquí una iglesia al exterior; este mártir seguramente no llegó a tener un culto público en la Iglesia romana, como acaece con otros que no son conocidos; así podría darse que, con todo y tratarse realmente de un mártir, su veneración no pudo trascender por el hecho de que ya este cementerio fuese desconocido, o que tuviera la entrada obstruída, antes de la época de los grandes itinerarios.

No ha faltado quien ha pretendido identificarlo con Novaciano el cismático y hereje del siglo III, elegido antipapa por una facción contraria a San Cornelio con motivo de las luchas ocasionadas por la cuestión de los prevaricadores de la persecución de Decio. Pero esta opinión tiene en contra la grave dificultad que en la inscripción del sepulcro no se le da el título de obispo, que en realidad no se hubiera omitido si se tratara del obispo cismático de aquel nombre.

BIBLIOGRAFIA: FORNARI, en «Rivista di Arch. Crist.» (1929) p. 179 s. — E. JOSI, ibid., 1933, p. 187 s.; 1934, p. 7 s., 203 s. — QUASTEN, en «Theologie und Glaube» (1932) p. 718-724.

15. Cementerio de San Hipólito

Las galerías de este cementerio penetran en las entrañas de una pequeña colina que se desarrolla a la izquierda de la antigua vía de Tívoli en el lugar intitulado a San Hipólito, que fué el mártir principal venerado en este santuario. Éste es el célebre presbítero de la Iglesia romana contemporáneo de los papas Ceferino (199-217) y Calixto (217-222) y adversario de ellos por las cuestiones dogmáticas relativas a la Trinidad, de manera que sus partidarios lo eligieron antipapa contra el legítimo San Calixto. Pero más tarde, antes de su muerte, acaecida en la isla de Cerdeña, adonde había sido desterrado junto con el papa San Ponciano (230-235), se reconcilió con la Iglesia romana y fué venerado como mártir el 13 de agosto. Sus restos mortales fueron llevados a Roma y colocados en el arcosolio de una galería que desapareció en la era de la paz para dar lugar a una pequeña basílica

subterránea en torno del sepulcro, puesta en comunicación directa con otra más vasta edificada al exterior. Permanece todavía este santuario primitivo, que termina en un ábside algo elevado por dos peldaños (fig. 43). En el centro del superior se conservan los restos de la base de un altar que seguramente tuvo que contener las reliquias

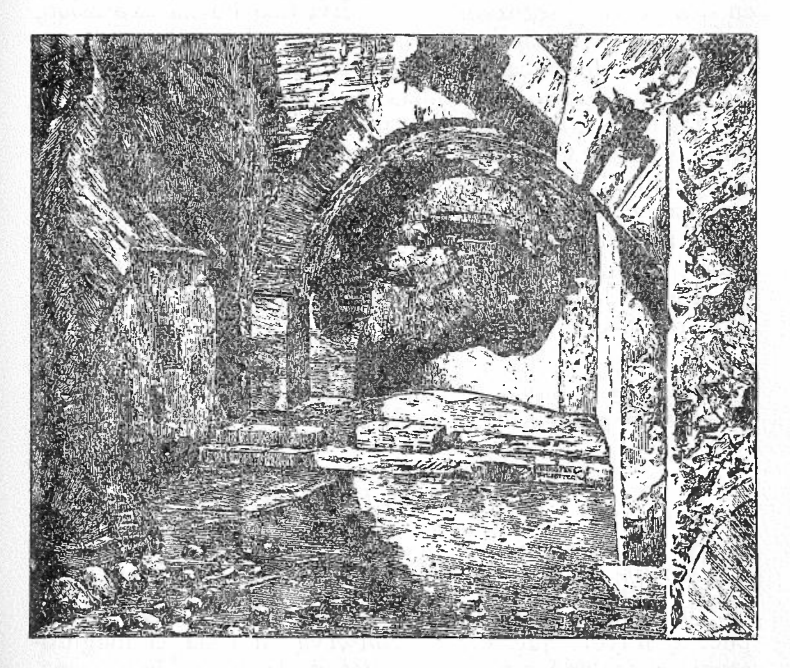


Fig. 43.—Cripta subterránea del siglo IV erigida como santuario en la tumba del mártir San Hipólito.

del mártir tal como las dejó el papa Vigilio, en el año 538, al restaurar los monumentos devastados por la invasión de los godos. Anteriormente, los restos del santo estarían en su sepulcro primitivo, dentro del mismo ámbito del santuario tal como lo dejaron los constructores del siglo IV, con mucha riqueza arquitectónica y decoración mural, según se desprende de la maravillosa descripción poética consignada por Prudencio en uno de sus himnos. También San Dámaso le había dedicado un elogio métrico grabado en mármol (n. 34).

Asimismo se admiraba en este santuario la magnífica estatua del santo, conservada en el Museo de Letrán (lámina 118), caso raro de escultura cristiana aislada, que lo representa de tamaño natural, como doctor, sentado en su cátedra, en cuya parte lateral se hallan incisos en griego los títulos de sus obras.

El cementerio, no bien explorado aún, se desarrolla en dos pisos, y seguramente tendría una buena extensión, pues parece que sirvió de cementerio a los fieles pertenecientes a la demarcación urbana del Título de Pudenciana. No son conocidas las tumbas de otros mártires señaladas por los itinerarios históricos que hablan de las santas Trifonia, Cirila y Concordia, no mencionadas por los antiguos documentos litúrgicos y de las que nada consta fuera de aquella mención. En cambio, en la parte exterior del cementerio hubo otro santuario que fué dedicado a San Ginés, el célebre mártir de Arlés, cuyo culto se introdujo en Roma, dedicándole una basílica de la que se han podido reconocer los restos.

BIBLIOGRAFIA: De Rossi, en «Bull. di Arch. Crist.», 1881, p. 26 s.; 1882, p. 9 s.; 1883, p. 60 s. — E. Josi, en «Rivista di Arch. Crist.», 1936, p. 231 s.; 1939, p. 320 s.

VI. VIA LABICANA

De la puerta Esquilina del antiguo recinto romano de Servio Tulio partía la vía Labicana, que, al ampliarse la ciudad con las nuevas murallas de Aureliano, pasó por la puerta Mayor, que aún se conserva en toda la magnificencia y esplendor arquitectónico de la época de su construcción. En este punto se bifurcaba, originando la vía Prenestina y continuando ella a poca distancia, para adentrarse en la campiña romana.

Sólo hubo dos cementerios que quedan próximos a ella en el suburbio de Roma: el de San Cástulo, a poca distancia de la puerta Mayor, y el de los santos Pedro y Marcelino, a una distancia de tres millas.

16. Cementerio de San Cástulo

Descubierto por azar en 1672, apareció en una pequeña región, a la que hay que añadir otra serie de galerías

de las que se tuvo conocimiento en 1864. Nunca se ha llevado a cabo una exploración sistemática de este cementerio, que sólo se encuentra nombrado en una nota marginal del texto de los itinerarios del siglo VII, con la indicación de hallarse situado cerca de la vía Presnestina, no lejos del acueducto, en el punto donde descansaban los mártires San Estratónico y San Cástulo en el interior de sus galerías en relación con una iglesia superior. Con estas indicaciones concuerda el descubrimiento hecho cerca de la puerta Mayor, entre la vía Prenestina y la antigua vía Labicana. Una inscripción recuerda que los difuntos en ella nombrados descansaban con proximidad a la tumba de San Cástulo. Consta que éste era venerado el día 26 de marzo, y parece que su tumba se hallaba emplazada en el segundo piso. Nada se sabe sobre estos dos mártires, cuyas noticias históricas, por lo que puedan referirse a su culto, podrán ser conocidas en cuanto se descubran los sepulcros primitivos dentro de alguna de las regiones subterráneas del cementerio.

BIBLIOGRAFIA: FABRETTI, *Inscriptiones domesticae* (Roma 1700). — DE ROSSI, en «Bull. di Arch. Crist.» (1865) p. 9 s. — BARTOLI, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1908) p. 127 s.

17. Cementerio de los Santos Pedro y Marcelino

En el lugar denominado antiguamente *ad duos lauros* existió un área de propiedad imperial en la que hubo la residencia de la guardia palatina, o sea, el cuartel de los *Equites singulares*. En ella, la madre del emperador Constantino, Santa Elena, hizo construir un suntuoso mausoleo, en que quiso ser sepultada. Este edificio, de forma circular con cúpula, primitivamente muy rico en decoración, subsiste todavía en ruinas, vacío y mutilado en medio del caserío moderno de Centocelle.

Cuando Santa Elena mandó edificar su mausoleo en la primera mitad del siglo IV, ya existía en aquel lugar un centro cementerial, originado por algunos núcleos aislados que remontan a principios del siglo III, enlazados más tarde por una excavación metódica de galerías subterráneas cuyo desarrollo tuvo lugar desde la segunda mitad del siglo III y durante el siglo IV. Fué principalmente en este último siglo cuando, por el incremento

tomado, el cementerio adquirió grandes proporciones e infinita variedad de monumentos sepulcrales, como no se ven en otros cementerios de Roma, ofreciendo un amplio campo de decoración a los más ricos temas de la iconografía cristiana. Precisamente la mayor particularidad de este desarrollo decorativo por los muros de las criptas y de los arcosolios, consiste en una singular predilección por las escenas pertenecientes a los ciclos cristológicos, impropios del arte cementerial y funerario, que dan idea de los conceptos decorativos de las *domus ecclesiae* urbanas, o sea de los centros litúrgicos que los fieles frecuentaban dentro de los muros de la ciudad.

Este cementerio se desarrolló en la superficie exterior y en las galerías subterráneas, gracias a la presencia de muchos sepulcros de mártires que en él fueron enterrados desde el siglo III. Los más importantes fueron los santos Pedro y Marcelino y San Tiburcio y San Gorgonio, que se encuentran representados juntos en una gran pintura que aparece en la bóveda de una cripta de fines del siglo IV, aclamando al Redentor sentado en un trono entre los apóstoles San Pedro y San Pablo, con una disposición que recuerda las composiciones de los ábsides de las basílicas.

Cerca del mausoleo de Santa Elena se veneraba la tumba del mártir San Tiburcio, recordado el día 11 de agosto, contenida en el área exterior, cobijada por una basílica que se le dedicó en la era de la paz. Parece que a poca distancia se levantaba otra basílica, desde la cual, mediante una larga escalera, se penetraba en la cripta subterránea donde había las tumbas de los santos Pedro y Marcelino. Consta que el primero era exorcista y el segundo presbítero; que ambos sucumbieron en la persecución de Diocleciano, en un lugar de la vía Cornelia llamado Selva Negra, que después, por razón de su martirio, se cambió en Selva Cándida. Sus cuerpos fueron llevados a este cementerio y colocados en dos lóculos superpuestos de una galería. Su festividad se celebraba el día 2 de junio. El papa San Dámaso, que pudo informarse de su martirio por el mismo verdugo, posteriormente convertido a la fe, cuenta que fueron decapitados. Así lo hizo constar en la monumental inscripción (n. 33) que colocó en su sepulcro cuando aisló el macizo que contenía los restos construyendo a su alrededor una pequeña cripta, terminada en

un ábside, de tal manera que las tumbas quedaron a manera de altar en medio del santuario (fig. 44). Es conocida esta cripta en todos sus elementos y con las tumbas primitivas; se ve también el resultado de un ensanchamiento posterior y la agregación de una escalera de acceso que hizo construir el papa Adriano I (772-795). Más inter-

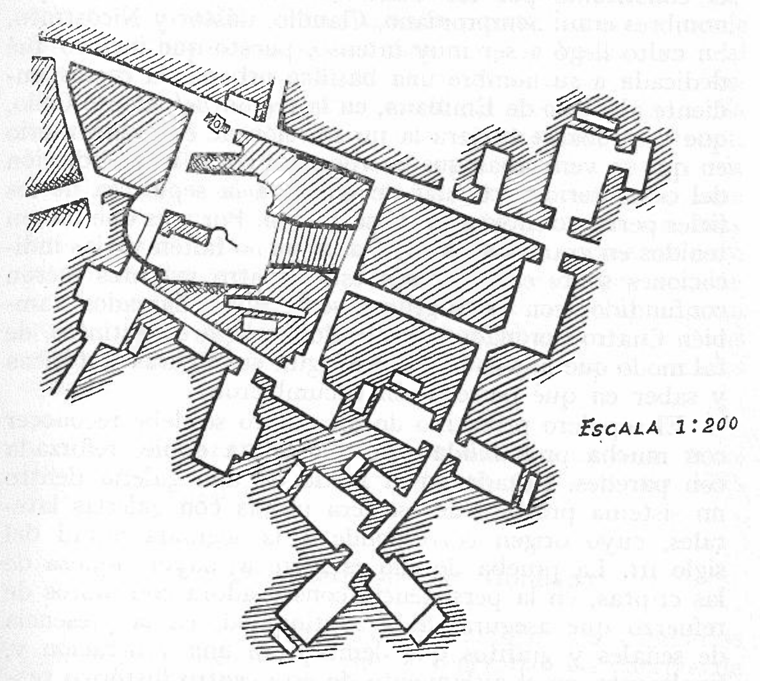


Fig. 44.—Zona del cementerio *ad duas lauros* en la que se halla emplazada la cripta histórica de los mártires SS. Pedro y Marcelino. Originariamente enterrados en dos lóculos, fué posteriormente aislada la masa que los contenía creando a su alrededor una pequeña cripta absidada.

nada y en el mismo subterráneo, se encontraba la tumba del mártir San Gorgonio, de quien apenas sabemos nada, a pesar de que se conserve una inscripción (n. 47) en hexámetros que le dedicó el papa San Dámaso, y de que su fiesta se conmemore el 9 de septiembre.

En otro lugar subterráneo, los antiguos itinerarios localizan un grupo de cuarenta mártires venerados el 13 de enero, y no lejos, un segundo grupo de otros treinta, vene-

rados el 22 de diciembre, de quienes sólo el Señor puede conocer el nombre. Con todo, por lo menos los de este último grupo, parece que fueron históricos y tenían culto litúrgico; incluso San Dámaso los menciona incidentalmente en la inscripción dedicada a San Gorgonio.

Otro grupo muy venerado el día 8 de noviembre fué el constituído por los Cuatro Santos Coronados, cuyos nombres eran: Semproniano, Claudio, Cástor y Nicóstrato. Su culto llegó a ser muy intenso, puesto que incluso fué dedicada a su nombre una basílica urbana, la correspondiente al título de Emiliana, en la región del monte Celio, que es probable tuviera la jurisdicción de este cementerio en que se veneraban sus cuerpos, así como la jurisdicción del cementerio particular destinado a la sepultura de los fieles pertenecientes a su demarcación. Por más que fueron tenidos en gran veneración y aunque no falten varias indicaciones sobre ellos, pronto estos cuatro mártires fueron confundidos con otros grupos semejantes, llamados también Cuatro Coronados, enterrados en lugares distintos, de tal modo que hoy es difícil distinguir sus figuras históricas y saber en qué persecución sucumbieron.

El sepulcro primitivo de los cuatro se debe reconocer con mucha probabilidad en una cripta doble, reforzada con paredes, situada en el fondo de una galería dentro un sistema provisto de escalera propia con galerías laterales, cuyo origen corresponde a la segunda mitad del siglo III. La prueba de ello está en la mayor riqueza de las criptas, en la persistencia conservadora con muros de refuerzo que asegurasen la continuidad, en la presencia de señales y grafitos que demuestran una veneración y, finalmente, en el aislamiento de este centro histórico realizado en los siglos V ó VI con muros que obstruyen las demás galerías adyacentes con tal de dejar el santuario en sus límites propios relacionados con el exterior por medio de su exclusiva escalera de comunicación.

BIBLIOGRAFIA: DE ROSSI en «Bull. di Arch. Crist.» (1882) p. 111 s.—WILPERT, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1898) p. 118 s.—MARUCCHI, ibid., p. 137 s. — WILPERT, ibid. (1900) p. 85 s.; «Römische Quartalschrift» (1908) p. 73 s. — MARUCCHI, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1915) p. 5 s. — FORNARI, en «Rivista di Arch. Crist.», 1926, p. 31 s.; 1927, p. 11 s.; 1928, p. 23 s. — KIRSCH, ibid., 1930, p. 31 s., 203 s.; 1932, p. 17 s.

VII. VIA LATINA

De la antigua puerta Capena, antes de la ampliación del recinto de la ciudad de Roma, obtenido con las nuevas murallas de Aureliano (270-275), se originaban dos vías, la Apia y la Latina. Esta última tuvo una puerta especial en la muralla nueva, llamada puerta Latina, y desde allí se deslizaba por la campiña romana en dirección al Lacio, entre las colinas de los montes Albanos. No son muy conocidas las memorias históricas cristianas que a ella se refieren, y quizá las menos afortunadas de todas, porque sus descubrimientos, excepto por el santuario de San Esteban, excavado en el siglo pasado, han empezado a realizarse en nuestros tiempos y todavía quedan muy lejos de prestar las precisiones topográficas necesarias para identificar los santuarios de los cementerios que señalan los documentos históricos, a través de una amplia zona que va hasta el tercer miliario, muy abundante en áreas cementeriales, como lo demuestran los varios indicios aparecidos.

BIBLIOGRAFIA: KANZLER, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1903) p. 173 s.; 301 s. — JOSI, en «Rivista di Arch. Crist.», 1939, p. 19 s.; 197 s.; 1940 p. 7 s.

18. Cementerio de San Gordiano

El primer cementerio mencionado por los itinerarios históricos era éste, en el que se veneraban los cuerpos de los santos Gordiano y Epímaco, los dos mártires más venerados entre los de la vía Latina, a poca distancia de la puerta Latina.

Parece que con él pueden identificarse una serie de galerías descubiertas en el siglo XVII, junto con otras aparecidas durante el siglo pasado, a las que hay que sumar algunas exploraciones aisladas en regiones dadas a conocer más recientemente, como perteneciendo todas a un vasto cementerio que, por estas mismas razones, no es del todo conocido y mucho menos explorado, bajo la zona correspondiente a la viña Aquari.

Consta que, en la parte exterior de este cementerio, se levantaba una basílica bajo cuyo altar se hallaba el

sepulcro de San Gordiano, que, por lo tanto, debió de hallar sepultura en el área abierta de esta necrópolis. Consta que la tumba, que debió sufrir vejaciones durante el período de devastación de los godos, fué restaurada por un presbítero llamado Vicente, que recubrió el sepulcro con mármoles; según informa una inscripción métrica, cuyo texto fué conservado por las síloges, de la que resultaría que el mártir venerado sufrió el martirio tan joven todavía, que apenas había entrado en la adolescencia. Se ignora si en la misma basílica, o bien en el interior del cementerio, se hallaba la tumba de San Epímaco, de quien nada se conoce, fuera de su propio nombre. Los itinerarios se hacen eco de una leyenda que lo cree hermano de San Gordiano; pero esto, que incluso está en contradicción con el mismo texto de la pasión, resulta desmentido por las noticias más claras y precisas que se poseen sobre este santo mártir. La festividad de ambos se celebraba el día 10 de mayo.

Es difícil precisar, hasta que no se conozca perfectamente la topografía cementerial de esta región, si otro grupo de mártires mencionados por los itinerarios se hallaba dentro del área de este mismo cementerio, o si formaba parte de un núcleo distinto de otro independiente situado a poca distancia del anterior. Lo cierto es que los itinerarios no ven, muy lejos de la basílica de San Gordiano, otro monumento levantado al aire libre, sea un mausoleo o una capilla, en la que descansaban los cuerpos de los mártires santos Cuarto y Quinto, de los que apenas se tiene noticia.

Más allá los itinerarios indican la sepultura de los mártires santos Sulpicio y Serviliano, nombres ignorados por el más antiguo martirologio, aunque figuren en los martirologios históricos, que fijan su fiesta el día 20 de abril, y era conocida desde el siglo XVII una inscripción, actualmente perdida, que los nombra con caracteres de mártir.

También señalan la tumba de Santa Sofía, y otra en el subterráneo del cementerio dedicada al mártir San Trófimo, nombres ignorados en el martirologio primitivo como propios de mártires romanos.

BIBLIOGRAFIA: HOTZELT, *Gordian und Epimachus*, en «Römische Quartalschrift» (1938) p. 1 s.

19. Cementerio de Tertulino

Otro santuario registrado por los itinerarios históricos en la vía Latina, consiste en una región cementerial en la que había la basílica de San Tertulino, indicada también como lugar donde se veneraban otros muchos mártires, cuyos nombres no se citan. Consta que esta basílica fué nuevamente restaurada por el papa Adriano I (772-795), lo que demuestra su antigüedad y su persistencia en los siglos medievales, aunque se ignora en qué época debió de ser levantada, porque, si bien en el siglo VII consta ya como existente según los itinerarios, en cambio, la pasión de San Tertulino ve la tumba del Santo dentro del subterráneo del cementerio. Estos dos extremos no son contradictorios, si se tiene en cuenta que aquí podría haberse dado el caso de una basílica que, con todo y ser dedicada al mártir, no contenía directamente su cuerpo, sino que estaría de algún modo en comunicación directa con la cripta subterránea donde estaba el sepulcro, de modo que cripta e iglesia constituyeran moralmente una unidad.

Se ignora cuanto pueda referirse a este mártir. A creer lo que cuenta su pasión, habría sido bautizado y ordenado por el papa San Esteban, con quien el autor de las leyendas de los mártires de la vía Latina pretende armonizar la historia de sus vidas; y por el mismo papa habría sido enterrado después de su martirio, en el segundo miliario de la vía Latina, dentro de una cripta subterránea.

Precisamente a esa distancia de los muros de Roma, fué encontrada, en 1937, una región cementerial que evidentemente forma parte de una vasta región subterránea, de la cual ya se conocían otros pequeños núcleos aparecidos por casualidad en tiempos distintos. Es muy probable que sea éste el cementerio denominado de San Tertulino, aunque faltan los elementos seguros que sirvan para confirmarlo, no habiéndose hallado hasta el presente ningún núcleo histórico, ni menos nada alusivo a su mártir. La pequeña región excavada aparece con su escalera propia de ingreso, que arranca de un cementerio al aire libre y penetra en el subsuelo a través de dos pisos distintos, con ramificaciones de galerías en las que se abren algunas criptas, cuyo desarrollo arquitectónico delata el modo

propio de ser del siglo IV, por más que algunas galerías puedan parecer abiertas en el siglo anterior.

BIBLIOGRAFIA: ARMELLINI, *I cimiteri cristiani della via Latina.*—KANZLER, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1911) p. 206 s.—MARUCCHI, ibid., p. 209; 1912, p. 83 s.—JOSI, en «Rivista di Arch. Crist.», 1939, p. 19 s., 197 s.; 1940, p. 7 s.—FERRUA, en «Civiltá Cattolica» (1938) vol. 2, p. 151-163.

20. Cementerio de Aproniano

Los itinerarios históricos agrupan otras memorias de mártires en un tercer núcleo de la vía Latina, más allá del cementerio de Tertulino. Estas memorias, relacionadas asimismo con otro cementerio distinto, se concentraban en una basílica donde se encontraba la tumba de Santa Eugenia, virgen y mártir. Su veneración recaía en el día 25 de diciembre, según se registra en el más antiguo martirologio.

Según el texto de la pasión de la santa, ésta sufrió el martirio bajo Valeriano y Galieno, a mediados del siglo III, y había sido enterrada en un área de su propiedad, igual que Santa Inés. Este particular está en contraste con la denominación del cementerio, que conserva precisamente la del propietario Aproniano, en cuya área, pasada a la comunidad cristiana, vino a recaer la tumba de la santa. Parece que su culto fué muy extendido y desde aquí se difundió a todo el orbe cristiano; muchas son las representaciones iconográficas de ella en los monumentos de la antigüedad, principalmente en Rávena, y conocidos los elogios métricos que le tejieron Avito (490-518) y Venancio Fortunato (antes del 576).

Su tumba se encontraba dentro de la misma basílica, a flor de tierra, lo que demuestra que la tuvo en el área exterior, y que al nacer la veneración hacia ella se impuso la construcción del santuario, ciertamente existente en el siglo VI, puesto que el papa Juan VII (705-707) tuvo que restaurarlo porque hacía tiempo que se encontraba deshecho y amenazando ruina. Con esta renovación, recibió un nuevo empuje el culto floreciente hacia la mártir y virgen Eugenia, que vino a consolidar el papa Adriano I (772-795), con la construcción de un monasterio para

vírgenes del Señor que fundó junto al santuario de la mártir renombrada.

Se veneraba asimismo en este cementerio la tumba del mártir San Nemesio, a quien dedicó una inscripción métrica el papa San Dámaso, que cuenta que, habiéndose perdido la memoria de ella, logró encontrarla, devolviéndola al culto. Pero faltan indicaciones sobre el lugar de emplazamiento de este sepulcro, al igual que sobre el santuario de Santa Eugenia, porque no se ha llegado todavía a tener una idea exacta de la zona en que se encuentra este notable cementerio, por más que algunas exploraciones aisladas, poniendo de manifiesto algunos núcleos funerarios, parezcan indicar dónde pueda ser hallado.

BIBLIOGRAFIA: BARTOLINI, *Il cimitero di Aproniano detto anche di S. Eugenia nella Via Latina.*

21. Cementerio de San Esteban

Los itinerarios históricos hablan de este santuario, situado en el tercer miliario de la vía Latina, haciéndose eco de una leyenda tardía que quiere ver en él la tumba del papa San Esteban, junto con las de los clérigos de su corte.

No se trata aquí de un cementerio cristiano de los primitivos tiempos de la Iglesia, sino sencillamente de una basílica dedicada al protomártir San Esteban, erigida en el siglo v, dentro de las construcciones de una grandiosa villa romana; basílica que sirvió más tarde de centro religioso a los habitantes de la campiña, quienes tuvieron en ella su cementerio. Por esto, al llamarle cementerio de San Esteban, se hace hincapié en la exactitud de los términos, sin más prurito que el de catalogarlo con los demás.

Este lugar quedó muy bien conocido y excavado desde 1857. Según demuestran las inscripciones que fueron halladas, aparece como una villa en un latifundio que, habiendo sido de propiedad de la familia Servilia, pasó más tarde a la familia Valeria y últimamente a la familia Anicia. Una descendiente de esta última, llamada Demetria, mujer de probada virtud cristiana que estuvo en relación con San Jerónimo y que conoció en Hipona a San Agustín, construyó en tiempos de San León papa (440-461) una suntuosa basílica dentro de los muros de la finca, para el servicio religioso de la multitud de sus colonos.

Las excavaciones que la pusieron de manifiesto patentizan una rica construcción de tres naves, dotada de baptisterio, perfectamente enclavada entre las paredes de lo que habría sido la villa romana, no lejos del antiguo trazado de la vía Latina, en cuyas proximidades se encontraban en esta zona innumerables hipogeos de tipo pagano de principios del siglo II.

La virgen Demetria, fundadora del santuario, lo dedicó al protomártir San Esteban, cuyas reliquias depositó en su altar, después de haberlas traído, quizá de África, con posterioridad al año 425, poco después de haberse descubierto, en Jerusalén, el sepulcro del protomártir unos diez años antes, esparciéndose sus reliquias por la cristiandad. El hecho, insólito en Roma, de tener un altar dedicado con reliquias auténticas de un mártir no romano, considerado con idéntico valor a las mismas tumbas de sus mártires, granjeó al santo una veneración que se reflejó también en su santuario, el cual fué muy venerado y visitado, de modo que no se descuidó el señalarlo a los peregrinos amantes de los sepulcros de los héroes de la fe.

Lo curioso es que en el siglo VII se había perdido el recuerdo de que las reliquias contenidas en esta basílica eran verdaderamente del protomártir San Esteban, quizá a causa de las devastaciones góticas que asolaron el santuario, y que, habiendo quedado solamente el nombre de Esteban, se vino a identificar con el papa Esteban I (254-257), cuya tumba histórica estaba en el cementerio de San Calixto. Pero, además, queriendo referir también a Esteban I lo que realmente acaeció con Sixto II (257-258), se quiso ver junto a su sepultura las tumbas del clero que formó su corte, con la añadidura de muchos otros mártires, como los santos Nemesio, Olimpio, Sempronio, Teódulo, Exuperia, Obloteris y Tiburticano, relacionados con su leyenda, y otros más que un itinerario hace subir en conjunto al número de veintiocho, mientras otro itinerario, más parco, lo deja en diecinueve. Como todo esto provino de una ficción legendaria, en la realidad no se halló ningún rastro de tumbas históricas que lo confirmara, excepto la cripta de la basílica en la que estuvieron las reliquias de su verdadero titular, el protomártir San Esteban.

BIBLIOGRAFIA: BONANNI, *La basilica di S. Stefano al III miglio della via Latina*, en «Scienze ed Arti sotto il pontificato di

Pio IX», vol. 2. — FORTUNATI, *Brevi cenni in torno allo scoprimento della basilica del primo martire della Chiesa S. Stefano* (Roma 1858).— ID., *Relazione generale degli scavi e scorpeta fatte lungo la via Latina* (Roma 1858).

VIII. VIA APIA

Después de haber dado la vuelta desde el norte hasta el mediodía por los suburbios de Roma, hay que seguir hacia la vía Apia, la más renombrada y suntuosa, hasta el punto que se la celebró como a *regina viarum.* Antes que Aureliano (270-275) dotara a la Ciudad Eterna del recinto de murallas que subsiste todavía, esta vía principiaba directamente en la puerta Capena de la antigua muralla y discurría por la campiña hacia el sur de Italia, terminando en el puerto de Brindis, donde comenzaba el camino directo hacia la Grecia y el Oriente. Por ella habían entrado siempre los emperadores triunfantes al volver de sus conquistas y por ella llegaron también los mensajeros del Evangelio y la vanguardia de la Iglesia. Aún puede admirarse, conservado en muchas partes, el antiguo empedrado que recogió la huella silenciosa de sus pasos.

Mejor que en ninguna otra vía, las nobles familias romanas habían utilizado las áreas del terreno situadas a lo largo de ella y a ambos lados para levantar los majestuosos mausoleos que todavía atestiguan la historia pasada, desde el sepulcro gentilicio de los Escipiones hasta el mausoleo circular de Cecilia Metela. Desde los primeros momentos, los fieles cristianos encontraron acogida por sus campos eminentemente funerarios, en los mismos sepulcros gentilicios cedidos graciosamente a los clientes de la familia y caritativamente a la comunidad; más tarde, la organización social de confraternidad cristiana halló en ellos la ventaja de un subsuelo, aunque duro, de muy fácil excavación, que contribuyó, junto con la práctica de la inhumación y de sus métodos clásicos, a esta forma típica de los cementerios romanos, sobre todo desde el siglo III, que ahora se conocen con la denominación general de *catacumbas.*

La vía Apia conservó en la Roma cementerial cristiana aquella misma importancia que tuvo en la Roma clásica; en ella se levantaron muchos de los santuarios más famosos, dedicados a los mártires en los varios centros

cementeriales más renombrados que extienden las redes de sus galerías en diversos pisos, debajo de una ancha extensión de la campiña, a pocas millas de la Ciudad Eterna.

22. Cementerio de Pretextato

Es el único cementerio histórico situado a la izquierda de la vía Apia, casi enfrente del cementerio de San Calixto, extendido en una zona en la que se hallan otras necrópolis de origen judaico o sincretista. Fué descubierto y conocido en parte por el insigne De Rossi, hacia el año 1860, aunque su exploración metódica no pudo lograrse hasta estos últimos tiempos, por lo menos en la parte relativa a algunos de sus centros históricos, puesto que la excavación completa está muy lejos de ser ultimada.

Sus orígenes topográficos derivan de un conjunto de hipogeos familiares aislados, ya cristianos desde la primera mitad del siglo II. Los hipogeos clásicos estaban constituídos por una cripta subterránea, destinada exclusivamente a la inhumación de los cadáveres, y por un edificio superior al nivel del suelo, resuelto en una pequeña estancia que, si bien fué utilizada para sepulcros, servía ordinariamente para reunir la familia que acudía a conmemorar el aniversario de la defunción de alguno de sus miembros con la celebración de un simple banquete funerario. A medida que la comunidad cristiana fué creciendo y que las nobles familias cristianas propietarias de semejantes hipogeos los cedían generosamente para tumba de los fieles, la cripta subterránea de aquéllos empezó a ampliarse con nuevas dependencias y aperturas de galerías que se encontraron mutuamente, entrecruzándose con las procedentes de otros hipogeos. Lógicamente y sin rebuscamientos vino a hallarse la solución práctica de lo que fueron en realidad los cementerios cristianos, cuando la Iglesia romana, respondiendo a una disciplina orgánica dimanada de las exigencias del cuerpo social, hacia los principios del siglo III, llegó a ser la única propietaria de ellos y, aprovechando la existencia de estas regiones, las reorganizó según un plan metódico de redes de galerías entrecruzadas.

El cementerio conserva el nombre de Pretextato, fundador y propietario del terreno bajo el cual aparecieron

los primeros hipogeos cristianos. Estos fueron enlazándose subterráneamente por medio de galerías durante los siglos III y IV, hasta alcanzar dos pisos de profundidad en una vasta extensión de galerías.

Actualmente se conocen dos de los núcleos centrales que obedecen a su reorganización cristiana. El primero, formado por una larga escalera que comunica con dos galerías que se cortan perpendicularmente, con criptas laterales y subdivididas por galerías transversales, en dos pisos sobrepuestos con idéntico plan. El segundo, constituído por la renombrada *Spelunca magna* (fig. 45), que consiste en una amplia galería que discurre entre hileras

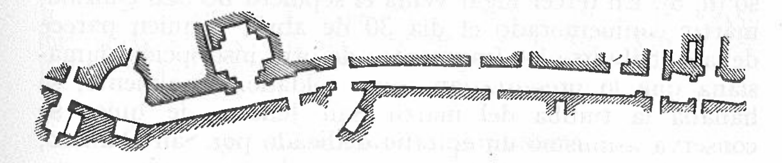


Fig. 45.—Región de la *Spelunca magna* en el cementerio de Pretextato, en la que fueron sepultados el mártir San Jenaro, dentro de la cripta de planta cruciforme, y los diáconos Felicísimo y Agapito en un lóculo de la galería, frente al cual y al otro lado se ensanchó el espacio en forma absidal.

de criptas de nobles hipogeos más antiguos, paralela a otra más larga galería que sirve de eje a una red subterránea dotada de escaleras de comunicación con los pisos inferiores. En estos dos centros, excepto las hileras de hipogeos que responden al siglo II, todas las características quedan todavía dentro del siglo III. El primero, casi apenas explorado, a diferencia del segundo, más conocido, contiene una cripta decorada con pinturas del siglo II, en la que, entre otras escenas, aparece una composición no explicada con certeza, en la que se quiere ver representada la coronación de espinas de Jesús. En general, casi no abundan las criptas decoradas, si no es en el segundo centro, en la región de los hipogeos, en que abundan los revestimientos marmóreos, los estucos y algunas bóvedas pintadas.

Los mártires famosos de este cementerio han de buscarse también en la región de la *Spelunca magna*, según indican los itinerarios históricos, aunque en las varias criptas conocidas no es posible todavía establecer con certeza

cuáles de ellos tuvieron allí su tumba. Entre éstos se veneró la de San Urbano, que algunos pretenden que sea un obispo foráneo muerto en Roma, mientras otros creen poder identificarlo con el mismo papa que está tan íntimamente relacionado con los hechos descritos por la leyenda de Santa Cecilia. En segundo lugar, fué célebre la tumba de los mártires santos Felicísimo y Agapito, diáconos del papa Sixto II, que sucumbieron, junto con sus otros cinco compañeros y el mismo papa, el día 6 de agosto del año 258 (lám. 45); su tumba se suele localizar al lado de la galería principal en un arcosolio ricamente decorado en otros tiempos, en el que habría figurado la inscripción dedicatoria que les puso el papa San Dámaso (n. 8). En tercer lugar venía el sepulcro de San Quirino, mártir conmemorado el día 30 de abril, a quien parece deban atribuirse los fragmentos de otra inscripción damasiana que lo presentarían como soldado. Finalmente, se hallaba la tumba del mártir San Jenaro, de quien se conserva asimismo un epitafio dedicado por San Dámaso, venerado juntamente con un grupo de otros seis conmemorados el día 10 de julio, lo que hizo admitir que se tratara de uno de los siete hijos de Santa Felicidad.

Estos cinco mártires necesariamente tuvieron que ser enterrados en cuatro lugares diversos, según se deduce de la topografía del lugar. Cuando las excavaciones puedan proseguir en esta región, será fácil lograr que se identifiquen sus tumbas gloriosas, y quedarán entonces claros los respectivos problemas hagiográficos que permitan conocer la historia de su culto.

Además de estos mártires, existía un grupo de otros tres, conmemorados el día 14 de abril, los santos Tiburcio, Valerio y Máximo, que se sabe habían sido venerados en una basílica exterior actualmente ignorada. Es difícil precisar todavía, a causa de las exploraciones incompletas, si es que su tumba se hallaba al exterior, cobijada más tarde por aquella basílica, o bien si se encontraba en el interior de las galerías subterráneas, y la basílica construída en su área fué inmergida dentro del terreno, como sucedió en otros santuarios. Estos tres mártires, cuando se creó la leyenda de Santa Cecilia, en el siglo v, fueron directamente relacionados con ella, de manera que no puede explicarse satisfactoriamente la razón que hubo para ello, quizá derivada del hecho de que los restos mortales de

Santa Cecilia hubieran sido trasladados aquí desde su primitiva tumba que se conoce en el cementerio de San Calixto.

Una segunda basílica se elevaba al exterior de este cementerio. En ella se veneraba al mártir San Zenón, de quien no se sabe absolutamente nada y aun se ignora el emplazamiento de la construcción que formó su santuario.

BIBLIOGRAFIA: DE ROSSI, «Bull. di Arch. Crist.». 1863, p. 1 s., 17 s.; 1870, p. 42 s.; 1872, p. 45 s. — ARMELLINI, *Scoperta di un grafito storico nella catacomba di Pretestato* (Roma 1874). — KANZLER, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1895) p. 72 s. — MARUCCHI, ibid., 1908, p. 131 s.; 1909, p. 175 s. — KIRSCH, en «Roemische Quartalschrift» (1887) p. 346 s. — WILPERT, ibid. (1908) p. 165 s. — A. DE WALL, ibid. (1911) p. 3 s.—BAUMSTARK, ibid. (1911) p. 112 s. — E. JOSI, en «Rivista di Arch. Crist.» (1927) p. 191 s. — FORNARI, ibid. (1932) p. 7 s. — E. JOSI, en «Rivista di Arch. Crist.» 1935, p. 7 s.; 287 s., 1936, p. 7 s., 207 s.

23. Cementerio de San Calixto

Pocas personas han visitado la Ciudad Eterna sin haber conocido las catacumbas de San Calixto. Mejor dicho, que si alguna idea tienen sobre los antiguos cementerios cristianos, no la hayan formado a través de la visión de algunas cortas galerías de este cementerio, bajo la impresión del lugar santificado con los restos gloriosos de los papas del siglo III y perfumado por el recuerdo de Santa Cecilia. Los peregrinos que cuentan con estas únicas visiones no sacaron de su visita a Roma una idea justa sobre los cementerios cristianos. Este lugar se halla muy maltrecho y arruinado; la impresión que se llevaron fué demasiado rápida para ellos y todavía debieron recogerla sin preparación alguna, que no llega a satisfacerla el mismo ambiente de composición. Sólo una pequeña región de este cementerio está habitualmente abierta al paso de los que la visitan, la cual, aunque ciertamente es la más histórica, sin embargo, aparece también como la más mutilada. Otras varias regiones de épocas distintas se extienden en su interior que el visitante no puede adivinar y que, reunidas en su conjunto, forman este famoso cementerio, papal por excelencia, a mano derecha de la vía Apia.

Los orígenes remontan a dos áreas sepulcrales próximas e independientes, una llamada de Lucina, junto a la

vía Apia, y la otra, anónima, algo alejada. En la primera mitad del siglo III, sus respectivos propietarios eran cristianos y abrieron caritativamente a los fieles, hermanos en la fe, las criptas subterráneas de sus hipogeos, para que en ellos pudieran dar sepultura a sus difuntos. Entonces empezaron a ampliarse con nuevas galerías, provistas de escaleras y con cubículos familiares laterales, que fueron decorados con gran riqueza, creando los ciclos pictóricos de las llamadas capillas de los Sacramentos, de importancia capital iconográfica y dogmáticamente para los principios del arte cristiano.

La segunda de estas áreas pasó directamente a la administración de la comunidad eclesiástica en tiempos del papa Ceferino (199-217), quien la dió a administrar a su primer diácono y futuro papa Calixto (217-222). Éste cumplió su cometido dando mayor profundidad a las galerías existentes, abriendo otras criptas y extendiendo nuevas redes de comunicación y sepultura, con lo que creó un conjunto destinado a cementerio de propiedad de la Iglesia. Precisamente por esta circunstancia se fijó la denominación de cementerio de Calixto o de San Calixto, con la que ha sido siempre conocido.

Si no en la misma época, por lo menos en los años siguientes, se amplió también un área existente en sus proximidades que había pasado asimismo a la propiedad eclesiástica. Se realizó en ella una perforación orgánica de galerías que obedecían a un plan metódico, constituído por una región bien delimitada, con su escalera de ingreso, que daba paso a dos pisos sobrepuestos. Más tarde, esta región fué puesta en comunicación con la anterior por medio de otra intermedia creada a principios del siglo IV. Desde la primera mitad de este mismo siglo, se abrieron otras dos regiones, hacia la parte de mediodía y en dirección de la vía Ardeatina, con un sistema arquitectónico mucho más desarrollado y libre, que dió motivo a la formación de multitud de criptas, magníficas por su estructura y decoración.

Últimamente todo este conjunto de regiones llegó a tener una comunicación subterránea que las refundió bajo la misma red cementerial (fig. 46). Cuando el culto de los mártires llegó a su apogeo y eran numerosos los peregrinos que frecuentaban los santuarios en un período en que el cementerio había sido abandonado, se construyeron

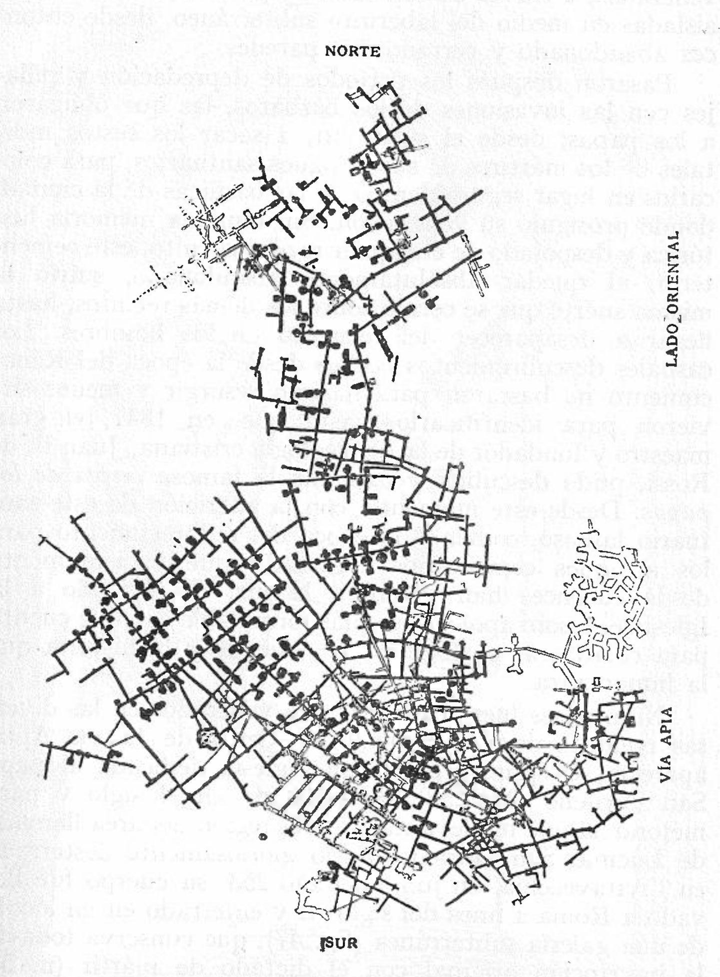


Fig. 46.—Planta general de la catacumba de San Calixto.

nuevas escaleras, que conducían directamente a las criptas veneradas, a través de corredores y galerías, descendiendo aisladas en medio del laberinto subterráneo, desde entonces abandonado y cerrado con paredes.

Pasaron después los períodos de depredación y pillajes con las invasiones de los bárbaros, las que obligaron a los papas, desde el siglo VIII, a sacar los restos mortales de los mártires de sus antiguos santuarios, para colocarlos en lugar seguro dentro de las basílicas de la ciudad, donde prosiguió su veneración. Sin ninguna memoria histórica y despojado de cualquier razón de culto, este cementerio, al quedar absolutamente abandonado, sufrió la misma suerte que se cernió sobre los demás recintos, hasta llegar a desaparecer del recuerdo de los hombres. Los casuales descubrimientos hechos desde la época del Renacimiento no bastaron para hacerlo resurgir y menos sirvieron para identificarlo, hasta que, en 1847, el gran maestro y fundador de la Arqueología cristiana, Juan B. de Rossi, pudo descubrir y explorar la famosa *cripta de los papas*. Desde este momento, con la aparición de este santuario famoso, comenzó la época del reflorecimiento para los antiguos cementerios cristianos, que pacientemente desde entonces han vuelto a la luz, devolviendo a la Iglesia el tesoro apologético más formidable con que cuenta para corroborar el dogma que defiende y la historia que la inmortaliza.

Numerosos fueron los mártires venerados en las diversas regiones de este cementerio. Cerca de la vía Apia, aparecía, en primer lugar, una iglesia dedicada al papa San Cornelio (251-253), reconstruída en el siglo V para mejorar la que fué levantada en la región del área llamada de Lucina. San Cornelio murió gloriosamente desterrado en Civitavecchia, en junio del año 253; su cuerpo fué llevado a Roma a fines del siglo III y enterrado en un lóculo de una galería subterránea (fig. 47), que conserva todavía la inscripción original con el dictado de mártir (n. 5). El papa San Dámaso adornó el lugar de su tumba construyendo una escalera que le diera acceso directo desde el exterior, según lo recuerda en el epitafio métrico que dedicó al mártir (n. 18). Más tarde, durante el pontificado de Juan III (560-573), ambos lados de la tumba fueron decorados con unas pinturas al fresco que representan en uno al papa San Sixto y al obispo San Optato, y en otro



Fig. 47.—Sepulcro del papa San Cornelio en un lóculo de la región de Lucina, en el cementerio de San Calixto, decorado posteriormente con figuras de santos.

lado, a San Cornelio y San Cipriano, obispo de Cartago, cuya figura indujo a error a los peregrinos del siglo VII, haciéndoles creer que también allí se encontrarían sus restos. De todos modos, en este punto se daba ya veneración a San Cipriano, cuyo aniversario del 14 de septiembre sirvió para fijar el de San Cornelio.

En la región próxima, otra iglesia, que aún subsiste en su forma típica de fines del siglo III (fig. 24), obedeciendo a un plan rectangular triabsidado, estaba dedicada a los mártires San Sixto papa (257-258), venerado el 6 de agosto, y Santa Cecilia, venerada el 22 de noviembre, cuyas memorias radicaban en sus respectivas tumbas, localizadas en los oscuros subterráneos. A poca distancia de ella, una escalera conduce directamente a la renombrada cripta de los Papas (fig. 48), donde por lo menos descansaban los restos mortales de nueve o diez pontífices depositados en los lóculos laterales, y de los que por lo menos tres fueron ciertamente mártires. De cinco de ellos se conocen las inscripciones originales redactadas en griego sobre el mármol que cerró las tumbas (nn. 1-4). Éstas pertenecen a San Ponciano, mártir (230-235), que murió desterrado en la isla de Cerdeña, después de haber abdicado su alto cargo, y cuyo cuerpo fué llevado a Roma el 13 de agosto, en que se celebra su aniversario; San Antero (235-236), cuyo aniversario recae en el día 3 de enero; San Fabián (236-250), inhumado el 20 de enero y declarado mártir más tarde; San Lucio (253-254), sepultado el 5 de marzo, a quien San Cipriano da el dictado de *beato mártir*, y, finalmente, San Eutiquiano (275-283), inhumado el 8 de diciembre. Consta, además, por los documentos históricos, aunque todavía no hayan aparecido sus epitafios, que también se veneraron aquí las tumbas de los papas siguientes: San Urbano (222-230), cuya fiesta litúrgica se conmemora el 25 de mayo, si bien no resulta ser mártir, como pretende presentarlo una leyenda que lo confunde con un homónimo sepultado en el cementerio de Pretextato; San Esteban (254-257), sepultado el 2 de agosto, y también confundido más tarde por la leyenda, que, al identificarlo con los hechos acaecidos al papa Sixto II, pretendió ver su tumba en el tercer miliario de la vía Latina, confundiéndolo con el protomártir San Esteban, cuyas reliquias se veneraban allí en una basílica; San Dionisio (259-268), sepultado el 27 de diciembre, y

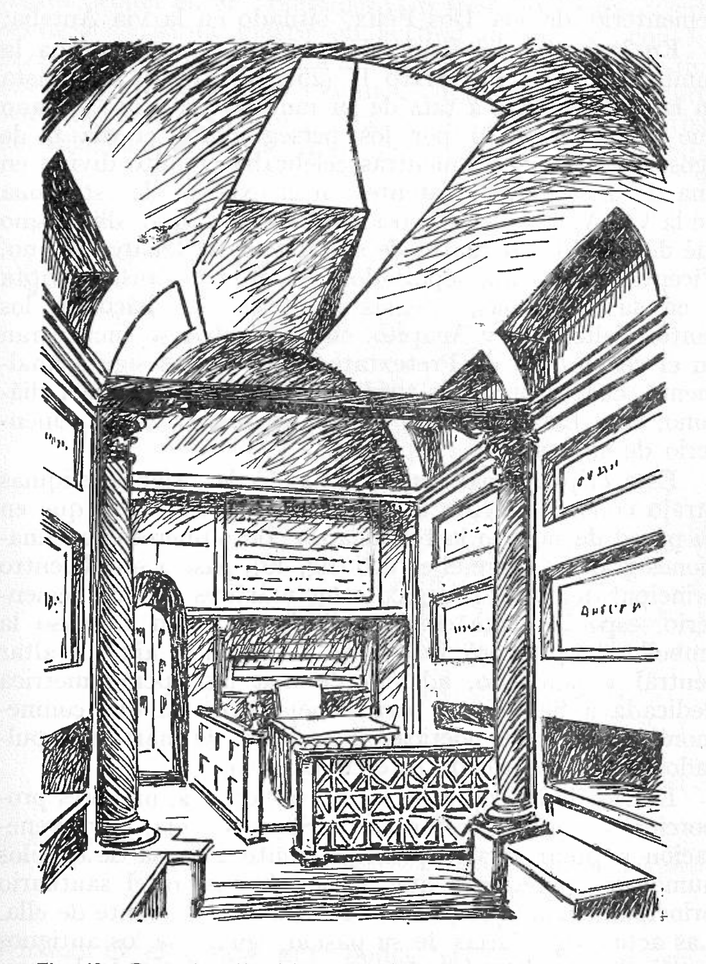


Fig. 48.—Reconstrucción del interior de la cripta de los Papas en el cementerio de San Calixto en la época de veneración a los mártires. El altar estaba ante la silla pontifical.

San Félix (269-274), inhumado el 30 de diciembre y más tarde confundido por la leyenda con algún homónimo del cementerio de los Dos Félix, situado en la vía Aurelia.

En la pared del fondo de esta cripta se veneraba la tumba del papa San Sixto II (257-258), de quien consta en la carta escrita a raíz de su muerte por San Cipriano que fué sorprendido por los perseguidores el día 6 de agosto del año 258, mientras celebraba el culto divino en una de las iglesias existentes en el exterior de esta zona de la vía Apia, todavía no identificada, y que allí mismo fué degollado con cuatro de sus diáconos, Jenaro, Magno, Vicente y Esteban, sepultados con él en la misma cripta o en sus cercanías, además de otros dos diáconos, los santos Felicísimo y Agapito, cuyas tumbas se encuentran en el cementerio de Pretextato, a los cuales siguió finalmente, cuatro días más tarde, el martirio del primer diácono, San Lorenzo, cuyo cuerpo se venera en el cementerio de su nombre.

Esta cripta papal, cuyo contenido de insignes reliquias atrajo constantemente la veneración de los fieles, que en su pared de ingreso la testificaron con numerosas aclamaciones grafitas sobre el estuco (fig. 49), pasó a ser el centro principal del culto litúrgico a los mártires en este cementerio, especialmente desde que el papa San Dámaso la embelleció y decoró ricamente levantando allí un altar central y poniendo, además de una inscripción métrica dedicada a San Sixto, otra semejante en la que conmemoraba con frases poéticas al conjunto de mártires sepultados en el recinto de este cementerio.

Detrás de la cripta de los papas, otra de mayores proporciones contuvo la tumba de Santa Cecilia, cuya veneración popular arraigó principalmente a causa de que los numerosos peregrinos que salían de visitar el santuario principal tenían que pasar necesariamente delante de ella. Las actas legendarias de su pasión, igual que los antiguos martirologios, la presentan como una mártir de la persecución de Marco Aurelio (177-180), aunque en realidad, por razón del lugar donde se halla la tumba, resulta de época muy posterior. Tanto el *Martirologio Jeronimiano* como el *Sacramentario Gelasiano*, señalan la fecha de su martirio y de su fiesta el día 16 de septiembre, fecha que se abandonó, cediendo el lugar a la festividad conmemorativa del 22 de noviembre, en que se celebraba el ani-

versario de la dedicación de la basílica en el título de Santa Cecilia en el Transtíber. Un fresco del siglo v presenta a la santa mártir en actitud de orante, con los brazos extendidos, ataviada según el estilo de la rica moda bizanitna; a poca distancia, una pintura que representa el busto de Cristo y otra con la figura de San Urbano, relacionado con la santa por el autor de su leyenda,

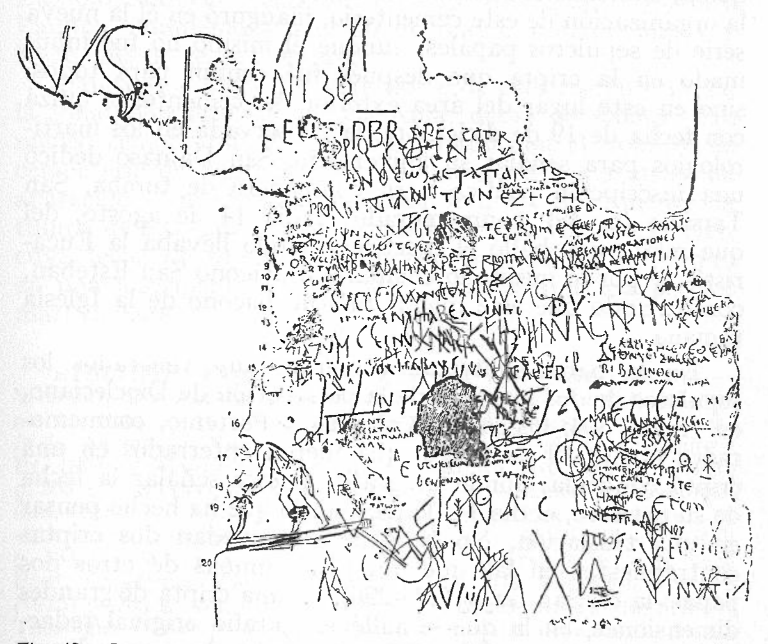


Fig. 49.—Grabados con multitud de nombres e invocaciones incisas en el muro de entrada a la cripta de los Papas en el cementerio de Calixto, prueba de la devoción de los peregrinos que visitaban el santuario.

se hallan en el mismo muro donde hay el nicho que contuvo su sarcófago, en un punto donde era fácil emplazar un altar portátil para los actos de culto del aniversario. La veneración popular viene atestiguada, además, por unas pinturas ejecutadas durante el siglo VII en el lucernario de la cripta, con cuatro figuras que representan a un mártir desconocido, San Sebastián, San Policamo y San Quirino, obispo de Siscia, santos de la devoción particular de quien hizo ejecutar tal composición.

En otra región no lejana se levantaba al exterior una iglesia de forma triabsidal, que aún se conserva, en la que, dentro de un mismo sarcófago o en un mismo túmulo, se veneraban los restos mortales del papa San Ceferino (199-217) y de San Tarsicio. Este papa fué el primero para el que ya no siguió la tradición de sus predecesores de ser sepultado al lado de San Pedro en el Vaticano, y quien, habiendo encomendado a su primer diácono Calixto la organización de este cementerio, inauguró en él la nueva serie de sepulcros papales, aunque él mismo no fué inhumado en la cripta que después fué común para todos, sino en este lugar del área exterior del cementerio, quizá con fecha de 19 de diciembre, la conservada en los martirologios para señalar su aniversario. San Dámaso dedicó una inscripción poética a su compañero de tumba, San Tarsicio (n. 48), conmemorado el día 14 de agosto, del que relata que halló el martirio cuando llevaba la Eucaristía, y por lo mismo lo compara al diácono San Esteban, confirmando que este mártir fué un diácono de la Iglesia romana.

En la parte subterránea fueron muy venerados los sepulcros de dos mártires de la persecución de Diocleciano, en el año 304: los santos Calócero y Partenio, conmemorados el día 19 de mayo, que fueron enterrados en una cripta conocida, donde un grafito parece señalar la fecha de su entierro, el día 11 de febrero, lo que ha hecho pensar en una traslación. No lejos de ella quedan dos criptas contrapuestas en las que hubo las tumbas de otros dos papas: la de San Gayo (283-296), en una cripta de grandes dimensiones, en la que se halló el epitafio original redactado en griego, que conmemora la fecha de su sepultura, el 22 de abril; la otra, de San Eusebio (fig. 30), muerto el día 26 de septiembre en su destierro de Cerdeña y enterrado después aquí en una cripta ricamente decorada con mármoles y mosaicos, seguramente por obra de San Dámaso, que colocó en ella una inscripción métrica (n. 30) en la que le da el dictado de mártir y recuerda el episodio de un cismático Heraclio, presentándole extremadamente rigorista con los *lapsi*, o sea con los que disimulaban su fe ante el rigor de las leyes de persecución. No lejos de éstas, pero en distinta galería, estaba la tumba del papa San Melquiades (311-314), conmemorado el 10 de enero, que fué quien vió triunfar el lábaro de Constan-

tino en el año 311, cuya tumba se quiere identificar con la de una gran cripta doble, no lejos de la región de los papas, que contiene la cubierta de un voluminoso sarcófago de mármol.

Finalmente, la inscripción damasiana dedicada a todos los mártires en común (n. 28) habla de un grupo de confesores originarios de Grecia, cuya veneración atestiguan los itinerarios históricos, que indican sus nombres: Eusebio, Marcelo y Máximo; el grupo de Hipólito, Adria y Paulina, conmemorado el 30 de mayo, y el de María y Neón, del 9 de noviembre.

Parece que hacia la parte norte de este cementerio, en la zona colindante con la vía Apia, debió de existir otro núcleo cementerial distinto, designado con el nombre de cementerio de Santa Sotere, del que nada hasta ahora ha aparecido. En él los itinerarios indican únicamente la tumba de esta santa, y aun situada en una iglesia exterior, cuya fecha de sepultura, indicada para el 11 de febrero en una inscripción del año 401, es la establecida por los martirologios.

BIBLIOGRAFIA: DE ROSSI, *Roma sotterranea cristiana.* — WILPERT, *Die Papstgräber und die Cäciliengruft in der Katakombe des hl. Callistus* (Freiburg i. Br. 1909). — WILPERT, *Die Malereien in den Sakraments Kapellen der Katakombe des hl. Callistus* (Freiburg i. Br. 1897). — MARUCCHI, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1910) p. 205 s. — BONAVENIA, ibid. (1910) p. 227 s. — SCHNEIDER-GRAZIOSI, ibid. (1914) p. 51 s. — SCAGLIA, ibid. (1914) p. 23 s. — WILPERT, en «Roemische Quartalschrift» (1901) p. 32 s. — WITTIG, ibid. (1905) p. 134 s. — WILPERT, ibid. (1908) p. 183 s. — STYGER, en «Atti della Pont. Accademia Romana di archeol.», ser. III: Rendiconti, vol. 3 (1925) p. 269 s.; vol. 4 (1926) p. 91 s.; en «Zeitschrift für katholische Theologie» (1932) p. 67 s. — MARRUCHI, en «Atti della Pont. Accad. Rom. di Arch.», ser. III, vol. 4 (1926) p. 247 s. — IOSI, en *Il Cimitero di Callisto*: Collezione «Amici delle Catacombe» II (Roma 1933).

24. Cementerio de San Sebastián

Situado en el límite de la zona cristiana de la vía Apia, se halla este cementerio, con sus importantes monumentos emplazados en una amplia colina, no lejos del circo de Majencio, en el lugar antiguamente llamado *ad catacumbas* y más tarde basílica de los Apóstoles.

Fué el único cementerio cuya memoria y emplazamiento, por haber sido conocidos en todos los siglos, cuan-

do las de los otros se habían perdido, llegó a sintetizar la representación de la Roma subterránea cristiana. En él San Felipe Neri celebró aquella mística Pentecostés en el interior de sus galerías, y los peregrinos de todas las edades afluyeron de continuo a invocar al mártir San Sebastián, cuyo cuerpo nunca fué sacado de su tumba primitiva. El lugar originario de su emplazamiento era llamado *ad catacumbas*, a causa de la notable depresión que acusa el terreno en esta localidad de la campiña, y esta denominación pasó más tarde a designar el mismo cementerio, de tal manera que a medida que empezaron a aparecer los otros antiguos cementerios, desde la época del Renacimiento, les fué también aplicado el nombre de catacumba, meramente topográfico de este lugar, que hoy se ha llegado a generalizar para expresar cualquier cementerio de tipo subterráneo.

En una galería de la catacumba existió el sepulcro de San Sebastián, mártir de la persecución de Diocleciano, cuya fiesta se celebra el 20 de enero. No puede definirse con certeza cuál haya sido la forma primitiva de la tumba, porque en el siglo IV se transformó el lugar en una capilla subterránea relacionada con una basílica superior. Otro mártir venerado fué San Eutiquio, hoy solamente conocido por una inscripción métrica que el papa San Dámaso puso en su honor sobre la tumba por él descubierta y que actualmente no ha reaparecido, quizá a causa de algún desmoronamiento natural de tierras en la región donde se hallaba, y acaecido seguramente en tiempos antiguos, puesto que ni los itinerarios históricos hacen mención de ella, aunque una conmemoración suya parece quedar el 4 de febrero. En cambio, estos mismos itinerarios indican la tumba de San Quirino, de quien se sabe que no era un mártir romano, sino el famoso obispo de Siscia, en Panonia, mártir de la persecución de Diocleciano, conmemorado el 4 de junio, cuyas reliquias fueron trasladadas a Roma por los fieles de aquella región cuando se refugiaron en Italia a principios del siglo V, huyendo de la invasión de las tribus bárbaras en las provincias del Danubio, siendo colocadas en una cripta bajo el pavimento de un gran mausoleo situado detrás de la basílica.

El área sepulcral de este cementerio tuvo su origen de algunos hipogeos paganos del siglo II, en los que aparecen los símbolos cristianos a principios del siglo III (fig. 16);

empezó a desarrollarse desde este momento durante los siglos III y IV en más de una región; las galerías y criptas son muy simples en su disposición arquitectónica; en ellas es muy rara la decoración y nada hay en las mismas de peculiar, como sucede en otros grandes cementerios cristianos, puesto que se amolda al tipo común cementerial para los fieles de una región determinada, y sabemos que pertenecía a la propia región del título de Bizante, enclavada en el monte Celio.

La razón de su preeminencia, que no estriba ni en su importancia ni en la de los mismos mártires que contenía, radica en otro hecho singular constituído por la llamada *Memoria Apostólica*, directamente relacionada con los apóstoles San Pedro y San Pablo, a quienes desde el siglo IV se dedicó la basílica cementerial, que todavía se conserva en su forma espaciosa, con tres naves y sin ábside adosado, puesto que la prolongación de las naves laterales, al cerrarse con una línea curva en el lugar que correspondía a aquél, le da una forma singular y característica en los tipos arquitectónicos del templo cristiano. Los motivos históricos que indujeron a su construcción parecen basados en el hecho de que en aquel lugar, durante la persecución de Valeriano, hacia el año 258, los venerables cuerpos de ambos apóstoles fueron escondidos durante el período de peligro para evitar que fueran violados en sus propias tumbas originarias. Es cosa sabida que el sepulcro de San Pedro, aún actualmente venerado en el Vaticano, cerca de la antigua vía Cornelia, y el de San Pablo, en la vía Ostiense, son los mismos sepulcros en que fueron colocados los restos mortales de los dos apóstoles después de su cruento martirio en la época de Nerón. Siempre han sido venerados en el mismo lugar, y desde la era de la paz vinieron a quedar bajo el macizo del altar de una basílica propia para cada uno, sin que sus restos fueran movidos. No obstante, una antiquísima y bien fundada tradición sostiene que durante un cierto período de tiempo ambos cuerpos fueron sustraídos de sus propias tumbas para ser escondidos en este lugar llamado *ad catacumbas*, desde el cual, una vez disipada la persecución, fueron devueltos a sus respectivos sepulcros.

Este hecho, antes controvertido y mal identificado, parece verse confirmado ante las revelaciones hechas por los diversos monumentos que las excavaciones de estos

últimos años han puesto de manifiesto en el subsuelo de la basílica. En la misma depresión del terreno que originó el nombre de *catacumba*, a una profundidad de unos veinte metros bajo el nivel de la basílica, existen, después de una hilera de columbarios, o sea hipogeos destinados a contener urnas cinerarias, algunos mausoleos del siglo II, junto a los restos de una villa romana, que llenaban completamente el hueco de la depresión natural de la colina.

En este punto, que corresponde precisamente al centro de la basílica, y por encima de estos hipogeos, fué construída, en un segundo período, una galería cubierta, con un patio, en el que no faltó una pequeña fuente destinada a los usos del refrigerio que los cristianos desde el siglo III vinieron a celebrar en memoria de los apóstoles, precisamente en este sencillo monumento, cuyas paredes, en parte conservadas, llevaban un revoque de estuco, en el que los fieles dejaron una multitud de inscripciones grafitas invocando a San Pedro y a San Pablo. En los pocos fragmentos de estuco conservados, que no representan ni una cuarta parte del total, se han leído más de doscientas, las que por su paleografía parecen indicar un período que, empezando en los últimos decenios del siglo III, llega hasta el momento de la erección de la basílica.

Esto demuestra una ferviente veneración cristiana de los fieles a este lugar, que frecuentaron con preferencia a otros de los distintos santuarios cementeriales de Roma, y al mismo tiempo confirma que aquí existió un motivo poderoso de atracción. San Pedro y San Pablo debían tener aquí una *memoria* directa y real, que queda confirmada por los mismos cristianos en pleno período de persecución.

Junto a este monumento que precedió y originó la basílica del siglo IV, se encuentran, recayendo bajo lo que fué su patio, los tres hipogeos construídos en el siglo II, los cuales, si bien son paganos por su origen, por lo menos uno de ellos ya ofrece inmediatamente signos manifiestos del cristianismo. Éste es el hipogeo de Clodio Hermes (figura 16), en el que algunos quieren ver el escondite que acogió los cuerpos de los apóstoles. Y como a poca distancia se han hallado también los restos de una villa romana, no ha faltado quien ha creído poder identificar en ella una habitación personal de los príncipes de la Iglesia.

Sea que se trate de una permanencia en vida, que es

lo menos probable, o de un escondite de mediados del siglo III, que es más verosímil, o bien, como alguien ha pretendido, que aquí existiera sólo una conmemoración litúrgica que hermanó para siempre los nombres de San Pedro y de San Pablo en una única festividad del 29 de junio, cabe confesar que las excavaciones, hoy bastante completas, que permiten conocer a la perfección los diversos monumentos aparecidos, no han revelado aún nada en concreto. De todos modos, el lenguaje de las inscripciones grafitas en el monumento de la *memoria apostólica* es un modo de hablar que no deja lugar a duda de que un recuerdo íntimo de San Pedro y San Pablo se encontraba allí y que en el mismo lugar se les rindió veneración.

De este recuerdo tuvo que arrancar inmediatamente, apenas constituída la *memoria apostólica,* el comienzo de excavación del cementerio cristiano; pero llegada la época de la paz, el incremento mayor vino con la obra formidable de la grandiosa basílica erigida con fines exclusivos de sepultura, que los cristianos pagaron a caro precio con el deseo de descansar cerca de la memoria de los apóstoles y de la tumba de San Sebastián, que también fué incorporada a la nave mayor de la basílica, teniendo que arrasar todos los monumentos existentes para obtener la plataforma en que se levantó.

BIBLIOGRAFIA: DE ROSSI, en «Bull. di Arch. Crist.» (1877) p. 141 s.—MARUCCHI, en «Römische Quartalschrift» (1892) p. 275 s.—COLAGROSSI, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1909) p. 51 s.—MARUCCHI, ibid., p. 63 s.—A. DE WAAL, en «Römische Quartalschrift» (1915) p. 269 s.—FORNARI, en «Rivista di Arch. Crist.» 1929. p. 7 s.; 1932, p. 201 s.—CHERAMY, *St. Sébastien hors les murs. La basilique. Le cimetière ad Catacumbas* (París 1925).

Sobre la *Memoria Apostólica*: STYGER, en «Römische Quartalschrift» (1915) p. 73 s., 149 s.—A. DE WAAL, ibid., p. 145 s.—FASIOLO, ibid., p. 206 s.—GROSSI-GONDI, ibid., p. 221 s.—MARUCCHI, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.», 1916, p. 5 s.; 1917, p. 47 s.; 1920, p. 5 s.; 1922, p. 3 s.—GROSSI-GONDI, ibid. (1922) p. 27 s.—STYGER en «Atti della Pont. Accad. Rom. di arch.», serie III, vol. 1 (1923), p. 1 s.—MARUCCHI, ibid., p. 247 s.—GROSSI-GONDI, ibid., p. 271 s.—, MARUCCHI, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» 1915, p. 5 s.; 1917, p. 47 s.; 1920. p. 5 s.; 1921, p. 3 s.; 1922, p. 3 s.—GROSSI-GONDI, ibid. (1922) p. 27 s.—PROFUMO, en «Studi Romani» (1914) p. 415 s.—MANCINI, en «Notizie degli scavi» (1925) p. 3 s.—MARUCCHI, ibid., p. 80 s.—A. VON GERKAN, en el volumen de H. LIETZMANN *Petrus und Paulus in Rom,* 2ª ed. (Berlín 1927).—FORNARI, en «Atti del Congresso di Ravenna» (1933) p. 315.—PRANDI, *La Memoria Apos-*

tolorum in Catacumbas: Roma sotterranea cristiana II (Roma 1936).—DELEHAYE: *Le sonctuaire des apôtres sur la voie appienne*, en «Analecta Bollandiana» 45 (1927).

IX. VIA ARDEATINA

Esta vía partía del Aventino y discurría a través de la muralla de Aurelio, casi paralela y a poca distancia de la vía Apia, atravesando la campiña romana en dirección a Ardea, de la que tomó el nombre. Disminuyó su importancia cuando se despobló la campiña romana, de modo que incluso llegó a perder la puerta monumental que daba acceso a la ciudad por esta vía a través de las murallas, cuando en el siglo XVI se levantó la famosa fortificación dirigida por el arquitecto Sangallo. En la zona señalada por una faja de terreno comprendida entre esta vía y la vía Apia, se extienden las áreas cementeriales más importantes de esta región. Hubo por lo menos tres cementerios independientes, que, aunque no bien definidos por los itinerarios, parece que deben relacionarse con esta vía.

Éstos son, por su parte izquierda, el cementerio de Balbina y el de Basileo, y a la derecha, el de Domitila.

25. Cementerio de Balbina

De todos los situados en esta región es el cementerio que los itinerarios señalan como más próximo a Roma, aunque hasta el presente no haya sido identificado todavía. Su denominación indica que conserva el nombre de la fundadora o de la familia propietaria del terreno, llamada Balbina, cuyo hipogeo titular debió de formar el núcleo principal del que derivó su ulterior desarrollo. Es probable que éste se formara principalmente por ser el lugar de sepultura propio de los fieles pertenecientes a la demarcación urbana del título de Balbina, situado en el Aventino.

Se sabe que en este cementerio el papa Marco construyó una basílica en el año 336, que, como no pudo ser erigida con fin de santuario, ya que no hay ninguna mención histórica sobre algún mártir que allí se venerara, cabe pensar que la levantó con fines exclusivamente fune-

rarios. Lo cierto es que en ella hubo la tumba de su fundador el papa San Marco, venerado como santo el día 7 de octubre, según consta en los documentos históricos.

A poca distancia de este cementerio, por la parte de mediodía, el papa San Dámaso (366-384) hizo construir una basílica destinada a su propia sepultura, en la que se veneró la memoria del gran pontífice impulsor del culto de los mártires el día del aniversario de su muerte, 11 de diciembre. En ella estaban también las tumbas de su madre y de su hermana Irene, a las que dedicó unas inscripciones funerarias redactadas en verso (nn. 218, 228). No se ha podido identificar tampoco el emplazamiento de esta construcción, que parece debe corresponder a una región cuyo subsuelo se halla cruzado por una serie de galerías y criptas subterráneas, no excavadas completamente y menos aún exploradas.

26. Cementerio de Basileo

No muy lejos de la anterior región cementerial, casi lindante con las varias regiones que componen el cementerio de San Calixto, han podido ser identificados los restos de una basílica, puesta en relación con un núcleo subterráneo de galerías y criptas, algunas de estas últimas de formas muy amplias y ricamente decoradas, que denotan el desarrollo característico del siglo IV. Se trata del cementerio que conserva todavía el nombre antiguo de Basileo, en el que se veneraban las tumbas de los mártires de la persecución de Diocleciano San Marco y San Marceliano, recordados el día 18 de junio, de los cuales, por falta de fuentes históricas, se ignora su vida y martirio. Es cierto que ambos fueron sepultados en el cementerio exterior, motivando con ello la construcción de la basílica señalada por los itinerarios históricos y asimismo el desarrollo del cementerio, en cuyas criptas aparecen temas decorativos como los de Jesús en medio de los doce apóstoles o entre los cuatro evangelistas, que recuerdan las composiciones decorativas de los ábsides de las basílicas desde el siglo IV.

BIBLIOGRAFIA: DE ROSSI, en «Bull. di Arch. Crist.» (1867) p. 1 s., 30 s. — MARUCCHI, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1899) p. 5 s. — WILPERT, ibid., 1903, p. 43 s., 315 s.; 1905, p. 67 s. — MARUCCHI, ibid., 1905, p. 191 s.; 1908, p. 157 s. — WILPERT, en «Rö-

mische Quartalschrift», 1908, p. 124 s.; 1930, p. 1 s. — FORNARI, en «Rivista di Arch. Crist.», 1925, p. 7 s.; 1930, p. 7 s. — MARUCCHI, ibid. (1927) p. 103 s.

27. Cementerio de Domitila

Este cementerio, que es uno de los más vastos y más profundos de todos los de Roma, se desarrolla bajo el terreno de una colina situada a la derecha de la vía Ardeatina. El lugar pertenecía, a fines del siglo I, a Flavia Domitila, esposa de Tito Flavio Clemente, cónsul en el año 95, que murió mártir condenado por su primo el emperador Domiciano (95-96), mientras que ella fué condenada al destierro. En muchos puntos de este terreno se abrieron lugares de sepultura, de modo que, a fines del siglo I, aparecen, a poca distancia unos de otros, los primeros hipogeos cristianos, que más tarde dieron lugar a la apertura de las primeras galerías subterráneas, que, entrecruzándose, constituyeron el grandioso cementerio que se desarrolló hasta fines del siglo IV.

Los primeros hipogeos cristianos preparados en este terreno de propiedad de Flavia Domitila, de quien tomó el nombre el cementerio, fueron excavados a distintos niveles subterráneos, lo que dió por resultado que las obras de ampliación para unirlos mutuamente se efectuaron a través de dos pisos principales, además de otros secundarios. En un principio se formaron dos hipogeos bastante distantes entre sí: el de los Flavios (fig. 25), abierto en la ladera de la colina por medio de una construcción que, a través de su puerta, comunicaba con una larga galería provista de grandes nichos laterales, abiertos en la roca, para contener sarcófagos de mármol, ricamente decorados, con temas entre los que aparecen, desde principios del siglo II, algunas representaciones típicamente cristianas. El segundo, constituído por el hipogeo de Ampliato, que podría muy bien ser el que menciona San Pablo en su Carta a los Romanos, formado por una cripta subterránea que comunica con el exterior por medio de una escalera y cuya decoración se resuelve en antiguos motivos de arquitectura que encuadran temas de paisaje.

Entre estos dos hipogeos se excavó, en la primera mitad del siglo II, un tercer hipogeo, también con escalera propia, dotado de una galería comunicante con el

nivel que quedó establecido como el más inferior del cementerio. Partiendo de esta galería se originaron otras transversales, mientras que en el decurso del siglo III fué excavada una nueva red que se desarrolló extraordinariamente durante el siglo siguiente, según el plan preconcebido, formado por dos grandes arterias que se cortan perpendicularmente y forman la base de distribución de las demás galerías adyacentes (fig. 28).

También en el siglo II se desarrolló asimismo una red de galerías detrás del hipogeo de los Flavios, sistemáticamente organizadas con escalera propia, las que fueron rebajadas por lo menos dos veces durante el siglo II, originando así un tipo de galerías extremadamente altas. Dos nuevas regiones se añadieron durante el siglo IV a las anteriores, viniéndose con ello a relacionarlas todas definitivamente para determinar el grandioso sistema de galerías, que hace de este cementerio subterráneo uno de los más monumentales por su arquitectura y también uno de los más antiguos por la importancia cristiana primitiva de sus primeros hipogeos (fig. 29).



Fig. 50.—Cementerio de Domitila. Representación del martirio de S. Aquileo.

Como particularidad curiosa cabe señalar el hecho de que en el siglo III, delante del ingreso primitivo del hipogeo de los Flavios, fué construída una espaciosa sala abierta a un patio destinado a las reuniones que era costumbre celebrar en memoria de los fieles enterrados en el cementerio, cuando venían los familiares a cumplir con el uso del *refrigerio*, para lo cual disponían de un pozo abierto al lado, que les suministraba el agua necesaria para el rito.

Este cementerio, con un desarrollo tan completo que permite seguir su historia a través de tres siglos, no sólo contiene los tipos más característicos de las pequeñas criptas, las más primitivas destinadas a lóculos o arcosolios, como el modelo de las excavadas en proporciones mayores y con pretensiones arquitectónicas, sino que abunda asimismo en representaciones pictóricas de decoración que dan motivo a una manifestación de temas cristianos, entre los que abunda la representación de Cristo, en la figura del Buen Pastor, la escena de la adoración de los Magos y Cristo entre los apóstoles o los evangelistas. Este cementerio dependía del título de Fasciola, situado cerca de las termas de Caracalla, y en él eran enterrados los fieles que poblaban intensamente su demarcación religiosa.

Los mártires conocidos en este cementerio, según la indicación de los itinerarios, comprobada por las excavaciones que lo pusieron de manifiesto desde 1864, eran sólo tres, que se veneraron en el mismo punto donde fué edificada una basílica. Éstos eran Santa Petronila, conmemorada el 31 de mayo, y los santos Nereo y Aquileo, venerados el 12 de mayo. Poco se sabe de la primera, que parece haber pertenecido a la familia Aurelia, cuyo cuerpo, transportado al Vaticano por el papa Pablo I (757-767) en su sarcófago, debió de estar sepultado no lejos de lo que fué más tarde el ábside de la basílica, porque inmediatamente a él se halla una pequeña cripta, en cuyo arcosolio fué enterrada una mujer llamada Veneranda, que se hizo representar al lado de la figura de la santa, como si ésta la introdujera en el paraíso (lám. 83).

Los santos Nereo y Aquileo parece que sufrieron el martirio durante la persecución de Diocleciano. Según consta en la inscripción métrica que les dedicó el papa San Dámaso (n. 37), resultaría que ambos fueron soldados y que, obligados a tomar parte en la persecución contra los cristianos, se convirtieron a la fe, abandonaron las armas y confesaron a Cristo en el martirio. Esto se confirma con la representación del martirio de San Aquileo (fig. 50), figurada en una columna que debió formar parte del baldaquín del altar (fig. 51). Sus tumbas se hallaban en el interior del subterráneo, y aunque no puedan reconocerse por las transformaciones realizadas a su alrededor, parece que ya a principios del siglo IV se construyó una

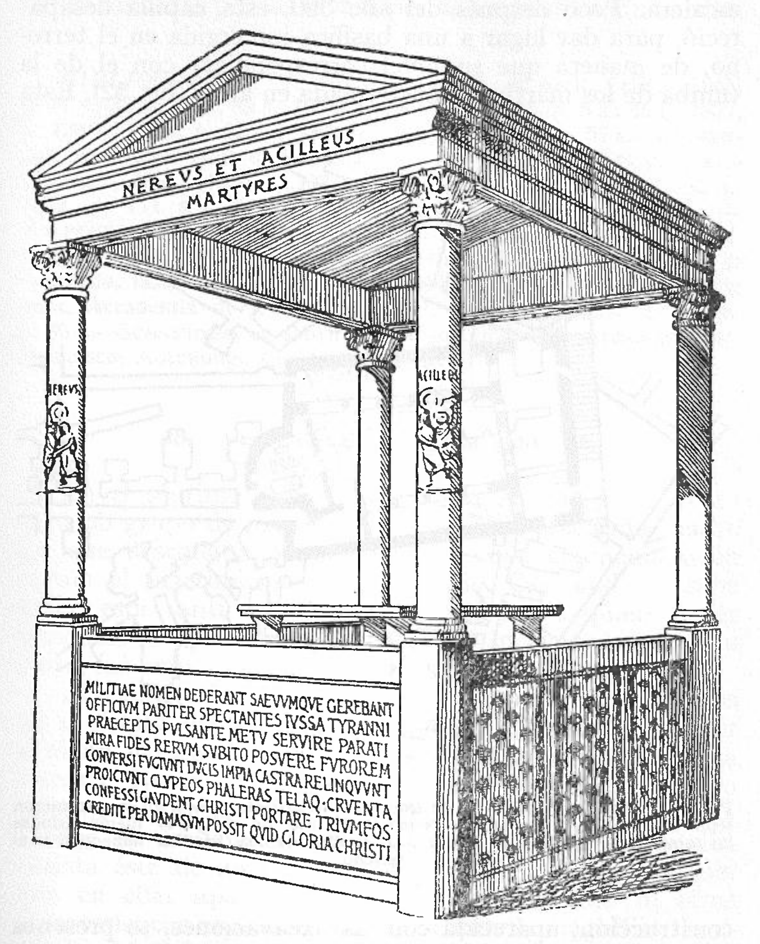


Fig. 51.—Reconstrucción del altar erigido sobre la misma tumba de los mártires santos Nereo y Aquileo en la basílica del siglo IV.

capilla subterránea que sirviera para venerarlas, puesta en comunicación directa con el exterior por medio de una escalera. Poco después del año 390, esta capilla desapareció, para dar lugar a una basílica inmergida en el terreno, de manera que su nivel correspondiera con el de la tumba de los mártires transformada en altar (fig. 52). Esta

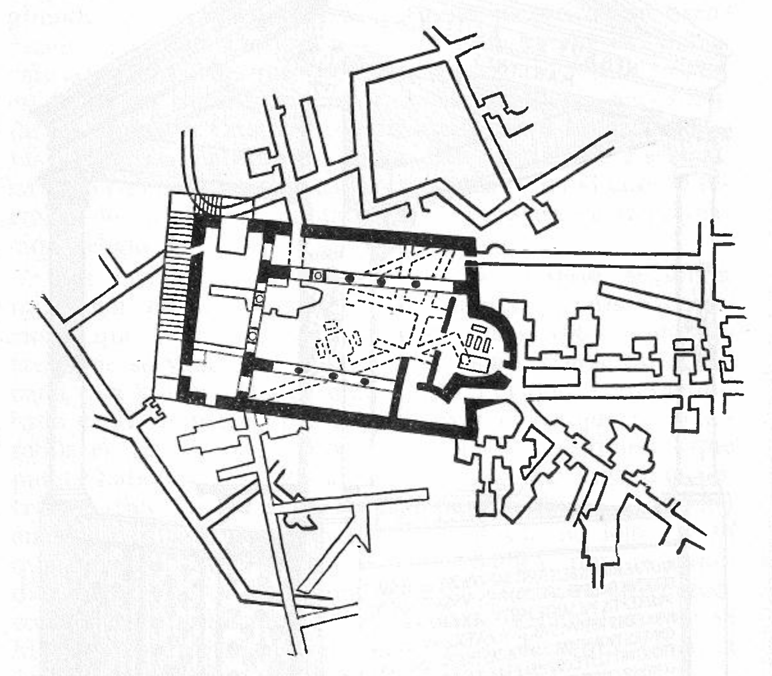


Fig. 52.—Zona del cementerio de Domitila, de distintos pisos, en la que fueron sepultados los mártires, santos Nereo y Aquileo. En el siglo IV fueron aisladas las tumbas, que pasaron a quedar bajo el altar de una basílica inmergida en el terreno.

construcción, aparecida con las excavaciones, se presenta como una esbelta basílica de tres naves y ábside precedida por un nártex que comunica con la superficie del terreno a través de una ancha escalera; sobre ambas naves laterales existieron sendas galerías directamente comunicadas con el exterior (lám. 44). Todo demuestra que fué una construcción suntuosa y que sus mártires fueron de los más celebrados. Desde la cátedra pontifical que existía en el fondo del ábside consta que el papa San Gre-

gorio pronunció la homilía en honor de los santos mártires, célebre por el recuerdo que evoca de las calamidades causadas por las invasiones de los pueblos lombardos.

BIBLIOGRAFIA: DE ROSSI, en «Bull. di Arch. Crist.», 1865, p. 17 s., 33 s., 41 s., 89 s.; 1874, p. 5 s., 68 s.; 1875, p. 5 s., 45 s.; 1877, p. 128 s.; 1878, p. 125 s.; 1879, p. 5 s., 91 s.; 1881, p. 57 s.—STEVENSON, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.», 1897, p. 187 s.; 1898, p. 31 s.—WILPERT, ibid. (1899) p. 87 s. — MARUCCHI, ibid., 1901, p. 233 s.; 1912, p. 111 s. — SCHNEIDER-GRAZIOSI, ibid. (1912) p. 123 s. — WILPERT, en «Römische Quartalschrift» (1887) p. 20 s. — MARUCCHI, *Roma sotterranea cristiana. Nuova serie*, t. I: *Il cim. di Domitilla*, fasc. 1 y 2 (Roma 1909-1914). — STYGER, en «Atti della pont. Accademia di Arch.», serie III: Rendiconti, vol. 5 (1928) p. 89 s.—SCHNEIDER, en «Mitteilungen des Deutschen Archaeol. Inst. Roemische Abteilung», 43 (1928) p. 1-12.

28. Cementerio de Santa Felícula

En el séptimo miliario de la vía Ardeatina se veneraba un grupo de mártires, no muy bien precisados, entre los que descollaba Santa Felícula, cuya conmemoración señala el martirologio el 5 de junio. Casi nada se sabe sobre esta santa virgen, que una leyenda quiere hacer remontar a épocas muy primitivas; lo cierto es que su culto fué muy popular, especialmente en el siglo VI.

El cementerio que contenía su tumba, por quedar lejos de la órbita del suburbio de Roma, debió de pertenecer a algún núcleo de población perteneciente a la campiña romana. Hasta ahora permanece desconocido, aunque no falte quien pretenda identificarlo con el que se desarrolla debajo de la iglesia rural llamada de la Nunziatella. Consta éste de algunas galerías, no bien exploradas, sin que en ellas aparezca centro histórico alguno ni otras características especiales. Es importante la magnífica decoración del siglo IV en uno de sus cubículos, especialmente por la pintura de la bóveda, que representa el juicio de Cristo. El Salvador está sentado en el centro con el volumen de la Ley en su mano izquierda, mientras a sus lados aparecen dos santos que se ofrecen como intercesores de las almas ante el tribunal divino. En los cuatro ángulos aparecen cuatro figuras orantes, acompañadas por ovejas de la grey del Buen Pastor, como para indicar que la di-

vina sentencia es favorable y que los fieles enterrados en la cripta están admitidos entre los elegidos del paraíso.

BIBLIOGRAFIA: De Rossi, en «Bull. di Arch. Crist.» (1877) p. 136 s.

X. VIA OSTIENSE

La vía que conducía a la célebre ciudad de Ostia, puerto de Roma en el punto en que el río Tíber desemboca en el Mediterráneo, tenía su origen en la antigua puerta Trigémina, situada entre el monte Aventino y el río en la prolongación de la muralla de Servio Tulio. Cuando Aureliano construyó las nuevas murallas en 272, su punto de partida se desplazó a la nueva puerta Ostiense, denominada de San Pablo desde el siglo v, porque conducía a la famosa basílica del Apóstol de las Gentes. Esta puerta se conserva todavía según el tipo constructivo renovado por el general Belisario en el siglo VI.

Los itinerarios mencionan cuatro memorias cristianas principales situadas en ella: la tumba del apóstol San Pablo, los cementerios de San Timoteo y de Santa Tecla y el cementerio de Comodila.

29. Cementerio de Comodila

Es la única necrópolis de grandes dimensiones señalada en la vía Ostiense y a una cierta distancia de ella hacia la izquierda. Descubierta momentáneamente en 1720, quedó otra vez obstruída, hasta que reapareció en 1903, siendo metódicamente excavada. Se conoce la región central, que contiene el santuario de los mártires venerados, la cual consiste en una ancha galería que se originó con la utilización de un antiguo arenario, cuyo ingreso primitivo se abría en la ladera de la colina. En el siglo III se creó el cementerio cristiano por concesión de la propietaria del terreno, Comodila, de la cual tomó el nombre. Su desarrollo, aunque no adquirió las proporciones de otros cementerios semejantes, presenta dos pisos sobrepuestos y además un interés especial de utilizar con mayor provecho las galerías próximas al santuario de los mártires por medio de cambios de nivel y de fosas en el pavi-

mento, que constituyen una de las características de este cementerio.

El santuario de los mártires se halla precisamente en la galería más ancha, donde se hallaron sus tumbas. Éstos eran: San Félix, San Adaucto y Santa Mérita, todos pertenecientes a la persecución de Diocleciano. El primero, San Félix, era sacerdote, mientras la tradición hace militar a San Adaucto, y martirizados ambos en el mismo día en que se celebra su fiesta, 30 de agosto. Nada se sabe, en cambio, de Santa Mérita, cuya festividad señalan

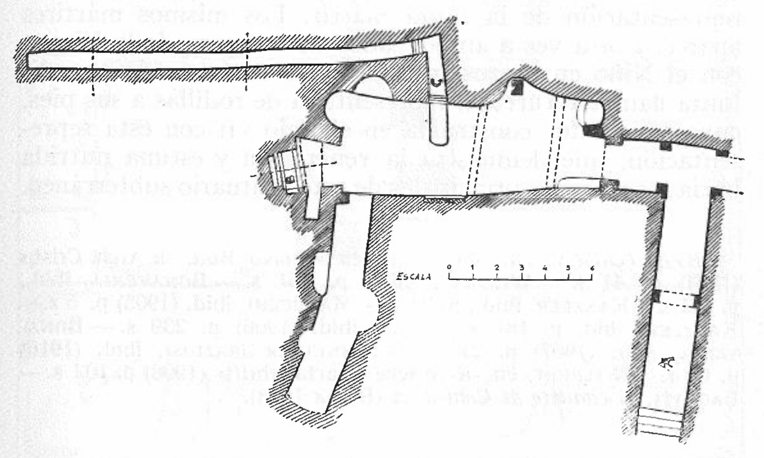


Fig. 53.—Santuario subterráneo en el cementerio de Comodila donde estuvieron las tumbas de los mártires santos Félix y Adaucto. A, escalera de ingreso; B, una de las sepulturas históricas; C, galería llamada *retro sanctos*, tapiada en su ingreso cuando se construyó el ensanchamiento interior del santuario.

los martirologios el 22 de septiembre. Parece que la tumba de los dos primeros se hallaba en el fondo de la galería, mientras que la de Santa Mérita queda localizada en el corredor que conducía a lo que fué después el santuario común (fig. 53). En la era de la paz se amplió la galería para constituir el santuario, a la manera de una iglesia subterránea, con un refuerzo de paredes destinadas a sostener la bóveda excavada en la roca natural y con la adición de dos pequeños nichos o ábsides en el ángulo del fondo cerca de la tumba de los mártires principales (lámina 45). San Dámaso embelleció este lugar, colocando en él una de sus inscripciones poéticas, en la que teje el elo-

gio de ambos mártires (n. 36). También el papa Juan I (523-526) al reparar este cementerio, restaurándolo y consolidándolo, decoró los muros próximos a las tumbas de los mártires con unas pinturas que fueron renovadas durante el siglo siguiente. Así, en la pared del fondo queda una imagen de San Lucas, que formaría parte de esta decoración; en relación con la tumba de San Adaucto, se ve una composición en la que figuran los tres mártires de este cementerio con San Esteban, a ambos lados de la figura de Jesús; igualmente, en la tumba de Santa Mérita se ven los restos de un fresco en el que no falta la representación de la santa mártir. Los mismos mártires aparecen otra vez a ambos lados de la figura de la Virgen con el Niño en brazos intercediendo en favor de una difunta llamada Túrtura, representada de rodillas a sus pies, cuya tumba fué construída en el siglo VII con esta representación, que demuestra la veneración y estima nutrida hacia los mártires principales de este santuario subterráneo.

BIBLIOGRAFIA: MARUCCHI, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1904) p. 41 s. — WILPERT, ibid., p. 161 s. — BONAVENIA, ibid., p. 171 s.—KANZLER, ibid., p. 237 s.—MARUCCHI, ibid. (1905) p. 5 s.— KANZLER, ibid. p. 181 s. — CELI, ibid. (1906) p. 239 s. — BONAVENIA, ibid. (1907) p. 277 s. — SCHNEIDER-GRAZIOSI, ibid. (1916) p. 69 s. — WILPERT, en «Römische Quartalschrift» (1908) p. 102 s. — BAGATTI, *Il cimitero di Comodilla* (Roma 1938).

30. Cementerio de Timoteo

También los itinerarios señalan, no lejos de la basílica de San Pablo, la tumba del mártir San Timoteo, de quien cuenta la leyenda que siendo sacerdote vino de Antioquía a Roma en tiempo de Diocleciano y, habiendo sufrido el martirio el 22 de agosto, fué sepultado no lejos de la tumba de San Pablo.

De Rossi creyó poderla localizar en 1872 en un cubículo dotado de un arcosolio, sin inscripciones ni pinturas, que comunicaba con el exterior por medio de una escalera, en cuyas paredes leyó diversos nombres grafitos en griego y en latín.

31. Cementerio de San Pablo

En el área de terreno que se extiende al separarse el río Tíber de la vía Ostiense, existió ya desde el primer siglo una zona cementerial pagana y dedicada a columbarios, para la incineración, en la que se dió sepultura al gran Apóstol de las Gentes, San Pablo, después de su martirio, acaecido en la época de Nerón en el año 64. Aunque más tarde, a causa de la presencia de esta tumba venerable, se desarrolló aquí un núcleo cementerial cristiano, nunca lo hizo en la forma de los otros, porque



Fig. 54.—Placas de mármol que forman la inscripción dedicada a San Pablo, apóstol y mártir, en el plano inferior del altar erigido en el siglo IV sobre la tumba.

toda la zona estaba apretujada de monumentos paganos y también porque se asentaba sobre un terreno de aluvión demasiado cercano al río que impedía la excavación de galerías subterráneas. Se ignora quién cedió su monumento funerario para acoger los restos mortales del apóstol en un punto muy cercano al trazado de la antigua vía Ostiense, que corresponde a unos veinte metros de distancia del actual. Parece que el papa Anacleto, ya en el siglo I, construyó sobre ella un monumento, que es llamado *trofeo* por el presbítero Gayo, durante el siglo III.

Llegada la era de la paz, el emperador Constantino construyó una basílica sobre la tumba apostólica, que pasó

a ser el altar de la misma, en la que todavía se ven los restos de una inscripción en mármol dedicada al apóstol y mártir San Pablo (fig. 54). Esta basílica, dada la posición del terreno, tuvo el ábside en dirección a occidente, y no parece que debió de ser de grandes dimensiones, puesto que en el año 386, bajo el pontificado de Siricio, el emperador Valentiniano II construyó otra nueva basílica diversamente orientada, desviándose para ello el curso de la vía Ostiense, y con el atrio en dirección a occidente. La tumba permaneció intacta con su altar constantiniano en el centro del crucero y delante del ábside de esta inmensa y bellísima construcción, cantada por el poeta Prudencio, dividida en cinco grandes naves y, ricamente decorada, como lo demuestra la parte de mosaico que se conserva en el arco triunfal. Pocos años después de construída, un intenso temblor de tierra demolió toda su parte delantera, reconstruída inmediatamente a partir del año 442 por el papa San León I, quien levantó otra vez los muros de la nave central y reponiendo las columnas que quedaron maltrechas; más tarde, el papa Símmaco (498-514) tuvo que rehacer nuevamente todo el ábside. Esta basílica, conservada a través de tantas vicisitudes históricas y llena con los recuerdos de todas las edades, fué destruída por un incendio en el año 1823. Nuevamente y con mayor esplendor fué reconstruída e inaugurada por el papa Pío IX.

BIBLIOGRAFIA: STEVENSON, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.», 1897, p. 283 s.; 1898, p. 60 s. — GRISAR, *Le tombe apostolique*, en «Analecta Romana» I (Roma 1898) p. 259 s. — LANZIANI, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1917) p. 7 s., 29 s. — S. PESARINI, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1922) p. 81 s. — SCHUSTER, *La basilica e il monasterio di S. Paolo* (Torino 1935).

32. Cementerio de Santa Tecla

Los itinerarios han conservado la memoria de un santuario dedicado a Santa Tecla, que sitúan hacia la parte de levante de la basílica de San Pablo, en una colina donde afirman que el cuerpo de la santa descansaba dentro de una cripta subterránea. En correspondencia con este punto se conoce una pequeña región cementerial formada por tres galerías con algunas criptas, cuyo núcleo central se halla constituído por una capilla subterránea

terminada por un ábside y con dos hileras de pilares que apoyan el techo, pero es cierto que la disposición peculiar que ofrece este ámbito subterráneo presenta asimismo muchas de las características propias de los sepulcros históricos, es decir, de sepulcros de mártires públicamente venerados. Como, por otra parte, fuera del santuario de Santa Tecla, no hay mención de ningún otro mártir, es fácil identificarlo como el lugar de sepultura que contuvo la tumba de esta santa, aunque no existan pruebas ciertas para su identificación definitiva. El santuario adquirió la forma de basílica durante el siglo IV por razón de haber existido una tumba con indicios de haber sido venerada, si bien la falta de detalles no permite precisar el lugar en que se hallaría situada, aunque se presuma sería cerca del ábside. Todo lo dicho es causa de que no se tengan más datos sobre la mártir venerada, para la que, además, faltan las menciones históricas concretas.

BIBLIOGRAFIA: ARMELLINI, en «Römische Quartalschrift» 1889, p. 343 s.; 1890, p. 259 s.

XI. VIA PORTUENSE

En la región transtiberina de la antigua Roma se abría la conocida puerta Naval, de la que arrancaba la vía Portuense, que conducía a la ciudad de Porto, en el Mediterráneo, situada a pocas millas de Roma, en el punto donde esta ciudad tenía su gran puerto abierto al tráfico marítimo. Cuando se construyó la nueva muralla de Aurelio, esta vía arrancó de la puerta Portuense, restaurada en el siglo V y derruída bajo Urbano VIII en 1543 para dar lugar a la construcción de la actual.

Todo el movimiento comercial que unía el puerto de Roma con la región del Transtíber, poblada de comerciantes romanos y extranjeros, se desarrolló a través de esa vía, que, en su primer trayecto, discurría entre jardines y villas de recreo, entre las que no tardaron en aparecer monumentos cristianos, singularmente cementeriales. Los que mencionan los itinerarios responden al cementerio de Ponciano, al de San Félix y al más lejano de ellos, situado en el miliario sexto, dedicado a Generosa.

33. Cementerio de San Félix

El primer cementerio más próximo a la puerta Portuense viene indicado por los itinerarios con la denominación *ad insalatos*, cuyo nombre, aunque parece indicar una situación topográfica, no ha podido ser explicado todavía por el hecho de que tampoco, hasta el presente, se haya hallado ni menos identificado el punto donde se encontraba el cementerio. Parece, de todos modos, que se trataba de una región cementerial bastante extensa, en la que los itinerarios señalan la presencia de una basílica erigida en honor del mártir San Félix, de quien se ignora si tuvo la tumba al aire libre o en el interior de las galerías subterráneas.

Tampoco se sabe exactamente quién sería este mártir, venerado el día 29 de julio, puesto que únicamente es nombrado en los itinerarios sin particularidades que perfilen su personalidad, por otro lado muy difícil de fijar a causa de la carencia de documentos históricos ciertos y de los datos que podría proporcionar el hallazgo de su santuario en relación con el sepulcro.

34. Cementerio de Ponciano

Se extiende sobre la parte alta de la colina de Monteverde este importante cementerio cristiano, descubierto en 1618 y mal explorado todavía a causa de la poca consistencia del subsuelo donde se hallan extendidas las galerías, que no permiten una fácil excavación. No ha sido posible todavía establecer cuáles hayan sido los núcleos primitivos para fijar la época de origen de este centro funerario, extendido en un área de propiedad de un cristiano romano llamado Ponciano, del cual tomó el nombre el cementerio. Las partes accesibles acusan las características de últimos del siglo III y siguiente, lo que da a pensar que pertenecen a una red sistemática cementerial excavada como las similares en otros cementerios. También se distinguió con un nombre topográfico local, de *ad ursum pileatum*, y, además, con la denominación de San Abdón y Senén, por ser los mártires principales que se veneraron en su santuario.

Estos dos mártires, originarios de Persia, según cuentan

las actas de su pasión, llegaron a Roma durante la persecución de Decio y se les atribuye el martirio bajo la de Valeriano. Parece que sus cuerpos fueron enterrados juntos en el interior de una galería, y quizá siglos más tarde fueron transportados al exterior, donde existió una basílica que les había sido dedicada y donde se celebraba su fiesta el día 30 de julio. Una cripta que se halla en el fondo de una larga escalera parece que contiene el lugar de la tumba primitiva, formada por un sarcófago de ladrillos recubierto de material, sobre el que aparece una pintura de época posterior que representa a Jesús coronando a los dos mártires, que van vestidos a la manera oriental, con el gorro persa, y a sus lados figuran otros dos santos, el diácono español San Vicente y San Milix, cuya tumba no debía quedar lejos de este punto.

Otro centro histórico debió de estar constituído por el núcleo donde se hallaban las tumbas de San Polión y San Pimenio, mártires que aparecen representados junto con San Milix en una pintura que se desarrolla sobre la pared que cerraba dos ámbitos sepulcrales, provista de una abertura cuadrada que deja lugar para ver los sepulcros, a la manera de las aberturas que existían en los altares de las basílicas en correspondencia con las tumbas de los mártires. Sobre ella está la figura de San Polión, entre los mártires contemporáneos San Pedro y San Marcelino, y en la pared de al lado, a la derecha, San Milix y San Pimenio. Nada en concreto se sabe sobre estos mártires, seguramente de la persecución de Diocleciano, que figuran en los martirologios históricos a 19 de marzo y presentan los itinerarios a la veneración de los fieles.

Lo mismo cabe decir sobre la mártir Santa Cándida, conmemorada el día 3 de octubre, que es posible estuviera sepultada en la parte externa del cementerio dentro de una basílica a ella dedicada, tal como indican los itinerarios. En esta basílica o en la otra dedicada a los santos Abdón y Senén, fueron enterrados en el siglo V los papas falsamente designados como mártires por los itinerarios: Anastasio I (399-401), muerto, según estableció Mgr. Duchesne, a 19 de diciembre, en cuyo día se hacía la conmemoración, e Inocencio I (401-417), muerto el 12 de marzo, aunque su fiesta se celebra el 28 de julio.

También una de estas dos basílicas, difícil de precisar cuál de ellas, porque no han sido halladas todavía, debió

de servir como iglesia rural para los habitantes de la campiña. La prueba está en que, cuando ya el cementerio estaba abandonado, la cripta correspondiente al fondo de la escalera fué transformada en el siglo v ó vi en un baptisterio con su piscina de inmersión. En la bóveda de la escalera que introduce en su interior está efigiado dos veces el busto de Jesucristo. Sobre la pared de fondo de la piscina hay una gran cruz pintada y encima la representación del bautismo de Jesús. Se trata de un monumento raro, adaptado aquí en un ambiente preexistente, por lo que se presenta con sus formas rústicas de baja época y en relación con una población rural.

BIBLIOGRAFIA: KIRSCH, en «Römische Quartalschrift» (1887) p. 105 s. — MARUCCHI, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1917) p. 111 s.

35. Cementerio de Generosa

Fuera de la zona suburbana de Roma, en el sexto miliario de la vía Portuense, viene indicado este cementerio de tipo rural, denominado de Generosa, a causa de la leyenda relacionada con sus mártires, y también con el nombre topográfico *ad VI Philippi*, de tal manera que no conserva la denominación sacada del mismo nombre del propietario de la zona. Su situación, sobre una colina cerca de un recodo del Tíber, se combina con la leyenda que cuenta que los mártires San Simplicio y San Faustiniano, habiendo sido martirizados en Roma y arrojados sus cadáveres al río, fueron llevados por la corriente hasta que se detuvieron en este lugar, donde los recogió Santa Beatriz para darles sepultura en un núcleo cementerial cerca de la escalera de entrada. Lo cierto es que el terreno se extiende en lo que fué el bosque cerrado de la asociación de los *Fratres Arvales*, que tenían aquí sus santuarios paganos; que, además, los mártires deben de pertenecer a la persecución de Diocleciano, y que su tumba fué el origen de este núcleo cementerial que, a causa de la veneración rendida a estos santos, se desarrolló durante el siglo IV.

Estos mártires, cuya fiesta se celebra el 29 de julio, fueron enterrados en una galería subterránea, delante de la cual el papa San Dámaso (366-384) hizo construir una

pequeña basílica adosada a la colina, de modo que el ábside se interna en ella sin incluir la tumba de los mártires, pero relacionándose con ésta de manera que en la pared del ábside se abre una pequeña ventana, que permitía ver la cripta con las tumbas; al mismo tiempo, desde el fondo de la nave derecha se abría un corredor que comunicaba directamente con aquélla (fig. 55). En el siglo VI, en esta parte del hipogeo dispuesta a manera

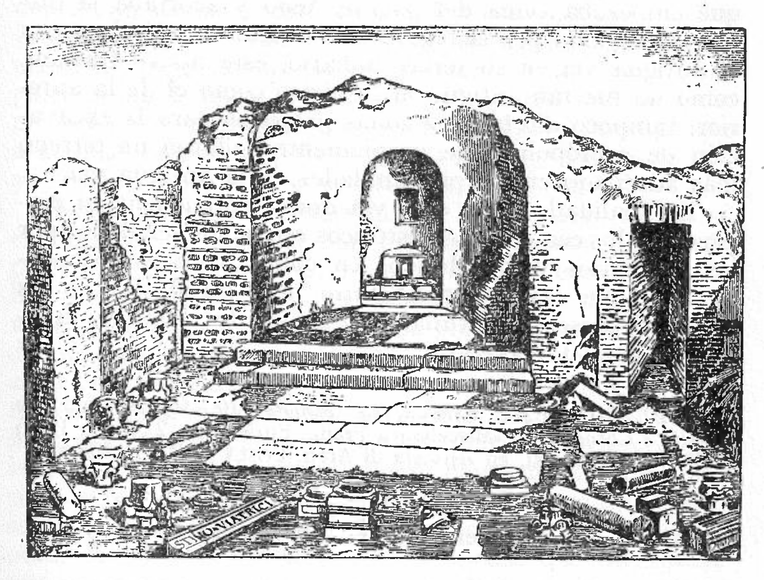


Fig. 55.—Restos de la basílica del siglo IV erigida como santuario de los mártires del cementerio de Generosa, en el fondo de cuyo ábside existía el punto de unión con las tumbas veneradas.

de pequeña capilla, se decoró la pared contraria al punto donde estaban las tumbas con una composición en que aparece el Salvador, que tiene a su derecha a San Simplicio y a Santa Beatriz, y a su izquierda, a San Faustiniano y a San Rufiniano, añadido éste por razones particulares de devoción del piadoso donante que sufragó los gastos de decoración.

BIBLIOGRAFIA: DE ROSSI, *Roma sotterranea*, vol. 3, p. 647-697. — ID., en «Bull. di Arch. Crist.» (1869) p. 1 s. — HUELSEN, en «Nuovo Bull. di Arch. Crist.» (1900) p. 121 s. — JOSI, en «Rivista di Arch. Crist.» (1939) p. 323 s.

XII. VIA AURELIA

La antigua vía Aurelia conducía a la vieja localidad de Centocelle, hoy denominada Civitavecchia, en la costa del Mediterráneo; se originaba en la parte de la ciudad de Roma que se adentraba hasta el Janículo. Aunque más tarde el emperador Marco Aurelio construyó otra nueva vía que empezaba cerca del puente Aelio y acortaba la distancia pasando por la región del Vaticano, uniéndose con la antigua vía en su tercer miliario, este nuevo trazado, como no fué tan antiguo ni histórico como el de la anterior, tampoco dió lugar a zonas propicias para la excavación de necrópolis, que propiamente hallaron un terreno más adecuado en las proximidades de la antigua vía.

En realidad, es en esta vía donde se encuentran emplazados los cementerios históricos cristianos señalados por los itinerarios y distribuídos en cuatro centros independientes, que eran: el cementerio de Octavila, el de los santos Proceso y Martiniano, el de los dos Félix y, finalmente, el de Calepodio.

BIBLIOGRAFIA: KIRSCH, *Le memorie die Martiri sulle vie Aurelia e Cornelia*, en «Miscellanea Franc. Ehrle.» vol. 2 (Roma 1923) p. 63 s. — SILVAGNI, en «Rivista di Arch. Crist.» (1932) p. 104 s.

36. Cementerio de San Pancracio

El santuario más importante que los peregrinos encontraban en la vía Aurelia fué el dedicado al mártir San Pancracio, constituído ya desde la era de la paz por una basílica que, renovada o reedificada en distintos tiempos, se ha conservado hasta el presente, manteniendo viva la veneración tradicional a la tumba de un mártir cuyos restos no fueron nunca sacados de su santuario primitivo, como aconteció, en general, con los mártires romanos.

Casi nada se sabe de San Pancracio, que la leyenda quiere presentar como un adolescente de apenas doce años de edad, originario de Frigia, que habría sucumbido bajo la espada del tirano durante la persecución de Valeriano, o quizá de Diocleciano, y cuya fiesta se celebra el 12 de mayo.

Lo cierto es que en el punto donde se halló su tumba

existe un cementerio cristiano, por desgracia muy destrozado y en realidad casi sin explorar a causa de las dificultades que opone su roca frágil a una excavación metódica. Esto imposibilita el conocimiento exacto de los orígenes y desarrollo de la red cementerial, que, originándose en una propiedad llamada de Octavila, cuyo nombre ha tomado el cementerio, parece que debió de ser muy extensa, ya que fué destinada a uso de los fieles que dependían de la demarcación del título urbano de San Crisógono, en el Transtíber, como lo prueban varias inscripciones que anotan la adquisición de la tumba. Las galerías subterráneas, accesibles desde la basílica por medio de escaleras, se extienden en varios sentidos, dando lugar a algunas criptas con cierto desarrollo arquitectónico que ya insinúa los métodos constructivos del siglo IV.

No se ha podido determinar el lugar exacto donde se encontraba la tumba de San Pancracio. Consta que desde principios del siglo IV se construyó sobre ella una basílica que fué ampliada por el papa Símmaco (490-514). La veneración hacia el mártir estaba por estas épocas dotada de un culto de gran esplendor, porque no sólo tenía día estacional en la domínica *in albis*, cuando los nuevos bautizados el día del Sábado Santo, después de implorar la intercesión del mártir, dejaban las túnicas blancas con que les revistieron en el momento de su bautismo, sino también porque por entonces San Pancracio era especialmente considerado como el vengador de los juramentos; de tal manera, que cuenta San Gregorio Turonense que cualquiera que acuda a su sepulcro jurando en falso, o al instante es llevado por el demonio o pierde súbitamente la vida. Por esto fué necesario dar mayor amplitud y extensión a su santuario, cosa que realizó el papa Honorio I (625-638), dedicándole una basílica de tres naves, más amplia y suntuosa, que es la que todavía se conserva en su estructura general. Por una inscripción que conmemoró estos hechos consta que uno de los motivos que indujeron al papa a su construcción fué precisamente el de colocar bajo el altar las reliquias mortales del mártir, que en la anterior basílica se hallaban situadas en otro lugar distinto que no correspondía con el altar, cosa que daría lugar a suponer que la tumba primitiva del santo se hallaba en el interior de las galerías.

Además de este mártir, los itinerarios indican también,

dentro de una cripta subterránea y en lugares distintos, las tumbas, todavía ignoradas, de algunos mártires de los que no se tienen más noticias concretas. Éstos son San Artemio y San Paulino, y en otro lugar, una Santa Sofía con sus tres hijas Agape, Elpis y Pistis, cuyos nombres griegos corresponden, respectivamente, a Santa Sabiduría, de quien serían hijas la Caridad, la Esperanza y la Fe. Esta coincidencia hace sospechar que se trata de un grupo de origen legendario, puesto que, por otra parte, son nombres que no constan en los martirologios históricos.

BIBLIOGRAFIA: FUSCIARDI, *Catacombe, Basilica e Convento di S. Pancrazio* (Roma 1929).

37. Cementerio de los Santos Proceso y Martiniano

Varios descubrimientos realizados por lo menos en cuatro puntos distintos cerca de la vía Aurelia, revelan que existe un grandioso cementerio, que sin lugar a duda puede identificarse con el de los santos mártires Proceso y Martiniano, tal como viene indicado por los itinerarios. Como hasta el presente no se ha realizado ninguna exploración metódica y en realidad no ha habido medio de estudiar ni explorar esta zona, nada se sabe exactamente acerca del modo como pudo originarse y cuál fué el desarrollo tomado en sus períodos sucesivos. Ello dificulta igualmente el conocimiento de sus dos mártires, venerados el día 2 de julio, cuyos nombres históricos, que figuran en los martirologios, ha pretendido relacionar con la muerte de San Pedro una leyenda muy posterior no basada sobre fundamento sólido alguno. Lo mismo cabe decir sobre Santa Lucina, cuya tumba se hallaría también en el interior de este cementerio y cuya vida está igualmente puesta en relación legendaria con los mártires.

De todos modos, la tumba de los santos Proceso y Martiniano se halla indicada en el interior de las galerías subterráneas. Consta que en correspondencia con ella fué construída una basílica de tipo cementerial, la cual en tiempos del antipapa Eugenio (392-394) fué concedida a la secta de los montanistas para que pudieran celebrar su culto en ella, pero que pronto se restituyó al uso de la unidad católica, de tal manera que el papa San Gregorio

el Grande (590-604) pronunció en ella una de sus homilías el mismo día de la fiesta de los mártires.

BIBLIOGRAFIA: STEVENSON, en «Bull. di Arch. Crist.» (1881) p. 104 s. — SILVAGNI, en «Rivista di Arch. Crist.» 9 (1932) p. 103-118.

38. Cementerio de los dos Félix

El nombre de este cementerio está en relación con una leyenda y con una falsa identificación, con las que se pretendió ver la presencia de la tumba de los papas de este nombre. La leyenda es la que se formó en torno a la memoria de Félix II, elegido obispo de Roma cuando el papa Liberio fué desterrado por el emperador Constancio después del sínodo de Milán del año 355, cuando más arreciaba la lucha por parte de los arrianos. Este antipapa fué enterrado en este cementerio de la vía Aurelia, en el que parece que construyó una basílica, y no faltó quien lo considerara como mártir, dando pábulo a la leyenda que vino a completar con su culto la figura del pretendido mártir. Erróneamente se pretendió también localizar en este cementerio la tumba del papa Félix I (269-274), cuyo cuerpo descansaba en la famosa cripta de los Papas en el cementerio de San Calixto. Así resultó que la iglesia cementerial tomó más tarde el nombre de Dos Félix, que pasó a ser la denominación del cementerio. Se conoce sólo una pequeña parte de lo que debía ser esta necrópolis en el punto que corresponde a la indicación de los itinerarios. Consta de una escalera que da ingreso a una red de galerías subterráneas completamente devastadas y despojadas de todo su material, las que no parecen corresponder a ningún centro histórico del área en que se desarrollan.

BIBLIOGRAFIA: KIRSCH, en «Roemische Quartalschrift» (1925) p. 1 s.

39. Cementerio de Calepodio

A poca distancia del anterior, en el tercer miliario de la vía Aurelia, existe este cementerio, fundado en la propiedad de un Calepodio, de quien tomó el nombre. Consta de una red de galerías subterráneas en parte existentes a

principios del siglo III, las que ya no ofrecen ninguna particularidad porque se presentan en mal estado de conservación y casi completamente despojadas de inscripciones y pinturas que pudieran servir para esclarecer su historia.

En su interior fué enterrado el mártir y papa San Calixto en el año 222, según su leyenda, víctima de un tumulto popular acaecido en el Transtíber. Este famoso papa es el que, siendo diácono durante el pontificado de Ceferino (199-217), recibió el encargo de construir el primer cementerio orgánico de la comunidad cristiana de Roma, que por eso se llamó de San Calixto y que, según el libro de los *Philosofumena*, fué uno de los organizadores más activos de la comunidad cristiana en cuanto se refería a la administración urbana y cementerial, es decir, en la organización de las demarcaciones de los centros litúrgicos en el interior de la ciudad y de los cementerios que en relación con ellos fueron abriendo los núcleos de la comunidad en las zonas extendidas en el suburbio de Roma, a los lados de sus vías principales.

El papa San Julio I (337-352) construyó una basílica en su tumba, dada la veneración y estima en que lo tenían los fieles, que a ella acudían principalmente en el día de su fiesta, 14 de octubre. En ella dispuso también el túmulo en el que descansaron sus restos mortales, venerados por los fieles principalmente en la fecha conmemorativa de su muerte, el día 12 de abril.

BIBLIOGRAFIA: STEVENSON, en «Bull. di Arch. Crist.» (1881) p. 104 s.

XIII. VIA CORNELIA

La antigua vía denominada Cornelia, que discurría entre las colinas del Janículo y del monte Vaticano, a través del valle que mediaba entre ambas, se originaba, una vez atravesado el Tíber, por el puente Triunfal, en la llanura del campo de Marte, extendida desde el Capitolio hasta el río. Cuando Aureliano construyó la nueva muralla de Roma, incluyendo esta llanura dentro de ella hasta las riberas del Tíber, quedó intacta la vía Cornelia a pesar de la construcción del puente Elio, que comuni-

caba con el mausoleo de Adriano, denominado actualmente castillo del Santo Angel.

El único santuario cristiano, si bien el más noble e importante de Roma, que los itinerarios indican en esta vía, viene constituído por la tumba de San Pedro, príncipe de los apóstoles, fundador de la Iglesia romana y primer jefe visible de la Iglesia universal, santuario que ha sido siempre el primer centro de la cristiandad. De él se ha tratado expresamente en la primera parte de este volumen.

PARTE III

Iconografía cristiana

BIBLIOGRAFIA GENERAL

BOTTARI: *Sculture e Pitture dei cimiteri di Roma* (Roma 1737).
AGINCOURT: *Histoire de l'art par les monuments* (Milán 1824-25).
MACARIUS: *Hagioglypta sive picturae et sculpturae sacrae antiquiores* (París 1853).
GARRUCCI: *Storia dell'arte cristiana nei primi otto secoli della Chiesa* (Prato 1873-80).
BECKER: *Die Wandgemälde der römischen Katakomben* (Gera 1876).
BAYET: *Recherches pour servir à l'histoire de la peinture et de l'sculpture chrétiennes en Orient* (París 1879).
LE BLANT: *Les ateliers de sculpture chez les premiers chrétiens*, en «Mélanges d'arch. et d'hist.» (Roma 1884).
LEFORT: *Étude sur les monuments primitifs de la peinture chrétienne en Italie* (París 1885).
POHL: *Die altchristliche Fresko und Mosaik Malerei.*
SWOBODA: *Zur altchristlichen Marmorpolychromie*, en «Römische Quartalschrift» (1889).
BARBIER DE MONTAULT: *Traité d'iconographie chrétienne* (París 1890).
WILPERT: *Katakombengemälde und ihre alten Kopien* (Friburgo 1891).
SCHULTZE: *Archäologie der altchristlichen Kunst* (Munchen 1896).
KRAUS: *Geschichte der christlichen Kunst* (Friburgo 1896).
DE VAAL: *Das sarkophag des Iunius Bassus in den Grotten von St. Peter* (Roma 1900).
DIEHL: *Ravenna* (París 1903).
WILPERT: *Le pitture delle catacombe romane* (Roma 1903).
BERTAUX: *L'art dans l'Italie meridionale* (París 1904).
OHLSEN: *I bassorilievi nei sarcofagi in Roma*, en «Arte» (1906).
DIEHL: *Manuel d'art byzantin* (París 1910).
GROSSI GONDI: *Catacombe tuscolane*, en «Roma e l'Oriente» (1914).
WILPERT: *Die römischen Mosaiken und Malereien der kirchlichen Bauten vom IV bis XIII Jahrhundert* (Friburgo en Brisgovia 1916).
GROSSI GONDI: *I monumenti cristiani iconografici ed architettonici dei sei primi secoli* (Roma 1923).
NEUSS: *Die Kunst der alten Christen* (Augsburgo 1926).
WILPERT: *I sarcophagi cristiani antichi* (Roma 1929).
KIRSCH: *Un gruppo di cripte dipinte inedite nel cimitero dei SS. Pietro e Marcellino*, en «Rivista di Arch. Crist.», 7 (1930).
LAWRENCE: *Columnar Sarcophagi in the Latin West*, en «The Art Bulletin» (Chicago) XIV (1931).
GERKE: *Die christlichen Sarkophage der vorkonstantinischen Zeit* (1932).
ACHELIS: *Die Katakomben von Neapel* (Leipzig 1935).
WILPERT: *La fede della Chiesa nascente secondo i monumenti dell' arte funeraria antica* (Roma 1938).

I. EL ARTE CRISTIANO FIGURADO

Su contenido

Los cementerios cristianos no se caracterizan sólo por las formas típicas adoptadas en los sistemas de sepultura, ni por el desarrollo arquitectónico adquirido en sus estructuras, en las maneras tan diversas, según se extendieron al aire libre o en amplias excavaciones subterráneas, aun habida cuenta de la evolución histórica, que progresa desde los sepulcros familiares a las construcciones sistemáticas organizadas en servicio de la comunidad. El mejor exponente que declara su filiación cristiana radica, por cierto, en la epigrafía, a través de la cual se percibe el sentido íntimo de la fe en Cristo y de la esperanza en la salvación, manifestado con rica variedad de fórmulas y de expresiones métricas que, elevándose a un concepto trascendental, quedan impregnadas en las grandes verdades del dogma. Pero, además de esta manifestación explícita, abunda en los cementerios el lenguaje representativo de figuras, temas y escenas que, llamando en su auxilio la técnica de las artes mediante el colorido de la pintura, los relieves de la plástica y las incisiones buriladas, al someterse a las formas ideográficas, queda embebido asimismo del espíritu vital infundido por la ley cristiana.

El mismo aliento balbuciente que palpita en el arranque originario de los cementerios y que se robustece luego con la voz de sus propios monumentos, que deletrea las primeras, pero firmes, aclamaciones en los epígrafes, para exultar después en los conceptos de las grandes verdades reveladas con la cadencia de la métrica, se constata igualmente en la proyección de las formas de arte llamadas a decorar los sepulcros para compenetrarse íntimamente con su manera de ser, en su verdadero significado cristiano, en relación con los mortales despojos que deben guardar en espera de la resurrección de la carne, que vivificará otra vez el alma inmortal en la felicidad de la vida eterna. Formas de arte simbólicas en sus inicios, veladas bajo una idea representativa, adscritas luego en los contornos de temas históricos, para crear a continuación un riquísimo contenido que se eleva, asimismo, con la exultación

de la alegoría a la expresión de los más sublimes conceptos de las creencias cristianas.

Se trata, pues, de un contenido propio que, valiéndose de las formas expresivas corrientes en la cultura artística de los tiempos en que se iban produciendo, origina tímidamente y desarrolla con firmeza y fija con esplendor inusitado un arte esencialmente cristiano que la corriente posterior de los siglos hallará bajo la fuerza de la mayor expresión del dogma, con una senda ampliamente abierta en cada recodo de la historia dondequiera las maneras artísticas de la expresión afiancen la persistencia de un estilo.

Concepto de la iconografía y de la iconología

El estudio de las representaciones figuradas, el conocimiento de los temas desarrollados, la significación de las escenas y, en general, la descripción del contenido artístico, constituyen la razón de ser de la iconografía, que consiste en la seriación o sistematización descriptiva de las cosas figuradas.

El objeto de la iconografía cristiana está constituído por todas aquellas manifestaciones de arte representativo que nacieron con los monumentos cristianos y que se desarrollaron a su amparo, para fijarse singularmente en los de carácter sepulcral y luego en los edificios de culto, con exteriorizaciones que sobresalen de estos ámbitos y penetran, a través de las artes menores, en los mismos utensilios de uso particular de los fieles.

Su misión se limita a las constataciones de carácter practico relativas a las cualidades externas y a las propiedades técnicas de las obras, a las observaciones hechas bajo descripciones analíticas o comparadas, mirando sobre todo su expresión material y clasificándolas según la técnica aplicada o según la perfección obtenida, pero siempre fijándose e insistiendo en las mismas obras para realzar la habilidad, el virtuosismo o la genialidad con que fueron ejecutadas.

El fin propio de la iconografía queda circunscrito al conocimiento y a la distinción de las cualidades materiales y a los procedimientos aplicados en base a la descripción y a la clasificación metódica de las obras analizadas.

Es una ciencia esencialmente descriptiva que, por sí

misma, carece de capacidad para penetrar en el contenido representativo de las obras, aunque se la haya querido forzar en este sentido, llevándola más allá de sus propios alcances, con el fin de querer explicar el origen y desarrollo de los temas por encima de las descripciones analíticas y del cotejo sintético de las comparaciones.

Para alcanzar la interpretación justa y lograr asimismo la comprensión completa de las obras de arte figurado, es necesario recurrir a la iconología. Ésta es una ciencia en la que, presupuesto el conocimiento descriptivo y la valoración de las calidades materiales, de las figuras, temas y escenas, aun en su relación con composiciones similares, se impone el examen sistemático del desarrollo de los temas para poner la cuestión de su interpretación. La iconología se ocupa más del contenido que no de la materia; es esencialmente penetrativa, y tiende a adentrarse en lo irreal, a fin de comprender el sentido simbólico, dogmático o místico que alienta en las formas figuradas.

Contempla, pues, las obras de arte clasificándolas según el significado, investiga los conceptos o ideas de los que puedan ser expresión y se detiene a establecer la importancia cultural o el significado social que sea posible atribuir a ciertas formas determinadas, a los varios modos de expresión y a las figuras que las concretan dentro de una época determinada. No hay tema de arte religioso que pueda ser explicado en sus orígenes o en su desarrollo sin un minucioso cuidado de investigación a la luz de la historia de la devoción popular, del dogma y de la liturgia. Bajo estas tres proyecciones, la iconología es la única que puede precisar, con su método propio, los contornos precisos de la cuna donde se mecieron los primeros balbuceos de un arte que vino a la vida con el nombre de cristiano, para robustecerse inmediatamente y adquirir el vigor en luengos siglos de existencia con el hálito espiritual infundido por la doctrina de Cristo y trascendente en la realidad humana por la adaptación en su vida, a través de la fuerza del dogma y de la expresión litúrgica del culto

Así, pues, el fin que se propone la iconología consiste en interpretar el testimonio y el valor espiritual de las obras de arte. Su misión se concreta en la exégesis de las manifestaciones artísticas, que no las considera nunca sólo bajo el aspecto estético. Ella revela el origen y la penetración de una evolución tipológica y explica la significa-

ción del desarrollo de un tema, especialmente cuando éste se presenta bajo formas no análogas entre sí. Toda forma no es más que la apariencia externa, sensibilizada por el arte, de un pensamiento o de un concepto, pero con una compenetración tal que la forma no puede separarse de la idea que la ha creado y la anima. La iconología recoge el contenido, lo contempla, lo analiza, busca su palpitación en el momento que se produce y hace sensible y delata su significado trascendental.

Los elementos materiales y formales

La justa comprensión del arte figurativo cristiano tal como se origina y desarrolla en las manifestaciones monumentales de los primeros siglos y la interpretación legítima de los conceptos e ideas que determinaron su expresión, exigen el conocimiento de los temas, figuras y escenas, estudiado no sólo en su aspecto material, en cuanto la iconografía es susceptible de suministrar todos los elementos, sino también investigando a la luz de los elementos formales que la iconología tiene capacidad de penetrar con sus métodos explicativos.

El elemento material abarca desde las mismas formas de expresión en sus rasgos constitutivos y contornos determinantes; desde los mismos modos de sensibilizar el objeto representado, posición y actitudes de las figuras, manera de representarlas y combinarlas; desde el estilo que afecta a la composición y los valores estéticos que la ennoblecen con características de arte, hasta las maneras reales que han sido utilizadas en la concreción de la forma, bajo la disciplina técnica de la mano del artista que las creó.

Las simples incisiones grafitas o débilmente cinceladas, que fijan la expresión de un tema; las figuras y composiciones, que la pintura hace sensible con la combinación policroma del colorido en contraposición de tonalidades; los relieves que la plástica escultórica hace tangibles en el juego del claroscuro; la esmaltada coloración vítrea de los refulgentes mosaicos, conducen a tantos campos diversos en los que el ingenio artístico humano supo desplegar sus actividades, que, aunque por caminos variados y según la exigencia de cada una de las técnicas precisas para su ejecución, los temas representativos aparecen y se

multiplican obedeciendo a un idéntico contenido, que hallará su expresión material condicionada en cada uno de aquellos campos por la manera de ser expresiva, propia de cada uno de ellos.

El elemento formal trasciende por encima de esta sujeción a la materia. Se eleva a la expresión del contenido, se encauza a través de la uniformidad de los tipos desde que se manifiestan todavía con indecisiones hasta que se concretan y adquieren nuevos incrementos al compás de una idea que preside sus comienzos, a veces como mero símbolo, otras como representación de un hecho histórico elevado a categoría simbólica, de un concepto que tiende a lo narrativo y que trasciende luego a un contenido alegórico.

El elemento formal está constituído por la realidad del concepto religioso, que tiene en su haber la doctrina revelada contenida en la Sagrada Escritura y en la Tradición, en el desentrañamiento de las verdades obtenido a través de la catequesis cristiana, de la predicación y de las enseñanzas emanadas de la misión docente de la Iglesia, de las obras de los escritores eclesiásticos, en la estabilidad de las fórmulas litúrgicas del culto y en el mismo sentido práctico de la vida cristiana de los fieles. Estas fuentes vivas de inspiración artística, de una profundidad insoslayable por su mismo caudal inagotable de contenido espiritual, son las que originan y alimentan la expresión artística del ideal cristiano con una compenetración de formas sensibles realmente inseparables del lenguaje que formulan y absolutamente distintas de las manifestaciones representativas en todo otro arte.

Significado del contenido

Es en los cementerios cristianos de Roma donde es posible asistir a los comienzos de las representaciones figuradas y seguir su rápido desarrollo en la variedad de figuras, de temas narrativos y composiciones combinadas en ciclos organizados bajo múltiples aspectos de un mismo concepto. La abundancia de formas figuradas abiertas al cincel en los mismos epitafios sepulcrales, la profusa riqueza decorativa con que la pintura adornó la parte externa de las tumbas, los paramentos de los arcosolios y los

muros de las criptas, el tesoro todavía más rico de sarcófagos labrados con multitud de escenas, prestan un material tanto más precioso como abundante, por cuanto va unido a un período progresivo de siglos que permite seguir sin interrupción las evoluciones y transformaciones, el aumento incesante de la aparición de los asuntos y la consecución fijativa de los tipos, a partir de los indicios que se entroncan con el arte común imperante en la cultura romana hasta las grandes manifestaciones del arte triunfal, que alcanza el máximo esplendor en el decurso del siglo IV.

Mucho se ha exagerado sobre el contenido de este primer arte cristiano, ya queriendo ver en él una *Suma teológica* figurada o una Biblia compendiada para la ilustración del vulgo, ya un conjunto de jeroglíficos incomprensible a los no iniciados, ya un conjunto representativo sin ninguna relación con el dogma cristiano. La realidad es muy distinta si este contenido se considera en su cotejo iconográfico según la comprensión justa que suministra la iconología. Tales exageraciones han sido superadas y definitivamente desestimadas las teorías que las sustentaban, porque, a la luz de los principios de inspiración, los elementos formales son suficientes para declarar su justa interpretación.

No hay que olvidar que la fuente del arte iconográfico cristiano se ha de reconocer en el concepto fundamental de la religión de Cristo, que enseñó a reconocer el mundo trascendental como única realidad en su sentido completo y a considerar el mundo terrestre con todas sus expresiones exclusivamente bajo la luz sobrenatural de la vida eterna. Así, siguiendo un movimiento que ya halló su expresión en la cultura antigua fuera del cristianismo, la realidad terrestre se transformó en símbolo, y en lugar del espacio y del tiempo llenos de vida personal, se consideró la infinidad del tiempo y del espacio. Estas ideas tuvieron una influencia esencial en el arte iconográfico, al que no podía ser indiferente si las cosas terrestres fueron consideradas como expresiones de una belleza terrena y de una vida que halló su fin en estos objetos terrenos, o bien, si estos objetos tenían valor sólo al considerarlos en la proyección del más allá, como símbolos de ideas abstractas más altas y trascendentales.

En el arte de los cementerios cristianos domina el con-

cepto artístico del realismo occidental en las formas, recibido de la antigüedad, pero unido al nuevo contenido suministrado por la fe cristiana, cuyo resultado fué el simbolismo, por el cual el contenido abstracto de la idea se unió íntimamente a la imagen naturalística. En su proceso de evolución creadora, acontece más tarde que desaparece el naturalismo hasta lograr que sea la misma imagen la que rinda por sí misma y por su forma la idea abstracta. Con ello se pasa al estilo trascendental desde la mitad del siglo v, en el que la realidad de la naturaleza y de la vida no entran como factores en la intención del artista, preocupado por lograr la idea abstracta con la expresión de la misma imagen.

Las corrientes artísticas

Del arte simbólico, que se fija a mediados del siglo II, al arte trascendental, logrado a mediados del siglo v, discurren tres siglos de creación activa, en los que influyen diversos factores, como la materia que ha de expresar la forma, la técnica de ejecución, el predominio de los elementos constituídos dentro la corriente de la época y sobre todo el lugar que motiva la representación demostrativa. En cuanto a estos primeros factores, es enorme la influencia ejercida por las formas representativas del arte oficial en los esquemas, figuras y accesorios del arte cristiano; su base estriba en el naturalismo y tiende a la exposición narrativa para simplificarse a lo más preciso y reducirse a lo indispensable en cuanto a la expresión de la idea.

El último factor, indicado en la influencia ejercida por el lugar que motivó las representaciones figuradas, al discriminar en dos campos diversos los lugares de sepultura y los lugares de culto como ámbitos que requerían temas decorativos absolutamente distintos, trazan como dos corrientes absolutamente independientes, que crean sus propios temas y componen sus propios ciclos iconográficos.

Los centros cementeriales, que son los primeros que se forman con antelación a los lugares orgánicos del culto, abundan en decoraciones pictóricas impregnadas de un simbolismo religioso sepulcral en el que predominan las ideas religiosas en íntima conexión con los conceptos esca-

tológicos de los fieles. Pero, además de expresar los tipos iconográficos que inmediata y directamente se refieren al pensamiento de la salvación eterna, de la resurrección y de la participación a la bienaventurada vida en el paraíso celestial, prodigan otros temas relativos a la salvación del género humano operada por mediación de Jesucristo, y asimismo la participación que los fieles tienen en esta salvación por medio de los sacramentos del bautismo y de la eucaristía: porque el fundamento sólido de la esperanza segura en la participación del reino celestial con Cristo consistía en la admisión a la iniciación cristiana y a la cena eucarística, misterios que, por su alta importancia en la vida religiosa de los primeros fieles y por la relación directa que éstos tenían con la vida celestial, obtuvieron un lugar significativo en el simbolismo sepulcral. Esta corriente permanece y se desarrolla en los ámbitos funerarios, acrecentándose con la aparición de nuevos temas hasta últimos del siglo IV mientras perdura el uso de los cementerios subterráneos.

La otra corriente se forma y progresa a raíz de la existencia de los lugares del culto, en buena parte organizados hacia la mitad del siglo III, en cuyos muros aparecen nuevos temas de creación cristiana que carecen de relación con las ideas de la muerte y de la vida futura para elevarse a conceptos de contenido religioso más general, con carácter de imágenes cristianas que se refieren directamente a Cristo como Jefe de la Iglesia, Doctor divino de apóstoles y fieles, y a los apóstoles como a sus enviados que recibieron la misión de predicar y establecer la Iglesia como reino de Cristo en la tierra. Temas de los que se ampara luego el arte monumental, al decorar las basílicas que se levantan desde el siglo IV, con el triunfo de la visión policroma de los mosaicos, alcanzando un amplio desarrollo, cuyas nuevas tendencias narrativas y representativas se manifiestan con expresiones paralelas de intenciones dogmáticas y cristológicas, llenas de significado alegórico, que conducen luego al arte trascendental, en el que se obtiene la sujeción de la forma a la idea abstracta.

Ambas corrientes, la sepulcral, de formación popular, y la de los edificios de culto, de formación litúrgica, se entrecruzan, en cierto modo, en sus propias sendas al ser aceptadas en la segunda las escenas de tipo narrativo despojadas del sentido funerario fuera del lugar de origen

y al penetrar en la primera corriente los temas de tipo triunfal que decoran con este mismo sentido algunas criptas más majestuosas erigidas en el interior de los cementerios cristianos a partir de la segunda mitad del siglo III.

El otro campo iconográfico, cual es el constituído por los relieves de los sarcófagos, como su uso empezó a prodigarse con temática cristiana desde el siglo III, aunque por su razón de ser, eminentemente sepulcral, exige las escenas y símbolos propios de la corriente representativa funeraria, que en realidad se reproducen quizá con mayores alusiones a la catequesis cristiana, participa, en cambio, con mucha mayor profusión de las escenas derivadas del arte monumental, con las representaciones narrativas en torno a los conceptos cristológicos, más que más si se tiene en cuenta que la profusa labra de los sarcófagos obtuvo su máximo desarrollo en el decurso del siglo IV.

El desarrollo cronológico

Aunque el estudio de las figuras, temas, escenas y composiciones del arte cristiano, considerado en este período de activa creación, se ha realizado casi siempre teniendo en cuenta los conceptos que decidieron su formación e investigando los símbolos que entrañaban y las alegorías figuradas en su exposición narrativa, no han sido precisamente los elementos formales propios de la iconología los que han servido de base para su clasificación y exposición. Antes bien, se ha recurrido casi siempre a la seriación sistemática de los elementos materiales constitutivos de la iconografía, los que más fácilmente han sido utilizados para exponer la riqueza del fondo iconográfico según se ofrece en la pintura, en el mosaico, en la escultura y en las artes menores, como si, en realidad, cada uno de estos campos fuera autónomo en la producción de su contenido.

Son los conceptos e ideas los que han influído más directamente en la creación de las formas; conceptos distintos según las necesidades que los han motivado en el ejercicio de la vida práctica cristiana, según las circunstancias de los tiempos, unísona a los períodos manifestativos de su desarrollo y organización. Atendiendo a estos conceptos bajo la doble corriente directa de inspiración,

tal como se manifiestan en los cementerios cristianos de Roma y en los monumentos funerarios que encierran y según los tiempos en que se producen y se entrecruzan, la exposición temática del arte cristiano puede seguirse en sus cauces naturales y con toda la fuerza de su expresión en la verdadera comprensión de su contenido. A partir de los temas del arte clásico conservados por el cristianismo, a menudo con otro significado, desde los símbolos que aparecen como netamente cristianos a los temas de origen funerario, que son creados desde la segunda mitad del siglo II; a los temas referentes a la salvación, que se difunden en la mitad del siglo III para desarrollarse en ambos sentidos con nuevas concepciones artísticas, hasta los últimos años del siglo IV, se adquiere una visión progresiva de las figuraciones representativas del arte sepulcral. Asimismo, desde los temas cristológicos con sentido narrativo impregnado de alegoría que aparecen en los lugares de culto desde la segunda mitad del siglo III, cuyo eco se evoca en los mismos monumentos funerarios, hasta llegar al arte trascendental con temas históricos glorificativos que repercuten en la decoración de los santuarios de los mártires, se completa la misma visión progresiva tal cual ha sido realizada en uno de los centros artísticos de mayor importancia.

Sobre estas bases metodológicas se desarrolla la exposición de los temas iconográficos, seguida de singulares estudios sobre los personajes que las constituyen, de las representaciones profanas que las acompañan y del vestuario que distingue a las figuras, para terminar en el conocimiento de los campos de acción iconográfica constituídos por la pintura, la escultura, el mosaico y las artes menores, a fin de conocer las técnicas que permitieron su desarrollo, los valores estéticos que encierran y la selección de los temas adoptados en cada una de estas manifestaciones artísticas con la consiguiente combinación de sus temas cíclicos.

BIBLIOGRAFIA: MUNTZ: *Etudes sur l'histoire de la peinture et de l'iconographie* (París 1881). — BARBIER DE MONTAULT: *Traité d'iconographie chrétienne* (París 1890). — KUNTSLE: *Ikonographie der christlichen Kunst* (Friburgo 1928). — HOOGEWERFF: *L'Iconologie e l'ètude de l'art chrétien,* en «Rivista di Arch. Crist.», 8 (1931) p. 53. — BERTRAND: *Etudes sur le peinture et la critique d'art dans l'antiquité* (París 1893). — GHIGNONI: *Il pensiero cristiano nell'arte, s. I-VI* (Roma 1903). — STYGER, P.: *Die altchristliche Grabeskunst* (München

1927). — KIRSCH, J. P.: *Der Ideengehalt der aeltesten sepulkralen Darstellungen in den roemischen Katakomben*, en «Roemische Quartalschrift», 26 (1928) p. 120. — THIJSSEN, FR.: *De apologetische en dogmatische Beteeknis der oud-christelijke Grafkunst*, en «Studia Cattolica» (1928). — HERWEGEN, F.: *Christliche Kunst und Mysterium* (Münster 1929).—BRICARELLI, C.: *Allegoria, storia, simbolismo*, en «Civiltà Cattolica» (1929) II, p. 428-41. — KOMSTEDT, R.: *Vormittelalterliche Malerei* (Ausgburgo 1929). — SCHUCHERT, A. B.: *Die römische Katakomben-Malerei im Wandel der Kunstkritik*, en «Römische Quartalschrift», 39 (1931) p. 7-22. — LOTHER, H.: *Realismus und Symbolismus in der altchristlichen Kunst* (Tübingen 1931).

II. INFLUENCIAS DEL ARTE CLASICO

Ambiente en que se desarrolló el arte cristiano

Las primeras manifestaciones monumentales con carácter de cristianas aparecen con mucha mayor anterioridad en los sepulcros que no en los lugares de culto. Éstos, que no tuvieron una demora fija en sus inicios, porque bastó el asilo de cualquier casa que reuniera las condiciones indispensables para poder celebrar en ella una asamblea de culto, aunque se estabilizan desde el siglo III como centros permanentes en servicio de la comunidad cristiana, fueron escasos en número, sujetos a las leyes de expropiación y, si no destruídos, por lo menos en su decoración interior, ciertamente sustituídos en el siglo IV por las construcciones basilicales que les sucedieron con estructura arquitectónica totalmente diversa.

En cambio, los lugares de sepultura, a causa del sentido religioso inculcado por la ley, que los consideraba como lugares sagrados, fueron permanentes a través de los siglos, salvo en las modificaciones impuestas por necesidades más tardías. Antes bien, los primitivos lugares de sepultura, siempre de origen familiar, constituyeron los núcleos a cuyo alrededor se formaron los cementerios cristianos con sus extensiones subterráneas.

Si se tiene en cuenta el desarrollo histórico de los cementerios cristianos de Roma en sus distintos períodos de formación, con sepulcros familiares en sus orígenes, en los que desde la mitad del siglo II aparecen las primeras extensiones de galerías subterráneas destinadas a la sepultura de los miembros de la comunidad, y además que desde

el siglo III se vigoriza una activa organización cementerial dirigida por la Iglesia, aparece claro en seguida que la vitalidad creadora de los temas figurados del arte cristiano, al pasar por estos distintos períodos, tuvo que amoldarse a las circunstancias que caracterizan su propia manera de ser.

En efecto, durante el primer período, constituído por los sepulcros familiares, casi todos éstos habían sido construídos y decorados según las normas en uso, más que más cuando sus propietarios seguían utilizándolos al pasar del paganismo al seno de la Iglesia; porque, aun en los casos en que fueron edificados por cristianos, nada les inducía a apartarse de la manera común, salvo en la no admisión de formas y representaciones contrarias a su dogma; a lo sumo aceptaron representaciones paganas alusivas a la inmortalidad, y a su vera pudieron introducir algún símbolo netamente cristiano. Cuando la libertad de sepultura se extendió en ellos hacia los miembros de la comunidad, las nuevas construcciones o excavaciones subterráneas, al participar todavía de un sentido decorativo propio de la época, ofrecen posibilidades al aumento de los símbolos cristianos y a la aparición de figuras y composiciones simbólicas directamente relacionadas con el sepulcro y con las ideas de la salvación. En el tercer período, caracterizado por la organización eclesiástica de los cementerios, con el mayor desarrollo de las galerías subterráneas en arcosolios y criptas a través de la difusión que alcanza la sepultura en sarcófagos, coincidente al mismo tiempo con el vigor que adquiere la expresión de la vida cristiana y la organización de centros de culto, al lado de la permanencia y nueva creación de imágenes y figuras de sentido sepulcral, aparecen los nuevos temas que han sido creados para decorar los lugares de culto y se difunden asimismo las representaciones narrativas que adornarán los muros de las basílicas del siglo IV con sus ciclos cristológicos.

En realidad, pues, el arte cristiano nace en virtud del espíritu de sus conceptos trascendentales, que, usando de las formas del arte clásico y del sentido decorativo que las anima, logra realizar sus propios tipos expresivos.

El sentido del arte clásico

El arte decorativo cristiano tuvo por cuna el arte clásico-romano, cuyos cánones regían el mundo civilizado sujeto al Imperio. Se formó en su seno y se desarrolló alimentado por los signos de expresión, por los conceptos decorativos, por el gusto en su distribución y por los modismos estéticos, que estaban íntimamente compenetrados con el sentimiento de la época. En el estilo pompeyano se manifiestan claramente estas tendencias predominantes en la pintura, cuya larga difusión y marcada persistencia se identifica con los monumentos y estructuras arquitectónicas, casi con una ritual funcionalidad, que cumple su misión decorativa, aun a través de los períodos de decadencia, en las mismas composiciones funerarias de épocas más tardías. Arte naturalístico y realista que pasa también de la estatuaria clásica y de los altos relieves paganos a las representaciones y escenas de composición que aparecen en el cincelado de las caras esculpidas en los sarcófagos cristianos. Arte sumamente decorativo, que con sus figuraciones de personajes de exuberante flora y diversidad de fauna, en estilizaciones de follajes, recuadros compositivos y ricas cenefas, cuales eran expresadas por las técnicas del mosaico clásico, pasaba asimismo a los monumentos cristianos con revestimientos parciales, pavimentos de color y sobre todo a los muros de las basílicas con reverberos policromos de una pintura perenne que realzaba con mayor esplendor los destellos del arte triunfal.

Es imposible concebir el arte cristiano sin las múltiples soluciones que el arte clásico había derramado a través de todas las técnicas, con resultados estéticos en los que se equilibraban perfectamente la ponderación y el gusto, la perfección y la medida, el naturalismo y la veracidad en un refinamiento de cualidades decorativas que eran, el resumen de una larga experiencia de varias civilizaciones. A la fuerza, el cristianismo tenía que someterse a este medio dominado por la corriente artística, aceptando todos sus principios, evolucionando en su desarrollo y expresándose con sus resultados técnicos y materiales, porque su ímpetu era tal que nadie era capaz de contrarrestar su poderoso influjo, sólidamente identificado con la vida práctica.

En los primeros núcleos de las comunidades cristianas que se formaron entre los estados sociales diversos de la población, dentro de un clima de proscripción en el que sólo se buscaba la regeneración del espíritu y el afianzamiento en la seguridad de la salvación eterna, durante casi un siglo, con carencia de medios propios de expresión externa, no puede pensarse todavía en ninguna inquietud para sustraerse a las ideas usuales que imponían el criterio artístico. Más tarde, cuando se fijaron los monumentos con carácter cristiano y las mismas sepulturas, bastó que en su decoración se eliminaran aquellos temas ordinarios que en el arte respondían a una concepción pagana de la vida a la que los cristianos habían renunciado, y que también se desecharan toda clase de figuraciones relativas a la mitología idolátrica, en repugnancia con su dogma, así como toda clase de escenas proscritas por su moral. Pero semejantes eliminaciones se reducían a temas concretos que no constituían, ni mucho menos, por sí solos, ni la fuerza del arte decorativo ni su valor estético, puesto que éstos dependían de un arsenal inagotable de elementos que pudieron ser igualmente utilizados.

Precisamente el vacío obtenido con la eliminación de las representaciones contrarias al concepto cristiano abría las perpectivas para llegar a formas expresivas de este concepto y, con ellas, a la progresiva formación representativa de un contenido nuevo que fué inmediatamente aprovechada hasta llegar a una absoluta cristianización en el ambiente artístico.

Los elementos decorativos

El gusto innato por la decoración, tan arraigado en el espíritu de la antigüedad, que preside todas las manifestaciones reales de la vida en los edificios públicos, en la casa y en las mismas sepulturas, había derrochado en éstas una lujosa exuberancia de adornos valiéndose de cuantos elementos fueran capaces de lograr la obtención de un ambiente agradable por la nobleza de los materiales empleados y por la riqueza de sus múltiples combinaciones.

Elementos arquitectónicos de delicada labor escultórica, revestimientos con bruñidas placas de mármoles de

diversas coloraciones, finos mosaicos en pavimentados; relieves en estuco, que se adaptan mejor a la expresión de las formas naturalísticas al decorar los muros y los techos de las estancias; piezas de barro cocido que remedan formas y disposiciones arquitectónicas. Y todo esto como una preparación destinada a ofrecer un campo de acción directa a la pintura, concebida con una atildada técnica al fresco, que permite llegar a una fusión de todos los elementos en un conjunto único decorativo.

Los primitivos hipogeos se presentaban revestidos de todos estos elementos que constituían la tónica común, como producto natural de las maneras de la época, tanto si eran de origen pagano como los ya netamente cristianos desde su construcción. Unicamente la explotación utilitaria de las galerías subterráneas, construídas luego en prolongación de aquéllos y formando más tarde las grandes redes cementeriales, prescinden en su conjunto de las formas decorativas, que quedan relegadas al adorno de aislados arcosolios y de las criptas abiertas a lo largo de los ambulacros. Pero estas soluciones de sepultura, como han podido ser preparadas de antemano, especialmente las criptas con carácter familiar, se prestan todavía a empaparse de una tradición decorativa que, aunque muchas veces desprovista de toda la antigua gama de elementos que contribuían a su adorno, reserva a la expresión pictórica la simplificación de sus resultados.

A medida que el arte cristiano va entrando en sus propios cauces y que halla su senda en la expresión de sus formas representativas, despojándose cada vez más del lujo exuberante de los gustos clásicos y a través de la misma austeridad impuesta por la disciplina religiosa, la decoración de los lugares de sepultura se concreta en un sentido eminentemente pictórico destinado a recubrir la desnudez de los muros obtenidos en la rusticidad de las paredes excavadas.

Por otra parte, la sepultura monumental en sarcófagos, utilizada raramente en los principios cristianos y sólo por los miembros de las clases más pudientes, obtuvo su mayor difusión desde la mitad del siglo III cuando ya fué posible contar con sarcófagos cincelados con representaciones cristianas. Con anterioridad a este período, los fieles no podían hallar en el comercio usual sarcófagos desprovistos de representaciones míticas, adversas a su

concepto de la vida eterna, teniendo que ceñirse a la adquisición de los que sólo contenían temas decorativos, puesto que, si en algún caso no podían prescindir de sarcófagos paganos, tenían cuidado de enterrarlos en el subsuelo o de emparedar sus lados figurados a fin de que no quedaran visibles estas escenas. Pero así que fué posible una influencia en el labrado de los sarcófagos, los penetraron inmediatamente con las ideas informativas religiosas, análogas a las de los temas propios de la pintura, siguiendo no obstante bajo el influjo de los mismos relieves paganos, hasta que se logre liberarse de ellos con la admisión de las escenas narrativas que desde últimos del siglo III proceden del arte monumental.

Los temas ornamentales

Los temas ornamentales del arte clásico se habían fijado con la repetición iterada de infinidad de motivos originados en el uso de atributos divulgados por las fábulas mitológicas que, en virtud de su misma vulgarización, habían llegado a perder el primitivo significado. Flores, follajes y frutos aislados o combinados en guirlandas; vasos y conchas con revoloteos de pájaros; delfines, caballos marinos, tritones, nereidas y sirenas; máscaras trágicas o cómicas, geniecillos y amorinos con alas; seres fantásticos, animales y vegetales, que ya no encerraban otro carácter que el de cumplir una función decorativa en múltiples combinaciones, que pasaron a formar la parte complementaria de las composiciones de mayor importancia.

Es natural que todos estos temas fueran utilizados por los fieles cristianos en el ornato de sus sepulcros, tal como se solían aplicar en los lugares funerarios, sin que en ellos vieran ofensa alguna a sus creencias. Antes bien, pudieron encontrar un cierto significado alegórico en las representaciones florales y arbóreas con jardines y escenas campestres, que les sugerirían la idea del paraíso celestial. En otros casos, verían el eco de ideas abstractas de inmortalidad y de perennidad, encontrando en ello la senda para fijar de una manera determinada el significado concreto de algunos símbolos en relación con el alma y la vida bienaventurada de la gloria.

En la pintura abundan los amorinos en diversas actitudes, las cabezas adornadas con follajes, las representaciones de animales, acompañadas a veces de fondos de paisaje y especialmente con pájaros alrededor de vasos y guirlandas, candeleros y ornamentos vegetales, y también a menudo líneas de arcuaciones y divisiones en figuras geométricas, reproducción de elementos arquitectónicos dentro de una múltiple variedad de disposiciones decorativas.

En la escultura de los sarcófagos se reproducen también estos temas según las condiciones impuestas por el espacio que se debía llenar y se combinan, sobre todo en los más primitivos, con escenas de amorinos que siembran, recogen la uva, manzanas y otros frutos y que conducen naves o se entretienen en escenas de cacería; son comunes las figurillas que sostienen el clípeo con el retrato del difunto, como también los genios alados de la muerte inclinando las antorchas. Conservan a veces recuerdos de la vida civil relativas a la profesión del difunto y abundan las escenas de cacerías y temas de la vida del campo que por su carácter no evocaban misterios mitológicos.

Representaciones tomadas del arte pagano

Entre esta variedad temática suministrada por la decoración ornamental, se destacan singularmente algunos tipos a los que se les da pronto un significado simbólico que les garantiza su mayor difusión, entre los que se destaca principalmente la representación de la vid. El mismo Jesús se había comparado a ella: *Yo soy la vid y vosotros los sarmientos,* para significar la unión de los fieles con Cristo mediante su gracia. Así, la vid extiende sus ramificaciones entre imágenes de pájaros que acuden a picotear los granos de uva o se estiliza en un pequeño ramo que emerge de un vaso (lám. 46).

Otro elemento que procede del arte pagano consiste en la representación de las estaciones del año, figuradas por bustos, cabezas o genios con los atributos respectivos: flores, trigo, la vid y el olivo, y más tarde por escenas íntegras alusivas a la vida del campo, en las que se veía el reflejo del curso de la vida y que por ello constituían como una especie de símbolo de la resurrección. El tema

de las estaciones, que alterna tan a menudo con otros símbolos directos de Cristo y del alma en un mismo encuadramiento compositivo en las pinturas de las bóvedas de las criptas, reclama mejor todavía este sentido hacia la vida eterna que sucede a la mutación de los tiempos (lám. 46 b). Son comunes tambien estas representaciones en los mausoleos de época posterior, constituídas ya en unos temas indispensables que se han adaptado al sentido funerario. En cambio tienden a desaparecer en los relieves de los sarcófagos de la época monumental, cuando antes habían hallado en ellos una expresión idéntica a la que tenían en los dominios de la pintura.

Personificaciones mitológicas

Algunas figuras de origen mitológico fueron aceptadas por el arte cristiano, no por lo que podrían haber significado en su origen, sino precisamente por haberse perdido el sentido idolátrico que las informara, en cuanto vieron en ellas ciertas personificaciones que mejor respondían a la cultura clásica y al uso temático representativo, a las que era posible dar una incorporación de un nuevo significado, por lo menos durante los primeros períodos, antes que no se constituyeran los verdaderos símbolos cristianos.

Son, por ejemplo, las personificaciones del sol (fig. 5 y lám. 11), del mar, del río, con los mismos trazados con que los había resuelto el arte clásico; la figura del cielo en el desnudo torso masculino, que extiende un velo en forma de arco sobre su cabeza a los pies de Cristo en el arte monumental de los sarcófagos (láms. 114 y 116); el océano, que sugería la idea de la inmensidad; el viento representado en una cabeza que sopla en un cuerno o en una concha, evocadora de la vida pasajera, y algunas más que respondían a semejantes conceptos.

La fábula de Ulises atado al mástil para preservarse del encanto de las sirenas, fué aceptada en algunos sarcófagos como símbolo también del alma que aspira a la vida eterna preservándose de los embrujos de las cosas terrestres.

No es raro también encontrar alusiones al mito de Amor y Psiquis, que podían recordar el símbolo de las pruebas a que está sujeta el alma humana.

En realidad, la única de las leyendas paganas que, en este sentido, obtuvo mayor favor en los principios del arte cristiano fué la que deriva de la misma suavidad que aureolaba el mito de Orfeo, que con su voz y su lira cautivaba, embelesando a los animales de las selvas, en la que podía verse un símbolo de Cristo, que con su doctrina atraía asimismo hacia sí las las almas que andaban perdidas en los goces materiales (lám. 60). Así Orfeo fué tenido como tipo de Cristo y se le presentó a menudo sentado y tocando la lira, rodeado de animales salvajes o bien acompañado de ovejas, pasando a compenetrarse con las escenas de tipo pastoril, a las que la simbología cristiana llegó a concretar el tipo del Pastor como único y definitivo (lám. 47 a). En el mausoleo cristiano del Vaticano, descrito en la primera parte de este libro, aparece en el mosaico de la bóveda la personificación del sol, Helios, en carro arrastrado por caballos (fig. 5 y lám. 11), en estrecho paralelo con Orfeo como intento de personificación de Cristo.

Todos estos primeros tanteos demuestran cómo, en sus artes representativas, los fieles procuraban buscar modos figurativos que expresaran su propia manera de sentir dentro de los pocos que podían aceptar en el arte común, para dar los primeros pasos hacia el hallazgo de símbolos más característicos y reales.

BIBLIOGRAFIA: ALLARD: *L'Art païen sous les empereurs chrétiens* (París 1879). — COLOSANTI: *Le stagioni nell'antichità e nell' arte cristiana,* en «Rivista d'Italia» (1901). — SCHLOSSER: *Heidnische Elemente in der christlichen Kunst des Altertums* (Berlin 1927). — HUGGLER: *Mythologie der altchristlichen Kunst* (Estrasburgo 1929). — KAMPFFMEYER: *Die Landschaft in der altchristlichen Katakombenmalerei* (Greiswald 1933). — FRAIPONT: *Orphée aux catacombes* (París 1935).

III. LAS REPRESENTACIONES SIMBOLICAS

Formación de los símbolos cristianos

El recurso expresivo a los símbolos, como medio sensible de concreción de un concepto o de una idea determinada, fué comúnmente seguido por todos los pueblos de cultura superior que dejaron su herencia a la misión

civilizadora del imperio romano. Al desarrollarse el cristianismo en este ambiente con un fondo ideológico de contenido sobrenatural que atraía a conformar con él la vida práctica, es natural que hallara pronto en los símbolos una expresión velada de su manera de sentir, ininteligible a las mentalidades que no concordaban con su doctrina y asimismo fácilmente perceptible por los fieles que participaban de la misma fe. Pudo contribuir a su formación la disciplina del arcano inherente a la catequesis exigida en la institución del catecumenado, hacia últimos del siglo II, como indispensable para instruirse en los misterios de la religión y en la preparación del bautismo, en virtud de la cual las enseñanzas eran dadas en secreto por temor al ambiente hostil del paganismo.

Efectivamente, los símbolos se desarrollan a partir de esta época, no ya con simples reviviscencias de figuraciones comunes al arte clásico, en las que se pudo ver algún sentido trascendental de aplicación cristiana, sino como símbolos propios creados expresamente en base a representaciones en las que no se atiende a su significado real porque no pueden explicarse de otro modo en virtud del carácter simbólico que encierran. Se distinguen perfectamente de los simples motivos ornamentales por cuanto no aparecen en las disposiciones requeridas en la función de éstos como elementos de adorno y trazados de relleno; su expresión distinta queda determinada por una especie de convencionalismo que salta a la vista y por una estilización que, al fijar su forma, repite invariablemente los mismos tipos.

Los elementos constitutivos de los símbolos arrancan en parte de los mismos que empleó el arte en decoraciones, principalmente sacados de formas vegetales y animales, de figuras humanas y de los productos usados en la vida; se seleccionan, empero, de modo particular en nuevas representaciones que se revisten enteramente del significado simbólico pretendido.

No todos los símbolos aparecen dentro de un período determinado, porque no hubo límite en su creación; pero desde el siglo II constituyen las primeras manifestaciones de la idea cristiana, cuyos tipos principales se fijan desde la segunda mitad de aquel siglo hasta la primera mitad del siguiente. Abundan en todas las formas de representación artística, tanto en la pintura como en la escultura, en los

mosaicos y en las artes menores, aun cuando los más primitivos se hallan incisos en las mismas inscripciones funerarias y los más generalizados se prodigan en las composiciones pictóricas.

Casi todos ellos se formulan en representaciones simbólicas relativas a la figura de Cristo, a la figura de los fieles vivientes en el curso de la vida cristiana como aspiración a la vida eterna, a figuras del fiel difunto y del alma que participa de la bienaventuranza, y también en relación con el misterio de la resurrección y de la felicidad en la otra vida. Los más primitivos consisten en el áncora, la palma, la paloma, el cordero, el pez, el alfa y omega, el monograma de Cristo, en la segunda mitad del siglo II; el caballo, la lucerna, la tau, la nave, el ánfora, el árbol y sobre todo el Buen Pastor y el orante en la primera mitad del siglo III.

Representaciones simbólicas de Cristo

Los fieles cristianos pudieron hallar entre los temas del arte clásico las representaciones de la vid y de Orfeo, en las que era posible entrever un significado simbólico rela-

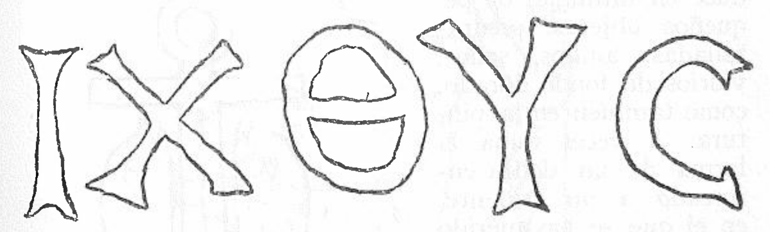


Fig. 56.—Aclamación simbólica de Cristo por medio de la palabra griega que significa el pez. Grabado en una inscripción de la región papal del cementerio de San Calixto.

tivo a Jesucristo. Era el primer paso que les conducía a símbolos más precisos y concretos que se cifran pronto en la figura del pez y luego en la del Buen Pastor, en las letras apocalípticas alfa y omega, en los monogramas y cruces, como más tarde en la figura del cordero.

El pez.—El más raro en apariencia, pero a la vez frecuentemente utilizado, es el símbolo, que para ser comprendido requiere una profunda iniciación cristiana, y que

aparece como uno de los más antiguos. Se origina de la denominación griega IXΘΥC, cuyas letras serían las iniciales del acróstico Ἰησοῦς Χριστός Θεοῦ Υἱός Σωτήρ. Jesucristo Hijo de Dios Salvador (fig. 56), cuyo emblema fué la misma figura del pez o la expresión en griego, debido al misterioso significado que encerraba, según se desprende de las alusiones que se hacen a Cristo como pez en las fuentes literarias y epigráficas contemporáneas, de modo que, con ello, el símbolo se reviste con una oculta, pero directa, profesión de la divinidad de Cristo.

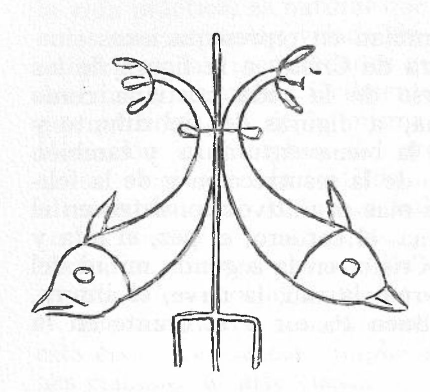


Fig. 57.—Delfines atados a un tridente. Símbolo de Cristo crucificado, en una inscripción del cementerio de S. Calixto.

Se nota su presencia en las inscripciones de últimos del siglo II, solo o combinado con palomas, áncoras, panes, y hasta el siglo IV, en que desaparece, se reproduce en infinidad de pequeños objetos: piedras talladas, anillos, sellos, vidrios de fondo dorado, como también en la pintura. A veces toma la forma de un delfín enroscado a un tridente, en el que se ha querido ver el signo de Cristo crucificado, o dos delfines separados por un tridente (fig 57); pero, en general, el pez es expresado en una forma genérica, solo o combinado con otros símbolos, especialmente con el áncora en el significado de la esperanza en Cristo, representándose a

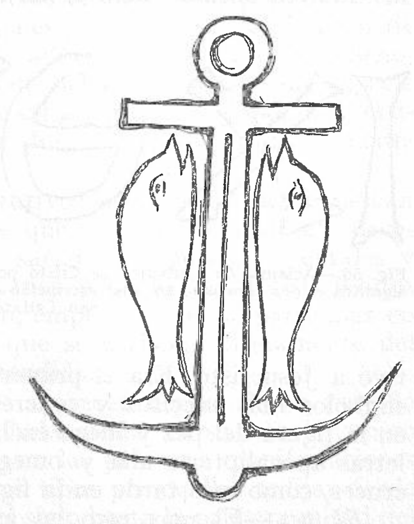


Fig. 58.—Los peces al lado del áncora. Símbolo de la esperanza del alma fiel en Cristo. Grabado en una inscripción del segundo piso del cementerio de Priscila.

veces el áncora entre dos peces (fig. 58), puestos en sentido horizontal o vertical y también dispuestos de modo que forman con el áncora el monograma constantiniano.

Pero, además, el pez pasa a ser un símbolo eucarístico



Fig. 59.—El Buen Pastor. Grabado en la inscripción de Tertula en el cementerio de Priscila.

cuando se une con figuras alusivas a este sacramento, según un concepto que se halla bellamente expresado en la célebre inscripción de Abercio, de últimos del siglo II, en la que este obispo de Hierápolis, en Frigia, afirma que en todas partes la fe le condujo y le presentó por alimento

un pez muy puro, salido de la única fuente, llevado por una virgen santa, que ella daba de comer a sus amigos y que poseía un vino delicioso que lo administraba con el pan. Esta viva imagen de Cristo, que nutre las almas por medio de la Eucaristía, se manifiesta, en la decoración de las criptas de Lucina, en el cementerio de San Calixto, con la representación del pez al lado de la cesta llena de panes, alusivos al milagro de la multiplicación, en cuyo interior hay un cáliz lleno de vino (lám. 47 b). Asimismo, en ciertas figuraciones de escenas de convites, el pez recuerda en ellas al manjar eucarístico de la gracia por la vida eterna.

El Buen Pastor.—Es la personificación ideal de la redención cristiana; figura la más apreciada y popular creada por el arte que supo concretar en ella un tipo alegórico en perfecta consonancia con la declaración que dió Jesucristo de sí mismo: *Ego sum Pastor Bonus* (Juan, X, 11) y con la conocida parábola evangélica recordada por San Lucas (XV, 4) y con otras alusiones de los Evangelios (Juan, X, 1-27, y XXI, 15-17; Mateo, XV, 24), y además con una fuerte tradición literaria de los primeros siglos.

El tipo iconográfico queda fijo a partir de los comienzos del siglo III y se distingue siempre de las imágenes de pastores, tan comunes en el arte clásico, por la forma casi inmutable, definitiva, que se multiplica en las incisiones de los epitafios sepulcrales (fig. 59), en las pinturas decorativas de los sepulcros, en las esculturas de los sarcófagos. En su forma elemental y más común, representa a un joven pastor imberbe y de pie que viste túnica corta y ceñida, a veces cubierto con un pequeño manto a manera de esclavina, con las piernas desnudas o recubiertas con bandas, calzando sandalias; lleva la oveja cargada sobre sus hombros, sujetando sus cuatro patas con una de sus manos sobre el pecho o bien reunidas dos a dos en cada una de las manos (lám. 48). En otros casos, no le faltan alguno de los distintivos pastoriles: el bastón, el zurrón, la zampoña, el cazo o el plato, con el que invita a dar alimento a las ovejas (lám. 49).

El significado natural de esta imagen radica en la caridad de Cristo y también en la penitencia, pues que lleva sobre sus hombros la oveja descarriada, por lo que era un símbolo ideal de redención. Pero al mismo tiempo contenía también un significado fúnebre, como se declara

en la primitiva liturgia, en la que se rogaba por el alma del difunto, a fin de que fuese *boni Pastoris humeris reportata,* y en las plegarias del tan antiguo texto de la recomendación del alma se insistía: *constituat te Christus Filius Dei vivi intra Paradisi amoena vireta et inter oves suas te verus ille Pastor agnoscat.* Por esto acompañan a menudo a la figura del Buen Pastor dos ovejas puestas simétricamente a sus lados, entre árboles también simétricos alusivos al paraíso (lám. 50). En esta forma, la imagen está colocada casi siempre en el puesto más principal, pintada con preferencia en el centro del techo de las criptas (lámi-

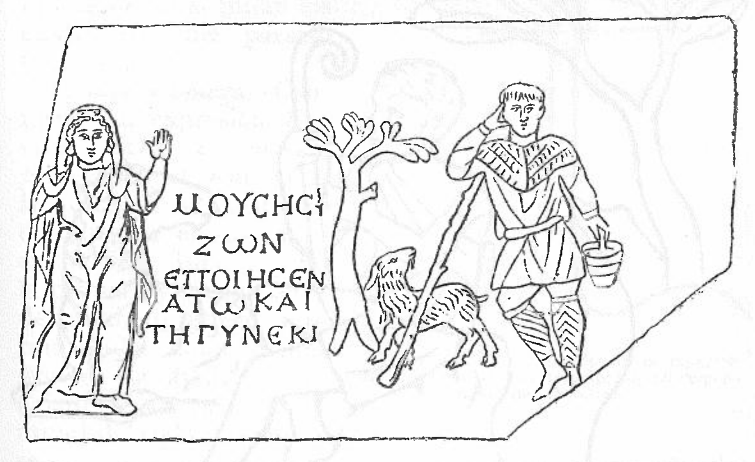


Fig. 60.—Figura de orante ante el Buen Pastor en una inscripción funeraria.

na 63 a), de las bóvedas o lunetos de los arcosolios, y se esculpía en el centro de los sarcófagos.

La firme esperanza en la felicidad celestial se simbolizaba de modo particular en la contraposición de la figura del Buen Pastor con la figura del orante, expresión esta última del alma del difunto que gozaba de la presencia de Cristo en su grey celestial (fig. 60, lám. 106). Bajo este aspecto fué común en la decoración de los techos de las criptas alternar las representaciones de ambas imágenes en los recuadros de la composición.

Fué más rara la representación del Pastor en actitud de ordeñar la oveja, tema que pertenece más bien al tipo de alegorías pastoriles en las que aparece el Pastor atento

al cuidado de su grey, apoyándose en el bastón, a veces sin la oveja sobre sus hombros, entre el rebaño dispuesto simétricamente o disperso en el campo, paciendo o levantando las cabezas hacia él como en actitud de escuchar su voz (lám. 51), y más raramente sentado con la oveja a sus pies (fig. 61), o en otras variadas disposiciones, en



Fig. 61.—Escena pastoril grabada en la inscripción de Geroncio en el cementerio de Domitila.

las que se mantiene siempre el encanto de la dulce escena; ilustración inspirada en las palabras de Cristo sobre las cualidades del buen pastor, que sabe reconocer sus ovejas y que ellas lo reconocen por la voz y que le siguen doquiera las conduzca. Escenas que aparecen preferentemente en la decoración de los lunetos en el fondo de los arcosolios (lámina 52).

El Agnus Dei.—Fué raramente conocido en el arte sepulcral el cordero como símbolo de Cristo, a pesar del

lenguaje escriturístico, que lo fija en el cordero pascual declarado por San Juan Bautista al señalar a Jesús como *Agnus Dei* que quita los pecados del mundo. Su tardía aparición hacia últimos del siglo III, y sólo en dos casos que se distinguen por el nimbo que rodea la cabeza del cordero, circunscribe mejor este símbolo al arte monumental que se refleja en los sarcófagos y propio de la decoración de las basílicas, en correspondencia a la visión apocalíptica de San Juan (XIV, 1 s.) con el cordero de pie sobre el monte del cual fluían los cuatro ríos del paraíso (lámina 89).

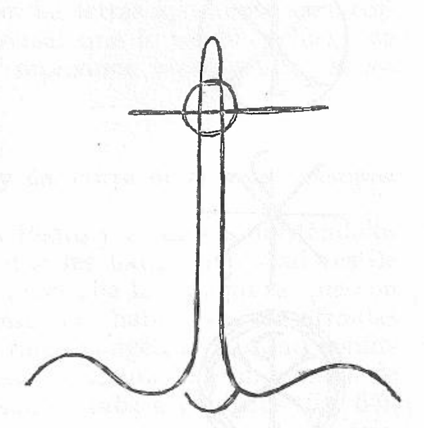


Fig. 62.—Ancora, símbolo de la esperanza. Grabado en una inscripción del cementerio de Domitila.

El alfa y omega. - Conforme a la expresión: *Ego sum alpha et omega, principium et finis,* con la que Dios se complugo definirse en el Apocalipsis de San Juan (I, 8), la primera y última letra del alfabeto griego fueron usadas, como expresión de la divinidad de Cristo, desde la segunda mitad del siglo II, aunque se hicieron más comunes a partir del siglo IV, acompañando las diversas formas de los monogramas de Cristo.

La cruz y el monograma.—No abunda en el primitivo arte sepulcral la expresión del símbolo de la cruz como señal de Cristo, aunque se ofrecen algunos casos raros en los que se identifica este símbolo en la figura del tridente, en la llamada cruz esvástica y en la representación del áncora con el asta transversal en la parte alta (fig. 62), igualmente en los nexos de algunas letras y de modo especial en la letra griega *tau.* La cruz en su forma latina no se generaliza hasta últimos del siglo IV, para pasar a ser característica en el encabezamiento de los epitafios de los siglos siguientes.

La señal de Cristo, *signum Christi,* o monograma formado por el nexo de las dos letras griegas X P, iniciales del nombre de Cristo, fué el distintivo de la edad cons-

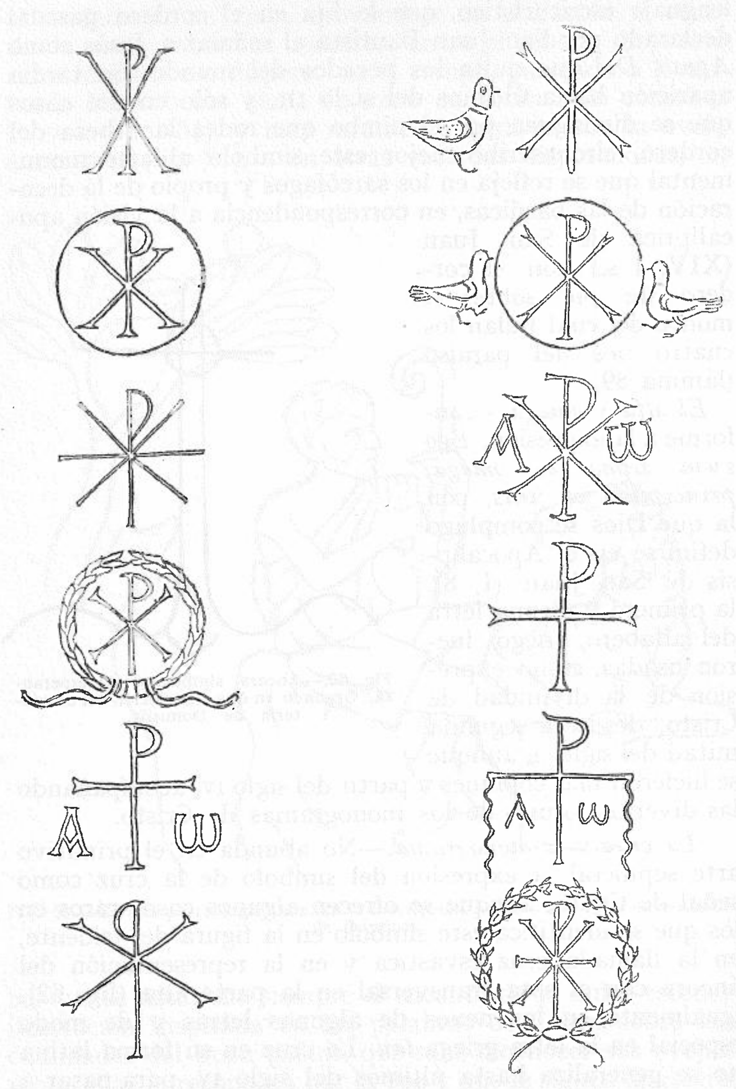


Fig. 63.—Formas típicas que señalan la evolución del monograma constantiniano en las inscripciones sepulcrales durante el siglo IV.

tantiniana (fig. 63). Ya los cristianos lo usaron como símbolo desde principios del siglo III con el nexo de las dos letras X I, pero más comúnmente como abreviación del nombre de Cristo. Pero después de la visión de Constantino, cuando se fijó en el lábaro militar y se divulgó en el sistema monetario, su uso se introdujo en todas partes en una infinidad de formas que comprenden el monograma aislado, circunscrito dentro de círculos o coronas, ladeado por una o dos palomas o por las letras apocalípticas, o cortado por una línea transversal que lo modifica luego en una cruz que después se reproduce acompañada de los mismos elementos.

Símbolos del fiel viviente y del curso de la vida cristiana

La llamada de Cristo a Pedro y a Andrés invitándolos a seguirle, anunciándoles que les haría ser pescadores de hombres (Lucas, V, 1-11), precisaba la semejanza que con los peces tendrían las almas que habían de ser atraídas por los apóstoles a la doctrina evangélica, paridad confirmada por la pesca milagrosa, en la que el gran número de peces cogido en las redes simbolizaba a los fieles (fig. 64). Éstos fueron designados por los primitivos autores cristianos como *pisciculi*, pececillos que nacen en el agua regeneradora del bautismo. A este concepto corresponde el tema iconográfico que representa algunas veces al pescador sentado a la ribera del río pescando con la caña en el acto de coger el pez con el anzuelo, que no falta en las más antiguas pinturas en unión con otros temas alusivos al bautismo (fig. 3 y lám. 92).

Símbolo del fiel viviente fué ciertamente la misma oveja que el Buen Pastor carga sobre sus hombros, como redimida del extravío del mundo para vivir en la unión de la gracia con Cristo; asimismo, la oveja que recibe las caricias del pastor o la comida que éste le ofrece en el encanto apacible de las escenas bucólicas.

Pero en un sentido más irreal, las alusiones simbólicas que mayormente abundan son las que responden a la variedad de signos relativos al curso de la vida cristiana, que los fieles, recién salidos del paganismo, hallaban con natural simplicidad en los juegos de las carreras y de las luchas agonísticas y en los viajes a lejanas regiones, por

los que podían representar los trabajos de la vida, las tentaciones, las persecuciones y también los peligros que se debían superar para alcanzar la felicidad eterna. Semejantes alegorías son profusamente expresadas en las cartas de San Pablo y en las visiones de San Juan, como también en los textos de los antiguos escritores. Estos símbolos principales se reducen a los siguientes:

El caballo, que aparece a principios del siglo III en las incisiones lapidarias, representado en su carrera para significar el curso de la vida discurrido en obras buenas, según la imagen de San Pablo cuando exhorta a vivir de modo que sea posible alcanzar el cielo, sirviéndose del parangón con la carrera, en las que muchos corren y uno solo recibe el premio, por lo que se entiende ser símbolo del fiel, declarado a veces por la presencia del monograma grabado en la parte del cuerpo del caballo donde era costumbre poner la marca del dueño.

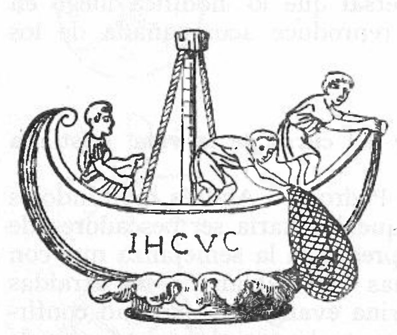


Fig. 64.—Bajel místico, símbolo de la Iglesia, en cuyas redes entran los fieles, simbolizados por los peces.

La lucha agonística se halla más raramente figurada en los epitafios, especialmente como símbolo del cristiano que ha merecido la palma o la corona de la victoria, en cuyo caso el símbolo del luchador queda efigiado entre dos palmas o lleva una de éstas o la corona en sus manos, y a veces recibe un racimo de uva o una corona llevada por una paloma (figs. 74 y 77). Cabe citar, asimismo, la representación de los atletas que corren empujando el aro (figura 65).

Los premios en los juegos.—El símbolo de la victoria, constituído por la palma, es un elemento que aparece en los más antiguos epitafios, en el que fácilmente se comprende el significado del triunfo logrado por el difunto por la fidelidad observada a la ley de Cristo; suele asociarse a otros símbolos y más tarde al monograma de Cristo y a las letras apocalípticas en significado de victoria moral. *La corona*, entretejida con hojas de laurel,

aborrecida por sí misma en cuanto los paganos la utilizaban como señal de participación al culto idolátrico, fué representada más tardíamente como símbolo de victoria en relación con la corona de justicia que será otorgada a los que aman la llegada del Señor, según expresión de San Pablo, y también con la promesa de San Pedro: *Percipietis immarcescibilem gloriae coronam*, por lo que se



Fig. 65.—Carrera con un aro, símbolo del alma, que corre hacia la vida eterna. Grabado en una inscripción en el cementerio de Domitila.

usa para rodear de triunfo el monograma de Cristo y se la coloca en manos de los mártires y santos en el acto de ofrecerla al Señor o de recibirla como premio de Dios en las escenas de arte monumental. Más rara es la figura del *vaso* como premio de victoria tan ambicionado en los juegos de la edad clásica, puesto que este elemento se coordinaba mejor con alegorías de otro carácter.

Los símbolos de la navegación comprenden la repre-

sentación de la *nave*, símbolo del fiel que surca los mares procelosos de la vida y sortea los escollos que se oponen a su feliz llegada al puerto de salvación (fig. 66). En época más tardía pasó a ser el símbolo de la Iglesia y se efigió ocupada por Cristo como piloto y los apóstoles como remeros, interpretando el relato evangélico de la nave de los apóstoles sorprendida por la tempestad y salvada por Cristo. La esperanza firme que el fiel siente en su alma hacia la seguridad de la salvación, tuvo su símbolo más primitivo, difundido desde la segunda mitad del siglo II y representado con extraordinaria repetición, en la figura del *áncora*, según el parangón de San Pablo: *ad tenendam propositam spem, quam sicut anchoram habemus animae tutam ac firmam* (Hebreos, VI, 18), por lo que los primeros fieles la pintaban o grababan en sus epitafios en señal de su firme esperanza que Cristo salvaría las almas de sus queridos difuntos (fig. 62). Además de representarla sola, en posición vertical u horizontal, se la halla a menudo combinada con otros símbolos, ora con el pez, significando la esperanza en Cristo; ora con la paloma y con la palma, indicando la consecución de la felicidad; ora con otros elementos que confirmaban más su alegoría. El áncora, dado su trazado geométrico, contenía un símbolo velado de la cruz de Cristo. Finalmente, entre los símbolos sacados de la navegación, figura la representación del *faro*, y a veces del *faro* junto con el *puerto* y en el momento de la llegada de la *nave*, aludiendo al término de la felicidad eterna.

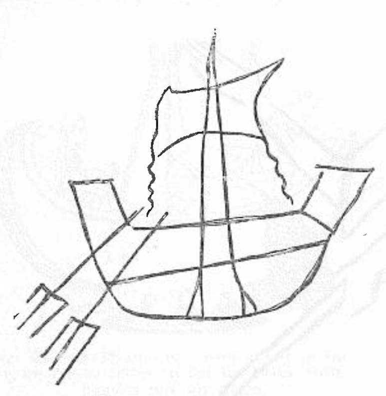


Fig. 66.—La nave, símbolo del alma, que navega hacia la vida eterna. Grabado en una inscripción en el cementerio de Domitila.

Símbolos del fiel difunto y del alma bienaventurada

Una de las figuras más expresivas en el primitivo arte cristiano, creada exprofesamente en el lenguaje figurativo de los sepulcros, que se halla extensamente difundida en las incisiones epigráficas, en las decoraciones pictóricas y



Fig. 67.—Orante entre el crismón y una paloma. Grabado en una inscripción del cementerio de San Calixto.

en los relieves de los sarcófagos, fué la del *orante*, representada por una figura de pie con los brazos extendidos y las manos en alto en la actitud de la plegaria (lám. 53 a), según la prescribía San Pablo (Tim., I, 8): *volo ergo viris orare in omni loco, levantes puras manus*, posición que, al decir de Tertuliano (*Apologet.* 30), se creía de mandato

apostólico: *expansis manibus orare praeceptum apostolicum est.*

El orante es la imagen expresiva del alma del fiel, contemplada en la bienaventuranza celestial, rogando por los vivientes a fin de que éstos también alcancen la posesión de la felicidad eterna; figura ideal de los difuntos que dan gracias a Dios e interceden por los sobrevivientes. Este significado queda repetidamente confirmado por las inscripciones en las que debajo de la figura del orante se expresa el nombre del difunto, acompañado a veces de la invocación *in pace* o de la aclamación *pete*, ruega, y más a menudo por adornos de flores y representaciones de árboles, que evocan el paraíso celestial, y más claramente con la presencia de la figura del Buen Pastor o de otros símbolos directamente alusivos a Cristo (fig. 67).



Fig. 68.—El orante. Grabado en una inscripción de la basílica del cementerio de Domitila.

La mayor eficacia artística, que proviene del efecto pictórico de la figura femenina, explica la preferencia de orantes femeninas aun en sepulcros de hombres, lo que indica también que se le adjudicaba una representación impersonal conveniente al tipo idealizado en sus líneas hieráticas. Sin embargo, abundan los orantes masculinos (fig. 68), debido en parte al prurito de acomodarse al sexo del difunto y a veces a la edad, aun tratándose de mujeres, de modo que en estos casos, además de la representación simbólica que el orante contiene en

su propio significado, hay que reconocer también un sentido real en cuanto pretende expresar la figura del mismo difunto, especialmente cuando la expresión del rostro tiende a conservar rasgos de un retrato intencionado (láms. 53 b y 54).

La figura del orante se introdujo durante el siglo II con un tipo permanente, ampliamente difundido, a excepción de algunos raros casos que se producen en el siglo IV al reducirlo a la sola representación del busto con los brazos levantados. Su actitud inmutable únicamente acepta varia-



Fig. 69.—Figura de orante entre corderos y árboles, símbolo del difunto en la beatitud de la gloria, en la inscripción funeraria del jóven Félix.

ciones en el vestido, que se presenta adaptado a las distintas modalidades corrientes en el uso de la vida: el colobio o túnica larga, de pliegues rectos, sin mangas y con el palio o manto envolviendo la cabeza; la pénula o manto circular orlado de púrpura; la dalmática, ricamente decorada, debajo de la cual aparecen las mangas de la túnica, con la cabeza cubierta por el velo; en épocas más tardías, con los atavíos propios de una dama importante que luce sus ricas joyas (lám. 55).

El orante, como figura aislada, menudea en los epitafios, en las pinturas de los sepulcros, en el fondo de los arcosolios, repitiéndose en los recuadros decorativos que decoran los techos de las criptas y situado en el centro

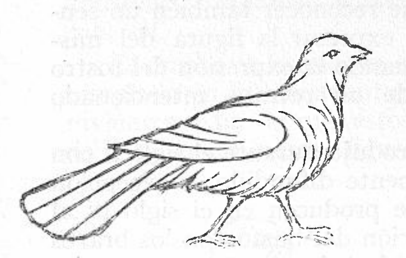


Fig. 70.—Paloma, símbolo del alma viviente en la paz eterna, en una inscripción del cementerio de Domitila.

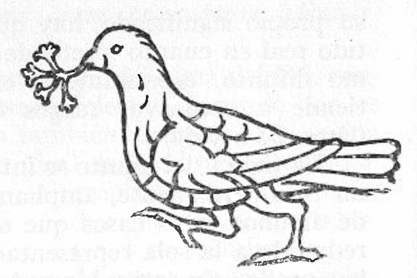


Fig. 72.—Paloma con un ramo en el pico, símbolo del alma gozando de la bienaventuranza, en el cementerio de Domitila.

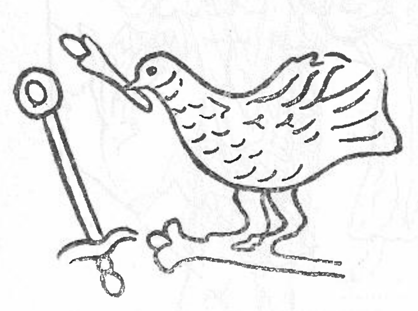


Fig. 71.—Ancora y paloma en una inscripción funeraria.

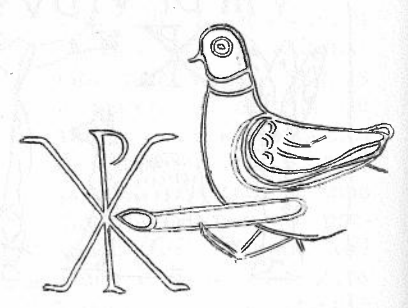


Fig. 73.—Paloma ante monograma. Grabado en un fragmento de inscripción en el cementerio de San Calixto.

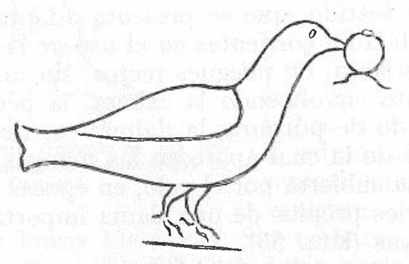


Fig. 74.—Paloma llevando una corona en el pico. Grabado en la inscripción de Doroteo, en el cementerio de San Lorenzo.

o a los extremos de los sarcófagos. Cuando quiere precisarse su presencia en el paraíso celeste, no faltan los árboles que lo simbolizan (fig. 69), las flores, las palomas, los símbolos de Cristo y especialmente la figura del Buen Pastor (láms. 56 y 57).

Tan importante fué esta figura del alma y particularmente su significado de intercesión ante Dios, que las primeras figuras bíblicas resueltas por el arte cristiano como

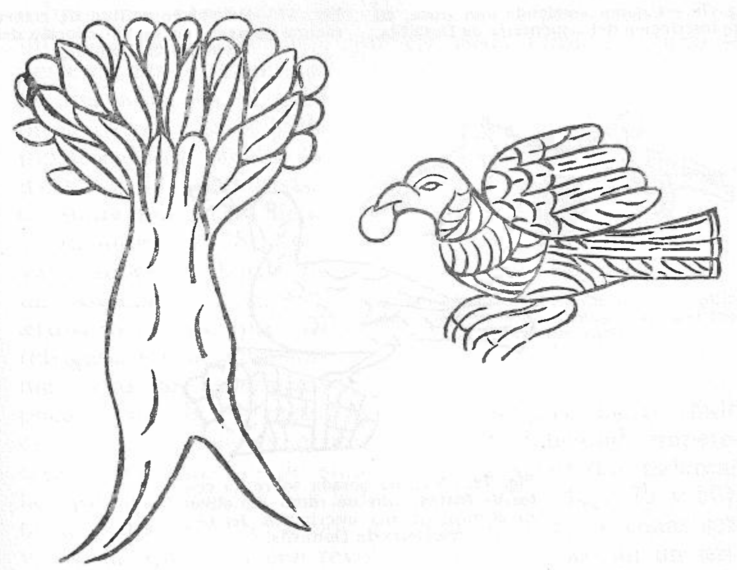


Fig. 75.—Paloma cogiendo fruto de un árbol, símbolo del alma que goza de la vida eterna. Grabado en una inscripción del cementerio de Priscila.

símbolos de salvación, tuvieron en ella su expresión típica e inconfundible, aunque determinada dentro de las características del personaje representado.

Además del orante, se introdujo, desde la segunda mitad del siglo II, otro símbolo característico en la figura de la *paloma* (fig. 70), que aparece junto con los del pez y del áncora (fig. 71). Por ella se entendía también la imagen del alma viviente en la paz eterna, como un compendio gráfico de escritura muy repetido en las inscripciones que podía sustituir la aclamación de *columbula, palumba sine fel*, especificada a veces por el nombre del



Fig. 76.—Paloma comiendo una fruta, en una inscripción del cementerio de Domitila.

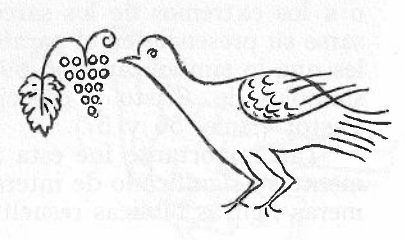


Fig. 77.—Paloma en actitud de comer un racimo de uvas, en una inscripción del cementerio de Domitila.

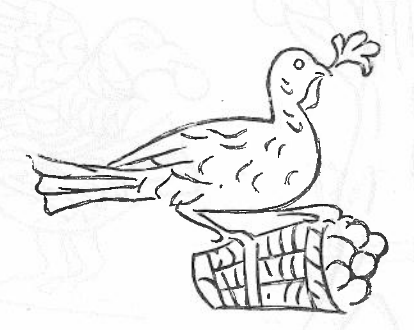


Fig. 78.—Paloma posada sobre un cetos de frutas, con un ramo de olivo en el pico, en una inscripción del cementerio de Domitila.

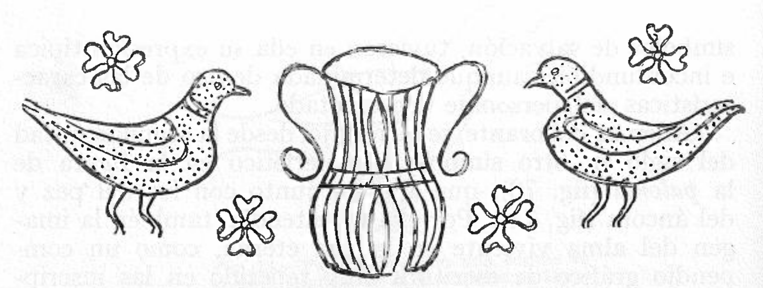


Fig. 79.—Las palomas al lado de un vaso, símbolo del alma en el goce de la paz eterna. Grabado en una inscripción del cementerio de San Calixto.

difunto y como una viva ilustración de la fórmula de paz: *in pace, spiritus tuus in pace.* No la paz de la dormición en el sepulcro, sino la paz de la eterna bienaventuranza y en el goce de ella, como lo prueba que a menudo la paloma lleva en su pico un ramo de olivo (fig. 72), o bien la palma (fig. 73), o bien la corona (fig. 74), o un ramo de laurel (fig. 75), como fruto reportado por su victoria en la vida cristiana.

Quieta o volando (fig. 76), sola o entre árboles, aislada o junto con otros símbolos, la paloma se presenta en una infinidad de variaciones, que en nada inmutan, pero sí perfeccionan el significado del alma en el goce de la paz; así se la halla picoteando un racimo de uvas (fig. 77), descansando sobre una cesta llena de racimos (fig. 78), apoyada sobre el borde de un vaso apagando su sed, aludiendo siempre al refrigerio eterno, que colma todas las esperanzas puestas en la salvación y sacia completamente todo deseo en la bienaventuranza de la felicidad imperecedera. Por razones de simetría son a veces dos palomas las que se colocan a los lados de un vaso (figs. 79 y 80), de un ramo o de un árbol; así como en otras escenas son varias las que aparecen revoloteando, exigidas por un sentido estético de composición, acompañando figuras de orantes y aun posándose en las manos de éstas. Distinta de esta paloma simbólica es la que figura en escenas de inspiración bíblica por las que se quiere representar el auxilio de Dios y la asistencia del Espíritu Santo.

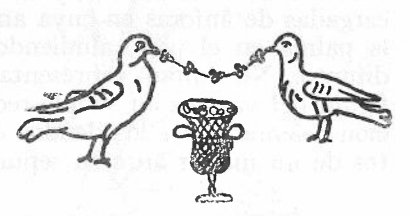


Fig. 80.—Palomas sosteniendo una guirnalda sobre un vaso. Grabado en una inscripción funeraria.

También pueden considerarse como símbolos del alma en posesión de la felicidad las *ovejas* y *corderos* figurados en escenas evocadoras del paraíso y en representaciones de tema pastoral, y sobre todo el *ciervo* que se abreva en la fuente, símbolo del deseo ardiente de alcanzar la fuente de la vida, que aparece más raramente en la pintura por haberse desarrollado y divulgado en los baptisterios y edificios sagrados de la edad de la paz.

En el lenguaje bíblico y patrístico, se alude a menudo

al *vaso* como símbolo tanto del fiel como del cuerpo en cuanto es recipiente del alma, según expresiones tan características en San Pablo, que distingue diversas clases de vasos para invitar a los fieles a transformarse en el *vas in honorem.* Así, pues, aunque el vaso pudo ser considerado en algunos casos como símbolo del premio de la victoria reportada en la lucha con el hombre viejo y también como símbolo del refrigerio del alma en el goce de la paz celeste, en muchos otros casos aparece como evidente representación del fiel difunto, en forma simple de vaso de ánfora o tinaja, especialmente cuando en el interior de su figura consta el nombre del fiel, y en las composiciones de naves cargadas de ánforas en cuya antena se posa el pájaro con la palma en el pico, aludiendo al cuerpo y al alma del difunto. No faltan representaciones en las que la sola figura del vaso es un simple recuerdo del refrigerio o libación celebrada por los deudos del difunto o por los devotos de un mártir ante su sepulcro.

Símbolos de la vida eterna y de la felicidad celestial

El concepto de la vida eterna como un lugar ultraterreno fué alguna vez representado bajo el aspecto de un pabellón cuyas cortinas son levantadas invitando a entrar en él al difunto en figura de orante. Pero sus símbolos expresivos se formaron teniendo en cuenta la reunión del alma con el cuerpo, la idea de la inmortalidad, el acallamiento del hambre y sed de felicidad en el goce de la paz y la participación al banquete celestial.

La figuración de las estaciones y de los productos típicos de cada una de ellas, rosas, espigas, uvas y laurel, o las escenas campestres que las evocan, según el concepto del arte clásico, constituía para los cristianos un símbolo de la resurrección debido al recuerdo de la mutación de los tiempos en el pasaje de la inanición de la naturaleza al renuevo de la vida. También lo fué la representación del ave *fénix* por lo que se contaba de ella que de su cadáver en corrupción nacía un gusano que se transformaba en otro fénix; así se representó, aunque raras veces, con la cabeza rodeada por un nimbo, a veces radiado, llevando el distintivo de una palma (fig. 81). El *pavo*, que, además de ser símbolo de la inmortalidad, lo fué también

de la resurrección a causa del renuevo anual de su pintoresco plumaje, se representó algunas veces con la cola desplegada en forma de abanico.

La felicidad celestial se simboliza bajo el aspecto de un jardín, de una escena de banquete o de una fuente, para hacer tangible el lugar del eterno descanso, tan vivamente imprecado por las aclamaciones que lo invocan en las fórmulas de los epitafios: *la paz sea contigo; descansa en paz; que tu alma sea feliz; vive en el Señor; refrigérate con las almas santas; refrigérate en el bien; refrigérate plenamente y ruega por nosotros,* con una expresión típica conservada en el memento de difuntos del canon de la misa: *locum refrigerii ut indulgeas deprecamur.*

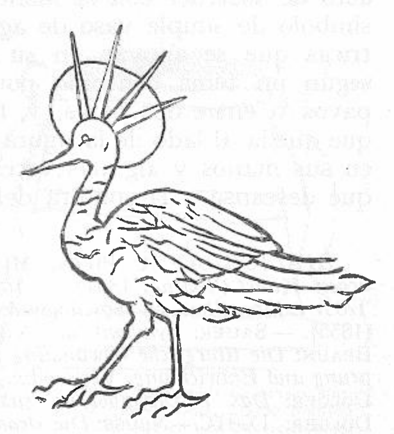


Fig. 81.—El fénix, símbolo de la resurrección. Grabado en una inscripción de la región de la cripta de los Papas en el cementerio de San Calixto.

El paraíso o jardín celestial queda perfectamente expresado en la figura de uno o más árboles cargados de flores y frutos o con otros arbustos entre revoloteos de pájaros que se alimentan y nutren (figs. 67 y 69); los bienaventurados que disfrutan de su goce aparecen en figura de orante con la inscripción *in pace* próxima a su cabeza, a fin de explicar mejor el concepto simbólico.

La expresión del banquete celestial como consecución de la gloria eterna deriva de las palabras del mismo Cristo (Luc., XXII, 28-30): *Et ego dispono vobis sicut disposuit mihi Pater meus regnum, ut edatis et bibatis super mensam meam in regno meo.* La figuración simbólica se basó en la escena real de un convite en el que los invitados, hombres y mujeres y a veces niños, en número de tres o de cinco, están en la mesa según la manera romana, dispuesta en forma de sigma, servidos por dos figuras femeninas, Agape e Irene, personificaciones del amor y de la paz, que son los tesoros más apreciables en la vida celeste, que les administran el agua y el vino.

Semejante a esta escena simbólica del banquete es la del refrigerio, en virtud de la cual la bienaventuranza eterna queda asemejada a un celeste refresco que colma la esperanza sediente en la vida terrena, en relación con las palabras de Jesús a la Samaritana (Juan, III, 1-30): *Aqua quam dabo ei fiet in eo fons aquae salientis in vitam aeternam*, y con otras expresiones similares, tan abundantes en los Salmos. Para expresar este concepto, los fieles cristianos acudieron a la representación del difunto en el acto de sostener con la mano el vaso de agua fresca; al símbolo de simple vaso de agua entre dos palomas simétricas que se apoyan en su borde y apagando su sed, según un tema conocido por el arte clásico; entre dos pavos o entre dos peces, y, finalmente, el cazo de leche que queda al lado de la figura del Buen Pastor o sostenido en sus manos y algunas veces aislado junto a una oveja que descansa a la sombra del árbol.

BIBLIOGRAFIA: PIPER: *Mythologie und Symbolik der christlichen Kunst* (Weimar 1851). — DE ROSSI: *De christianis monumentis* *'Ιχθύν exhibentibus*, en «Spicilegium Solesmense di G. B. Pitra», vol. 3 (1855). — SAUER: *Symbolik des Kirchengebäudes* (Friburgo 1902). — BRAUN: *Die liturgische Gewandung im Occident und Orient nach Ursprung und Entwicklung. Verwendung und Symbolik* (Friburgo 1907).— DOLGER: *Das Fischsymbol in fruhchristlicher Zeit* (Roma 1910). — DOLGER: ΙΧΘΥΣ.—NEUSS: *Die Oranten in der christlichen Kunst*, en «Festchrift Clemen» (Düsseldorf 1926). — LOTHER: *Der Pfau in der altchristlichen Kunst* (Leipzig 1929). — SUHLING: *Die Taube als religiöses Symbol im christlichen Altertum* (Friburgo in Brisgovia 1930).— SUHLING: *Taube und Orante*, en «Römische Quartalschrift.», 39 (1931). TH. K. KEMPF: *Christus der Hirt. Ursprung und Deutung einer altchristlichen Symbolgestalt* (Roma 1942).

IV. LOS TEMAS DE ORIGEN SEPULCRAL

Conceptos que los originan

El mismo concepto religioso cristiano que fué la fuente de inspiración en la creación de sus símbolos más expresivos, bajo formas convencionales sacadas del arte clásico, pero animadas con nuevo significado, que permitieron el hallazgo de figuras propias, era tan vivo en el alma de los fieles a través de los hechos bíblicos que lo confir-

maban aumentando sus esperanzas en la salvación, que la natural representación de estas escenas apareció contemporáneamente a la de los símbolos.

Pocas en número, se fijan desde la segunda mitad del siglo II y adquieren pronto una amplia difusión las escenas de Noé en el arca. Daniel entre los leones, Moisés percutiendo la roca, los tres jóvenes en el horno de Babilonia y Jonás liberado de la ballena. Hechos milagrosos del Antiguo Testamento, en los que aparece claramente la acción de la bondad divina manifestándose para salvar personas santas y justas del peligro de la muerte, a los que se añade la escena de la resurrección de Lázaro operada por Jesucristo, a fin de evocar la liberación de la misma muerte.

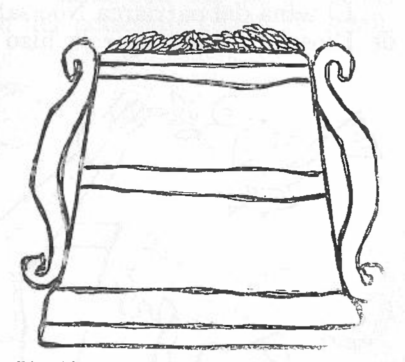


Fig. 82.—Celemín sobreseído de grano, símbolo del alma que ha dado buena medida de sus obras. Grabado en una inscripción del cementerio de Domitila.

Estos primeros temas creados por el arte cristiano fueron elegidos por la relación directa que los unía a las ideas escatológicas (fig. 82). No es casual que su mayor parte se refieran a hechos bíblicos en los que se trata de la salvación milagrosa en los peligros de muerte y de la resurrección. Tratándose de la decoración de monumentos funerarios, a la que se ofrecían de un modo tan natural estos temas que colmaban la esperanza y la confianza en la salvación del alma según las enseñanzas de la verdad cristiana, no es posible reconocer otros factores a fin de explicar el origen de estas primeras manifestaciones artísticas.

Otras escenas no tan comunes, pero que después tendrán más difusión, son las del sacrificio de Abraham y la curación del paralítico, obedeciendo siempre al mismo concepto, que crea, hacia la mitad del siglo III, algunas representaciones que casi quedan como únicas en las pinturas de los cementerios subterráneos de Roma: Susana liberada por Daniel, David con la honda vencedor de Goliat, Tobías salido de los peligros, Job salvado de sus aflic-

ciones, entre los hechos inspirados en el Antiguo Testamento, y las curaciones de la hemorroísa, del ciego de nacimiento y del leproso, entre los milagros evangélicos.

El desarrollo en la formación de estos temas iconográficos queda comprendido, casi a lo largo de un siglo, desde la segunda mitad del siglo II a la segunda mitad del III.

Noé en el arca.

El tema del patriarca Noé salvado del diluvio por orden de Dios en el arca que le hizo construir, fué uno de los

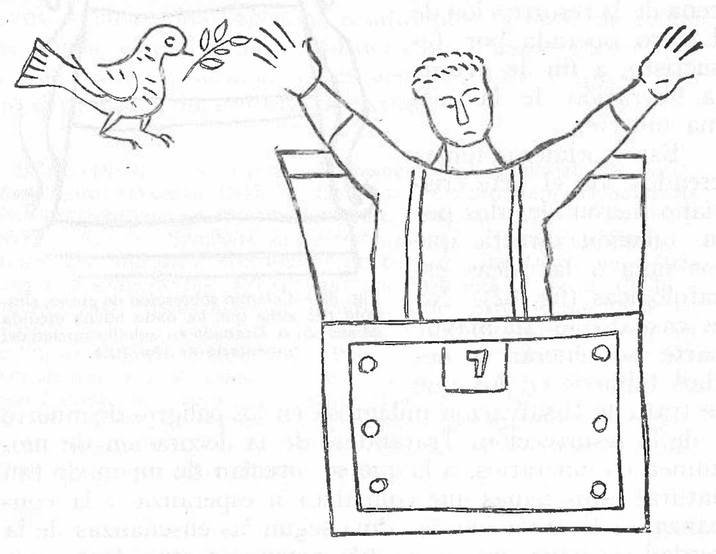


Fig. 83.—Noé en el arca, símbolo del alma liberada de la muerte eterna. Grabado en una inscripción en el cementerio de Priscila.

más preferidos en el ciclo sepulcral, reducido a los elementos indispensables suficientes para expresar la idea del personaje y del medio de salvación (fig. 83).

En su tipo común, consiste en un personaje joven sin barba, con los brazos extendidos a manera de orante, simbolizando el alma del difunto, emergiendo a mitad del interior de una caja; en alto vuela la paloma con el ramo de olivo en el pico. Noé viste túnica y palio y después

del siglo III sólo túnica suelta con mangas y raras veces la dalmática (láms. 58 y 75). El arca no es nunca una nave, sino el cofre casero, provisto a veces de patas y con la cubierta levantada, en el que no falta el agujero de la cerradura colocada en la parte central delantera; en algunos casos es un verdadero sarcófago, a fin de precisar más el concepto simbólico del difunto, en el sentido de que así como Noé fué salvado del diluvio en el arca por intervención divina, también podía esperarse que Dios salvaría al que se hallaba enterrado en el sepulcro.

Por razón de simetría, a veces son dos las palomas, colocadas una a cada lado del personaje (láms. 59 y 60),

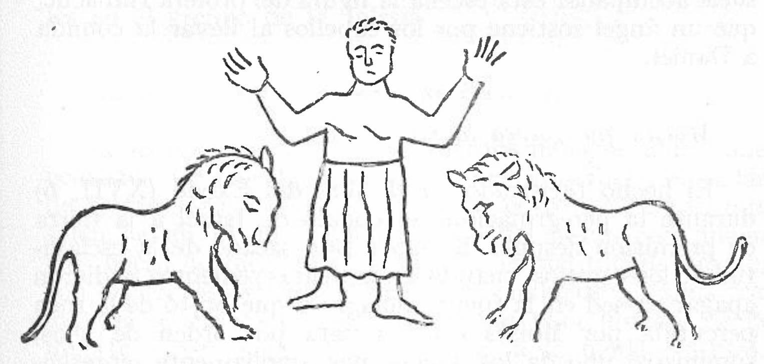


Fig. 84.—Daniel entre los leones. Grabado en una inscripción del cementerio de Priscila.

y, en variantes de edad posterior, no es raro que Noé tienda las manos hacia la paloma en ademán de recogerla. En una pintura del cementerio de San Pánfilo la escena se reduce a una caja cilíndrica entre una paloma y un cuervo.

Daniel entre los leones.

La escena del profeta Daniel salvado por intervención de Dios de las garras de los leones en el foso en que fué echado por orden de Nabucodonosor, se expresa en la figura del profeta de pie con las manos extendidas en forma de orante, como símbolo del difunto, entre dos leones puestos simétricamente a sus lados (fig. 84).

Daniel, imberbe e incólume en el peligro y siempre vestido con túnica corta o larga en las representaciones anteriores al siglo III, se presenta después desnudo o cubierto con una faja lumbar, y a veces tocado con gorro frigio (láms. 59 y 116).

Los siete leones de la narración bíblica quedan siempre reducidos a dos, que se presentan generalmente sentados sobre las patas posteriores y con el hocico levantado hacia el profeta, y en algunos casos también de pie o en acto de dar el salto.

Para precisar mejor la historicidad del hecho a la segunda condena del profeta, en el arte de los sarcófagos suele acompañar esta escena la figura del profeta Habacuc, que un ángel sostiene por los cabellos al llevar la comida a Daniel.

Moisés que golpea la roca.

El hecho registrado en el libro del Exodo (XVII, 6) durante la peregrinación del pueblo de Israel a la tierra de promisión después de haber sido sacado de la esclavitud de los egipcios, cuando los israelitas sedientos pudieron apagar su sed en la fuente milagrosa que brotó de la roca percutida por Moisés con su vara por orden de Dios, suministró uno de los temas más ampliamente representados en el arte cristiano, no tanto por su origen, que recuerda la liberación del pueblo de Israel y el hecho de la ayuda de Dios en la necesidad que lo aquejaba, perfecto símbolo de la liberación del alma, como por la idea que contenía de alcanzar el refrigerio en el goce de la paz celestial. Conceptos a los que luego se añadió el de la figuración del bautismo y, desde el siglo IV, un simbolismo característico que se refiere a San Pedro.

La escena se reduce con simplicidad extraordinaria a la figura de Moisés vestido invariablemente con túnica, palio y sandalias, y siempre imberbe en los primeros siglos, que, con su vara, golpea la roca, de la que brota el agua. Se prescinde de la presencia del pueblo de Israel, que queda como indicada por el gesto medio ladeado de la cabeza del legislador, como mirando hacia él, porque no se trata de una escena histórica, sino simplemente simbólica (láms. 60, 74 y 75).

Durante el siglo III se añade un personaje detrás de Moisés, que pronto se transforma en un hombre que se inclina en actitud de beber agua de la fuente (lám. 61); personaje que pronto se caracteriza por su hábito militar y que, solo o acompañado, constituye un elemento característico de esta escena desde principios del siglo IV, en virtud de que ya entonces Moisés, que ha dejado de ser imberbe y usa poblada barba, ha pasado a ser el símbolo de San Pedro, como se declara en algunas representaciones, en el acto de bautismo del centurión Cornelio. En esta segunda forma, la escena queda incorporada al ciclo de las históricas de San Pedro, casi como un documento vivo en la afirmación del primado romano al aceptar los gentiles en el gremio de la Iglesia.

Los tres jóvenes en el horno de Babilonia.

La escena consta de los elementos indispensables, que consisten en tres figuras de jóvenes imberbes colocadas de frente, una al lado de la otra, entre las llamas que salen de un bloque representativo del horno con una o tres bocas de fuego. Los tres están en actitud de orante, con los brazos extendidos, perfectos símbolos del alma por los que se invoca el auxilio de Dios para librarse de la muerte y del fuego eterno. Visten, a la moda oriental, túnica corta ceñida y gorro frigio y algunas veces bragas. Las tres víctimas quedan como por encima de las llamas, y en otros casos con las extremidades inferiores inmergidas en ellas, a veces sin la figura del horno o simplemente dentro de una caldera.

Desde el siglo III se expresa la asistencia divina mediante la presencia de la mano de Dios, que aparece en lo alto de la escena, o atribuyendo a ésta la paloma de Noé con el ramo de olivo en el pico; pero en el siglo IV se caracteriza con la manifestación de un ángel (lám. 115).

Sólo en dos casos se conoce la representación de una escena complementaria que se refiere al hecho que motivó la condena, a saber, la negativa de los tres jóvenes a adorar la estatua de Nabucodonosor; en la que aparecen los tres en su vestido característico dando la espalda a un busto de rasgos imperiales colocado sobre un pedestal.

Jonás, liberado de la ballena.

El conocido episodio bíblico del profeta que quiso eludir el mandato divino de su misión embarcándose en otra nave para otro rumbo, lo que motivó la furiosa tempestad que le hizo reconocer por culpable, siendo echado al mar y engullido por una ballena que al cabo de tres días lo depositó en las playas de Nínive, episodio del que se sirvió Jesucristo para anunciar su muerte y resurrección, contenía un significado tan expresivo en orden a la salvación y al libramiento de la muerte como a la resurrección, que constituyó uno de los temas preferentes en el arte cristiano sepulcral, hasta el punto que no bastó una sola escena para declarar su contenido.

Pinturas, relieves y objetos menores popularizaron intensamente la historia de la maravillosa salvación del profeta, la que se desarrolla en un ciclo completo de cuatro temas: *a)* El lanzamiento al agua de Jonás, que es engullido por la ballena. *b)* La ballena lo vomita en la playa. *c)* Descansando bajo la pérgula. *d)* Meditabundo bajo la planta secada por el sol. Los tres primeros temas fueron creados juntos desde el origen (láms. 59 y 62), mientras el cuarto se le añadió desde el siglo III por razones de simetría, aunque todos cuatro aparezcan juntos raras veces (lám. 63 a). En algunos casos se reduce a los primeros temas, como también al simple símbolo del profeta engullido por el monstruo (fig. 4 y láms. 111 y 115).

Jonás es, evidentemente, figura del alma del difunto, aunque no se la represente en forma de orante, puesto que va unida a la significación del movimiento impreso en cada tema, excepto en algunos raros relieves de sarcófagos, en que el profeta se levanta de pie sobre la nave con los brazos extendidos. Su figura siempre es la de un hombre desnudo. La ballena, más que forma de pez, tiene las apariencias de un monstruo fantástico con cuatro patas, largo cuello y cola, con cabeza de dragón.

En el primer tema, la nave adquiere formas variadas, y dentro de ella están los marineros indispensables para coger el cuerpo del profeta, que lo echan al agua boca abajo, casi como introduciéndole en las fauces del monstruo que culebrea en su proximidad. Raras veces se prescinde de la nave para representar únicamente al monstruo que engulle al profeta.

El momento en que el monstruo lo vomita en la playa se expresa con este animal detenido ante unas rocas y aun dentro del agua, con el profeta saliendo, con los brazos abiertos, del interior de las fauces.

La escena del reposo del profeta bajo la pérgula cubierta de follajes y frutos, o simplemente revestida de una planta cucurbitácea, representa el reposo de Jonás después de su liberación y predicación a los ninivitas, con su figura extendida en el suelo con la cabeza apoyada en su diestra.

Debajo del árbol seco que, conforme a los últimos versículos del libro del profeta, recuerda el auxilio de la divina misericordia, se le ve sentado en actitud meditabunda, con la pierna derecha plegada y la izquierda extendida.

La imposibilidad que los artistas encontraron para reducir el significado de Jonás a una sola escena, les obligó a la creación del ciclo en el que se desarrollan los momentos más característicos, huyendo, empero, del estilo narrativo, que no sentían, para efigiarlo todo en puro símbolo.

La resurrección de Lázaro.

Es la única escena inspirada en el Evangelio que se halla en el primer período de formación del arte cristiano, esencialmente formado con los temas bíblicos precedentes. Su importante significado, que afirmaba en un milagro de Cristo la seguridad en la resurrección, atrajo naturalmente a los fieles a verse simbolizados en la figura de Lázaro reclamando la intercesión divina a fin de librarse de la muerte eterna.

Los dos primeros ejemplos que se dan en el siglo II demuestran que todavía no se había fijado el tipo figurativo de la escena. En uno de ellos se ve la momia de Lázaro vendada y puesta de pie dentro de una edícula, y a su lado la figura de Lázaro resucitado junto a su hermana, pero sin la figura de Cristo, que se halla en la otra de las dos escenas (lám. 64).

Hacia últimos del mismo siglo quedó permanente el tipo iconográfico reducido a Lázaro, que acaba de resucitar, con el cuerpo todavía fajado por las vendas, puesto de pie a la entrada de una edícula funeraria con cubierta

a doble vertiente, a la que se sube por unos peldaños, ante el cual está la figura del Señor, que acaba de obrar el milagro tocando con su vara la cabeza del difunto, que revive (láms. 63 b, 74 y 110). Cristo tiene ordinariamente en su mano un rollo en significación de su magisterio, y en pocos casos se sirve simplemente de la mano para llamar a la vida al cadáver. En general, usa la vara, que en adelante los artistas pondrán siempre en su mano, como señal de la virtud milagrosa, todas las veces que se trate de tocar cosas inanimadas (lám. 65).

Este tipo permanente, que se multiplicó infinitas veces en la decoración pictórica y en los relieves de los sarcófagos, desde el siglo IV se completa en éstos con la intervención de María, hermana del difunto, que impetra el milagro arrodillada a los pies del Señor (lám. 109).

El sacrificio de Abraham.

Es rara todavía en los orígenes temáticos de sentido escatológico esta escena, pocas veces representada también en el decurso del siglo III y ya con más frecuencia en el siguiente, en la que la evidente alusión a la idea de la intervención divina en la salvación del alma aparece desde el primer momento en que el tema se presenta esquematizado en las figuras de Abraham y de Isaac, una al lado de otra, en expresión de orante, acompañadas de un árbol, del haz de leña que debía servir para el sacrificio y del cordero que luego fué inmolado por disposición de Dios.

La escena no tuvo un tipo iconográfico determinado, aunque se caracteriza siempre por la presencia de los dos personajes y de los elementos que recuerdan el sacrificio (láminas 66 y 115). En varios casos, el padre se halla en actitud de asestar el golpe con la cuchilla sobre la cabeza del hijo, que tiene sujeto con la otra mano (láms. 112 y 114); en otros, Abraham blande el cuchillo, mientras llega Isaac cargado con el haz de leña o está tranquilo mirando el fuego que arde sobre el altar; Abraham aparece también de pie sobre un pedestal circular rogando con los brazos extendidos y, en otros ejemplos, conduce a su hijo por la mano.

El tema, que se hace más común durante el siglo IV, quizá por verse en él alguna relación con el sacrificio de

Cristo, se enriquece con la presencia del ángel que, por orden de Dios, manifiesta su complacencia al patriarca (lámina 116).

La curación del paralítico.

Hacia la mitad del siglo III aparece la representación de este milagro, también en relación directa con el sentido de la salvación apoyándose en la revivificación del cuerpo inerte que vuelve a su vigor por intervención de Cristo. Aunque son dos las curaciones de paralíticos contadas en los Evangelios, una en el atrio de una casa y otra cerca de la piscina probática, los artistas, que buscaban sólo el símbolo, no precisaron ni una ni otra, quedándose en la representación ideal.

El asunto fué repetido en el curso de los siglos III-IV, y de la pintura pasó a los sarcófagos reducido a la figura del paralítico curado caminando con la litera cargada sobre sus hombros en el acto final de haber acontecido el milagro (láms. 60, 67 y 74). En algunas de las más primitivas representaciones se halla acompañado por figuras de neófitos, para dar a entender que era símbolo del bautismo, lo que parecería concretar la escena en el milagro de la piscina probática, aludiendo a la regeneración por el agua, como parece que ya más claramente fué ésta la intención al efigiar el tema en los relieves de los sarcófagos en los que Cristo está presente en la escena, a veces acompañado de los apóstoles, debido al influjo que el arte monumental ejercía hacia las escenas narrativas (lámina 112).

David con la honda, vencedor de Goliat.

Representación rara y conservada en un único caso pictórico de la mitad del siglo III y alguna vez en los sarcófagos, como símbolo de la salvación de un peligro, para significar la del fiel difunto. Se limita, de un modo simple e inconfundible, a la sola figura de David, joven imberbe, vestido con la túnica exómide, que tiene en la diestra la honda cargada con la piedra y en la mano izquierda un puñado de piedras recogidas en el torrente (lám. 68). Se prescinde absolutamente de la figura de Goliat, que

no era necesaria para la inteligencia de la representación. En los relieves escultóricos lleva suspendida del hombro la bolsa con las piedras y tiene en su mano el báculo pastoril, y en algún caso está frente al gigante vestido de soldado romano.

Tobías salido de los peligros.

Sólo se pueden citar dos ejemplos pictóricos que figuran al joven desnudo, que tiene un pez en la mano derecha y un bastón en la izquierda; y un tercero que lo representa saliendo del agua después de haber cogido el pez, apoyándose en el bastón, mientras le atiende el arcángel San Rafael vestido con túnica y palio. La alusión simbólica se refiere al mismo Tobías librado del pez, como tipo representativo del fiel difunto, aunque fué escasamente difundido.

Job salvado de sus aflicciones.

Más común es la representación de este tema, que responde a la esperanza en la resurrección o bien al alma probada por los sufrimientos y salvada por su fe viva. El paciente Job, abandonado por todos, está sentado sobre un montón de tierra o encima de unas piedras, triste y pensativo, vestido con túnica sin mangas, pero sin que aparezcan las manifestaciones de la lepra que roía su cuerpo (lám. 69). La escena se completa más adelante con la compañía de la esposa, que le ofrece un pedazo de pan en la punta de un bastón, por temor de acercársele demasiado. En los relieves de los sarcófagos, esta mujer se cubre el olfato con la punta del manto, para dar a entender el hedor de las llagas que afligían a su esposo, mientras es el amigo quien le ofrece el pan con el bastón o que discursea con él (lám. 116).

Susana salvada por Daniel.

La figura de la casta Susana salvada, por intervención del profeta, de la muerte a que fué condenada por falsa acusación de adulterio, constituía uno de los tipos que ilus-

tran la ayuda de Dios en la salvación de los buenos, y, por lo tanto, pudo verse en ella un símbolo del alma. Por primera vez se representa hacia la mitad del siglo III en un ciclo de tres escenas distintas, en la primera de las cuales se ve a los dos viejos extendiendo las manos sobre Susana para incitarla al pecado; en la segunda ponen las manos sobre su cabeza en acto de acusación, y en la tercera, Susana, al lado de su marido, da gracias a Dios por su salvación entre dos figuras en actitud de orante. No era un ciclo tan complicado a propósito para reducirlo a un solo acto, y por esto fué escasa su representación, que no se repite hasta mediados del siglo IV, reducida a la expresión de la figura de Susana con la cabeza velada y en orante entre dos árboles, detrás de los cuales se esconden los viejos (lám. 70); y, como caso singular, el de la representación de una oveja entre dos lobos con las inscripciones declarativas de *Susana* y *seniores*. En los relieves de los sarcófagos no es raro el tema, que responde, empero, al concepto narrativo del arte monumental.

Curación de la hemorroísa.

Tampoco abunda este tema inspirado por el relato evangélico, en el que se vió una figura de la salvación. Se reconoce porque Cristo, solo o entre dos apóstoles, en actitud de andar, vuelve la cabeza hacia una mujer que se halla arrodillada con una o dos rodillas tocándole la extremidad de su vestido (láms. 60 y 71). Se origina a mitad del siglo III, y de la pintura pasa a los relieves (láms. 112 y 115).

Curación del ciego.

No se hace distinción entre las diversas curaciones de ciegos realizadas por Jesucristo, reduciéndolas a una curación ideal, que pasa a ser considerada como símbolo del fiel difunto relacionado con las ideas de salvación. El ciego se representa en el momento que acaba de recobrar la vista, con los ojos abiertos y los brazos suspendidos o en actitud de orante, vestido con túnica sin ceñir. Está frente a Jesús, que mantiene en su mano izquierda la vara milagrosa, mientras le impone la diestra sobre la cabeza para indicar que la gracia ha sido otorgada. Raro todavía en

la pintura, se reproduce más a menudo en la plástica, donde no falta en gran parte de sarcófagos, en los que el ciego se apoya en un bastón (láms. 109, 111, 112 y 115).

Curación del leproso.

Más raro es todavía este tema, que tiene mucha semejanza compositiva con el anterior, pero con la diferencia de que el leproso se halla de rodilas y con los brazos extendidos en actitud suplicante delante de Cristo, que lo acoge con la diestra levantada, como si pronunciara el mandato de curación.

BIBLIOGRAFIA: RAOUL-ROCHETTE: *Discours sur l'origine des types imitatifs qui constituent l'art du christianisme* (París 1834). — HENNECKE: *Altchristlichen Malerei und altkirchlichen Literatur* (Leipzig 1896). — BATTIFOL: *Etudes de liturgie et d'archéologie chrétienne* (París 1919). — ELLIGER: *Zur Enstehung und Früentwicklung der altchristlichen Bildkunst* (Leipzig 1934). — KIRSCH: *Sull' origine dei motivi iconografici nella pittura cimiteriale di Roma*, en «Rivista di Arch. Crist.» (1927). — BAYET: *La répresentation des Mages en Orient et en Occident durant les premiers siècles du christianisme* (París 1876).— PERATE: *La resurrection de Lazare dans l'art chrétien primitif*, en «Mélanges de Rossi» (Roma 1892). — WILPERT: *Fractio Panis* (París 1896). — MITIUS: *Jonas auf den Denkmälern des christlichen Altertums* (Leipzig 1897).

V. LOS TEMAS DE ORIGEN SEPULCRAL REFERENTES A LA SALVACION

Conceptos que los originan

Desde la mitad del siglo III aparece una nueva serie iconográfica, que escoge exclusivamente los temas en el Nuevo Testamento, casi todos referentes a la aparición de Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador de los hombres, ilustrando su acción divina en el mundo, dirigida a la redención de la humanidad. Su motivo fundamental está todavía íntimamente relacionado con los conceptos escatológicos, basándose en la fe y en la esperanza cristiana puestas en la segura participación del reino divino de Cristo después de la muerte corporal, y que hallan su expresión en la encarnación del Hijo de Dios.

Esta corriente introduce nuevos temas, que no representan meramente un hecho histórico y que evidentemente no están concebidos en sentido narrativo, sino que expresan de un modo simbólico las ideas religiosas de los fieles, su fe firme en los misterios de la encarnación y de la redención, con la esperanza hondamente cristiana que los difuntos que han participado de la redención han hallado lugar en el reino de Jesucristo.

Se reducen principalmente a las representaciones de la Virgen con Isaías o a alusiones proféticas, a la anunciación y a la adoración de los Magos.

Junto con ellas aparecen otras que son alusiones manifiestas a los actos fundamentales de la vida cristiana sobrenatural, que precisamente fueron instituídos para que los fieles alcanzaran la participación en la obra de la redención de Jesucristo. Estos temas lograron su forma representativa en las creaciones escénicas del bautismo de Jesús, del diálogo con la samaritana, del milagro en las bodas de Caná y especialmente en el prodigio de la multiplicación de los panes y de los peces, con su derivado de la escena del banquete de los siete discípulos.

Todos estos temas responden a la actividad del Mesías y a la gracia de la redención como conceptos religiosos inspirados por la doctrina de la Iglesia en relación con la salvación eterna, en íntima conexión con el normal desarrollo de los mismos principios que informaban el nacimiento y progreso del arte cristiano en torno a los sepulcros.

Vaticinio de Isaías.

El tema de las profecías cristológicas tiene su máxima y elegante representación en la escena, que alude a la profecía de Isaías, vaticinando que Cristo nacería de una virgen, pintada en lo alto de una galería del arenario de Priscila (lám. 72). La Virgen, vestida con la estola y la cabeza velada, está sentada en una silla sin respaldo, en actitud de profunda meditación, con la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante. Tiene en su regazo y entre sus brazos al Niño desnudo, apoyado en el pecho de la Madre, pero con la cabeza inclinada hacia atrás, casi como mirando al espectador. De pie, a la izquierda de la Virgen, está representado el profeta imberbe cubierto con manto filosófico, señalando con su diestra una estrella de ocho

puntas colocada sobre la cabeza de la Virgen, queriendo indicar la luz que se derramaría con la venida del Mesías; en su mano izquierda estrecha un rótulo, como atributo de enseñanza y magisterio.

Esta escena única, de la que parece existieron algunas otras similares, fué producida por el mismo concepto que más tarde, a principios del siglo IV, originó la representación de la profecía de Balaam, reducida a la figura del profeta que señala una estrella: *Orietur stella ex Iacob* (Num. 24, 17), y la del vaticinio de Miqueas, en un caso aislado de la segunda mitad del mismo siglo, que presenta al profeta con barba y vestido de túnica y palio, señalando la ciudad de Belén, figurada en dos edificios en forma de torre, ante los cuales está sentada la Virgen María con el Niño en su regazo.

La anunciación a la Virgen María.

El impresionante relato evangélico de San Lucas (I, 31-38) que refiere la embajada del ángel en la encarnación del Verbo, se representó en sentido simbólico con la figura del ángel, vestido con túnica y palio, colocado de pie y en coloquio ante la Virgen, sentada en un trono, que hace el gesto de hablar con su mano derecha, para significar el consentimiento a la voluntad de Dios. Así se representó la escena, aislada y como único caso, en el cementerio de Priscila (lám. 73 a), que se repite más tarde dentro de un ciclo cristológico en una decoración del cementerio de los Santos Pedro y Marcelino (fig. 87), pero siempre resuelta con la misma simplicidad y antes que intervenga la influencia de los relatos apócrifos que tanto influyeron en el arte posterior, como se nota en algunas escasas representaciones que aparecen en los sarcófagos.

La adoración de los Magos.

La primera manifestación de Cristo a los gentiles, reconocida en el homenaje que le presentaron los Magos llamados por la estrella, fué simbolizada también desde este período con especial preferencia entre los temas del Nuevo Testamento al lado de las figuras del Buen Pastor y de la resurrección de Lázaro.

La adoración y homenaje se concreta en el momento de la oblación de las ofrendas. Los Magos, vestidos a la manera oriental y tocados con gorro frigio, se inclinan reverentes, sin detener su paso apresurado, ante la figura de la Virgen sentada con el Niño en sus rodillas. La Virgen lleva túnica desceñida en los ejemplos más antiguos y dalmática de anchas mangas en tiempos posteriores. El Niño está algo crecido (fig. 85).

Los Magos suelen ser en número de tres, colocados uno en pos de otro frente a la Virgen, en relación con las ofrendas señaladas por el relato evangélico, que llevan en sus manos y más tarde dentro de sendos platos (lám. 74); no se precisa la calidad de las ofrendas en las escenas pictóricas, en las que algunas veces parece indicarse se trata



Fig. 85.—La adoración de los Magos. Grabado en la inscripción de Severa.

de monedas; pero, en cambio, en los sarcófagos se especifican en una corona, un pan de mirra y algunos granos de incienso. Sólo por razones de simetría o a causa de falta de espacio, los temas pictóricos reducen los Magos a dos figuras, una a cada lado de la Virgen o dos por parte (láms. 75 y 76); no así en los sarcófagos, que siempre son en número de tres y en la disposición más primitiva, estando el primero en actitud de señalar la estrella, que aparece ya en algunas pinturas. En estos relieves de edad más tardía, se nota la añadidura de los camellos y la silla de juncos de alto respaldo en la que la Virgen está sentada.

Durante el desarrollo artístico del siglo IV, con tendencia a las representaciones narrativas, el tema de los Magos se enriqueció con otras escenas independientes, que presentan los Magos ante la estrella (fig. 87), los mismos en presencia del rey Herodes, los Magos junto con los pas-

tores, y, finalmente, la degollación de los Inocentes, no formando parte de un ciclo completo, puesto que aparecen en escenas aisladas, y algunas en la pintura con intención de símbolo, aunque reflejen creaciones figurativas de tipo histórico.

Sólo en dos pinturas y en un relieve de sarcófago se da la primera representación de los tres Magos, que, en su forma típica, exultan en presencia de la estrella resuelta en el monograma de Cristo.

En otras tres pinturas, la presencia de la estrella en la misma escena de la adoración fusiona los dos momentos de la aparición y de la adoración de Jesús.

Una sola pintura añade la presencia de los pastores en la escena de la adoración de los Magos.

Particular en los relieves de los sarcófagos es el tema de los tres Magos que interrogan a Herodes ante los muros de una noble construcción, con dos de ellos levantando el brazo en alto como señalando la estrella al rey, que está entre dos soldados. Complemento de esta escena es en raros casos la degollación de los Inocentes, que dos verdugos ejecutan en presencia del tirano, que da la orden sentado; uno de ellos, en acto de golpear el suelo con el cuerpo de un tierno niño, mientras una mujer, adolorida, contempla la cruel escena con las manos encogidas sobre el seno.

El bautismo de Cristo.

Esta escena se halla figurada siempre en unión con la aparición de la paloma. Cristo, joven e imberbe, se halla desnudo e inmergido en las aguas del Jordán. San Juan, vestido con el solo perizoma y algunas veces con la túnica exómide o con la faja lumbar, está en actitud de derramar el agua sobre la cabeza o de dar la mano a Cristo en el momento de salir del agua. En lo alto de la escena nunca falta la paloma, que aquí es el símbolo del Espíritu Santo, según el relato evangélico. En los sarcófagos se puede confundir esta escena con la del bautismo del catecúmeno, a no ser por la presencia de algunos elementos, como el agua del Jordán o un árbol, y especialmente por el vestido rústico que caracteriza a San Juan, más que más cuando todos coinciden en compañía de la paloma.

Cristo y la Samaritana.

La escena evangélica del coloquio de Cristo con la Samaritana, no sólo fué escogida por la manifestación mesiánica que encierra, sino que en gran parte contribuyó también el hecho de que Jesús le prometiera el agua de la vida eterna, que refrigera y que, por lo tanto, libra del pecado. Por esto, en la Samaritana se contenía un símbolo del alma, que obtuvo su expresión en el arte sepulcral reducida a las dos figuras y a la presencia del pozo; la mujer, en actitud de sacar el agua del pozo; Cristo, frente a ella, en ademán de hablar, ora en pie o sentado con el rótulo en la mano (lám. 77).

En los relieves de los sarcófagos, la boca del pozo emerge ligeramente como base de un arco o de una viga horizontal, sostenida por otras dos verticales, de la que pende la cuerda con el cubo de agua; la mujer, que estrecha la cuerda en su mano, suspende el movimiento sorprendida por las palabras de Cristo, que se halla al otro lado del pozo de pie o sentado.

Las bodas de Caná.

El milagro de la conversión del agua en vino realizado por Cristo en las bodas de Caná, como primera manifestación taumatúrgica de su divinidad y por el simbolismo que en cierto modo se relacionaba con el sacramento eucarístico por la relación artística establecida en la manifestación de ambas especies, el pan y el vino, condujo a la creación de esta escena, en la que aparece el convite de bodas formado por unas seis personas, tendidas en la mesa, que tiene forma de sigma, frente a la cual se hallan alineadas las seis vasijas de agua. Jesucristo, a la derecha de la escena, toca con su vara milagrosa una de las vasijas, señalando así el momento de la realización del milagro (lám. 78).

En los relieves de los sarcófagos es más común esta escena, casi reducida a la figura del Señor, que toca con su vara una de las cuatro vasijas puestas a sus pies (láminas 109 y 112).

La multiplicación de los panes.

El anuncio de la institución del misterio eucarístico realizado por Cristo después del milagro de la multiplicación de los panes y de los peces, significando que Él mismo se daría en comida y que quien comiere de su carne y bebiere de su sangre tendría vida eterna y le resucitaría en el último día, era un lenguaje preciso que centraba perfectamente estos conceptos de salvación eterna en torno al milagro de la multiplicación, y concretamente en los panes y peces que sirvieron de refección a las muchedumbres hambrientas.

Ya desde los primeros momentos en que los fieles fijaron sus símbolos, la expresión del pez, como la representación aislada de algún pan, pudo ser una figura de estas ideas, que inspirarían nuevas tentativas de expresión, que no llegaron a alcanzar un tipo definitivo hasta mitad del siglo III.

En los primeros ensayos hacia la creación de la escena existe algún ejemplo en el que se figura a Cristo cubierto con manto de filósofo ante una mesa en la que hay el pan y el pez en presencia de una figura orante, símbolo del alma que por la eucaristía alcanza la salvación (lám. 94 a). Todavía con ello no quedó clara la alusión directa al milagro de la multiplicación, y los artistas prefirieron ver una representación simbólica de las turbas que se saciaban en una escena semejante a la de los convites fúnebres, alusivos al banquete celestial, pero claramente distinta en su significado por los elementos que intervienen aclarando la composición. Se trata siempre de un número de siete personas, número expresivo para significar representación de multitud, que se hallan tendidas sobre el diván en forma de sigma, según el uso romano de colocarse a la mesa, en la que tienen como única comida panes y peces y aun a veces un vaso con vino, además de hallarse acompañadas por un número de cestas llenas de pan colocadas a ambos lados o delante de la mesa (lámina 79). El número de estas cestas, según que aludan a uno u otro de los dos milagros narrados en el Evangelio, o son seis por parte, o siete u ocho ante la mesa, en las que, si se añade otra a las siete que constan en el relato, es únicamente por razones de simetría artística. Sólo en un caso los siete invitados, que se presentan desnudos y

dan la idea de pescadores, sin la compañía de las cestas, puede identificarse con el banquete de los siete discípulos en el lago de Tiberíades, debido a un concepto en relación con la cena eucarística cristiana, cuyo simbolismo podía recogerse en el banquete de los siete. Como reducción más compendiada de esta escena, se representó alguna vez la figura del pan y de los peces sobre un trípode entre las siete cestas alusivas al milagro.

Con esta reducción simbólica quedó la senda abierta para fijar el tipo definitivo del milagro de la multiplicación tal como aparece desde la mitad del siglo III y en la preferencia que en adelante tuvo tanto en la pintura como en los relieves de los sarcófagos. La escena del milagro queda únicamente representada por la figura de Cristo, que con su vara milagrosa toca una de las cestas llenas de pan, que a menudo está señalado en dos cortes en forma de cruz; las cestas se distribuyen tres a un lado y cuatro al otro, o bien en dos hileras de cuatro al fondo y tres delante (láms. 73 b y 80).

En el siglo IV aparece una nueva modalidad representativa en la pintura que se difunde en la plástica de los sarcófagos: figura a Cristo poniendo las manos sobre los panes y los peces presentados por dos apóstoles, seguramente Andrés y Felipe, según el relato evangélico. La escena es puramente narrativa y despojada del significado simbólico que había creado las anteriores (láms. 109, 111, 112 y 115).

VI. LOS NUEVOS TEMAS SEPULCRALES DESDE MEDIADOS DEL SIGLO III

Su formación y desarrollo

El progreso natural logrado en el desarrollo de la creación de los tipos iconográficos, que de los puros símbolos pasa a la formación de temas representativos informados por un contenido simbólico, llega a su madurez cuando, a mitad del siglo III, al lado de las más primitivas representaciones tomadas principalmente del Antiguo Testamento e inspiradas en personajes figurativos del fiel difunto en los que se manifestó la bondad divina para sal-

varles del peligro de la muerte, se añadió una nueva serie de escenas procedentes del Nuevo Testamento elegidas para ilustrar la acción terrena de Cristo en la salvación de la humanidad con alusiones a los actos fundamentales de la vida cristiana sobrenatural, instituídos a fin de que los fieles se beneficiaran de la redención.

Desde la mitad del siglo III y en el período que termina a últimos del siglo IV, en el uso de los cementerios subterráneos de Roma, para las representaciones pictóricas, y en este mismo período, que se prolonga en parte del siglo V, para los relieves esculpidos en el frente y lados de los sarcófagos en la época en que éstos fueron máximamente utilizados, los temas anteriormente fijados en sus tipos constitutivos durante el período precedente, tanto en su concepto de liberación de la muerte eterna como de salvación y participación de la vida celestial, siguen repitiéndose con preferencia absoluta como indicio cierto de la conservación y perseverancia de imágenes sepulcrales que no perdieron el espíritu del concepto que animó su creación.

Pero esta permanencia no cerró la perspectiva en la creación de escenas similares siguiendo la misma trayectoria impuesta por las ideas escatológicas, puesto que, siendo múltiples los temas y figuras procedentes de la fuente bíblica de inspiración, podían ser varias también sus interpretaciones formales en la representación artística. De aquí que no se contuvo la formación de nuevas imágenes al margen de las anteriores y aparecieron nuevas creaciones, que siguen su desarrollo según el mismo concepto que anteriormente originó aquéllas, especialmente en el sentido de expresar la idea de la redención.

Algunas de estas nuevas escenas están inspiradas en hechos del Antiguo Testamento, como la del pecado original de Adán y Eva, muy frecuente en pintura y escultura; la ascensión de Elías y el maná del desierto, que se reprodujeron en casos únicos. Pero la mayor parte procedieron de hechos relatados en los Evangelios, como la parábola de las vírgenes, de la que hay pocos ejemplos; la resurrección de la hija de Jairo, y del hijo de la viuda de Naím, bastante rara, como lo es también la de la curación de la mujer jorobada; la predicción del Señor de la negación de San Pedro, que tuvo una inmensa repercusión en la escultura. A éstas cabe añadir las variaciones de temas

introducidas como un desarrollo de los más principales del período anterior.

No son muchas, en verdad, estas nuevas escenas, que, si reproducen hechos bíblicos de contenido puramente histórico, no es en virtud de éste, sino del simbolismo que motivó su creación, que pasan a ser representadas, pero con influencia genérica del desarrollo de la iconografía cristiana, sin cambios esenciales en las ideas que originaron el lenguaje primitivo de los temas figurados.

Esta natural influencia, que procede de otra corriente artística diversa de la puramente sepulcral, se nota especialmente en la creación de otros temas nuevos de claro contenido escatológico en los temas del juicio de Cristo en favor de los fieles difuntos, en la admisión de éstos en el paraíso celestial y en la figura del orante entre San Pedro y San Pablo. Con ellos se cierra la serie inventiva de las representaciones simbólicas, tan característica del arte desarrollado al calor del concepto del sepulcro.

Adán y Eva.

La desobediencia de nuestros primeros padres al mandato divino, comiendo el fruto del árbol prohibido en el paraíso, que ocasionó el pecado original, sujetando al linaje humano a la ley de la muerte, inspiró la representación por la que se simbolizó este concepto en la escena del pecado de Adán y Eva.

En su tipo común queda resuelta en la figura de ambos, desnudos y de pie, uno a cada lado del árbol, cubriéndose las partes vergonzosas con sus manos cruzadas en la actitud que corresponde al momento de haber cometido el pecado. La serpiente tentadora se halla enroscada en el árbol fatal (láms. 81 y 116). En algunas representaciones este animal se desliza por el suelo con la cabeza elevada hacia el árbol, o Eva muestra a Adán la manzana prohibida, como queriendo indicar que el pecado fué cometido por su culpa. La escena, muy repetida en los relieves, tiende a una mayor libertad de variantes, en las que es unas veces Adán quien coge el fruto del árbol y otras veces Eva, o los dos juntamente, y también Adán en el acto de gustar la manzana. Sólo en pocos ejemplares se introduce la presencia de Dios, efigiado como un viejo con barba.

La lluvia del maná en el desierto.

Escena identificada únicamente en una pintura, en la que se ven cuatro israelitas, dos hombres y dos mujeres, que recogen en la cavidad obtenida con la parte delantera de la pénula levantada el maná caído del cielo. Alusión a la eucaristía, por ser figura del pan descendido del cielo, en conexión con las ideas de salvación más típicamente representadas en otros símbolos y figuras.

Elías, arrebatado al cielo.

Es también una sola pintura la que muestra al profeta montado en una cuadriga, de la que sólo queda la parte inferior. El profeta entrega su palio a Eliseo, que queda en una figura más baja, no ajustándose al relato bíblico, según el cual el manto se le habría escurrido de la mano. Eliseo, de espaldas al espectador, se lleva la diestra a la boca, como en acto de lanzar un beso a Elías. Los contornos de la composición y la manera de concebirla pudieron inspirarse en la representación profana de la antigua figura de Helios, pero era muy distinto el concepto y la intención, que, basada sobre un hecho histórico, cual fué el del arrebatamiento del profeta en un carro de fuego, respondía al ingreso del alma a la felicidad eterna.

En los relieves, en los que aparece más a menudo representada esta escena, se hace patente la cuadriga tirada por caballos que se levantan en alto con las riendas en las manos del profeta. Para significar el cielo sobre el que montaba, se recurrió a la personificación del río Jordán en una figura humana que levanta su diestra hacia la carroza.

Ezequiel resucita a los muertos.

Representación rarísima, que sólo figura en algunos relieves, evocadora de la resurrección de los cuerpos y en relación con el concepto cristiano del sepulcro, es la escena que intenta dar la visión del profeta Ezequiel. La mano de Dios lo introduce en el campo de los muertos, en el que yacen cuerpos desnudos y alguna cabeza aislada,

a los que él da la vida obrando con la vara taumatúrgica, a cuyo toque los cadáveres recobran la vida, ilustrando la palabra del profeta: «Abriré vuestros túmulos y os extraeré de vuestros sepulcros para conduciros a la tierra de Israel» (Ez., XXXVII, 12).

Las vírgenes prudentes y las locas.

Esta escena, rara y propia de la pintura, que recoge el sentido de la parábola aplicándola a la expresión de las plegarias para la admisión de los difuntos a la felicidad eterna, aparece en el siglo IV. Cristo está representado en medio de las diez vírgenes; las cinco prudentes, de pie a la derecha, llevan las lámparas encendidas, mientras las cinco locas, a la izquierda, las tienen apagadas. El símbolo de la llegada del esposo se concreta en la figura de Cristo que ha llegado, con la muerte, a la hora menos pensada. En el fondo se divisa un amplio edificio con puerta central, como alusión a la mansión celeste de la gloria.

Otra pintura expresa el mismo concepto en la tumba de una difunta llamada Victoria, que, figurada como orante acompañada de las cinco vírgenes prudentes, con las lámparas encendidas, sigue su llamada precediéndolas a la llegada del esposo. Esta escena se acompaña de otro momento en el que aparecen cuatro de las vírgenes prudentes sentadas en una mesa en forma de sigma, con un quinto lugar vacío, para designar que lo tiene que ocupar Victoria en el banquete celestial.

La resurrección de la hija de Jairo.

La idea claramente expresada por este hecho milagroso como símbolo de la resurrección en el retorno a la vida de la joven hija del jefe de la sinagoga por obra de Cristo, casi única en la pintura y rara en los relieves, está representada en una escena absolutamente conforme al relato bíblico. Jesús está de pie ante una cama y toma por la mano la figura de la jovencita medio levantada en el acto de recobrar la vida, mientras el padre, maravillado, levanta la mano en señal de reconocimiento.

La resurrección del hijo de la viuda de Naím.

Este episodio evangélico, del que se conserva una representación pictórica de últimos del siglo III y otra de principios del siguiente, fué más propia de los relieves escultóricos, en los que la escena se resuelve en el momento de levantarse el cuerpo momificado del joven, de la litera en que conducían su cadáver, al instante en que fué tocado por la vara milagrosa de Cristo, ante la presencia de la madre, que contempla maravillada el portento inesperado (lám. 109); otras veces se sintetiza en la momia del joven que se levanta del interior de un sarcófago (lám. 112), o sin el sarcófago, en presencia de los apóstoles (lám. 111).

Curación de la mujer jorobada.

No abunda mucho este tema iconográfico según el milagro contado por San Lucas (XIII, 10-13), que debe añadirse al desarrollo de las representaciones en las que se manifiesta el poder del Señor como símbolos de la salvación. Cristo, vestido con túnica y palio y calzando sandalias, tiene el pie derecho apoyado sobre un escabel y apoya su mano derecha sobre la cabeza de una mujer que está de pie, pero con la figura deformada por la joroba (lámina 82).

Curación del obseso.

Este milagro obtuvo también su interpretación artística, resuelta en la figura desnuda del hombre poseído por el espíritu diabólico, situado de rodillas y con los brazos extendidos ante la figura de Cristo, que le impone la mano derecha sobre la cabeza. Tema alegórico de la salvación, que, por la tardía edad en que aparece, queda como un ejemplo aislado.

Curación del hidrópico.

Caso también único, inspirado asimismo por la idea de la salvación, que parece identificarse en la escena de un relieve en el que se ve la figura del enfermo, cubierto

en la parte inferior de su cuerpo, que estrecha con su mano la muñeca de la mano de Cristo para que con ella le toque su parte enfermiza y le cure del mal que le aqueja.

Jesús predice la negación a San Pedro.

El anuncio que hizo Jesús a San Pedro de la triple negación en la noche de su captura, originó en la segunda mitad del siglo III la representación de esta escena, con evidente alusión al pecado y a la muerte eterna del alma, pero al mismo tiempo como símbolo de la penitencia, por cuanto Pedro se arrepintió y lloró después largamente su pecado.

El tema se compone de la figura de Cristo, que se dirige a San Pedro, teniendo abiertos sólo tres dedos de la mano derecha, en el acto de predecirle la triple negación. El apóstol, sorprendido, parece responder que no le negará, levantando la mano derecha con gesto enérgico. Entre ambos está el gallo, colocado sobre una columna (láminas 109 y 115).

Esta representación, muy rara en la pintura, fué, en cambio, difusamente prodigada en los relieves, seguramente a causa de relacionarla con las escenas del ciclo histórico relativo a la vida del apóstol que fueron tan comunes durante el siglo IV (láms. 111 y 112).

El juicio de Cristo en favor de los fieles difuntos.

Es natural que se llegara a esta representación teniendo en cuenta el concepto de la intervención divina en la salvación de las almas, que inspiró los primeros símbolos y dió formas a la creación de temas determinados alusivos a la consecución de la felicidad en la vida eterna, alcanzada en virtud de los merecimientos de Cristo. La obligación de dar cuenta de los actos de la vida, vivificados por la ley de la gracia e incólumes de la mancha del pecado, ante el Salvador, que nos mereció justicia y misericordia a los ojos de Dios, hizo concebir el tema, muy escasamente figurado, a la manera de la actuación de un tribunal en el que el alma se presenta ante el Juez divino en espera de la sentencia favorable.

Se trata del juicio después de la muerte, con la figura de Dios, en actitud de juez, sentado en su tribunal, con el rollo en la mano izquierda, que tiene ante su presencia la figura del difunto. El relieve que adorna la inscripción funeraria de Aurelio Teódulo, presenta al juez en el alto del estrado de su tribunal imponiendo la mano sobre la cabeza de éste en señal de sentencia favorable y de acogimiento entre las almas bienaventuradas simbolizadas por dos ovejas a los pies del difunto, cuyo nombre se expresa en el friso de la tarima (fig. 86).



Fig. 86.—Juicio particular del difunto Teódulo. Relieve en su epitafio en el cementerio de San Calixto.

Algunas veces acompañan la escena dos o más santos, sin significación personal de nombres, los que de pie o sentados se hallan al lado del Juez eterno interviniendo como mediadores y abogados, *advocati apud Deum et Christum*, según declara una inscripción. Los difuntos juzgados están en actitud sumisa, con la cabeza inclinada y los brazos colgantes en espera de la sentencia, o en disposición de orantes para significar su resultado favorable.

La admisión de los difuntos en la vida celestial.

La figura del Buen Pastor que lleva la oveja descarriada sobre sus hombros y la conduce entre los elegidos, así como la figura del orante, imagen del alma del difunto considerada en la beatitud eterna, fueron los símbolos más

antiguos y expresivos por los que se obtuvo una representación ideal de la firme creencia en la consecución de la vida eterna después del cumplimiento fiel de la ley cristiana. La conjunción de ambos símbolos en una misma composición, el Buen Pastor y el orante, expresaba claramente la idea de la participación en el reino de Cristo y de su introducción por los méritos del Salvador (fig. 60). El concepto de la salvación creó multitud de composiciones simbólicas del alma en el goce de la felicidad eterna que predominaron en la corriente artística sepulcral, especialmente en unión con otros símbolos, en la representación de escenas que evocan el convite celestial, y sobre todo de una manera más realística en la escena compuesta por varios personajes que, en actitud de bienaventurados, beben o están en actitud de beber el agua viva que mana de la fuente de la vida eterna.

Pero la introducción del alma a la misma felicidad perdurable se simbolizó también alguna vez en la figura del difunto recibido en la calma y tranquilidad de la nave, representativa de la Iglesia batida por la tempestad, que dirige su proa hacia el faro de salvación.

La corriente artística narrativa de época posterior, desasiéndose de las figuraciones simbólicas y recurriendo a un sentido más realista, prefirió expresar la idea de la admisión en la gloria colocando la figura idealizada del alma entre dos imágenes de santos, principalmente entre San Pedro y San Pablo, a cuya advocación se recurría en la certeza de la salvación, respondiendo al culto que pronto fué reconocido a los dos príncipes de la Iglesia y a los demás mártires desde mediados del siglo III. Es típica en este sentido la figura de la difunta Veneranda, sepultada en el siglo IV en un arcosolio próximo al ábside de la basílica en el cementerio de Domitila, que se hizo representar en actitud de orante con dalmática de anchas mangas y con la cabeza velada, introducida a la gloria celeste por Santa Petronila, cuyo cuerpo descansaba en aquel cementerio y que ya en aquellas épocas era venerada como mártir (lám. 83). La santa está a la izquierda de la figura de Veneranda y a sus pies tiene el escrinio abierto lleno de rollos alusivos a la Sagrada Escritura, con uno de ellos abierto en alto, como indicando que gracias a la observancia de la doctrina evangélica y de la ley cristiana mereció la recompensa de la gloria.

VII. LA CORRIENTE ARTISTICA MONUMENTAL

Causas de su formación

Desde la segunda mitad del siglo III se inicia una nueva corriente de inspiración artística en las representaciones figuradas que carece en absoluto de relación con el concepto cristiano acerca la muerte y la vida futura, aunque se desarrolle en las pinturas decorativas de los sepulcros y en las escenas esculpidas en los sarcófagos.

El arte cristiano sepulcral se había formado hasta entonces al dar expresión gráfica a la fe de los fieles en la resurrección gloriosa y en la participación al reino celestial de Cristo; primeramente, por medio de símbolos; luego, con representaciones históricas argumentativas y con rico contenido simbólico, cuya idea fundamental consistía en probar, dentro del concepto de la religiosidad cristiana, la realidad y la firme esperanza en la salvación del alma por la bondad y por la omnipotencia de Dios manifestadas en beneficio de los fieles. Su fin era, pues, escatológico y sus orígenes estaban íntimamente unidos al ambiente sepulcral.

La nueva corriente artística se funda en otros conceptos introducidos en el arte representativo religioso, de significación más general, completamente distinta del sentido popular que había motivado los temas en la corriente anterior. Conceptos más vinculados a la esencia de la vida cristiana, a la realidad de Cristo y de su doctrina, a las excelencias de ésta en cuanto a su origen divino transmitido por mediación de Jesucristo en su misión evangelizadora y en la fundación de su Iglesia, como Jefe de ella y Doctor divino de los apóstoles y de los fieles; también en relación con los apóstoles, como a sus enviados, que recibieron la misión de predicar y organizar la Iglesia, reino de Cristo en la tierra. Conceptos que acusan una vitalidad desarrollada con mayor eficiencia en la organización de la vida cristiana durante los largos períodos de paz que mediaron entre las persecuciones, con el incremento de las comunidades de fieles, intensificación de la catequesis y con cierto desahogo en las maneras externas de manifestarse en los actos religiosos, y que al mismo

tiempo reflejan estas nuevas circunstancias, que permitieron estabilizar los centros ordinarios del culto, en cuya decoración se recurrió a temas decorativos especiales idóneos a la significación del lugar.

Las iglesias domésticas constituídas en las salas de casas particulares, puestas a disposición de un reducido número de fieles por el propietario cristiano y aun de una manera no estable y permanente, subsistieron durante el curso del siglo II, precediendo la sistematfzación permanente organizada por la Iglesia en el paso hacia la propiedad colectiva, que no fué uniforme en todas partes. Así en Oriente, donde el número de fieles llegó a ser muy notable en algunas regiones hacia las últimas décadas de aquel siglo, se pudo contar con edificios de culto propios de la comunidad e independientes del asilo familiar. En Roma, durante el curso del siglo III, un cierto número de casas pasa a la propiedad común de la Iglesia y quedan organizadas para el servicio religioso en orden a la administración eclesiástica. Son las iglesias titulares, o títulos romanos, cuya aparición y desarrollo coincide con una semejante organización sistemática de los cementerios desde la época del papa San Calixto. Estos lugares de culto distribuídos en las regiones urbanas de población más intensiva, que se completan en número durante el siglo IV, son los verdaderos centros orgánicos de la vida cristiana y están esencialmente constituídos por salas capaces do reunir normalmente una asamblea numerosa de fieles que acude a los actos religiosos. Son los mismos lugares que se amplían, desde el siglo IV, con los edificios de las basílicas, sin dejar más que los restos de algunas de sus paredes incorporados en los muros de aquéllas o arrasados debajo de sus pavimentos.

En la decoración de los muros de estas salas litúrgicas, adaptadas o construídas únicamente en función de iglesia, es natural que se escogieran temas representativos adecuados a la significación religiosa del lugar en el que convenían los fieles para vivificarse en la doctrina cristiana, participando, por las enseñanzas de Cristo, de las verdades reveladas, que alimentaban su fe, y de la ley moral, que guiaba sus conciencias. Fueron los mismos temas que, obedeciendo a idénticos conceptos, se prosiguieron y desarrollaron con mayor amplitud en los muros de las basílicas que luego los sucedieron, pero cuya crea-

ción artística fué formalizada con anterioridad, desde mediados del siglo III, a medida que aparecieron los centros orgánicos de culto sistematizados por la Iglesia.

Lo demuestra la difusión que inmediatamente tuvieron, aun fuera de su ámbito, en otras demostraciones de la vida cristiana, singularmente en su aplicación, utilizada en la decoración pictórica de los cementerios cristianos y más particularmente en los relieves del arte escultórico de los sarcófagos.

Su desarrollo y repercusión en los cementerios

La nueva corriente artística tiende a composiciones de mayor grandiosidad y de aspecto monumental, hacia la expresión esplendorosa del triunfo de Cristo. En sus esquemas, figuras y accesorios está enormemente influída por las formas representativas del arte oficial, que le suministra los elementos y materiales. En su concepto predomina la tonalidad dogmática como salida de las doctas enseñanzas emanadas del magisterio de la Iglesia. En su estilo se ciñe a la forma narrativa, como más apta para expresarse y lograr la más fácil comprensión de su significado, pero al mismo tiempo con tendencia representativa en cuanto manifiesta intenciones dogmáticas y cristológicas.

Arte solemne y triunfal que se presagia en la creación de temas concretos, así que se puede disponer del ambiente propicio en las iglesias de la comunidad, para desarrollarse con más vigor desde principios del siglo IV, una vez obtenida la libertad religiosa, en el triunfo ascendente creado en el seno del cristianismo, que se manifiesta en la exteriorización de sus monumentos al echar mano de los mejores elementos constructivos y de los materiales decorativos más ricos. En todo rezuma la mayor libertad de expresión y sin trabas de lenguaje, que impulsa las manifestaciones artísticas a un poderoso derroche de formas representativas en consonancia con la poderosa eclosión de las verdades dogmáticas que brotan en la afirmación doctrinal del magisterio eclesiástico por la voz y escritos de sus padres, obispos y doctores.

Los temas de Cristo doctor entre los apóstoles, del Cristo mayestático entre los discípulos, enmarcados en escenas bíblicas; la significación especial centrada en las

primeras imágenes del Salvador, o representado en cuanto transmite la ley y envía sus apóstoles en la misión perpetua de la Iglesia como continuación de la suya, pasan a ser el centro ideal representativo, propio de los muros de fondo de las salas litúrgicas como de los ábsides en las basílicas, al que convergen las demás composiciones representativas en contrastes de paralelismo y distribución de formas según ordenaciones de simetría, y al que se supeditan las concordancias de los elementos para proclamar el esplendor del triunfo de Cristo.

La fuerza creacional tiende a concretar la imagen monumental del paraíso, y pronto, con las representaciones figuradas, se armonizan los primeros esbozos alegóricos, abriendo una senda gloriosa para el arte cristiano en la que la tendencia de ver a Cristo, a los apóstoles y a los fieles bajo formas alegóricas, coincide con el deseo de trazar un cuadro solemne y paradisíaco a través de las representaciones monumentales mediante los elementos contenidos en el Apocalipsis y en el arte imperial. Este progreso iconográfico adquiere un rápido desarrollo durante el siglo IV y se intensifica a medida que aumentan las construcciones basilicales.

Su repercusión en los cementerios cristianos, a partir de sus inicios desde la mitad del siglo III, es natural que aparezca inmediatamente en los edificios al aire libre destinados a los actos del culto, cuya difusión se acrecienta desde principios del siglo IV, y que de ellos pasara a la ornamentación de los arcosolios y a la decoración de las criptas subterráneas, hasta el punto que algunas de éstas quedan resueltas arquitectónicamente en la disposición de una sala con ábside, en el que dichos temas se expresan en conformidad con las mismas funciones representativas que tenían en los edificios imitados por estas criptas.

Esta innovación artística, producida fuera del ambiente original que la creara, se registra por sus elementos constitutivos en una serie de temas concretos que se propagaron en los dominios sepulcrales, tanto en aquellas decoraciones de criptas y arcosolios como en los relieves de los sarcófagos, enlazándose con el arte propiamente monumental y explicando los orígenes de éste.

Cristo doctor

La figura atractiva de Cristo fué pronto simbolizada bajo la imagen de Orfeo y del pastor entre su rebaño. Ya en la creación y difusión de estas representaciones pudo ocultarse también el significado de su magisterio divino, aunque en realidad el concepto predominante radicaba en la idea de la salvación. Cuando el arte se hace más penetrativo, a través de la experiencia, en los tipos constitutivos del Cristo que interviene en los hechos milagrosos, y en contacto, asimismo, con las escenas figurativas de la catequesis en las que aparece el Doctor enseñando con el rótulo en la mano (lám. 105), no había más que un paso hasta concretarse en la figura de Cristo como a supremo enseñante y maestro infalible de la verdad promulgada en su Evangelio.

La representación de la persona del divino fundador de la Iglesia y doctor de la verdad sobrenatural del cristianismo, enseñada por El para la salvación de los fieles, se obtuvo en la expresión idealizada de su persona bajo la imagen de un joven imberbe, de pie, vestido con túnica y palio y calzado con sandalias, con un rollo abierto en la mano izquierda y con la diestra levantada (lám. 101), en actitud de llamar a los hombres a su Evangelio prometiéndoles la salvación, y algunas veces en actitud de leer el texto del rollo, como explicando su Evangelio (lám. 84).

No es muy común esta imagen idealizada, que pronto entra a formar parte de composiciones en las que la presencia de los apóstoles o evangelistas especifican todavía más su significado y la elevan a un sentido más monumental (lám. 117). Pero de ella procedió su reducción más estilizada, ceñida a la figuración del busto de Cristo dentro de un círculo, es decir, la *imago clipeata,* evocación serena y noble de la figura de Cristo, que tuvo mucha más difusión en las artes figuradas.

Otra idealización consiste en la misma figura de Cristo sentado en el trono de su reino con el rollo de la ley o con el libro del Evangelio en sus manos, también en actitud de doctor ejerciendo su magisterio perenne (lám. 84). Es el tipo de figuración llamado *Maiestas Domini*, que, aunque aparezca algunas veces aislado, deriva originariamente de composiciones más completas en las que le acompañan los apóstoles.

Cristo enseñando a los apóstoles

Fuera de algunas raras representaciones inspiradas en el relato evangélico del sermón de la montaña, en las que aparece Cristo sentado sobre el monte con el volumen abierto sostenido por su mano izquierda y con la diestra

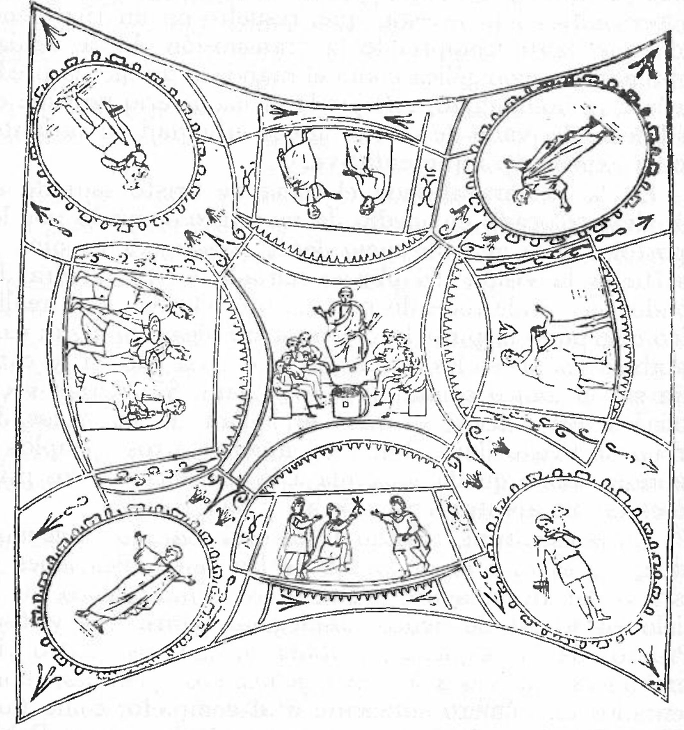


Fig. 87.—Ciclo cristológico en la bóveda de una cripta del cementerio de los santos Pedro y Marcelino. En el centro, Cristo doctor de los apóstoles. En el círculo, los Magos ante la estrella, la adoración de los Magos, la anunciación y el bautismo. En los óvalos de los ángulos, el Buen Pastor y orantes.

levantada en actitud de predicar, ante el cual aparecen seis figuras, quizá alusivas a los apóstoles, escuchando su palabra, el tema de la enseñanza de Cristo partió de la expresión de su figura en igual actitud y ademanes, pero sentado sobre el monte y con los apóstoles representados simétricamente a sus lados, en número de los doce o de menos según la capacidad del espacio destinado a conte-

ner la composición. A veces, la escena cambia con la supresión del monte y la variante en la figura de Cristo, que está de pie; en otros casos, la montaña se transforma en una cátedra, y al lado de Cristo no falta el *scrinium* o caja circular llena con los rollos (lám. 85).

En la imagen solemne de Cristo doctor de los apóstoles y de la Iglesia, de modo que a veces entre ellos aparece la personificación de ésta, que, resuelto en un tipo genérico que tanto comprende la transmisión de la verdad sobrenatural evangélica como el mandato divino de predicarla a la humanidad, reflejando el magisterio perenne de la Iglesia derivado de Cristo, ofrece infinidad de variantes en su exposición representativa.

En la pintura abunda el tema de Cristo sentado en cátedra, colocada en medio de un banco ocupado por los apóstoles, a la manera como debía ofrecerse a los ojos de los fieles la visión del obispo sentado en la cátedra del fondo del ábside rodeado por sus presbíteros; tema realístico que pudo inspirar la composición ideal; en algún caso también los apóstoles están sentados cada uno en su cátedra sin el banco común (fig. 87 y lám. 87). Otras veces son los evangelistas quienes se hallan a los lados del trono de Cristo (lám. 89), y en muchos otros ejemplos la representación queda reducida a la presencia de los príncipes de los apóstoles San Pedro y San Pablo.

En la escultura, cuando Jesús está sentado en la montaña, no es raro la presencia de las personificaciones de ésta o del firmamento, según el concepto clásico, o del cielo en forma de lienzo desplegado (láms. 114 y 116). Pronto, de la pequeña montaña brotan los cuatro ríos simbólicos alusivos a los Evangelios. Los apóstoles, representados en número suficiente o al completo, como también reducidos a la presencia de San Pedro y San Pablo, están generalmente de pie en actitud de escuchar y a veces sentados con sus respectivos rollos abiertos. No falta la inscripción del *Dominus legem dat*, grabada a veces en la página del volumen que sostiene la figura de Cristo, y en algún caso éste enarbola la cruz triunfante, idealizada en oro y pedrería, como unificando otros temas en típica evolución. Las variantes en los detalles son casi tantas como las representaciones, que se van multiplicando desde el siglo IV en torno a un tema básico de glorificación de Cristo y de apoteosis de su magisterio.

Cristo entrega la Ley a San Pedro

Tema iconográfico raro todavía en las representaciones pictóricas, pero muy repetido en los relieves escultóricos, en los vidrios de fondo dorado y en las medallas de devoción y mucho más común en los mosaicos de los ábsides, especialmente en los baptisterios, es el que alude a la concesión del primado a San Pedro como jefe del colegio apostólico. Cristo, de pie sobre el globo, o sobre el monte del que brotan los cuatro ríos, extiende en alto su brazo derecho y con la mano izquierda entrega el volumen o rollo de la ley a San Pedro, que lo recibe inclinado con las manos veladas (lám. 117), según un motivo artístico inspirado en la escena clásica en la que el emperador está representado en el acto de entregar el libro de las constituciones al nuevo gobernador de la provincia, que lo recibe con las manos cubiertas por el palio (láms. 114 y 116).

Este tema, que fué de especial predilección del arte cristiano de Roma por su clara alusión a San Pedro y a San Pablo, que acompaña siempre la escena colocado simétricamente al otro lado de Cristo, tuvo su más popular motivo de difusión a causa de que recordaba a los neófitos una de las más solemnes ceremonias de su bautismo en la aceptación de la ley y de la fe cristiana cuando recibieron del obispo los santos Evangelios, el símbolo de la fe y la oración dominical. De aquí que su composición debió de ser creada para la decoración de los baptisterios como lugar propio en los que se desarrollaba esta ceremonia.

Jesús entrega las llaves a San Pedro

Sólo una pintura conserva esta escena que presenta a Cristo sentado sobre el globo, vestido con túnica talar y palio purpúreo y teniendo en la mano izquierda el códice ornado de piedras preciosas representativo del texto del Evangelio; con la mano derecha estrecha dos llaves en actitud de entregarlas a San Pedro, que las recibe en las manos, cubiertas por la extremidad del palio.

Tardía pintura del siglo VI que evoca el eco de un tema conocido en los relieves escultóricos de edades anteriores, en los que aparecen variantes, como la presencia

de San Pablo, que, a su vez, recibe el libro de los Evangelios de la figura de Cristo, que acaba de entregar las llaves a San Pedro.

El triunfo de Cristo resucitado

Únicamente son los relieves escultóricos los que han conservado este tema, situado siempre en la parte central, simbolizando el triunfo de Cristo en su gloriosa resurrección por medio del *signum Christi*, constituído por el monograma constantiniano inscrito dentro de una corona, entre dos soldados en actitud de dormir o de montar la guardia. A menudo, entre los soldados se eleva una gran cruz triunfal como si fuera de metal precioso y cubierta de pedrería; en los extremos del travesaño están dos palomas ladeando una gran corona, que se eleva en lo alto apoyada en la sumidad de la cruz, y de cuyo interior emerge el monograma de Cristo (lám. 113).

Semejante tema triunfal basado en la cruz gloriosa, que no es una evocación histórica del suplicio del Calvario, sino una glorificación del instrumento de la redención, fué común en la decoración de los ábsides basilicales al presentar la cruz sobre el monte del que fluyen los cuatro ríos o unida a frondosos ramajes de vid, entre revoloteos de palomas, y situada también sobre un trono velado por cortinajes y sobre una almohada.

El «Agnus Dei»

En el proceso evolutivo hacia las decoraciones alegóricas del arte triunfal fué creada la que representa a Cristo bajo la figura de un cordero, de pie sobre el monte, del que brotan los cuatro ríos alusivos a los Evangelios, hacia el cual se dirigen seis corderos por parte, alusivos a los apóstoles, procedentes de las místicas ciudades de Jerusalén y Belén (fig. 40). En su manera más reducida, la escena se limita a la figura del *Agnus Dei* entre dos corderos, según una composición de formación más tardía que apenas repercute en el arte cementerial, aunque se hallen algunos ecos de ella en los relieves de los sarcófagos.

VIII. LAS ESCENAS NARRATIVAS DEL ARTE MONUMENTAL

Ciclos en que se agrupan

La creación de las solemnes composiciones cristológicas destinadas a realzar el triunfo de Cristo, motivada por la aparición de los edificios de culto y luego por la difusión arquitectónica de las formas basilicales, cuya repercusión iconográfica introdujo esta nueva corriente de inspiración artística en el arte cementerial, fué acompañada asimismo por un más amplio desarrollo de temas inspirados en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, que, al ser representados en los muros de los templos con finalidad didáctica y religiosa impregnada de valor dogmático, al mismo tiempo que incorporaba gran parte de los temas bíblicos creados por el arte sepulcral, pero expresándolos con estilo narrativo, motivó nuevas escenas más íntimamente trabadas entre sí en distribuciones cíclicas que, a su vez, en parte o aisladas, pasan a ser representadas en el arte decorativo de los sepulcros.

La pintura funeraria, siempre más fiel a la corriente artística anterior, cuyos temas creados por ella eran perfectamente idóneos para el lugar donde expresaban los conceptos escatológicos relacionados con la tumba, fué más refractaria a la aceptación de las nuevas escenas ideadas por la corriente monumental, de modo que en sus dominios sólo aparecen algunas de ellas y casi siempre con carácter aislado. No sucede así en los relieves de los sarcófagos, en que el arte escultórico, al producirlos con mayor intensidad durante el siglo IV, parece que se nutre de la inspiración en las nuevas composiciones, en la expresión de los temas que la misma naturaleza de la continuidad del relieve exigía, relacionados entre sí en reducidas combinaciones cíclicas, cuyos modelos eran divulgados en las narraciones historiadas de los grandes monumentos. A causa de esto, en la escultura, más que en la pintura, es donde puede seguirse la aparición de las nuevas escenas bíblicas, cuyos temas también fueron tratados aisladamente en las artes menores.

Estas escenas se agrupan en tres ciclos inspirados por hechos del Antiguo Testamento: el de la creación del

hombre y el pecado original, el de los patriarcas y el ciclo mosaico. También los hechos relatados por el Nuevo Testamento quedan asimismo comprendidos en tres grupos: el ciclo de la natividad e infancia de Jesús, el ciclo de la vida de Cristo y el ciclo de su pasión.

Ciclo de Adán y Eva

El arte sepulcral había creado la escena representativa del pecado original en la caída de nuestros primeros padres al lado del árbol de la ciencia del bien y del mal por sugestión de la serpiente, tema repetidamente difundido por la pintura y que penetra en la escultura. Pero en ésta se amplía con la escena de la creación del primer hombre, seguido a veces por la condena al trabajo y a la reparación y, finalmente, por las ofrendas de Caín y Abel.

La escena de la creación se desarrolla en presencia de las tres personas de la Santísima Trinidad; el Padre, sentado en cátedra y en actitud oratoria; el Espíritu Santo, en figura humana apoyada detrás de la cátedra; el Hijo, al lado del Padre, con la diestra puesta sobre la cabeza de Eva, en figura de menores dimensiones, colocada de pie ante las divinas personas como acabando de ser formada de la costilla de Adán, cuya imagen se halla todavía tendida en el suelo inmergida en el sueño. De una manera más simple, esta escena se reduce, con la supresión del Hijo y del Espíritu Santo y prescindiendo de la imagen de Adán, a Dios sentado en cátedra como en acto de licenciar a Eva poniéndole la mano sobre la mejilla.

La condena al trabajo y a la reparación del pecado se resuelve en la representación de Dios, personificado en el Verbo humanado, que está entre Adán y Eva entregándoles los símbolos del trabajo a que han sido condenados, constituídos por un haz de espigas, que recibe Adán, y por un corderito, del que Eva se hace cargo. En algunos relieves es el mismo Cristo quien tiene en sus manos estos símbolos, como significando que Él mismo es el cordero víctima de la expiación y pan de vida eterna (lám. 112). A veces acompañan la escena uno o tres personajes en representación de los patriarcas.

Las ofrendas de Caín y de Abel son figuradas ante la imagen de Dios sentada sobre una roca, o en cátedra, a

cuyos lados están los personajes bíblicos en el momento de ofrecerle los productos de su trabajo: Abel, un cordero o cabrito; Caín, una espiga o un haz de ellas, o bien un racimo de uvas.

Ciclo de los patriarcas

A los temas tan corrientes en el arte funerario de Noé salvado en el arca y del sacrificio de Abraham, el arte monumental añadió únicamente dos composiciones, que se refieren, respectivamente, a los patriarcas Isaac y Jacob.

El recuerdo de Isaac queda evocado en la bendición de sus dos hijos Jacob y Esaú, representados en dos jóvenes colocados a ambos lados del anciano padre, personaje con barba poblada y cabellera larga y rizada, que impone las manos sobre sus cabezas, en presencia de otros dos personajes que asisten por razones de composición y simetría. La escena, desconocida absolutamente en la pintura, fué todavía raramente expresada por la escultura.

La bendición otorgada por el patriarca Jacob a sus nietos Efraím y Manasés, según el relato bíblico del Génesis, constituye asimismo en la escultura una rara representación que figura al viejo patriarca medio incorporado en la cama y cruzando las manos para imponer la diestra sobre la cabeza de Efraím y la izquierda sobre la de Manasés en presencia de sus padres.

Ciclo mosaico

El arte sepulcral había divulgado, pero con significado simbólico, la representación de Moisés golpeando la roca para acallar la sed de los israelitas con el agua milagrosa que brotó de la fuente. Única escena del repertorio bíblico que el arte monumental amplió con muchos temas nuevos referentes al caudillo de Israel; uno solo, el de Moisés descalzándose ante la zarza ardiente, común a la pintura y a la escultura y propios de esta última todos los demás.

La llamada del Señor a Moisés para que libertara al pueblo israelítico del yugo de los egipcios valiéndose del milagro de la zarza que ardió milagrosamente, se representó en la personificación de Moisés, que, apoyando un pie sobre una piedra, está en actitud de quitarse la san-

dalia. No se ve nunca representada la zarza ardiente, pero, en cambio, tiene a veces delante de sí la figura de Dios que le habla, con un volumen en la mano, asistiendo algunos representantes del pueblo que debía ser libertado.

Una representación única figura la escena de Moisés ante Faraón, sentado en alto escabel entre dos soldados, elevando la mano con el índice extendido para indicar la denegación a la salida del pueblo de Israel, a pesar de la prueba que el libertador da de su misión divina mostrándole la mano de Dios que, saliendo de las nubes, le entrega el volumen significativo de la orden, ante una representación del pueblo, constituída por tres hombres y un niño que con sus rebaños se dirigen hacia la puerta de la ciudad.

El paso del mar Rojo, que, en cierto modo, evocaba la derrota de Majencio en el puente Milvio ante las tropas de Constantino el Grande, de la que se siguió la libertad de la Iglesia, fué resuelto en la expresión de las dos riberas opuestas formadas por las aguas del mar, entre las cuales pasó el pueblo de Dios sin mojarse. A la derecha desfilan los hebreos después de haber pasado, llevando consigo niños y enseres. En el medio, las aguas vuelven a su cauce, arrollando con su ímpetu los primeros egipcios que corrían en pos de los hebreos; a la izquierda, Faraón, ciego de rabia y de pie dentro la biga, azuzando los caballos para que entren en el agua. Le sigue parte del ejército arrastrado hacia la muerte. La parte firme del continente está representada por figuras femeninas que se ven tendidas, y el mar personificado en una figura de hombre colocada entre las aguas, según los conceptos realísticos del arte clásico.

La lluvia de codornices con que Dios sació el hambre de los hebreos peregrinando por el desierto, constituye una representación rara, reducida a tres hombres y dos niños que intentan coger las aves que vuelan entre ellos.

También es muy rara la representación de la columna de fuego que durante las noches de peregrinación por el desierto iluminaba a los israelitas y que de día se transformaba en columna de humo para protegerlos de los ardores del sol. Su figura se reduce a una columna que tiene una antorcha encendida en lo alto.

Más común fué la escena de Moisés recibiendo la ley en el Sinaí, despojada, empero, de las circunstancias que

rodearon aquel acto majestuoso de la promulgación solemne que hizo el Señor de su pacto con el pueblo escogido. Consiste únicamente en la figura de Moisés de pie y mirando a lo alto, donde entre nubes aparece la mano de Dios (láms. 112 y 115).

Ciclo de la natividad del Señor

El concepto de la salvación, predominante en el arte sepulcral, halló sus figuraciones simbólicas en los temas de la anunciación y sobre todo de la adoración de los Magos, escenas que por su importancia destacada en los relatos de los evangelistas pasaron, asimismo, al arte monumental, completándose con otras composiciones relativas al advenimiento e infancia de Cristo. Escenas raras en la pintura que se difunden, en cambio, a través de los relieves de los sarcófagos, principalmente al presentar la evocación histórica de la natividad del Señor, el anuncio a los pastores (fig. 88) y las nuevas variantes introducidas en la adoración de los Magos, seguida por la degollación de los Inocentes.

Sólo una pintura, actualmente desaparecida, guardó el recuerdo de la natividad presentando el pesebre en forma de mesa, en cuyo interior está el Niño Jesús y en su parte posterior las cabezas del buey y del asno en un conjunto colocado debajo del busto de Cristo, joven, con largos cabellos, rodeado por el nimbo circular. En la escultura, en la que es más común la escena, se ve al divino Niño tendido en una especie de cuna debajo de un techo, al lado de la Virgen sentada, que tiene detrás a su esposo San José. Detras de la cuna no faltan el buey y el asno. tendidos en el suelo o de pie, según los relatos apócrifos. En algunas variantes, el techo está suprimido y el Niño descansa en el suelo. Raras veces están presentes los pastores o el ángel en la parte alta del techo; en cambio, con esta disposición escénica suele combinarse la presencia de los Magos, que señalan la estrella detenida encima de la composición.

Los Magos en presencia de Herodes inquiriendo el lugar donde ha nacido el Mesías, se ven en su figura tradicional al ingreso de una ciudad, indicada por unas arcadas sobre pilares, delante de la figura del rey, que los

recibe sentado entre dos soldados. La escena de la adoración se mantiene cual había sido creada en el arte sepulcral, y en los sarcófagos ocupa la parte frontal de la cubierta. La Virgen, que lleva el manto sobre la cabeza para indicar la maternidad, tiene el Niño fajado o ya

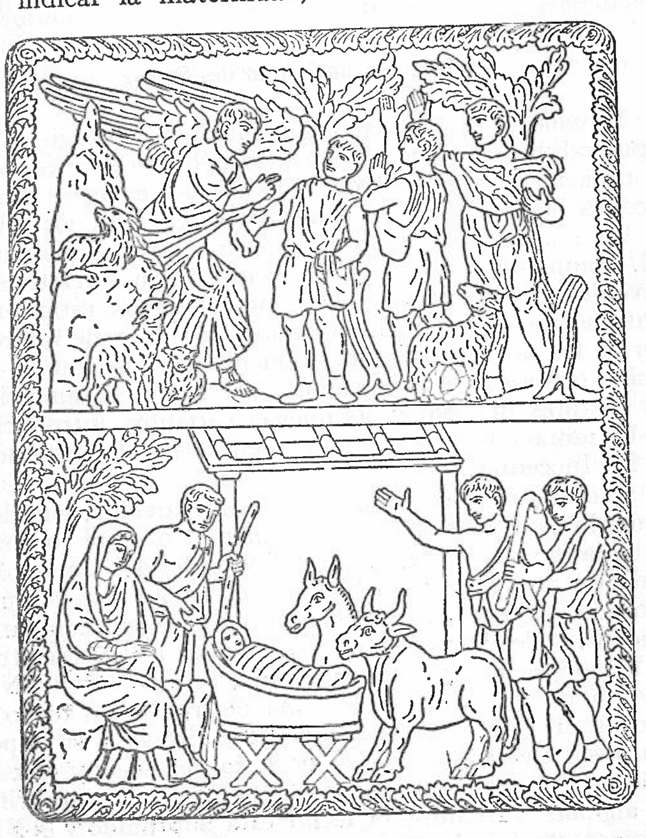


Fig. 88.—El ángel anuncia a los pastores el nacimiento de Jesús. La adoración de los pastores. Esquema de un relieve.

mayorcito sentado en su regazo; la cátedra en que Ella está sentada es de mimbres entretejidos. Las ofrendas suelen ser el oro en forma de corona con gema frontal, el incienso en un puñado de glóbulos o contenido en una píxide y la mirra dentro de un vaso abultado o bien en dos o tres largas fialas. La escena se desarrolla en el inte-

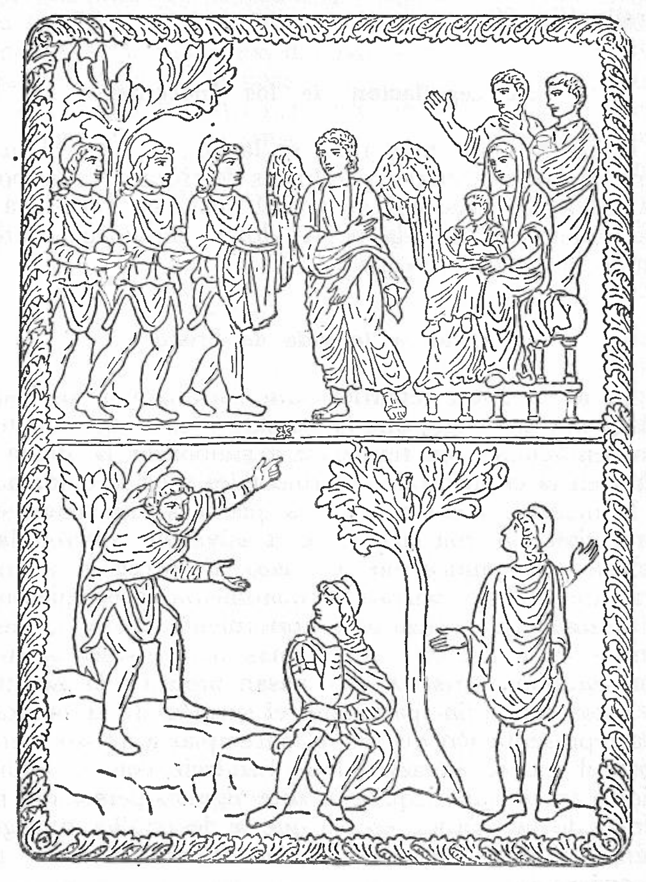


Fig. 89.—La adoración de los Magos y los tres Magos ante la estrella. Esquema de un relieve.

rior de una casa, y aparecen a veces las cabezas de los camellos; o se combina con la escena de la natividad en presencia de los pastores. En algunos casos raros, los Magos están solamente representados a la vista de la estrella (fig. 89).

La degollación de los Inocentes

Representación muy rara, en la que no falta el tirano Herodes, ante el cual dos esbirros destrozan el cuerpo de dos niños abatiéndolos contra el suelo en presencia de una mujer que, aterida por el dolor, enmudece contemplando la horrible escena.

Ciclo de la vida de Cristo

La abundancia temática suministrada por los hechos milagrosos de Cristo, que había sido pronto una fuente de representaciones con tendencia a simbolizar la ayuda del Señor en la curación de enfermedades y en la eliminación de la muerte, además de otras que más inmediatamente se relacionaban con la idea de la salvación concretada en la misma personificación de Cristo, al entrar en la nueva corriente del arte narrativo monumental prosiguieron en los mismos tipos creados anteriormente. Pero al mismo tiempo se añadieron otros temas más históricos en su representación artística, que pasan pronto a la escultura.

Éstos son, principalmente, el sermón de la montaña, rara representación que da a contemplar a Cristo sentado sobre el monte en actitud de bendecir, con el volumen abierto en la mano izquierda ante algunos personajes pendientes de su palabra; escena que se desarrolló en alegoría triunfal al pretender evocar el magisterio de Cristo entre los apóstoles.

Jesús bendiciendo a los niños; otra escena rara en la que aparece Cristo, de pie y en su tipo idealizado, imponiendo las manos sobre la cabeza de dos niños que le son presentados por dos apóstoles.

Abunda más la escena de la llamada de Zaqueo, en la que se ve al publicano encaramado a un árbol ante el paso de Cristo, que se le dirige anunciándole la visita a su casa en demostración de haberle aceptado en su gracia.

Ciclo de la pasión

Innovación creadora del arte monumental durante el período triunfal del cristianismo en la exaltación de la figura de Jesús y en la exposición gráfica de los hechos históricos, fué la narración descrita en imágenes de diversos pasos alusivos a la pasión en escenas que no entran, por lo tanto, dentro del conjunto artístico de la pintura, pero que hallan su expansión en los relieves que adornan los frontispicios de los sarcófagos. Hay que exceptuar la escena en que Jesús predice la negación a San Pedro, que se formó en el arte sepulcral y que fué repetidamente efigiada en la pintura por la alusión simbólica que tenía con el pecado o la muerte, escena que se mantuvo en su tipo tradicional (láms. 111 y 115).

La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén en el domingo de Ramos se ajusta a las características históricas en los detalles de Cristo cabalgando el asno y acompañado de los apóstoles entre los personajes que lo aclaman extendiendo los vestidos por el suelo, encaramándose en el árbol para desgajar los ramos y agitando palmas y coronas (láms. 112 y 116).

El lavatorio de los pies a los apóstoles se reduce al acto en que interviene San Pedro, sentado ante Cristo, levantando las manos en actitud de rechazar que le lave los pies y no queriendo introducirlos en la jofaina que tiene a su lado.

El beso de Judas constituye una escena en la que se ve a Cristo estrechando el volumen en su mano, que se deja abrazar y besar por el apóstol traidor, ante la estupefacción de otro apóstol, que queda atónito por la traición de la entrega a sus enemigos.

Sigue la escena de la captura de Cristo por dos soldados que lo conducen en medio, reducida a veces a la figura de un solo soldado armado con su lanza que sigue tras de la figura de Cristo llevándolo al tribunal de Pilatos (lám. 113). En algunas escenas, los dos soldados presentan a Cristo a un personaje sentado, que puede evocar el hecho de la presentación a Caifás o a Herodes.

La coronación de espinas ha sido propuesta como identificable en una antigua pintura del cementerio de Pretextato, que más bien parece deba interpretarse como una representación del bautismo de Cristo (lám. 91). En

cambio, aparece la escena en la plástica, pero en un sentido muy diverso del relato evangélico, puesto que se reduce a un solo soldado en el acto de colocar sobre la cabeza del Señor una corona que carece del realismo de las espinas (lám. 113).

La presentación de Cristo hecha por Pilatos al pueblo está escenificada en el tribunal donde está sentado el juez asistido por sus oficiales, indicando con la mano a Cristo, que está enfrente algo ladeado (lám. 114).

Pilatos, lavándose las manos, está sentado en un faldistorio en actitud pensativa e irresoluta, mientras un siervo le lleva el aguamanil (lám. 116). A través de un intercolumnio aparece la figura del Señor conducida por dos soldados con la cabeza baja y la mano levantada como en actitud de hablar.

El resultado del proceso de Cristo, terminado en la sentencia de la condena al tormento de la crucifixión, se escenifica en el momento de dirigirse hacia el Calvario, pero sin cargar a cuestas personalmente la cruz, que lleva el Cirineo, precediéndole en el camino, siguiendo a Jesús otro personaje con un bastón en la mano (lám. 113).

Jamás en el arte antiguo se representó la escena del Calvario ni ninguna de las otras que podían evocar el dolor de la pasión, más que más por ser considerado innoble el tormento de la crucifixión. Por ello se prefirió simbolizar la redención, completada en la resurrección gloriosa, bajo el triunfo de la cruz dignificada y sublimada como instrumento de salvación, pero expresada sobre todo por medio del *signum Christi* en el monograma constantiniano, circunscrito dentro de una corona entre dos soldados dormidos o de pie, o glorificado en la parte alta de la cruz triunfante entre palomas.

También aludía a la resurrección la escena de la presencia ante el sepulcro vacío de las piadosas mujeres con una de ellas mirando a lo alto al ángel, que aparece entre nubes cerca de la tumba, mientras la otra se inclina dándose cuenta de que en ella no está el cuerpo del Señor.

La aparición de Cristo a las piadosas mujeres se evoca en algunas variantes del símbolo glorificativo de la resurrección en cuanto, en vez de los soldados situados al pie del monograma o de la cruz, se divisa el sepulcro, ante el cual están dos mujeres, una de ellas inclinada y la

otra con la rodilla hincada en el suelo con las manos juntas elevadas hacia el símbolo de Cristo resucitado.

El diálogo de Cristo con los discípulos de Emaús se identifica en la escena en la que Cristo está en actitud de caminar bajo las apariencias de peregrino entre dos personajes.

Finalmente, en la escena de la incredulidad de Santo Tomás se completan los temas de este ciclo representando a Cristo resucitado levantando el brazo derecho y dejando desnuda una parte del pecho, en la que coloca su mano el apóstol incrédulo para asegurarse de la verdad del cuerpo del Señor, ante la asistencia de un solo apóstol.

No fué necesario representar la escena de la ascensión, por cuanto los temas glorificativos de Cristo en su magisterio perenne evocaban perfectamente su triunfo en la gloria celeste.

BIBLIOGRAFIA: BREYMANN: *Adam und Eva in der Kunst des christlichen Altertums* (Wolfenbüttel 1893). — GROUSSET: *Le boeuf et l'âne à la nativité du Christ*, en «Mélanges d'Archéologie et d'Histoire» (1884).— KIRCHNER: *Die Darstellung des ersten Menschenpaares in der bildenden Kunst* (Stuttgart 1903). — CAMPENHAUSEN, H.: *Die Passionssarkophage* (Marburg 1919). — BRUYNE, L. DE: *La decorazione degli edifici sacri di Roma*, en «Atti IV Cong. I. di Arch. Cristiana di 1938», vol. 2 (Roma 1948).

IX. LAS REPRESENTACIONES DE LA VIDA CRISTIANA

El catecumenado

En el progreso del desarrollo del arte cristiano de los primeros siglos, después que fueron creados los símbolos expresivos de los conceptos que afianzaban la fe en la resurrección y de los temas que confirmaban la esperanza en la salvación, a medida que las fuentes de inspiración se impregnaban del dogmatismo cristológico y las representaciones se acusaban con una tendencia más narrativa e histórica, es natural que la práctica de la vida cristiana influyera también en la creación de escenas que reflejasen los actos más prominentes realzados por la liturgia.

La enseñanza de la doctrina cristiana es uno de estos temas que aparecen en el siglo III, y exclusivamente en los sarcófagos, inspirada en la vida real de la enseñanza del gramático. El doctor que tiene a cargo la catequesis, sentado en cátedra, sostiene con ambas manos el rollo desplegado en actitud de leer el texto antes de ocuparse de su comentario (láms. 105 y 107). El catecúmeno está a su lado apoyando la diestra en el brazo, en significación de que está escuchando; si se trata de una mujer, va acompañada a veces de una catequista, que en aquella disciplina docente solían ser mujeres viudas destinadas a esta misión (lám. 106). A veces, sobre una columna hay un reloj de sol, especialmente cuando la escena tiene lugar en local cerrado. En algunas variantes, el doctor está en actitud de explicar con gesto oratorio y con el rollo a medio cerrar (lám. 108). Cuando el catecúmeno se presenta en actitud de orante, simbolizando al difunto, quiere significar haber recibido la instrucción religiosa (lám. 106).

El bautismo

El sacramento de la regeneración a la vida sobrenatural por la ablución del agua tuvo sus representaciones simbólicas en la figura del pescador evangélico que con la caña y la red extrae los peces del agua (fig. 3 y lám. 92). Símbolo que desaparece en el siglo III para dejar paso al de la figura de Moisés haciendo brotar el agua al golpe de su vara. También lo significó el milagro de la curación del paralítico en la piscina probática, en cuyas representaciones más antiguas aparecen las figuras de los neófitos acompañando al paralítico que lleva su litera. Desde el siglo IV se logró otro símbolo con la escena de los ciervos abrevándose en la fuente, muy propia para adorno de los baptisterios.

La representación real del bautismo, además de la histórica de Cristo, que lo recibió de Juan en las riberas del Jordán y que se distingue porque el Precursor viste únicamente el perizoma y Jesús está en actitud de salir del agua bajo la presencia de la paloma (fig. 87), se obtuvo con la figuración del bautismo del catecúmeno (láms. 78 y 92), en la que el bautizante viste túnica y palio, impone la mano sobre la cabeza del bautizado inmergiéndolo en

el agua o, ya una vez inmergido, invocando el Espíritu Santo, representado en la paloma. El catecúmeno se halla desnudo y de pie dentro del agua, que le llega hasta los tobillos o poco más arriba de las rodillas (lám. 93). El tipo iconográfico creado en la pintura fué, en cambio, raro en la escultura.

En los relieves de los sarcófagos es más común que se desarrolle la escena de la catequesis del apóstol San Felipe, que, yendo de camino en coche, explica el texto de Isaías al eunuco de la reina Candace antes de administrarle el bautismo. La composición fué tomada, en parte, de la escena del último viaje que el arte pagano acostumbraba efigiar en los sarcófagos, pero está inspirada en el sentido real del relato de los Hechos de los Apóstoles (VIII, 26-38). En la carroza están sentados el eunuco y el apóstol, que le explica el texto. No faltan los dos caballos que la tiran y el auriga, a veces el *cursor* que la precede, mientras entrega una limosna a una mujer y la reina Candace asoma la cabeza o el busto en la ventana de su palacio. Es, por lo tanto, una composición narrativa en la que podía verse la alegoría de la seguridad del viaje a la eternidad mediante la instrucción religiosa y la aceptación del bautismo.

La eucaristía

El carácter simbólico que informó desde sus comienzos a la iconografía cristiana, impidió que fuera representada la escena histórica de la institución de este sacramento en la última cena celebrada por Cristo con los apóstoles. En cambio, el concepto de la eucaristía como presencia real del Señor, alimento de las almas, fuente de vida eterna y germen de resurrección, inspiró pronto figuras simbólicas y escenas alegóricas alusivas a tan altos misterios, que formaban parte tan importante en la iniciación cristiana. Los fieles hallaron el lugar adecuado para expresarlos en la decoración de sus sepulcros, respondiendo a un sentido íntimo de profesión de fe cristiana y de firme esperanza en la salvación, recurriendo a los milagros operados por Cristo que preanunciaron y simbolizaron la institución eucarística y también a la representación del ágape eucarístico.

De los símbolos directamente inspirados en el hecho de la multiplicación de los panes y de los peces y aun del milagro de la conversión del agua en vino a las escenas que querían simbolizar estos hechos, tanto en la intervención directa de Cristo en el momento de obrar los prodigios como en sus efectos en la refección de las turbas que se saciaron después del milagro, la variedad de figuras, alegorías y temas que se formaron y desarrollaron antes que en el siglo IV aparecieran las escenas puramente narrativas, queda centrada alrededor de tres milagros bíblicos: la refección de las turbas con los panes y peces milagrosamente multiplicados, el banquete de los siete discípulos a orillas del lago de Tiberíades y la mutación del agua en vino en las bodas de Caná (lám. 78). Los dos últimos fueron escasamente representados, siendo el segundo como una variante de composición de un tema formado alrededor del primero, mientras el tercero queda muchas veces reducido á las figuras de las vasijas de agua que se intercalan en variaciones relativas a los símbolos que se formaron en torno al primero.

Éste fué, pues, el milagro que inspiró más directamente las formas figuradas alusivas a la eucaristía, sea que se redujeran a puros símbolos o a evocaciones concretas del milagro, cual fueron los diversos temas que fluctuaron en el arte de los primeros siglos hasta que a mitad del III quedó un tipo definido en la representación de la figura de Cristo operando el milagro al tocar con su vara milagrosa una de las siete cestas de pan colocadas a sus pies (lám. 73 b).

De las dos multiplicaciones de panes y peces realizadas por Cristo, fué más representativa la primera, a la que siguió la promesa divina de la eucaristía y la declaración de su real significado; la cual, instituída en la última cena por la conversión del pan en el cuerpo de Cristo entregado como comida para la vida eterna, se vió en el efecto último del milagro de la multiplicación, después de saciadas las turbas en la recolección de las sobras en siete cestas, una expresión simbólica que, junto con el pez, que ya por sí era tenido como símbolo de Cristo, suministró unos primeros elementos representativos, como son los que figuran en la cripta de Lucina, reducidos a la expresión del pez y de la cesta del pan con un vaso lleno de vino (lám. 47 b).

En adelante, ambos elementos constituyen la base de las representaciones netamente eucarísticas, de modo que casi nunca faltan, tanto en las escenas típicas que evocan directamente el milagro de la multiplicación como las escenas de la refección de las turbas, simbolizadas en el banquete de los siete colocados a la mesa según el uso romano, ante dos platos con panes y peces, entre las cestas simbólicas que aparecen colocadas a los lados o en la parte delantera de la composición (lám. 79). La escena del banquete sería como un símbolo de la comunión y participación de los fieles en la eucaristía, mientras que la de la multiplicación simbolizaría la misma consagración.

El acto sublime de la consagración se halla tal vez representado bajo las figuras del pan y del pez colocadas sobre un trípode a manera de altar, ante un personaje cubierto con manto filosófico, que le deja libre el gesto del brazo derecho extendido sobre ellas, representación de Cristo o del sacerdote, en presencia de una orante, como símbolo del fiel (lám. 94 a). En otra única representación existente en el cementerio *ad duas lauros*, aparece la figura de Cristo en acto de hablar, teniendo tres ánforas a un lado, y al otro una cesta cuadrada llena de pan, alusión evidente a las dos especies eucarísticas, simbolizadas por las cestas de la multiplicación y las ánforas de Caná.

Antes de la mitad del siglo III se dan algunas representaciones de la refección de las turbas después de acontecido el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces, no en su sentido real, sino de una manera simbólica, con una escena inspirada a la manera como se usaba sentarse a la mesa para un banquete, utilizando los divanes inclinados en forma de sigma, en los que se tendían los invitados ante un espacio vacío en la parte central en el que se colocaba la mesa con las viandas. Los personajes son siempre en número de siete, tienen ante sí dos platos con panes y peces, y a los lados de la escena no faltan las cestas simbólicas, a veces seis en cada lado, o bien ocho en vez de siete en la parte delantera por razones de simetría. La escena, que pudo inspirarse en los temas simbólicos alusivos al banquete celestial, refleja en realidad el ágape eucarístico de los cristianos, a continuación del cual se celebraba la comunión eucarística.

Pero un ágape idealizado sin elementos concretos para que resulte una representación real.

Ésta ha sido señalada como caso único en la pintura del arco del fondo de la llamada capilla Griega en el cementerio de Priscila, conocida con la designación de la *Fractio Panis* (lám. 95), denominación primitiva con la que se designaba el acto de la consagración y la celebración eucarística en las asambleas del culto.

Se trata de una representación idéntica en su composición a la escena típica del banquete de los siete colocados en la mesa entre las siete cestas simbólicas, pero con la particularidad de que, en el puesto de honor, se halla un personaje en el acto de la fracción del pan con un cáliz ante sí; entre los comensales se distingue a una mujer con la cabeza velada. Sobre la mesa, además del cáliz, están emplazados dos platos con dos peces, en el uno, y cinco panes, en el otro. Es evidente que bajo la alusión del milagro de la multiplicación ha querido representarse el ágape eucarístico, como indica la presencia del cáliz que está situado ante la figura principal presidiendo la reunión y partiendo el pan.

Los evangelios sinópticos, tanto al narrar los dos hechos de la multiplicación del pan con su repartición a las turbas como la distribución del cuerpo de Cristo en la última cena, usan la palabra *fregit*. Denominación común a ambos hechos, que son uno figura del otro, y que sirvió para caracterizar el banquete eucarístico celebrado en las primeras comunidades cristianas con la expresión de la fracción del pan, por la razón de que el milagro de la multiplicación se realizó en el momento que Cristo partió el pan, del mismo modo que se multiplicaba en las manos de los apóstoles partiéndolo y distribuyéndolo a las turbas después de la consagración eucarística, igual que lo hizo Cristo resucitado como distintivo para darse a conocer a los discípulos de Emaús. La fracción del pan era tenida, pues, como el distintivo de la presencia de Cristo, que en dicha composición fué representada evocando el gran misterio en una escena viva de la liturgia primitiva.

El matrimonio

Representación tardía que durante el siglo IV se halla en los sarcófagos y especialmente en los vidrios de fondo dorado. La antigüedad clásica lo efigió en la conjunción de manos presenciada por Juno, que pone sus manos sobre los hombros de los esposos, mientras el marido estrecha en su izquierda el volumen de la tablilla nupcial; la diosa es sustituída a veces por un amorino con la antorcha encendida.

El arte cristiano, ante la dignidad del matrimonio elevado a sacramento, colocó la figura de Cristo entre los dos esposos, a menudo imponiendo una corona sobre sus cabezas; ellos están en la actitud de darse la mano, pero apoyándolas sobre un libro abierto alusivo al de los Evangelios. En vez de Cristo suele aparecer entre los esposos una corona, que se divisa en lo alto, sostenida por la mano de Dios.

La consagración de una virgen

Constituye una composición única que decora la parte alta de un arcosolio en el cementerio de Priscila, de la mitad del siglo III, aludiendo a la prerrogativa de virgen consagrada a Dios que tenía la difunta allí enterrada (lám. 96). En el centro de la composición ésta se halla efigiada en actitud de orante; viste amplia dalmática de púrpura ornada de tiras verticales de color más claro, con la cabeza cubierta por un velo, cuya extremidad le cae sobre el pecho. En figuras de menor tamaño, se ven a su izquierda la Virgen con el Niño sentada en trono, y al otro lado un anciano sentado en cátedra, de aspecto venerable, que tiene ante sí a una joven vestida igual que la orante central, pero con la cabeza descubierta, a cuyo lado está una tercera persona, que completa el grupo, llevando en las manos una túnica preciosa; escena que reproduce el momento de la entrega del hábito que el sacerdote hace a la doncella al consagrarse a Dios, inspirándose en el modelo de la Santísima Virgen, efigiada al otro lado, para significar que con ello la difunta mereció el premio en la vida eterna.

Escenas de martirio

La tendencia artística hacia lo simbólico y glorificativo que predominó en la inspiración de las representaciones, aun dentro cierto realismo narrativo que se introdujo en la corriente monumental, impidió que se realizaran temas alusivos al martirio de los fieles que sucumbían por Cristo, aunque pudo verse alguna alusión simbólica a ellos en ciertas historias del Antiguo Testamento. De todos modos, es posible que se formalizaran algunas escenas de este género, como la que describe el poeta Prudencio en el himno 11 del *Peristephanon*, que vió en la cripta del mártir San Hipólito en su cementerio de la vía Tiburtina, y en el himno 9, sobre el martirio de San Casiano de Imola.

Sólo en un fragmento de columna de lo que debió ser el baldaquín sobre la tumba de los santos mártires Nereo y Aquileo, en el cementerio de Domitila, ha quedado el tema de un soldado que lleva apresado al mártir Aquileo, ya con la túnica desceñida, pronto a sucumbir en defensa de la fe.

El refrigerio

El acto fúnebre que la costumbre romana había impuesto de celebrar un banquete en honor de los difuntos en las inmediaciones de la tumba cuando ocurría el aniversario de la deposición, estaba tan arraigado en los usos de la época, que los cristianos lo mantuvieron, aunque reducido a una simple refección con pan, vino y frutas, en la que daban participación a los pobres. La representación de este acto, conocido con el nombre de *refrigerio*, fué tomada de la realidad según la manera con que los familiares se tendían en la mesa como en un banquete. En las composiciones pictóricas son dos, tres o seis personajes sentados o tendidos ante una mesa circular o cuadrada, que unos sirvientes cuidan de proveer con pan y agua, no faltando algunas veces la figura del pobre que recibe parte del alimento como limosna. En la plástica subsiste el mismo tipo de composición, en el que los participantes toman únicamente pan y beben agua en actitud de tristeza.

Este tema realístico se distingue por su simplicidad de otras clases de escenas de banquete que dominan en la pintura, como son las bíblicas, que aluden al milagro de la multiplicación de los panes o de los siete discípulos a orillas del lago de Tiberíades y también al convite de las bodas de Caná, las tres ciertamente alusivas a la eucaristía con los elementos típicos que las caracterizan como escenas distintas del refrigerio. Asimismo, se diversifica del tema del banquete celestial por la presencia de las figuras simbólicas que aluden a la vida eterna, aunque pudo ser su fuente de inspiración real.

Temas procedentes de fuentes literarias

Un libro que fué muy difundido desde el siglo II, cual es el *Pastor*, de Hermas, cuenta en una de sus visiones cómo la Iglesia, en figura de mujer, le mostró una torre que los obreros levantaban con bloques resplandecientes por encima de las aguas, al pie de la cual quedaban abandonadas muchas piedras sin labrar, para significar que ellas simbolizaban a los que habiendo abrazado la fe la renegaban en tiempo de persecución a fin de conservar las riquezas. Esta alegoría fué conocida por el arte cristiano, que la representó según la describía la visión.

Asimismo, en el relato de la pasión de la mártir de Cartago Santa Perpetua, se lee que había visto en sueños una escalera de bronce que llegaba hasta el cielo, pero muy estrecha y erizada de púas, a cuyo pie estaba un dragón enorme que apartaba a cuantos intentaban subir; sólo por la intervención de uno de los compañeros mártires fué, con la muerte del monstruo, posible la subida. Es el tema que dió motivo a algunas pinturas de arcosolios, reducido a una sola figura que se encarama por la escalera hacia la gloria celestial.

Representaciones profanas

Del mismo modo que en los epitafios fúnebres se declaraba a veces el oficio o empleo que el difunto había ejercido durante su vida, así también se grabaron las enseñas o instrumentos alusivos al trabajo o empleo, como el

martillo para designar a un escultor, unas tenazas para el herrero, la lanza para el soldado, la escuadra o compases para un arquitecto, el volumen para un maestro, y así de muchos otros más. Y no bastando estas alusiones, se llegó a expresiones más características de la profesión incisas en las mismas lápidas, como un escultor labrando un sarcófago, un domador de caballos arriando dos caballerías, un cazador extendiendo las cuerdas de la red y tantos otros que querían perpetuar su cualidad.

Semejante expansión popular invadió también los dominios de la pintura, introduciendo temas alusivos a las ocupaciones del difunto, como en un cuadro evocativo de su personalidad en la vida real. Así resaltan las figuras de aurigas y guerreros; la vendedora de frutas y legumbres en su mesa callejera; el labriego que cuida su viña; los barqueros dedicados al transporte; los toneleros ordenando las cubas; el vendedor de granos en su tienda; y sobre todo los panaderos y empleados de la administración pública de la *annona*, o suministro del pan, que decoraron su propio hipogeo con representaciones de diversos actos de la profesión, entre los que no faltan el que mide el grano, el que lo pesa, los que elaboran el pan y los que lo expenden (láms. 97 a y 97 b).

Entre los varios oficios, el más representado fué el de los fosores, debido a la intervención directa que tenían en los cementerios (láms. 98 a y 98 b). Vestidos con túnica corta y ceñida y la cabeza descubierta en actitud de dirigirse a su trabajo con el azadón o pico sobre el hombro, el saco de provisiones y el bastoncillo en la mano, en el que está fijada la lámpara encendida; otras veces, en actitud de excavar en las galerías subterráneas con la cabeza cubierta, y más raramente en disposición de sepultar a un cadáver (fig. 34).

Los retratos de los difuntos

Contra la costumbre pagana de efigiar las características de los difuntos en la glorificación de los despojos mortales, los primitivos cristianos tendieron más a la expresión del alma en la felicidad eterna, aun cuando la representaron en la forma de una figura y rehuyeron señalarla con los detalles fisonómicos, manteniéndose

siempre sujetos a una idealización abstracta. Sólo hacia el siglo IV aparecen algunos retratos, tímidamente incisos en los epígrafes, casi nunca representados en los frescos decorativos, pero sí a veces añadidos en láminas de pergamino aplicadas al muro o en medallones en mosaico. En cambio, la escultura ofreció un campo más propicio en la continuación del uso pagano de colocar en la parte central de los sarcófagos el busto del difunto en altorrelieve (láms. 110 y 112), que era producido en los talleres dejando sólo la cabeza abocetada y en serie para terminarla una vez hecha la adquisición. No siempre fueron acabados estos detalles, lo que demuestra el poco interés que sentían los fieles de prestar este tributo material al recuerdo fisonómico del difunto, aunque más tarde también se introdujo la costumbre de dejar acabada y definida la cabeza según los rasgos que podían haber caracterizado al personaje enterrado en el mismo sarcófago.

BIBLIOGRAFIA: WILPERT: *Die Malereien im der Sacramentskapelle in der Katakomben der heiligen Callistus* (Friburgo 1867). — WASZKLEWIEZ SCHIFGAARDE: *Het dogma der heilige Eucharistie in die romeinsche catacomben* (Amsterdam 1906). — BELVEDERI: *Il mistero della redenzione nelle catacombe* (Roma 1932).

X. LAS FIGURACIONES DE PERSONAJES

La figura de Cristo

En los primeros balbuceos del arte cristiano que presidieron sus orígenes, a través de la fijación de algunos símbolos que condujeron luego al establecimiento de temas revestidos de un concepto ideal bajo el ropaje de formas históricas, las figuras del pez y del monograma fueron suficientes para evocar y representar a la de Cristo. Pero de una manera más concreta se obtuvo la alusión directa a su persona en la creación de la imagen del Buen Pastor y de su expresión en las alegorías pastoriles.

Pero desde el siglo III, cuando se crean las representaciones iconográficas relativas a la salvación en base a hechos históricos del Nuevo Testamento, se precisa la

figura de Cristo como personaje que interviene en ellos y elemento imprescindible porque es el que constituye su directa comprensión. Todavía no se ha formulado el prurito que exija su representación ajustada a los rasgos fisonómicos y al verismo de su personalidad histórica. Nadie podía preocuparse de los elementos iconográficos ciertos y precisos, que, por otra parte, ya no existían transcurridos casi dos siglos después de su muerte y a tanta distancia de las generaciones que podían haber conservado su recuerdo. De aquí que los artistas, llamados a expresar la figura del Señor como un personaje más dentro de una escena, recurrieron a la expresión del concepto ideal que los cristianos se formaron de su persona. Para ello les bastaba aplicarle el tipo idealizado de la juventud, tal como estaba en uso en el arte pagano, y así lo resolvieron en la figura de un joven imberbe, con largos cabellos, al que dieron el aspecto de un filósofo vistiéndolo con túnica, palio y sandalias (lám. 73 b). De este modo fué creado el tipo iconográfico de Cristo que en adelante figura en las escenas inspiradas en hechos del Nuevo Testamento y aun en aquellas que trascienden hacia la alegoría, cuando el arte monumental se exaltó en los triunfos de tema cristológico. En la pintura, en los relieves de los sarcófagos y en las artes menores, se repite indefinidamente: ora obrando milagros y en escenas de su vida y pasión; ora en su magisterio ante los apóstoles y en sus representaciones glorificativas (lám. 99); imponiendo sus manos en las curaciones; usando de la vara, simbólica del poder taumatúrgico, en los milagros sobre cosas inanimadas; mostrando el volumen de la ley o con el rollo de las Escrituras en la mano; de pie o sentado según las escenas, o sentado en el monte o en su cátedra de Doctor perenne (lámina 100).

Es una figura netamente creada con los mejores recursos del arte, ensamblando el concepto de la belleza ideal de la juventud con la personificación tan altamente estimada del filósofo, que satisfacía plenamente el sentimiento estético y religioso al encajar en la mentalidad cristiana la expresión gráfica de la figura del divino Maestro salvador del género humano.

En la corriente artística monumental, que se desarrolla con mayor amplitud durante el siglo IV con sus tendencias históricas y narrativas, se impone a los artistas el

lograr una imagen todavía más perfecta del rostro divino, especialmente cuando la figura de Jesús quiere representarse aislada y como motivo principal y único. La exigencia de este tema en la parte principal decorativa de los lugares de culto, desde la mitad del siglo III, conduce a los primeros ensayos, que se concretan en la figuración de Cristo en medio busto circunscrito dentro de un círculo, a la manera de las imágenes *clypeata*, tan comunes en el arte clásico, que se reprodujeron en las decoraciones cementeriales. El arte llamado a precisar los rasgos fisonómicos, tiende a una idealización que, si bien rehuye todo exceso de belleza afeminada, queda asimismo muy lejano de la deformidad, resolviendo las características fisonómicas en una cabeza redondeada, a veces infantil; cabellera no muy larga y semblante sereno, que aumenta por la forma regular de los ojos, de la nariz y de la boca (láms. 86 y 88).

Esta expresión característica es la que domina en las figuras del Señor que intervienen en los temas evangélicos esculpidos en los sarcófagos, no perdiendo la apacibilidad ni aun en aquellas que se refieren a su pasión, como si fuera ajeno al dolor de aquellos momentos, y aumentando su majestad en las actitudes solemnes y representativas de su magisterio (láms. 114 y 116).

El paso de la representación ideal a la figura histórica, debido al intenso desarrollo que la manera narrativa impone en el curso de las manifestaciones artísticas, procede de influencias orientales aceptadas en Occidente desde el siglo IV. El rostro de Jesús termina en una barba entera medio corta y sin dividir y está enmarcado dentro de una larga cabellera que lo restringe a forma oval; la expresión pierde la frescura de la juventud y la apacibilidad serena para adquirir unos rasgos más serios (lám. 101). Es el Cristo que se cree representado en la realidad personal evangélica, que penetra en la pintura y asimismo en la escultura, pero no todavía en las escenas que lo evocan en su vida y milagros, sino únicamente en las representaciones de su majestad glorificada en el cielo (láminas 90 y fig. 40).

Este nuevo tipo iconográfico sustituye luego poco a poco al Cristo imberbe, subsistiendo conjuntamente ambas formas, pero con predominio cada vez más notorio debido a su mayor difusión, impulsada por la corriente artística posterior de tendencias alegóricas y apocalípticas, aun

cuando en el arte carolingio aparezcan las últimas reminiscencias del rostro imberbe idealizado.

La figura de la Virgen María

Si se tienen en cuenta los conceptos que inspiraron las formas y representaciones creadas por el arte cristiano, se explica que la figura de la Santísima Virgen no tuviera una importancia en sí misma que mereciera pasar al primer plano de los temas iconográficos. Es verdad que aparece en la corriente artística sepulcral, pero siempre limitada a la presencia exigida por la connotación histórica en hechos concretos destinados a simbolizar otros conceptos. Así, se desarrolla en las escenas relativas a la infancia de Jesús, tanto en el caso aislado del vaticinio de Isaías y de otros profetas como especialmente en las raras escenas de la anunciación, y de una manera más común en las representaciones que evocan la adoración de los Magos.

La Virgen más antigua, conservada en el fragmento superior de su figura en la pintura al fresco del vaticinio de Isaías en el cementerio de Priscila, queda resuelta como una mujer idealizada en su maternidad, vestida con la estola y cubriendo su cabeza con un velo corto, sentada en una silla sin respaldo, con el Niño desnudo en su regazo (lám. 72). La misma posición, sentada en cátedra, es la que conserva la Virgen sin el Niño en la escena de la anunciación ante el ángel que le anuncia el misterio de su maternidad (lám. 73 a). La manera de presentar a la Virgen ha adquirido un tipo determinado que se repite todas las veces que Ella, sentada en cátedra y con su divino Hijo puesto en el regazo, recibe el homenaje de los Magos. Cambiarán los detalles de vestido, en la túnica, en la dalmática, en el velo o en el palio con que también se cubre la cabeza, y con este tipo se resuelve, asimismo, su representación en las escenas narrativas de contenido histórico, siempre unidas a la infancia de Jesús (lám. 76). Tanto es así, que cuando el pintor que decoró el luneto de la doncella que se consagraba al Señor y quería evocar el modelo de la Madre de Cristo, tuvo que recurrir a una forma expresiva aceptada por el arte (lám. 94 b).

Su representación fué, pues, la de un elemento necesario e imprescindible para determinar el significado del

hecho creado con el fin de simbolizar ideas cristológicas en las que la Virgen María entraba en concepto de su divina maternidad. La expresión artística se concretó a efigiarla en la forma natural de una madre con su hijo, pero idealizando las formas sin intención especial acerca los rasgos fisonómicos.

Una representación más directamente alusiva a la Virgen María, pero ya hacia la mitad del siglo IV, es la que decora el fondo de un arcosolio en el cementerio Mayor, representada como orante con los brazos extendidos, vestida con simple dalmática, teniendo ante sí al Niño Jesús (lám. 102). Un monograma a cada lado da a pensar que se trate de una especie de invocación por la que se impetra la mediación de la Virgen en favor de la salvación del difunto. La cabeza descubierta sin velo, con grandes ojos expresivos que animan el rostro acusado por formas excesivamente verísticas bajo una cabellera según el uso del tiempo, sitúa los comienzos de una nueva modalidad que conduce a la representación de la imagen de la Virgen aislada como objeto de culto, de la que quedan reproducciones en los vidrios de fondo dorado, o magníficamente ataviada y sentada en trono con el Niño en su regazo, tal como la prefirió el arte triunfal pintándola dentro de pequeños nichos a la devoción de los visitantes de los santuarios cementeriales.

Las figuras de los apóstoles

Raramente los apóstoles acompañan a Cristo en las escenas del arte sepulcral que representan los milagros, salvo en aquellos temas en los que pueden hacerse indispensables para la mejor comprensión del significado. En cambio, su presencia se hace cada vez más manifiesta desde la segunda mitad del siglo III en la corriente artística de tendencia narrativa y triunfal en las escenas en que Cristo se presenta como maestro y doctor de los apóstoles. En número de los doce, o más reducido por razón de espacio, de pie o sentados, son figuras impersonales sin características individuales, idealizadas en jóvenes imberbes y en hombres de edad madura con barba, pero siempre vestidos con túnica, palio y sandalias, como corresponde a los personajes sagrados.

De entre ellos sólo se destacan San Pedro y San Pablo, a causa de la mayor preponderancia dada a sus representaciones, sea colocándolos inmediatamente a los lados de Cristo, como reduciendo a ellos solos la representación de todo el colegio apostólico y, más que más, por los temas de la entrega de la ley (láms. 116 y 117) o de las llaves, en que siempre la composición consta de Cristo entre los dos príncipes de la Iglesia.

Ambos adquirieron un tipo determinado fundado sobre una antigua tradición, según la cual San Pedro acostumbra llevar barba retorcida y cabellos cortos, abundantes y encrespados, de color gris (lám. 103), y San Pablo mostrando la calvicie y barba larga y entera de color oscuro. Atributo especial de la dignidad de San Pedro es el bastón que lleva en la mano, con el que aparece ya en las escenas de la negación, y que más tarde se transforma en un monograma o en una cruz; y otras veces las llaves, como consecuencia y símbolo de los poderes recibidos.

San Pedro y San Pablo prevalecieron por encima de los demás apóstoles a causa de la posición eminente que ellos ocuparon en la economía de la salvación y de la gran veneración como fundadores de la Iglesia romana, que pronto alcanzaron con anterioridad a la de los otros mártires, fomentada por el hecho de ser venerados litúrgicamente en un mismo día, asociándolos íntimamente.

Escenas de la vida de San Pedro

La figura de San Pedro como imagen aislada fué presentada a veces bajo la alegoría del Buen Pastor, distinto del que se refiere a Cristo, porque en vez de imberbe lleva la barba y manifiesta los rasgos característicos que la iconografía fija para San Pedro; pero, en lo demás, semejante a aquélla en escenas pastoriles y también con la oveja sobre sus hombros, aludiendo evidentemente a la alta dignidad de su misión como jefe de la Iglesia, instituída por Jesucristo para perpetuar su misión divina.

El ejemplo más antiguo de su imagen aislada lo conserva una pintura del cementerio *ad duas lauros*, de la segunda mitad del siglo III, que presenta al apóstol sentado en una cátedra de poca altura en actitud de leer el rollo que tiene abierto en sus manos. Este tema repre-

sentativo de su magisterio docente quedó más desarrollado en los relieves escultóricos, al poner en su presencia dos soldados que lo están observando; uno de ellos como en actitud de esconderse detrás de un árbol, espiando su acción, y el otro, a veces acercándose para quitarle el rollo, en demostración de la hostilidad hallada por el apóstol en su misión.

El arte monumental no se contentó con las escenas solemnes de la entrega de la ley o de las llaves, con las que se glorificaba la personalidad de San Pedro; ni el arte popular funerario reclamándolo como válido protector de los difuntos, puesto que en el siglo IV ambos sentidos artísticos se fusionaron para representar escenas de la vida y de la pasión del apóstol, especialmente en los relieves de los sarcófagos.

Las más importantes y que obtuvieron mayor difusión son las que se refieren al bautismo de Cornelio y al anuncio de la triple negación, creadas anteriormente por el arte funerario, a las que se añadieron otras relativas a la captura del apóstol y al milagro de la cananea, que muchas veces se combinan entre sí en ciclos completos.

La primitiva escena de Moisés golpeando la roca de la que brotó la fuente milagrosa en la que se abrevan los hebreos, fué un símbolo de San Pedro en el bautismo de Cornelio y se transforma en el mismo apóstol en la actitud de Moisés golpeando la roca con su vara, mientras Cornelio, solo o con uno o dos de su séquito, vestidos como soldados romanos, beben el agua milagrosa. En algún caso no falta la figura de Cristo detrás del apóstol con la mano sobre su hombro como comunicándole su virtud. En el concepto simbólico creador de los temas iconográficos, la escena de Moisés proporcionando las aguas saludables, perfecto símbolo del bautismo, pudo ser elevada a la significación de la predicación y autoridad de San Pedro haciendo brotar las aguas de regeneración, a las que fueron aceptados los gentiles en la persona del centurión Cornelio por obra del apóstol (láms. 109, 111 y 112). Pero en el sentido cada vez más narrativo que el arte del siglo IV imprime también al desarrollar las escenas cíclicas alusivas a la vida de San Pedro, ha querido interpretarse esta escena como una alusión a la leyenda posterior de los soldados San Proceso y San Martiniano, que, después de haber conducido a San Pedro a la cárcel Mamertina, fueron conver-

tidos por él y bautizados en el agua que había brotado milagrosamente de la roca Tarpeya, leyenda cuyos elementos principales estarían formados en la época de estas representaciones. Abonaría este punto de vista el hecho que semejante escena sigue a menudo a la representación de la captura del apóstol entre dos soldados o se fusiona con ella, obrando el milagro del agua o invitando a beberla a los soldados que lo capturan (láms. 111 y 112).

Esta captura de San Pedro, que se refiere evidentemente a la última ocurrida en Roma precediendo su martirio, es completamente diversa de la detención efectuada en Jerusalén durante los primeros tiempos de la Iglesia, que aparece también representada con el apóstol, que está en actitud de huir de las manos de dos soldados, o de éstos que lo conducen a la cárcel, no faltando la presencia del ángel que lo libró, aunque en raros casos.

En cuanto a la última detención, no faltan algunos ejemplos en que aparecen juntas las capturas de San Pedro y de San Pablo y la de los apóstoles ante Nerón y de la conducción al suplicio, compuesto únicamente por un soldado llevando una cruz ante la figura de San Pedro.

También la primitiva escena del anuncio que hizo Cristo a San Pedro de que le negaría por tres veces, ya representada en la pintura, obtuvo una amplia difusión en los relieves, en los que aparece Cristo en actitud de hablar a San Pedro, que se sorprende, no faltando la presencia del gallo como nota característica que determina la escena (láminas 109 y 112). Pero ofrecen nuevos matices de significado en los casos en que el apóstol no está en actitud de sorpresa y lleva el volumen de la ley en la mano, mientras Jesús se caracteriza por el gesto en que le ordena que confirme en la fe a sus hermanos, aunque el gallo esté presente, como indicando que, a pesar de la defección del apóstol en la negación, le otorgó el perdón y le confirió el primado en la Iglesia. Por ello no falta a veces la presencia de los demás apóstoles.

Como escenas más raras que, relativas a la vida de San Pedro, debieron de formar y completar temas de ciclos más desarrollados, había en primer lugar la escena de la denegación del apóstol ante Jesús, que se dispone a lavarle sus pies, que fué más propia de los temas históricos de la pasión del Señor. El milagro de San Pedro caminando sobre las aguas evoca el hecho presentando a

Cristo que da la mano al apóstol en actitud de hundirse, mientras algunos de los apóstoles reman dentro de la barca al acercarse para prestarle socorro. Pocos casos conocidos hasta el presente recuerdan la resurrección de Tabita, la que se ve medio levantada con el apóstol en actitud de tomarla por el brazo derecho ante cuatro figuras femeninas que presencian la escena, dos de pie y dos arrodilladas, levantando las manos hacia San Pedro. El castigo de muerte a Ananías se identifica en un fragmento que muestra por mitad un cadáver transportado en brazos ante la figura del apóstol.

Más común fué la figuración escénica de la mujer cananea conducida por San Pedro a besar la mano de Cristo (láminas 112 y 115), o con la variante de presentarla en el momento de la resurrección de Lázaro. En ella pudo verse una evocación de la primera mujer pagana, no judía, convertida a la fe, del mismo modo que en el bautismo del centurión Cornelio se conmemoraba el recuerdo de la conversión del primer gentil.

Escenas de la vida de San Pablo

La veneración al Apóstol de las Gentes, tan íntimamente unida a la de San Pedro, no fué igualmente inspiradora de representaciones gráficas de su vida con la intensidad y profundidad que los artistas dedicaron al Príncipe de los Apóstoles por razón del significado especial que tenía su primacía. Con todo, existieron algunas aisladas en los relieves de los sarcófagos y otras más directamente relacionadas con su muerte.

Así parece que se puede identificar una figura con los rasgos característicos de San Pablo, semicalvo y con barba, llevando un volumen en la mano, aprisionado entre dos hombres, uno de los cuales lleva una piedra en cada mano, como queriendo representar al apóstol, que iba a ser lapidado en Listria (lám. 116). Al lado de esta misma escena, la misma figura, pero con el volumen medio abierto, está en coloquio con Cristo, quizá aludiendo a la aparición en el camino de Damasco o, mejor, al arrobamiento celestial en el que conoció las incógnitas del arcano.

San Pablo conducido al suplicio va entre dos verdugos, uno que le precede en acto de desenvainar la espada,

y el otro que le sigue teniendo la cuerda con que lleva las manos atadas detrás de la espalda. El acto del martirio queda en una sola representación con el apóstol de pie y las manos atadas hacia atrás, inclinando la cabeza hacia el verdugo, que blande con ambas manos la espada que le cortará la cabeza.

Las figuras de los evangelistas

Es en el arte triunfal donde aparece la representación de los evangelistas en torno a Cristo sentado en cátedra o ladeando su trono celestial en figuras ideales con el volumen en la mano, y acompañadas o simplemente evocadas por sus respectivos símbolos hacia últimos del siglo IV.

En las pinturas cementeriales queda sólo alguna escasa escena en el tema de Cristo doctor y maestro de ellos. En los relieves de los sarcófagos, alguna vez sus nombres van escritos sobre las figuras que forman el colegio apostólico o dentro los volúmenes que llevan en la mano. Una representación singular los figura dentro de una barca en aspecto de jóvenes que reman, declarados por sus propios nombres, y con Jesús, que rema con ellos desde la proa.

Las figuras de los santos

Siendo raras las escenas representativas del martirio y, en cambio, intensa la veneración hacia los mártires, pues se prefiere verlos glorificados en el reino celestial, su evocación gráfica se obtuvo algunas veces con la representación de la llegada de los mártires a Cristo que una pintura pone arrodillados a los pies de Jesús sentado; más comúnmente recibiendo la corona tejida con su martirio, o como orantes llevando la corona y el rollo o volumen cerrado (fig. 40).

Los mártires llamados a ser especiales abogados de los difuntos, que se acogen a su protección, acompañan a menudo la figura del difunto introduciéndola en el reino celestial (lám. 83) o recomendándola al Juez divino.

En la decoración de sus santuarios no debieron de faltar composiciones triunfales que exaltaran su victoria,

y en las que se reunieron sus imágenes por grupos en figuras de pie ladeando a la de Cristo (láms. 89, 99 y 100). Así debieron formarse las representaciones, idealizadas sobre una base histórica, que llegaron a constituir las imágenes de veneración, tal como fueron reproducidas en las que se han conservado en las inmediaciones de sus sepulcros, y que el arte posterior fijó o a manera de orantes o con la corona y el volumen en la mano.



Fig. 90.—La figura de la mártir Santa Inés representada en un fondo de copa de vidrio dorado, del siglo IV.

Son más difíciles de precisar cuando aparecen en los relieves escultóricos si no van declaradas con la expresión del nombre, a causa de su figuración ideal y la falta de atributos que las determinen.

Las figuras de los ángeles

Se forman en el arte monumental y aparecen como elementos indispensables para redondear el sentido de las escenas en la escultura. Las más antiguas carecen todavía de alas, que adquieren posteriormente junto con el nimbo. Los ángeles se ven en la escena de Belén o en el sepulcro vacío de Cristo, en la escena de la liberación de San Pedro, asistiendo a David contra Goliat o flanqueando la figura de Cristo.

BIBLIOGRAFIA: DE ROSSI: *Imagines selectae Deiparae Virginis in coemeteriis subterraneis udo depictae* (Romae 1863). — LIELL: *Die Darstellungen der allerseligsten Jungfrau und Gottesgebärerin Maria auf der Kunstdenkmälern der Katakomben* (Friburgo 1887). — FICKER: *Die Darstellungen der Apostel in der Altchristlichen Kunst* (Leipzig 1887). — FICKER: *Die altchristlichen Bildwerke in christlichen Museum des Laterans untersucht und beschrieben* (Leipzig 1890). — SCHMID: *Die Darstellung der Geburt Christi in der Bildenden Kunst* (Stuttgart 1890). — LIEBERSDORF: *Christus und Apostelbilder* (Friburgo 1902). — JERPHANION: *Les douze âpotres dans l'iconographie*, en

«Recherches de Science Religieuse» (París 1920). — MARANGET, P.: *Jésus-Christ dans les peintures des Catacombes* (París 1932). — DORSONS, C.: *The Face of Christ. Earliest Lickenesses from the Catacombs* (Milwaukee 1934). — VAN DER MEER: *Maiestas Domini*, en «Studi di antichità cristiana», vol. 13 (1938).

XI. EL VESTUARIO

Manera fija de expresar el vestuario

A medida que el arte cristiano fué creando sus propias expresiones figurativas, determinó asimismo los tipos iconográficos esenciales según una ley compositiva que reducía a los términos más precisos todos los elementos indispensables y necesarios para comprender el significado de la escena. Algunos de estos tipos fueron hallados al mismo tiempo de su creación; otros, en cambio, pasaron antes por variados tanteos hasta que no se logró determinarlos. Cuando el arte narrativo, nacido con la corriente monumental, tiende a un mayor desarrollo de la composición y atiende con mayor solicitud a los elementos históricos, no varían en sustancia estos tipos iconográficos, que, nacidos con espíritu simbólico, adquieren más tarde el sentido alegórico.

Semejante concreción de formas fué facilitada en gran manera por la adopción fija de unas determinadas leyes artísticas que se aplicaron a la manera de vestir los personajes, a tratar los cabellos y la barba, a expresar los rasgos de la persona y la actitud de sus gestos, de modo que, combinando invariablemente estos elementos de expresión exterior en el trazado de las figuras, se contribuyó a determinar el significado de su mayoría.

Siguieron en ello las costumbres reales de la vida de la época con el vestuario en uso, no sujeto a volubles variaciones de la moda, especialmente en los personajes idealizados, a quienes atribuyeron el vestuario que mejor convenía al realce de su dignidad, sin que nunca jamás se inmutara. En los demás dejaron que se reflejara por su modo de vestir la característica que les convenía, a tenor de las realidades de la vida y con sujeción a las ligeras variaciones ofrecidas por los indumentos de uso continuado en la población civil.

Vestuario masculino

El hábito inferior de los romanos era la túnica, χιτών, vestido de lana ancho y en forma de camisa, que en su origen carecía de mangas. Debajo de esta pieza se llevaba, además de una faja lumbar o de los calzones cortos, otra túnica interna, que equivaldría propiamente a la camiseta, llamada *sublucula, linea, indusium, strictoria, interula*. La túnica era el hábito común, que, aunque en casa se llevaba suelta, era preciso ceñir al comparecer en público. Una vez ceñida, quedaba a una altura superior a los tobillos, y debajo de las rodillas a los soldados. Una variante era la túnica *exómide*, que permitía dejar libre el brazo derecho, y era propia para el trabajo, como es la que viste el Buen Pastor en las más primitivas figuraciones (lámina 48). La túnica provista de mangas la atribuyen los artistas a personajes orientales como los Magos, pero en el siglo III la aplican corrientemente en su forma ceñida a las figuras del Buen Pastor y de los fosores, o desceñida en las del orante, de asistentes en los banquetes fúnebres, etc.

La túnica talar y con mangas, llamada también *quiridote*, larga hasta los pies, es la que visten los personajes que merecen honor y reverencia, y desde el siglo IV no falta en las figuras de los santos. Por su color blanco tomó el nombre litúrgico de *alba*, y pasó a ser una vestidura usada por los eclesiásticos en las funciones del culto.

Como prenda interior, la faja lumbar, cuando tenía la forma ancha o estrecha, llamada *perizoma*, confeccionada con tela de lino, era el hábito en que quedaban los mártires expuestos a las fieras y el del Bautista; más larga, con los extremos pendientes por la parte delantera, la lleva Tobías, y más tarde es aplicada a las primeras representaciones de Cristo crucificado. Los calzones cortos o bragas no faltan en las figuras de los Magos (láms. 75 y 76), de los tres jóvenes en el horno de Babilonia y en Orfeo, y siempre que se quiere representar personajes de origen oriental; las fajas crurales las lleva sólo el Buen Pastor (lámina 49).

Sobre la túnica, y fuera de casa, se llevaban las prendas nobles de vestir. La toga clásica, de lana blanca y de

forma rectangular en su origen, que nunca aparece en la pintura cristiana.

Característica de ésta fué el palio, que los pintores cristianos atribuyen a determinados personajes bíblicos, fuera de los que, como Daniel, Noé y Job, eran símbolos del difunto; así, lo llevan siempre Cristo y los apóstoles, casi siempre Moisés y frecuentemente Abraham; los orantes que representan bienaventurados y los eclesiásticos. Desde el siglo III, el palio, junto con la túnica y las sandalias, forma el vestuario de los personajes sagrados.

El palio usado por los filósofos, a manera de *exómide*, directamente sobre el cuerpo, sin túnica, pero con *perizoma*, fué atribuído a los profetas, a algunas raras figuraciones de Moisés, de Cristo como enseñante y de los catequistas.

La evolución tardía del palio en su forma replegada sobre los hombros, tal como se estilizó en la segunda mitad del siglo IV, para quedar reducido a una tira que se fijó a la *penula* mediante tres broches, pasó a ser el símbolo de la potestad espiritual y cura pastoral.

La *clámide* se distinguía del palio por su extensión mayor y por la manera de ser llevada al recoger dos puntos de la pieza rectangular sobre el hombro derecho, fijados con una fíbula. Era el manto militar, también usado por los ciudadanos, que más tarde se alargó, pasando a ser pieza de honor en la corte bizantina. En su forma primitiva llevan la *clámide* los Magos, Orfeo y algunos orantes.

La *pénula* era un manto pesado de lana y a veces de cuero, de forma circular, con una abertura central para meter la cabeza, que cubría todo el cuerpo; llevaba un pequeño capuchón, que permitía resguardar la cabeza, puesto que en su origen la *pénula* era pieza usada en tiempo frío y para viaje. Los esclavos y obreros la llevaban más corta. Cuando se generalizó más su uso se cortó la mitad anterior hasta la altura del pecho, lo que permitía plegar sobre el hombro una u otra parte. También se restringió por las partes laterales, donde debían sacarse los brazos, tomando una forma elíptica que pudo ser ornada con franjas verticales. En pinturas del siglo IV aparece otra forma recortada por delante y mucho más larga en la parte posterior. La *pénula* pasó a ser una vestidura honorífica desde últimos del siglo IV, adoptándose para la celebración de la misa, y es conocida con los nombres

de *amphibalus*, *casula* y *planeta*, con la pérdida posterior del capuchón.

La *lacerna* era un pequeño manto de lana basta abierto por delante que usaban los militares en campaña; bajaba desde los hombros hasta los muslos, con franjas decorativas en los extremos inferiores, y se abrochaba sobre el pecho; era de origen asiático y pronto pasó a ser una prenda de lujo; se denominaba *byrrus*. La *lacerna* con capuchón y confeccionada con material más basto la solían llevar los esclavos. De sus formas alargadas en tiempos posteriores, derivaron una serie de piezas litúrgicas, como el pluvial, la cota y el roquete.

El manto corto o *alicula* con su capuchón era un hábito que cubría el busto y los brazos (lám. 97 a), tal como suele llevarlo la figura del Buen Pastor.

En las pinturas cristianas siempre las figuras ofrecen la cabeza descubierta, excepto los personajes orientales, como los Magos (láms. 74 y 76), los tres jóvenes de Babilonia, Orfeo, etc., que llevan el gorro frigio; y los fosores, que van tocados con el *pileus*, sombrero de fieltro, cuero o lana rematado en punta.

Vestuario femenino

La túnica era más larga que la viril; llegaba hasta los pies, una vez ceñida a una altura inferior a los pechos. Originariamente careció de mangas o tuvo un principio de ellas muy cortas, pero luego fué completada con mangas largas. En su disposición antigua recibía el nombre de *colobium*, y en la posterior, con mangas, se denominó *estola*, aunque su uso desapareció a últimos del siglo III.

La *pal-la* era una especie de palio de una pieza rectangular con la que se cubrían las mujeres al salir en público bajo sus anchos pliegues, que permitían tocarse la cabeza con uno de los extremos, como aparece en las representaciones de mujeres anteriores al siglo III.

Después estuvo en uso el velo para cubrir la cabeza, que usan indistintamente las mujeres tanto doncellas como casadas (láms. 54 y 55), y en el siglo IV aparece la cofia, *mitra*, *mitella*, como la que luce la mujer Veneranda en la figura pintada en su tumba en el cementerio de Domitila (lám. 83).

La *dalmática* fué una pieza de vestir derivada de la túnica desceñida que llegaba hasta los pies y que era decorada con franjas verticales. Su uso, introducido a últimos del siglo II, se hizo popular en el siguiente, adoptándola también los hombres, un poco más corta, pero especialmente las mujeres en su forma larga, por encima de la túnica. Es el hábito característico de las orantes, que se distingue por sus anchas mangas y adornos que adquiere en el siglo IV (lám. 53 a).

Una prenda de uso menos generalizado y que raramente aparece en las figuraciones es el *orarium*, especie de largo pañuelo que se llevaba colocado alrededor del cuello.

El calzado

No existía mucha variedad de piezas de calzado para la protección de los pies. Casi todas se reducen a tres tipos durante muchos siglos:

Las sandalias, *soleae*, constituídas por una sola plantilla adaptada a la planta del pie, que se sujetaba por medio de lazos. Era el calzado más común y característico, que llevan siempre en el arte pictórico las figuras revestidas de palio o con túnica y palio. Raras veces se encuentra representada la sandalia gálica, que cubría el pie, y las de tipo más alto, llamadas *udones*.

El propio zapato, *calceus*, que cubría todo el pie, era usado indistintamente en color negro por los hombres y en marrón, rojo o blanco por las mujeres. Es una prenda que acompaña el vestuario de las figuras con toga.

El *campagus*, especie de calzado intermedio entre las sandalias y los zapatos protegiendo los dedos, el metatarso y el talón y abrochado con lazos al tobillo y a la parte inferior de las piernas, aparece en el siglo IV como propio del emperador y de los personajes de su séquito, para pasar luego a los obispos y dignatarios eclesiásticos.

El vestuario de las figuraciones sagradas

Las imagenes de Cristo, de los profetas y de los santos, apóstoles o mártires, obedecen siempre a un canon de indumentaria que les asigna la túnica, el palio y las sanda-

lias, y raras veces el manto filosófico. Son las tres piezas que constituyen el vestuario de los personajes sagrados. Con ellas se revisten igualmente los personajes bíblicos que no son símbolos del difunto, como Abraham en el sacrificio, los dos viejos acusadores de Susana, Moisés golpeando la roca; los eclesiásticos que toman parte en escenas litúrgicas en las representaciones anteriores a la mitad del siglo III, del bautismo de los catecúmenos y de la fracción del pan; algunas veces, las figuras de orantes que se expresan como imágenes de bienaventurados.

Por regla general, las representaciones de los difuntos, tanto en su actitud de orantes como en el ejercicio de sus profesiones, siempre van revestidos con los hábitos que acostumbraron a usar en vida.

Llevan únicamente la túnica, y raramente la dalmática, la mayoría de los personajes bíblicos expresados como símbolos del difunto, como son Noé, Daniel, en las figuras más antiguas; Isaac, Job, David con la honda, Tobías, y el paralítico, el ciego y el leproso, en los milagros de sus curaciones. Sólo se exceptúan de este canon indumentario los tres jóvenes en el horno de Babilonia, que llevan los hábitos designados por el texto sagrado, y, además, los Magos, que siempre son presentados con traje oriental.

Van desnudos, o únicamente cubiertos con el perizoma, los marineros y pescadores, siguiendo el uso de la tradición iconográfica del arte clásico, y también los siete discípulos en la escena del lago de Tiberíades y las figuras de Jonás y de Tobías.

En la indumentaria femenina existe una mayor simplicidad, que no permite diferencias entre las mujeres santas y las simples fieles. El vestuario se compone de zapatos, túnica y *pal-la;* o de túnica y velo, o de túnica, dalmática y velo; a veces únicamente de la túnica o de la dalmática, además de la mitra.

La barba y el cabello

Los artistas se sujetaron también a unas normas fijas en relación con estas características inherentes a las cabezas de los personajes. Según ellas, los que son representados como símbolos del difunto siempre se presentan imberbes, a tenor del concepto clásico del ideal de la

belleza, y en los demás raras veces aparece la barba, que pasa a ser la característica de San Pedro en el período en que se hacen abundantes las escenas del ciclo de su vida.

En cuanto a los cabellos, la figura de Cristo los lleva siempre más largos que los demás personajes; sólo se presenta rasurado, en algunos casos, el profeta Jonás. Los criados que sirven la mesa en los banquetes fúnebres tienen los cabellos largos y rizados, tal como era la costumbre.

Es más variado el peinado en las figuras de mujeres; en las más antiguas se presenta liso y recogido hacia atrás en ligero moño; pero a partir del siglo III la cabellera queda dividida en dos partes, con raya de separación central, alisada por los lados y cubriendo la oreja para anudarse sobre la nuca o recogerse en trenzas que quedan colocadas sobre la cabeza en forma de corona. Algunas llevan el peinado ondulado, otras simplemente recogido en la nuca, y son muchas las que demuestran escasez de pelo; sólo la figura de Eva se ofrece en algunos casos con la cabellera suelta, como se acostumbraba en las manifestaciones de dolor o más propiamente de luto.

El gesto en las representaciones figuradas

La actitud natural de las figuras en los ademanes y gesticulaciones necesarias para expresar claramente la intervención que tienen en la escena representada, está regularizada por algunos gestos típicos que pasaron a ser una norma constante todas las veces que a una imagen se le pretendió dar un sentido determinado.

La actitud de plegaria es propia de las figuras que están de pie con los brazos más o menos extendidos en cruz levantados en alto, como la suelen tener los orantes. Pocas veces la figura está de rodillas en actitud de adoración o de penitente, como la del ciego, del leproso y de Isaac.

La actitud suplicante se manifiesta en la figura arrodillada que extiende las manos hacia la persona a quien implora el favor, como en ciertas representaciones del ciego, del poseso, del leproso y en algunas de difuntos.

El gesto oratorio exige el brazo derecho extendido cerrando los dos dedos menores de la mano derecha, mien-

tras los otros quedan extendidos y el pulgar se inclina hacia abajo. Sirve para expresar que la figura está hablando, y no falta en todas aquellas que deben mantener esta actitud.

El gesto de adoración consiste en la genuflexión junto con el gesto oratorio, apareciendo raramente en la pintura.

La imposición de manos tiene la significación de bendición, según se desprende del texto de San Mateo (XIX, 13), y aparece en las representaciones del bautismo cuando el que lo administra impone la mano sobre la cabeza del catecúmeno. Es común en varias escenas al representar la figura de Jesús en el momento de obrar los milagros, como en las curaciones del ciego y del poseso, en la multiplicación de los panes y en la recepción del difunto en la gloria.

La actitud de indicar señalando con el dedo índice de la mano derecha es propia de Isaías, señalando a la estrella, y también de los Magos.

El gesto de aclamación, caracterizado en la posición del brazo derecho elevado a la altura del pecho o algo inclinado hacia fuera, sirve también para expresar que se invita o recomienda, en una actitud que es propia de los santos y de los apóstoles que intervienen en los milagros de Cristo.

El gesto de luto se expresa con la mano derecha apoyada en la barbilla, y es propio para señalar el dolor en algunas pocas figuraciones de Jonás.

En el siglo IV se introdujo la costumbre de cubrir las manos con un velo para llevar una cosa sagrada, y esta actitud fué representada cubriéndolas con la extremidad del palio, de la pénula o con un velo especial. Así los Magos presentan sus ofrendas al Niño Jesús, los apóstoles y mártires ofrecen sus coronas o reciben el pan multiplicado para distribuirlo a las turbas, como también San Pedro recibe el rollo de la ley.

Los objetos complementarios

Ayudan a comprender las intenciones que se propuso el artista al trazar una figura algunos elementos u objetos indispensables para expresar mejor su significado y el de la escena.

Uno de los más característicos, que nunca falta en las escenas alusivas a un milagro, es la vara, *virga virtutis*, que tienen en la mano las figuras que obran el prodigio, y de la que se sirven para tocar objetos inanimados; así Moisés, cuando golpea la roca de la que brotó la fuente milagrosa; Cristo, en la resurrección de Lázaro, en la multiplicación de los panes y peces y en las bodas de Caná; San Pedro, en el milagro de la fuente.

El rollo o volumen, formado por una tira de pergamino arrollada sobre sí misma, era el distintivo de los profesionales en el arte clásico, y así no falta en la figura de Cristo para indicar su magisterio. El rollo abierto entre las dos manos expresa la actitud de leer, de juzgar o de enseñar que se da también a Cristo como doctor. La entrega del volumen, abierto o cerrado, que se hace a otro personaje, expresa el traspaso de un poder, de un mandato y de una dignidad a la manera que el emperador lo realizaba con un funcionario, en cuya actitud se inspiró el arte cristiano en la entrega de la ley a San Pedro. Todo personaje que aparece estrechando el volumen en su mano, significa que ha recibido un poder y una misión, y bajo este concepto los artistas no descuidaron de poner el volumen en las manos de Cristo, cuando obra milagros; en las de Moisés o de San Pedro, refiriéndose a los poderes recibidos; en la de los ángeles, como mandatarios de Dios, y también en las de los profetas, como enviados a anunciar al Mesías, y asimismo a los apóstoles, que recibieron de Cristo la misión de predicar el Evangelio. Si el volumen está en las manos de un simple fiel, es una representación de la ley recibida en el bautismo. En el arte alegórico triunfal no falta la representación del volumen colocado con sumo honor sobre la almohada colocada encima de un trono, aludiendo a la ley de Dios o al magisterio divino confiado a la Iglesia.

En épocas más tardías, en vez del rollo o volumen aparece el libro, cerrado o abierto, con los mismos significados.

El escrinio, generalmente redondo y a veces también cuadrado, que contiene los volúmenes arrollados, suele acompañar las representaciones de los profetas, apóstoles y evangelistas y algunas veces también la de Cristo en señal del magisterio.

Una de las características de los personajes sagrados que los distingue de los demás está constituída por el nimbo en forma de disco redondo alrededor de la cabeza, que en la antigüedad se usaba para indicar la mayor dignidad correspondiente a los seres celestiales, héroes y emperadores. Hasta la primera mitad del siglo IV aparece raras veces en el arte cristiano con importancia únicamente decorativa, destinada a hacer resaltar al que lo lleva. Pero como aureola, que pasó a ser un atributo específico de los santos, no se introduce hasta los alrededores del año 340 en una imagen de Cristo, del que quedó como distintivo de su figura. Luego se aplicó también a los santos desde últimos del siglo V, en que, para distinguirlos del que pertenecía a Cristo, se usó desde entonces el de expresar la cruz en el de éste. Mucho más tardío fué el nimbo cuadrado, que aparece en el siglo VI, y que se aplicó a los personajes vivientes en la época en que se expresó su imagen.

BIBLIOGRAFIA: WILPERT: *Un capitolo di storia del vestuario* (Roma 1901).—BRAUN: *I paramenti sacri* (Torino 1914).—REPOND, J.: *Les secrets de la draperie antique. De l'imation grec au pallium romain* (Roma 1931).

XII. LA PINTURA

La pintura cristiana como continuación de la pagana

Las circunstancias dentro de las cuales se desarrolló el cristianismo no le permitieron desentenderse del arte, tan profundamente arraigado en la civilización helénica y romana. En todas las manifestaciones de la vida predominaba un exquisito sentido decorativo, que el empleo de materiales nobles realzaba en las construcciones y que el prurito de imitarlos hacía que éstas, aun en las de menor importancia y a uso de la plebe en el interior de sus domicilios, reflejaran la fastuosidad y el alegre colorido que brillaban en las mansiones suntuosas.

El cristianismo no exigía una renuncia a la vida, sino que informaba a ésta de un concepto religioso verdadero, que, al sujetarla a las normas de la ley moral del Evangelio y dotarla de las esencias vivas de la fe, sublimaba

el espíritu a la esfera de lo sobrenatural. Lo natural se replegaba bajo su concepto y las conquistas del espíritu tendentes a la inmaterialización quedaron igualmente a su servicio con la perfección adquirida por las mismas técnicas expresivas en el dominio de la materia.

Dentro de esta órbita de cultura artística en la que convivían los individuos y las instituciones, a medida que se intensificaba la idea cristiana, y se ampliaba el número de sus adeptos, y se precisaban más los conceptos inspirados en su dogma, pronto éstos adquirieron una fuerza innegable de inspiración, de la que brotaron sus símbolos, los tipos representativos y los temas iconográficos en la corriente creadora de un arte propio valiéndose de las maneras expresivas que permitían exteriorizarlo.

Por su más intenso sentido decorativo, por su mayor emotividad, especialmente a causa de su alcance, tan generalizado por su economía y excelentes resultados, fué en la pintura donde los primeros artistas cristianos hallaron el campo en el que se introdujeron expresando conceptos propios, inundándolo con sus representaciones típicas, para dominarlo luego en absoluto bajo el ímpetu de sus derroches interiores.

El estado de destrucción con que han llegado a nuestros tiempos los monumentos de la edad cristiana después de tantas devastaciones y abandonos seculares, permite sólo admirar una reducida parte de la inmensa producción artística que había decorado las innúmeras construcciones erigidas en los cementerios al aire libre, actualmente casi todas desaparecidas, y los arcosolios, criptas y santuarios subterráneos que han podido explorarse en los cementerios de Roma. Lo suficiente, empero, para atestiguar el origen cristiano y la evolución seguida durante los primeros siglos de un arte que se afianzó a través de unas técnicas clásicas sujetas al progreso evolutivo de los tiempos.

La técnica empleada

La decoración pictórica que prevalece en los cementerios cristianos de Roma es la que responde a la manera clásica de la pintura al fresco. Su ejecución exigía una cuidada preparación de la superficie destinada a ser decorada, consistente, según Plinio, en tres capas de cal y

arena y en dos de cal y polvos de mármol aplicadas a muros resistentes. Pero como las paredes formadas por la tierra natural excavada en el subsuelo de los subterráneos no ofrecía esta resistencia, la preparación se reduce a tres capas, que no pasan en total del espesor de un centímetro, y desde el siglo III se reducen a dos y más tarde a un solo estrato, quedando siempre en la superficie exterior el más fino, formado con cal y polvos de mármol, excepto cuando se reduce a una sola capa, que se obtiene con una mezcla de cal y arena blanqueada después a la cal. Con ello era suficiente la adherencia en las superficies verticales, no así en los techos curvilíneos de los arcosolios y en los abovedados de las criptas, cuya mayor adhesión se aseguraba por medio de clavos.

Sobre el enlucido, apenas terminado y todavía fresco, empezaba la labor del artista, que, antes que todo, trazaba la silueta de las figuras y los contornos de la composición sirviéndose de una punta metálica guiada por una cuerda al distribuir los compartimientos en las bóvedas y paredes, dejando una raya perceptible que fácilmente podía ser borrada con la pulpa del dedo, y que los pintores más refinados procuraban hacer desaparecer cuando el campo era dominado por los colores. A partir del siglo III, el dibujo del boceto se obtenía mediante un rasgo corriente de pincel embebido en color más claro del que debía usarse en la ejecución. Hacia el siglo IV, la distribución de los compartimientos y el esboce de los contornos se hace directamente al pincel, sin regla ni compás y a simple golpe de vista, lo que obligaba, por una parte, a demostrar una mayor habilidad en el artista; en realidad, era causa de las desigualdades apresuradas y de la falta de buena mano.

En la ejecución del colorido se imponía el empleo exclusivo de colores minerales diluídos en agua, a causa de la presencia de la cal húmeda en el enlucido. Los más empleados fueron el rojo, el siena, el ocre, el blanco y el verde, más raramente el azul, el minio, el cinabrio y el negro. Además se usaban productos animales y vegetales, como la púrpura y el carbón. Servía de color de fondo el mismo que resultaba de la superficie del enlucido, aunque algunas veces se coloreaba de ocre o gris y raramente en tonalidades de rojo vivo, según la manera pompeyana. Tal pobreza de colores es debido, en gran parte, a la repe-

tición de los mismos temas y casi de las mismas figuras, que siempre visten del mismo modo.

Aunque en los tiempos más primitivos se empleó en la decoración de los hipogeos la decoración al fresco combinada con elementos de estuco en relieve, son muy escasos los ejemplos de este noble procedimiento artístico que, fuera de los adornos ornamentales, se aplicaron a la composición de temas y figuras.

El concepto decorativo

El sentido decorativo en la distribución de los compartimientos que constituían los recuadros destinados a adornos y figuraciones, es el mismo que fué utilizado por una larga experiencia al gusto de la época. Divisiones lineales en combinaciones geométricas adaptadas a las superficies y campos que resultaban de las mismas estructuras, según modelos invariables, tendentes a enmarcar las escenas y trazadas de modo que la simetría equilibrara y repartiera el conjunto (lám. 75). En los techos de las criptas, ya de sí ligeramente abovedadas, la distribución lineal partía de un punto concéntrico en la sumidad central con una o varias circunferencias que creaban diversas zonas, que se ampliaban rematándose en los ángulos y creando el fondo, en el que invariablemente eran reclamados unos mismos temas, como el Buen Pastor en el disco central, las figuras de las estaciones o de orantes en los ángulos y temas diversos en los círculos intermedios. (láms. 59 y 63 a). En las paredes la decoración tenía que sujetarse a los huecos de los arcosolios (lám. 74), o en torno al vaciado de los lóculos, con recuadros de enlace en las partes laterales (lám. 60). En el interior de los arcosolios, los lunetos ofrecían un ancho campo de composición (lám. 78) o eran distribuídos en tres enmarcamientos para contener otros tantos temas (lám. 71), igual como ocurría en la decoración del arco. La superficie decorativa quedaba más restringida cuando se trataba de las proximidades de un simple lóculo en el interno de las galerías subterráneas, distribuyéndose entonces la composición dentro de los recuadros posibles (láms. 61 y 62).

Los elementos complementarios de adorno son siempre más abundantes cuanto mayor es la antigüedad de

la decoración, en particular la que reviste las paredes de los hipogeos familiares, que, por su origen, suelen ser muchas veces anteriores al cristianismo de sus propietarios o, por su confección, anteriores también al período creador del arte cristiano. Van disminuyéndose y reduciéndose a medida que se afianzan los dominios de los tipos iconográficos cristianos, para desaparecer casi durante el siglo III en la época de la formación de los grandes cementerios, para dejar subsistente el método de simples distribuciones lineales que conforman y delimitan los campos.

Con la misma simplicidad que el arte clásico redujo sus figuras y composiciones a los elementos típicos e indispensables a la comprensión de las escenas, el concepto cristiano, que se valió de algunos de ellos transformándolos en su contenido y creándolos nuevos bajo su módulo, restringió también a lo puramente necesario cuanto pudo recabar de los hechos bíblicos al llevarlo a sus composiciones, según las mismas leyes de simetría que ordenaban el equilibrio de los volúmenes y de las formas.

Los artistas

Son completamente desconocidos los artistas que realizaron la obra ingente y paulatina de creación del arte cristiano y que la desarrollaron en el transcurso de los primeros siglos. Su labor anónima se funde en la doble corriente de arte sepulcral y de arte monumental, siguiendo las diversas tendencias estilísticas que predominaron en la evolución progresiva de su tiempo.

No es posible pensar en artistas cristianos durante el período primitivo, en que los hipogeos familiares pasan del paganismo al cristianismo; ni todavía en el momento en que propietarios cristianos mandan erigir sus propios hipogeos, o cuando en unos y otros se otorga el permiso de sepultura a los fieles. Todavía los primeros balbuceos de significación iconográfica cristiana que aparecen bajo símbolos pudieron ser ejecutados por los mismos pintores habituales paganos cumpliendo un encargo y realizando una idea, que ellos no comprendían, impuesta por el sentido cristiano de quien los llamaba a la realización.

Pero desde que se amplía el uso cementerial de una área cualquiera determinada con carácter netamente cristiano, como acontece en los centros que originan la excavación funeraria subterránea, en los que realmente se forman los tipos representativos cristianos, cabe pensar que debieron de ser cristianos los artistas que intervinieron en las partes decorativas, sobre todo si se tiene en cuenta la proscripción de religión ilícita, que obligaba a mantener la disciplina del arcano. La existencia de pintores cristianos desde el período de formación de los grandes cementerios es ya un hecho cierto que se enlaza con los equipos de operarios, y especialmente con los fosores adscritos a los trabajos de excavación de sepulturas en cada uno de ellos. Tanto es así que se pueden precisar unas mismas maneras de pintar, de concebir la composición y aun de representar temas determinados en algunos cementerios subterráneos más conocidos, que demuestran la labor de una misma mano y de un idéntico proceder.

Es probable que, en los comienzos, la iniciativa particular influyera en la designación de los motivos y temas bajo los conceptos relacionados con la tumba, inspirados en las deprecaciones litúrgicas por los difuntos. Pero pronto el magisterio eclesiástico debió de intervenir más o menos directamente así que pasó a su organización disciplinada la administración de los cementerios de la comunidad, asesorando, informando o influyendo en la creación de nuevos tipos representativos, y de una manera más decisiva a partir del momento en que se inicia y desarrolla una corriente artística realzada a mayores y altos conceptos sobre la salvación y la exaltación de la figura de Cristo.

El estilo

Con lo dicho se deduce que no puede hablarse de un estilo pictórico homogéneo dada la disparidad de las clases de monumentos funerarios que intervinieron en la formación de los cementerios, la diversidad de artistas procedentes de ideas paganas o cristianas, y la amplitud del período en que el arte cristiano se desarrolló, coincidiendo con el tipo de la decadencia de la cultura romana, cuyo valor artístico halla su exponente en parangón perfecto con otras obras similares de la época.

Las manifestaciones pictóricas más primitivas son ordinariamente las mejores desde el punto de vista estético, las más perfectas y cuidadas de técnica hasta últimos del siglo II.

Desde la edad severiana predomina un afán impresionista, que se acentúa rápidamente hasta el bajo tiempo de Galieno, alrededor del año 265, cuyos mejores ejemplos aparecen en la cripta 18 del cementerio *ad duas lauros* (lám. 58), en los restos de la villa en San Sebastián, en el hipogeo de los Aurelios, en la escena de la consagración de una virgen (lám. 96) y en las que recubren los muros de la Capilla Griega en el cementerio de Priscila (lám. 41), en el arcosolio sobre Eusebio, en el de Calixto, y en el cubículo de Amor y Psiquis en el de Domitila.

Durante el último treintenio del siglo III prepondera el sentido realista; así en las decoraciones de la galería principal y transversal de la región de los ágapes, en el cementerio *ad duas lauros* (lám. 60); en el arcosolio del pastor que ordeña, en el cementerio Mayor (lám. 56); en el sepulcro de Jenaro y en el de los dos orantes, en el cementerio de Domitila y en la cripta de los Cinco Santos, en el de Calixto (lám. 61).

Alrededor del período constantiniano se afirma el expresionismo, con marcadas tendencias de transición hacia el estilo «bonito», que predominan hasta el primer decenio después de la mitad del siglo IV. Los ejemplos más destacados se hallan en el cubículo V del cementerio Mayor; en los arcosolios del personaje con toga y pequeños orantes, en el cementerio de Domitila; en el sepulcro de Epifanio y dos orantes, en el de Trasón; en el arcosolio con el sacrificio de Abrahán, en el de Calixto; en el arcosolio de Celerina, en el de Pretextato, y en el arcosolio de los apóstoles y el del orante con San Pedro, en el de Domitila.

En los comienzos del último cuarto del siglo IV se impone cierto clasicismo, que degenera en amaneramiento en el último período de decoración pictórica, que termina en torno al año 410 al mismo tiempo que el uso de la sepultura subterránea. Estas características resaltan en el cubículo rojo, en el de Veneranda (lám. 83) y en el sepulcro con la representación de San Pedro, en el cementerio de Domitila; en el arcosolio del viñador, en el cementerio Mayor, y en la cripta de la oveja, en el de San Calixto.

Criterios de datación

Para determinar la época más o menos precisa a la que pertenece una composicion pictórica hay que tener en cuenta una serie de criterios a base de los cuales es posible llegar a una posición cronológica bastante segura. Estos criterios, fijados por la posición y la cualidad de la pintura y el tema representado en su concepto, forma y detalles, pueden reducirse a los siguientes:

a) El lugar de emplazamiento. Toda decoración pictórica ejecutada como adorno de los lugares de sepultura debe pertenecer al mismo tiempo en que fueron obrados los cubículos o galerías en el uso normal de la sepultura, puesto que es natural que el trabajo de decoración fuera realizado poco después de la tumulación del cadáver por parte de los familiares, que se interesaban a ello movidos por el afecto hacia el difunto y teniendo en cuenta que la excavación subterránea adelantaba a medida que era necesario disponer de las tumbas para sepultura. Por esto es necesaria la previa datación del lugar ocupado en la región respectiva del cementerio. Pero si se trata de pinturas con carácter litúrgico destinadas a adornar la tumba de un mártir o los ámbitos de su santuario, hay que relacionar la decoración con la época en que éste pudo ser construído en relación con el culto.

b) Las inscripciones datadas que pertenecen al lugar. Rarísimas veces formando parte de la pintura, pero a menudo emplazadas en la sepultura decorada o en sus proximidades; entendiéndose por ellas, además de los epitafios y grafitos, la presencia de monogramas u otras características que ofrecen elementos de datación.

c) La técnica de la ejecución, teniendo en cuenta la cualidad del estuco, que hasta el siglo III está formado por dos gruesos de espesor y en el siglo IV por un solo grueso; la manera de distribuir los compartimientos, regulares y bien trazados cuanto más antiguos y ejecutados a mano libre en épocas posteriores.

d) La manera de pintar del artista, distinguiendo si se trata de un verdadero pintor o de un vulgar artesano. Generalmente las pinturas más antiguas son ligeras de color, delicadas de pincelada, correctas de dibujo y las

figuras están bien proporcionadas. La decoración arquitectónica de los cubículos es propia del siglo IV adelantado; con anterioridad se resuelven en trazos lineales cuyos sistemas se repiten en la distribución de las bóvedas.

e) El grado de perfección artística, según las corrientes estilísticas, que siguen el curso de la decadencia y van con rápida evolución de un sentido impresionista al realismo y expresionismo.

f) El desarrollo original de las formas y de los tipos en relación con la doble corriente artística que se nota en las decoraciones sepulcrales, inspirada la una en conceptos sepulcrales y la otra en ideas cristológicas, y que procedió de las formas comunes en el arte clásico para crear los símbolos y los temas simbólicos, las escenas narrativas y los hechos bíblicos. No se da nunca un pasaje brusco de unas a otras, y en las mismas interferencias que se producen, se dan varios motivos de comparación, que señalan las evoluciones.

g) El tema representado, considerado tanto en la evolución de su tipo iconográfico como estudiado en sus orígenes y en los elementos que lo inspiraron. La presencia de nuevos detalles que lo completan, cambiando su carácter simbólico o transformando su significado. El estudio del contenido de la pintura y la forma de representación, habida cuenta que ciertas escenas sólo fueron realizadas en épocas determinadas.

h) Los detalles en la ejecución de la forma de las figuras, tanto en los hábitos que las revisten como en los pormenores de los cabellos y de la barba e igualmente en las dimensiones de la estatura y del aspecto de la cara. El uso invariable de atribuir a unos mismos personajes una determinada clase de vestidos y la selección de éstos según el uso peculiar de un período, suministran elementos fijos en el orden del tiempo por los que se puede establecer cuándo se dió la posibilidad de ejecución. Así es común la túnica sin mangas con anterioridad al siglo III; desde entonces aparece la dalmática en su forma original, y en el siglo IV la pénula acortada por la parte delantera y la dalmática con mangas. En los dos primeros siglos los hábitos carecen de adornos, a lo sumo van con tiras verticales muy estrechas; en la segunda mitad del siglo III

aparecen los segmentos circulares de púrpura, que son muy frecuentes en el siguiente.

BIBLIOGRAFIA: WILPERT: *Sulla tecnica delle pitture cimiteriali* (Roma 1874). — MAN: *Geschichte der decorativen Wandmalerei* (Berlín 1882). — DONNER: *Die erhaltenen antiken Wandmalereien.* — BERGER: *Entwicklungsgeschichte der Malerei* (München (1904). — WIRTH. FR.: *Römische Wandmalerei vom Untergang Pompejis bis am Ende des dritten Jahrhunderts* (Berlín 1934). — WIT, J. DE: *Spätrömische Bildnismalerei. Stilkristische Untersuchungen zur Wandmalerei der Katakomben und verwandter Monumente* (Berlín 1938).

XIII. LA ESCULTURA

Las incisiones lapidarias

El adorno plástico de un monumento sepulcral se encuentra, en su forma más simple, en las incisiones de símbolos y de temas alusivos a la vida grabadas en las mismas lápidas funerarias acompañando el texto de las inscripciones. En las más pobres y primitivas, obtenidas simplemente con tégulas y ladrillos, en los que los epitafios eran pintados al minio, aparecen también los primeros símbolos que declaran su origen cristiano, que pasan a expresarse asimismo en las lápidas marmóreas. Debido a la delgadez de éstas, que no permitía la obtención de un relieve figurado, su plasmación tuvo que limitarse a una profundidad de incisión idéntica a la usada para grabar las letras del epitafio. Obra casi siempre de los mismos operarios que, en el cuerpo de fosores, tenían a su cuidado los trabajos en los cementerios, carecía del sentido artístico, salvo en los raros casos en que intervenían lapicidas profesionales, y adolecían de los defectos inherentes a la prisa e improvisación impuestas por el cierre inmediato del sepulcro.

En las numerosas incisiones figuradas que aparecen en los epitafios se contienen frecuentemente los símbolos más característicos que formaron el primer núcleo representativo, que fué la base constructiva del arte cristiano: áncoras, palmas, palomas, peces, naves, faros y especialmente el Buen Pastor y el orante, de tal modo que estos símbolos persistieron largamente en las lápidas como en

su campo más adecuado de expresión. Con natural espontaneidad del sentimiento popular, las incisiones sirvieron admirablemente para expresar con la figuración de objetos el nombre del difunto, su profesión, su fe en la salvación y su creencia en la vida eterna del alma. No tan apropiadas para embeberse en las representaciones simbólicas propias de la pintura, con todo, también se atrevieron a figurar no pocos de los temas característicos creados por el arte sepulcral y cristológico, que reducen a las líneas esquemáticas constructivas.

Son relativamente poco abundantes en Occidente los cipos funerarios, tan típicos del arte funerario oriental, que, a causa de su grueso volumen, ofrecían las posibilidades de un mayor relieve escultórico, hábilmente aprovechado por la mano de artistas, que los decoraron profusamente con adornos y follajes alrededor de símbolos y figuras. En cambio, son numerosísimos los sarcófagos que constituyeron el campo propicio al desarrollo de la plástica en sus relieves figurados.

Los sarcófagos

La antigua costumbre de enterrar un cadáver dentro de un arca de piedra o de mármol que los romanos siguieron desde los tiempos de la República, se había casi perdido al imponerse el rito de la incineración. Pero se volvió a ella desde la mitad del siglo II, dando pretexto a la instalación de diversos talleres que, en activa emulación artística, se especializaron en el comercio en cuanto a la producción de sarcófagos.

Los cristianos pertenecientes a familias de fuerte posición económica usaron inmediatamente este sistema de sepultura, aun cuando apenas estaba en uso, limitándose al empleo de arcas lisas que llevaban incisa la tablilla de la inscripción. Cuando fué posible adquirirlas en el comercio, procuraron evitar los sarcófagos decorados con representaciones paganas, contrarias al espíritu de la religión; a lo sumo se quedaron con los que sólo representaban escenas pastoriles, de cacería, de vendimia o de las estaciones del año, y, si no podían prescindir de alguno que contenía conceptos idolátricos, lo enterraban o lo emparedaban para que aquéllas no aparecieran.

De todos modos no fué muy común, aun durante el siglo III, el uso cristiano de los sarcófagos, tanto a causa de su coste como por las dificultades de procurárselo a su gusto, aunque en este período empieza la aparición de algunos temas simbólicos, que podían obedecer a un encargo en el momento de labrarlos, si no es que ya procedían de talleres ocultamente cristianos.

Durante el siglo IV, el auge que adquieren los sarcófagos toca a su esplendor por la exuberancia temática que se derrocha en los relieves escultóricos que los adornan y por la producción intensiva que se difunde en Occidente. Su importancia y su gran número ha conservado uno de los fondos iconográficos más importantes nutridos de la antigüedad cristiana, si se tiene en cuenta que en cada uno de los sarcófagos se hallan representadas muchas variedades de escenas y se contienen ciclos bastante completos, contra lo que sucedió en la pintura, generalmente con temas más reducidos y menos ejemplares conservados. Basta señalar que frente a unas trescientas pinturas conocidas en los cementerios de Roma, se cuenta con la existencia de más de quinientos sarcófagos llegados a nuestros tiempos, a causa de la mayor dureza y resistencia, que los ha salvado con mayor facilidad de la destrucción a que han estado sujetas las pinturas.

Por su época de intensa producción, que termina, a la par que las pinturas, con la fecha de abandono de los cementerios subterráneos al principio del siglo V, las representaciones iconográficas esculpidas en los sarcófagos pertenecen en su generalidad a la corriente artística monumental que se desarrolló desde la segunda mitad del siglo III, completando perfectamente la historia del progreso del arte cementerial, que se había iniciado en la pintura con la corriente sepulcral.

El emplazamiento de los sarcófagos

El emplazamiento natural de los sarcófagos dentro de los hipogeos de los sepulcros familiares mantuvo su colocación en el interior de los cementerios subterráneos en cavidades excavadas en las paredes de las galerías y de los cubículos; nichos que primitivamente tuvieron la forma rectangular y luego la de arco, que adquirió el nombre

de arcosolio, y que fué imitada en obras de mampostería o simplemente excavadas en las paredes del subterráneo.

Una vez colocados en su sitio los sarcófagos, dejaban visible su parte delantera, y a veces las dos laterales, si los nichos eran de poca profundidad o abiertos en arco de mayor amplitud.

En los cementerios al aire libre se hallaban generalmente dispuestos bajo pórticos cubiertos, internados en la pared debajo de arcos o aislados y protegidos por una especie de baldaquín, en cuyo caso quedaban visibles por sus cuatro lados, condicionándose a ello la escultura que los decoraba según las partes en que debía quedar manifiesta.

Sus formas y tipos de decoración

La disposición típica del sarcófago es la de un paralelepípedo o caja rectangular, como resultante de la fosa aislada en su forma natural de inhumación (lám. 108). Otra disposición es la que se asemeja a una bañera, *labrum*, de forma rectangular, redondeada en las extremidades (lám. 106).

Antiguamente la cubierta tenía la forma de un tejado a dos vertientes, o a cuatro con acroteras en los ángulos, según el uso clásico (lám. 105). Pero en la época cristiana se reducen muchas veces a una simple placa de mármol que termina por la parte delantera con una faja elevada que en su centro contiene la tablilla para la inscripción (láms. 109 y 115).

El arca o caja marmórea era el sarcófago en su forma más simple, con las estructuras absolutamente lisas y desprovistas de decoración. El primer intento decorativo es el que queda formado por una serie de estrías curvilíneas, *strigiles*, que, partiendo de un modo simétrico de los extremos, se reúnen en el centro, dejando un espacio elíptico que puede dar lugar a la expresión de una figura. De ahí se pasa a la división de las estrías en dos campos delimitados a ambos lados de la parte central que contiene la tablilla para la inscripción (láms. 108 y 109). Con esto se ha precisado una distribución decorativa que permite colocar figuras o escenas en el centro y a los extremos; se pasa a la colocación del retrato del difunto en el interior

de un círculo de concha que ocupa la parte central, desplazando la tablilla al ático de la cubierta.

En su disposición más suntuosa, se prescinde de los anteriores campos geométricos y de las estrías de fondo para llenar el frontispicio de figuras que se derraman hasta ocupar la superficie externa de los lados (lám. 111). En los talleres de arte clásico estos sarcófagos adquieren mayor volumen y sorprenden por la continuidad del relieve, realizado con gran belleza plástica (láms. 105 y 114). En los cristianos que se acepta este sistema decorativo, casi nunca es una sola escena la que llena todo el campo, sino diversas y sin relación entre sí, que agrupan los temas unos al lado de otros sin ninguna división, en uno o dos planos de perspectiva, obtenida por simple juxtaposición y sin indicaciones que se refieran al lugar en el que se desarrolla la escena (láms. 111 y 112).

En el siglo IV, y como efecto del predominio artístico monumental, se introduce la distinción de las escenas mediante la presencia de pórticos, arcos, puertas y, algunas veces, árboles que las encuadran (láms. 113 y 116). Semejantes formas arquitectónicas, casi siempre inspiradas en monumentos semejantes en la tendencia hacia lo fastuoso, consisten en columnas que sostienen una serie de arcos, generalmente rebajados, o de arcos que alternan con tímpanos, o de arcos y cornisas, o bien apoyan series de tímpanos o una cornisa continuada. El detalle ornamental menudea en las columnas y en los espacios remanentes, que se rellenan con motivos del reino animal y vegetal.

El ornato arquitectónico queda al mismo plano de las figuras, de modo que, más que ampliar su campo visual, lo restringen, sin que alcancen siempre a ampliarlo los fondos geométricos o evocativos de paisaje que se delinean detrás de las figuras.

Con este tipo munumental de sarcófagos se combinan las disposiciones del tipo liso anterior intercalando el disco o concha con el retrato del difunto (lám. 110), de los cónyuges (lám. 112) o de amigos y parientes, que se emplaza en el centro del sarcófago entre las columnatas de división, mientras conservan las composiciones libres en los extremos, igual que en la faja superior de la cubierta, en la que es raro se recurra a los ricos adornos arquitectónicos.

La técnica de los sarcófagos

Por la manera como los cristianos se acogieron al uso de los sarcófagos, es natural que la técnica empleada en su confección sea absolutamente la misma que estaba en uso en el arte pagano. En los más primitivos, en que todo se reduce a simples incisiones, bastó el uso de una punta dura semejante a la usada para grabar las inscripciones. En los demás la obra fué ejecutada con el escalpelo, y desde últimos del siglo III se nota el uso del trápano, que luego pasa a ser la más frecuente.

Muchas veces los relieves eran decorados con pintura en la que se usaban pocos colores, siena, amarillo, verde o púrpura, para realzar mejor la fuerza expresiva del relieve, aunque se haya perdido actualmente la visión policroma de su conjunto, que queda indicada por los restos conservados en los recodos menos manoseados. El colorido era dado en líneas o fajas, cubriendo no todo el relieve, sino sólo las partes que más convenía acusar.

Roma fué un centro activo de producción artística de estos materiales, derivado de los talleres paganos, cuyas obras emigraron a menudo aun fuera de Italia, adquiridas por cuantos podían darse el placer de adquirir un sarcófago para su sepultura. Pero pronto en el siglo IV se desarrollaron talleres locales en los centros más importantes de las provincias occidentales del Imperio con artistas procedentes de los talleres romanos. Éstos pueden precisarse más o menos según las características que resultan de las series de sarcófagos que pueden adscribirse a un mismo proceder técnico en la manera de ejecutar las figuras y de distribuir los adornos y elementos de composición. Pero los artistas son absolutamente desconocidos en relación con la obra realizada. Sólo se tiene noticia del escultor Eutropio por la inscripción de su sepulcro en el cementerio de *ad duas lauros*, en la que, además de hacerse representar en actitud de orante con el vaso en la mano, alusivo a la beatitud eterna, ante la paloma que lleva el ramo de olivo, se evoca su labor cincelando las estrías de un sarcófago, en forma de bañera con dos cabezas de león, ayudado por otro operario. Es conocido por una carta de Casiodoro el habilísimo escultor Daniel, *marmorarius peritissimus* de Rávena, a

quien el rey Teodorico, a principios del siglo VI, dió facultad para vender sarcófagos, al que podrían atribuirse algunos de los muchos conservados en aquella ciudad, que acusan una evolución posterior del sarcófago, de formas más grandes y cubierta redondeada, adornados con más sobrias y decadentes representaciones, figuradas en consonancia con el arte de la época.

Las cualidades artísticas

Lejos de la belleza plástica que el arte clásico de la escultura había logrado en el esplendor de las formas, en la euritmia de las composiciones y en el equilibrio perfecto de los elementos que las integraban, los relieves esculpidos en los frontispicios y caras laterales de los sarcófagos cristianos conservan, no obstante, la huella del naturalismo, pero transportada a un sentido expresionista que domina en las actitudes de las figuras y en la profusión de los elementos de adorno. Su arte se desarrolla cuando lo trascendente ha pasado a ser narrativo, en el momento que se afianza una corriente artística monumental, pero en base a temas cuyos tipos representativos han sido definitivamente fijados para obligar a los escultores a ejecutarlos según la norma establecida, sin la libertad de inventiva para resolverlos en consonancia con el concepto clásico del relieve.

A éste se aproximan todavía los que combinan los asuntos figurados en un solo tema de continuidad, pero se apartan de su hondo sentido de composición al combinarlos sin otra ordenación que la de intercalar representaciones expresivas del concepto cristiano entre formas de tipo genérico común.

Prevalece, con todo, la ley de la simetría, que constituía la preocupación fundamental de la estética. Ella es la reguladora absoluta que distribuye las composiciones según el volumen de los elementos que las integran en el juego del claroscuro entre las partes salientes y los huecos vaciados; que se impone en la manera de constituir los grupos y de resolver las figuras que los forman; que funde los materiales de adorno y que alienta en todas las manifestaciones de detalle. Semejante preocupación no deja de manifestarse desde los sarcófagos con el frontispicio

decorado a estrías acompañando las tablillas de inscripción o los medallones centrales, con o sin figuras en los extremos, genios fúnebres, leones, Amor y Psiquis, el Buen Pastor y el orante, hasta los sarcófagos de fondos arquitectónicos que enmarcan las escenas. Que, en definitiva, son los que prevalecen en el siglo IV por su mayor aptitud de representar un mismo repertorio de temas idénticos a las demás artes decorativas.

Aunque ello resulte en gran parte del progreso decadente del arte antiguo dentro del mismo sentido decorativo que evoluciona en el concepto pagano de la época, cabe reconocer que el arte cristiano lo dignifica y ennoblece incorporándolo a su funcionalidad estética como medio más adecuado para realizar las formas de expresión de su concepto dogmático, con las figuraciones definitivamente creadas para asumir la interpretación histórica de los hechos y elevarla a formas trascendentales repletas de alegoría.

Los artistas

Al revés de lo que sucedía en la pintura, que cualquier artesano podía improvisar en la rápida decoración de arcosolios y criptas aventurándose a la creación de temas, aceptando los que podían imponerse y guiado a veces por las normas eclesiásticas de la administración del cementerio, en las esculturas de los sarcófagos producidos en el comercio de los talleres, los escultores tenían que labrarlas de antemano según los modelos en uso, aceptando a veces la intromisión de símbolos o figuras determinadas que ellos no comprendían impuestas por el comprador cristiano, y desde el siglo IV, aun tratándose de talleres o escultores cristianos, sin otra iniciativa que la aplicación de su técnica a la ejecución y distribución decorativa de unos temas ya constituídos y reconocidos por la Iglesia, de los que no podían apartarse en lo substancial y que les habían de servir de base siempre que se tratara de crear nuevas escenas.

Esto explica que los sarcófagos cristianos más primitivos y los que se resuelven en simples arcas no pasen de ser obras de un lapicida que se limitó a decorarlos con ligeras incisiones, que en los sarcófagos de tema continuo aparezcan infinidad de elementos clásicos en los que sólo se

introduce la figura del Buen Pastor, del orante y otros símbolos, y que en ellos se halle modo de mantener el concepto de continuidad con escenas referentes a la catequesis o de sabor pastoril. En cambio, una vez alcanzada la libertad de la Iglesia, que permitía la libre expresión de sus creencias y su manifestación gráfica no era ningún compromiso para obtenerla en los talleres de producción, los escultores se entregaron de lleno a la configuración arquitectónica que enmarca los recuadros de las escenas, no sólo como a un elemento triunfal que culmina en las construcciones de las basílicas, sino como un adorno indispensable no ajeno a la decoración de éstas en la manera de presentar los temas decorativos en pintura o en mosaico bajo la ordenación común controlada por la Iglesia, que, al vigilar por la pureza dogmática de su doctrina, consolida las formas típicas de sus representaciones figuradas.

Distribución de los temas representativos

En los relieves que aparecen sin división de temas, la selección de éstos no obedece a un orden cronológico de sucesos ni a una relación íntima que los fusione entre sí; se manifiestan saltuariamente, como cuando aparecen en las decoraciones pictóricas, elegidos por quien encargara la ejecución o por la naturaleza de su representación y distribuídos según la mayor facilidad de ejecución.

Sólo se mantiene el orden cronológico en temas cíclicos, como el de Jonás o de los Magos, de la misma manera que se observará en los sarcófagos con divisiones arquitectónicas en las escenas del ciclo de la Pasión o de San Pedro. En algunos casos podrá coexistir una correlación íntima de escenas representativas con alusión a los misterios de la fe y a los sacramentos; pero a menudo la fuerza estética impuesta por la simetría es la que condiciona la contraposición de escenas a tenor del volumen de los grupos y figuras.

En los sarcófagos que ofrecen el predominio de un asunto central que rompe la continuidad de los temas o que emerge entre las arcadas que las enmarcan, si no es el círculo o concha destinado a contener el busto del difunto, (láms. 110 y 112), se reserva esta parte preeminente para

la figura de Cristo doctor en su tipo mayestático sentado en el trono o sobre el monte (láms. 114 y 116), de pie dando la ley, y a los temas de su exaltación alegórica, como la *anastasis* (lám. 113); al trono simbólico o al cordero sobre los cuatro ríos; influencia evidente del arte triunfal, que impone la presencia indispensable del acompañamiento apostólico o que coordina las demás escenas que forman los ciclos cristológicos en los hechos representativos de los milagros, en los pasos narrativos de la pasión del Señor y en los tan abundantes que se refieren a la primacía de San Pedro.

La ley de la simetría, conjugando el equilibrio de las masas, tiende a localizar en los extremos las escenas de composición más maciza y a dejar para la faja de la cubierta la continuidad de los temas cíclicos de Jonás o de los Magos entre la tablilla de inscripción y de los genios que la sustentan, siempre que en el frontispicio del sarcófago la presencia de las arcadas no permita su seccionamiento (láms. 111 y 115).

Las manifestaciones escultóricas del arte cristiano, restringidas a los relieves de los sarcófagos, tienen lugar durante un período que, si es tan extenso como el del uso de cementerios, en cambio no es tan intenso como el de la elaboración de la pintura; puesto que, con lo que se lleva dicho, resalta inmediatamente que, fuera de los sarcófagos más simplemente incisos y los que denotan la obra de talleres del siglo III con intercalaciones de temas cristianos, en casi su inmensa mayoría pertenecen al siglo IV, pudiéndose agrupar por sus condiciones de factura y detalles que delatan la procedencia de idénticos talleres. Además contribuye a su seriación cronológica el análisis de los temas representados, las maneras como los tienen distribuídos y el concepto genérico que preside sus composiciones.

De todos modos sirve admirablemente para fijar su cronología el conocimiento del lugar donde fueron emplazados; las inscripciones que se leen en los mismos o en las inmediaciones del lugar que ocupan; los grabados, pinturas y otros elementos que puedan relacionarse con ellos.

Como criterios emanados del mismo sarcófago cuenta, en primer lugar, la perfección técnica en su ejecución; el uso del escapelo o del trápano; el empleo de determinados elementos decorativos. En segundo lugar, la compostura

de las escenas, la selección de determinados temas; la manera de tratar las figuraciones, especialmente en la barba y en los cabellos, así como en la indumentaria que las reviste y en los accesorios constituídos por elementos susceptibles de datación.

BIBLIOGRAFIA: Lanisio, P.: *Raccolta dei sarcofagi, urne ed altri monumenti di sculture del camposanto di Pisa* (Firenze 1825). — Le Blant, E.: *Les sarcophages chrétiens d'Arles* (Paris 1878).—Grousset, R.: *Etude sur l'histoire des sarcophages chrétiens. Catalogue des sarcophages chretiens de Rome qui ne se trouvent pas au musée de Latran* (Paris 1885). — Le Blant, E.: *Les sarcophages chrétiens de la Gaule* (Paris 1886). — Delattre: *Le musée Lavigerie de Saint Louis de Carthage.* — Meader: *Symmetry in early christian relief sculture,* en «American journal of archaology» (1900). — Altmam: *Architektur und Ornamentik der antiken Sarkophage* (Berlín 1902). Muñoz, A.: *Sarcofagi asiatici,* en «Nuovo Bulletino d'Arch. Cristiana», 1905, 79; 1906, 107; 1907, 301. — Witting, I.: *Die altchristlichen Sculpturen in Museum der deutschen Naticnalstiftun am Campo Santo in Rom* (Roma 1906). — Bonavenia: *Insigne sarcofago inedito dell' ipogeo Albani* (Rome 1910). — Marucchi, O.: *I monumenti del museo cristiano pio lateranense* (Milano 1910). — Wilpert, G: *Wahre und falsche Auslegung der altchristlichen Sarcophagskulpturen,* en «Zeitschrift für katolische Theologie» (Innsbruck 1922). — Soper, A. C.: *The Latin Style on Christian Sarcophagi of the fourth century,* en «Art Bulletin», 19 (1937).

XIV. EL MOSAICO Y LAS ARTES MENORES

El mosaico

La técnica decorativa del mosaico fué utilizada en el arte clásico como uno de los más nobles procedimientos de revestimiento policromo, mucho más perdurable y fijo que la pintura y también más brillante a causa de las tonalidades de esmalte del colorido. El mosaico consta de pequeñas piedras y de trocitos cúbicos de mármol de diversos colores que se combinaban en dibujos y cenefas al ser aplicados como pavimento sobre el piso firme y liso del suelo. Para revestir las paredes se utilizaban estos mismos materiales, pero en calidad más fina, que se combinaban con cubitos de pasta de vidrio, de madera o de creta quemada, previa una preparación del estuco de enlucido que cubría la pared con una composición colorida al fresco,

sobre la que eran inmediatamente aplicadas las piezas de mosaico según el color determinado en la composición.

Los mosaicos destinados a pavimentos, simplemente en blanco y negro, y en diversidades de colorido cuando se obraban con mayor exuberancia y fausto, tenían por tema motivos geométricos ornamentales con entrelaces de follajes estilizados, animados con figurillas, animales y paisajes, que, si no llenaban todo el entapizado del pavimento, los dividían en recuadros que servían de campo a representaciones de escenas mitológicas. Los mosaicos más finos que revestían las paredes, combinados con placas de mármol o entre relieves de estuco, se acomodaban al concepto decorativo de la pintura en sus amplias distribuciones geométricas, líneas ornamentales y orlas recargadas de adornos, que servían de marco a las más amplias composiciones figuradas.

La máxima perfección alcanzada en la ejecución técnica del mosaico, gracias a la intensa producción exigida por el sentido decorativo de los edificios, difundió enormemente su aplicación en las construcciones romanas de todas las provincias del Imperio, perfectamente asimilada a la civilización de la época. Es natural que los cristianos que vivían en ella se acogieran a los resultados decorativos del mosaico, sirviéndose de ellos como medio de expresión de sus ideas, de la misma manera que lo hicieron con la pintura y la escultura, según las posibilidades económicas y las circunstancias del lugar adecuado a su empleo.

Cuando la Iglesia adquirió la libertad de expresión, a raíz del edicto de Milán en 313, en todas partes empezaron a levantarse los edificios públicos del culto, tanto las basílicas y baptisterios como los mausoleos, y más que a la pintura, fiaron la decoración de sus muros a las composiciones en mosaico. La corriente artística monumental desplegó con ellos sus magnificencias triunfales en las figuraciones alegóricas, que se enseñorearon de las partes más eminentes en aquella clase de edificios, logrando una fusión perfecta del tema representado con los valores estéticos de las translucideces vítreas, que contribuían a inmaterializar las formas hacia su abstracción a lo trascendental. En juego con las demás artes decorativas, y especialmente con la pintura, la madurez lograda en los efectos de expresión monumental presupone que los cristianos debían de haber adoptado el empleo del mosaico

en los lugares de culto anteriores al período de la paz, a tenor del uso normal que se hacía en los edificios, concretando en ellos sus tipos representativos y las escenas iconográficas propias de su arte, de modo que la decoración en mosaico de las basílicas vino a ser una continuidad de un sentido decorativo iniciado a través de un progreso anterior que no puede seguirse por la carencia de monumentos.

También hay que advertir la presencia de mosaicos en las construcciones más sólidas de tipo funerario, cuyas paredes eran aptas para recibir esta clase de revestimientos decorativos, como fueron las de los edificios erigidos en los cementerios al aire libre, cellas trícoras, hipogeos, mausoleos, con aplicaciones admisibles en la parte decorativa de los sepulcros más suntuosos. La desaparición absoluta de esta clase de monumentos del exterior de las catacumbas romanas no permite señalar la variedad de ejemplos que abundan normalmente en la órbita mediterránea de los cementerios cristianos, singularmente en el norte de Africa, donde existe el tipo de tumbas obradas en mampostería o ladrillo con revestimientos de mosaico en la parte externa del túmulo (láms. 34 a y 34 b), en los que se acostumbra representar la figura del difunto entre adornos de follajes y de figuras geométricas enmarcando el epitafio y acompañándose con representaciones de símbolos (fig. 21).

En el arte sepulcral de los cementerios subterráneos de Roma, no abundan las decoraciones en mosaico por la razón de que apenas fué usado en los primeros tiempos, salvo en los pavimentos y revestimientos de algún antiguo hipogeo familiar. Ello es debido, en gran parte, al hecho de que las paredes excavadas en la roca natural apenas resistían un ligero revestimiento de estuco de un centímetro de espesor y no toleraban, por tanto, el grueso enlucido, que con el peso del mosaico se habría desprendido fácilmente de ellas, aunque no faltaron los intentos que han demostrado la escasa adherencia. Por esto la decoración en mosaico se limitó algunas veces a la decoración sobre muros o bóvedas obrados en ladrillos, especialmente en el siglo IV y a menudo cuando se trató de embellecer los santuarios de los mártires.

En aplicaciones de menor importancia, el mosaico se halla algunas veces en superficies de reducida extensión,

recubriendo, por ejemplo, la lápida que cerraba el sepulcro; a retratos de personajes, ejecutados de antemano sobre una placa que era aplicada en el lugar correspondiente de la sepultura, y raras veces a la representación de temas y escenas, en cuyo caso el mosaico era también ejecutado sobre superficies fijas que aseguraran la adherencia y permitieran la conservación. El repertorio temático que pudo desarrollarse en esta clase de composiciones no se distingue del mismo que suministraba los tipos representativos a la pintura y a la escultura, según las corrientes artísticas de inspiración sepulcral o alegórica, simbológica o narrativa.

El único mausoleo conservado en Roma que puede dar idea del aspecto decorativo del mosaico es el de Santa Constanza, obra de la primera mitad del siglo IV, en el que, entre el fausto ornamental emanado del sentido decorativo de la época, que prodiga escenas y figuración de las estaciones, admite los temas triunfales de la entrega de la ley (lám. 119).

Las artes menores

De las expresiones artísticas más solemnes divulgadas por la pintura, por el mosaico y por la escultura, los tipos representativos del arte cristiano trascienden al ornato de toda clase de objetos en los que es posible su manifestación a medida que la vida cristiana se permeabilizaba en su significado, aceptándolos en infinidad de enseres y piezas de uso doméstico.

Temas que los fieles tenían siempre a la vista. Escenas figuradas que podían contemplar en la decoración de los edificios de culto y luego en los muros resplandecientes de las basílicas como una ilustración gráfica de la fe que profesaban, como una enseñanza que completaba la que habían recibido en su catequesis y que era declarada en las instrucciones homiléticas, intensamente vivida en la liturgia de los actos del culto. Composiciones que, desarrolladas en formas típicas e invariables, entonaban el himno de la esperanza en la salvación decorando los sepulcros de los seres queridos, y afirmaban la realidad de Cristo en los pasos de su vida, en los episodios de la redención y en el magisterio perpetuo y solemne de la Iglesia.

Es natural que los objetos de inmediato uso litúrgico, cuando fueron confeccionados para ser destinados al servicio del templo y del altar, se caracterizaran, distinguiéndose de los del tipo común, con expresiones gráficas que entraban de lleno en los dominios de las composiciones sagradas. Durante los primeros siglos se utilizaron los que eran de uso corriente y tal como se hallaban en las casas que eran abiertas al concurso de una asamblea cristiana. Pero, a medida que todo se fué centrando alrededor de una organización eclesiástica con edificios de culto y cementerios propios, también se formaron las posibilidades de poseer objetos con destinación litúrgica determinada. Aunque ellos sean muy escasos antes del período de la paz, luego abundan sobremanera, señalando un campo en el que las artes menores estuvieron también al servicio de la idea cristiana echando mano de su arte en la forma y en el ornato.

Así la reverencia debida a los textos sagrados condujo a la confección de ricos manuscritos miniados con ilustraciones que, muchas veces, sirvieron de base para la ejecución de grandes composiciones decorativas. Las cubiertas de estos volúmenes fueron obradas en metales preciosos cincelados o grabados y en relieves entre piedras preciosas. La orfebrería, igual que las artes del metal, se dedicó a la producción de vasos, cálices, patenas, píxides, y de platos y lámparas destinadas a la iluminación decorativa. El arte del labrado del marfil realizó piezas extraordinarias, cuyos mejores ejemplos están en las placas que formaban los dípticos. En toda clase de producciones, madera, vidrio, terracota y en los minuciosos relieves escultóricos y entallados, la mano de los artesanos, impregnada del profundo sentido del arte cristiano, produjo infinitas realizaciones, cuya intensidad y abundancia se deduce de los ejemplos conservados.

Los usos y costumbres cristianas de la vida impuestos por la devoción, por la veneración de los mártires, por el ejercicio del sentido religioso en la familia y sobre todo en la relación de ésta con los sepulcros de sus difuntos, al determinar algunos objetos señalados que podían servir a estos fines, motivó que en ellos se grabaran las expresiones gráficas de símbolos y escenas representativas, como se ven singularmente en las lucernas utilizadas como medio más simple de iluminación, en las eulogias y meda-

llas y, sobre todo, en los fondos dorados de vasos de vidrio usados en las solemnidades domésticas, en los actos de refrigerio y de veneración a los mártires.

Los vasos de fondo dorado

En los cementerios romanos abundan estas piezas de los siglos III-IV, que fueron colocadas en el interior de las tumbas y más comúnmente pegadas en la argamasa de cierrre de los lóculos, como señales distintivas del sepulcro. No queda de ellas más que el fondo del recipiente, que consta de dos placas de vidrio, unidas al calor del horno, que encierran una sutil lámina de oro con representaciones figuradas. A veces el oro se presenta entallado o ligeramente sombreado e iluminado con colores, y en otros casos se daba un color parduzco a la placa de vidrio de fondo para que resaltara más el oro.

Parece que esta industria suministraba esta clase de vasos, utilizados en las festividades paganas, en las ceremonias nupciales y en los banquetes civiles y domésticos con representaciones adecuadas a los actos que se conmemoraban. Eran, pues, de uso corriente en las solemnidades de la vida y en las costumbres de la época, de modo que muchos de los que se han conservado tienen por tema asuntos mitológicos, y otros van decorados con símbolos judíos, y no faltan en ellos las representaciones comunes y típicas, como escenas campestres y de caza, figuras de animales y temas de artes y oficios.

Es natural que los cristianos mantuvieran en sus costumbres esta calidad de vasos, que, conservados como piezas preciosas, eran utilizados en señal de reconocimiento del sepulcro; pero incluso los acogieran para efigiar en ellos las características de su propio arte figurado. Así el tema nupcial está representado por los bustos de los esposos, entre los que se halla situada la figura de Cristo en el acto de colocar la corona sobre sus cabezas; a veces son los esposos acompañados de uno, dos o más hijos, la esposa con su hija o los hijos solos, en variedad de evocaciones familiares (lám. 37).

Los más importantes están constituídos por los fondos de oro que reproducen escenas bíblicas, inspiradas principalmente en los temas del arte sepulcral, con marcada

preferencia por los episodios del Antiguo Testamento, como los de Adán y Eva, Noé, el sacrificio de Abrahán, Moisés golpeando la roca, la visión de Ezequiel, Daniel entre los leones, los tres jóvenes en el horno de Babilonia, Tobías, Jonás, Susana y Job. Entre ellos aparecen algunos temas nuevos desconocidos en la pintura y en la escultura, como José dentro de la cisterna abandonado por sus hermanos, la serpiente de bronce, los exploradores que vuelven de Canaán, el suplicio de Isaías, Josué deteniendo el sol, y Daniel envenenando al dragón; escenas que, por su índole, quedan comprendidas en el repertorio del arte sepulcral a causa de su significado de la liberación de personas santas, representativo de la salvación del alma por intercesión de Dios.

Los temas del Nuevo Testamento se reducen a las representaciones del Buen Pastor, los Magos, el milagro de Caná, la multiplicación de los panes, la curación del paralítico y la del ciego y la resurrección de Lázaro, propias también del arte sepulcral, a las que hay que añadir la escena de Cristo entregando la ley.

La influencia del arte monumental se ejerce en otra serie de fondos de oro que presentan imágenes de santos: la Virgen María entre San Pedro y San Pablo, la Virgen en actitud de orante, los bustos de personajes afrontados o las figuras de los dos apóstoles; figuras de santos aisladas entre árboles como orantes en la bienaventuranza (fig. 90) o entre los apóstoles; colocadas también en dos figuras separadas por un símbolo o por Cristo, que las impone la corona, y finalmente en reuniones de santos presididos por Cristo.

A causa de los mismos temas representativos figurados, en su mayoría alusivos a aspectos del arte sepulcral y a la veneración de los santos, da a creer que esta clase de vasos fueron utilizados especialmente en los banquetes fúnebres celebrados en sufragio de los simples fieles, en los actos comúnmente designados con la palabra *refrigerio*, que aparece escrita en algunos de ellos acompañando las escenas. Celebración tan arraigada en las costumbres cristianas, que luego se tributó a la veneración de los mártires, motivando la existencia de vasos adecuados con la representación de sus imágenes.

Las medallas y eulogias

La antigua costumbre romana de llevar suspendidos al cuello amuletos y pequeños objetos metálicos grabados, como, por ejemplo, las *bullae* de oro o de plata propias de los niños, indujo a los cristianos al uso de enseñas y medallas, que podían llevarse escondidas en el pecho, tanto en señal de recuerdo de la fe recibida y muestra de la devoción con motivo de su personal entrega a Dios como en tutela y defensa de su propia fe, puesta bajo la intercesión de un mártir especialmente venerado. El uso de las medallas tuvo peculiar incremento desde el siglo IV, no empero con una generalización derivada de una producción en serie, sino en piezas labradas en ejemplar único para quien la encargara.

En las más antiguas, anteriores a la edad de la paz, los temas representados quedarían dentro del círculo de los puros símbolos, conociéndose alguna que lleva la figura del Buen Pastor. Después adquieren las manifestaciones solemnes del cristianismo y las imágenes triunfantes, como el monograma solo o acompañado por las letras apocalípticas, la escena del sacrificio de Isaac y de la entrega de la ley, pero especialmente con grupos de mártires y de santos y representaciones de sus tumbas. A menudo llevan el nombre del personaje que debió utilizarlas, como poniéndose bajo la advocación y tutela del santo a quien se encomendaban. Las medallas se acrecientan a medida que aumenta el culto y veneración a los mártires, aun pasada la época de utilización sepulcral de los cementerios, y los temas siguen inspirándose en los motivos decorativos de las basílicas, con representaciones de la cruz, de la adoración de los Magos, de Cristo que corona a los santos, de Cristo entre ángeles sobre la fuente en la que se abrevan los ciervos.

Al intensificarse el culto a los mártires con el movimiento de peregrinaciones que se inició desde el siglo IV, al margen de los actos de culto celebrados en sus tumbas y del rito del refrigerio con que se saciaba la devoción, tuvo que satisfacerse el deseo de los peregrinos de llevarse consigo algún recuerdo íntimo de su visita que les permitiera sentirse protegidos en la veneración. No era posible extraer reliquias de los mártires por el respeto sagrado que infundía la integridad de la tumba, y así sólo se

permitió tocarlas con simples tiras de lienzo o seda llamadas *brandea*, que eran entregadas como verdaderas reliquias; o llevarse una pequeña porción del aceite que ardía en las lámparas ante las tumbas, embebido en trozos de algodón dentro de fialas de vidrio, de terracota o de metal, que eran entregadas como eulogias.

Las obradas en estas dos últimas clases de materiales contenían a menudo representaciones sagradas, como son ejemplo de ello las célebres ampollas de plomo conservadas en Monza, enviadas por el papa San Gregorio a la reina Teodolinda, en las que aparece representado el colegio apostólico con Cristo o la Virgen, la aparición del ángel a las mujeres ante el sepulcro, Cristo en el cielo entre ángeles, la Virgen en trono con el Niño y el descendimiento del Espíritu Santo.

Las lucernas

Los antros subterráneos de los cementerios, aunque débilmente iluminados de trecho en trecho por los lucernarios, que dejaban penetrar algunos destellos de la luz exterior, quedaban generalmente inmergidos en las más densas tinieblas, por lo que exigían las luces de las lámparas de aceite, no sólo a fin de adelantar la excavación, sino aun como sistema de iluminación ordinaria. Nunca las abandonaban los fosores, que las llevaban en la mano suspendidas de un bastón o las colocaban en un hoyo de la pared mientras ejercían su trabajo. Con la guía de la llama de las lucernas entraban los familiares en los subterráneos para visitar las tumbas de sus seres queridos, y, en homenaje a su memoria, las dejaban en el exterior de la misma tumba, fijadas en la argamasa que cerraba los lóculos, de manera que pudieran arder alimentadas de cuando en cuando por el aceite de la ofrenda.

La lucerna, que fué la lámpara popular por excelencia, fabricada en terracota moldeada, constituía un utensilio doméstico indispensable que abundaba en todas partes. En su forma primitiva era constituída por un recipiente redondo terminado en el mechero y sin asa, que luego fué dotado de asa en forma de anillo; más tarde el recipiente pasó a ser definitivamente oval, rematado en mechero redondeado y desprovisto de asa.

Los cristianos tuvieron que utilizar las lucernas en uso, evitando las que contenían representaciones mitológicas y sobre todo obscenas, que repugnaban a su moral, y escogiendo singularmente las que contenían motivos indiferentes o simplemente geométricos y floreales. Pero a poco que fueron impregnando todas sus cosas en el sentido íntimo de los conceptos de su religiosidad, no faltaron los emblemas de las figuraciones sagradas como motivo de decoración en esta clase de piezas. No es que el único espacio cóncavo de la parte superior del recipiente, donde se acostumbraba poner las figuraciones, se prestara a recibir complejas composiciones temáticas; impedían su buena distribución uno o dos agujeros destinados a verter el aceite en el interior de la lámpara, y así el contorno de las figuraciones tenía que acomodarse a la configuración resultante.

Los temas elegidos provienen del ciclo simbólico: peces, el pescador, el Buen Pastor, el orante, la paloma y sobre todo los monogramas y más tarde la cruz en variedad de figuraciones geométricas. Entre los de origen bíblico y comunes al arte de la época, en su desarrollo durante el siglo IV, se cuentan Adán y Eva, Abel, Noé en el arca, el sacrificio de Abrahán, los exploradores de Caná, Jonás, Daniel entre los leones, los tres jóvenes del horno de Babilonia, escenas todas del Antiguo Testamento procedentes del arte sepulcral.

BIBLIOGRAFIA: CIAMPINI: *Vetera monumenta, in quibus praecipue musiva opera, sacrarum profanarumque aedium structura ac nonnulli antiqui ritus dissertationibus iconibusque illustrantur* (Romae 1690, 2ª ed. 1747). — BARBET DE JOY: *Les mosaiques chrétiennes* (Paris 1863). — MUNTZ, E.: *La mosaique chrétienne des premiers siècles* (Paris 1892). — DE ROSSI: *Musaici cristiani e saggi dei pavimenti delle chiese di Roma anteriori al sec. XV* (Roma 1873-1889). — AINALOW: *Mosaïques du IV-V siècle* (Petersbourg 1895). — KANZLER: *Osservazioni sulla tecnica dei musaici nei cimiteri cristiani*, en «Nuovo Bulletino» (1898) p. 208-11. — MUÑOZ, A.: *I musaici di S. Giovanni in fonte a Napoli*, en «Arte di A. Venturi» (1908). — WILPERT: *Die römische Mosaiken und Malereien der kirchlichen Bauten vom IV bis XIII Jahrhundert* (Friburgo 1916). — KONDAKOW, N.: *Histoire de l'art byzantin consideré principalement dans les miniatures* (Paris 1886-1891). — BUONAROTTI: *Osservazioni sopra alcuni frammenti di vasi antichi di vetro ornati di figure trovati ne'cimiteri di Roma* (Fi-

renze 1916). — GARRUCCI: *I vetri cristiani a figure d'oro.* — ARMELLINI: *I vetri cristiani della collezione di Campo Santo,* en «Römische Quartalschrift» (1892). — VOPEL, H.: *Die althristlichen Goldgläser,* etc. (Stuttgart 1898). — FRONHER: *Verres chrétiens á figures d'or* (París 1899).—BARTOLI: *Lucerne sepolcrali* (Roma 1691). —DELATRE: *Les lampes antiques de Musée de Saint-Louis de Carthage* (Lille 1889). — DE WAAL: *Die figurlichen Darstellungen auf altchristlichen Lampen,* en «Comptes rendus du Congrès Catholique en Suisse» (1897). — BAUER: *Der Bilderschmuck frühchristlicher Tonlampen* (Greifswalt 1907).

L I B R O   I I I

Las inscripciones de las catacumbas

POR EL

RVDO. DR. JOSÉ VIVES, PBRO.

PARTE I

INTRODUCCION

Las inscripciones de las catacumbas romanas nos ofrecen los más valiosos documentos para el conocimiento de la vida cristiana en los primeros siglos de la Iglesia. Son numerosísimas y de las más variadas formas.

Nuestra colección no es ni aspira a ser completa, ni mucho menos. Nos contentaremos con presentar una antología o selección de las más interesantes.

He ahí los principios que nos han guiado en nuestro trabajo.

En primer lugar, hemos tomado sólo las inscripciones que conservan el texto completo o casi completo. Hemos, pues, dejado de lado todas aquellas, en grandísimo número, de texto mutilado, a no ser que sean muy pocas las letras que faltan y fáciles de suplir. Ciertamente que entre las mutiladas hay no pocas de primerísimo valor, pero su presentación exigía explicaciones y comentarios difíciles de razonar para no especialistas.

En segundo lugar, nos hemos limitado, como exigía el título del libro, a las inscripciones que están o estuvieron un tiempo en las catacumbas y monumentos sepulcrales cristianos del subsuelo de Roma; por esto casi todas son de contenido funerario.

El tercer principio de selección ha sido la variedad: variedad topográfica, variedad literaria y litúrgica, variedad de materiales en que se encuentran grabadas, etc. Dentro de esta variedad, hemos dado una primacía a las inscripciones en que se manifiesta particularmente la devoción y culto a Cristo, a los mártires y a los santos.

Orientaciones epigráficas

Si atendemos a los elementos que llamaríamos materiales de las inscripciones, los podremos dividir en diversos grupos. Por una parte, son muy varios los materiales

sobre que están grabados los textos. Los más solemnes, en lápidas de mármol de distintas calidades; otras, en bloques de piedra; otras muchas, en objetos de alfarería, principalmente tejas; otras, por fin, en los estucos o en la misma cal o cemento que servía para las junturas de las lápidas o tejas.

Además, aunque aquí se recogen en pequeño número, son muchas las que están grabadas en objetos metálicos, de marfil o de vidrio.

Naturalmente, estos diversos materiales exigen, por lo general, diversa técnica del grabado. En los mármoles, piedra, cal y cemento, las inscripciones van incisas. Las muy buenas, en incisión triangular perfecta, como veremos al tratar de las damasianas, que fueron preparadas por un fino dibujante y muy cuidadosos lapicidas. En la mayor parte, la incisión es bastante defectuosa y más o menos somera, es decir, de poca profundidad. Las más imperfectas son las que, aceptando el nombre italiano, podemos llamar *grafitos*, esto es, inscripciones hechas no por lapicidas de oficio, sino por particulares y sencillamente con una punta dura, regularmente metálica, rascando sobre la superficie que servía de materia escritoria. Cuando ésta era la cal o el mortero fresco, la inscripción podía, naturalmente, parecer incisa.

Sobre las tejas, estucos y materiales frágiles parecidos, las inscripciones van pintadas, por lo común al minio. Algunas de estas inscripciones pintadas son muy bellas y antiguas.

A veces se encuentran inscripciones incisas buenas, que además van pintadas al minio o en negro para darles mayor realce. Pero, por desgracia, no es raro encontrar esta clase de inscripciones pintadas, que lo fueron no al tiempo de ser grabadas, sino en tiempos modernos a partir de la época renacentista.

Las inscripciones, casi en su totalidad, van escritas en letra capital romana, igual a nuestras mayúsculas de imprenta, con las letras seguidas sin división alguna de palabras, de tal manera que a veces pueden originarse dudas sobre su más acertada lectura. Por otra parte, es muy frecuente o frecuentísimo el uso de abreviaturas, en sus distintas formas: siglas, es decir, sólo la letra inicial de la palabra; síncope, suprimiendo letras del medio, de manera a veces muy caprichosa; y apócope, suprimiendo

varias de las letras o sílabas finales. Sin embargo, hay que observar que lo más corriente es abreviar palabras de muy frecuente uso y, por lo mismo, más fácilmente interpretables. Además, en estos casos de abreviación siempre o casi siempre hay algún signo de abreviatura. El más usado es el punto cuando se trata de siglas o de palabras que tienen las últimas letras o sílabas suprimidas. El punto puede ser sustituído por la «hedera» u hoja de hiedra o signo parecido. El punto no se coloca, como en nuestras abreviaciones, al pie de la letra, sino algo más en alto, a la mitad de su altura. Naturalmente, estos puntos de abreviación señalan muy bien la división de palabras y evitan la gran confusión que se produciría al encontrar todas las palabras seguidas y al mismo tiempo abreviadas. Sin embargo, no es raro encontrar estos mismos puntos separando las sílabas y aun las letras de una misma palabra. En el índice daremos una lista de las abreviaturas usadas.

Algunas pocas van escritas en la llamada letra cursiva o común, que, aunque viene a estar representada por nuestra minúscula, tiene caracteres propios muy diferentes y frecuentemente difíciles de descifrar. Generalmente suele encontrarse en los grafitos. No podemos dar aquí una exposición de sus signos o tipos. Pueden verse en los tratados de paleografía o epigrafía.

En las inscripciones se encuentran frecuentemente esgrafiadas o pintadas diversas figuras o representaciones iconográficas o simbólicas. Algunas vienen a ser simplemente abreviaturas, especialmente del nombre de Cristo. Estas abreviaturas del nombre sagrado adoptan principalmente estas formas llamadas crismón: ☧ ⳨; flanqueadas o no de las dos letras apocalípticas A ☧ ω ⳨, no raramente enmarcado el todo por un círculo a modo de corona.

Frecuentísimas son las representaciones de una o dos palomas con o sin ramos o coronas en el pico. En realidad, son la expresión gráfica y simbólica del *in pace* tan conocido: la paz o comunión con la Iglesia y la paz del cielo expresada como un deseo del dedicante o como premio ya alcanzado por el difunto.

También el ramo o palma tiene este mismo significado, no el de martirio que a veces se le ha querido dar.

No tan frecuentes, pero no raros, son los esgrafiados o pinturas con representaciones de instrumentos referentes al oficio o cargo que tuvo el difunto en vida. Véanse los números 284 y 296, especialmente la curiosa representación de un órgano en el n. 274.

Si atendemos al texto, que es lo que particularmente aquí importa, la principal división será según las personas a quienes van dirigidas o dedicadas, ya que, como queda dicho, casi todas son sepulcrales, y clasificando a las personas primero desde el punto de vista religioso y eclesiástico, y en segundo lugar por su cargo civil y familiar. He ahí el esquema de clasificación:

I. Mártires y santos.
   a) Epitafios y elogios sepulcrales.
   b) Aclamaciones y oraciones a Cristo, a la Virgen y a los santos.

II. Los sacramentos.
III. La jerarquía eclesiástica.
IV. La nobleza.
V. Oficios y cargos públicos
VI. Carreras y oficios civiles.
VII. La familia:
   a) Los cónyuges.
   b) Padres e hijos.

VIII. El sepulcro.
IX. Varia.

Naturalmente, varias de las inscripciones de una sección podrían muy bien formar parte de otra u otras secciones, ya que, como se comprende, los miembros de la jerarquía eclesiástica, los nobles y las personas que ejercían cargos u oficios formaban al mismo tiempo parte de una familia y podían ser padres, cónyuges o hijos, y lo mismo se diga de las personas a que se refieren las inscripciones que hemos incluído en las secciones: aclamaciones, oraciones, sacramentos.

Los formularios

Es grande la variedad de formularios de las inscripciones romanas, que, en general, puede decirse dieron el

modelo a todo el mundo occidental. Pero pueden agruparse desde ciertos puntos de vista.

En primer lugar, hay una diferencia fundamental entre las inscripciones en prosa y las métricas, y por otra parte, entre las dedicadas a los mártires y las propias de los fieles.

El formulario más generalizado es el propiamente romano antiguo no cristiano, despojado de frases típicamente paganas. Comprende estos elementos: 1. Nombre del difunto a quien va dedicado. 2. Su cargo dentro la comunidad cristiana, civil o familiar. 3. Algún epíteto de elogio. 4. Edad del difunto y data de su muerte o deposición (sepelio). 5. Nombre del dedicante. El orden de estos elementos en el formulario puede variar notablemente.

Del formulario propiamente pagano se ha suprimido el D. M. que encabeza invariablemente dicho formulario y las siglas finales *s(it) t(ibi) t(erra) l(evis)* o parecidas con que frecuentemente termina. Muy a menudo estos elementos típicamente paganos se transforman en las lápidas cristianas en la cruz, crismones o símbolos parecidos, o en aclamaciones, especialmente el *in pace.*

Naturalmente, en estas inscripciones dedicatorias el nombre del difunto va en dativo, a no ser que vaya precedido de las palabras *memoria, sepulcrum* o similares, que exigen el genitivo. El nombre del dedicante (singular o plural) va al fin en nominativo, seguido de otro dativo referente al difunto, en que se expresa su relación de parentesco o compañerismo: *filio dulcissimo, coniugi amantissimo,* etc., y la palabra *fecit.*

Entre las palabras de elogio son frecuentes las que expresan inocencia y amor entre hijos y padres; castidad, para jóvenes y esposos. En las de los esposos se anota frecuentemente que vivieron tanto tiempo en buena armonía, sin detrimento de ánimos. Al cónyuge se le llama no raramente *virginio,* expresión que significa, aplicada al marido, que éste había tomado esposa virgen, llamada por esto *virginia.*

La edad del difunto va expresada en años, meses y días si se sabe con certeza, o si no, se añade la fórmula *p(lus) m(inus),* más o menos, en abreviaturas diversas para indicar aproximación. De la misma forma se anota

el tiempo de convivencia marital cuando se trata de esposos.

La data de la muerte o deposición se expresa, al modo romano, por el día, según las kalendas, nonas e idus, del mes, todo en acusativo o ablativo si, como es lo más corriente, no hay abreviaturas. Muy raramente se indica el día de la semana al modo pagano: *die lunae, Martis, Mercurii, Iovis, Veneris, Saturni, Solis,* o la feria. Se ve algún caso de añadirse el día de luna, es decir, el número de días que tenía la luna, con el numeral correspondiente.

El año se establece, asimismo, según el estilo romano de los cónsules, que variaban cada año. Generalmente se indica el nombre de los dos cónsules. Si un mismo personaje era nombrado cónsul más de un año, se expresaba la segunda vez por el ordinal II; la tercera, por III, etc. Los nombres van en ablativo, por lo común seguidos de la expresión de su dignidad en las abreviaturas muy variadas de las palabras *viris clarissimis consulibus* (varones clarísimos cónsules); en singular, si sólo se nombra un cónsul; o bien, menos frecuentemente, en genitivo, precedidas de *consulatu* (en el consulado), también en abreviatura.

Esporádicamente se añade el año, del ciclo de quince, de la indicción, por su ordinal.

Esta fórmula de estructura precristiana, según hemos dicho, se modifica o cede el lugar, a medida que avanza el cristianismo, a otra que podríamos llamar estrictamente cristiana y que se extiende principalmente por todo el imperio fuera de Roma. Deja de ser dedicatoria, y por esto el nombre del difunto aparece en nominativo, se conservan los tres siguientes elementos, pero desaparece el último o el nombre de los dedicantes. Un estadio intermedio representan las inscripciones ya de tipo romano antiguo, en que, teniendo el nombre del difunto en nominativo, no en dativo a modo de dedicatoria; no obstante, al fin se conserva, también en nominativo, el nombre del que ha preparado el sepulcro con la indicación *fecit* (hizo) o parecida. En éste, como en el anterior formulario, la frase típicamente cristiana es la que sirve para indicar la muerte y el sepelio, por las expresiones *recessit, decessit, dormit* y tantas otras para el traspaso, o el *depositus est,* para el sepelio o deposiciones, aún más cuando sigue el *in pace* (en paz) o *in Christo* y similares.

Grupo aparte del todo diferente por su fórmula es el de las aclamaciones y oraciones, como veremos, en el que los elementos que podríamos llamar históricos casi desaparecen: edad, día de la muerte o deposición, etc.

También forman grupo aparte las inscripciones en verso. En éstas, aunque se sigue más o menos el esquema primeramente esbozado, se amplía o se da principal importancia al elemento 3, o a los elogios. Por esto muy frecuentemente los elementos históricos van como en un apéndice al final y en prosa.

I. Los mártires

El primer grupo y más importante de las inscripciones de esta antología es la de las dedicadas a los mártires y santos que tuvieron culto en la antigüedad cristiana.

Son de dos clases. Unas, por desgracia muy pocas, las propiamente sepulcrales, puestas en sus tumbas o estancias catacumbales a raíz de su muerte o deposición. De formulario sencillísimo, impresionante por su brevedad: el nombre escueto del santo, su condición dentro la comunidad cristiana, seguida de la palabra abreviada mártir y, alguna vez, la data de la deposición. Véase el grupo de inscripciones griegas de los papas de la primera mitad del siglo III, que es cuando empieza a florecer el culto a los mártires (nn. 1-4).

Nótese que en ellas se omite toda referencia a la edad del difunto, que casi nunca falta en las inscripciones de los fieles, y aun toda fórmula de paz. La palabra *mártir* valía por todo. Se ve que todas ellas eran obra de la Iglesia como comunidad, sin que interviniera para nada la familia que pudiera tener el difunto.

Otra serie más numerosa es la de epígrafes dedicados en elogio de los mártires o conmemorando obras realizadas en sus estancias sepulcrales. Son, generalmente, de la época postconstantiniana de paz de la Iglesia, aunque hay alguna que parece colocada poco después de la muerte del mártir honrado.

Entre éstas vemos un pequeño grupo que vienen a ser sencillas dedicatorias en las que consta el nombre del dedicante, esto es, casi lo mismo que, según antes hemos dicho, hallamos en no pocas inscripciones de los fieles,

fórmula que responde a la costumbre romana pagana. Véanse los números 8-12.

En cambio, otro grupo, el más numeroso, está constituído por epigramas métricos al estilo de los «elogia funebra», en que se recogen notas biográficas o hagiográficas del mártir con los correspondientes elogios, oraciones o súplicas pidiendo su auxilio y, cuando es del caso, con referencias a las obras hechas en su honor, no faltando casi nunca el nombre de quien o quienes han ordenado, costeado o patrocinado tales obras. Entre este grupo hay una serie, la más importante, constituída por las inscripciones damasianas, a las que dedicaremos un capítulo especial.

A continuación de estos «elogia» ponemos una serie de inscripciones, que son epitafios de los fieles, en que se manifiesta la devoción a los mártires.

En los números 60-63 se anota la conmemoración litúrgica de un mártir. En los siguientes (64-74) se manifiesta el interés de los difuntos o de sus familiares para poder ser sepultados cerca o junto al sepulcro de un mártir. Para ello se acudía al fosor o a los presbíteros encargados de la catacumba para comprar un lóculo o tumba *ad sanctos, retro sanctos*, como se decía ordinariamente. Era una gracia muy apetecida y valorada.

Un tercer y último grupo de inscripciones referentes a los mártires es el de oraciones y aclamaciones. Como es natural, entran también aquí las dirigidas a Dios, a Jesucristo y a su santísima Madre.

Entre ellas hay que destacar las puestas en los santuarios de los mártires por los visitantes, las llamadas *grafitos*, tan abundantes en la «Memoria apostolorum» en el subsuelo de la basílica de San Sebastián, en la vía Apia (nn. 86-88).

Junto a las oraciones dirigidas a Dios y a sus santos, hemos puesto las dirigidas a los mismos difuntos o puestos en boca de los difuntos y dirigidas a los visitantes de la tumba, manifestaciones espontáneas de la «comunión de los santos» (nn. 89-97).

Pueden considerarse también como oraciones los textos en que aparece la palabra *refrigerium*, que expresa el deseo de «los gozos de la gloria celestial» (nn. 98-106). «Locum refrigerii, lucis et pacis» es llamado el cielo en una oración de la misa de difuntos.

Muy parecidas a las oraciones son las aclamaciones dirigidas asimismo a Cristo y a sus mártires en una expresión de deseo y esperanza (nn. 107-34).

II. Los sacramentos

Formularios netamente cristianos son los referentes a la fe (nn. 135-42) y a los sacramentos (143-155), de los que damos una muestra en el grupo siguiente. Fórmula sintética de la recepción del bautismo, seguida del de la confirmación y de la eucaristía, son las palabras *accepit, recepit, percepit,* en estos o en otras formas de los mismos verbos, con el significado de «recibió la gracia santificante». En oposición a ellas, aunque no en contraposición, hallamos frecuentemente la palabra *reddidit,* para indicar que el sepultado «devolvió el espíritu» a su creador, murió. Algunas frases indican solamente el bautismo: *abluta lymbis* (148); otras la confirmación: *uncta* (155), *in signo* (154).

Particularmente hermosas y significativas son las frases para indicar que el difunto era recibido por Dios a la vida eterna: *iit in pace* (n. 150): *accepta aput Deum* (158); *receptus ad Deum* (159); *dormit in Deo* (160); *accersitus ab angelis* (162); *vivis in gloria Dei* (163.)

III. La jerarquía eclesiástica

Entre los numerosos epitafios que recogemos en nuestra colección referentes a miembros de la jerarquía eclesiástica, abundan en subida proporción los redactados en verso, escritos así sin duda para dar mayor realce a estas personalidades. Esto, que aparece claramente en las inscripciones romanas, lo pudimos ver también en la colección de las hispanas que publicamos en 1942.

La interpretación exacta de estas inscripciones ofrece no pocas veces serias dificultades. Los autores no eran, por lo general, grandes literatos acostumbrados a redactar elegantemente, pero con claridad y precisión, sino mediocres versificadores que no dominaban la lengua y fácilmente caían en la confusión al poetizar sus conceptos. Esta confusión aumenta cuando se hacen referencias a sucesos o actividades que nos son desconocidas.

En los textos referentes a presbíteros, diáconos, acólitos, etc., se mencionan a veces la región (nn. 190-191) y el título a que pertenecían. Las regiones en que se dividía la ciudad eran siete, y los títulos o iglesias titulares, en tiempo de San Gregorio, veinticinco. Las iglesias titulares tenían algunas dos nombres, el del verdadero título primitivo o personaje que lo levantó y el del santo o santos titulares de la iglesia, aunque alguna vez el titular, como Crisógono, pasó a ser santo (n. 176). Así vemos mencionados los títulos de Pudentianae (n. 197), llamado también de Pudentis; el de Vestinae (n. 193) o Sti. Vitalis, el de Fasciolae (n. 194) o de los Santos Nereo y Aquileo y el de Santa Cecilia (n. 199).

Por la inscripción número 192 venimos en conocimiento de la importancia que podía tener el cargo de un acólito, ya que Inocencio (siglo IV-V) fué enviado por disposición eclesiástica y en misión sagrada a Grecia y a varias regiones de Italia, muriendo durante una de estas misiones en Cerdeña.

Otros ministros sagrados de órdenes menores son los lectores (nn. 194-199), exorcistas (nn. 200, 201) y crucíferarios (*staurophorus* n. 202). Había, además, al cuidado de la iglesia el prepósito (n. 203), que era un presbítero; los mansionarios, llamados también cubicularios, es decir, custodes o guardianes (nn. 204-206); los notarios con un primicerio (n. 209) o jefe, que estarían en la cancillería, según nos atestigua una inscripción damasiana (p. 428), que los llama *exceptores*, y otros escribas y archiveros, ya que el número 209 habla de un jefe del «scrinium» (archivo).

También era un servidor de la iglesia Victorino, del número 207, llamado *puer*, que no puede significar aquí *niño*, pues tenía al morir treinta y siete años, sino mozo, criado.

Servidores con amplios poderes en los cementerios o catacumbas eran los *fossores*, que intervienen no sólo en la construcción, sino también en la administración de las sepulturas. Quizá era ayudante suyo el *montanarius* del número 296, que había trabajado, según reza el texto, «en todo el cementerio» o, quizás, «en todos los cementerios».

De la vida monástica o de comunidades religiosas, que debió ser muy intensa en los primeros siglos, según manifiestan los textos literarios, nos quedan relativamente

pocos testimonios en la epigrafía romana catacumbal. El número 216 nos menciona un prepósito del monasterio de San Hermes; el número 217, una abadesa Serena, virgen sagrada, y otras vírgenes sagradas los números siguientes. Institución benemérita era la de las viudas que se confiaban al cuidado de la Iglesia. Ésta en caso de necesidad subvenía a su sustento. Por esto en el número 226 se nos dice que una piadosa viuda, Regina, que sólo había tenido un marido, permaneció en tal estado sesenta años y *nunca gravó* a la Iglesia.

IV. La nobleza

En la sociedad romana estaban perfectamente regulados los títulos honoríficos. Los emperadores llevan como distintivo, que casi nunca falta en las inscripciones, el de Augusto (Aug.), aparte otros no tan necesarios, como el de «Pont. Maximo», «invictus», etc.

Los demás cargos se distribuían en tres órdenes: el senatorial, que gozaba del título de «clarissimo», y por esto tenemos los v. c. (c. v.) = varón clarísimo; c. f. = clarissima femina; c. p. = clarissimus puer, etc., o inl. = inlustris; sp. = spectabilis (n. 237-38, 246).

Entre los nobles de este primer orden hay que contar principalmente a las familias de los Acilios (n. 230), fundadores de la catacumba de Priscila, y a los Flavios (n. 231).

El segundo orden era el ecuestre, del que tenemos ejemplos en los números 239-241, al que pertenecían también los v. p. = vir perfectissimus (n. 259), y aun los *praeclari* y *egregii*.

De menor categoría eran los v. h. = vir honestus (número 242), y los v. d. = vir devotus, devotissimus (números 243-44).

V. Oficios y cargos publicos

En los números siguientes (245-53) hemos reunido algunos nombres de cargos civiles: cónsules, prefectos, procuradores, y después (254-62) otros de militares.

VI. Carreras y oficios civiles

Mucha mayor variedad podemos ofrecer de textos referentes a las carreras y oficios manuales.

Tenemos a un profesor de retórica (n. 263), el primero a quien por la ley se concede la dignidad de *comes* después de veinte años de ejercicio, y, por esto, llamado *vir clarissimus;* a maestros de primera enseñanza (264) y gramáticos (265); a escribas (267-68), escribientes (269), jefe de archivos (270, primiscrinius), oradores (271), doctores (272), abogados (273) y una pulsadora de órgano (274), así como médicos (275-76) y veterinarios (277).

No faltan tratantes de granos (278), mosaistas (279), tintoreros (280), reposteros (281) y pasteleros (282), cocineros (283), zapateros (284-85), orfebres (286), una hilandera de oro (287), herreros (288), curtidores (289), sastres (290), decoradores (291), colchoneros (292), costurera (293), una cantatriz (294), colonos (295), marmolistas (297), arquitectos (298), albañiles (299), vendedores de fruta (300), fabricante de espejos (301), pintores (302), fabricantes de papel (303); tratantes de marfil (304), de tejidos (305), de cebada (307), de aceite (308), de botellas (306), de tocinos (309); banqueros (310-11) y fabricante de monedas (311 a).

VII. La familia

Para ilustrar las relaciones entre los miembros de la familia cristiana formamos otro gran grupo (nn. 312-361) de inscripciones, subdivididas en tres apartados. Las en que entran varios miembros, las especiales entre esposos y las de padres e hijos.

Entre los del primer apartado sobresalen por la expresión de bellos sentimientos los en verso, especialmente en el número 314, en la que habla una niña de ocho años que debió ser el encanto de su familia (nn. 312-22).

En las de los cónyuges (segundo apartado, nn. 323-49) se anota, según ya advertimos antes, frecuentemente no sólo la edad del difunto, sino la de años de vida matrimonial. Entre los elogios se destaca la castidad y también el de haber vivido en armonía conyugal, sin riñas ni fricciones. Ya hemos dicho que la palabra *virginia, virginius,* indicaba, respectivamente, que la mujer era virgen al casarse y por esto su marido se llamaba *virginio.*

En las entre padres e hijos (nn. 350-55) es donde generalmente se acentúa la expresión de dolor y sentimiento por la ausencia del ser querido. Véase como mo-

delo el número 353, en que una madre, ya anciana, se duele de la pérdida de su hija Rode. También es muy bella la que hace un hijo a su dulce madre Túrtura, que se conservó viuda durante treinta años, haciendo de padre y madre al hijo que la llora (n. 350).

Como apéndice a las inscripciones familiares ponemos algunas dedicadas a niños pequeños (nn. 356-61) y otras a miembros de la familia legal, es decir, ahijados, tutores, siervos, libertos y patronos (nn. 362-66).

VIII. El sepulcro

Por fin, para recapacitar la gran variedad de nombres que se dan al sepulcro en las inscripciones cristianas, damos algunos ejemplos en los números 367-83. Además de los corrientes *sepulcrum, locum, titulum*, tenemos algunos más pronto raros, *signum, domus aeternalis*, y los que indican sepulcro dúplice *(bisomum)*, tríplice *(trisomum)*, cuádruple *(quatrisomum)*.

IX. Varia

En apéndice o suplemento damos algunas de muy variadas formas que no merecen un capítulo especial.

Nuestra edición

Quizá sea esta nuestra antología la primera colección de inscripciones de cierto volumen que se publica con la traducción de los textos. En las ediciones de textos epigráficos latinos acostumbran los autores dar su transcripción esmerada acompañada de algunas, muy pocas, notas para ayudar a la interpretación de las palabras o formas poco corrientes, siendo raras las que ofrecen la traducción completa del texto.

Y es que ésta ofrece frecuentemente serias dificultades. Como se podrá ver en este volumen, en esta clase de textos, redactados los más por personas imperitas, fallan continuamente las reglas de gramática, y especialmente de morfología y sintaxis, y esto, en latín, origina gran confusión y angustiosas dudas. Estas dudas aumentan

cuando no se conserva la lápida original, y hay que fiarse de transcripciones de los tiempos lejanos.

Por esto hemos de reconocer que nuestra interpretación en no pocos casos no pasará de ser una de las posibles y podrá ser muy mejorada.

En cuanto a la forma de traducción misma, hemos adoptado un criterio intermedio, ni demasiado al pie de la letra ni excesiva libertad. Se trata no de una edición crítica para especialistas, sino de una antología para un público culto.

Nos permitimos adoptar algunos pocos vocablos que no figuran en el Diccionario de la Academia, castellanizando palabras latinas o italianas, muy típicas y frecuentes. Tales son:

benemerente, mejor que *benemérito*, para traducir la tan frecuente voz latina *benemerens;*

deposición, acción de deponer, en el sentido que para el verbo *deponer* admite la Academia como anticuado, *depositar*, del latín tan frecuente *depositio;*

fosor para traducir *fossor*, mejor que *sepulturero;*

grafito, del italiano *graffito*, esgrafiado o escrito con punzón o punta dura.

También usamos *beato* exclusivamente en el sentido que ya admite la Academia, de *feliz*, *bienaventurado*, aplicado frecuentemente a los mártires y santos, es decir, no el moderno de *beatificado*.

En algunas traducciones de piezas métricas hemos intentado a veces una traducción rítmica, especialmente cuando el texto es verdaderamente poético. Cuando, para mayor inteligencia, hemos añadido algunas palabras que no están en el original, las hemos incluído entre paréntesis.

Los textos epigráficos se presentan en los originales dispuestos en líneas muy cortas, a veces con divisiones arbitrarias de palabras y sílabas. Para que esta colección pueda servir de modelo a seminaristas y estudiantes universitarios, hemos adoptado el método propiamente epigráfico, de imitar la disposición original, en el primer y más importante grupo de inscripciones, las referentes a los mártires. En las demás damos el texto seguido y en letras minúsculas, señalando, sin embargo, la división de líneas del original por medio de líneas verticales. Naturalmente, las inscripciones métricas van todas dispuestas en una línea para cada verso, según es costumbre.

La grafía de los textos es, muy a menudo, incorrecta, cuando no disparatada, si la juzgamos según las reglas de la ortografía latina corriente. En un índice señalaremos las formas raras acompañadas de las correctas correspondientes.

Aquí señalamos las que se repiten con cierta frecuencia.

Muy frecuentes:

e por *ae* y viceversa al principio, fin y en medio de palabras.
y por *i* y viceversa.
u = *v*.
b por *v* y viceversa.
m final suprimida, especialmente la de acusativo.
h añadida o suprimida arbitrariamente.
f por *ph*.

Menos frecuentes, pero no raras:

e por *i* y viceversa.
o por *u* y viceversa.
c por *g* y viceversa.
s por *x*.

Simplificación de duplicadas, como *n* por *nn*.

La confusión de los casos de la declinación es también muy frecuente. Sin embargo, se puede advertir que estas confusiones son mucho más abundantes en los textos tardíos (siglos V-VI y siguientes).

Los textos los tomamos principalmente de la magna y atildada colección de Ernesto Diehl, que vamos a citar continuamente como referencia bibliográfica. Las inscripciones encontradas en los últimos decenios las tomamos de la *Rivista di Archeologia Cristiana*, publicada por el Pont. Instituto de Arq. Crist. de Roma. Para las inscripciones damasianas citamos preferentemente la edición del P. Ferrua. Subsidiariamente citamos algunas otras obras, especialmente cuando en éstas se encuentran buenas reproducciones o facsímiles de las inscripciones de referencia.

Bibliografía con las abreviaturas correspondientes

DE ROSSI, *Roma sott.* = G. B. de Rossi, *La Roma sotterranea cristiana* (Roma 1864).

DIEHL = Ernestus Diehl, *Inscriptiones latinae christianae veteres*, 3 vols. (Berlín 1924-30). Citamos el número de los textos reproducidos.
FERRUA, = Antonius Ferrua, *Epigrammata damasiana* (Città del Vaticano 1942). Citamos el número de la inscripción si no se anota otra cosa.
F = FERRUA (la obra citada antes)
N. Bull. = Nuovo Bulletino di Archeologia cristiana, vols. 1-28 (1895-1922).
RAC = Rivista di Archeologia cristiana, 1 (1924 y siguientes).
SILVAGNI = Angelo Silvagni, *Inscriptiones christianae urbis Romae annorum notas exhibentes* (Roma 1929). Citamos el número de la lámina.
WILPERT, *Cripta.* = Giuseppe Wilpert, *La cripta dei Papi e la capella di santa Cecilia nel cimitero di Callisto* (Roma 1910).

Las inscripciones damasianas

Entre las inscripciones métricas dedicadas a los mártires hay, según hemos dicho, una serie compacta y numerosa formada por las damasianas, las más importantes por su valor religioso y hagiográfico y las más bellas y artísticas por su presentación epigráfica. Por ser su autor conocido y de origen hispano, les vamos a dedicar un largo capítulo.

Nuestro papa San Dámaso (años 366-384) es el papa de las catacumbas, y con razón lo declaró Pío XI en 1926 patrón de ellas y de la arqueología cristiana.

Por esto se impone dediquemos aquí unas páginas a su personalidad y a su obra.

La España romana, que dió a la metrópoli del Imperio el más grande de los emperadores del siglo IV, Teodosio el Grande, dióle asimismo el más insigne de los papas del mismo siglo, nuestro San Dámaso.

Cualquiera de las provincias o pueblos de la Península puede teóricamente reclamar para sí el honor de haberlo visto nacer, ya que él, que nos legó tantas noticias sobre otros santos, no se interesó nunca por transmitirnos esta tan deseada, seguramente porque creía, según manifestó repetidas veces, que el derecho de ciudadanía se adquiere para un cristiano no en el lugar de nacimiento, sino más bien en el de la muerte, que es el verdadero natalicio para la patria celestial.

Por esto en uno de sus versos, encarándose con los orientales pretenciosos, que se vanagloriaban de que San Pedro y San Pablo hubiesen nacido en el Oriente, dice que

Roma, en donde habían vertido su sangre, tenía mejor derecho a proclamarlos ciudadanos suyos (n. 27).

Que Dámaso era de origen español lo sabemos por el testimonio explícito y preciso del *Liber Pontificalis*, que es el libro de la historia de los pontífices romanos, de grandísima autoridad especialmente para la vida de los papas a partir del siglo IV. Dice dicho libro: «Damasus natione spanus; ex patre Antonio, sedit annis XVIII, mensibus III, diebus XI»; es decir: Dámaso, español de nación, cuyo padre llamábase Antonio, se sentó (en la silla pontifical) dieciocho años, tres meses y once días.

La afirmación no puede ser más clara y rotunda. Sin embargo, tratándose de personalidad tan gloriosa, no es extraño que ya desde el Renacimiento no pocos historiadores, principalmente italianos, hayan querido negar la autoridad del *Liber Pontificalis* en este punto.

No queremos aquí rebatir una por una las razones aducidas por estos historiadores. Basta decir que aun a juicio suyo son dudosas, y no pueden valer diez, veinte razones dudosas contra un testimonio tan claro y de tanta autoridad. Sin embargo, nos referiremos después a una de dichas razones, la que podría crear cierta dificultad.

Aunque originario de España, Dámaso ya de niño pasó a residir en la Ciudad Eterna acompañado, cuando menos, de su madre y una hermana. Aquélla llamábase Lorenza, y ésta, Irene.

Era por los años en que la Iglesia católica había recobrado la paz concedida por el edicto de Milán (año 313), pocos años después del nacimiento de nuestro biografiado (años 305 a 306). En el hogar de las familias cristianas, confortadas por esta gracia extraordinaria, se platicaría frecuentemente acerca de las luchas de los tiempos difíciles, y especialmente de la última y más sangrienta de las persecuciones, la de Diocleciano (años 301-304). Dámaso niño se complacía en oír tales relatos; él mismo, cuando mayor, nos atestigua que en su primera edad (*cum puer essem* = cuando era niño, n. 33) había oído de labios del propio verdugo la descripción del martirio de los santos Marcelino y Pedro. Entonces, pues, debió ya adquirir la singular devoción y profundo respeto a los santos mártires, que imprimieron en su carácter uno de los más notables rasgos de su cristiana vida.

De la juventud de Dámaso sabemos pocas cosas más. Seguramente abrazó muy joven el estado eclesiástico, recibiendo en largos intervalos las órdenes menores y mayores y ejerciendo los oficios correspondientes hasta llegar al diaconado, que le fué concedido antes del año 355. Aunque entonces no era obligatorio para todos estos oficios el celibato, Dámaso quiso adornarse con esta angélica virtud, y por eso fué llamado por San Jerónimo «virgen doctor de la virgen Iglesia».

Entretanto perdería a su padre, si no lo había perdido ya en España, quien al morir le encomendó particularmente el cuidado de su hija Irene, la más joven de la familia. Ciertamente no podía dejarla en mejores manos. La joven doncella, siguiendo el ejemplo de su hermano, hizo voto de castidad y vivió, como una de las vírgenes prudentes, siempre con la lámpara de las virtudes repleta de aceite, bien encendida para recibir al esposo celestial, que se le presentó pronto, cuando sólo contaba unos veinte años, pero había dado ya óptimos frutos de santidad, según expresa su hermano Dámaso en el elogio sepulcral que le dedicara.

Le quedaba aún a éste su piadosa madre Lorenza, quien después de casada (o de viuda) vivió, al decir del hijo, sesenta años dedicada a Dios y murió hacia los noventa, después de haber tenido la ventura de ver descendientes, que le daría alguno de los otros hijos de nombre desconocido, hasta la cuarta generación.

Todas estas noticias las conocemos por los epigramas del propio Dámaso dedicado a su madre (n. 223), a su hermana Irene (n. 218) y otro en que alguien ha creído ver una referencia a su padre, desgraciadamente no conservado y sólo conocido por dos copias tardías que no concuerdan del todo y han dado pie a la controversia sobre la patria de nuestro papa. El texto dice así:

Hinc puer/pater exceptor, lector, levita, sacerdos
creverat hinc meritis quoniam melioribus actis,
hinc mihi provecto Christus, cui summa potestas,
sedis apostolicae voluit concedere honorem,
archivis, fateor, volui nova condere tecta,
addere preterea dextra levaque columnas,
quae Damasi teneant proprium per saecula nomen.

Que podemos traducir:

Porque de niño / el padre notario, lector, diácono, obispo
había ido creciendo en mérito por obras mejores,
porque aquí a mí ya anciano, Cristo, a quien pertenece la suma potestad,
quiso concederme el honor de la sede apostólica,
de los archivos he querido, lo confieso, construir nueva cubierta
y además añadirles columnatas a diestra y siniestra,
que guarden el nombre de Dámaso por siglos y siglos.

De las dos síloges que nos dan ese texto, una pone al primer verso la voz *puer* (niño), y otra, en su lugar, la voz *pater*. Naturalmente, si aceptamos como buena la voz *pater*, los dos primeros hexámetros se referirán al padre de Dámaso, cuyo «cursus honorum» se detallaría. El hexámetro tercero y siguientes se refieren clarísimamente y sin duda posible a nuestro pontífice. Por esto lo más lógico es creer que también se refiere a él el «cursus honorum» del verso primero, y así resulta una gradación seguida y perfecta de honores u oficios referentes a un mismo personaje: notario, lector, diácono, obispo y sumo pontífice. Exige esta interpretación el sentido obvio del último verso «columnatas... que guarden el nombre de Dámaso por siglos y siglos». Sería, en efecto, muy poco delicado y muy impropio de un buen hijo que Dámaso viniera a decir en el epigrama: Porque aquí mi padre fué notario, lector, diácono y obispo, y yo, sumo pontífice, he querido levantar una columnata que recuerde mi nombre. Lo lógico y natural, casi necesario, era consignar en los versos finales: He querido levantar una columnata que recuerde el nombre de mi padre y mío. ¿Cómo iba a prescindir Dámaso en el último verso, y aun en todo el epigrama, del nombre de su padre, a quien principalmente quisiera recordar en el primer hexámetro? El contexto, pues, requiere la voz *puer* para el primer verso, que ya da uno de los dos manuscritos que nos transmiten la inscripción; luego lo más indicado es aceptarlo. Tanto más sabiendo que el padre de Dámaso no fué obispo de Roma y, por lo mismo, no se explica que pudiera vivir en la cancillería como obispo.

El contexto, pues, de todo el epigrama, cuyo texto en sus líneas fundamentales es seguro, exige que se hable en él de los cargos y honores de una sola y misma persona y, por lo tanto, exige también la lectura *puer exceptor*

para el primer verso. Ahora bien, contra este contexto bien claro no se pueden presentar dificultades que deriven del segundo verso, cuyo significado, al parecer unánime de todos los editores, es sumamente dudoso y oscuro. Como no tenemos la absoluta seguridad de que la copia de este verso sea fiel, mientras no aparezca la piedra original, es inútil razonar sobre él para darle un significado contrario al que se desprende del contexto de los demás versos. Esta nuestra interpretación creemos debería darse por definitiva después de la reciente publicación en la «Rivista di Storia della Chiesa in Italia» del estudio *Del cosidetto «Titulus archivorum» di papa Damaso* (vol. 7 [1953] pp. 1-16), de Paul Künstle, quien, aceptando como la más natural la lección *puer exceptor*, propone una interpretación bastante verosímil del verso segundo que concuerda con la que requiere el resto del epigrama, es decir, el que se hable de una sola persona. Queda así orillada la única dificultad que podían presentar los defensores de la lección *pater*. Según Künstle, en este verso Dámaso reconocería humildemente que había obtenido más de lo que merecían sus actos: «giacche di quì era salito per aver ottenuto meglio di quello che non avesse fatto».

No queda, pues, razón alguna atendible contra el testimonio del *Liber Pontificalis*, que hace hispano al padre de nuestro pontífice.

Dámaso, según decíamos antes, por el año 355 ya era diácono. Los diáconos de Roma, que eran siete, ejercían un cargo de primera categoría, pues tenían a su cuidado toda la administración eclesiástica. El primer diácono o arcediano *(archidiaconus)* debía proveer al sustento de centenares o millares de pobres y amparar o velar por centenares de viudas y vírgenes. También cuidaba de los numerosos cementerios o catacumbas en donde había los sepulcros de los mártires. Nuestro santo ejerció durante varios años el cargo de arcediano de Roma, siendo la primera figura de la jerarquía eclesiástica después del papa, casi podríamos decir el cardenal secretario en lenguaje hodierno.

La Iglesia, aunque triunfante después de la paz constantiniana, pudo ampliar y perfeccionar su organización en pro de la evangelización de los pueblos, no se vió libre durante el siglo IV de graves cuidados. Hubo de sufrir la reacción pagana de Juliano el Apóstata (años 355-363) y,

lo que era peor, inacabables contiendas heréticas fomentadas frecuentemente por emperadores cristianos que, con Constancio, inauguraron la lamentabilísima tendencia a inmiscuirse en los asuntos eclesiásticos y aun en la definición de dogmas. Tiempos difíciles para nuestro santo, entonces diácono de Roma, al presenciar cómo aquel emperador decretaba el destierro del papa Liberio (año 355) por no querer éste suscribir una fórmula de fe contraria a la pureza del dogma. El prefecto de Roma, para evitar tumultos, hizo prisionero secretamente al pontífice, que hubo de salir de la ciudad acompañado de su fiel diácono Dámaso.

Consecuencia fatal de esas contiendas doctrinales era la división de las comunidades cristianas en grupos partidistas. No es, pues, de extrañar que, alejado Liberio de su grey, se formara un grupo partidario del emperador que eligió al antipapa Félix, y que al morir aquel papa, ya reintegrado a su ciudad, fraccionada la comunidad y el clero romanos en dos grupos, se provocara una lucha fratricida en la elección del sucesor, en la que, como es sabido, tomaban entonces parte todos los fieles. La mayoría eligió canónicamente a Dámaso, pero una minoría turbulenta, capitaneada por el presbítero Ursino (Ursicino), se apresuró, reunida en otra iglesia, a nombrar a este presbítero, que durante meses y años movió constantes insidias. Por fin, nuestro santo pontífice obtuvo la deseada unión y debido acatamiento de toda la comunidad, atribuyendo él tan inestimable favor a la intercesión de los mártires a quienes se había encomendado en sus tribulaciones. Lo atestiguan algunos de sus epigramas (n. 44).

Por esto una de las primeras tareas de Dámaso creado papa fué la de dar gran impulso al culto de los santos mártires, cuya devoción le venía, según hemos dicho, de lejos.

Ya como primer diácono había procurado obras de embellecimiento en los santuarios de las catacumbas que atesoraban las venerandas reliquias de los confesores heroicos de la fe, pero desde que obtuvo la suprema dignidad, se formó el plan de que todos los mártires romanos tuviesen un amplio y digno recinto junto a su sepulcro que facilitara las visitas de los fieles y los actos del culto en días señalados del calendario litúrgico. Algunos, los

más célebres: Pedro, Pablo, Lorenzo, Inés, Sebastián, tenían dedicadas hermosas basílicas a cielo abierto protegiendo sus tumbas. Otros, la gran mayoría, estaban cobijados en modestas criptas o sencillos cubículos. Pero en casi todos se hacían necesarios trabajos complementarios de ornamentación, restauración o ampliación. Ésta fué la magna labor de Dámaso.

En San Pedro del Vaticano hizo, con grandes dispendios, recoger y canalizar las aguas dispersas que fluían de la colina y profanaban con la humedad los restos de numerosos sepulcros hasta conducirlas a una fuente-surtidor que pasó a hermosear el atrio de la basílica constantiniana. Mandó reconstruir la cripta basílica de San Hipólito, levantó el gracioso altar sepulcro de los diáconos Agapito y Felicísimo en la catacumba de Pretextato, etc., hasta cuarenta sepulcros y santuarios esparcidos por los ámbitos de la Roma subterránea se aprovecharon de la solicitud damasiana para ser embellecidos.

A San Lorenzo, glorioso predecesor suyo en el cargo de primer diácono, le levantó una magnífica basílica con atrio, columnata y biblioteca en el centro de la ciudad.

Por otra parte, tuvo la feliz ocurrencia de conmemorar sus trabajos de embellecimiento en sendos epigramas o inscripciones métricas a manera de epitafios laudatorios de cada santo. Un exquisito artista, Furio Dionisio Filocalo, se encargó de hacerlos insculpir en artísticos mármoles, con la particularidad de haber creado para ello un tipo nuevo de letra de trazos finísimos y elegantes, que compiten con los mejores del tiempo clásico y resaltan extraordinariamente entre los ya muy decadentes usados en su época. Hablaremos después particularmente de este artista y de estos epigramas.

La profunda piedad de Dámaso que brilla en estos epigramas se manifestó igualmente en su amor a las Sagradas Escrituras. Imperecedera gloria suya será el haber fijado para siempre en un sínodo celebrado el año 382 el canon de los libros sagrados y el haber encargado al magno doctor San Jerónimo una edición latina de la Sagrada Escritura para que fuera el texto oficial de la Iglesia. La Biblia diversamente comentada e interpretada era la fuente principal de piedad en el siglo IV. Nuestro papa escribía a San Jerónimo, el gran exegeta: «Nada juzgo más digno como tema de disputa y conversación que pla-

ticar de las Escrituras, de manera que yo pregunte y tú respondas. No encuentro cosa más agradable en esta vida, ni pábulo, dulce más que la miel, para el alma.»

Por esto quiso dedicar uno de sus mejores versos al rey poeta David, autor de los Salmos, corto poema que va como invitación a la lectura del Salterio en no pocos manuscritos antiguos, y otro, no menos importante, al Apóstol de las Gentes, que precede frecuentemente al texto de sus Epístolas:

Preparad oídos atentos a las admoniciones de Dámaso.
Quien ansioso desee beber el agua viva, venga,
encontrará las fuentes que destilan dulce miel:
purifican, expuestas las suciedades, las interioridades del corazón
dispuesto a servir a Cristo, al renovar los cuerpos.
Queréis conocer al santo profeta de Cristo,
pastor niño sólo a él entre muchos hermanos
sacó el ángel de su ganado y lo constituyó rey,
que supiera (cual nadie) manejar con sus manos el órgano,
cantar con la cítara al pueblo el reino de Dios;
al gigante de pesado escudo que en vano amenazaba
maldades, escarnecedor, cargado de trofeos y armas,
que demente seguía el culto de los templos de dioses sordos,
aplastó con una limpia piedra, le truncó la cabeza,
y, cumplida por juicio de Dios tan ingente matanza,
mostró a las gentes los trofeos ganados al enemigo.
Así Dámaso: Dios sabe, santo (rey), tus triunfos.

Un tiempo siguiendo Paulo los preceptos de los príncipes,
como antepusiera las leyes patrias a las del Señor,
negaba que los santos profetas hubieran ensalzado a Cristo,
deseando pertinazmente desbaratar al pueblo fiel,
mientras desgarra, ciego, los píos vínculos de la madre (Iglesia)
después de las tinieblas mereció ver la luz verdadera:
en la prueba sintió lo que puede de Cristo la gloria.
Así que con los oídos recibió del Señor la voz y la luz (de los ojos),
arregló sus costumbres siguiendo los preceptos de Cristo.
Después que le plugo, cambiado el nombre (llamarse) Paulo,
cosa admirable, transportado más allá de los aires,
mereció conocer lo que pueden los premios de la vida:
arrebatado, mártir, se levantó hasta las estancias de Cristo
subiendo al paraíso le retiene el tercer círculo (del cielo)
goza de los coloquios del Señor, guarda sus secretos,
constreñido a predicar la verdad a gentes y pueblos,
penetrar el profundo del mar, contemplarlo un día y una noche,
aunque le hubiera satisfecho vivir escondido.
Flagelación, grilletes, hambre, pedradas y rabia de fieras,
naufragios, lágrimas, duros venenos de serpiente,
estigmas de Cristo, nada de esto temió llevar en su cuerpo.
El enseñó a los creyentes cómo vencer la muerte.
Maestro digno del amor de Dios vivirá por los siglos,
Con estos versos, beatísimo santo doctor,
he querido mostrar brevemente tus triunfos.

He ahí el texto latino de estos dos epigramas:

Nunc Damasi monitis aures praebete benignas.
Quisque sitit veniat cupiens haurire fluenta,
inveniet latices servant qui dulcia mellas;
sordibus expositis purgant penetralia cordis,
corpora cum renovant Christo servire parati.
Prophetam Christi sanctum, cognoscere debes,
pastorem puerum multis de fratribus unum,
angelus ex ovibus rapuit regemque dicavit,
organa qui sciret manibus conponere solus,
psallere per citharam populis caelestia regna.
Ingentem clipeoque gravi frustraque minantem
impia, maledicum, faleras et tela gerentem,
surdorum demens coleret qui templa deorum,
mactavit saxo tereti truncumque reliquit;
iudicioque dei ingenti mox caede peracta,
monstravit populis tulerat quae ex hoste trophaea.
Haec Damasus: scit, sancte, tuos deus ipse triumphos.

Iamdudum Saulus procerum praecepta secutus,
cum domino patrias vellet praeponere leges,
abnueret sanctos Christum laudasse prophetas,
caedibus adsiduis cuperet discerpere plebem.
cum lacerat sanctae matris pia foedera caecus,
post tenebras verum meruit cognoscere lumen:
temptatus sensit posset quid gloria Christi.
Auribus ut domini vocem lucemque recepit,
conposuit mores Christi praecepta secutus.
Mutato placuit postquam de nomine Paulus,
mira fides rerum, subito trans aethera vectus
noscere promeruit possent quid praemia vitae:
conscendit raptus martyr penetralia Christi,
tertia lux caeli tenuit paradisus euntem;
conloquiis domini fruitur, secreta reservat,
gentibus ac populis iussus praedicere vera,
profundum penetrare maris noctemque diemque
visere, cum magnum satis est vixisse latentem.
Verbera vincla famem lapides rabiemque ferarum,
carceris inluviem virgas tormenta catenas
naufragium lacrimas serpentis dira venena,
stigmata non timuit portare in corpore Christi;
credentes docuit possent quia vincere mortem.
Dignus amore dei vivit per saecla magister.
Versibus his breviter, fateor, beatissime doctor,
sancte, tuos Damasus volui monstrare triumphos.

Dámaso murió, casi octogenario, el 11 de diciembre del año 384, dejando preparada su tumba. En un principio había pensado y deseado ser enterrado en la cripta de los papas de la catacumba de Calixto, pero, según manifiesta en uno de sus epigramas (n. 28), no se atrevió, por

respeto y reverencia a los restos mortales de sus santos predecesores allí sepultados, a tocar sus sepulcros, como se hacía necesario para dar lugar al suyo. Hizo construir, no lejos de allí, una pequeña basílica cementerial, y dispuso fuera sepultado junto a las tumbas de su madre y hermana Irene. Compuso su propio epitafio sepulcral, como lo había compuesto para aquellos dos seres queridos.

Por el epitafio de su madre (n. 223), por desgracia no conservado con texto completo, nos enteramos que ésta vivió hasta cerca los noventa años y que dichosa vió sus descendientes hasta la cuarta generación, habiendo pasado santamente, o dedicada a Dios, sesenta años después de su matrimonio o, probablemente, después de viuda.

El suyo (n. 165) es una delicada manifestación de esperanza de que el Señor, que obra tantas maravillas e hizo resucitar a Lázaro, el hermano de Marta, hará resurgir sus cenizas.

* * *

Dámaso no fué en verdad un poeta, un literato en el estricto sentido de la palabra, como su compatriota casi contemporáneo Prudencio; pero no solamente sus epigramas, sino también y principalmente su amistad y correspondencia con el erudito polígrafo Jerónimo manifiestan su amor y entusiasmo por las letras y por las cosas del espíritu.

Sus composiciones poéticas no merecen, ciertamente, el desprecio con que las tratan algunos autores. Para enjuiciarlas debidamente se han de tener en cuenta, como ya observó Stornaiolo, algunas circunstancias: el tiempo en que fueron escritas, época de decadencia, de transición y poco gusto. Principalmente, añadimos nosotros, hay que considerar que se trata de un género nuevo, sin modelos anteriores que le sirvieran de guía. Cierto que los tan abundantes «elogia funebra» o epitafios métricos sepulcrales en honor de los difuntos le ofrecían una pauta y debieron servirle mucho, pero se trataba de componerlos en honor de los mártires romanos, de los cuales se sabía poquísima cosa, fuera de que habían muerto heroicamente por la fe. Es sabido que no conocemos ni conoció él actas sinceras o noticias históricas fidedignas, porque no las

hubo en el siglo IV para Roma, como las hay para tantos mártires africanos o del Oriente. Por esto casi se vió obligado a repetir frases generales y vagas en la mayor parte de sus composiciones, repeticiones que hoy nos causan tan mala impresión. Veamos algunas:

Tempora quo gladius secuit pia viscera matris, repetido en nn. 29, 34, 41, 43 y 46, para decir: en tiempo de persecución.

mira fides rerum: cosa admirable;

o bien frases muy parecidas:

tulerat qui ex hosta tropaeum (n. 48);
tulerat ex hoste tropaea (verso de David);
portant qui ex hoste tropaea (n. 28);
servat qui altaria Christi (n. 47);
servas qui altaria Christi (n. 39);
servat quod membra piorum (n. 40).

Pero esta pésima impresión de encontrar tales repeticiones en la colección de epigramas damasianos, la tenemos ahora por verlos reunidos en una edición. Dámaso no pensó nunca en publicarlos coleccionados, pues no hay rastro de un tal intento. Él los escribió para ser grabados en lápidas que debían colocarse en lugares muy apartados unas de otras, en las criptas catacumbales, y con el solo fin de iluminar, avivar y fomentar la piedad de los fieles. Entonces resultaba difícil leer varios en un mismo día, y así desaparecía en su lectura la monotonía de las mismas frases y resplandecía su majestuosa sencillez y unción profunda, que cautivaría el ánimo de los piadosos visitantes.

Por otra parte, bueno será recordar que en las inscripciones sepulcrales de la antigüedad clásica era corriente emplear repetidamente ciertas fórmulas ya consagradas y rituales. En nuestra misma antología se podrán ver muy repetidos una serie de frases o conceptos de elogio, no sólo, como era de rúbrica, en los epitafios en prosa, sino también en los métricos, por ejemplo, el de la castidad de la esposa, el de que los niños y jóvenes avanzan por la edad en las virtudes, etc.

Así no es de extrañar que, desde el punto de vista literario, las mejores composiciones de Dámaso sean, sin duda, las dedicadas a otros temas, como la oda en loor del sal-

mista David, que hemos visto antes, y los epigramas familiares. Véase la dirigida a un amigo, fingido seguramente, para que se aparte de lecturas profanas:

Tú, Títiro, sentado a la sombra segura de Cristo,
modulas con cántico sacro las letras divinas;
no sigues con vana afición engañosas fábulas.
Aquéllas procuran la gloria de muy feliz vida,
a éstas les siguen en pos perennes pesares.
Por esto, te guardes, hermano, de vanas quimeras,
no sea te traguen los antros del tétrico infierno.
Mejor es aspires el hálito de libros sagrados
que sacian con castos manjares las nuestras entrañas.
La gracia de Cristo te guarde por siempre en salvo.

Texto latino:

Tityre, tu fido recubans sub tegmine Christi
divinos apices sacro modularis in ore;
non falsas fabulas studio meditaris inani.
Illis nam capitur felicis gloria vitae,
istis succedent poenae sine fine perennes.
Unde cave, frater, vanis te subdere curis,
inferni rapiant miserum ne tartara taetri;
quin potius sacras animo spirare memento
scripturas, dapibus satiant quae pectora castis.
Te Domini salvum conservet gratia semper.

Con toda seguridad, en el Títiro virgiliano de estos hexámetros se escondía el mismo Dámaso, que quiso reprocharse su excesiva afición a la literatura pagana. Precisamente otro de los más vistosos defectos de sus composiciones métricas es el de aprovechar con demasiada profusión frases y giros de autores clásicos, especialmente las del vate mantuano.

Sea cual sea su tan discutido valor, estos epigramas se hacen valiosos por otras bellísimas cualidades. Sobre todo, ofrecen una vivísima pintura de la profunda devoción del sumo pontífice por los mártires, a quienes supo glorificar y dar culto en la justa medida, reservando, con alto sentido teológico, los honores supremos para Cristo Redentor.

En sus tribulaciones, a que ya hemos hecho referencia, acude solícito a la intercesión de los mártires, haciéndoles

votos, que cumple gozoso al reconocer atendidas sus plegarias. Así la dirigida a la joven Inés (n. 50):

te ruego, ínclita mártir, favorezcas las preces de Dámaso;

o la muy parecida al dulce Tarsicio (n. 48):

caro a Dios, santo Tiburcio, te suplico protejas a Dámaso.

Pero para que una devoción exagerada a los mártires no desviase la piedad de los fieles, Dámaso procura que Cristo esté siempre presente. Es confesando a Cristo como alcanzan el cielo empíreo Félix y Adaucto (n. 36) y los sesenta y dos mártires (n. 43), o triunfan Nereo y Aquileo (n. 37), Felicísimo y Agapito (n. 35), Félix y Felipe (n. 45). Los mártires en sus sepulcros son guardianes de los altares de Cristo (n. 28 47, 39). De los treinta y seis epigramas, conservados casi íntegros, dedicados a mártires, veintiséis llevan el nombre de Cristo algunos más de una vez. La misma proporción encontramos en los dedicados a sus familiares o amigos. Irene, la dulce hermana, se ofrece de joven a Cristo; la madre Lorenza vive sesenta años a Él consagrada; Cristo, en quien reside el sumo poder, concede a Dámaso el honor de la sede apostólica; a Cristo dedica la basílica de San Lorenzo in Damaso.

Cuando hace votos a los mártires para la unión de los clérigos disidentes, es «praestante Christi» (concediéndolo Cristo), que obtiene el triunfo (n. 44), y, por fin, es de Cristo, que vivifica las simientes y devolvió la vida a Lázaro, de quien Dámaso espera la resurrección de sus cenizas (n. 165).

Los epigramas damasianos tienen, por otra parte, inestimable valor como documentos históricos hagiográficos. Ya es sabido que al tiempo de Diocleciano fueron quemados los archivos de la comunidad cristiana de Roma con casi todos los documentos referentes a sus mártires, por cuyo motivo la Ciudad Eterna no puede ofrecer a la posteridad, según ya hemos indicado, actas auténticas de martirio como tantas ciudades del imperio; como, por ejemplo, Cartago, las actas proconsulares de San Cipriano o las contemporáneas de Santa Perpetua, o bien nuestra imperial Tarragona, las de Fructuoso, Augurio y Eulogio.

Por esto tienen tanta importancia las referencias de las inscripciones damasianas, aunque escasas y muy frecuentemente envueltas en un velo de oscuridad y misterio,

pues son testimonios fidedignos de una sinceridad indubitada e indubitable, aunque algo alejados de la época de los hechos que narran.

Prueba de ello es que Dámaso acostumbró usar de una gradación cuidadosa y atenta de fórmulas para indicar la mayor o menor certeza o incerteza de sus noticias. Corrientemente afirma, narra o escribe como de cosas que considera sabidas de todos; no pocas veces exhorta a los lectores para que den crédito a sus afirmaciones, con frases como éstas: *cognosce* (n. 48), *cognoscite* (nn. 36, 44), *cognoscere debes* (n. 27), es decir: sabed, o bien *discite*, casi con el mismo sentido. Del martirio de los santos Pedro y Marcelino, según ya hemos advertido, nos hace saber que lo había oído contar de labios del propio verdugo. Del papa Marcelo, muerto cuando él era aún muy niño, dice: *haec voluit breviter Damasus comperta referre:* estas cosas indagadas ha querido referir Dámaso brevemente; del papa Marco, fallecido cuando nuestro pontífice tendría unos treinta años, afirma: *quem novimus omnes:* a quien todos hemos conocido. Cuando no está seguro, lo manifiesta claramente: *fama refert:* cuenta la fama (nn. 39, 50); *fertur, haec audita refert Damasus:* Dámaso cuenta lo que ha oído (n. 34).

Ciertamente Dámaso no pretendió en la mayor parte de sus elogios hacer un resumen completo biográfico de los mártires celebrados por no considerarlo necesario para el fin parenético que se proponía, ni intentó precisar pormenores que tanto hubieran complacido a los investigadores de nuestros días. No hizo ni podía hacer labor crítica. Será, pues, posible encontrar algún error histórico, pero podemos estar seguros que lo que él dice es lo que se sabía o creía en su tiempo, y de ninguna manera se atrevió a fantasear, como hicieron tantos hagiógrafos de siglos posteriores.

Se equivocó, por ejemplo, cuando supone a Hipólito (n. 34), que actuaba por los años 216 a 235, secuaz del cisma de Novaciano, quien no se dió a conocer hasta los años 251-253, cuando Hipólito ya había muerto; pero precisamente en este epigrama Dámaso usa por dos veces la prudentísima fórmula: *fertur; audita refert Damasus:* se dice, Dámaso cuenta lo que ha oído; lo que no es extraño tratándose de personajes que habían fallecido hacía ya más de un siglo.

Filocalo

Las inscripciones damasianas, aparte su valor literario y hagiográfico, presentan muy notable valor epigráfico y paleográfico, por estar escritas o incisas casi todas en un muy particular tipo de letra, al que ya hemos aludido.

Conocemos al artista que, podríamos decir, inventó este singular tipo. Se llamaba Furio Dionisio Filocalo, ya que varias veces se complació en inscribir este su nombre en las mismas inscripciones. Debió ser un excelso dibujante, escriba o miniaturista. Nos sale por primera vez como autor de una magnífica obra cosmográfica del año 354, que se conservó en su original hasta los tiempos del Renacimiento, cuando sacó de él una serie de hermosos facsímiles el erudito Peiresch, que aún se guardan en la Biblioteca Vaticana. Entre otras miniaturas, se pueden ver las representaciones de los meses, las de varias ciudades del imperio simbolizadas por matronas. Entre los textos hay el documento más antiguo y valioso de la hagiografía moderna, la *Depositio martyrum* y la *Depositio confessorum*, o sea, la lista calendario de los mártires y de los obispos de Roma (véase en apéndice).

Este artista, al que llamaremos simplemente Filocalo, vuelve a aparecer durante el pontificado de Dámaso (366-384) como autor, a lo menos de la escritura, de los epigramas damasianos. Probabilísimamente fué sólo calígrafo, no lapicida, ya que en dos mármoles damasianos, en que se presenta como autor, dice «scribsit»: escribió, y no *insculpsit* o nombres apropiados para designar la incisión. Y de que Filocalo usaba nombres apropiados, tenemos un indicio muy claro en el calendario mencionado, en cuya portada escribió: *Furius Dionysius Filocalus titulavit*, para señalar que él hizo los títulos o miniaturas del libro.

Aunque Filocalo era ya, sin duda, un gran artista en el año 354, no hay indicio alguno de que aplicara su arte a la epigrafía antes del pontificado de Dámaso y, según creemos haber demostrado plenamente en otro lugar, tampoco después de dicho pontificado.

De Rossi, el patriarca de la arqueología cristiana, ya vió claramente que sólo se daban inscripciones con el tipo filocaliano puro o perfecto del tiempo de nuestro pontífice o papa. Esto le indujo a creer que Filocalo

reservó su hermosa caligrafía exclusivamente para la obra damasiana, ya que para ella la había ideado. Al morir Dámaso, el artista habría abandonado sus modelos magníficos y habría adoptado, para otras inscripciones no damasianas, tipos mucho menos bellos y delicados, por no decir malos. Así hubiera rendido culto a su gran amigo, del cual se quiso llamar «cultor adque amator».

Hermosa hipótesis muy honorífica para Dámaso, pero poco fundada. Aunque muy resumidamente, podemos aquí hacer ver que Filocalo murió antes que Dámaso, y, por lo mismo, no son filocalianas las inscripciones postdamasianas con tipos que las imitan con bastante imperfección. Ferrua, el mejor editor del *opus damasianum*, admite ya plenamente nuestra hipótesis; en cambio, formula una conclusión del todo contraria a la nuestra en cuanto a la evolución de los tipos filocalianos, creyendo que los más bellos son de los primeros tiempos de Filocalo, y los más imperfectos, de los últimos años del artista. Por esto queremos insistir aquí sobre este tema, para hacer ver que nuestro buen amigo anda en este punto del todo descaminado.

El tipo filocaliano, como se puede ver en las láminas adjuntas, tiene como base la mejor epigrafía clásica, los bellos tipos que tanto abundan en las inscripciones monumentales romanas de los siglos I-III y aun a principios del IV. Pero se distinguen principalmente y a primera vista los filocalianos de éstos por la variedad rebuscada de los ápices y trazos de adorno con que terminan los palos de las letras. Estos finísimos trazos recuerdan naturalmente la caligrafía de los manuscritos y delatan muy bien el oficio de su autor Filocalo.

Ferrua ha mostrado que ese bello conjunto de adornos supletorios no los inventó Filocalo de plano, sino que ya encontró modelos, aun epigráficos, en que se manifestaban dispersamente. Con todo, creemos que se puede decir con razón que Filocalo los sistematizó de tal manera que no es impropio hablar de que los inventó, de que los creó de nuevo.

Si atendemos a toda la colección de inscripciones que pueden atribuirse con bastante seguridad a Dámaso por su texto, en cuanto a su tipo de letra podremos subdividirla en tres grupos: primero, muy poco numeroso, en tipos corrientes de la segunda mitad del siglo IV; segundo,

la mayoría, en el tipo de letra creada, según acabamos de decir, por Filocalo, y tercero, poco definido, en un tipo más o menos decadente imitación del filocaliano.

Lo que distingue la letra filocaliana de todas sus imitaciones y también de sus posibles modelos precedentes es la regularidad en la variada distribución de los rasgos de adorno en las puntas o extremos de los palos de las letras.

Estos rasgos característicos son de dos clases bien definidas:

1.ª La forma de punta o protuberancia muy pronunciada, pero roma, es decir, de silueta curvilínea, con que terminan la mayor parte de los palos, en oposición a la forma contraria o ligeramente cóncava con que acaban otros. Llamemos, pues, *punta roma* a la primera forma, y *punta cóncava*, a la segunda. Naturalmente, las hay en el extremo superior o arriba y en el inferior (pie).

2.ª Rasgos muy finos curvilíneos o serpenteados que van a uno o ambos lados de las puntas antedichas, tanto en la parte superior como en la inferior. Están, pues, en íntima conexión las dos clases de rasgos. También están en conexión estos rasgos con la diversidad de palos de las letras, según sean éstos delgados o gruesos, verticales, oblicuos o curvos.

En cuanto al grueso de los palos, hay que observar que en los tipos filocalianos, como en los de la epigrafía clásica, son gruesos todos los verticales que no van unidos a otros oblicuos en la misma letra. Son delgados los horizontales. Los oblicuos, si van de izquierda a derecha subiendo, serán delgados; y gruesos, si van de izquierda a derecha bajando. En las letras en que hay palos verticales y oblicuos, se alternan los gruesos con los delgados, debiendo observarse la regla antes dada de que los oblicuos de izquierda a derecha bajando han de ser gruesos, y delgados los que en la misma dirección van subiendo. Así la *A* tendrá el primer palo oblicuo delgado (pues sube) y grueso el segundo, que baja. De forma contraria los tendrá la *V*, que empieza bajando y acaba subiendo. La *N* ha de tener grueso su palo oblicuo que baja y, por alternancia, tendrá delgados los dos palos verticales. En la *M* tiene, como es lógico, el primer palo oblicuo grueso, y el segundo delgado; por alternancia entonces será delgado el primer palo vertical y grueso el último.

La *X* tendrá, naturalmente, grueso el palo que baja y delgado el otro, que sube.

En cambio, la *Z* tiene grueso su único palo oblicuo, aunque va de izquieda a derecha, sin duda por alternancia con los dos horizontales, que necesariamente siempre son delgados.

Esta alternancia de palos grueso y delgados no es, como ya hemos dicho, privativa del tipo filocaliano.

En cambio, sí lo es la variada y complicada alternancia de los rasgos decorativos en las puntas o extremos de los palos. Hay que distinguir cuando estas puntas o extremos queden libres o sueltos de cuando van seguidos o unidos a palos oblicuos *(N, M)*, horizontales *(E, F)*, curvilíneos *(B, D)*.

Las puntas romas van siempre y sólo en los extremos libres *(H, I)* o unidas a palos oblicuos *(N, M)*, pero no cuando van unidas a palos horizontales *(E, F)* o curvilíneos *(B, D)*; en este último caso, más bien se marca una concavidad muy ingeniosa en el extremo del palo. Así, la *A* tendrá punta roma en ambos extremos inferiores, que quedan libres, y en el superior, que une palos oblicuos. Asimismo, los cuatro de la *H*, las dos de la *I*, el superior de la *L*, los cuatro de la *M*, etc.

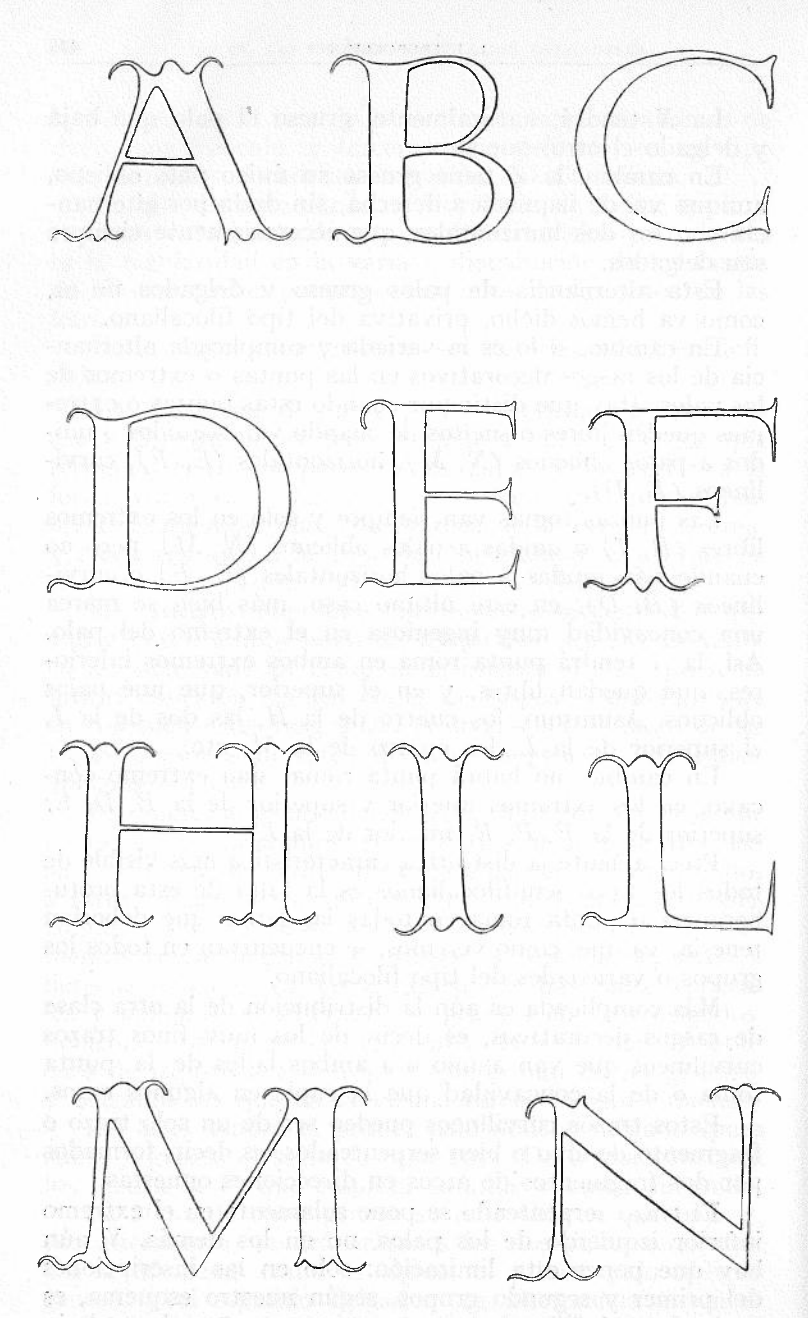
En cambio, no habrá punta roma, sino extremo cóncavo, en los extremos inferior y superior de la *B, D, E;* superior de la *F, P, R;* inferior de la *L*

Precisamente la distintiva característica más visible de todos los tipos semifilocalianos es la falta de esta protuberancia o punta roma en todas las letras que deberían tenerla, ya que, como veremos, se encuentran en todos los grupos o variedades del tipo filocaliano.

Más complicada es aún la distribución de la otra clase de rasgos decorativos, es decir, de los muy finos trazos curvilíneos que van a uno o a ambos lados de la punta roma o de la concavidad que la suple en algunos casos.

Estos trazos curvilíneos pueden ser de un solo trazo o fragmento de arco o bien serpenteados, es decir, formados por dos fragmentos de arcos en direcciones opuestas.

El trazo serpenteado se pone solamente en el extremo inferior izquierdo de los palos, no en los demás. Y aún hay que poner esta limitación: sólo en las inscripciones del primer y segundo grupos, según nuestro esquema, es decir, lo usó Filocalo en sus primeros años de trabajo



Alfabeto de la inscripción de Santa Inés.

O P Q

R S T

V Y

epigráfico. Después, intencionadamente, lo simplificó. No se encuentra en ninguna de las inscripciones del tercer grupo, el de inscripciones más bellas y perfectas.

Para hacerse cargo de la distribución exacta de estos rasgos, lo mejor será ver el facsímil adjunto de un alfabeto filocaliano casi completo (pp. 444-45).

Principios generales de la distribución son éstos: extremos con punta roma llevan a ambos lados el trazo curvilíneo (o el serpenteado en los casos anotados). Extremos con punta cóncava sólo pueden llevar un trazo curvilíneo a la izquierda. Trato especial merecen los extremos o puntas inferiores del ángulo formado en las letras *M*, *N*, *V*. En la *N* sólo hay el trazo izquierdo en la punta superior o primera; en cambio, las puntas superiores de los ángulos de la *M* tienen los dos trazos característicos. También merecen trato del todo especial las puntas de los palos horizontales, que, según hemos dicho, siempre son delgados. Las letras de módulo curvilíneo, ya en parte, *B*, *D*, *G*, *P*, *R*, *S*, ya en su totalidad, *C*, *O*, *Q*, se adaptan a las normas anteriores en el sentido de tener gruesa la parte del trazo que tiende a la verticalidad, y delgada la que es más o menos horizontal.

Del estudio comparativo del grupo de inscripciones que presentan este tipo filocaliano, hemos podido deducir y poner de manifiesto un desarrollo cronológico de menor a mayor perfección y belleza que está muy en consonancia con lo que sabemos de la carrera de Filocalo y aun con algunas noticias históricas de los mismos epigramas reproducidos en ellas.

Este desarrolllo progresivo no puede ser fijado con toda la precisión deseable por no conservarse íntegros o completos los mármoles, pero podemos señalar con bastante discernimiento las características básicas en la evolución del tipo: 1.ª Aumento proporcionalmente progresivo en el grueso de los palos o trazos constructivos de las letras. 2.ª Ligeras variaciones en los ápices o trazos de adorno, que se hacen más delicados. 3.ª Disposición cada vez más ingeniosa de las letras y espacios intermedios, para lograr que el texto, formado por líneas de hexámetros variables en el número de letras y palabras, dé un perfecto rectángulo, es decir, que las últimas letras de cada verso, como las primeras, se sitúen en línea vertical, para lo cual se unen letras contiguas en nexo, se usan letras

de tipo más pequeño en los espacios vacíos de las letras contiguas, etc. 4.ª Mayor perfección o delicadeza en la incisión.

Aunque, como se comprende, este desarrollo es incesante en las características que hemos señalado, vamos a formular teóricamente tres estadios o etapas bien visibles, que representaremos en tres inscripciones, las mejor conservadas de cada estadio o grupo:

1.ª Inscripción *Cingebant* del Vaticano (1.er grupo): No se ha intentado aún en ella que el texto forme un perfecto rectángulo, aunque cada línea es más o menos larga según el número de letras que tiene. El grosor de los palos en proporción a su altura es escasa: 16,34 %. Poca regularidad en el dibujo de las letras y en los trazos de adorno. El trazo inferior de los palos a la izquierda es serpenteado o de dos trazos curvos en dirección opuesta.

2.ª Inscripción de Santa Inés (n. 50). Ya se ha logrado el rectángulo perfecto o que las letras finales de cada verso terminen en vertical, pero por procedimiento poco ingenioso, es decir, con espacios interliterales más o menos anchos, alguna abreviatura (*-us*, *-que*) y una letra de pequeño tamaño. Algo mejorado el dibujo, persistiendo el trazo serpenteado inferior izquierdo de las letras. Ha aumentado también el grosor de los palos: 18,33 %

3.ª A este estadio se le podrían señalar varios grados. Tomamos uno de los últimos expresado por la inscripción de la cripta de los Papas (n. 28). Continúa naturalmente la disposición perfectamente rectangular del texto. Ha aumentado muy notablemente el grosor de los palos: 22,22 %. Ha desaparecido el trazo serpenteado izquierdo, que ya no se distingue de los otros. Variadísima utilización de recursos para acortar las líneas: nexos, letras altas y bajas, letras inscritas en otras. Dibujo e incisión perfectas.

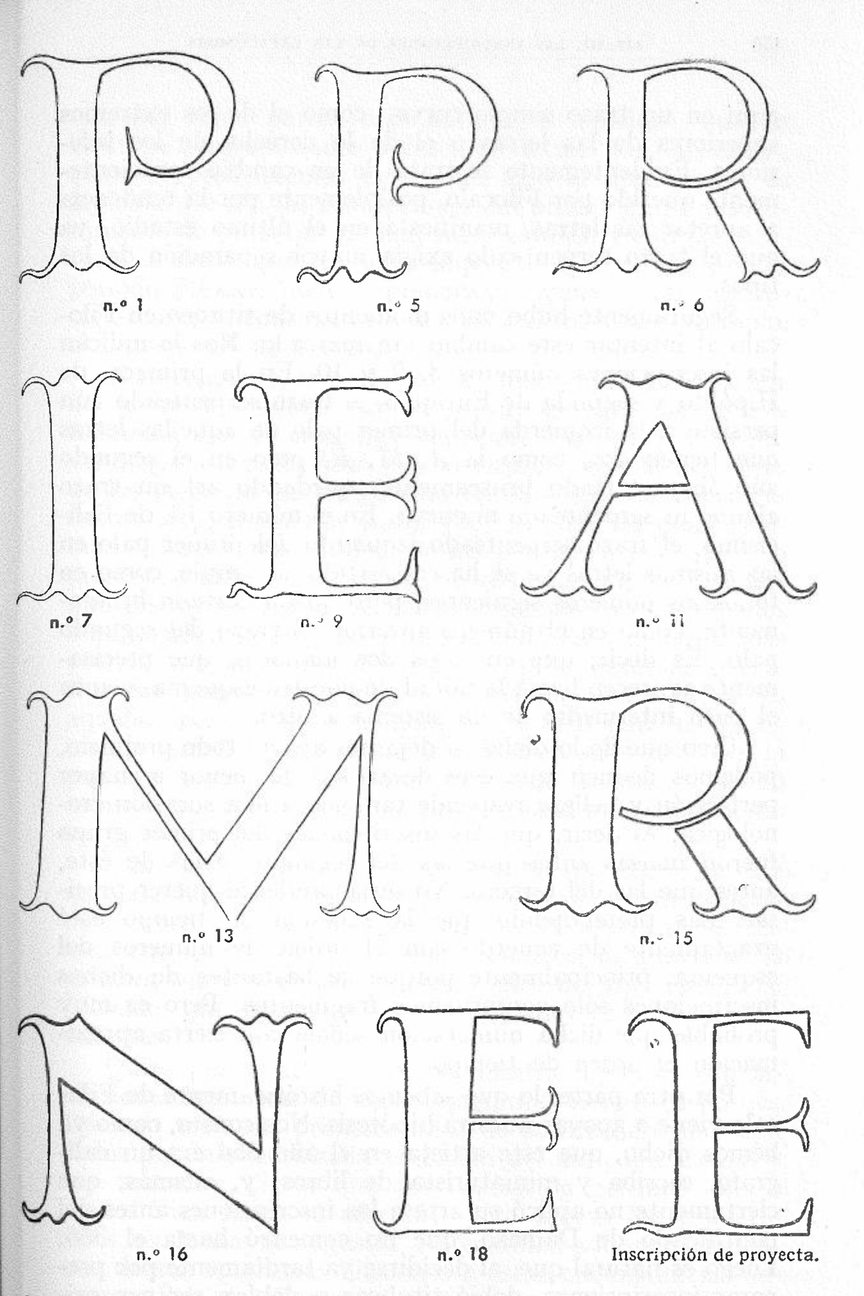
Que estos tres ejemplos no son casos esporádicos, sino representantes de grupos similares de inscripciones, lo puede hacer ver el siguiente esquema, en que ponemos de relieve las tres características más visibles: aumento de grosor, paso de la disposición irregular al rectángulo perfecto y presencia o falta del trazo serpenteado izquierdo. Incluímos tan sólo en el esquema inscripciones admitidas por todos los autores como damasianas (F. = FERRUA).

		milim.	
Primer grupo: final irregular, trazo izq. serpent., poco grueso.	1. Cingebant (F. 3)	61 × 11	= 16,39 %
	2. voljuntas (F. 14)	63 × 11	= 17,46 %
	3. absentes (F. 49)	60 × 10,5	= 17,5 %
Segundo grupo: final vertical, trazo izq. serpent., aumento de grueso.	4. Proto (F. 47)	48 × 8,5	= 17,71 %
	5. Félix (F. 7)	52 × 9	= 17, 3 %
	6. Inés (F. 37)	60 × 11	= 18,33 %
	7. Pedro y Marc. (F. 29)	81 × 15	= 18,51 %
Grupo de cambio.	8. Hipólito (F. 35)	42 × 8	= 19,04 %
	9. Eutiquio (F. 21)	50 × 11	= 22 %
	10. Agapito (F. 25)	52 ×	
Tercer grupo: final vertical, nexos de letras, trazo izq. no serp., segundo palo curv.	11. Congesta (F. 16)	45 × 10	= 22,22 %
	12. . .]vit (F. 26)	58 × 14	= 24,13 %
	13. Ianuarius (F. 24)	125 × 30	= 24 %
	14. . .] in armis (F. 27)		
	15. Cornelio (F. 19)	37 × 10	= 27,02 %
	16. Eusebio (F. 18)	36 × 10	= 27,77 %
	18. Xyxtus (F. 17)	42 × 12	= 28,57 %

En el anterior esquema es ante todo bien visible el desarrollo de menor a mayor grueso de los palos, que ciertísimamente está en proporción con la belleza y perfección de las inscripciones. Véanse los grabados de algunos de ellos. Advirtamos que puede haber o hay algún pequeño error de cálculo al tomar las medidas sobre calcos y no sobre el original. Pero aun admitiendo un 5 ó un 10 por 100 de error, la proporción ascendente del grueso no deja lugar a dudas, y aun esto se ve a simple vista en el adjunto grabado (p. 449).

También es bien visible en las láminas la carencia absoluta de nexos o letras unidas, altas y bajas, en los primeros números, y su abundancia en los últimos, y su moderación, cuando no rareza, en los intermedios. Es éste otro elemento del palpable desarrollo en la perfección de las inscripciones, que, como se ve en el esquema, está en perfecta consonancia con el primer elemento o grosor de los palos.

Un tercer elemento encontramos en el cambio de uno de los rasgos o ápices decorativos de las letras. Nos referimos al rasgo serpenteado del extremo inferior izquierdo de los palos. Este trazo serpenteado aparece sin excepción en todos los palos de las letras de los números 1-9 y falta en absoluto desde el 10 al 18, habiéndose transformado



Calco de una letra de varias inscripciones del anterior esquema reducidas a un mismo tamaño.

aquí en un trazo simple curvo, como el de los extremos superiores de las letras o el de la derecha de los inferiores. Evidentemente se trata de un cambio conscientemente querido por Filocalo, posiblemente por la tendencia a apretar las letras, manifiesta en el último estadio, ya que el trazo serpenteado exigía mayor separación de los tipos.

Seguramente hubo unos momentos de titubeo en Filocalo al intentar este cambio tan marcado. Nos lo indican las inscripciones números 8, 9 y 10. En la primera, de Hipólito y segunda de Eutiquio, el trazo serpenteado aún persiste a la izquierda del primer palo de aquellas letras que tienen dos, como la *A*, *M*, *R;* pero en el segundo aún sigue cortado bruscamente, quedando así sin trazo alguno ni serpenteado ni curvo. En el número 10, de Felicísimo, el trazo serpenteado izquierdo del primer palo en las mismas letras ya se ha convertido en simple, como en todos los números siguientes, pero queda cortado bruscamente, como en el número anterior, el trazo del segundo palo. Es decir, que en estos dos números, que precisamente aparecen hacia la mitad de nuestro esquema, vemos el paso intermedio de un sistema a otro.

Creo que de lo dicho, si dejamos aparte todo prejuicio, podemos deducir que este desarrollo de menor a mayor perfección y belleza responde también a una sucesión cronológica, es decir, que las inscripciones del primer grupo fueron incisas antes que las del segundo, y las de éste, antes que las del tercero. No sería prudente querer precisar más pretendiendo que la sucesión de tiempo esté exactamente de acuerdo con el orden de números del esquema, principalmente porque de bastantes de dichas inscripciones sólo conservamos fragmentos. Pero es muy probable que dicha numeración señale con cierta aproximación el orden de tiempo.

Por otra parte, lo que sabemos históricamente de Filocalo viene a apoyar nuestra hipótesis. Nos consta, como ya hemos dicho, que este artista en el año 354 era un calígrafo, escriba y miniaturista de libros, y, además, que ciertamente no aplicó su arte a las inscripciones antes del pontificado de Dámaso, que no comenzó hasta el 366. Luego es natural que, al decidirse ya tardíamente por preparar inscripciones, debió titubear o debían ser sus primeras inscripciones imprecisas, tanto si para grabarlas las

entregó, como parece más natural, a lapicidas, que no estarían acostumbrados a insculpir letras tan atildadas, como si prefiriésemos creer que hizo el aprendizaje de lapicida. De ahí las inscripciones del primer grupo y seguramente de otras que no han sido halladas, y aún me atrevería a decir que no sería imposible que en su primer período Filocalo hubiera preparado alguna de las inscripciones ahora consideradas semifilocalianas, por ejemplo, el número 69 de Ferrua.

Naturalmente, se trata sólo de una posibilidad, ya que no se pueden aducir razones positivas para esta nueva hipótesis, que yo creo muy verosímil. En efecto, si hemos visto que Filocalo varió con el tiempo no sólo el grueso de los palos de las letras, sino también uno de los trazos decorativos, el inferior izquierdo, ¿por qué no pudo cambiar el otro trazo paralelo de las puntas romas, que sólo presentan algunos extremos, no todos, y que es lo único que distingue el tipo de ciertos fragmentos considerados semifilocalianos del clásico filocaliano? Esto es tanto más posible sabiendo que Filocalo adoptó ciertamente este tipo sin puntas en algunas de sus mejores lápidas, en aquellas en que puso su nombre, si bien para letras de menor tamaño (véase el n. 30). ¿Quién sabe cuál fué la primera inscripción en que intervino Filocalo? Y no sabiéndolo, ¿cómo podremos precisar cuál fué exactamente su primer tipo de letra?

Claro que es muy diferente el valor que damos a esta segunda hipótesis, de un tipo prefilocaliano que podría confundirse con algún ejemplar del considerado semifilocaliano, por basarse sólo sobre indicios, al que tiene la primera sobre el desarrollo cronológico del tipo clásico de Filocalo, que se apoya sobre realidades epigráficas manifiestas.

Quizá pueda aún reforzarse nuestra hipótesis con las alusiones históricas de algún epigrama. Hemos dicho que Dámaso tuvo sus primeros años de pontificado muy agitados por la encarnizada oposición del antipapa Ursino y sus secuaces. Cierto que esta oposición perduró más o menos viva hasta el año 381, pero fueron los primeros años los de mayor angustia. No es difícil adivinar en algunos de sus epigramas alusiones a estas circunstancias adversas. Son aquellos en que el papa se dirige suplicante a los mártires, tales el número 32, a San Lorenzo; el 45,

a los santos Félix y Felipe; el 41, a San Saturnino; el 50, a Santa Inés; el 39, a San Hermes; el 44, a unos mártires anónimos, y el 38, a San Félix. Estos epigramas, con grandísima probabilidad, hubieron de ser escritos poco después o durante aquella primera época de infortunios. De los dos últimos no puede caber duda. Desgraciadamente, ni de estos dos ni de los tres primeros nos queda rastro de su epigrafía, pero sí de los dedicados a Santa Inés (n. 50) y a San Hermes (n. 39). Luego es bastante probable que estos epigramas pertenezcan a aquella época, como para el de Santa Inés nos lo indica la epigrafía, y el de San Hermes, aun siendo mejor, no puede aún colocarse por su epigrafía entre el grupo de los mejores. En cambio, en todos los epigramas que hemos colocado en el tercer grupo, los más desarrollados, no aparece súplica alguna a los santos. Son cantos de triunfo y gloria a los santos, que ciertamente no pudieron ser escritos en tiempos de tribulación para Dámaso.

Por esto sospechamos que aquel ejemplar tenido por semifilocaliano: S V P P L E X , sea de los primeros tiempos de Dámaso y de Filocalo como epigrafista.

Es verdad que Ferrua aduce, entre otras, la inscripción de Santa Inés para defender su desconcertante hipótesis de que las inscripciones menos buenas, como ésta, son de los últimos años de Dámaso.

Su razonamiento viene a decir: Las mejores inscripciones con nexos, letras altas y bajas, se encuentran en las catacumbas de la vía Apia. «Estas juzgo —dice— precedieron en tiempo a las demás; pues es verosímil que Dámaso comenzó sus obras en los grandes cementerios de la vía Apia, principalmente teniendo en cuenta que allí se encuentran los epigramas números 10, 11 y quizá el 62 [1], que aún no están escritas en tipo filocaliano, y en otros lugares las que ciertamente sabemos fueron esculpidas más tarde, el número 51, del Proyecta, en diciembre del año 383; el 6 en Generosa, hacia el mismo tiempo, el 37 en Santa Inés, escrito después de los últimos vencidos motines ursinianos y ocupada su basílica.»

La verdad es que, contestando al primer argumento, no vemos la ilación o relación que pueda haber entre la colocación de los epigramas 10 y 11, que son los de la

---

1 Nótese que estos números se refieren a la edición de FERRUA.

madre y hermana de Dámaso, aun admitiendo, cosa muy dudosa especialmente para el número 10, que fueron puestos por el papa en sus primeros años de pontificado, en las primeras obras dedicadas a los mártires. Irene murió mucho antes de que Dámaso fuera papa y debió ser enterrada en una catacumba determinada. Al morir la madre, era natural fuera sepultada junto a la hija. Esto sucedió poco antes del año 366 o muy poco después. Era lógico que entonces, cuando ya Dámaso era un personaje de consideración, sea como primer diácono, sea como papa, hiciera las obras convenientes para honrar a los miembros de su familia forzado por el acontecimiento. Una cosa eran las obligaciones del afecto familiar y otra muy distinta la de honrar a los mártires. Me parece, pues, carente de sentido querer ligar una cosa con otra. Si es que Dámaso empezó las obras por las catacumbas de la vía Apia, no puede decirse que fuera porque tenía pensado dedicar obras a los mártires de aquellas catacumbas, sino forzado porque allí había la tumba de Irene cuando se disponía a enterrar a su madre.

Al revés, nosotros creemos que en la inscripción de la cripta de los Papas, *Hic congesta* (n. 28), la más complicada en nexos, hay un indicio, por no decir un testimonio seguro, de que no fué redactada en los primeros años de pontificado de Dámaso, sino en los últimos, como defendemos nosotros. En efecto, Dámaso manifiesta en ella que hubiera querido ser enterrado allí, pues temía turbar el reposo de los santos. Es decir, que la escribió cuando ya pensaba en prepararse o ya se había preparado su sepultura. Aunque es verdad que esto pudo pensarlo en cualquier tiempo, ¿no es lógico creer como más adecuado que la expresión señala más bien los últimos años de su vida, cuando Dámaso a lo menos pasaba de los setenta o quizá setenta y cinco años o cuando ya sentía cercano su fin? Y ciertamente Dámaso no podía sentirse viejo en los primeros años de su pontificado, cuando sólo contaba sesenta y un años al iniciarlo y tenía las energías de que dió muestras en la lucha contra los fautores de Ursino.

Más extraño y realmente casi inexplicable es que se aduzca en favor de la misma teoría de Ferrua el epigrama número 62, pues precisamente en el comentario que hace después (p. 232) este autor, se inclina a creer que la inscripción es de mediados del siglo v y que no es dama

siana «scriptio saec. V fere medio tribui mihi videatur». Si no es de Dámaso, sino muy posterior, ¿a qué aducirla como argumento en este caso?

En cuanto a la segunda parte del argumento, en que se afirma que son de los últimos años de Dámaso los números 51, 6 y 37, decimos que, en efecto, la inscripción de Proyecta, número 51, es del año 383 y está escrita en letra imperfecta, pero ya dijimos que nosotros la creemos no filocaliana. Precisamente esta inscripción es la que nos sirvió de apoyo para formular nuestra hipótesis de que Filocalo murió antes que Dámaso. En cuanto al número 37, la inscripción de Inés, negamos rotundamente que pueda ser posterior al año 381. La súplica final, si no hubiera otras razones, se opone evidentemente a esta posibilidad. Dámaso hizo este epigrama cuando aún necesitaba el auxilio de la mártir para vencer del todo a los secuaces de Ursino, y nada obsta para que ocupara la basílica de la vía Nomentana mucho antes de aquel año. Por fin, acerca el número 6, es verdad que De Rossi lo atribuye al año 382, pero sólo como cosa probable, y nosotros podríamos igualmente defender como mucho más probable que fuera grabado algunos años antes. Pero, aun aceptando la hipótesis del De Rossi, en nada se opondría a la nuestra. Se trata de unas letras «pulcre filocaliane», según el mismo Ferrua, que son una dedicatoria en una sola línea y aun puestas en un friso que no permitía letras altas y bajas, ni eran necesarios en ella los nexos. No habría gran dificultad, pues, en admitir que, forzado por las circunstancias, Filocalo no desarrollara allí todos sus recursos. Nosotros, sin embargo, creemos firmemente que no es así.

Ciertamente, después de la desaparición de Filocalo hubo muchos imitadores de su caligrafía epigráfica. Es grande el número de inscripciones, principalmente fragmentos, con tipos de letra muy parecidos a los filocalianos, y por esto llamados semifilocalianos, en los que se echa de menos, como elemento más vistoso, la combinación de ápices y rasgos decorativos, tan rebuscada de las auténticas inscripciones filocalianas, y que pertenecen al tiempo de Siricio, el sucesor de Dámaso, y es, además, seguro que no existe ninguna auténticamente filocaliana del tiempo de Siricio. Luego, concluímos nosotros ya en 1926, lo lógico es pensar que Filocalo había muerto al mismo

tiempo o antes que Dámaso. Antes que Dámaso debió ser, si tenemos en cuenta que también tenemos un epigrama damasiano, el de los santos Nereo y Aquileo, escrito en tipos semifilocalianos. Éste ciertísimamente no puede suponerse grabado en los primeros tiempos de la obra filocaliana por razones que creemos inútil especificar. Basta decir que ofrece todos los caracteres de lo que fué el tipo semifilocaliano, del tiempo de Siricio.

En resumen, que nuestra hipótesis referente al nacimiento, desarrollo y muerte del tipo de letra filocaliano podría fijarse, a grandes rasgos, así:

1.º Conocemos perfectamente un grupo de dos docenas (más o menos) de epigramas auténticamente damasianos e indiscutiblemente filocalianos, que podemos situar como producidos en el decenio 370 al 380 (números redondos). En este grupo se manifiesta claramente un desarrollo de menor a mayor perfección artística en la obra de Filocalo, que puede fijarse con bastante probabilidad y precisión.

2.º El punto inicial de este desarrollo nos es desconocido; no podemos precisarlo con los elementos a nuestra disposición, pues se trata de fragmentos poco clasificables. Hay que suponer hubo un espacio de tiempo en la obra de Filocalo de titubeo al tener que aplicar a la epigrafía, cosa nueva para él, su arte caligráfico. No sería nada improbable que algunos de los fragmentos epigráficos considerados por los autores como semifilocalianos o pertenecientes a tiempos postfilocalianos, sean de esa primera época de titubeo, años 366-370. Por ahora esto no puede probarse.

3.º Filocalo murió antes que Dámaso, seguramente entre los años 380 y 384. Por este tiempo debió empezar, como es lógico, la producción de numerosas inscripciones de imitación filocaliana, obra de lapicidas más o menos hábiles. Naturalmente, alguna o algunas de estas obras de imitación pueden ser damasianas, o sea, contener textos escritos por Dámaso. De una lo sabemos ciertamente. Estas imitaciones continuaron en años siguientes, y algunas pueden datarse como del tiempo de Siricio. Tampoco es posible precisar siempre, aunque sí en muchos casos, cuáles de las inscripciones de tipo imperfecto filocaliano o semifilocaliano pertenecen a esta época y cuáles pudieron

ser obra de la primera época de titubeo, si es que lo hubo, según hemos dicho.

Cuando se trata de inscripciones conservadas casi íntegras, como la de Teodoro (F. 42), la atribución ofrece pocas dudas, no así cuando se trata de fragmentos a veces con muy pocas letras.

4.º Rechazamos como antinatural y nada verosímil la hipótesis de Ferrua, de que las mejores obras de Filocalo sean de los primeros tiempos y que su arte fué decayendo con la senectud en proporciones que juzgamos inadmisibles.

Contra esta nuestra hipótesis puede presentarse la dificultad del epigrama de Proyecta, datada del año 383, que ofrece todos los caracteres del grupo de inscripciones que nosotros hemos puesto como primero en tiempo. De ahí la hipótesis de Ferrua, contraria en este punto a la nuestra, ya que supone que Filocalo en sus últimos años produjo las inscripciones menos bellas y perfectas, como ésta.

En efecto, como se puede ver en la lámina, los palos de las letras son relativamente poco gruesos, las letras finales de los versos no terminan en línea vertical y el rasgo inferior izquierdo del primer palo de cada letra es representado, todo exactamente como en los números 1-3 de nuestro esquema. ¿Puede esta excepción echar por tierra toda nuestra teoría, que aparece casi evidente? Nos resistimos a admitirlo. ¿Cuál puede ser la explicación de esta anomalía?

La más razonable es la que ya dimos en 1926. Esta inscripción es obra de los discípulos o lapicidas de Filocalo, que calcaron las letras de modelos del primer período filocaliano, el más fácil de imitar. Mucho más razonable es aceptar esta posibilidad que suponer que Filocalo, después de haber producido el tercer grupo de inscripciones de nuestro esquema, retrocediera en su arte de tal manera. Pudo haber una decadencia en el arte de Filocalo en su vejez, pero más bien debiera manifestarse en preciosidades o exageraciones de menos gusto, pero no volviendo al primitivismo rudo. Creemos, por ejemplo, que la complicada combinación de nexos y letras de diversos tamaños de la inscripción de la cripta de los Papas *Hic congesta* puede ser señal de decrepitud, de barroquismo exagerado si la comparamos con la del papa Eusebio, más sobria y

menos recargada y, por lo mismo, según nuestro gusto, más bella.

Muy posiblemente no sería ésta la única inscripción de tipo filocaliano puro no dibujada por Filocalo. Conocemos varios fragmentos que podrían hallarse en el mismo caso, por ejemplo, el número 70 de Ferrua, que dice sencillamente: *Timoteus presbyter*, con la grafía *Timoteus* y no *Timotheus*, como sin duda hubiera escrito Filocalo. Lo mismo diría del número 55 de Ferrua, fragmentos que sería mejor atribuir al tiempo de Siricio.

Pruebas positivas no podemos ofrecerlas. Todo depende de la solución que se dé a esta pregunta: ¿Puede admitirse la posibilidad y verosimilitud de que los discípulos de Filocalo produjeran inscripciones con los mismos rasgos básicos decorativos de las auténticas, bien conocidas, de Filocalo? Nosotros decimos que sí. Tenemos, en efecto, buen número de inscripciones semifilocalianas que imitan perfectamente en casi todas las características a las filocalianas. A no pocas sólo les falta una, la punta roma en los extremos de los palos que debieran tenerla. No es gran cosa para que se juzgue imposible de ser imitada, sobre todo cabiendo la posibilidad de que los lapicidas calcaran los tipos o tuvieran en su taller los modelos filocalianos. Nosotros creemos que, admitiendo esta posibilidad, se explicaría perfectamente el tipo de una serie de fragmentos con pocas letras o palabras que, aun ofreciendo todas las características básicas del filocaliano, producen la impresión de duda, de desconcierto. Con razón el mismo Ferrua ya considera alguna como no damasiana, y hasta ahora no se ha podido probar que Filocalo dibujara inscripción alguna que no fuera para su amigo Dámaso, ya sea para reproducir sus epigramas, ya para títulos o simples dedicatorias de monumentos construidos o patrocinados por dicho papa.

PARTE II

Texto y traducción

I. Los mártires

EPITAFIOS.

1. Ponciano, obispo mártir.

En cementerio de Calixto, cripta de los Papas. Pontífice años 231 a 235.

ΠΟΝΤΙΑΝΟϹ ΕΠΙϹΚ Μ(αρ)Τ(υ)Ρ.

DIEHL 953; WILPERT, *Cripta*, p. 3, fig. 1.

2. Antero, obispo.

Ibidem, pontífice de 235 a 236.

ΑΝΤΕΡωϹ ☧ ΕΠΙ(σκοπος)

DIEHL 954 (incompleta); WILPERT, *Cripta*, p. 17, fig. 11.

3. Fabián, obispo mártir.

Ibidem, pontífice de 236 a 250.

ΦΑΒΙΑΝΟϹ ☧ ΕΠΙ(σκοπος) ☧ ΜΤΡ.

DIEHL 955 a; WILPERT, *Cripta*, p. 18, fig. 12.

4. Eutiquiano, obispo.

Ibidem, pontífice de 274 a 282.

ΕΥΤΥΧΙΑΝΟϹ ☧ ΕΠΙϹΚ.

DIEHL 960 (incompleta); WILPERT, *Cripta*, p. 20, fig. 14.

5. Cornelio, mártir
obispo.

En el cem. de Calixto, cripta de Lucina, años 251-53.

CORNELIVS MARTYR
EP.

DIEHL 956 a, la voz *martyr* añadida de segunda mano; WILPERT, *Cripta*, página 27, fig. 16.

---

6. Deposición el 3.º de las idus de septiembre (d. 11), Jacinto mártir.

Del cem. de S. Hermes, vía Salaria.

DP. III IDVS SEPTEBR.
YACINTHVS
MARTYR

DIEHL 1985 nota. *Lín. 1:* DP = depositio *o* depositus.

---

7. Sepulcro del santo mártir Jacinto. Leopardo presbítero lo adornó. Deposición el 3.º de las idus de septiembre (d. 11).

Copia, del mismo cementerio.

SEPULCHRVM SCI. MARTYRIS
YIACINTHI LEOPARDVS PRB. ORNAVIT
DEPOS. III ID. SEP.

DIEHL 1985 nota.

DEDICATORIAS.

8. Al beatísimo mártir
Jenaro
Dámaso obispo
hízolo.

En Pretextato. Dedicatoria damasiana, fragmentada.

BEATISSIMO MARTYRI
IANVARIO
DAMASVS EPISCOP.
FECIT.

FERRUA 24; DIEHL 1990.

---

9. A Novaciano beatísimo mártir Gaudencio diácono lo hizo.

En el Viale Margarita.

NOVATIANO BEATISSIMO
MARTVRI GAVDENTIVS DIAC.
FEC.

Riv. Arch. crist. 10 (1933) 217, fig. 219, pintada.

---

10. Al santo mártir Máximo.

En San Sebastián (vía Apia)

SANCTO MARTYRI MAXIMO.

DIEHL 1998B.

11. Al santo mártir Lorenzo.
Julia salió (de este mundo) el 3.º de las calendas de octubre (29 septiembre). Depuesta en las calendas siguientes (1.º de octubre).

En el cem. de Ciriaca, vía Tiburtina.

☧ A ω SANCTO MARTURI LAURENTIO.
IULIA EXIBIT III KAL. OCT. DEP. KAL. SS.

DIEHL 2130.

---

12. A los santos mártires Tiburcio, Valeriano y Máximo, cuyo día natal es el 18.º de las calendas de mayo (14 de abril).

En Santa Cecilia, procedente de un cem.

SANCTIS MARTYRIBVS TIBVRTIO
BALERIANO ET MAXIMO QVORVM
NATALES EST XVIII KALENDAS MAIAS.

DIEHL 2114A.

---

13. Beatos mártires Félix y Fortunato.

Del cem. de Calixto.

BEATI MART
VRES
FELIX ET
FORTVNA
TVS

DIEHL 2002.

---

14. A Abundio, presbítero, mártir santo.
Deposición el 7.º de las idus de diciembre (d. 7).

De un cem. de la vía Flamínea.

ABVNDIO PBR.
MARTYRI SANCT.
DEP. VII IDVS DEC.

DIEHL 2012.

---

15. A Evencio y Alejandro lo puso en voto Delicado, dedicándolo el obispo Urso.

En S. Alejandro

[Eventio] ET ALEXANDRO DELICATVS VOTA POSVIT
DEDI
CAN
(Mesa de altar) TE AEPIS
COP[O]
VRS[O]

RAC 14 (1937) 221, fig. 19.

16. En el 3.º de las idus de febrero (d. 11) (día natal) de Partenio mártir, de Calocero mártir.

En cem. de Calixto, grafito.

TERTIO IDUS FEBRUA
PARTENI MARTIRI
CAL[OC]ERI MARTIRI

DIEHL 1999.

---

17. Mártires Simplicio y Faustino, que padecieron (martirio) en el río Tíber y fueron depuestos en el cementerio de Generosa de Filipo.

Cem. de Ponciano (Generosa).

☧ MARTVRES SIMPLICIVS ET FAVSTINVS
QVI PASSI SVNT IN FLUMEN TIBERE ET POSI
TI SUNT IN CIMITERIUM GENEROSES SVPER
FILIPPI

DIEHL 2000.

---

18. Nombres de los obispos mártires y confesores que fueron depuestos en el cementerio de Calixto:

Sixto	Dionisio	Esteban	Urbano
Cornelio	Félix	Lucio	Manno
Ponciano	Eutiquiano	Antero	Numidiano
Fabiano	Gayo	Laudiceo	Julián
Eusebio	Milcíades	Policarpo	Optato

de éstos, el primero, San Sixto,
padeció con Agapito y Felicísimo y otros en número de once.

En cem. de Calixto, reconstrucción de De Rossi.

NOMINA EPISCOPORVM MARTYRVM ET CONFESSORVM
QUI DEPOSITI SVNT IN COEMETERIO CALLISTI:

XYSTVS	DIONYSIVS	STEPHANVS	VRBANVS
CORNELIVS	FELIX	LVCIVS	MANNO
PONTIANVS	EVTICHIANVS	ANTEROS	NVMIDIANVS
FABIANVS	GAIVS	LAVDICEVS	IULIANVS
EVSEBIVS	MILTIADES	POLYCARPVS	OPTATVS

HORVM PRIMVS SANCTVS XYSTVS
PASSVS CVM AGAPITO ET FELICISSIMO ET ALIIS NVMERO XI

DIEHL 976.

---

19. Aquileo.

En una columna del ciborio de la basílica de los santos Nereo y Aquileo, en cem. de Domitila.

ACILLEVS

DIEHL 1859C.

20. San Pedro, San Pablo, San Félix, San Esteban, Santa Emérita.

Cem. de Comodila, pintadas al lado de las figuras de estos santos.

SCS PETRVS · SCS PAVLVS · SCS FELIX · SCS STEFANVS
SCA MERITA

DIEHL 1968.

---

21. San Marcelino, San Polión, San Pedro.

Cem. de Ponciano, pintadas como letreros.

SCS	SCS	SCS
MAR	POL	PE
CEL	LI	TR
LI	ON	VS
NVS		

DIEHL 1968 A.

---

22. San Mílex, San Pimenio.

Cem. de Ponciano, pintadas como letreros.

SCS MILIS

SCS
PYME
NIVS

DIEHL 1968 B, a. b.

---

23. Sulpicio, mártir. Serviliano, mártir.

Cem. de Calixto, copia moderna.

SVLPICIVS MARTYR
SERVILIANVS MARTYR

DIEHL 2001.

---

24. Beatos mártires Félix y Fortunato.

Cem. de Calixto

BEATI MART
VRES
FELIX ET
FORTVNA
TVS

DIEHL 2002.

---

25. San Cereal y Salustia con los Veintiuno.

Cem. de Calixto.

SCS CEREALIS ET SALVSTIA
CVM XXI

DIEHL 2003.

26. El día 16 de las calendas de octubre (d. 16 de septiembre) (dep.) de los mártires [... en el] cementerio mayor, Víctor, Félix, [Papías], Emerenciana y Alejandro.

Cem. «Maius» de vía Nomentana

XVI KAL. OCTOB. MARTVRORO [... cimi]
TERV MAIORE VICTORIS FELI[cis Papiae]
EMERENTIANETIS ET ALEXAN[dri]

DIEHL 1999A.

ELOGIOS SEPULCRALES DAMASIANOS.

27. Has de saber que aquí descansaron antes (los restos) de los [santos.
Si pides por sus nombres: Pedro y Pablo.
El Oriente envió estos discípulos, de buen grado lo confesamos,
pero es con el precio de su sangre que, siguiendo a Cristo
por el (empíreo) estrellado, alcanzaron las playas etéreas
y el reino de los justos.
(Por esto) Roma mereció mejor vindicarlos como ciuda- [danos suyos.
Estas vuestras alabanzas pregone Dámaso, nuevos astros (del [paraíso).

En San Sebastián (Memoria apostolorum). Copia

HIC HABITASSE PRIVS SANCTOS COGNOSCERE DEBES
NOMINA QVISQ. PETRI PAVLIQ. REQVIRIS
DISCIPVLOS ORIENS MISIT QVOD SPONTE FATEMVR
SANGVINIS OB MERITVM XPMQ. PER ASTRA SECVTI
AETHERIOS PETIERE SINVS REGNAQVE PIORVM
ROMA SVOS POTIVS MERVIT DEFENDERE CIVES
HAEC DAMASVS VESTRAS REFERAT NOVA SIDERA LAVDES.

FERRUA 20; DIEHL 951.

---

28. Aquí, si lo preguntas, reposa una compacta multitud de [santos.
Venerandos sepulcros guardan sus huesos,
sus almas sublimes las arrebató la corte celestial.
Aquí los compañeros de Sixto ostentan los trofeos del ene- [migo;
aquí un contingente de próceres guarda los altares de Cristo;
aquí el pontífice que vivió en paz prolongada;
aquí los confesores santos que enviara la Grecia;
aquí jóvenes y niños, ancianos y los castos nietos
a los que plugo más conservar el pudor virgíneo.
Aquí, lo confieso, quise yo, Dámaso, sepultar mis miembros,
pero temí vejar las santas cenizas de los justos.

Cem. de Calixto, cripta de los papas.

HIC CONGESTA IACET QVAERIS SI TURBA PIORVM
CORPORA SANCTORUM RETINENT VENERANDA SEPVLCRA
SVBLIMES ANIMAS RAPVIT SIBI REGIA CAELI
HIC COMITES XYSTI PORTANT QUI EX HOSTE PROPAEA

HIC NVMERVS PROCERVM SERVAT QVI ALTARIA XPI
HIC POSITVS LONGA VIXIT QUI IN PACE SACERDOS
HIC CONFESSORES SANCTI QVOS GRAECIA MISIT
HIC IUVENES PVERIQ SENES CASTIQ NEPOTES
QVIS MAGE VIRGINEVM PLACVIT RETINERE PVDOREM
HIC FATEOR DAMASVS VOLVI MEA CONDERE MEMBRA
SED CINERES TIMVI SANCTOS VEXARE PIORVM |

FERRUA 16; DIEHL 1986.

---

29. Al tiempo que la espada rasgaba las pías entrañas de la [madre (Iglesia),
el papa aquí depuesto enseñaba los celestes preceptos.
De súbito, estando sentado, llegan los que le prenden:
el pueblo fiel presenta sus cervices a los enviados esbirros;
pero el anciano se dió cuenta en seguida de que querían qui-[tarle la palma
y ofreció el primero su cabeza,
para que la impaciente ferocidad no dañara a otros.
Cristo, que otorga los premios de la vida eterna,
manifiesta el mérito del pastor,
Él mismo vela por la integridad de su rebaño.

En la cripta de los papas. Elogio del papa San Sixto.

TEMPORE QVO GLADIVS SECVIT PIA VISCERA MATRIS
HIC POSITVS RECTOR CAELESTIA IVSSA DOCEBAT
ADVENIVNT SVBITO RAPIVNT QUI FORTE SEDENTEM
MILITIBUS MISSIS POPULI TUNC COLLA DEDERE
MOX UBI COGNOVIT SENIOR QVIS TOLLERE VELLET
PALMAM SEQ. SVVMQ. CAPVT PRIOR OPTVLIT IPSE
INPATIENS FERITAS POSSET NE LAEDERE QVEMQVAM
OSTENDIT CHRISTVS REDDIT QVI PRAEMIA VITAE
PASTORIS MERITVM NUMERVM GREGIS IPSE TVETVR.

FERRUA 17; DIEHL 959.

---

30. Dámaso obispo lo hizo.
Heraclio prohibía que los lapsos hicieran penitencia de sus [pecados,
Eusebio enseñaba que estos desgraciados debían llorar sus [crímenes;
el pueblo se escinde en bandos infiltrándose en ello la furia;
(nacen) sedición, matanzas, guerra, discordias.
De pronto son desterrados ambos por la ferocidad del tirano;
aunque había integramente guardado los vínculos de la ca-[ridad el obispo,
que, tomando por juez al Señor, sufrió alegre el exilio.
En la costa de Sicilia dejó el mundo y la vida.

A Eusebio obispo y mártir.

A los lados, verticalmente:

De Dámaso, admirador y amador Furio Dionisio Filocalo (lo) escribió.

Cem. de Calixto, cripta de San Eusebio.

(izquierda, vertical:) DAMASI PAPAE CVLTOR ADQVE AMATOR

DAMASVS EPISCOPVS FECIT

HERACLIVS VETVIT LABSOS PECCATA DOLERE,
EVSEBIVS MISEROS DOCVIT SVA CRIMINA FLERE.
SCINDITVR IN PARTES POPVLVS GLISCENTE FVRORE.
SEDITIO CAEDES BELLVM ❦ DISCORDIA LITES,
EXTEMPLO PARITER PVLSI FERITATE TYRANNI,
INTEGRA CVM RECTOR SERVARET FOEDERA PACIS.
PERTVLIT EXILIVM DOMINO SVB IVDICE LAETVS;
LITORE TRINACRIO MVNDVM VITAMQ. RELIQVIT.

EVSEBIO EPISCOPO ET MARTYRI.

(derecha, vertical:) FVRIVS DIONYSIVS FILOCALVS SCRIPSIT

FERRUA 18; DIEHL 963.

---

31. Porque el papa verídico advirtió a los lapsos que debían llorar sus crímenes, se hizo áspero enemigo de todos estos desgraciados. De ahí síguense furia, odio, discordia, luchas, motines, matanzas; rómpense los lazos de la caridad. Por culpa de otro que en tiempo de paz negó a Cristo, el papa es expulsado por la ferocidad del tirano fuera de las fronteras de la patria.

Estas cosas consignadas ha querido exponer Dámaso brevemente para que el pueblo fiel pueda conocer los merecimientos de Marcelo.

Cem. de Priscila, basílica de San Silvestre. Copia.

VERIDICVS RECTOR LABSOS QVIA CRIMINA FLERE
PRAEDIXIT MISERIS FUIT OMNIB. HOSTIS AMARVS
HINC FUROR HINC ODIVM SEQVITVR DISCORDIA LITES
SEDITIO CAEDES SOLVVNTVR FOEDERA PACIS
CRIMEN OB ALTERIVS XPM QUI IN PACE NEGAVIT
FINIBVS EXPULSVS PATRIAE EST FERITATE TYRANNI
HAEC BREVITER DAMASVS VOLVIT CONPERTA REFERRE
MARCELLI VT POPVLVS MERITVM COGNOSCERE POSSIT.

FERRUA 40; DIEHL 962.

32. (Tantos) azotes, garfios, fuego, tormentos, cárcel
pudo vencer sólo la fe de Lorenzo;
estos altares colma de dones Dámaso, suplicante,
admirando el mérito del egregio mártir.

En la basílica de San Lorenzo. Copia.

VERBERA CARNIFICES FLAMMAS TORMENTA CATENAS
VINCERE LAVRENTI SOLA FIDES POTVIT
HAEC DAMASVS CVMVLAT SVPPLEX ALTARIA DONIS
MARTYRIS EGREGII SVSCIPIENS MERITVM.

FERRUA 33; DIEHL 1992.

---

33. Marcelino, de tu sepultura y de la de Pedro
el mismo verdugo me informó a mí Dámaso siendo niño:
este mandato le había dado el rabioso perseguidor:
que os cortara los cuellos entre matorrales
para que nadie pudiera saber de vuestro túmulo;
que vosotros ágiles con las propias manos cavasteis pulida-[mente
vuestros sepulcros en que yacisteis ocultos allí en el antro;
después fué advertida Lucila por vuestra piedad
que os placería más fueran sepultados aquí vuestros miem-[bros.

Cem. de San Pedro y San Marcelino, vía Labicana.

MARCELLINE TVVM PARITER PETRIQ. SEPVLCRVM
PERCVSSOR RETVLIT DAMASO MIHI CVM PVER ESSEM
HAEC SIBI CARNIFICEM RABIDVM MANDATA DEDISSE
SENTIBVS IN MEDIIS VESTRA VT TVNC COLLA SECARET
NE TVMVLVM VESTRVM QVISQVAM COGNOSCERE POSSET
VOS ALACRES VESTRIS MANIBVS FODISSE SEPVLCRA
CANDIDVLE OCCVLTOS POST QUAE IACVISSE SVB ANTRO
POSTEA COMMONITAM VESTRA PIETATE LUCILLAM
HIC PLACVISSE MAGIS SANCTISSIMA CONDERE MEMBRA.

FERRUA 28.

---

34. Se cuenta que Hipólito presbítero, en tiempo en que urgían las órdenes del tirano, siempre permaneció en el cisma de Novato; pero cuando el gladio del perseguidor rasgaba las entrañas de la madre Iglesia, entregado a Cristo, se dirigiera al reino de los santos y el pueblo pidiera con quién debía reunirse, dijo que todos siguieran la fe católica.
Así confesando, mereció ser uno de nuestros mártires.
Estas cosas oídas relata Dámaso, las discierne todas Cristo.

Cripta de Hipólito, vía Tiburtina.

HIPPOLYTVS FERTVR PREMERENT CVM IVSSA TYRANNI
PRESBYTER IN SCISMA SEMPER MANSISSE NOVATI

TEMPORE QVO GLADIVS SECVIT PIA VISCERA MATRIS
DEVOTVS CHRISTO PETERET CVM REGNA PIORVM
QVAESISSET POPVLVS UBINAM PROCEDERE POSSET
CATHOLICAM DIXISSE FIDEM SEQVERENTVR VT OMNES
SIC NOSTER MERVIT CONFESSVS MARTYR VT ESSET
HAEC AVDITA REFERT DAMASVS PROBAT OMNIA XPS.

FERRUA 35.

---

35. Mira, también este túmulo retiene los miembros celestiales que súbitamente arrebató la corte celeste.

Compañeros de cruz invencible y ministros del santo rector y siguiendo sus méritos y su fe, alcanzaron las mansiones etéreas y el reino de los justos. En ellos se goza el pueblo romano de una gloria única: que bajo la guía de Sixto merecieron los triunfos de Cristo.

A Felicísimo y Agapito mártires santos; hízolo Dámaso obispo.

En Pretextato, cripta de los dos diáconos.

ASPICE ET HIC TVMVLVS RETINET CAELESTIA MEMBRA
SANCTORVM SVBITO RAPVIT QVOS REGIA CAELI
HI CRVCIS INVICTAE COMITES PARITERQ. MINISTRI
RECTORIS SANCTI MERITVMQVE SECVTI
AETHERIAS PETIERE DOMOS REGNAQ. PIORVM
VNICA IN HIS GAVDET ROMANAE GLORIA PLEBIS
QVOD DVCE TVNC XYSTO XRI MERVERE TRIVMPHOS

FELICISSIMO ET AGAPETO SANCTIS MARTYRIB. DAMASVS EPISC. FECIT.

FERRUA 25; DIEHL 1987.

---

36. ¡Oh ahora y antes feliz, según tu verdadero nombre, Félix!, que con inviolada fe, despreciado el príncipe del mundo, confesando a Cristo alcanzaste el reino celeste.

¡Oh de verdad preciosa fe del hermano, en quien, sabedlo, se apresuró hacia el cielo, igualmente vencedor, Adaucto!

El presbítero Vero, por encargo de Dámaso papa, arregló el túmulo adornando la sepulcral estancia de los [santos.

Félix y Adaucto mártires.

En Comodila, cripta de estos Santos.

O SEMEL ADQVE ITERVM VERO DE NOMINE FELIX
QVI INTEMERATA FIDE CONTEMPTO PRINCIPE MVNDI
CONFESSVS CHRISTVM CAELESTIA REGNA PETISTI
O VERE PRETIOSA FIDES COGNOSCITE FRATRIS
QVA AD CAELVM VICTOR PARITER PROPERAVIT ADAVCTVS
PRESBYTER HIS VERVS DAMASO RECTORE IVBENTE
CONPOSVIT TVMVLVM SANCTORVM LIMINA ADORNANS
FELIX ET ADAVCTVS MARTYRES.

FERRUA 7; DIEHL 1982.

Nereo y Aquileo mártires.

37. Se alistaron en la milicia y ejercían cruel oficio: atentos a las órdenes del tirano, dispuestos, cohibidos por el miedo, a cumplir sus mandatos.
Cosa admirable: súbitamente abandonan esta furia; convertidos huyen, dejan los campamentos impíos, arrojan escudos, insignias y dardos crueles, confesándolo, se gozan de alcanzar los triunfos de Cristo. Creed por Dámaso lo que puede la gloria de Cristo.

En Domitila, basílica de estos mártires.

NEREVS ET ACHILLEVS MARTYRES.
MILITIAE NOMEN DEDERANT SAEVVMQ. GEREBANT
OFFICIVM PARITER SPECTANTES IVSSA TYRANNI
PRAECEPTIS PULSANTE METV SERVIRE PARATI
MIRA FIDES RERVM SVBITO POSVERE FVRORE(M)
CONVERSI FVGIVNT DVCIS INPIA CASTRA RELINQVVNT
PROICIVNT CLIPEOS FALERAS TELAQ. CRVENTA
CONFESSI GAVDENT CHRISTI PORTARE TRIVMFOS
CREDITE PER DAMASVM POSSIT QVID GLORIA CHRISTI.

FERRUA 8; DIEHL 1981.

---

38. Feliz de cuerpo, espíritu, alma como de nombre, ¡oh Félix!, asociado en el número de los santos, a los triunfos de Cristo, que todo lo otorgas a los que a ti vienen y no sufres se vuelva a casa triste el que a ti llega; ya que bajo tu patrocinio rompí los vínculos de la muerte, desbaratados los enemigos que hablaban falsedades, con estos versos yo Dámaso suplicante te cumplo los votos.

En lugar incierto, quizá en Nola. Copia.

CORPORE MENTE ANIMO PARITERQ. ET NOMINE FELIX
SANCTORVM IN NVMERO CHRISTI SOCIATE TRIVMPHIS
QUI AD TE SOLLICITE VENIENTIBVS OMNIA PRESTAS
NEC QVEMQVAM TRISTEM PATERIS REPEDARE VIANTEM
TE DVCE SERVATVS MORTIS QVOD VINCVLA RVPI
HOSTIBVS EXTINCTIS FVERANT QVI FALSA LOCVTI
VERSIB. HIS DAMASVS SVPPLEX TIBI VOTA REPENDO.

FERRUA 59.

---

39. Un tiempo, según cuenta la fama, te envió la Grecia, (vertiendo) la sangre mudaste de patria, el amor de (nuestra) ley te hizo conciudadano y hermano: padeciendo por un nombre santo, eres ahora huésped del Señor y guardas los altares de Cristo.
Te suplico, ínclito mártir, favorezcas las súplicas de Dámaso.

Cem. de Basila. Elogio de San Hermes. Copia.

IAM DVDVM QVOD FAMA REFERT TE GRAECIA MISIT
SANGUINE MVTASTI PATRIAM CIVEMQUE FRATREM
FECIT AMOR LEGIS SANCTO PRO NOMINE PASSVS
INCOLA NVNC DOMINI SERVAS QUI ALTARIA CHRISTI
VT DAMASI PRECIB(VS) FAVEAS PRECOR INCLYTE MARTYR.

FERRUA 48.

---

40. El túmulo estaba escondido bajo la mole del monte,
Dámaso lo hace manifiesto ya que guarda los miembros de [santos.
La mansión celestial mejor te reclama, Proto, para ella;
probado al precio de la sangre purpúrea le sigues, Jacinto,
hermanos ambos de ánimo esforzado.
Este mereció la palma, aquél la corona.

Cem. de Basila.

EXTREMO TVMVLVS LATVIT SVB AGGERE MONTIS
HVNC DAMASVS MONSTRAT SERVAT QVOD MEMBRA PIORVM
TE PROTVM RETINET MELIOR SIBI REGIA CAELI
SANGVINE PVRPUREO SEQVERIS HYACINTHE PROBATVS
GERMANI FRATRES ANIMIS INGENTIBUS AMBO
HIC VICTOR MERVIT PALMAM PRIOR ILLE CORONAM.

FERRUA 47; DIEHL 1985.

---

41. [A Saturnino,]
el devoto de los santos mártires.
Dámaso obispo, siervo de Dios.

Este ahora huésped de Cristo lo fuera antes de Cartago.
Al tiempo que la espada rasgaba las pías entrañas de la [Madre Iglesia;
(dando) la sangre cambió la patria, el nombre y el linaje.
(el martirio), germen de santos, lo hizo ciudadano romano.
Cosa digna de admiración: lo mostró su fin heroico.
Mientras lacerándole los miembros gruñe como enemigo Gra- [ciano,
después de vomitar el concebido veneno de su ira,
no pudo, ¡oh santo!, obligarte a negar a Cristo,
antes bien, por tus súplicas mereció finar confesándolo.
Esta es la voz de Dámaso suplicante: venerad el sepulcro.

Cem. Trasón, vía Salaria.

BEATISSIMORVM MARTYRVM CVLTOR

INCOLA NVNC CHRISTI FUERAT CARTHAGINIS ANTE
TEMPORE QUO GLADIVS SECVIT PIA VISCERA MATRIS
SANGUINE MVTAVIT PATRIAM NOMENQ GENVSQ.
ROMANVM CIVEM SANCTORVM FECIT ORIGO
MIRA FIDES RERVM DOCVIT POST EXITVS INGENS
CVM LACERAT PIA MEMBRA FREMIT GRATIANVS VT HOSTIS
POSTEA QVAM FELLIS VOMVIT CONCEPTA VENENA

COGERE NON POTVIT XPM. TE SANCTE NEGARE
IPSE TUIS PRECIBUS MERUIT CONFESSUS ABIRE
SVPPLICIS HAEC DAMASI VOX EST VENERARE SEPVLCRVM.

DAMASVS EPISCOPVS SERVVS DEI

FERRUA 46.

---

42. Este túmulo acoge los piadosos miembros de Mauro,
al cual Dámaso, rector del pueblo, después de mucho tiempo
honró suplicante distinguiendo con mejor culto
a este niño inocente [que no desfalleció ante pena alguna].

De vía Salaria, copia.

MARTYRIS HIC MAVRI TVMVLVS PIA MEMBRA RETENTAT
QVEM DAMASVS RECTOR LONGO POST TEMPORE PLEBIS
ORNAVIT SUPPLEX CVLTU MELIORE DECORANS
INSONTEM PVERVM QUI POENA NVLLA DEIECTVS.

FERRUA 44. El último verso confuso, seguramente por error en la copia.

---

43. Al tiempo en que la espada rasgaba las pías entrañas de la [madre,
sesenta y dos (fieles) detenidos por la ferocidad del tirano,
ofrecieron su cuello a los esbirros súbitamente enviados.
Confesando a Cristo, vencido el príncipe del mundo,
alcanzaron la mansión eterna y el reino de los bienaventu- [rados.

De vía Salaria. Copia.

TEMPORE QVO GLADIVS SECVIT PIA VISCERA MATRIS
SEXAGINTA DUO CAPTI FERITATE TYRANNI
EXTEMPLO DUCIBVS MISSIS COLLA DEDERE
CONFESSI CHRISTVM SVPERATO PRINCIPE MVNDI
AETHERIAM PETIERE DOMVM REGNAQ. PIORVM.

FERRUA 43.

---

44. Quienquiera esto leas venera el sepulcro de los santos;
la antigüedad no pudo conservarnos sus nombres ni su nú- [mero.
Adornó su túmulo, sabedlo, Dámaso papa
triunfante, otorgándolo Cristo, del retorno del clero.
Así el pontífice cumple sus votos a los mártires santos.

Cem. de Santa Felicidad (cripta de Santos Crisanto y Daría).

SANCTORVM QVICVMQ. LEGIS VENERARE SEPVLCRVM
NOMINA NEC NVMERVM POTVIT RETINERE VETVSTAS
ORNAVIT DAMASVS TVMVLVM COGNOSCITE RECTOR
PRO REDITV CLERI CHRISTO PRESTANTE TRIVMPHANS
MARTYRIBVS SANCTIS REDDIT SVA VOTA SACERDOS

FERRUA 42.

45. Quien cree que Dios hijo padeció y regresó a la mansión paterna y ha de bajar del empíreo para juzgar de vuelta a los vivos y asimismo a los muertos, percibe que lo más íntimo de la residencia celestial se hace patente a los santos mártires, si les sigue el galardón de Cristo.

Seguidores del Señor eran Félix y Felipe,
ambos de virtud pareja, desdeñando al príncipe del mundo,
dirigiéndose a la mansión eterna y al reino de los bienaven-
[turados,
que con su propia sangre merecieron la corona de Cristo.
A éstos quiso Dámaso suplicante cumplir sus votos.

Cem. de Priscila.

Qui natum passumque Deum repetisse paternas
sedes adq. iterum venturum ex ethere credit,
iudicet ut vivos rediens pariterq. sepultos,
martyribus sanctis pateat quod regia caeli
respicit interior, sequitur si praemia XPI.

CVLTORES DOMINI FELIX PARITERQ. PHILIPPVS
HINC VIRTVTE PARES CONTEMPTO PRINCIPE MVNDI
AETERNAM PETIERE DOMVM REGNAQUE PIORVM
SANGUINE QVOD PROPRIO XPI MERVERE CORONAS
HIS DAMASVS SVPPLEX VOLVIT SVA REDDERE VOTA.

FERRUA 39.

---

46. Al tiempo en que la espada laceraba las entrañas de la madre,
el mártir egregio, menospreciado el príncipe del mundo,
alcanzaba bienaventurado en compañía de Cristo las alturas
[etéreas.
Este santo honor y alabanzas te quedarán por siempre.
Caro a Dios, Santo Tiburcio, te suplico protejas a Dámaso.

Cem. «Ad duas lauros».

TEMPORE QVO GLADIVS SECVIT PIA VISCERA MATRIS
EGREGIVS MARTYR CONTEMPTO PRINCIPE MUNDI
AETHERIS ALTA PETIT CHRISTO COMITANTE BEATVS
HIC TIBI HONOR SEMPER LAUDESQ. MANEBVNT
CARE DEO VT FOVEAS DAMASVM PRECOR ALME TIBURTI.

FERRUA 31.

---

47. Este túmulo de mártir bajo la cumbre montañosa
retiene a Gorgonio que guarda los altares de Cristo.
Quienquiera que aquí venga busque la mansión de los santos,
verá que en la estancia contigua reposan los bienaventurados
a los que la piedad llevó asimismo camino del cielo.
De Dámaso obispo.

Cem. «Ad duas lauros».

MARTYRIS HIC TVMVLVS MAGNO SVB VERTICE MONTIS
GORGONIVM RETINET SERVAT QUI ALTARIA CHRISTI
HIC QUICVMQ. VENIT SANCTORVM LIMINA QVAERAT

INVENIET VICINA IN SEDE HABITARE BEATOS
AD CAELVM PARITER PIETAS QVOS VEXIT EVNTES.
DAMASI EPISCOPI.

FERRUA 32.

---

48. Contempla quienquiera que leas de (estos) dos el mérito
a los que Dámaso papa, después del premio, dedica este título.
El pueblo judío derribó a pedradas a Esteban mejor ley [enseñando:
se llevó el trofeo del enemigo: levita fiel arrebató primero el [martirio.
A Tarsicio santo, que el sacramento de Cristo llevaba,
como fuerza malsana urgiera mostrarlo a infieles,
él más bien quiso, herido, entregar su alma
que los miembros celestes soltar a rábidos canes.

Cem. de Calixto. Copia.

PAR MERITVM QVICVMQ. LEGIS COGNOSCE DVORVM
QVIS DAMASVS RECTOR TITVLOS POST PRAEMIA REDDIT
IVDAICVS POPVLVS STEPHANVM MELIORA MONENTEM
PERCVLERAT SAXIS TVLERAT QVI EX HOSTE TROPAEVM
MARTYRIVM PRIMVS RAPVIT LEVITA FIDELIS.
TARSICIVM SANCTVM XPI. SACRAMENTA GERENTEM
CVM MALE SANA MANVS PREMERET VVLGARE PROFANIS
IPSE ANIMAM POTIVS VOLVIT DIMITTERE CAESVS
PRODERE QVAM CANIBVS RABIDIS CAELESTIA MEMBRA.

FERRUA 15.

---

49. Que el mártir Eutiquio pudo vencer los crueles mandatos del tirano y las mil maneras de atormentarlo de los verdugos, lo muestra la gloria de Cristo.

A la suciedad de la cárcel sigue nuevo tormento para los miembros, pues le preparan como cama fragmentos de cacharros para que no le llegue el sueño. Pasan doce días que le niegan todo alimento, es metido en abismo, manando sangre de todas las heridas que le infirió la temible tiranía. Por insomnios en la soporífera noche que turban la mente se revela el escondrijo que guardaba los restos del santo; es buscado, hallado se venera, protege, todo lo otorga. Dámaso exalta su mérito: venerad el sepulcro.

En San Sebastián, lápida íntegra.

EVTYCHIVS MARTYR CRVDELIA IVSSA TYRANNI
CARNIFICVMQ. VIAS PARITER TVNC MILLE NOCENDI
VINCERE QVOD POTVIT MONSTRAVIT GLORIA CHRISTI
CARCERIS INLVVIEM SEQVITVR NOVA POENA PER ARTVS
TESTARVM FRAGMENTA PARANT NE SOMNVS ADIRET
BIS SENI TRANSIERE DIES ALIMENTA NEGANTVR
MITTITVR IN BARATHRVM SANCTVS LAVAT OMNIA SANGVIS
VVLNERA QVAE INTVLERAT MORTIS METVENDA POTESTAS

NOCTE SOPORIFERA TVRBANT INSOMNIA MENTEM
OSTENDIT LATEBRA INSONTIS QVAE MEMBRA TENERET
QVAERITVR INVENTVS COLITVR FOVET OMNIA PRESTAT
EXPRESSIT DAMASVS MERITVM VENERARE SEPVLCHRVM.

FERRUA 21; DIEHL 1993.

---

50. Cuenta la fama que los padres santos de Inés referían
que, al lanzar la trompeta los fatídicos toques de persecución,
deja aún niña de súbito las caricias de la madre
y espontánea desafió las amenazas y rabia del tirano.
Como éste quisiera entregar cuerpo tan noble a las llamas,
superó ella el inmenso terror con débiles fuerzas:
desnuda esparció por sus miembros la profusa cabellera
para que ojos mortales no vieran aquel templo del Señor.
¡Oh para mí venerable, pura, santo modelo de pudor,
te ruego, ínclita mártir, favorezcas las preces de Dámaso!

En Santa Inés, vía Nomentana.

FAMA REFERT SANCTOS DVDVM RETVLISSE PARENTES
AGNEN CVM LVGVBRES CANTVS TVBA CONCREPVISSET
NVTRICIS GREMIVM SVBITO LIQVISSE PVELLAM
SPONTE TRVCIS CALCASSE MINAS RABIEMQ. TYRANNI
VRERE CVM FLAMMIS VOLVISSET NOBILE CORPVS
VIRIB. INMENSVM PARVIS SVPERASSE TIMOREM
NVDAQVE PROFVSVM CRINEM PER MEMBRA DEDISSE
NE DOMINI TEMPLVM FACIES PERITVRA VIDERET
O VENERANDA MIHI SANCTVM DECVS ALMA PVDORIS
VT DAMASI PRECIB FAVEAS PRECOR INCLYTA MARTYR.

FERRUA 37.

ELOGIOS A LOS MÁRTIRES (No Damasianos).

51. Apartó el Señor las tinieblas para, que creada la luz,
en éstos un tiempo escondrijos haya ahora resplandor.
El venerable cuerpo (del santo) tenía estrechas entradas
aquí donde ahora un aula más ancha acoge al pueblo;
se hizo patente la explanada bajo el monte cortado
y se alejó la amenazadora ruina de la gran mole.
Siendo entonces obispo Pelagio, el mártir Lorenzo
acordó darse estos templos preciosos.
Admirable fe que entre espadas hostiles y amenazas
el pontífice por sus méritos pudiera celebrar todo esto.
Tú, para quien consta que crecen las honras de los santos,
haz que estos techos a ti dedicados se veneren en paz.

En la basílica inferior de San Lorenzo.

DEMOVIT DOMINVS TENEBRAS VT LVCE CREATA
HIS QVONDAM LATEBRIS SIC MODO FULGOR INEST
ANGVSTOS ADITVS VENERABILE CORPVS HABEBAT
HVC VBI NVNC POPVLVM LARGIOR AVLA CAPIT
ERVTA PLANITIES PATVIT SVB MONTE RECISO
ESTQVE REMOTA GRAVI MOLE RVINA MINAX
PRESVLE PELAGIO MARTYR LAVRENTIVS OLIM
TEMPLA SIBI STATVIT TAM PRETIOSA DARI
MIRA FIDES GLADIOS HOSTILES INTER ET IRAS
PONTIFICEM MERITIS HAEC CELEBRASSE SVIS
TV MODO SANCTORVM CUI CRESCERE CONSTAT HONORES
FAC SVB PACE COLI TECTA DICATA TIBI!

DIEHL 1770.

---

52. Sufriste un tiempo, levita, el martirio de las llamas,
con razón la luz veneranda vuelve a tus templos.

En el arco triunfal de la basílica inferior de San Lorenzo.

MARTYRIVM FLAMMIS OLIM LEVITA SVBISTI
IVRE TVIS TEMPLIS LVX BENERANDA REDIT.

DIEHL 1771.

---

53. Mira la bajada, descubrirás un hecho admirable:
verás manifiestos los monumentos de los santos en sus sepul-
aquí yace el túmulo del mártir Proto y de Jacinto [cros;
que, por cubrirlo un tiempo el monte, la tierra, la tiniebla,
Teodoro presbítero construyó esta urgente obra
para que mayor estancia acogiera al pueblo del Señor.

En la vía Salaria, cripta de los Santos Proto y Jacinto.

ASPICE DESCENSVM CERNES MIRABILE FACTVM ☧
SCORVM. MONVMENTA VIDES PATEFACTA SEPVLCRHIS
MARTYRIS HIC PROTI TVMVLVS IACET ADQVE YACINTHI
QVEM CVM IAM DVDVM TEGERET MONS TERRA CALIGO
HOC THEODORVS OPVS CONSTRUCXIT PRESBYTER INSTANS
VT DOMINI PLEBEM OPERA MAIORA TENERENT. ☧

DIEHL 1774.

---

54. A los santos mártires Proto y asimismo Jacinto
Sínmaco, venerándolos con este exiguo honor como patronos,
embelleció con esta obra, bajo la cual depuso sus restos cor-
A ellos sea alabanza perenne en todo siglo. [póreos.

En el sepulcro de los santos, vía Pinciana. Copia.

MARTYRIBVS SANCTIS PROTO PARITERQVE HIACYNTHO
SIMMACHUS HOC PARVO BENERATVS HONORE PATRONOS
EXORNABIT OPVS SVB QVO PIA CORPORA RVRSVS
CONDIDIT HIS AEVO LAVS SIT PERENNIS IN OMNI!

DIEHL 983.

55. Quienquiera que veas estas obras acabadas con tanto trabajo
deja de admirarte, es esto menos que lo que el mártir merece.
Éste, de edad aún niño, vencedor en los rudos años,
triunfante en poco tiempo con madura alabanza
bañó con su innocuo crúor las ásperas flechas
y, sediento raptor, embebióse de su tierna sangre.
Así vencedor alcanzó las auras supernas y el reino
y plácidamente nos mira desde la sede celeste.
De nombre Gordiano, a quien la palma de Cristo corona.
Recubriendo de mármol la urna y las beatas cenizas,
el presbítero Vicente adornólo aún más renovándolo.

En la vía Latina.

HAEC QVICVMQVE VIDES NIMIO PERFECTA LABORE
DESINE MIRARI MINVS EST QVAM MARTYR HABETVR
HIC AETATE PVER RUDIBVS IAM VICTOR IN ANNIS
TEMPORE SVB PARVO MATVRA LAVDE TRIVMPHANS
ASPERA INNOCVO MACVLAVIT TELA CRVORE
ET SITIENS TENERO SVXIT SIBI SANGVINE PRAEDO
SIC VICTOR SVPERAS AVRAS REGNVMQVE PETIVIT
NOMINE GORDIANVS CHRISTI QVEM PALMA CORONAT
MARMORE CONCLVDENS ARCAM CINERESQVE BEATOS
PRESBYTER ORNAVIT RENOVANS VINCENTIVS VLTRO.

RAC 15 (1939) 26. Copia.

---

56. Aquí descansan los miembros (mortales) de San Liberal,
que en la tierra tuvo un tiempo el honor del consulado;
pero aún creció en títulos al hacerse de cónsul mártir,
que el honor creado con el martirio le dura siempre.
Fuéle más útil tener al príncipe airado que propicio,
ya que su furor rabioso matándolo lo envió a los astros.
al que la gracia diera el manto, la ira dió la corona,
haciéndole la malquerencia prócer de Cristo.
Floro hizo esta ofrenda al Señor arreglando la estancia,
para que venerando a los santos se lleve el justo premio.

En la vía Salaria. Copia.

MARTYRIS HIC SCI. LIBERALIS MEMBRA QVIESCVNT
QVI QVONDAM IN TERRIS CONSVL HONORE FVIT
SED CREVIT TITVLIS FACTVS DE CONSVLE MARTYR
CVI VIVIT SEMPER MORTE CREATVS HONOR
PLVS FVIT IRATO QVAM GRATO PRINCIPE FELIX
QVEM PERIMENS RABIDVS MISIT AD ASTRA FVROR
GRATIA CVI TRABEAS DEDERAT DEDIT IRA CORONAM
DVM XPO. PROCEREM MENS INIMICA FACIT
OBTVLIT HAEC DNO. COMPONENS ATRIA FLORVS
VT SCOS. VENERANS PRAEMIA IVSTA FERAT.

Diehl 56.

57. (memoria) de San Vital, de San Marcial y de San Alejandro.
Como los godos plantaran sus campamentos cabe la urbe en [peligro,
movieron antes nefanda guerra a (las memorias de) los santos
y con intención sacrílega maltrataron estos sepulcros
consagrados un tiempo a los píos mártires,
los cuales reconocidos mostrándolo Dios, Dámaso papa
ordenó venerar ritualmente dedicándoles un verso;
pero, roto el mármol, pereció el título,
mas no podía (ser) quedaran otra vez ocultos,
pues el papa Vigilio, llorando la destrucción,
expulsados los enemigos, renovó toda la obra.

En San Alejandro, vía Salaria.

SCI VITALIS ET SCI MARTIALIS ET SCI ALEXANDRI
DVM PERITVRA GETAE POSUISSENT CASTRA SVB VRBE
MOVERVNT SANCTIS BELLA NEFANDA PRIVS
ISTAQVE SACRILEGO VERTERVNT CORDE SEPULCHRA
MARTYRIBVS QVONDAM RITE SACRATA PIIS
QVOS MONSTRANTE DEO DAMASVS SIBI PAPA PROBATOS
AFFIXO MONVIT CARMINE IVRE COLI
SED PERIIT TITVLVS CONFRACTO MARMORE SANCTVS
NEC TAMEN HIS ITERVM POSSE LATERE FVIT
DIRVTA VIGILIVS NAM MOX HAEC PAPA GEMESCENS
HOSTIBVS EXTINCTIS OMNE NOVAVIT OPVS.

DIEHL 1991.

---

58. Siricio paga ahora a los santos estos piadosos presentes para que le sea mayor la buena gracia a (los ojos) de los mártires. Dios omnipotente conserve por mucho tiempo a este que restituyó de los santos los nuevos refugios.

Seguramente de la vía Salaria.

SIRICIVS PIA NVNC PERSOLVIT MVNERA SANCTIS
GRATIA QVO MAIOR SIT BONA MARTYRIBVS
OMNIPOTENS DS. HVNC CONSERVET TEMPORE MVLTO
MOENIA SCORVM. QVI NOVA RESTITVIT.

DIEHL 971.

---

59. Aprended cuánto merecimiento reporta padecer por el rey [(del cielo);
esta mujer no temió la espada cuando moría su hijo;
confesando a Cristo, ganóse un renombre por siglos.

En la vía Salaria. Elogio de Santa Felicidad. Copia.

DISCITE QVID MERITI PRESTET PRO REGE FERIRI
FEMINA NON TIMVIT GLADIVM CVM NATVS OBIVIT
CONFESSA CHRISTVM MERVIT PER SAECVLA NOMEN.

FERRUA 72,

CONMEMORACIONES DE LOS MÁRTIRES.

60. Pascasio vivió más o menos veintidós años. Tuvo el día fatal el 3.º de las idus de octubre (d. 13), el 8.º antes del natal de (San) Astero. Depuesto en paz.

Cem. de Comodila.

Pascasus vixit | plus minus annus XXII. | fecit fatu III idus | Octobris ϛII ante | natale domni As|teri. depositus in | pace. A ☧ Ω

DIEHL 2124. La cifra ϛ, llamada episemon, equivale a VI.

---

61. Principal, que vivió cuarenta y cinco años y dos meses. Depuesto el día natal de (San) Sixto (6 de agosto). Al benemerente, descanse en paz.

Cem. de Priscila.

Principalis, | qui bixit annis | XLV, mensis II. depositus natale Susti. | benemerenti cesquet in pace.

DIEHL 2121.

---

62. Pécora, alma dulce, vino al cementerio el 7.º de las idus de julio (d. 9), depuesto el último día de los mártires.

Cem. de los Santos Proceso y Martiniano, cuya fiesta era el día 2 de julio. El día 9 era el último día de la octava.

Pecori, dulcis anima, benit | in cimitero VII idus Iul. d. p. | postera die marturorum.

DIEHL 2119.

---

63. Aquí está puesto Vital, panadero. Este es de la XII.ª región, que vivió más o menos cuarenta y cinco años. Depuesto en paz el día natal de Santa Soteres, el 3.º de las idus de febrero (d. 11), en el consulado de Fl. Vicente, varón clar. (a. 401).

Encontrado en la basílica de San Pablo.

Hic est positus Bitalis pistor ma|g. hic es rg. XII, qui bicsit an|nus pl. minus n. XLV. depo|situs in paci natale d|omnes Sitiretis tert|ium idus Febb. consulatum Fl. Vincenti vvcc. | conss.

DIEHL 2115. 1-2: mag., *quizá* magnarius *o* magister.

«AD SANCTOS» Y «RETRO SANCTOS».

64. A la benemerente Jovina, que hizo cinco años con su cónyuge y pereció a los veintidós años, la que compró para

sí un arcosolio en el (cem.) de Calixto, junto a San Gayo. Depuesta el 3.º de las idus de febrero. Lo hizo a la cónyuge suya (bene)merente en paz.

Cem. de Calixto. San Gayo papa.

benemerenti Iovine, que cum coi[u]|gem suum habuit annos V et d[e]|cessit annorum XXII, que conpa[ra]bit sibi arcosolium in Callisti at domn[um] | deposita die III idus Februarias | Gaium. fecit coiugi suae merenti in pace.

DIEHL 2132.

---

65. ... de los cuales son en el nombre de Máxima en el primer descenso junto al mártir don Cástulo, en la escalera.

Cem. de Calixto (falta la primera parte).

...] quoro sun nomi|nae Masime | catibaticu | I secundu marture | dominu | Castulu iscala ☧

DIEHL 2133.

---

66. Eusebio infante, por su edad sin pecado, acercándose al lóculo de los santos, en paz descansa.

Cem. de Comodila.

[Euse]bius infans per aetatem sene pecca[to] | [acce]dens ad sanctorum locum in pa[ce]|[qui]escit.

DIEHL 2155; N. Bull. 1904, p. 81,1.

---

67. Secular depuesto el 5.º de las idus de septiembre (d. 9) junto a (San) Hipólito; quien vivió dos años y medio.

Secularis | dep. V idus Sepb. | ad Epolitu. | qui vixit an|nos duo semis.

DIEHL 2136.

---

68. En la cripta nueva, detrás de los Santos, compraron el lóculo bisomo Valeria y Sabina, en vida (suya), a Aprón y Viator.

Cem. de Ciriaca.

In crupta noba retro san|ctus emerum se vivas Baler|ra e + Sabina merum loc|u bisoni baprone et a Biatore.

DIEHL 2153. 2 emerum *por* emerunt y 3 merum *repetición equivocada de la misma palabra*; 4 baprone *por* ab Aprone.

69. Serpencio compró el lóculo a Quinto fosor, junto a San Cornelio.

Cem. de Calixto.

Serepntiu|s (*sic*) emit loc|m a Quinto | fossore ad | sanctum C[o]rnelium.

DIEHL 2131.

---

70. Félix Fastiniano compró para sí y su esposa Felicidad al fosor Félix un lóculo en la basílica de Balbina, bajo cubierta, en vida suya.

De la vía Apia o Ardeatina.

Felix Fastinian|us emit sibi et ux|ori suae Felicita|ti Felice fosore | in Balbinis basili|ca sub te|glata se vibum.

DIEHL 2143.

---

71. Undécima cripta, segunda pilastra (lóculo) de Gregorio.

Grafito en la cat. de Priscila.

undecima crupta | secunda | pila, | Glegori.

DIEHL 2154.

---

72. Flavio Eurialo, varón honesto, compró el lóculo para sí en vida suya junto al altar mensa del mártir Lorenzo, bajando a la cripta en la parte derecha. Lo compró al fosor el día 3.º de las calendas de mayo (30 de abril), siendo cónsul Fl. Estilicón, segunda vez (a. 405).

De San Lorenzo al Verano.

Fl. Eurialus v.h. conpa|ravit locum sivi se | vivo ad mesa beati | marturis Laurenti des|cindentib(us) in cripta par|te dextra de fossore | [..]u[..l]oci ipsius | die III kal. Maias Fl. Stilico|ne secundo conss.

DIEHL 2128.

---

73. Felicísimo y Leopardo se compraron en vida el lóculo bisomo junto a Crescención ... a la entrada (del sepulcro) del mártir.

Cem. de Priscila.

Felicissimus et Leopar[da se vivi comparverunt sibi locum] | bisomum at Crescent[tionem a ... fossore in] | introit[u ad martyrem].

DIEHL 2134.

74. Draconcio, Pelagio y Julia y Elia Antonina se prepararon un lóculo junto a Hipólito, sobre un arcosolio, a causa de una hija.

Cem. de San Hipólito.

Dracontius, Pelagius et Iulia et Elia | Antonina paraverunt sibi locu ☧ | at Ippolitu super arcosoliu propter una filia.

DIEHL 2135.

---

75. Pedro y Pancara pusieron el voto a la mártir Felicidad.

Cem. de Ciriaca.

Petrus et Pancara botu po|suent marture Felicitati.

DIEHL 1921.

---

76. De los dones de Dios y de los santos Abdón. San Milex, San Abdón, San Senén, San Vicente.

Pinturas en cem. de Ponciano.

+ de donis Dei et scrm. Abdon.
+ scs Milix.
+ scs Abdon. + scs Senne[s].
+ scs Bi|ce|n|ti|us.

DIEHL 1935 a-e.

---

77. Preyecto descansa refeccionado por Cristo Dios con los mártires.

En Museo Lateranense.

Prectiectus ☧ cesquit ☧ nutricatus Deo Cristo marturibus.

DIEHL 1617.

ORACIONES A CRISTO Y A LOS SANTOS.

78. Cristo, ruega por los tuyos todos. Vivió quince meses, trece días.

Cat. Viale Margarita. Pintada.

Christe, roga pro tuos | omnes. vixsit menses | XV dies XIII.

RAC 6 (1929) 229.

---

79. ¡Cristo, ten presentes a Marcelino pecador y a Jovino! Siempre viváis en Dios.

Cem. de San Pedro y San Marcelino, grafito.

☧ | Criste, in mente habeas Mar|cellinu peccatore et Iobinu! semper vivatis in Deo.

DIEHL 2327.

---

80. De Agacio, subdiácono pecador, ten misericordia, Dios.

En San Hermes, grafito.

Agatio subd. | peccatori miserere, Ds.

DIEHL 2366A.

---

81. Flavia Prima Amevania, hija de Aurelio Semnio. El Señor refrigere tu espíritu, cara pichona.

En San Pánfilo.

Fl. Prima Aureli Semni Amevania | Dom. refr. spir. tuum Miccirita cara.

RAC 9 (1924) 64-65.

---

82. Dios solo defienda tu alma, Alejandro.

En Domitila.

Solus Deus animam tuam defendat, Alexandre.

DIEHL 2365.

---

83. Santa Madre de Dios (intercede) por nosotros.

En San Pánfilo, junto a una pintura con la Virgen y el Niño.

+ Sca. Dei Genetrix [intercede] pro nobis.

RAC 1 (1924) 78.

---

84. Mártires santos, buenos, benditos, ayudad a Ciriaco.

En San Pánfilo, mosaico.

Martyres | sancti boni | benedicti, bos | atiutate Quiracu.

RAC 1 (1924) 63.

---

85. En sueño eterno. Aurelio Gemelo, que vivió tres años y ocho meses, dieciocho días. La madre al hijo carísimo benemerente lo hizo, en paz. Encomiendo a (Santa) Basila la inocencia de Gemelo.

En Santa Inés.

somno heternali. | Aurelius Gemellus, qui bixit an. III | et meses VIII, dies XVIII. mater filio|carissimo benemerenti fecit in pace. | conmando Basilla innocentia Gemelli.

DIEHL 2379.

---

86. Señora (Santa) Basila, Crescentino y Micina, encomendamos a ti nuestra hija Crescentina, que vivió diez meses y ... días.

En el museo Laterano.

domina Basilla, com|mandamus tibi Cres|centinus et Micina | filia nostra Crescen[tina?] | que vixit men. X et des.

DIEHL 2379 nota. *Lin* 5: des *por* dies.

---

87. De Félix presbítero pecador.
San Sixto.
Pedid por mí, Eustaquio.
¡San Sixto, ten presente en las oraciones a Aurelio Repentino!
Jerusalén, ciudad y ornamento de los mártires de Dios.
A Marciano, Succeso, Severo, tened presentes, santos espíritus, y a todos nuestros hermanos.
Pedid ... para que Verecundo con los suyos navegue bien.

En la cripta de los papas (San Calixto).

Felici pbr. peccator.
sante Xuste!
[peti]te [p]ro me, Eusta[chi]um!
sancte Suste, in mente | habeas in horationes | Aurelium Repentinu!
Gerusale civitas et | ornamentum martyru(m) Dei.
Marcianum, | Successum, Severum, spirita sancta in mente | havete et omnes fratres nos|tros!

DIEHL 2324a-e.

---

88. Gregorio.
Martín, acólito de la santa Iglesia romana.
Siervo pecador.
+ Gunio, presbítero.
Mayulo, monje pecador.

En el cem. San Pánfilo. De siglos VII-IX.

Gregori[us].
Martinus acolothus sce. ro. eccl. — Servus peccator.
+ Gunius prb. — Maiulus mon. peccator.

RAC 1 (1924) 94-98. Son inscripciones de visitantes de las catacumbas.

ORACIONES Y SÚPLICAS A LOS DIFUNTOS

89. Genciano, fiel, en paz, que vivió veintiún años, ocho meses, dieciséis días, y en tus oraciones ruegues por nosotros porque te sabemos (estar) en Cristo.

En la vía Salaria.

Gentianus, fidelis in pace, qui vixit annis XXI, menss VIII, dies XVI. et in o ☧ rationis tuis | roges pro nobis, quia scimus te in ☧

DIEHL 2350.

---

90. Lucernio, antes de tiempo veniste en paz. Ten presentes a nosotros, tus padres.

Cem. de Viale Margarita.

Lucernio, ante tempus | tu b[e]nisti te in pace. in mente | nos abeto parentes tuos.

RAC 10 (1933) 191, n. 2.

---

91. Anatolio lo hizo al hijo benemerente, que vivió siete años, siete meses y veinte días. Tu espíritu descanse bien en Dios. ¡Pidas por tu hermana!

Cem. de Priscila.

Anatolius filio benemerenti fecit, | qui vixit annis VII, mensis VII, diebus XX. ispiritus tuus bene requies|cat in Deo! petas pro sorore tua.

DIEHL 2344.

---

92. Atico, duerme en paz seguro de tu incolumidad y pide solícito por nuestros pecados.

En el museo Capitolino, de cerca Santa Sabina.

Attice, | dormi in pace | de tua incolumitate | securus et pro nostris | peccatis pete sollicitus!

DIEHL 2348.

---

93. Vicenta, pidas en Cristo por Febe y por su virginio. Atico, tu espíritu en bien, ¡ruega por tus padres!

Cem. de Calixto.

Vincentia, in ☧, petas pro Phce|be et pro vir|ginio e|ius! Attice, spiritus tus | in bonu, ora pro paren|tibus tuis!

DIEHL 2336, 2338.

94. ¡Pide por tus padres, Matronata Matrona! La que vivió dos años, cincuenta y dos días.

En el museo Laterano.

pete pro parentes tuos, | Matronata Matrona! | que vixit an. II, di. LII.

DIEHL 2337.

---

95. ¡Sabacio, alma dulce, pide y ruega por los hermanos y compañeros tuyos!

Vidrio cementerial, del cem. de Gordiano.

Sabbati, dulcis | anima, pete et ro|ga pro fratres et | sodales tuos!

DIEHL 2343. La inscripción entre una palma y una corona.

ORACIONES DE LOS FIELES PARA LOS DIFUNTOS

96. Dijo el Padre omnipotente al echar (del paraíso) a Adán:
«extraído de la tierra, en tierra serás sepultado».
Así depuesta nuestra hija Agape, fiel de Cristo,
descansa cumplidos los veintisiete años.
Esta edad fué, por Cristo, para ella (madurez cumplida).

Eucaris es mi madre y [Celso] el piadoso padre.
Os ruego, hermanos, orar cuando vengáis aquí
y en todas vuestras preces roguéis al Padre y al Hijo,
sea vuestra intención acordaros de la querida Agape
para que Dios omnipotente a Agape guarde por los siglos.

Cem. de Priscila.

dixit et hoc Pater omnipotens cum [pelleret Adan]:
«de terra sumptus terrae traderis hu[mandus].
sic nobis sita filia et Agape Christ[i fidelis]
bis denos septemq. annos emesa [quiescit].
haec illi per Christum fuerat sic [plena senectus].

Eucharis est mater, pius et pater est [mihi Celsus].
vos precor, o fratres, orare huc quando veni[tis]
et precibus totis Patrem Natumque rogatis,
sit vestrae mentis Agapes carae meminisse,
ut Deus omnipotens Agapen in saecula servet.

DIEHL 2392 a, b.

---

97. Eustaquio, humilde pecador presbítero, servidor del beato mártir Macelino. Mas tú que lees, ruega por mí y tengas a Dios por protector.

Cem. de San Ponciano.

Eustatius, humilis peccator | pbr., servitor beati Marcellini | martyris. sed tu, quis legis, | ora pro me (et) habeas Dm. | protectorem!

DIEHL 2364 a.

EL REFRIGERIO.

98. Dulce virginia Babosa, te refrigere Dios y Cristo
⳩ ⳩
y nuestros señores (los santos) Adaucto y Félix. Veniste en paz el día antes de las calendas de abril (31 de marzo).

Cem. de Comodila.

dulcis virgynia Babosa, refrigeret tibi Deus et Cristus
m o ⳩ ⳩ A ω
et domini nostri Adeo|datus et Felix! venisti in pace pridie kal. Aprilis.

DIEHL 2310. *Lin.* 2: m o, *incierto*. *Lin.* 3: Adeodatus *por* Adauctus.

---

99. Jenara, refrigérate bien y ruega por nosotros.

Cem. de Calixto.

Ianuaria, bene refrigera et roga p|ro nos!

DIEHL 2315. A izquierda, un vaso y una lucerna.

---

100. Los padres a Avia Paulina, hija dulcísima, cuyo espíritu reciba Dios en refrigerio.

En San Eustaquio.

Parentes Avie Paulinae | filiae dulcissimae, | cuius spiritum in refri|gerium suscipiat Dominus *(ave)*.

DIEHL 2320.

---

101. ¡Secunda, estés en refrigerio!

Cem. de Domitila.

Secunda, esto in refrigerio!

DIEHL 2321.

---

102. A Gregorio Febo en refrigerio, quien vivió dos años, ocho meses, trece días. Febo y Festa sus padres hiciéronlo. Los que leéis tenedle presente.

Cem. de Gordiano.

Gregorio Phoebo in refrigerio | qui vixit annis II, mens. VIII, dieb. XIII. | Phebus et Festa parentes fecerunt. | Qui legitis in mente habetote.

RAC 8 (1931) 192.

103. ¡El espíritu de Nica en el lugar de refrigerio!

Cem. de Viale Margarita.

Nice spiritus | in loco refrige|ri!

RAC 10 (1933) 206, fig. 16.

104. Alegre vivas con los tuyos felizmente. Siempre te refrigeres en la paz de Dios.

Lorenzo Cniprano.

Vidrio cementerial, en Bibl. Vaticana.

hilaris vivas cum tuis feliciter! semper refrigeris in pace Dei! Laurentius, Cripranus ☧ *(dentro de una corona).*

DIEHL 2304.

105. ¡Alegre vivas con los tuyos felizmente! ¡Siempre en la paz de Dios refrigeres! Pedro, Cristo, Pablo.

Patena vitrea.

hilaris [vivas cu]m tuis omnibus feliciter! semper in pace Dei [refrigeres]. *En el centro:* P[et]rus Critus Paulus.

DIEHL 2304 A.

106. ¡Al dulcísimo Antístenes su cónyuge, refrigerio!

Cem. de Priscila.

Dulcissimo Anthisteni coniugi suo, refrigerium.

DIEHL 1565 A.

ACLAMACIONES.

107. Sexto, en Cristo Jesús.

Cem. de Viale Margarita.

Sexti, in Cristo Zesu.

RAC 10 (1933) 229.

108. ¡Eucarpe, en Dios!

Cem. de Priscila.

Eycarpe, | in Deo!
⚓

DIEHL 2193.

109. ¡Agape, vivas en Dios!

Cem. de Priscila.

Agape, vivas in Deo!

DIEHL 2194.

110. ¡Emiliano, Romano, viváis en Dios!

Cem. de Priscila.

Aemiliane, | Romane, vibatis in Deo!

DIEHL 2207.

111. Gorgonio viva en Dios. Hilaria cónyuge (lo hizo).

De un cem. de Roma.

Gorgonius in Deo vivat! Hilaria coniux.

DIEHL 2203.

112. ¡Zósimo, vive en el nombre de Cristo!

De un cem. de Roma.

Zosimae, vive in nomine ☧!

DIEHL 2219 A.

113. ¡Gayano, vivas en Cristo con Prócula! ¡Simplicio, vivas en Cristo!

Cem. de Ciriaca.

Gaiane, vivas in ☧ cum Procula! Simplici, vivas in ☧!

DIEHL 2221.

114. ¡Urso, vivas! ¡Felicísimo, Donata, viváis en Cristo!

Cem. de Priscila.

Urse, vibas! | Felicissime, Donata, vi|vatis in ☧ !

DIEHL 2223 A.

115. ¡Victoria, en Dios!

Cem. de San Hermes.

Victora, in Daeo!

DIEHL 3366 B.

---

116. ¡Renato en Dios, la paz!

Cem. de Calixto.

[R]enatus in Deo, pace!

DIEHL 3367.

---

117. ¡Mercurio a Constancia hija, en el Señor!

Cem. de Calixto.

Mercu[rius] | Constant[iae] | filiae | in Domino!

DIEHL 3369.

---

118. ¡Maximino en Cristo!

En Santa María in Trastévere.

Maximinus | in ☧!

DIEHL 3370 C.

---

119. Augurino, en el Señor y Cristo!

Cem. de Calixto.

Augurine, in Dom. et ☧!

DIEHL 3371.

---

120. ¡Veneria, vives en Dios!

Cem. de Priscila. Marfil.

Beneria, | vibis in Deo!

DIEHL 3373.

---

121. Víctor, vivas en Dios. Quien finó el 9º de las calendas de junio (veinticuatro de mayo).

Cem. de vía Latina.

Victor, in Deo bibas. | qui decessit IX calendas | iunias.

RAC 15 (1939) 220.

122. Ruta sujeta y afable a todos vivirá en nombre de Pedro en la paz (de Cristo).

Cem. de Priscila.

Ruta omnibus subdita et atfabi¦lis bibet in nomine Petri ¦ in pace ☧! *(vaso de vidrio).*

DIEHL 3376.

---

123. A la hija incomparable Clusia Elianete, Clusio Eliano, padre, y Afrania Sabina, madre, hiciéronlo a la virgen en Cristo Dios; la cual vivió catorce años, descansa en paz.

Cem. de Calixto.

filiae incomparabili , Clus. Aelianeti Clus. | Alianus pater et Afrania | Sabina mater. fec. virgini in ☧ Deo. | que v. ann. XIIII, q(uiescit) in pace.

DIEHL 3379.

---

124. ¡Vivas, Pontana, eternamente!

En museo Laterano.

vipas, Pontana, in aeterno! *(figuras del Buen Pastor, Noé, Daniel, Adán y Eva)*

DIEHL 2189.

---

125. ¡Agape, vivirás eternamente!

En la vía Salaria.

Agape, vibes | in eternum.

DIEHL 3491 A.

---

126. Aufidio carísimo, vives eternamente.

Cem. de Calepodio.

Aufidi | carissime, | vibis in e|terno.

DIEHL 3491 C.

---

127. Gaya Julia Agripina, Simplicio, dulce eternamente.

De Domitila. Del siglo II.

G. Iulia Agrippina, | Simplici, dulcis in aeternum!

DIEHL 896. Dict. Arch. Lit. chrét., t. V, fig. 4489.

128. ¡Antonia Irene, niña alma santa en paz con vosotros! El 7º de las idus de noviembre (d. 6).

Cem. de Viale Margarita.

Antonia Irene ♡ spirita sancta | pue. in pacae boviscum (*caballo, paloma*). VII idus | Nobenbres.

RAC 11 (1934) 26, fig. 48.

---

129. ¡A Caro Ciriaco, hijo dulcísimo, vivas en santo espíritu!

Del cem. de Calixto.

Car. Kyriaco, | fil. dulcissimo, | vibas [in] spirito sanc[to]!

DIEHL 2230.

---

130. Flavio Crispino a Aurelia Anianeta, cónyuge benemerente, que vivió veintiocho años, a quien tuve como cónyuge nueve años en caridad, sin lesión alguna de mi alma. Adiós de mí, querida, en paz con el santo espíritu! Adiós en Cristo.

De Roma, conservada en Anagni.

Fl. Crispinus Aureliae Ania|neti ben.m. coiuge, que vixit an. | XXVIII. quem coiuge habui an. | VIIII karitate sine ula anime mei | lesione. Vale michi, kara, in pace | cum spirita xanta! vale in ☧!

DIEHL 2232.

---

131. ¡Leoncio, paz de los hermanos, adiós!

Cem. de Priscila.

Leonti, p|ax a fra|tribus, | vale!

DIEHL 2296.

---

132. ¡Septimino, alma dulce en paz, descansa bien!

En el museo Laterano.

Septimine, anima dulcis in pace, | bene cesque!

DIEHL 2296 C.

---

133. A G. Geminio Antistiano | paz!

Cem. de Santa Inés.

G. Geminio | Antistiano | irene! ⳨

DIEHL 2300.

134. ¡Marciano, (que estés) tú en paz!

Cem. de Calixto.

Maciane, te in irene!

DIEHL. 2301 B. Maciane *por* Marciane.

II. Los sacramentos

La fe y la esperanza

135. Casio Vital, que vivió cincuenta y ocho años, once meses y diez días. Al benemerente hiciéronlo los hijos, en paz. Quien creyó en Dios uno, en paz. ☧ *a la derecha*: descansa en paz. *a izquierda*: al digno padre hiciéronlo los hijos.

Cem. de Calixto.

Cassus Vitalio, qui vixit | ann. LVIII, mensibus XI (et) dies X. benme(renti) fil(ii) fecerunt | in paci, qui in unu Deu | crededit in pace | ☧
a izq.: cesque | in | pace!
a der.: dino pari | fili | fcerut.

DIEHL 1596. dino pari *por* digno patri *y* fcerut *por* fecerunt.

---

136. A Apronianita hija dulcísima, que vivió cinco años, cinco meses. Los padres pusiéronlo a la benemerente. Aproniana, creíste en Dios, vivirás en Cristo!

Cem. de San Pánfilo.

Apronianeti filiae dulcissimae, | quae vixit ann. V, mens. V. parentes bene merenti posuerunt. | Apronianе, crededisti in Deo, vives in Xp.

RAC 3 (1926) 85.

---

137. Aquí puesta cruel sepultura; arrancado de la primera juventud alcanza los lindes de la muerte el joven Eutiquio, sabio: sabio pío y benigno, creyente en Cristo obtiene los premios de la luz (celestial). Eutiquio yace aquí, ornamento de los suyos.
Depuesto el 4º de las nonas de octubre (d. 4) en el consulado de Teodosio Aug. III y Eugenio ... de veintiocho años de edad y tres meses (a. 393)

En S. Martino in Montibus.

hic funus crudele situm, primage iubenta
ereptus iubenis limina mortis adiit
Eutichius sapiens: sapiens pius adq. benicnus.
[in Ch]ristum credens prem·a lucis abet.
[Euti]chius iacet hic decus uni ipse suorum.
| depositus quartu nonas Oct. | [con]sl. Theodosi Agg. III et Eugeni [. . .] do ann. XXVIIII, m. III.

DIEHL 1599. *Lin.* 5: uni *seguramente por* unicum.

138. ¡Me aumente Dios la fe!

Cem. de Domitila.

auget mi Deus (fidem)!

DIEHL 2473. Cf. Lucas 17,5: «adauge nobis fidem».

---

139. M. Antonio Restuto hizo el hipogeo para sí y los suyos que confían en el Señor.

Cem. de Domitila.

M. Antoni|us Restutu|s fecit ypo|geu sibi et | suis fidenti|bus in Domino.

Roma. sott. I, 190.

---

140. Bassa carece de miembros, viviendo para Cristo por los siglos, siguiendo las mansiones etéreas y el reino de los santos, mereció pulquérrima deshacerse de los nudos corpóreos; recibiéronla la estrellada bóveda y las celestes constelaciones; apresurándose a transcurrir el curso de la edad, puso en el sepulcro sus frágiles restos y el cuerpo; creyendo diligente en el juicio del venerando altísimo y siguiendo con puro corazón al Dios que ha de venir, alcanzó los gozos con el premio de la luz inmensa . . .

Cem. de Pretextato.

Bassa caret membris vivens per saecula
aeterias secuta domos a(c) regna piorum,
solvere corporeos meruit pulcerrima nodos;
steliger accepit polus hanc et sidera caeli
aetatisq. citae properans transcendere cursum
exuvias posuit fragiles corpusq(ue sepul)cro.
sedula iudicio credens venerabilis alti
venturumq. Deum puro|que) corde secuta
amplificae sumpsit(que gau)dia premio lucis
eximium . . .

RAC 12 (1935) 13.

---

141. Acoge, hermana, este verso, triste solaz del hermano
que vencido del llanto te dedica estas estrofas.
La que cubre este túmulo, lector, si conocer quieres,
sublimes títulos de sangre ella ostentaba,
por sus costumbres en vida compañera siempre de Cristo,
al que creyó sería su guía después de muerta.

Depuesta en paz . . . en el consulado de Festo y Marciano (a. 472).

Cem. de San Lorenzo al Verano.

Sume, soror, carmen, solacia tristia fratris,
qui victus gemitu hec tibi verba dedit.
quae tegitur tumulo, si vis cognoscere, lector,
sublimes gessit sancuinis haec titulos.
moribus hec Cristum semper comitata superstes,
quem post fata sibi credidit esse ducem.

. . . deposita in pace . . . consulato Festi et Marciani.

DIEHL 166. *Muy estropeada.*

---

142. En este signo vencerás
☧ *(dentro corona)*
Sinfonia y los hijos. Vivió cuarenta y nueve años, cinco meses, cuatro días.

Cem. de Calixto.

in hoc vinces
☧ *(dentro corona)*
Sinfonia et filiis
v. an. XLVIIII, m. V., d. IIII.

DIEHL 1620. *Lin.* 3: filiis *quizá* filii s(ui).

BAUTISMO Y CONFIRMACION

143. A Flavio Herótimo indulgente, candidato en Cristo, quien vivió diecisiete años, cinco meses, dos días. Fué depuesto en paz.

De un cem. desconocido.

Fl. Herotimo indulgenti | candidato in ☧, qui vix. an. | XVII, mens. V, d. II. deposi|tus est in pace.

DIEHL 1509 A.

---

144. Bacio Luciliano a Bacio Valerio hijo, que vivió ocho años, ocho meses, veintidós días, catecúmeno.

De un cem. romano.

[Bacius] Lucilianus Bacio Valerio | [fili]o, qui bixit an. VIII | [mens.] VIII, dies XXII, catecum[eno].

DIEHL 1508 A.

---

145. Florencio a su hijo Aproniano benemerente hizo el título (funerario), quien vivió un año y nueve meses y cinco días, para quien su ama, que lo quería mucho y vió que estaba en peligro de muerte, pidió que saliera del mundo hecho fiel (cristiano).

Cem. de Priscila.

d. m. s. | Florentius filio suo Aproniano | fecit titulum benemerenti, qui vixit | annum et menses novem, dies quinque, | qui cum soldu amatus fuisset a maiore | sua et vidit hunc morti constitutum | esse, petivit de aeclesia, ut fidelis de | seculo recessisset.

DIEHL 1343. *Precede el* d(iis) m(anibus) s(acrum) *pagano.*

---

146. A la benemerente Antonia Ciriaca que vivió dieciocho años, dos meses, veintiséis días, recibida la gracia de Dios, al cuarto día murió, virgen. Julio Benedicto, padre de la hija dulcísima e incomparable, lo puso el 12º de las calendas de diciembre (20 nov.).

Cem. de San Marcos y Marcelino.

benemerenti Antoniae Cyriaceti, quae vixit | annis XVIIII, m. II, d. XXVI | accepta Dei gratia quarta die | virgo obiit. Iulius Benedictus pater filiae dulcissimae | et incomparabili posuit d. XII kal. Dec.

DIEHL 1529.

---

147. Tique dulce vivió un año, diez meses, quince días. recibió (la gracia) el 8º de las calendas . . . , devolvió el alma el día siguiente.

Cem. de San Saturnino.

Tyche dulcis | vixit anno uno, | mensibus X, dieb. XV. | accepit VIII k[al . . .] | reddidit die s. s.

DIEHL 1531.

---

148. Herculia está puesta aquí, bañada con las sagradas aguas;
quien, poco ha renacida para Dios, vive por siglos sin fin.
Esto procura la fe, esto el mérito y la vida purísima;
siguiendo el camino de los santos, alcanzó los reinos del [cielo.
Pasó en el siglo veintidós años y nueve meses,
viviendo tres años cumplidos con el caro cónyuge
su Aselo, al que se dignó recibir en el tálamo,
entregándosela el padre Herculio con la madre,
cuyo nombre es Dignidad, a quienes después del gozo
sobrevino el luto . . .

Depuesta el 6º de las idus de Sept., en paz.

En SS. Giovanni e Paolo.

Herculia hic sita sacratis abluta lymbis,
quae super [r]enat[a] Deo vivit per secula semper.
hoc fides, hoc meritum, hoc praestat purissima vi[ta].

sanctorum itinere perges caelorum regna petivit,
bis undenos orbes nobenque duxerit mensibus aev[um],
que tribus emensis annis cum caro coniugem vixit
Aselloque suo, quem talamo dignata recepit,
Herculio tradente patre una denique matre,
Dignitas cui nomen est, quibus post gaudia luctus
evenit signatumque suo de nomine gesta

dp. VI idus Sept. in p.

DIEHL 1515 A. Incierto el último verso. *Lin.* 4: perges *por* pergens.

---

149. Nacido con el nombre de Pascasio Severo el jueves de Pascua, día anterior a las nonas de abril (d. 4), siendo cónsules Fl. Constantino y Rufo, varones clarísimos (a. 457); quien vivió seis años, recibió (la gracia) el 11º de las calendas de mayo (21 abril) y depuso sus albas (bautismales) en el sepulcro la octava de Pascua, día 4º de las calendas de mayo (28 abril), siendo cónsul Fl. Basilio v. c. (a. 463).

Encontrada cerca del Vaticano. El nombre de Pascasio lo recibió el recién nacido del día pascual en que nació.

natu Severi nomine Pascasius | dies pascales prid. no[n]. April[es] | die Iobis Fl. Constantino | et Rufo v. v. cc. conss., qui vixit | annorum VI. percepit | XI kal. Maias et albas suas | octabas Pascae ad sepulcrum | deposuit d. IIII kal. Mai. Fl. Basilio v. c. c[ons.].

DIEHL 1541.

---

150. Félix llamado a la santa fe se fué en paz, de quien tanto amor y caridad se guarda por los amigos en el mundo; el cual, cuando vivía, era conocido de todos como misericordioso. Lo hizo Agripina al dulcísimo marido, con quien vivió sin lesión de almas tres años y diez meses. Estuvo en el mundo, en vida, treinta y dos años; depuesto el 13º de las calendas de septiembre (20 ag.), siendo cónsules Valentiniano nobilísimo joven y Víctor (a. 369).

En el campo del Vaticano.

Felix sanctae fidei vocitus iit in pace | cuius tantus amor et caritas retenetur ab amicis in aevo. | qui cum esset, fuit solacius misericors omnibus notus. | Acrippina fecit dulcissimo suo marito, | cum quem vixit sine lesione animi annos III et m. X. | fuit in saeculum, quod vixit, annos XXXII, dep. XIII kal. Sept. Valentiniano | n. p. et Victori conss.

DIEHL 1603.

151. Aquí está puesta Veneriosa neófita, que vivió seis años, finó el 8.º de las idus de agosto (d. 6).

Cem. de San Hermes.

hic est posita | Beneriosa | neofita | que vicxit | an. VI. dc. VIII | id. Aug.

DIEHL 1489 A. cf. N. Bull 7 (1901), lám. I.

---

152. A Domicio inocente, neófito, que vivió tres años, treinta días. Depuesto el 9.º de las calendas de junio (24 mayo).

Cem. de Ponciano.

Domitio inno ☧ |centi neofito, | qui bixit an. III, | dies XXX. dep. VIIII | kal. Iunias ☧ .

DIEHL 1485 A.

---

153. A Equicio, en Cristo Dios neófito benemerente, que vivió veintiséis años, cinco meses, cuatro días. Finó el 3º de las nonas de agosto (d. 3).

Cem. de Ciriaca.

Aequitio in ☧ Deo innofito | benemerenti, qui vixit | an. XXVI, m. V., d. IIII. dec. III non. Aug.

DIEHL 1488.

---

154. ☧ Aselo y Lea a Prisco, padre benemérito, en paz. Quien vivió sesenta y cuatro años, tres meses, doce días. Con el signo de Cristo murió, siendo cónsules Baso y Ablavio (a. 331), el 5.º de las calendas de octubre (27 de septiembre).

De cem. romano.

☧ Asellus et Lea Prisco patri benemerenti in pace. | qui bixit annis LXIIII, mensibus III, dies n. XII | in signo ☧ | d. Basso et Ablavio conss., V k. Oct.

DIEHL 1545.

---

155. . . . .] solo nuestro (consuelo) . . . ungida cristiana . . . quien vivió más o menos veinticinco años, . . . siendo cónsules Graciano Aug. IIII y Merobaude (a. 377).

De cem. romano.

[. . . . h]oc solum nostrum [. | .]l cristianae uncta [. . | . qu]ae vixit ann. p. m. XXV, [. | . Gratia]no Auc. Mopr[. . .].

DIEHL 1548.

El tránsito cristiano

156. Cornelia Nice, de años más o menos veinte, cristiana devolvió (el alma).

Cem. de Ponciano.

Cornelia Nice | annorum plus minus XX crisa|na redde-(d)it.

Diehl 1330.

---

157. Colonica tomada en Cristo, que descansó (en paz). Vivió cuarenta años. Depuesta el 2.º de las nonas de noviembre (d. 4).

En la vía Salaria.

suscepta Colo|nica in ☧, quae re ⸙ |quievit. vixit | ann. XL. dep. II non. Novb. ⸙

Diehl 3344 A.

---

158. Aquí descansa en el sueño de paz Mala, que vivió treinta y nueve años, cinco meses, cinco días, acepta a Dios el 4.º de las idus de junio (d.10), siendo cónsul Aecio (a. 432).

En la basílica Vaticana.

hic requiescet in somno pacis | Mala, qui vixit annos XXXVIIII, m. V, d. V. | accepta aput Deum IV idus Iunias Aetio conli.

Diehl 3333.

---

159. Prósenes recibido en Dios el 5.º de las nonas de (jun)io, siendo cónsules Presente y Extricato II, al regresar a la urbe de las expediciones. Lo escribió Ampelio liberto.

En Santa Soteres. La expedición sería la de Caracalla del año 217. En un sarcófago.

Prosenes receptus ad Deum V non. [...]ias [...]nia Praesente et Extricato II (conss). regrediens in urbe ab expeditionibus. scripsit Ampelius lib.

Diehl 3332 b.

---

160. Los padres hiciéronlo a la hija carísima, que vivió cuatro años, treinta días. Durmióse en Dios. Depuesta en las calendas de octubre (d. 1).

Cem. del Viale Margarita

parentes fecerun fili|e carissime que bi|xit annos IIII diebus XXX. dormit in Deo | dep. cal. Octob.

RAC 11 (1934) 230.

161. A Petronio Mercurio, hijo dulcísimo benemerente, gozas del descanso en el número de los justos; quien vivió veintiséis años, cuatro meses, diez días; depuesto en las calendas de septiembre (d. 1), en paz.

En la vía Latina.

Petronio, Mercurio, filio | dulcissimo benemerenti. ha|bes requiem in numerum ius|torum, qui vixit ann. XXVI, | m. IIII, d. X. dp. kal. Sept. in pace.

DIEHL 3351.

162. A Severo, hijo dulcísimo, Lorenzo padre al benemerente; quien vivió cuatro años, ocho meses, cinco días, recogido por los ángeles el 7.º de las idus de enero (d. 7).

Cem. de Calixto.

Severo, filio dulcissimo, Laurentius | pater benemerenti, qui bi|xit ann. IIII, me. VIII, dies V | accersitus ab angelis VII idus Ianua.

DIEHL 3354.

163. ☧ Prima vives en la gloria de Dios y en la paz de nuestro Señor Cristo.

Cem. de San Saturnino.

☧ Prima, vivis in gloria Dei et in pace domini nostri ☧

DIEHL 3385.

164. Me retienen los astros, nada me atemorizas, muerte impía;
volví a la vida que permanece sin fin.
Con suerte feliz pasé la serie de hados,
el curso de la vida fué el descanso supremo.

Roma. Copia.

sidera me retinent, nil me, mors impia, terres,
ad vitam redii, quae sine fine manet.
fatorum seriem felici sorte peregi,
curriculum vitae summi fuit requies.

DIEHL 3428.

III. La jerarquía eclesiástica

SUMOS PONTÍFICES (obispos de Roma).

165. El que reprimiera del piélago las tumultuosas olas,
el que a las semillas que mueren en tierra presta la vida,
el que pudo romper de la muerte los lazos fatales
y después de mortales tinieblas, pasados tres días,
devolver a Marta la hermana, el hermano viviente,
confío hará de las yertas cenizas resurgir a Dámaso.

Vía Ardeatina, cripta de San Dámaso. Epitafio propio del papa Dámaso (366-384).

qui gradiens pelagi fluctus compressit amaros,
vivere qui praestat morientia semina terrae,
solvere qui potuit letalia vincula mortis,
post tenebras fratrem, post tertia lumina solis.
ad superos iterum Marthae donare sorori,
post cineres Damasum faciet quia surgere credo.

FERRUA 12; DIEHL 969.

---

166. Siguiendo bajo Liberio como lector y levita
y luego bajo Dámaso, todos los años que vivió, esclarecido,
mereció la cátedra del gran obispo en la fuente sagrada
de manera que proclamara la paz sólida para todo el pueblo.
Piadoso, justo, pasó éste felices tiempos,
gran defensor de la corte eclesiástica,
misericordioso, liberal mereció perpetuar su nombre por si-
El que rigió con amor el pueblo durante quince años, [glos.
ahora, alcanzado el reino celeste, experimenta el descanso.

Cem. de Priscila, copia. Elogio del papa Siricio (a. 388-398).

Liberium lector mox et levita secutus,
post Damasum clarus totos quos vixit in annos,
fonte sacro magnus meruit sedere sacerdos,
cunctus ut populus pacem tunc soli clamaret.
hic pius, hic iustus felicia tempora fecit,
defensor magnus, multos ut nobiles ausus
regi subtraheret ecclesiae aula defendens.
misericors, largus meruit per saecula nomen.
ter quinos populum qui rexit in annos amore,
nunc requiem sentit caelestia regna potitus.

DIEHL 972.

---

167. Prelado de la sede apostólica, venerable a todo el pueblo que gobernaba, mientras cumplía el décimo año de pontificado, Celestino emigró a aquella vida que devuelve como deuda a los santos los eternos honores. Aquí el túmulo del

cuerpo: descansan huesos y ceniza, mas nada perece para el Señor, toda carne resucita. Ahora la tierra cubre lo terreno; la mente, que no conoce la muerte, vive y goza bien consciente de la visión de Cristo.

Cem. de Priscila, copia. Elogio del papa Celestino (a. 422-432).

praesul apostolicae sedis venerabilis omni
quem rexit populo, decimum dum conderet annum,
Caelestinus agens vitam migravit in illam,
debita quae sanctis aeternos reddit honores.
corporis hic tumulus; requiescunt ossa cinisque
nec perit hinc aliquid Domino, caro cuncta resurgit.
terrenum tunc terra tegit, mens nescia mortis
vivit et aspectu fruitur bene conscia Christi.

DIEHL 973.

---

168. Guardo ahora los lindes de la sede cuya cúspide alcancé,
aquí merecí (tener) el túmulo yo Anastasio prelado;
engendrado de presbítero, escogí los dogmas de la vida
y de la milicia de Dios, nacido entre sus oficios,
ejercitado con corazón casto en los deberes de los pontífices,
obtuve el gran nombre apostólico.

En la basílica Vaticana. Elogio del papa Anastasio (a. 496-98).

limina nunc servo, tenui qui culmina sedis,
hic merui tumulum praesul Anastasius.
praesbytero genitus delegi dogmata vitae
militiaeque Dei natus in officiis.
pontificum casto famulatus pectore iussis
obtinui magnum nomen apostolicum.

DIEHL 982.

---

169. Aunque no sea ésta, padre, cosa digna de tu sepulcro
ni tu fe esclarecida necesite de títulos (funerarios),
acepta, sin embargo, estas alabanzas, que pueda leer el [huésped
que por amor a Pedro venga de los extremos del orbe.
Sanaste el cuerpo de la patria lacerado por el cisma,
restituyendo al lugar propio los miembros revueltos.
La Grecia, vencida por tu piadoso gobierno, se sometió a ti,
gozándose de reparar la fe perdida.
El Africa, cautiva por muchos años, se alegra
de merecer obtener pontífices por tus preces.
Estas aunque para mí duras cosas noté yo Silverio
para que por mucho tiempo puedan quedar fijas en el túmulo.

Basílica Vaticana. Elogio de Hormisdas papa (a. 536-38) por su hijo Silverio.

quamvis digna tuis non sint, pater, ista sepulcris
nec titulis egeat clarificata fides,

sume tamen laudes, quas Petri captus amore
extremo veniens hospes ab orbe legat.
sanasti patriae laceratum scismate corpus
restituens propriis membra revulsa locis.
imperio devicta pio tibi Graecia cessit
amissam gaudens se reparasse fidem.
Africa laetatur multos captiva per annos
pontifices precibus promeruisse tuis.
haec ego Silverius quamvis mihi dura notavi,
ut possent tumulis fixa manere diu.

DIEHL 984.

OBISPOS FORÁNEOS

170. Todo esto que ves lo gané con mi propio trabajo,
mientras un tiempo vivía como gentil,
deseando conocer la felicidad del mundo.
Después, por juicio de Dios, siguiendo mejor (ley)
despreciadas las riquezas, preferí conocer a Cristo.
Estos fueron mis cuidados, vestir al desnudo que lo pedía,
repartir entre los pobres cuanto me reportaba la renta anual
y cantar, modulante, entre el pueblo (el salterio) del profeta.
Así merecí, obispo, conservar el pueblo fiel.
Este túmulo preparóme la cónyuge Lorenza,
siempre ajustada a mis costumbres, veneranda, fiel.
Por fin cesará refrenada la miserable envidia.
El obispo León traspasó a la edad de ochenta años.
Depuesto el día antes de las idus (d. 14) de marzo.

En el agro Verano. *Lin.* 1: todo esto = posiblemente los bienes inmuebles de León, pintados en la cripta sepulcral.

omnia quaeque vides proprio quaesita labore,
cum mihi gentilis iam dudum vita maneret,
institui cupiens censum cognoscere mundi.
iudicio post multa Dei meliora secutus,
contemptis opibus malui cognoscere Christum.
haec mihi cura fuit, nudos vestire petentes,
fundere pauperibus quidquid concesserat annus,
psallere et in populis volui modulante profeta.
sic merui plebem Christi retinere sacerdos.
hunc mihi conposuit tumulum Laurentia coniux
moribus apta meis semper veneranda fidelis.
invidia infelix tandem compressa quiescit.
octoginta Leo transcendit episcopus annos.
dep. prid. idus Martias.

FERRUA 67; DIEHL 997.

171. ☩ Urso, portaestandarte de Cristo.

Cem. de San Alejandro, en el arquitrabe de la basílica de San Teódulo.

☩ | Christi signifer Ursus.

RAC 15 (1938) 244, fig 68.

PRESBÍTEROS

172. Puesto aquí descansa en paz Félix presbítero,
cuya fe pura, probidad, sagaz vigilancia
conocida, fué tan del agrado del preclaro papa León,
que para reparar, después de la ruina, los techos de (San)
confiara tan arduo trabajo de renovar el aula a éste. [Pablo,

Depuesto el 7.º de las idus de mayo (d. 9) siendo cónsules León Aug. y Probiano v. c. (a. 466).

En San Pablo.

presbyter hic positus Felix in pace quiescit,
cuius pura fides probitas vigilantia sollers
pontificum claro placuit sic nota Leoni,
post labsum ut reparans venerandi culmina Pauli
huic opus tanti renovandam crederet aulam.

depositus VII idus Maias Leone Aug. III[I et Probiano v.c.|
conss.

DIEHL 1762 a.

---

173. Con este túmulo están cubiertos, Augusto, tus miembros,
pero la exigua tierra no cubre tus méritos.
el cuerpo lo posee la tierra; al alma, los reinos celestes;
así rectamente cada cosa tiene su sede propia.
Devoto al Señor viviste con corazón fiel,
ejerciendo con piedad el oficio de presbítero,
liberal con los pobres, rico para ti, caro a los amigos,
guardando los venerandos preceptos de la ley,
y feliz, habiendo acumulado tanto honor de alabanzas,
has de gozar merecidamente de los bienes perpetuos.

Cem. de Santa Inés.

hoc, Auguste, quidem tumulo tua membra teguntur,
sed nunquam meritum parvula claudit humus.
corpus habet tellus, animam caelestia regna:
sic sedes proprias singula rite tenent.
devotus Domino vixisti corde fideli
presbyteri officium sub pietate gerens.
largus pauperibus, dives tibi, carus amicis,
divinae legis iussa verenda colens.
et felix tanto laudum cumulatus honore,
perpetui[s] merito iam fruiture bonis.

DIEHL 1135.

---

174. Aquí está el presbítero por nombre llamado Celerino,
que rompiendo los vínculos corpóreos goza en el cielo.

Depuesto el 9.º de las calendas de junio (24 de mayo), Fl. Siagrio y Euquerio cónsules (a. 381).

Cem. de Santa Inés.

presbyter hic est Celerinus nomine dictus,
corporeos rumpens nexus qui gaudet in astris.

dep. VIIII kal. Iun. Fl. Syagrio et Eucerio (conss.).

DIEHL 1129.

---

175. Aquí descansa Romano presbítero, que actuó de presbítero veintisiete años, diez meses. Depuesto el 10º de las calendas de agosto (23 de julio) en el consulado de Severino, varón clarísimo (a. 482?, 461?).

En Santa María in Trastévere.

hic quiiscit Romanus pbb., | qui sedit pbb. ann. XXVII, m.X. | dep.X kal.Augus. | con.Severini v.cl. +

DIEHL 1133.

---

176. Lóculo de Bonifacio presb., concedido por los presbíteros Pedro y Micino del título del beato mártir Crisógono, en donde descansa Valentino presb. y Sixto presb.

En el Museo Laterano.

+ locum Bonifatii pb. concessum a ppbb., id est Petro et Micino | tt. beati martyris Crisogoni, ubi reqiescit Balentinus pb. et Xy|stus pb.

DIEHL 1138.

---

177. Vicente presbítero, depuesto el 11.º de las calendas de julio siendo cónsules Graciano y Dagalaifo (a. 366).

Cem. de Calixto.

Vincentius | presb. | dep.XI kal. Iulias | Gratiano et | Giolaifo conss.

DIEHL 1126 a; cf. WILPERT, *Cripta*, p. 115, fig. 69.

---

178. Asinio presbítero del título de San Marco compró en vida suya el lóculo.

En San Pancracio.

Asinius pb. tit. sci. Marci | locu se bibo co[omparavit].

DIEHL 1139 B.

179. Aquí quiso deponer el presbítero Sisinio sus miembros mor-
estimado de todos los fieles y digno sacerdote, [tales,
que supo fomentar la concordia de la madre (Iglesia),
y vivir siempre sensible al amor de Dios,
y, contento con lo suyo, huir del palacio del rico.

Vía Latina, copia. Imitación damasiana.

presbyter hic voluit Sisinnius ponere membra
omnibus acceptus populis dignusque sacerdos,
qui sciret sanctae servare foedera matris
blandus amore Dei, semper qui vivere nosset,
contentusque suo nesciret divitis aulam.

DIEHL 1134.

---

180. Cumplido el deber de la naturaleza muriendo,
aquí, en el lugar fijado, yo Tigrino presbítero pongo mis
[huesos,
en sus sedes propias mente pura y miembros (mortales) des-
éstos yacen en el túmulo, aquélla en el empíreo. [cansan;
Depongo el miedo por mi fin, pues es de salvación mi espe-
Cristo, bajo cuyo imperio murió la muerte. [ranza
Ya que yo, cautivado por la dulzura del reino celeste,
en diversos lugares reparaba los techos sagrados,
renovando aquí la cubierta, caídas las vigas,
merecí más feliz ir a las mansiones supernas.

En la vía Latina. Copia.

praefixo moriens naturae munere functus
hic mea Tigrinus presbiter [o]ssa loco.
sedibus en propriis mens pura et membra quiescunt:
ista iacent tumulo, gaudet at illa polo.
pono metum de fine meo. spes una salutis
nam mihi fit Xps, quo duce mors moritur.
quippe ego caelestis captus dulcedine regni
diversis reparo tecta sacrata locis,
culminaque hic lapsis trabibus totumque novando
promerui superas laetior ire domus.

DIEHL 3420.

DIÁCONOS

181. Sepulcro de Sabino arcediano.

Primer ministro del altar por mucho tiempo,
elegí ser portero de (este) lugar santo,
pues volviendo a la tierra, que se prueba ser nuestro origen,
aquí en el suelo yo Sabino sepulto mis miembros.
Nada aprovecha, antes daña, arrimarse a los túmulos de los
[(mártires)
la vida óptima es la que está cerca del mérito de los santos;

no con el cuerpo conviene acercarse a ellos, sino con el alma,
que, puesta en salvo, puede ser la salvación del cuerpo.
Así yo que, modulando con voz y arte los salmos,
canté en diversos tonos las sagradas palabras,
puse aquí, en la primera linde, la sede de mi cuerpo,
seguro de que el tiempo deseado se presentará pronto,
cuando la trompeta resonando cantará en el cielo con voz
[angélica
obligando a los justos a que alcancen los campamentos su-
y tú, Lorenzo, mártir levita, une entonces [pernos,
a Sabino levita también a los angélicos coros.

En la basílica de San Lorenzo, a la entrada.

Sepulcrum Sabini archidiaconi.
altaris primus per tempora multa minister
elegi sancti ianitor esse loci.
nam terram repetens, quae nostra probatur origo,
hic tumulor muta membra Sabinus humo.
[n]il iuvat, immo gravat, tumulis haerere piorum,
sanctorum meritis optima vita prope est.
[co]rpore non opus est, anima tendamus ad illos,
[q]uae bene salva potest corporis esse salus.
[ast eg]o, qui voce psalmos modulatus et arte
[dive]rsis cecini verba sacrata sonis,
[corporis] hic posui sedes in limine primo
[optatum] tempus certus adesse cito,
[cum canet angelico re]sonans tuba caelitu[s ore]
[cogens, ut scandant] castra supe[rna pi]os.
[at tu Laurenti ma]rtyr levit[a, Sabinum]
[levitam angelicis t]unc quoq[ue iunge choris].

DIEHL 1194. Inseguras algunas de las restituciones.

---

182. Siendo éste en vida el primero en el orden de los levitas,
fué el cantor de los salmos davídicos
entre el estrépito de las guerras . . .
dirigiéndose fiel al descanso (eterno) a alcanzar el reino
seguro de que vería a su Señor. [eterno
Ni el sublime honor ni el orden (jerárquico) le exaltó,
más bien con su piedad amansó las rígidas gentes,
venerador de la justicia, guardador de la vida honesta,
rico para los pobres, era pobre para sí.
He ahí que el nombre Diosdado que llevabas,
he ahí Dios te dió los bienaventurados reinos.

Cem. de Calixto. Copia incompleta. Referencia quizá a la invasión de Alarico (a. 410).

+ hic levitarum primus in ordine vivens
Davitici cantor carminis iste fuit.
inter bellorum strepitus . . .
. . . . temporis esse sui.

ad requien tendens promissa regna fidelis,
certus quod Dominum viseret ille suum.
non illum sublimis honor, non extulit ordo,
edomuit rigidos plus pietate magis.
iustitiae cultor, vitae servator honestae,
pauperibus dives, sed sibi pauper erat.
ecce Deusdedit nomen qui forte gerebas,
ecce Deus dedit regna beata tibi.

DIEHL 1195. *Verso 8 incierto, quizá* plus *por* populos.

---

183. Cubículo dúplice con arcosolios y lucernario.

Por orden de su papa Marcelino, este diácono Severo, acordándose de sí y de los suyos, ha hecho esta tranquila mansión, en donde conserve los dulces miembros (mortales) en el sueño (de paz) por largo tiempo para el Creador y Juez. Severa, dulce a los padres y a los fámulos, entregó virgen (el espíritu) el 8.º de las calendas de febrero (25 de enero), a la cual el Señor dispusiera nacer por la carne de admirable sabiduría y arte: cuyo cuerpo está aquí sepulto tranquilo en paz hasta que resucite por (designio) de aquel que arrebató de su santo espíritu el alma casta, púdica y siempre inviolable, a la que el Señor volverá otra vez la gloria espiritual. La que vivió nueve años y once meses, quince días. Así fué transferida del siglo.

Cem. de Calixto.

cubiculum duplex cum arcisoliis et luminare

iussu pp. sui Marcellini diaconus iste
Severus fecit mansionem in pace quietam
sibi suisque memor, quo membra dulcia somno
per loncum tempus factori et iudici servet.
Severa, dulcis parentibus et famulisque,
reddidit VIII Febrarias virco kalendas,
quam dom(imus) nasci mira sapientia et arte
iusserat in carnem, quod corpus pace quietum
hic est sepultum, donec resurgat ab ipso,
quique animam rapuit spiritu sancto suo
castam, pudicam et inviolabile semper,
quamque iterum Dom(inus) spiritali gloria reddet.
quae vixit annos IX et XI menses,
XV quoque dies. sic est translata de saeclo.

DIEHL 3458.

---

184. Refrena, ¡oh dolor!, las lágrimas: buscas, pueblo santo, al levita Redento: súbitamente lo arrebató la corte celestial.
Vertía dulces mieles con su canto, que sabía a néctar, celebrando en plácidas melodías al santo profeta: su vida fué de inocencia, su juventud loada.

Por fin la miserable envidia refrenada reposa;
ahora goza del paraíso el que se llevó los trofeos del enemigo
[(infernal).

Cem. de Calixto. Copia, excepto un pequeño fragmento.

Stringe dolor lacrimas, quaeris plebs sancta Redemptum
levitam? subito rapuit sibi regia caeli.
dulcia nectario promebat mella canendo,
prophetam celebrans placido modulamine senem.
Haec fuit insontis vita, laudata iuventus;
invidia infelix tandem conpressa quiescit;
nunc paradisus habet sumsit qui ex hoste tropaea.

FERRUA 63. *Al verso 4 parece hay que corregir* senem, *por* sanctum.

---

185. Quienquiera veas el túmulo, si preguntas por la vida del ahí
muero a la edad de treinta y ocho años, [sepultado,
devolviendo, bien guardado, el don del cuerpo (recibido) a
de quien fuí ministro sagrado y lector, [Cristo,
diácono de oficio, de nombre y de voz Florencio.
Mi padre en el mundo era también santamente mi obispo,
y así me tuvo dos veces por hijo.
Sobreviviendo él, mi espíritu salía del cuerpo. [dichoso,
Este suceso de la muerte, grave para el anciano, fué para mí
que (por sus cuidados) descansan bien mis miembros.

Depuesto el día anterior . . .

En *Museo Laterano*. Imitación damasiana. Copia insegura en algunas palabras.

Quisque vides tumulum vitam si quaeris operti,
ter morior denos et post bis quattuor annos,
servatum Christo reddens de corpore munus;
cuius ergo in sacris famulus vel in ordine lector
officio levita fui Florentius ore.
Qui pater in terris idem mihi sancte sacerdos
contigit et natum tenuit iam sorte secunda.
Hoc superante, meo discedit spiritus orae.
Iste seni casus gravis est mihi morte beatus,
quod patris homicii tene mea membra quiescunt.

Dep. die pridie . . . . .

FERRUA 68, DIEHL 1231. Corrompido especialmente el último verso.

---

186. Santo en su oficio, de vida grave, anciano de costumbres
seguidor constante y fiel de los preceptos de la ley,
grato a los nobles, uno de los cuales honra
con un luctuoso epigrama los supremos (despojos) del amigo.
El diácono Tigridas está protegido aquí por el túmulo que le
[guarda.

De catacumba desconocida. Imitación damasiana. Copia.

Sanctus ab officio, vita gravis, indole priscus,
sedulus, attonitus, legis praecepta secutus,
nobilibus gratus, quorum magis auctor amici
carmine luctifico decorat de more suprema.
diaconus hic Tigridas tumulo custode fovetur.

FERRUA 73.

---

187. Primer levita en (esta) iglesia de la sede apostólica, dirigiéndose en espíritu a Cristo, encierra los miembros en la tierra. Insigne en méritos y militante preclaro en todo, brilló digno del honor de un sepulcro de tanta monta. Así, a Dios dado, fué él ministro del altar para que con su preciosa vida igualara a su nombre (Adeodato) de varón.

Depuesto el 7.º de las idus de mayo (d. 8), consulado primero de León junior (a. 474).

En San Pablo.

☧ | sedis apostolicae levites primus in ista
mente petens Xpm. membra recondit humo.
insignis meritis clarusque por omnia miles
enituit tanti dignus honore loci.
a Deo sic datus altaris fuit ille minister,
nomen ut aequaret vita decora viri.

depos. VII idus Maias Leone iuniore primum conss.

DIEHL 1196.

---

188. Depuesto Félix diácono el 5.º de las idus de marzo, siendo cónsules Teodosio XV.ª y plácido Valentiniano IV.ª Augustos varones clarísimos (a. 435).

En la cripta de la basílica Vaticana.

deps. Felix diac. V idus Martias | Theodosio XV et Pld. Valentiniano IIII | AA.uu. cc. con.ss.

DIEHL 1200.

SUBDIÁCONOS

189. Aquí descansa Apiano subdiácono, que vivió treinta y dos años, veintinueve días. Finó el 3.º de las idus de abril, consulado de Postumiano v.c. (a. 448).

Cem. de San Alejandro.

hic quiescet Appianus subdiaconus, qui vixit annu | XXXII, dies XXVIIII. d. III idus apri. con. Postumiani v.c.

RAC 14 (1937) 32, fig. 10. Lín. 2: d. = decessit.

190. Lóculo de Marcelo, subdiácono de la región sexta, concedido a sí y a sus descendientes por el beatísimo papa Juan. Quien vivió más o menos sesenta y ocho años. Depuesto después del consulado de Basilio, año XXII, indicción XI, el undécimo de las calendas de enero (a. 563).

En la cripta Vaticana. El papa Juan de años 560-73.

locus Marcelli subd. reg. sexte, concessum sibi et pos-| teris eius a beatissimo papa Ioanne, | qui vixit ann. plm. LXVIII. dep. pc. Basili vc. ann. XXII, | ind.XI, undecimu kal. Ianuarias.

DIEHL 1241. Cf. SILVAGNI, lám. 191.

---

191. + Lóculo de Importuno, subdiácono de la región cuarta.

Cem. de Santa Inés.

+ Locus Importuni, subdiac. rec. quartae.

DIEHL 1242 nota.

ACÓLITOS

192. Anio Inocencio, acólito, que vivió veintiséis años. Éste, por disposición eclesiástica, trabajó frecuentemente en viajes, pues fué enviado de camino hasta Grecia y frecuentemente también a Campania, Calabria y Apulia, y últimamente enviado a Cerdeña. Ahí salió del mundo. Su cuerpo fué traído hasta aquí. Durmió en paz el 8.º de las calendas de septiembre. Anio Vicente su hermano presbítero, con quien colaboró, hízolo.

Cem. de Calixto.

An. Innocentius acol., qui vixit ann, XXVI. hic ob eclesiasticam dispositionem itinerib. saepe laborabit, nam | iter usq. in Graecis missus saepe etiam [in] Campania, Ca|labriam et Apuliam, postremo missus in Sardiniam. | ibi exit de saeculo. corpus eius huc usq. est adlatum. dormit | in pace VIII kal. Septb. An. Vincentius frater eius presb. cu | quo bene laborabit, fecit.

DIEHL 1251.

---

193. [Aquí descansa en] paz Abundancio acólito de la cuarta región y del título de Vestina, que vivió treinta años. Depuesto después del día natal de San Marco en el mes de octubre (d. 7), indicción XII.

Cem. de Santa Inés.

[hic requiescit in p]ace Abundantius acol. | reg. quart. et tt. Vestine, qui vixit ann. XXX. | dep. in.p. d. nat(ali) sci. Marci mense Oct. ind. XII.

DIEHL 1249.

LECTORES

194. Cinamio Opas, lector del título de Fasciola, amigo de los pobres, que vivió cuarenta y seis años, siete meses, nueve días. Depuesto en paz en las calendas de marzo, siendo cónsules Graciano IV.ª y Merobaudes (a. 377).

En museo de San Pablo. Tit. de Fasciola = Ss. Nereo y Aquileo.

Cinnamius Opas, lector tituli Fasciole, amicus pauperum, | qui vixit ann. XLVI, mens.VII, d.VIIII. deposit. in pace kal. Mart. | Gratiano IIII et Merobaude conss.

DIEHL 1269.

---

195. Equitio Heraclio, que estuvo en el siglo dieciocho años, siete meses, veinte días, lector de la región segunda. Hiciéronlo los padres para sí y su hijo benemerente en paz. Finó el 7.º de las idus de febrero, siendo cónsules Urso y Polemio (a. 338).

Cem. de Pretextato.

Eq. Heraclius | qui fuit in saeculum | an. XVIIII, m. VII, d. XX lector r. sec. [parentes] fecerun sibi | et filio benemerenti inp. | decessit VII irus Feb. | Urso e Polemio suo con.s.s. ☧

DIEHL 1266.

---

196. Al dilectísimo marido, alma dulcísima, Alejo, lector de Fullonices, quien vivió conmigo quince años, unido a mí de años dieciséis, virgen con virgen, de quien nunca tuve amargura. Descansa en paz con los santos, con quienes mereces (estar). Depuesto el 18.º de las calendas de enero (15 de diciembre).

Cem. de Calixto.

☧ | dilectissimo marito anime dulcissime Alexio lectori | de Fullonices, qui vixit mecum ann. XV, iunctus mihi ann. XVI | virgo ad virgine, cuius numquam amaritudinem h[a]bui. | cesque in pace cum sanctis cum quos mereris! | dep. VIIIX kal. Ianu.

DIEHL 2159. *Ultima lin.:* VIIIX (octo decim) *por* XVIII.

197. De admirable inocencia y eximia bondad descansa aquí Leopardo, lector de Pudenciana, que vivió veinticuatro años. Difunto el 8.º de las calendas de diciembre (24 de noviembre), siendo cónsules Ricomedes y Clearco (a. 384).

De Santa María la Mayor.

mirae innocentiae adq. eximiae | bonitatis hic requiescit Leopardus, | lector de Pudentiana, qui vixit | ann. XXIIII def. VIII kal. Dec. | Ricomede et Clearco con.

DIEHL 1270.

---

198. Lóculo de Augusto, lector de la región de Velabro. Depuesta Surica el 16.º de las calendas de agosto (17 de julio), quien vivió más o menos doce años, consulado de Severino (a. 461 ó 482).

Cem. de Pretextato.

locus Augusti | lectoris de Bela|bru. | dep. Surica X ϛ kal. Aug., | qui vixit annos | p.m. XII, cons(ulatu) | Seberini.

RAC 12 (1935) 241.

---

199. Lóculo que compró Redenta, honesta mujer, con Bonifacia. Aquí descansa en paz Gémulo, lector del título de la santa mártir Cecilia; que vivió más o menos dieciséis años, seis meses. Depuesto en paz el día antes de las calendas de octubre (30 de septiembre), indicción primera, felizmente. Y si alguien presumiera (tocarlo) de este lugar y echara de ahí sus huesos, tenga parte con Judas (en la condenación).

En San Gregorio «ad clivum Scauri».

[+ l]ocum, quem emit Redempta hf. | [cum B]onifatia. hic requiescit in pace | Gemmulus, lictor tt.sce. marturis Caeci|liae, qui vixit annos plus minus XVI, m.VI. de|positus est in pace pridie kl. Octobris | per indictione prima feliciter. | et si quis [e]um praesumpserit inde | de locum istum et ossa ipsorum inde | iactaverint, habeant parte(m) cum Iuda.

DIEHL 1273.

EXORCISTAS

200. Macedonio exorcista de (la iglesia) católica, junto a Partenio.

Cem. de los Jordanes.

Macedonius | exorcista de katolika | a Partenium.

DIEHL 1259. *Lín.* 3: a Portenium = ad P., *junto a San Portenio.*

201. Herculio duerme en paz. Hízolo Primo, exorcista.

Cem. de vía Salaria.

Herculius dorm. | in pace. | Primus exxorcist[a] fecit.

DIEHL 1259 A.

SERVIDORES DE LA IGLESIA

202. Lóculo de Juan, cruciferario ....
Aquí descansa en paz Fortuna, que vivió cincuenta y cuatro años, once meses .... Depuesta el 5.º de las calendas de octubre, consulado de Estilicón v.c. (a. 400?, 405?).

En la basílica de San Pablo.

[locus Ioan]nis stauroforis. | [hic requiescit i]n pace Fortuna, qui vixit ann. LIIII, m.XI, | [... deposit]a est V kal. Octobris Stilliconi vc.co[ns.].

DIEHL 1299.

203. Aquí descansa en paz Lorenzo, prepósito de la basílica de San Pablo apóstol, que vivió más o menos sesenta años. Depuesto el 11.º de las calendas de febrero (22 de enero), siendo cónsul Flavio Olibrio v.c. (a. 526)

En la basílica de San Pablo.

hic requiescit in pace Laurentius, prepositus basilice b[ea]ti Pauli apostoli, | [qui] vixit annus pm.LX. dp.XI kal. Februarias [Fl. Oly]brio vc.cons.

DIEHL 1305.

204. Lóculo de Faustino, que compró a Julio, mansionario, a consciencia del presbítero Marciano.

En el Museo nacional de Roma.

L(ocus) Faustini, quem com|paravit a Iulio | mansionario sub conscientia pres|byteri Marciani.

DIEHL 1290.

205. Lóculo de Donato, mansionario de Santos Juan y Pablo.

En la basílica de San Pablo.

locus Donati, mansion|arii sa(n)ctorum Iohannis | et Pauli.

DIEHL 1290 Ab.

206. Lóculo de Decio, cubiculario de esta basílica. Aquí descansa mi carne, pero el último día creo que por Cristo resucitará. Depuesto el 15.º de las calendas de junio (17 mayo) después del consulado de ...

En San Pablo.

+ | [lo]c. Deci, cubiculari hui[us basilicae]. | [hic q]uiescit caro mea, no[vissimo vero die] | [per] Xpm. credo resusc[itabitur . . .]. | [dep.] XV kal. Iun. et iter. p. [c. . . .].

DIEHL 1304.

207. Siendo cónsules Fl. Lupicino y Jovino (a. 367), el 7.º de las idus de junio salió de (este) mundo el mozo Victorino, que vivió treinta y ocho años, diez meses, diez días e hizo con su mujer dos años, tres meses. Depuesto el 5.º de las idus de junio. Al benemerente en paz.

Cem. de Ciriaca.

Flaviis Lucipino et Iobi|no conss. VII idus Iunias | decesset de seculum | puer Victorinus, qui | bixit annus XXXVII, m.X | d.X et cum uxsore | fecit anus II, m.III. | dep. V idus Iunias. vene|merenti in pace

DIEHL 1296.

208. El mozo Rufino, que vivió diecinueve años, cincuenta y nueve días. Falleció el día antes de las idus (d. 14) de octubre, siendo cónsules nuestros señores Valentiniano y Valente Augustos III.ª (a. 370).

En museo Laterano.

puer Rufi[nus], qui vixit ann[os] | XVIIII, d. LVIIII. d.prid. | idus Oct. dd.nn. Valentiniano et Valente | Aug. III conss. ☧

DIEHL 1297.

NOTARIOS

209. Yace, muerte cruel, en el túmulo. Este, cuyos miembros sepultados oprimes, contempla los celestiales reinos. La luz fugitiva llenó el tiempo de su vida; se le otorga (a cambio) por los méritos la que permanece sin fin.

Te aprovechó, pues, Geroncio, acabar la vejez, a ti, a quien por tantos títulos perenne será la vida. Blando, dulce, triunfante, dotado de magistral gravedad, honraste los antepasados por la inteligencia, pudor, fe. Unido estuviste por la sangre al pontífice Hormisdas; te portaste en tus costumbres con dignidad pontifical; eres feliz asociado a un cuerpo pequeño, a quien arrebató el negro día al borde de la vida.

Aquí descansa en paz Geroncio primicerio de los notarios de la santa Iglesia Romana, que vivió años [..... de]puesto el 9.º de las calendas de febrero (24 de enero), después del consulado de Basilio, varón clarísimo, año XXIII, día de sábado (a. 565).

En museo Laterano.

in tumulo, mors saeva, iace. caelestia regna
[i]ste videt, cuius membra sepulta p[remis].
lux fugitiva suae complevit tempor[a vitae],
redditur hec meritis, quae sine fine m[anet].
[pr]ofuit ergo tibi senium finisse, Ger[onti],
[cu]i pro tot titulis vita perennis e[rit].
[bla]ndus dulcis obans pollens gravitate ma[gistra]
[or]nast[i p]roavos mente pudore fide.
[pon]ti[fici f]ueras Hormisdae sanguine iunct[us],
[m]or[ibu]s egisti pontificale decus.
[es f]el[i]x parvo sociatus corpore nato,
[lim]ine quem primo sustulit atra dies!

[hic requies]cit in pace Gerontius primic(erius) notariorum sce. ecl. Romane, qui vixit an. | [... de]positus VIIII kal. Februarias pc.Basili vc. anno XXIII ind.XIII diae sabbato.

DIEHL 1312.

---

210. Carico, llamado también Carterio, notario de la Iglesia, vivió veinte años, siete meses, quince días. Finó ... en paz.

Cem. de Viale Margarita.

Karicus qui et Karterius notarius ecl. | vixit ann. XX, m.VII, d.XV [........ in] pace.

RAC 11 (1934) 229. Letras incisas y pintadas.

---

211. Lóculo de Dulcito y Eutiquetes, notarios de la Iglesia Romana, que compraron.

En el pórtico de San Pedro.

loc. Dulciti et Eutichitis not.eccl.Roma. q.c.prbr.

DIEHL 1242 a: q. c. prbr. = q/uem) comparaberunt, *o bien* quem comparaberunt praesbyteris.

ROPERO

212. En este túmulo se esconden los miembros de Báyulo sepulto,
pero el alma valerosa residirá en el preclaro olimpo.
El que mereció ser primer ropero de los pontífices,
al que redimió con la estola perenne el rector del orbe.
Esto pintó Decoroso, acólito, en lo alto de la tumba
del amigo para que no quede oculto quien reposa aquí sepul-
[tado

En la vía Latina. Copia.

+ hoc tumulo Baioli conduntur membra sepulti,
sed pollens anima praeclaro manebit Olympo,
meruit pontificum qui primus vestiarius esse,
quem servator poli redimivit stola perenni.
haec Decorosus amici depinxit in vertice tymbae
acolothus, ne lateat, quis humatus quiescat.

DIEHL 1325.

FOSORES (sepultureros).

213. Diógenes fosor, depuesto en paz el 8.º de las calendas de octubre (24 de septiembre).

Cem. de Domitila.

Diogenes fossor in pace depositus | octabu kalendas Octobris.

DIEHL 1321.

---

214. Yo Eusebio Antioqueno, de años más o menos setenta, yo el arriba escrito compré en vida en las catacumbas junto al lucernario del fosor Ocapatostanaes amigo el día 3.º de las idus de septiembre (d. 11).

Cat. de San Sebastián.

ego Eusebius Antioceno|s an.pl.m. LXX comparavi e|go ss. vivus in catacumras ad | lucenarem a fossore Oc|apatostanaes amicu | s.d. III idus Sept. ☧

DIEHL 3757.

ADMINISTRADOR

215. A Flavio Secundino benemerente, administrador cristiano, en paz, quien vivió treinta y seis años. Depuesto el 3.º de las nonas de marzo.

Cem. de Sta. Inés. Copia.

Fl. Secundino benemerenti | ministratori | chrestiano in pace | qui vixit ann. XXXVI. dep. III non. Mar.

DIEHL 584.

VIDA RELIGIOSA

216. Aquí descansa en paz Eugenio, siervo de Dios, prepósito del monasterio de San Hermes, que vivió más o menos

treinta años. Depuesto el día 4.º del mes de julio, indicción XVª.

En San Sabas (s. VI-VII).

+ hic requiescit | in pace Eugenius, | serv. Di. praeposit|us mº sci. Hermetis | qui vix. ann. plm. XXX. Dep. IIII d. m. Iulii, ind. XIIII. +

DIEHL 1660.

---

217. Aquí descansa en paz Serena abadesa, virgen sacra, que vivió más o menos ochenta y cinco años. Depuesta el 8.º de la idus de mayo, siendo cónsul Senador, v. c. (a. 514).

Cerca de Sta. Inés.

+hic requiescit in pace+ | Serena abbatissa s(acra) v(irgo) | quae vixit annus pm. LXXXV. dep. ꟼ II id. Mai, Senatore | + vc. cons. +

DIEHL 1650.

---

218. Descansan en este túmulo miembros (mortales) a Dios con-|sagrados,
está aquí la hermana de Dámaso, el nombre si pides, Irene.
Mientras con vida estaba, a Cristo ella se consagrara,
que así el pudor santo probara de la virgen el mérito.
De edad aún no había dos decenas de años cumplido;
costumbres egregias de vida a su edad se avanzaban,
de la mente los votos, de la joven la piedad veneranda
magníficos frutos ya dieron los mejores años.
Entonces, hermana, de nuestro amor mutuo el testigo,
al salir del mundo, prenda honesta, a mí te confiaba,
al cual mejor reino, el del cielo, como le arrebatase,
no temí por su muerte, pues libre hacia el cielo se andaba,
sentí, lo confieso, con todo perder su consorcio, en la vida.
Viniendo ahora Dios, que te acuerdes de mí, virgen, (pido),
del Señor a través, que me preste la luz tu antorcha.

Vía Ardeatina, cripta de San Dámaso. Verso 9: testigo = el padre, que murió antes.

hoc tumulo sacrata Deo nunc membra quiescunt,
hic soror est Damasi, nomen si quaeris, Irene.
voveret haec sese Xpo. cum vita maneret
virginis ut meritum sanctus pudor ipse probaret.
bis denas hiemes necdum compleverat aetas;
egregios mores vitae praecesserat aetas;
propositum mentis pietas veneranda puellae,
magnificos fructus dederat melioribus annis.
te, germana soror, nostri tunc testis amoris,
cum fugeret mundum, dederat mihi pignus honestum;
quem sibi cum raperet melior tunc regia caeli,

non timui mortem, caelum quod liber adiret,
sed dolui, fateor, consortia perdere vitae.
nunc veniente Deo nostri reminiscere, virgo,
ut tua per dominum prestet mihi facula lumen.

FERRUA 11, DIEHL 1696. *Lín.* 12: libera *el cod. en vez de* liber.

VÍRGENES SAGRADAS

219. [En este] sepulcro descansa la doncella virgen sacra benemerente Alexandra, que recibida en el cielo mereció presentarse a Cristo para la resurrección, digna de alcanzar el premio eterno. Esta fué depuesta el 7.º de las calendas de abril (26 marzo), día de sábado (santo) sacra vigilia, siendo cónsul Asturio v. c. (a. 449).

En Sta. Práxedes.

[in hoc s]epulcro requiescet puella virgo sacra b. m. Alexa[ndra] | [quae recep]ta caelo meruit occurrere Xpo. ad resurrec[tionem] | [proemium ae]ternum suscipere digna. hec dep. VII kal. Ap[riles] | [die sab[ati vigilias sacras, cons. Fl. Asturio vc. co|nsule |.

DIEHL 1706. vigilias sacras = sábado santo.

---

220. En este túmulo se guarda la religiosa pareja de hermanos Casios, Vindicio, de vida loable, y Sofrosina, sacra virgen venerable por la continencia. Así, apenas, llegado el hermano a la madurez, pasó los años instituídos por Dios, pidió que sus cenizas las asociara la hermana a su sepulcro; después de la muerte de ambos, la con parecido designio consagrada a Dios virgen Vindicia procuró satisfacer | el santo espiritual deseo del padre y la tía, el día antes de las idus de abril, consulado de nuestros Señores Arcadio y Honorio Vª (a. 402).

Cem. de Pretextato.

Hoc tumulo continetur religiosa germa|nitas Cassiorum, Vindici vite pr[o]babili[s] | et Sofrosynes sacre virgines venerabilis | continentia. Denique vix frater ad maturitaten veniens annos institu|to superavit a Deo, ut suos cinere|s soror laude precepua sepulcro | eius poscere adgregari, quod san|ctum et spiritale desiderium post obi|tum utriusque parilis propositi Deo dica|ta virgo Vindicia patris et amite procu|ravit, die pr. idus Aprilis DD. NN. Arcadio | et Horio V.

RAC 12 (1935) 227, fig. 36. *Lín. última* Horio *por* Honorio. *Lín.* 5-6 instituto *por* institutos, *por la* s *que sigue.*

---

221. Victoria virgen fiel, que vivió diecisiete años, nueve meses, cinco días en paz. Difunta el día 5.º de la idus de septiembre (d. 9).

En museo Laterano.

Bictoria fidelis birgo | que vixit annis XVII, mensis VIIII, dies V in pace. | defucta V idus Septemb.

DIEHL 1353 A.

---

222. Anastasia y Lorenza, doncellas de Dios, que nos precedieron en el sueño de paz.

En Sta. María del Trastévere.

+ Anastasia et Laurentia, puellas Dei, quas nos precesserun in sonun pacis.

DIEHL 1472. Sonum *por* somnum (somno).

VIUDAS

223. Aquí depuso sus miembros mortales Lorenza, madre de [Dámaso,
que estuvo en la tierra cien años menos[unos . . .];
sesenta vivió para Dios después de los lazos [santos]
y vió en la cuarta generación . . .

Vía Ardeatina, cripta de San Dámaso. Elogio de la madre de San Dámaso, escrito por éste.

Hic Damasi mater posuit Laur[rentia memb]ra,
quae fuit in terris centum minus [. . . an]nos;
sexaginta Deo vixit post foedera . . . |
progenie quarta vidit quae [. . .].

FERRUA 10, DIEHL 1745.

---

224. A Octavia Matrona, viuda en Dios.

En Sta. Sabina.

Octaviae Matronae | viduae Dei.

DIEHL 1735. Está marcada la división de sílabas por puntos.

---

225. A Prima viuda. Finó a los cien años. Finó el 8.º de las idus de diciembre (d. 6) en paz.

Cem. de Priscila.

Primae biduae, deces|sit ann. centu. decessit | VII idus Dec. in pace.

DIEHL 1735 nota.

226. A Regina benemerente hízolo su hija, a Regina madre viuda, que permaneció viuda sesenta años y nunca gravó a la Iglesia, univira, que vivió ochenta años, cinco meses, veintiséis días.

De Roma trasladada a Albano.

Rigine venemerenti filia sua fecit | vene, Rigine matri viduae, que sedit | vidua annos LX, et eclesa | numqua gravavit, unibyra. que | vixit annos LXXX, mesis V, | dies XXVI.

Diehl 1581.

Siervos de Dios

227. Lucernio, siervo de Cristo.

Cem. de San Pánfilo.

Lucer|nio ser|vus | ☧

RAC 3 (1926) 79.

---

228. Deposición de Rogaciano, siervo de Dios, el día antes de las idus de septiembre (d. 12).

Cem. de San Valentino.

depositio | Rogatia|ni, servi Di. | pr. idus Sep.

Diehl 1454 A.

---

229. En la dormición de la sivienta de Dios Olimpíada, los padres hiciéronlo a la hija benemerente, que vivió cinco años, once meses, veintiún días.

Cem. de San Gordiano.

Dormitione anc. Dei | Olympiatis, parentes| filiae b. m. f.; qui an. b. V. | m. XI, d. XXI. ⚓

Diehl 1465 A. Lín. 3: b. = bixit.

IV. La nobleza

Clarísimos

230. M. Acilio V [. . .] | clarísimo varón. | y Priscila clarísima mujer.

Cem. de Priscila. Sarcófago de los fundadores.

M. Acilius V [. . .] | c. v. [et] Priscilla c. [f.].

Diehl 127.

231. Tito Flavio Felicísimo ha sido puesto (aquí).

Cem. de Priscila. Del siglo II.

Titus Flavius Felicissimus positus est.

DIEHL 2929.

---

232. + Aquí descansan en paz Ireneo, varón clarísimo, y Albino, clar. niño, cuya deposición el día 4.º de las idus de octubre (d. 12), indicción V, de años más o menos doce.

En la vía Salaria.

+ hic requiescunt in pace Hereneus | vc. et Albinus cl. p., cuius depositio | s. d. IIII id. Octubr. indict. V, annorum plm. | XII.

DIEHL 132. Lín. 3: s. d. = sub die.

---

233. Descansa en paz Emilio varón clarísimo, que vivió ... años, cuatro meses, veintidós días. Depuesto el 13.º de las calendas de junio, siendo cónsules Teodosio nobilísimo joven y Fl. Rumodoro, varones clarísimos (a. 403).

Cem. de Pretextato.

Requiescit in pace | Aemili[us] v. c. qui vixit | ann[os ... | III, menses IIII | dies XX. depositus XIII kal. iun. | Theodos. np. et Fl. Rumodoro vv. cc. conss.

RAC 12 (1935) 230, fig. Lín. 5: np = nobilissimo puero.

---

234. + Sepulcro de Eugenio notario con los suyos.

+ La impía muerte arrebatándote, hijo, en los tiernos años,
envidió crecieras tanto por tus méritos.
A ti, ornato en flor, cuando comenzado el primer poema
el docto te vio doctor, quedóse pasmado.
Venciste a los antepasados de larga edad,
pequeño en años, pero por la gravedad anciano.
No te preocupaste del lujo ni del brillo de la pompa;
ansioso de elocuencia, eras ardor en tus versos.
Tú, ornado con tus méritos, dejas monumentos
que recordándoles siempre son causa de dolor sin fin.
A tu muerte la madre tomar muerte deseara,
que sería feliz, si lo pudiera, decía.
Aún la luna no había dado treinta vueltas con su lucero,
que reunió sus miembros sepultos a los miembros tuyos.
Ahora, custodio común, tú guarda el sepulcro
la urna que pronto nos cubrirá simultáneamente contigo.

+ Ha sido depuesto Boecio clarísimo niño el 8.º de las calendas de noviembre (d. 24), indicción XI, imperando nuestro Señor Justino perpetuo Augusto, año XII, y Tiberio Constancio, César, año III (a. 577). Ha sido depuesta en paz Argentea la madre arriba escrita el 13.º de las calendas de diciembre (d. 19), el cual arriba escrito Boecio vivió once años, nueve meses, veintitrés días, y su madre vivió treinta y seis años, dos meses, doce días.

+ Dejamos para esta nuestra sepultura, por página del testamento para oblación y luminarias nuestras, seis onzas del huerto transtiberino fuera de los muros en la puerta Portuense, que perteneció de derecho al un tiempo Micino, canciller ilustre de la sede urbana de mi padre.

Más cuatro onzas del fundo Eucarpiano, que está constituido junto a San Cipriano en la vía Labicana entre los afines del fundo Capitiniano de derecho a la santa iglesia Romana, y del fundo Flaviano de derecho público junto al Sabiniano. Acaba.

En el Vaticano.

sepulchrum Eugeni not. cum suis

impia mors rapiens teneris te, nate, sub annis
invidit meritis criscere magna tuis.
te, (fl)orale decus, primo cum carmine cepto
doctorem doctor vidit et obstipuit.
vicisti priscos longeva etate parentes,
annis parve quidem, sed gravitate senex.
non luxus tibi cura fuit, non gratia ponpae,
doctiloqum cupidus, carminis ardor eras.
tu, meritis ornate tuis, monumenta relinquis,
quae recolens semper sit sine fine dolor.
morte tua genetrix optavit sumere morte;
se quoque felicem, si poteritur, ait.
ter denos primum quam luna resumeret ignes,
coniuncxit membris membra sepulta tuis.
nunc commune nobis, custus, tu serva sepulcrum,
que nos hec tecum mox teget orna simul.

dep. est Boetius cl. p. oct. kal. Nobr. indict. XI imp. | dom. n. Iustino pp. Aug. ann XII et Tiberio Const(antio) Cae(sa)r(e) | ann. III.

dep. est in pac. Argentea mat. ss. XIII kal. Decemb. | qui ss. Boetius vixit ann. XI, m. VIIII, d. XXIII et mat. eius vixit ann. XX [V] I, m. II, d. XII.

deputavimus in ista sepultura nostra | extm. paginm ad o|blatione vel luminaria nostra orti | Transtiberini unci|as sex foris muros iy|xta porta Portuen|se, quod fuit ex iure | qd. Micini, cancel[ari] inl. urb. spd. patris me(i).

set qua|tuor unci|as fundi Eucarpi|ani, quod est consti|tu(tu)m iuxta scm. Cyprian|um via Labicana inter a|ffines fundi Capitiniani | iuris sce. ecl. Rom., se|d et fundi Flaviani | iuris publici iuxta | Sabinianum. | explicit.

DIEHL 3778 a, b, c.

235. Accia o María Tuliana es mi nombre, Victorino mi abuelo, orador con que tanto brilló Roma, como nuestra sangre por su origen. Con la décima cuarta recogida de las rosas acabó mi edad y, ¡ay dolor!, mi funeral deslucía el primaveral abril. Ningún desliz en la senda sin obstáculos de mi vida; mi mente madura para las buenas costumbres, nada debió a los años. La cara fidelidad del matrimonio y el marido heredero sabe que me ausentaba entregada ritualmente a Cristo eterno y que una mejor vida me otorgará la merecida corona.

Todo esto realizado piadosamente por cuidado del marido Artorio Megecio, varón clarísimo, el 4.º de las idus de abril (d. 10).

Hizo estas honras últimas el padre a la inocente hija señora Tuliana joven en las calendas de septiembre.

De Roma, perdida. El abuelo era el célebre orador Mario Victorino.

Accia vel Maria est nomen mihi Tulliana,
Victorinus avus, quo tantum rhetore Roma
enituit, quantum noster sub origine sanguis.
bis nonam carptura rosam mihi decidit aetas,
heu dolor, et vernum maculavit funus Aprilem.
nullus inoffenso vitae mihi tramite labsus,
mens morum matura bono nil debuit annis.
coniugii scit cara fides heresque maritus,
rite quod aeterno migrarim dedita Christo;
emeritamque ferat melior mihi vita coronam.
haec omnia facta pie mihi curante marito.

Artorio Iuliano Megethio v. c. d. III id. Apr. haec pater insonti filiae suprema peregit d. Tullianae iun. kal. Sept.

DIEHL 104.

---

236. Aquí descansa Gaudiosa clarísima mujer, sierva de Dios, que vivió cuarenta años y cinco meses. Depuesta al 10.º de las calendas de octubre (22 sept.), siendo cónsul Calepio varón clarísimo (a. 447).

Basílica de San Pedro. Copia.

hic quiescit Gaudiosa c.f., ancilla Dei, quae | vixit annus XL et men. V. dep X kal. Octob. | Callepio vc. cons.

DIEHL 164.

VARONES ESPECTABLES

237. ¡Ay padre digno de memoria, causa para mi de dolor pro-
[longado
y grata ancianidad tuya echada de menos por todos!
Amoroso te sentía la prole; afeccionado el amigo,
la ligereza te reconocía adusto; la honradez, dulce.

Viviendo con la casta esposa reprendías lo torpe,
con la vida urbana mezclabas los placeres del campo,
para que tu vida brillara más con la doble labor.
Tus merecimientos manifiesta la misma muerte
que deseaste muchas veces recibir en brazos de tus hijos
y atenuarla con las caricias de tus nietos.
Acogió tus votos la gracia de Cristo excelso,
feliz fué la vida y asimismo el tránsito.

Aquí descansa Aquiles, varón espectable, que vivió más o menos setenta y siete años. Depuesto el 5.º de las calendas de (28 mayo) junio, siendo cónsul Paulino junior, varón clarísimo (a. 534).

En la villa Borghese.

\+ heu memorande pater, longi mihi causa doloris
et quaerenda nimis cunctis tua grata senectus.
te carum suboles, te fixum sensit amicus,
te levitas torvum, dulcem cognovit honestas.
Turpia castigas vivens cum coniuge casta.
actibus urbanis miscebas gaudia ruris,
ut tua plus gemino fulgeret vita labore.
nam meritun mors ipsa docet, quam pectore laeto
optasti in manibus filiorum saepe tuorum
sumere et amplexu dulci tenuare nepotum.
adfuit his votis excelsi gratia Christi:
felix vita fuit, felix et transitus ipse.

hic. req. Achillis vs., qui vixit ann. plm. LXXVII, dep. V ka. Iun. Paulino iun. vc. cs.

DIEHL 247.

---

238. Aquí descansa Juan, varón espectable, que vivió más o menos setenta y seis años. Depuesto el 13.º de la calendas de abril (20 marzo), siendo cónsules Asterio y Préside, varones clarísimos.

En Santa Cecilia.

hic quiescit Iohannis vs., qui vixit an | nos plm. LXXϚ et depositus XIII kal. April. cons. Asteri et Presidi vvcc.

DIEHL 246 A.

ORDEN ECUESTRE

239. A Aurelio Draconcio, del orden ecuestre Romano, dulcísimo cónyuge e incomparable que vivió conmigo treinta años sin querella alguna. Aurelia Amazonia hízolo al que descansa en paz. Amigo para todos, buen comensal para todos.

Cem. de Priscila. Copia.

Aurelio Agapito Dracontio eq. R. | comiugi dulcissimo adque inco|nparabili, qui vixit mecu annis | XXX sine illa *(sic)* querella. Aurelia Amazonius fecit quiescent|ti in pace.

omnibus ami|cus, omnibus | convictor | bonus.

DIEHL 279 a, b.

---

240. A Aurelio del orden ecuestre, hijo dulcísimo e incomparable que vivió cinco años, doce días. Difunto en las nonas (d. 5) de septiembre. Depuesto el 7.º de las idus de septiembre. Juliano y Aristia, los padres, al separado de ellos con gran dolor.

Cem. del Viale Margarita. En un sarcófago.

Aurelio eqr. filio | dulcissimo et incom|parabili, qui vixit ann. V, | d. XII. defunctus non. Sep. | depositus VII idus Sept. | Tullianus et Aristia | parentes | relicto sibi ab eo | maximo dolore.

RAC 11 (1934) 217; fig. 77.

---

241. A Florencio Domicio Mariniano del orden ecuestre, que vivió nueve años, dos meses. Difunto el 3.º de las nonas (d. 3) de agosto. Depuesto el 8.º de las idus (d. 6) de agosto Tuliano y Aristia los padres al hijo dulcísimo.

Cem. del Viale Margarita. Sarcófago.

Florentio | Domitio Mariniano | eqr., qui vixit ann. VIIII, | mens. duobus. defunctus | III non. Aug. Depositus | VIII idus augustas. | Tullianus et Arist(i)a paren[tes] | filio dulcissimo.

RAC 11 (1934) 214, fig. 76.

---

242. Flavio Patricio, varón honesto inocentísimo y pudicísimo, que vivió veintisiete años, once meses, cuatro días. Depuesto en paz el 12.º de las calendas de febrero (21 enero), nuestros señores Constantino Aug. X.ª y Juliano César III.ª cónsules (a. 360). Aurelia Redenta la madre al hijo benemerente hízolo.

En San Sebastián. Sarcófago.

Fl. Patricius vir honestus innocentis|simus et pudicissimus, qui vixit annis | XXVII, mensibus XI, diebus IIII. Depositus in | pace XII kal. Feb., d. n. Constancio Aug.

X et Iuliano Caes. III cons. Aur(relia) Redemp|ta mater [f]ilio bene merenti [f]ecit.

RAC 27 (1951) 11, fig. 1.

---

243. Aquí descansa en paz Apolo, varón devotísimo, que vivió más o menos catorce años. Depuesto el día 5.º de las nonas de octubre, siendo cónsul Flavio Maburcio, varón clarísimo (a. 521?, 527?).

Cem. de San Alejandro.

+ | hic requiescit in pace Apollo v. d. | qui vixit annos plus min. XIIII. | depositus sub. d. V non. Octobris | Flavio Maburtio vc. cons.

RAC 14 (1937) 37, fig. 16.

---

244. Aquí descansa en paz Valente, varón devotísimo, oficial, que vivió más o menos setenta años. Depuesto el . . . de las calendas de julio, consulado de Boecio varón clarísimo (a. 487).

En Santa Inés.

hic requiescit i[n pace Va]lens vd. comit(iacus). qui vixit | ann. plm. LXX. dep. [. . .] kal. Iul. conss. | Boethi vc.

DIEHL 342.

V. Oficios y cargos públicos

CÓNSUL

245. Cónsul entre los egregios, alcanzadas doce veces las insignias,
Pompeyano, del linaje ínclito de los Insteyos,
aquí en las terrenas sedes devolvió los terrenos miembros
y por el abierto seno del sumo Engendrador,
volando por los aires, se elevó con ligeras alas;
depuesto así en plácida paz en cielo y tierra,
goza feliz de la nueva luz por los siglos de los siglos.
Pero la hermana Paula, vencida de ánimo femenil
y separada, mísera, del dulce hermano, requiriendo doliente
al fraternal compañero, dióle túmulo,
y tomando bien pequeño consuelo en tan gran luto,
dijo con corazón triste ¡ay! «Salve, y adiós para siempre,
hermano carísimo».

En Santa Dorotea del Trastévere.

consul in egregiis bis senis fascibus auctus
magnus ab Insteiis genus inclyta Pompeianus
istic terrenos terrenis sedibus artus
reddidit inque sinus summi genitoris apertum
aethera pervolitans levibus se sustulit alis;

caeloq(ue) et terris placida sic pace repostus
felix luce nova saeclorum in saecula gaudet.
femineo sed victa animo et miserabile dulci
germano divulsa dolens fratremq. requirens
Paula soror tumulum dedit et solacia magni
parva tulit luctus tristiq. heu pectore «salve
perpetuumq. vale, frater karissime» dixit.

DIEHL 60.

PREFECTOS

246. Si vive después de la muerte el amor, si la antigua gracia,
recibe, aunque lúgubre, este verso del hermano
para que lengua extraña no sea nefasta a tu túmulo.
Madre naturaleza te hermoseó con todo arte,
en costumbres, ingenio, cuerpo, inteligencia, fe.
Puro seguidor de la amistad, guardador de los honestos,
auxiliador de los desgraciados con tu elocuencia y tu piedad.
De ahí que siempre y por todo tiempo te lloraremos,
que en ti joven había la mucha virtud del anciano.
A ti la madre con los hermanos, a ti sumida en igual duelo
la amada casa te plañe con incesantes lágrimas.

Aquí descansa en paz el benemerente Petulio Procesio, varón espectable de los ilustres prefectos, que vivió más o menos treinta y ocho años. Fué depuesto el 8.º de las calendas de junio (25 mayo), siendo cónsul Probo junior, varón clarísimo (a. 525).

En San Pablo.

+ Post morten si vivit amor, si gratia prisca
durat in arcanum mentis adaucta bonum,
quamvis luctificum, fratris tamen accipe carmen,
ne mala sit tumulis extera lingua tuis.
te natura parens omni depincxerat arte,
moribus ingenio corpore mente fide:
purus amicitiae cultor, servator honesti,
eloquio miseros vel pietate iuvans.
Hinc est quod toto semper te flebimus aevo,
quod fuerit iuveni vis tibi multa senis.
Te genitrix fratresque simul, te compare luctu
perpetuis lacrimis plangit amata domus.

hic requiescit in pace bm. Petilius Processius vs. | togatus inll. pp., qui vixit pl. m. ann. XXXVIII, deposit. e. | sub die VIII kal. Iun. Probo iun. vc. cons.

DIEHL 243.

247. Junio Baso, varón clarísimo, que vivió cuarenta y dos años, dos meses, estando en la misma prefectura se fué neófito

a Dios el 8.º de las calendas (25 agosto) de septiembre, siendo cónsules Eusebio e Ipacio (a. 359).

Cripta de San Pedro. Sarcófago.

Iun. Bassus v. c., qui vixit annis XLII, men. II, in ipsa praefectura urbi neofitus iit ad Deum VIII kal. Sept. Eusebio et Ypatio coss.

DIEHL 90.

PROCURADOR

248. Simplicio, de los procuradores, conocido de todos por su vida e inocencia, que vivió cuarenta y un años, siete meses, veintinueve días. Depuesto en paz el día antes de las idus de septiembre (d. 12).

En San Pablo.

Simplicius ex rationalibus, | vita inocentiaque omnibus | cognitus, qui vixit annis XLI, | mens. VII, d. XXVIIII. depositus | in pace die prid. iduum Septenb.

DIEHL 360.

CARTERO

249. Rufo cartero, depuesto el 4.º de las idus de diciembre (d. 10).

En Santa Inés.

Rufus tabella|rus dep[o]stus IIII idu | Dec.

DIEHL 382.

AURIGA.

250. Aquí descansa Eutemio auriga, que vivió ... años, un mes, siete días. Depuesto el 5.º de las idus de octubre (d. 11), siendo cónsules Teodosio Aug. XVII.ª y Festo vc. (a. 439).

En San Pablo.

[hic requies]cit Eutumius aurica, qui vixit [ann. . . .], m. I, d. VII. dep. V idus Octob. | [conss Theo]dusio Aug. XVII et Festo vc.

DIEHL 570.

EUNUCO.

251. + Aquí descansa en paz Callínico eunuco, que vivió más o menos treinta años. Depuesto el día 3.º de las nonas de septiembre (d. 3) imperando nuestro señor Justino perpetuo Augusto, año VI, indicción V (a. 571).

Roma. Copia de Fabretti.

+ hic requiescit in pace | Callienicus eunucu[s, qui vixit ann. pl. m. XXX | depositus sub d. III nn. | Septembrium imp. d. n. | Iustino pp. Aug. an. ϛ ind. V. +.

DIEHL 356 A.

CUBICULARIO

252. Aquí descansa en paz Antemio cubiculario, que vivió sesenta años. Depuesto el 4.º de las nonas de octubre (d. 4), en el consulado de Probiano (a. 471).

En San Pablo.

hic quiescit in pace Anthemius | cubicu(!,) qui vixit annos LX. Depo|situs IIII nonas Octobr. cons. Probiani.

DIEHL 597. Cf. SILVAGNI, lám. 12, 5.

LIBERTO DE LOS AUGUSTOS

253. Aurelio Primo, liberto de los Augustos, contador, y Cocceya Atenáis hiciéronlo a la hija Aurelia Procopene, que vivió trece años, tres meses, catorce días. La paz contigo (*a un lado*): El 18.º de las calendas de septiembre (15 agosto).

Cem. de San Hermes.

Aurelius Primus | aug. lib., tabul., | et Cocceia Athenais | filiae fecerunt | Aureliae Procopeni, | que bixit ann. XIII, mesibus III, | diebus XIIII. pax tecul (*a la derecha*): | XVIII kal. Sept.

DIEHL 349.

MILITARES

254. A Q. Ragonia Ciriaca, cónyuge dulcísima e incomparable, univira, casta, buena, que vivió veintiún años, nueve meses, dos días. Q. Julio Donaciano de la centuria 6.ª de la cohorte III, con quien viví bien ocho años, ocho meses, veintitrés días, con quien casé siendo de doce años, once meses, catorce días. A la cónyuge benemerente, aquí duerme.

De Roma llevada a Urbino.

Q. Ragoniae Cyriaceti, coniugi dulcissime | et incomparabili, univiriae caste bone, | que vixit annis XXI, mes. VIIII, diaebus II, | Q. Iulius Donatianus optio ϛ coh. III |

cum. quam bene vixi amn. (*sic*) VIII, mesib. VIIII, | dieb. XXIIII, quam nupsi annor. XII, | mesum XI, dierum XIIII. coniugi | bene merenti hic dormit.

DIEHL 404.

255.[1] A Cominio Máximo, veterano de la cohorte X urbana, que fué depuesto el día 15.º de las calendas de marzo.

En museo Laterano.

Cominio Maxi|mo evocato coho|rtis X urbanae, qui de|positus est de XV kal. Mart.

DIEHL 407.

---

256. A Elio Martino, centurión de la cohorte primera pretoria, y a Estacia Mosquianete, su cónyuge, y a Estacia Martina, hija de ambos, Elio Verino, veterano de nuestros Augustos al hermano, a los benemerentes hízolo.

De la vía Latina, sarcófago, con escena de Jonás contigua.

Aelius Martinus, | coh. I pr. et Statiae | Moschianeti coniu|gi eius et Statiae Mar|tinae filia eorum | Aelius Verinus evok(atus) Augg. n. | fratri benemerentibus fecit.

RAC 16 (1939) 84, fig. 9. *Lin.* 5: fillaeorum *por* filiae eorum. *Después de* Martinus *hay el signo de* centurión *no transcrito.*

---

257. Deposición de Julia Lees el 7.º de las calendas de agosto (26 julio). Antonino beneficiario, marido, hízolo a la benemerente en paz.

Cem. de Calixto.

dep. Iulies Lees VII kal. Aug. Antoninus bf. maritus bene merenti fecit in pace.

DIEHL 409.

---

258. A los dioses manes. Cosucio Eutiques a Aurelia Romana cónyuge carísima, dulcísima benemerente, lo hizo, con quien viví veintiocho años. En la legión segunda Pártica Severiana, siendo cónsules Fabiano y Muciano, el 3.º de las idus de abril. (a. 201)

Cem. de Domitila.

d. m. Cossutius Eu|tiches Aureli|ae Romanae con-|iugi kar. dulcis | bene m. fecit cun | quo vix. ann. XXVIII | (legione) secund. Parthica Se|veriana, Faviano (et) Muc. | con. III idus April.

DIEHL 413.

259. Ulpio Nicasio, varón perfectísimo, suegro, y Ulpia Casta, hija suya, a su compañero benemerente Fl. Félix, escribano prefecto de los vígiles, quien vivió veintisiete años, nueve meses, veintitrés días. Depuesto en las nonas de septiembre, Baso y Ablavio (cónsules) (a. 331).

Cem. de San Marcos y San Marceliano.

U(l)p. Nicasius v. p. socer et U(l)p. Casta filia | eius conpari suo benemerenti fecerunt | Fl. Felici be(n)e(m). exceptor(i) prae f(). vig. | qui vixit in pace annis XXVIII, m. VIIII, dies | XXIII. dep. non. Sept. Basso et Ablavio (conss.).

DIEHL 450.

---

260. Aquí descansa en paz Adabrando, primicerio de los escuderos de la escuela segunda, quien vivió años...

En Santa Práxedes.

hic quiescit | in pace | Adabrandus, | primicerius | scutariorum | scole secude | qui vixit an. [. . .].

DIEHL 484. *Lin. 6:* secude *por* secunde.

---

261. Valerio Lila escudero, de nación moro. Prima a su dignísimo cónyuge en paz, que vivió treinta años, dos meses.

Cem. de Pretextato.

Valerius Lila scutarius | natione Maurus. Prima | coniugi suo dignissimo | in pace, qui vixit annos XXX, meses duos.

DIEHL 540.

---

262. Marcela a Martino cónyuge benemerente hízolo, quien vivió treinta y ocho años; militó cinco años en la (legión) primera de Minerva; cuatro, en la undécima; cinco años en la lanciaria, cinco en . . . Hizo con su cónyuge cuatro años. Al benemerente en paz.

Cem. de Ciriaca.

Marcella Martino coiugi bene merenti fecit, qui vi|xit ann. XXXVIII, in prima Minerbes mil. ann. V, in und. | ann. IIII, in lanciaria ann. V, in pr. ann. V. fecit cum co[n]iice sua an. IIII. bene mer. in pace.

DIEHL 532. *Lin. 3: in pr. no bien descifrado.*

VI. Carreras y oficios civiles

Maestro de elocuencia

263. Flavio Magno, varón consular, retor de la urbe eterna, a quien por su mérito el amplísimo senado le concedió tanto que lo juzgara idóneo para que comenzara (en él) a regir la ley de dignidad; preceptor ignaro de fraude y en breve tiempo elegido maestro de elocuencia de toda la prole patricia, inimitable en su siglo, de tal manera que sólo puede igualarse a los antiguos.

Cem. del Verano, ahora en museo Capitolino. Sarcófago.

Fl. Magnus v. c. rhetor urbis aeterne, cui tantum ob meritum suum | detulit senatus amplissimus, ut sat idoneum iudicaret, a quo lex | dignitatis inciperet, praeceptor fraudis ignarus et intra breve tem|pus universae patriciae soboli lectus magister eloquentiae, ita inimi|tabilis saeculo suo, ut tantum veteribus possit aequari ☧

Diehl 102. Cf. Dict. Arch. Lit chrét.: *Ecole* 1767, fig. 3905.

Maestros

264. Jenara a su cónyuge benemerente Gorgonio, primer maestro (*dibujado un rollo*).

Cem. de Calixto.

Ianuara coiugi bene | merenti Gorgono, | magistro primo. |

Diehl 720. Cf. *Roma sott.*, II, lám. XLV-XLVI.

---

265. Al benemerente Bonifacio, escolástico gramático, Eliana (su) carísima cónyuge lo puso, el que vivió . . .años en paz e hizo con la esposa . . . años. Depuesto en las calendas de enero.

Me sentirán faltar los atrios (del foro) de Trajano y el mismo señor con toda Roma me llorará doliente.

En museo Laterano.

Benemerenti Bonifatio sc[olastico] | grammatico Aeliana c[oniunx caris]sima posuit, qui vixit ann. [. . .] in|pace et fecit cum uxor[e] ann. [...]. | depositus kalendas Ianuaris [...],

Traiani queren[t] (nunc) atria m[e dominusque]
[cum] tota Roma flebit et ipse [dolens].

Diehl 726.

Escribanos y notarios

266. Hízolo el maestro a su discípulo Molesto (bene)merente, que vivió veintitrés años en paz.

En la vía Nomentana.

magister fecit discen[ti s]uo | Molesto meren[ti], qui bixit | ann[i]s XXIII in pace.

Diehl 722.

---

267. Aquí descansa en paz Lorenzo, escribano del Senado. Depuesto el día 3.º de las idus de marzo, siendo cónsul Adelfio, varón clarísimo (a. 451).

En Sta. María in Trastévere.

hic quiescit in pace Laurentius | [s]criba senatus, dep. die IIII iduum Mart. | Adelfio vc. cons.

Diehl 705.

---

268. Aquí descansa Andrés, notario, que vivió más o menos veinticinco años. Depuesto en paz el día ... siendo cónsul Venancio, varón clarísimo (a. 484-507?).

De la basílica de San Pedro.

[hic r]equiescit Andreas notar., qui vixit | [pl. m. a] nn. XXV. depositus in pace sub die | [...]t Venantio vc. cons.

Diehl 708.

---

269. Aquí descansa Juan, varón honesto ológrafo de la tienda de Isidoro, que vivió más o menos cuarenta y cinco años. Depuesto el 10.º de las calendas de junio, en el consulado de Belisario v. c. (a. 536).

En la cripta Vaticana.

+ hic requiescit in pace Iohannis vh. | ografus propine Isidori, qui vix[it] | ann. plus m. XLV. dep. X kalen. Iunia [s] | consulatu Vilisari vc.

Diehl 713. Cf. Silvagni, lám. 16,7.

Archivero

270. Ulpio Valerio, jefe de los archiveros de la prefectura de la urbe, que vivió treinta y dos años, diez meses. Descansó en paz el 8.º de las calendas de septiembre.

De Roma, perdida.

Ulp. Valerius primiscrinius | praef. urbis, qui vixit annis XXXII, men X. requievit in p. | VIII kal. Sept.

DIEHL 714.

ORADOR

271. Aquí yace Heraclio, muy dilecto amigo, el primero en elocuencia, a nadie en probidad segundo.

En la vía Salaria.

hic iacet Heraclius nimium dilectus amicus,
eloquio primus, nulli probitate secundus.

DIEHL 728.

LITERATO

272. Llamado intérprete de los antiguos poetas y doctor Demetrio descansa seguro y en plácida paz.

En San Sebastián.

priscorum interpres vatum doctor[que vocatus]
Deuterius [pl]acida securus pace quiescit.

DIEHL 729.

ABOGADO

273. A Emilio Polión, abogado de buena índole, al hacer veintinueve años y tres meses, finó el 12.º de las calendas de junio. De la región Tripolitana.

Cem. de Domitila.

Aemilio Polioni | [b]onae indolis | [a]dvocato, agens | [a]nn. XXVIIII et m. III [dec]es. XII k. iun. | [...]one Tripolitana.

DIEHL 745.

PULSADORA DE ÓRGANO

274. Gentilla en paz.

Cem. de Comodila. Intercalada la representación de un órgano.

Gen tilla
órgano
in p ace.

RAC 15 (1938) 73, fig. 1 (p. 75).

MÉDICOS

275. Aquí, Pastor, médico, en el aula del mártir preparó feliz, mientras vivía, el monumento. Lo acabó todo, lo adornó. Quien quiera violarlo, vea donde yace, le quedará la pena. Se añadirá también a ti la gloria de San Valentín, vivir después del óbito [te será concedido].

Cem. de San Valentín.

hic Pastor medicus monumen[ta in martyris aula]
[f]elix, dum superest, condidit i[pse sibi].
perfecit cuncta, excoluit. qui [volt violare]
cernet quo iaceat, paena m[anebit eum].
addetur et tibi Valentini gloria s[ancti],
vivere post ovitum dat [. . .] digna.

DIEHL 2141.

---

276. Madre cualquiera que piadosamente leas (estos versos),
vierte lágrimas y duélete que yo diera a luz.
Aquí yace fallecido de muerte cruel el hijo
última causa que fué de mi vivir.
Grandes consuelos procuraba a la infeliz madre;
por su consejo y piedad en el trato con los hermanos.
Muchos cuerpos, curándolos, restituyó a la vida
el que tan súbitamente me ha arrebatado la apresurada [muerte.

En la vía Salaria. Copia.

Haec quaecumque legis devoto pectore mater,
da lacrimas et me peperisse dole,
hic iacet extinctus crudeli funere natus,
ultima vivendi qu(ae) mihi causa fuit.
maxima praestabat miserae solacia matri
consilio fratres et pietate colens.
plurima restituit curando corpora vitae.
quem mihi tam subito mors properata tulit.

DIEHL 611. *Lin.* 4: quo *copia.*

VETERINARIO

277. Secundino veterinario hizo para sí esta mansión eterna.

De la vía Apia, perdida.

Secundinus mulomedicus | fecit sibi domum eterna.

DIEHL 616.

TRATANTE EN GRANOS

278. Aquí descansa en paz Constantino, tratante en granos, que vivió más o menos cuarenta y ocho años. Depuesto el 8.º de las calendas de diciembre, consulado de Fl. Lampadio y Orestes, varones clarísimos.

En San Pablo.

hic requiexcit in pace Constantinus hor|rearius, qui viset pm. an. XLϛII. dipositus est ϛII ka. | Dec. cons. Fl. Lampadii et Orestis vv. cc. ✝

DIEHL 591.

MOSAÍSTA

279. Julia Felicísima a Lucilio Victorino, cónyuge óptimo e inocentísimo, con el cual por el espacio de dieciséis años siempre viví vida buena. De nuestra pequeña mediocridad lo hice a él digno, maestro y exhortador de todos los hombres del sodalicio, hombre de admirable bondad e inocencia. Depuesto el 17 de las calendas de agosto (16 julio). Este (era) artífice del arte musiva.

Cem. de Ciriaca.

Iulia Felicissima Lucilio Victorino coniugi | optimo et innocentissimo, cum quo per | annos XVI semper bona vita bixi, de parbula | mediocritatem nostram digno feci, omnium | hominum sodalicii magister et hortator, | mire bonitatis et inccocentie omo, depositus | XVII kal. Aug. hic artifex artis tessalarie | lusorie.

DIEHL 666.

TINTORERO

280. Lóculo de Fortunato, tintorero.

Cem. de Ciriaca.

locus Fortinati | confectorari.

DIEHL 625.

REPOSTERO

281. Lóculo de Leopardo repostero y de Felicísima.

En el Agro Verano.

locus Leopardi | dulciari et Fili|cissimes.

DIEHL 626.

PASTELERO

282. Lóculo del que bien descansa Marcelo, patrono del cuerpo de pasteleros. Vivió setenta y dos años. Depuesto el 3.º de las calendas de enero, siendo cónsules nuestros señores Teodosio XVª y Valentiniano IIIIª Augustos.

De Sta. María del Trastévere.

locus bene quesquentis Marcelli, | patroni corporis pastillariorum. | vixit annis LXXII, | depositus III kal. Ian. | dd. nn. Theodosio XV et Valentiniano IIII Aug. cons.

DIEHL 629.

COCINERO

283. Lo hizo Mercuriana a sus padres. Aulo Máximo, cocinero del Castro Pretorio, y Aula Hilaridad, cocinera. Que ellos (estén) en paz.

Museo Laterano.

Mercuriane fecit paren[tibu]s subus. Aul. Maximus | [con]ditarius de castris pra[etor]ibus, Aul. Hilaritas conditaria. eos in pace.

DIEHL 624.

ZAPATEROS

284. A Dativo benemerente en paz, que vivió noventa y nueve años. Depuesto el 7.º de las calendas de abril (*zapatos e instrumentos de zapatero a un lado*).

Cem. de la vía Latina.

Dativo in pace benemerenti | [q]ui vixit ann. nonaginta | novem. depositus VII k. Apr.

RAC 15 (1939) 210.

---

285. Dionisio, tu dormición en paz! *(a un lado un árbol, y al otro, dos zapatos y un instrumento de zapatero).*

Cem. de Pretextato.

Dionysi, | dormitio tua in | irene.

RAC 25 (1949) 19, fig. 9.

ORÍFICE

286. Lóculo de Masumila, orífice, con Severino

De la basílica de San Pablo.

locus Masumille aurificis cu[m] Sevarin[c].

DIEHL 632.

HILANDERA DE ORO

287. Vicenta dulcísima hija, hilandera de oro, que vivió [...] nueve años, nueve meses.

Cem. de Calixto.

Viccentia dul|cissima filia | auri netrix, qae | vixit [...] VIIII, m. VIIII.

DIEHL 633.

HERRERO

288. Euticio herrero, que vivió veintidós años. Descansó en las calendas de diciembre (d. 1).

Cem. de Gordiano.

Euticio fabro | ferrio | qui bisit ann. XXII. quiesit kal. Dices. | ☧

DIEHL 636.

CURTIDOR

289. Lóculo bisomo de Proyecto curtidor.

Cem. de Comodila.

locus bisomus Proiecti corari.

DIEHL 638.

ROPERO

290. Alejandro, siervo de los Augustos, lo hizo en vida a Marco hijo dulcísimo del vico Caput Africae, que era considerado entre los roperos, que vivió dieciocho años, nueve meses, cinco días. Pido de vosotros, buenos hermanos, por Dios uno, que nadie moleste este monumento después de mi muerte.

De la via Salaria, en el museo Kircher.

Alexander, | Augg. ser., fecit | se bivo Marco, filio | dulcissimo, Caputa|fricesi, qui deputabatur inter bestitores,

qui vixit annis | XVIII, mensibus VIIII, | diebu V. peto a bobis, | fratres boni, per unum Deum, ne quis | un(c) titelo moles[tet] | pos mortem meam.

DIEHL 3872.

DECORADOR

291. Dioses manes. Felicísimo a Proculena cónyuge, con quien viví dieciocho años, benemerente y del cuerpo de los decoradores, que vivió más o menos cincuenta años.

En San Valentín.

d. m. | Felicissimus | Procaleni con|iuci, cum qua | vixi a. XVIII, b. m. | et ex c[orpore] | subedianorum | q(ui) v(ixit) a p. m. L.

DIEHL 653. *Lin.* 7: *leer* subaedianorum.

COLCHONERO

292. + Lóculo de Romano colchonero.

En Santa María del Aventino.

+ Locus Romani lectari [. . .].

DIEHL 640.

COSTURERA

293. Lais de L. Copón costurera.

Cem. de Calixto.

Lais | L. Coponi sarcinatrix.

DIEHL 644.

CANTATRIZ

294. De Cuismo zapatero y de Pelorines cantatriz. Vivió treinta años.

De Santa Inés, perdida.

Cuismi sutoris | et Pelorinis cantricis | vix. ann. XXX.

DIEHL 647.

COLONO

295. Lóculo de Marciano colono. Se lo hizo para sí en vida.

Cem. de Ciriaca.

+ locus Marciani | massari. si bivo | fecet sibi.

DIEHL 650.

MINERO

296. Debesto minero, que trabajó en todo el cementerio, hízolo merecidamente (*instrumento de excavar*).

Cem. de Santa Inés.

Debestus montanarius, | qui laboravit per omnium climiterium, meritus fecit.

DIEHL 651.

MARMOLISTA

297. Aquí está puesto Silvano, marmolista, que vivió treinta años e hizo con la esposa tres años y tres meses. Depuesto el 4.º de las calendas de julio.

En museo Laterano.

ic positus est Silbanus marmorarius | q(ui) vi. an. XXX et fecit cum uxxore an. III | et mensis III. depositus IIII kal. Iulias.

DIEHL 656.

ARQUITECTO

298. Después del consulado de nuestros señores Valentiniano V.ª y Anatolio, el día 15.º de las calendas de mayo, Constancio depuesto en paz, quien vivió setenta años . . .meses. Lóculo de Constancio que fué arquitecto (a. 441).

En San Martín del Monte.

p. cc. dd. nn. Valentiniani V et Anatoli | die XV kalendas Maias Constantius | ¡ depositus in pace, qui|vixit annis LXX, men¡s. . . . |. locus Constanti arcitec|ti | (*azuela*) qui fuit.

DIEHL 664.

ALBAÑIL

299. Timoteo albañil, Laudica Asiática,

Museo Vaticano.

Timoteus structor, | Laudica Asiática.

Diehl 665. *Es impreciso el significado de* structor.

Vendedor de fruta

(Instrumento en forma de cuchilla.)

300. Lóculo de Geroncio y Ursa, vendedores de fruta. Hiciéronlo en vida suya.

Cem. de Comodila.

locus Geronti et Ursae pomerarii, se vivi | fecerunt.

Diehl 683.

Cristalero

301. Del arte de cristalería, Sabinio Santias, alma dulce, que vivió cuarenta y seis años *(una ventana, sierra y otros instrumentos para pulir las tablas)*.

Cem. de Domitila.

artis ispeclararie [ ] Sabinius Santias, anima | dulcis, qui vixit annis XLVI.

Diehl 668. *Lin.* 1: ispeclararie = de hacer ventanas.

Pintor

302. Lóculo de Prisco pintor.

En San Lorenzo.

locus Prisci pictoris.

Diehl 669 a.

Fabricante de papel

303. + Lóculo de Valeranio fabricante de papel.

En Santa María in Trastévere.

+ locus Valerani carthari.

Diehl 679.

TRATANTE EN MARFIL

304. Lóculo de Olimpo tratante de marfil.

Cem. de Comodila.

locus Olympi | elenfatari.

DIEHL 680.

TENDERO

305. Lóculo de Donato, que mora en la Suburra mayor «ad nimphas», tendero de tejidos, bisomo.

Cem. de Ciriaca.

[l]ocus Donati, qui | manet in Sebura | maiore ad nimfa|[s], lintearius, bisomu.

DIEHL 682.

BOTILLERA

306. Leoncia, que fué difunta en las idus de Septiembre (d. 13), a la benemerente en paz, botillera en la puerta Trigémina.

Museo Laterano.

Leontia, que defunta est idus Sept., | bene merenti in pace, ad porta Trige|mina lagunara.

DIEHL 684.

TRATANTE EN GRANO

307. Polecla, que vende cebada, de la vía nueva.

Cem. de Domitila.

Pollecla, que ordeu bendet, de bia noba.

DIEHL 685 b.

VENDEDORA DE ACEITE

308. Felicísima, tendera de aceite.

Cem. de Domitila.

Felicissima | oliaria.

DIEHL 687.

TOCINERO

309. Lóculo de Adeodato tocinero et de Acútula. Hiciéronlo para sí en vida.

Cem. de Domitila.

☧ ☧ | locus Adeodati | porcinari et Acutu|lae sibi bibi fecerunt.

DIEHL 689.

BANQUEROS

310. + este lóculo (es) de Juanete, varón honesto, banquero, y de Anastasia, honesta mujer, quienes se lo compraron en vida, para sí y sus herederos, de Pedro, presbítero del título de San Crisógono.

De San Pancracio, perdida.

+ hunc locum Ioannitis v. h. argentari et A|nastasies hf., qui si vivos conperaber|unt sivi eredivusqu(e) s(uis) a Petro, presvítero ttl. sanc. Crisogoni.

DIEHL 694.

311. Después del consulado segundo de F. Estilicón cónsul, depuesto el joven Elías, banquero el 7.º de las calendas de noviembre (26 oct.) viernes, hora cuarta, quien vivió treinta y cinco años y veintitrés días. Al benemerente en paz (a. 406).

En museo Laterano.

[p] consulatum F. Stilichonis | secundo cc. depositus puer | Helias argentarius septimu | kal. Nobembres die Beneris, ora quarta, | (q)ui bixet annis trigınta et quinque et dies | viginti et tres. benemerenti in pace.

DIEHL 693.

FONDISTA

311 a. Aquí yace de nombre Matrona la clarísima mujer en paz, esposa de Cornelio primicerio de los fondistas, hija de Porforio, primicerio de los fabricantes de moneda, la cual vivió más o menos veintitrés años, que finó en miércoles, hora VIIIª, y fué depuesta el jueves de las idus de mayo (d. 15), frente a la hilera VIIª, en el consulado de Fl. Herculano, varón clarísimo (a. 452).

En San Pablo.

hic iacet nomine Matrona c. f. in pace | uxor Corneli primiceri cenariorum, | filia Porfori primiceri monetariorum, que vixit plm. an. XXIII, que recessit | die Mercuris or[a] VIII et deposita die | Iovis iduum Maiarum incontra | colomna VII, cons. Fl., Herculani v. c.

DIEHL 701.

VII. La familia

312. A Atinia Paulina, que vivió veintisiete años, Cocceyo Víctor, padre, y Atinio Cocceyo Lúcido, hermano, y Floria Cándida y Vario Romano, hijos herederos, pusiéronlo, teniendo cuidado de su cuerpo Ulpio Ingenuo.

Cem. de Priscila.

Atiniae Paulinae q. v. a. XXVII | Coc(ceius) Victor p(ater) et At(inius) Coc. Luc(i)dus | fr(ater) et Flor(ia) Candida et Varius | Romanus fili heredes posu|erunt erogant[e] Ulp. Ingenuo | [curam c]orpori eius.

DIEHL 3796. Cf. Dict. Arch. Lit. chrét., v. XIV, fig. 10442.

---

313. De Ampliato

A Aurelia Bonifacia, cónyuge incomparable, mujer de verdadera castidad, que vivió veinticinco años, dos meses, cuatro días, seis horas, Aurelio Ampliato con el hijo Gordiano.

Cem. de Domitila. De finales del s. II o primeros del III.

Ampliati.
Aureliae Bonifatiae | coniugi incomparabili | verae castitatis feminae | quae vixit ann. XXV | m. II | dieb. IIII, hor. VI, | Aurel. Ampliatus cum | Gordiano filio.

DIEHL 4338 a, b. Cf. WILPERT, *Pitture delle Cat.*, lám. 30.

---

314. Mirad, los vinientes, mis miembros aquí sepultados,
feliz aquí yazgo fallecida en edad tan temprana;
Felicia es mi nombre, tomado del mismo linaje;
contaba en el siglo de edad ocho años (tan sólo).
¡Cuán dulce a mi padre y habladora a mi madre no era,
alegre a mis siervos y toda feliz me sentía!
No es culpa la muerte, mas cosa usual de nacidos,
más feliz me encuentro ya ahora entre el coro virgíneo;
al fin, cuando toda la tierra el Señor estremezca,
muriente ya el mundo, resucitarán mis cenizas.

Copia de una Silloge.

aspicite, venientes, hic mea membra sepulta;
hic recubo felix parba etate peremta.
Felicia mici nomen est ex progenie ductum,
octavo etatis in s(ae)clo gesseram anno.
dulcis eram patri et garrula matri,
serbis eram leta, tota me leta ferebam.
non vitium mors, consuctudo propria natis.
virginio iam in cetu nunc letior adsto.
ultimo cum Dominus totum concusserit orbem,
(t)unc cineres (i)sti mundo pereunte resurgent.

Diehl 3463.

---

315. Cónyuge de un levita, modelo de pudor, yo Petronia depositando mis huesos en estas sedes habito. Ahorraos las lágrimas, dulces hijas con el cónyuge; creedlo, es un crimen llorar al que vive con Dios.

Depuesta en paz el 3.º de las nonas (d. 5) de octubre, siendo cónsul Festo, varón clarísimo (a. 472).

Aquí descansa Paula, clarísima mujer, dulce, benigna, graciosa, hija de la arriba escrita. Depuesta el 7.º de las calendas de septiembre, siendo cónsul Venancio, varón clarísimo (a. 484).

Aquí descansa el dulcísimo niño Gordiano, hijo de la arriba escrita. Depuesto el 5.º de las idus de septiembre (d. 9), siendo cónsul Símaco, varón clarísimo (a. 486).

Aquí descansa Emiliana, sacra virgen. Depuesta en las idus (d. 13) de diciembre, siendo cónsul Probino, varón clarísimo (a. 489).

En San Pablo.

levitae coniunx Petronia, forma pudoris,
his mea deponens sedibus ossa loco.
parcite vos lacrimis, dulces cum coniuge natae,
viventemque Deo credite flere nefas.

dep. in pace III non. Octob. Festo vc. conss.

hic requiescit in pace Paula cl. f., dulcis benigna gratiosa filia s(upra)s(criptae). dp. VII kal. Sept[emb. V]enantio vc. conss.

hic requiescit dulcissimus puer Gordianus filius ss. dp. id. Sept. Symmacho vc. conss.

hic requiescit Aemiliana sac. vg. dp. id. Dec. Probino vc. consss.

Diehl 167 a, b, c, d.

---

316. Florentina, un tiempo dulcísima esposa mía,
clavada profundamente en mi corazón,

el pudor, la honradez hiciéronte cara al marido
y la fidelidad inviolada conservando el tálamo.
Me dediqué tranquilamente a los estudios de la milicia
y creció mi hogar bajo tu gobierno.
Ahora los hijos abandonados suspirarán por tus consuelos,
y la casa, muriendo tú, da tristes gemidos.
Por esto, acepta este verso fúnebre de Bonito,
que para mí es de luto, para ti asaz dulce.

En el Verano.

Florentina, mihi quondam dulcissima coniunx
et toto penitus pectore fixa meo,
te pudor et probitas caram fecere marito
conservansque toros inviolata fides.
militiae studiis secura mente vacavi
creveruntque mei te moderante lares.
nunc tua deserti quaerunt solacia nati,
ingemit et tristis te moriente domus.
suscipe quapropter carmen ferale Boniti,
quod mihi luctificum est, sed tibi dulce nimis.

DIEHL 417.

---

317. Aquí yo Pacio estoy gozando de mi compañera Germila,
vivimos ¡ay! asaz moderados mientras lo permitían las leyes
y traspasamos los lindes del mensurado siglo.
Obtenida prole con la santa cónyuge,
hicimos juntos diez más seis años;
triste cosa a los hijos, mas grata al padre,
se vaya él primero en paz y deje la prole.

En la vía Salaria.

Paccius hic ego sum Germilla compare gaudens.
viximus heu nimis frugi dum iussa tulerunt,
atque per emensum spatiis transegimus aevum.
coniuge cum sca. suscepta prole potitus
per senos iterumque decem sat fecimus annos.
tristia sunt natis, sed multum grata parenti,
ut prior in pacem cedat subolemque relinquat.

DIEHL 2871.

---

318. ¿Hablaré, callaré? La pena me impide manifestarme. Este túmulo acoge las lágrimas, sábelo, de los padres de Proyecta, unida a Primo su marido, hermosa de figura, contenta sólo de su pudor, ¡ay! la tan querida de su desdichada madre.

Escuchad, a qué muchas palabras: después de los primeros lazos conyugales, arrebatada a la vista del padre Floro, murió deseando escalar la etérea luz del cielo. Al llanto de todos ofrece Dámaso este consuelo.

Vivió dieciséis años, nueve meses, quince días. Depuesta el 3.º de las calendas de enero (30 diciembre), siendo cónsules Fl. Merobaude y Fl. Saturnino (a. 383).

En San Martín del Monte. Epigrama damasiano.

quid loquar aut sileam? prohibet dolor ipse fateri.
hic tumulas lacrimas retinet, cognosce, parentum
Proiectae, fuerat Primo quae iuncta marito,
pulcra decore suo, solo contenta pudore
heu dilecta satis miserae genetricis amore.
accipe, quid multis?, thalami post foedera prima
erepta ex oculis Flori genitoris abiit
aetheriam cupiens caeli conscendere lucem.
haec Damasus prestat cunctis solacia fletus.

vixit [an]n. XVI, m. IX, dies XXV. dep. III kal. Ian. Fl. Merobaude et Fl. Saturnini conss.

FERRUA 51, DIEHL 3446. *Verso* 3: Primo *podría también ser* primo = *primer.*

---

319. Cubículo dúplice con arcosolios y lucernarios

Por orden de su papa Marcelino este diácono Severo hizo la tranquila estancia en paz, acordándose de sí y de los suyos, a cuyo sueño (eterno) conserve por largo tiempo sus dulces miembros para su creador y juez.

Severa dulce a los padres y a los fámulos entregó (su espíritu) el 8.º de las calendas de febrero (25 enero), a la que el Señor había hecho nacer en carne mortal con admirable sabiduría y arte y cuyo cuerpo está aquí sepultado tranquilo en paz, hasta que resucite del mismo, quien arrebató de su santo espíritu el alma, casta, pudorosa y siempre inviolable, a la que otra vez el Señor devolverá en gloria espiritual. La que vivió nueve años y once meses, quince días; así fué transferida del mundo.

Cem. de Calixto.

cubiculum duplex cum arcisoliis et luminare.

iussu pp. sui Marcellini diaconus iste
Severus fecit mansionem in pace quietam
sibi suisque memor, quo membra dulcia sommo
per loncum tempus factori et iudici servet.
Severa, dulcis parentibus famulisque,
reddidit VIII febrarias virco kalendas.
quam Dom(inus) nasci mira sapientia et arte
iusserat in carnem, quod corpus pace quietum
hic est sepultum, donec resurgat ab ipso.
quique animam rapuit spiritu sancto suo
castam pudicam et inviolabile semper,

quamque iterum Dom(inus) spiritali gloria reddet.
quae vixit annos IX et XI menses,
XV quoque dies. sic est translata de saeclo.

DIEHL 3458.

---

320. En el consulado de Juan, Augusto (a. 425), descansa aquí Dativa. Depuesta el 6.º de las calendas de febrero (27 enero) en paz.

Como la primera prole mostrase los amados goces a Dativa, ¿por qué de súbito nos vuelves lágrimas y no goces? No merecieron esperar tus padres fueran tus votos así. Y Basilia, su hermana, descansa aquí. Depuesta el 5.º de las idus de marzo en paz.

En la vía Ostiense.

[c]onsulatu | Iohanni Aug. | hic requiescit Dativa | dep. VI kal. Feb. in pace. |

cum prima Dativae subules monstraret gaudia cara,
cur subito nobis lacrimas, non gaudia reddes?
non ita vota tua meruerunt spectare parentes.

et Basilia, soror eius, hic requiescit. dep. V idus | Martias in pace.

DIEHL 4745.

---

321. Para que dudas no nazcan al largo correr de los siglos:
Teódula tenías por nombre, tú que grata al padre
la prole ofrecías, entregada a parejo marido.
Ahora te tiene la tierra; después de cumplidos
diez años más siete, tus huesos, ¡ay!, cubre el sepulcro.
Por méritos tuyos te rindo con voto estas (honras).

Depuesta en las idus de septiembre (d. 13), siendo cónsul nuestro Señor Honorio Augusto IVª (a. 398).

En San Pablo.

ne dubium longo quaeratur in ev[o],
Theoduli tibi nomen erat, que grata parenti
reddideras subolem pari dicata marito.
nunc te tellus habet, septem post decer peractos
exegeras (f)asces, eu tegit ossa sepulcrum.
haec tibi pro meritis pendo merentia voto.

dp. d. id. Sept. dn. Hon(orio) Aug. IIII cons.

DIEHL 4164. *Lin* 4: decer *errata por* decem. *Lin.* 2: theoduli *por* theodule.

322. A Sabina cónyuge dulcísima, que vivió conmigo y me exhibió íntegra fidelidad, y a Saturnina, hija, y a Bonosa, Valentino marido y padre a las benemerentes hízolo.

Cem. de Viale Margarita.

Savine ❦ coiugi dulcissime, quae ❦ | vixit mecum et fidem suam circa | me integram exibuit ❦ , et | Saturnine filie et | Bonose Valentinus maritus et pater | merentibus fecit ❦

RAC 10 (1933) 206, fig. 15.

Los cónyuges

323. Peregrino, en paz, con su mujer Silvana, el que salió (de este mundo) en paz el 14.º de las calendas de enero, siendo cónsules nuestro señor Constancio Augusto Xª y Jul. César IIIª cónsules.

Museo de San Pablo.

Pelegrinus in pace cum uxorem suam Sil|vanam, qui exibit in pace XIIII kal. Ian. | dn. Const. Aug. X et Iul. Caes. III conss.

Diehl 2883. Cf. Silvagni, lám. I, 4 a.

---

324. A Urso benemerente en paz, que vivió cincuenta años, dos meses, ... días. (dep.) el 6.º de las calendas de marzo. Victoria lo compró para sí y el marido.

Cem. de la vía Latina.

Urso benemerenti | in pace, qui v. ann. L, m. II, d. [. . .] | VI kal. Mar. Victor[i]a sibi et marito.

RAC 16 (1939) 213. Entre cada letra hay un punto intercalado.

---

325. Siendo cónsules Valentiniano IVª y Neuterio, Sabina a su amantísimo cónyuge Leopardo y a sí hicieron la casa (eternal) (a. 390).

Cem. de Pretextato.

Valentiniano IIII et Neuterio cons. | Savina amantissimo coniugi | Leopardo et sibi domum fecerumt.

RAC 12 (1935) 43.

---

326. Victorino, que vivió más o menos cuarenta años. Depuesto el 5.º de las calendas de octubre. La mujer hízolo al incomparable, en paz.

Cem. de Viale Margarita.

☧ Victorinus qui vixit | plus minus anis XL. depositus | V kl. Oto. uxor icopara|vili fecet in pace. ☧

RAC 11 (1934) 47, fig. 67.

---

327. Siricio, de años treinta y cinco y meses cinco. La esposa hízolo a su virginio, con quien vivió bien nueve años.

Subsuelo de la basílica Vaticana.

Siricius, anorum XXXV | mesorum V. | uxor fecit virgi-|nio suo, cum que | bene vicxit a. VIIII.

Esplorazioni sotto la confessioni di San Pietro, I, p. 148, fig. 100.

---

328. Compraron el lóculo en vida suya, esto es, Tigrino y Surisca. Difunt. en las nonas de julio, consulado de Honorio (a. 386 a 422).

Cem. de Pretextato.

locum con|paraberunt | se vivos, i|d es(t), Tigrinus | et Surisca | def. nonis | Iul. cons. Honri.

RAC 12 (1935) 233, fig. 43. *Lin.* 7: Honri *por* Honori.

---

329. A Eusebia Jenara, de admirable bondad y santidad cónyuge, que vivió conmigo dieciocho años, cinco meses, veinticinco días, Aradio Meliso, marido, también para sí lo hizo. Depuesta en paz el 3.º de las calendas de abril (28 marzo), siendo cónsules Filipo y Salia (a. 348).

Museo de San Pablo.

Miri bonitatis atq. sanctitati | Esubiae Ianuariae coniugi, que vixit mecum | annos XVIII, m. V, d. XXV, Aradius Melissus maritus | et sibi fecit. posita in pace III kal. Apr. Filippo et Salia coss.

DIEHL 4326. Cf. SILVAGNI, lám. I, 12.

---

330. Viscilio a Nicene, su costilla, que existió más o menos XXXI años, de los cuales pasó conmigo quince años. Se lo hice si de ello soy digno. Salió del siglo el 6.º de las idus de julio, Mamertino y Nevita (cónsules) (a. 362).

Cem. de San Hermes.

Viscilius Niceni costae suae | quae fuit annor. p. m. XXXI ex quibus | durabit mecum annos XV. feci in se,

si eo dono sim. exibit de saeculo | IV idus Iul. Mamertino et Nevita.

DIEHL 2390. *Lin. 4:* dono *por* dignus.

---

331. A la benemerente cónyuge Hilaridad, que vivió veinticinco años, desposada a los once años fué esposada años siete, vivió con el marido años siete, meses ocho. Depuesta el día 17.º de las calendas de septiembre, siendo cónsules Fl. Valentiniano Augusto IVª y Neoterio, varón clarísimo (a. 390).

Cem. de Comodila.

benemerenti con[iu]gi Hilaritati, qae vixit | ann. XXV. sponsata ann. XI. fuit sponsa ann. VII. | vixit cum marito ann. V[II], menses VIII. Deposita die XVII kal. | Septemb. Fl. Valentiniano Aug. IIII et Neoterio vc. cons. *(a un lado* ☧ A Ω *muy grande).*

DIEHL 4215.

---

332. Teodora, que vivió veintiún años, siete meses, veintitrés días, en paz. (lóculo) bisomo.

La casta Afrodita, mientras sigue desahogada vida,
hizo ruta hacia los astros, ahora goza de la corte de Cristo.
Resistió (los halagos) del mundo buscando siempre las cosas [celestiales.
Optima guardadora de la ley y maestra de la fe,
dedicó su egregia inteligencia a las cosas santas por siglos.
Por esto reina entre los suaves aromas del paraíso,
en donde por tiempo sin fin germinan en los ríos los cés- [pedes,
y espera a Dios por quien se levante a las brisas celestes.
En este túmulo puso el cuerpo con los restos mortales
y fundó el sepulcro urgiéndolo el cónyuge Eucario.

Depuesta el día... siendo cónsules Antonio y Siagrio (a. 382).

En la vía Nomentana.

Theodora, que vixit annos XXI, m. VII, | d. XXIII, in pace. est bisomu |

Amplificam sequitur vitam dum casta Afrodite,
Fecit ad astra viam, Christi modo gaudet in aula.
Restitit haec mundo | semper caelestia querens
Optima servatrix legis fideique | magistra
Dedit egregiam sanctis per secula mentem.
Inde p(er) eximios paradisi | regnat odores,
Tempore continuo vernant ubi gramina rivis, |
Expextatque Deum superas quo surcat ad auras.

Hoc posuit corpus tumulo | mortalia linquens
Fundavitque locum coniunx Euca|rius ins|tans.

dep. die |. . .| Antonio et Siacrio con|ss].

DIEHL 316. *Las primeras letras de cada verso forman el acróstico* Afrodite h(oneste) f(emine). *Lín.* 5: dedit *por* dedidit.

---

333. Apias, envidiada de los supernos, está cubierta por este [sepulcro.
digna de llanto para la prole, digna ésta de llanto para el [marido,
casta guardó los derechos de su verecundo tálamo,
engendró prole, caras prendas del matrimonio,
sin embargo no habita ella tristes mansiones,
sino que, cercana a Cristo, goza de los excelsos astros.

Depuesta el 9.º de las calendas de septiembre, siendo cónsules nuestro señor Arcadio Augusto II.ª y Rufino, varón clarísimo (a. 392). La cual vivió más o menos treinta y ocho años. Restituto marido hízolo a su compañera

De San Pablo.

[App]ias hoc tegitur [s]uperis invisa sepulcro,
[fle]bilis haec suboli, [fl]ebilis ista viro.
[cas]ta verecumdo serbabit iura cub[i]li
[edi]dit et prolem, pignora cara tori.
[no]n tamen haec tristes habitat po[st l]imine sedes,
[proxima] sed Cristo sidera celsa tenet.

[dep.] VIIII kal. Septembr[is] | [con]ss. dn. Arcadio Aug. | II [et Rufino v. c.]. quae vixit annus p. m. XXXVIII. | Restitu[tu]s maritus com[pari] | [suae fec]it.

DIEHL 3429.

---

334. Amargo luto me dejaste, dulcísima esposa.
No fué bastante hacer vida contigo en malos tiempos,
Ansiabas ciertamente cada día siendo otra los bienes, pero [infelices eventos los hicieron ajenos.
Tú esperabas día a día ver próxima la victoria.
Hijos tuyos me dejaste, frutos deseados de mí con insis- [tentes votos.
Oh dulce esposa, había yo codiciado ver juntos los buenos [tiempos.
Largos, en cambio, malos años tuviste conmigo,
Iracunda muerte hizo que no vieras lo que querías.
Acogió ciertamente tu alma la divina potestad, de la cual [espero podrá perdonar tus pecados.

Aquí descansa aquella cuyo nombre leíste, el que lees. Acopla las iniciales de cada verso y encontrarás el

propio nombre. La que vivió más o menos cuarenta y cuatro años, murió en el destierro el día ... de marzo, siendo cónsul Apio var. clar. (a. 396). Fl. Hieracio Urbaniciano, marido de la arriba escrita, difunta el ...; depuesta el 6.º de las idus de marzo.

En San Martín del Monte. *En acróstico*: Anatholia.

Acervum luctum mihi demisisti, dulcissima coniux.
Non mihi sufficiebat habuisse vita tecum per tempora mala,
Aliam quidem futuram cottidiae optabas bona, sed infelix [casus effecit aliena.
Tu vero cottidiae expectabas vidire proxima palma.
Haec tua mi demisisti pignera, fructus, quas desiderabas [mecum [per inte]rminata vota.
Optaveram, dulcissima coniux, ut bona videremus simul...
Longa mala tempora mecum fecisti,
Inimica mors fecit te non videre quod voluisti.
Animan quidem tuam suscepit divina potestas, a qua credo [peccata posse tibi dimitti.

hic quiescit, de qua superius legisti, qui legis, revertere per capita versorum et invenis proprium nomem, que vix. ann. pm. q(ua) d(raginta) III, decessit in exilio. [...] Mar(tias) Appio vc. | Fl. Hierac(ius) urb(anicianus) mar(i)t. ss. defuncte [...] dep. VI id. Mart.

DIEHL 412.

---

335. Aquí yo de nombre Mandrosa, llena de la gracia de todos,
fiel en Cristo y guardando sus mandamientos,
devota en obsequios a los mártires traspasé la vida del [mundo.
Unida en consorcio con un solo varón por tres lustros,
devuelvo ahora al Señor el débito común a todos.

La que vivió más o menos treinta y cuatro años. Depuesta el 9.º de las calendas de febrero (24 enero) en el consulado de Aginancio Fausto, varón clarísimo (a. 483).

En San Pablo

Mandrosa hic nomine, omnium gratia plena,
fidelis in Xpo. eius | mandata reservans,
martyrum obsequiis devota transegi | falsi seculi vitam.
unius viri consortio ter quinos coniuncta | per annos
reddidi nunc D(omi)no rerum debitum conmunem | omnibus [olim

quae vixit ann. plm. XXXIII, dep. VIIII kal. | Februarias cons. Aginanti Fausti v. c.

DIEHL 1347. Cf. SILVAGNI, lám. XIII, 6.

336. Siempre tendré aquí en el mundo este dolor, y séame dado ver tu venerable rostro en sueños, cónyuge Albana, para mí siempre casta y pudorosa. Laméntome de verme privado de tu cariño santo, que providencialmente me diera el autor (del orbe). Dejados los tuyos, yaces en paz en sueño (mortal). Mereciéndolo resucitarás, concedido a ti el temporal descanso.

La cual vivió cuarenta y cinco años, cinco meses, trece días. Duerme en paz. Hízolo el marido Ciriaco.
A un lado: paloma con un ramo y la palabra «paz».

Museo Laterano.

hic mihi semper dolor erit in aevo
et tuum benerabilem vultum liceat videre sopore,
coniunx Albana, que mihi semper casta pudica.
Relictum me tuo gremio queror,
quod mihi sanctum te deberat divinitus autor.
relictis tuis iaces in pace sopore.
merita resurgis, temporalis tibi data requetio.

que vixit annis XLV, men. V., dies XIII. | dormit in pace. fecit Cyriacus maritus.
(*a un lado*): 🕊 y pax

DIEHL 3459.

---

337. Probiliano a su virginia Hilaridad, cuya fidelidad, castidad y bondad experimentaron todos los vecinos, la cual en los ocho años de ausencia de su marido guardó su castidad; por esto fué depuesta en este lugar santo el 3.º de las calendas de febrero (30 enero).

Cem. de Calixto.

[Hilari]tati virginiae suae Probilianus, | queius fidelitatem et castitate et bonitate | omnes vicinales experti sunt. quae | annis n. VIII absentia virgini sui suam cas-|titatem custodivit, unde in hoc loco sancto deposita est III kal. Febr.

DIEHL 2157.

---

338. Buena, fiel, casta, dulcísima, prudente mujer Patricia, inocente, que vivió veintiún años, seis meses, dieciocho días, que hizo con Cleópatro su virginio, ahora dejado huérfano, con toda religión y castidad tres años, un mes, trece días. Depuesta el día 11 de las calendas de marzo. Benemerente en paz.
Lóculo bisomo.

En la vía Apia.

vona fidelis casta dulcissima prudens femina Patricia innox | q. vixit ann. XXI, m. VI, d. XVIII, q. fecit cum

Cleopatro virg. suo | orfano nunc relincto cum omne religione et castitate ann. III, m. I, d. XIII. | depost. est d. XI kal. Mart. benemerente in pace. l(ocum) bisomu.

RAC 7 (1930) 177.

---

339. En este lóculo está puesta Elia, dulce esposa.

Cem. de Jordanes.

in hoc lo|co posita | est Aelia | uxor dulcis.

RAC 8 (1931) 241, fig. 242.

---

340. A Genucia Severina, hija de Genucia Protogenia, cónyuge pudicísima e incomparable, por cuyos méritos hízolo Casto de buen grado.

Cem. de Viale Margarita.

Genuciae Severinae | Ge. Protogeniae con|iugis pudicissimae | atque inconparabilis, | cuius pro meritis | Marcius Castus libens fecit.

RAC 6 (1929) 192.

---

341. Dioses manes. | A Flavia Esperanza, cónyuge santísima incomparable, madre de todos, que vivió conmigo veintiocho años, ocho meses sin hiel alguna. Hízolo Onesíforo cónyuge a la clarísima mujer benemerente.

Cem. de Domitila.

d. m. | Flabiae Sperandae coiugi sanctissimae | inconparabili, matri omnium, quae vixit | mecum annis n. XXVIII, m. VIII sene ul|la bilae. Onesiforus c. f. coniux b|enemerenti fecit.

DIEHL 161. *Lin.* 3: n. = numero.

---

342. Dioses manes. En este túmulo yace el cuerpo exánime, cuyo espíritu ha sido recibido entre los dioses. Así, pues, lo mereció L. Estacio Onésimo, negociante de muchos años de la vía Apia, hombre fidelísimo sobre todos, cuya fama es conocida para la eternidad. El cual vivió sin mácula más o menos sesenta y siete años. Estacia Crescentina cónyuge al marido dignísimo y benemerente, con quien vivió en buena concordia sin lesión mutua de ánimo. Al benemerente hízolo.

Del cem. de Calixto ahora en Verona.

d. m. | in hoc tumulo iacet corpus exanimis, | cuius spiritus inter deos receptus est. | sic enim meruit L. Statius Onesimus, | viae Appiae multorum annorum negotias, | homo super omnes fidelissimus, | cuius fama in aeterno nota est. | qui vixit sine macula an. p. m. LXVII. | Statia Crescentina coiux | marito dignissimo et merito | cum quo vixit cum bona concordia | sine alteritrum animi lesionem. bene merenti fecit.

DIEHL 3387. *Lin.* 5: negotias *por* negotians.

---

343. Caledrome, bendita en Cristo, corazón de toda bondad, modelo de castísimo pudor, con el marido asaz religiosa, viviste diecinueve años. El marido a su digna cónyuge.

Cem. de Trasón.

Calledrone benedicta in ☧, | gremium totius boni-|tatis, autrix castissimi | pudoris, | circa mari|tum satis religiosa |, vixisti annis XVIIII. maritus | coniugi dignae.

DIEHL 3380 a.

---

344. A Petronia, digna cónyuge, que vivió veintiún años e hizo con compañero diez meses. Finó el día 5.º de las calendas de noviembre (d. 1) después del consulado de Graciano IIIª y Equicio (a. 375). Urso marido hízolo para sí y para la inocente compañera. Descansa en paz *(a un lado orante entre palomas)*.

Museo Laterano.

Petroniae, dignae coiugi, que vixit annis | XXI et fecit cum conpare suo m. X. d. V | kal. Nob. pos conss. Gratiani ter et Equiti. | Ursus maritus sibi et innocenti co|mpari fecit. cesquet in pace.

DIEHL 4226. Cf. SILVAGNI, lám. II, 4.

---

345. A la joven Urbica, dulce cónyuge, de cuya complacencia siempre gozamos en el matrimonio, que vivió más o menos treinta años, murió el día 14.º de las calendas de julio. Descansa en paz y en el nombre de Cristo.

En Santa Francisca Romana.

☧ | puellae Urbicae coniugi dulci, | queius obsequio | semper nobis convenit | in matrimonio. quae vixit annos | p. m. XXX. decessit die XIIII kal. Iulii quiescit | in pace et in nomine ☧.

DIEHL 2452.

346. A la mujer de toda bondad (e) inocencia Selia Victorina, esposa carísima, que vivió más o menos treinta y tres años. En unión marital hizo quince años. Aurelio Félix, marido, a la esposa óptima, que descansa en paz en el nombre de Cristo.

Museo Lateranense.

totius bonitatis, | inocentiae feminae | Seliae Victorinae uxori karissimae, quae vixit annis p. m. | XXXIII. in maritali coniugio | fecit ann. XV. Aur. Felix mari|tus uxori optime quiescente | in pace in n. ☧

DIEHL 2452 A.

---

347. A Aura Flavia, cónyuge, Máximo, en paz y en Cristo!

Cem. de Viale Margarita. Letras pintadas.

Aure Flaviae | coiugi Maximus | in pace et in Cristo.

RAC 11 (1934) 225.

---

348. Macrino a Atilia, cónyuge carísima. Vivió cuarenta y cinco años en paz y reposo.

Cem. de Viale Margarita. Letras pintadas.

Macrinus Atiliae cu|iugi cari|sime vixit | anis XLV | in pace et | et irene.

RAC 11 (1934) 204, fig. 69.

---

349. Aquí descansa Leo y Fortunata, compañeros (de matrimonio) en paz, que vivieron juntos veintidós años, seis meses, veintinueve días. Fortunata se eximió de las cosas humanas primero, a los cuarenta y cinco años, mas León vivió otros cinco años treinta y un días, muriendo a los cincuenta años, cuatro meses, cinco días. Aurelio y Aquilino, hijos dulcísimos, hiciéronlo a los padres, piísimos benemerentes en paz.

Museo Nacional de Roma.

hic Leo et Fortunata | compares quesquen(t) in | pace, qui vixerunt inse | ann. XXII, m. VI, d. XXVIIII | Fortunata prior rebus hu|manis exempta est ann. XLV, Leo | autem vixit super eam an. V | d. XXXI. vite (f)unctus est an L, m. III, | d. V. Aurelius et Aquilinus, | fili dulcissimi, parentibus | piissimi benemerentib. | fecerunt in pace.

DIEHL 2783. *Lin. penúltima corrige:* piissimis.

PADRES E HIJOS.

350. Recibe, madre, las lágrimas del hijo supérstite
y los gemidos que viertes, ¡ay!, con tus alabanzas.
Después de la muerte del padre guardaste casta
la fe del marido enviudada por treinta años.
Ejerciste con el hijo el oficio de padre y madre,
en el rostro de la prole vivía tu esposo Obas,
Túrtura tienes por nombre y fuiste verdadera tórtola
para la que, muriendo el cónyuge, no hubo otro amor.
Es éste el único objeto del que toma alabanza la mujer,
lo que enseñas mostrándolo con tu matrimonio.

Aquí descansa en paz Túrtura, que vivió más o menos sesenta años.

Cem. de Comodila. Encima pinturas con los Santos Félix y Adaucto y Túrtura.

suscipe nunc lacrimas, mater, natique superstis
quas fundet genitus laudibus ecce tuis!
post mortem patris servasti casta mariti
sex triginta annis sic viduata fidem.
officium nato patris matrisque gerebas:
in subolis faciem vir tibi vixit Obas.
Turtura nomen abis, set turtur uera fuisti,
cui coniux moriens non fuit alter amor.
unica materia est, quo sumit femina laudem,
quod te coniugio exhibuisse doces.

hic requiexcit in pace Turtura, que bisit pl. m. annus LX.

DIEHL 2142. *Lín.* 1: *corrige* superstitis, *y lín.* 2: quos *en vez de* quas.

---

351. A Decidia, madre benemerente, que vivió cincuenta y tres años, once meses, cinco días en paz. Hízolo su hijo Vicente.

Cem. de Viale Margarita.

Decidiae matri | benemerenti, | quae vix. ann. | LIII, m. XI, d. V in pace. | Vincentius fil. fecit.

RAC 11 (1934) 38, fig. 61.

---

352. Aquí descansa el llamado, sólo de nombre, Superbo, al que reconocieron inocente y manso los bienaventurados santos, en cuyo sepulcro había deseado yacer antes el mísero padre. Depuesto el 5.º de las calendas de agosto, siendo cónsul segunda vez Estilicón (a. 405).

Cem. de Pretextato.

hic requiescit Superbus | tantum nomine dictus
quem innocentem mitemq. sa(n)cti no|vere beati;
in quo miserabilis pa|ter optaverat ante iacere.

depos. | V kal. Auc. Stilichone v. c. bis c(onsule).

RAC 12 (1935) 231, fig. 40.

353. ¡Oh Rodis, alma dulce, a mí arrebatada por amargo duelo,
que tanto te adelantaste a deslustrar la ancianidad de tu
[madre
y a cargar con tantos dolores su edad senil!;
pues sin ti no me es placentera ni la luz ni la vida.
¿Cómo podré soportarlo cuando pienso una a una tus cosas,
cuando me viene a la mente que tú eras el lustre de todos
[los tuyos?
¿qué el santo pudor, qué la fe santa, las buenas costumbres,
y tu ingenio y doctrina, y tus dichos con sobria mente?
Prudente e innocua alcanzaste los celestes reinos,
por siempre adiós, dulce, y descansa en paz!

En la vía Salaria.

o Rhode, dulcis anima, acervo mihi funere rapta,
qui tantum properasti matris foedare senectam
senilemque aetatem tantos onerare dolores.
te sine namque mihi nec lux nec vita iocunda est.
quid primum tollerare queam, tua dum singula quaero,
cum venit in mentem, quod tuorum tu decus omnium esses?
quid pudor castus, quid sca. fides moresque benigni,
ingeniumque doctrinaque tua et verba sobria mente?
prudens et innocua caelestia regna petisti,
iam vale perpetuo, dulcis, et in pace quiesce!

DIEHL 4749.

---

354. A Julia Dionisíade, hija inocentísima, Julia Florencia, madre, y Julio Dionisio, padre.

Cem. de Viale Margarita.

Iuliae Dionysiadi | filiae innocentissime | Iulia Florentia mater | et Iulius Dionysius pater.

RAC 10 (1933) 226, fig. 30. Letras pintadas. División arbitraria con puntos.

---

355. A Aurelia Exuperancia benemerente, que vivió veintidós años. Hiciéronlo los padres a la hija benemerente, que vivió con su virginio ocho años, la cual falleció el 3.º de las nonas de noviembre *(a un lado paloma con una corona).*

Cem. de Viale Margarita.

Aureliae Exxuperantie | benemerenti | que vixit annis XXII. | filie benemerenti | parentes fecerunt, que vixit cum virgini|o suo. an. VIII. q. u. d. III. nn.

RAC 11 (1934) 29, fig. 50. *Lin. últ.*: q. u. d. III nn = qu(ae) d(ecessit) III n(onas) N(ovembres)?

NIÑOS.

356. Mira qué pequeño palomo sin hiel aquí reposa, mientras gozó de esta luz...

Hiciéronlo Urbico F. Lacistio y Campana. Depuesto el 6.º de las nonas de mayo (d. 10).

Museo Laterano.

respice, quam parbus cubat hic sine felle | palumbus [du]m luce est ista frunitus...

Urbico F. Lacistius et Campana fecerunt. dep. in pace | VI non. Mai.

DIEHL 1562.

---

357. Memoria de Anastasia. Siendo cónsules Fl. Cesario y Nonio Atico varones clar. (a. 397), el 5.º de las calendas de marzo (25 febr.), miércoles, luna XIIª, se retiró de esta luz la niña de nombre Anastasia, que vivió cuatro años, seis días.

Cem. de Ciriaca.

m. Anastasiae. | Fl Caesario et Nonio Attico | vv. cc. conss. V kal. Martias | d. Mercuri l. XII recessit | de hac luce puella nomi|ne Anastasia, q. vixit an|nos IIII, d. VI. ⸙ ☩.

DIEHL 2777.

---

358. Jenara infante, difunta de un año, ocho meses, veinticuatro días.

Cem. de la vía Latina.

Ianuaria infas | defuncta anni|ta, mesoro VIII, zero XXIIII.

RAC 16 (1939) 219. *Lin.* 3: mesoro = mesorum; zero = dierum.

---

359. Aseleca inocente, paloma sin hiel, que vivió diez meses veintiún días.

Cem. de Hermete.

Aselleca ignos | palumba sine fel, | qu[a]e vixit me|ses X, d. XXI.

DIEHL 1561 A. *Lin.* 1: ignos *por* innox.

360. Euplia fué difunta el (día) cuarto de las idus de mayo (d. 12), la cual fué de cinco años. Depuesta en paz bajo Liberio papa (a. 352-66).

Cem. de Calixto.

defuncta est Euplia quar|tu idus Maias, que fuit annoru|m quinque. deposita in pace sub Libe|rio papa.

DIEHL 966.

---

361. Restituto, alma inocente, cordero sin mácula, salió de este mundo, el que vivió dos años, cuatro meses, cinco días. En paz descansa.

De un cem. desconocido.

Restutus, innox anima, | agnus sine macula, de | seculo recessit, qui vixit | annis duobus, mesibus | quatuor, diebus quinque. | in pace quiescit.

DIEHL 1564 A.

FAMILIA ADOPTIVA

362. A Mecilio Hilato dulcísimo, ayo de los Ceionios Fusciana, clarísima mujer, y Cameno, clar. varón, el que vivió setenta y cinco años, diez meses. Hízolo Mecilia Rogata al señor padre dulcísimo como la miel. Al amador bueno, carísimo, que amó a todos.

Cem. de Priscila.

Maecilio Hylati du|lcissimo nu(t)ritori Cae|ioniorum Fusciane c. f. | et Cameni c. v. qui vixit a(n)n. | LXXV, men. X, fecit Mae|cilla Rogata domino pa|tri dulcissimo melito. Amatori bono, qui onmes am|abit cari|simo.

DIEHL 96 a.

---

363. A Aurelio Escolacio, patrono dignísimo, que vivió setenta años, en paz. Hiciéronlo los libertos.

Cerca de San Calixto.

Aurelio Scolacio patrono | dignissimo, qui vixit annis LXX | in pace. liberti fecerunt.

DIEHL 751.

---

364. A Publio Casio Pedro, P. Casio Marcial Loliano, al alumno pío y amador carísimo.

Cem. de Gordiano.

P. Cassio Petro P. Cassius | Martialis Lollianus alumno pio | et amatori carissimo.

RAC 8 (1931) 254.

---

365. Aquí está sepulto Notato, siervo fidelísimo.

De un cem. desconocido.

hic situs Nota|tus servus fide|lissimus

Diehl 767 A.

---

366. En Dios Padre omnipotente lo hizo Vitalio liberto a la una con Quodvultdeus a su señor Teófilo y a la señora Poncianeta benemerentes, en refrigerio.

Cem. de San Pánfilo. Letras incrustadas de pórfido en lápida de mármol.

in Deo Patre omnipotente fecit | Vitalio libertus unum cum Quod|vuldeus domino suo Taeofilo | et dominae Pontianeti merentibus | in refrigerium.

RAC 1 (1924) 99.

VIII. El sepulcro

367. Sepulcro de Filonete. Se retiró en paz el 3.º de las idus de septiembre, de años más o menos veintiocho, siendo cónsules Merobaudes segunda vez y Saturnino (a. 383).

Cem. de Comodila.

sepulcrum Filonetis. secessit in pace III idus | Septemb. annorum plus minus XXVIII Merobau|de bis et Saturnino conss.

Diehl 2868.

---

368. + Este lóculo compraron en vida suya Augusto y Gaudiosa a los presbíteros del título de San Crisógono, esto es, de Pedro Prior, Crisógono segundo, Catelo tercero, Gaudioso cuarto y de Filipo prepósito del beato mártir Pancracio a presencia de la monja Cutia, sierva de Dios, y de Juanita virgen, en cuyo lóculo los suprascriptos compradores pusieron sus luces y el hijo que mejor no tuvieron, esto es, al dulcísimo hijo suyo Floro, que vivió siete años, siete meses, quince días. Depuesto en paz el día 5.º de las nonas de julio, siendo cónsul Fl. Valerio, v. c. (a. 525).

En San Pancracio.

+ hunc locum Augustus et Gaudiosa se. vibus comparaverunt a presviteris | tituli sanc. Crisogoni, idest Petro priore, Crisogono secundo, Catello tertio, Gaudioso quarto vel a Filippo preposito beati martiris Prancati sub presentia nonnes | Cutties ancille Dei vel sub presentia Iohannitis virgari. in quo loco ss. imtores | praemiserunt lumina sua [et filium quo non?] meliorem habuerunt, idest dulcissi | mum filium suum Florum, qui vixit annus ϚI, mens. ϚI, dies XV. deposit, | in pace sub d. V non. Iulias [Fl. Val]erio vc. cons. +

Diehl 1137.

---

369. Lóculo de Pedro, que vivió veinticinco años. Depuesto el día antes de las calendas de noviembre, consulado de Máximo segunda vez y Paterio (a. 443).

Cem. de Ponciano.

locus Petri, qui vixet anus XXV. depositus pri. kal. Nob. | conss. Maximi iterum e Pateri.

Diehl 3506.

---

370. Puesto en este túmulo el casto, de casto linaje, hijo de Andrés que llevaba el nombre del abuelo, que aún no había alcanzado dos decenas de años de vida, y cubría sus rosadas mejillas de grácil barba.

En el Verano.

hoc situs est tumulo castus de semine casto
filius hic Andrae nomen avi referens,
qui nec bis vitae contigerat annos
implebat roseas barbula grata genas.

Diehl 3548.

---

371. Timócrates padre a Timoteo hijo carísimo puso el título, quien vivió dos años y diecinueve días.

Cem. de Priscila.

Timicrates pater Timoteo filio | carissimo posuit titulum, quod | vixit annis duobus et dies XVIIII.

Diehl 3574 A.

---

372. Signo del lóculo de Quintino y | Marturia ⸙

Cem. de Pretextato. Vidrio cementerial.

Zinnum loci Quintini et | Marturiae.

DIEHL 3518.

---

373. Fortunio en vida suya hizo la m(emoria), siendo cónsules nuestro señor Graciano Aug. IVª y Merobaudes (a. 377). Depuesta ha sido Celia, mujer de rara ejemplaridad, lo que ves, aquí descansa (*otra mano*): Porfirio.

Procedencia desconocida.

Fortunius se vivo m. fecit | d. n. Gratiano Aug. IIII et Merobaude cons[s]. | deposita est Caelia, rari exempli femina, quod vides, h[ic] | quiescit. | Porfurius.

DIEHL 3598. *Lin.* 1: m. *podría también ser* monumentum.

---

374. Mansión eternal de Aurelio Celso et Aurelia Hilaridad, mi compañera. Hicimos para nosotros y los nuestros y los amigos el arcosolio con su paredón, en paz.

Museo Nacional de Roma.

domus eternalis | Aur. Celsi et Aur. Ilar|itatis, compari m|ees. fecimus nobis | et nostris et amic|is arcosolio cum p|areticulo suo in pacem.

DIEHL 3646.

---

375. Mansión eterna de Septimino y Crescentina.

De Roma, ahora en Urbino.

☧ domus | aeterna Septi|mini et Crescentines.

DIEHL 3656 A.

---

376. Eumorfo con Felicidad, su cónyuge . . ., hicieron la celda eterna.

Museo Vaticano.

[Eu]morfus cum Fe[ici]|[ta]te, coiugi suam . . . fecerunt cella ae[terna].

DIEHL 3697.

---

377. Aurelio Baso. Lucenia Tallusa en vida suya hizo (esta) eterna seguridad, en paz.

Cem. de San Pánfilo.

Aurelius Bassus. Lucenia Tallusa se viva | fecit eterna securitate, com pace.

DIEHL 3701 A.

---

378. Vicente a Caro hijo, carísimo benemerente, puso la lápida, el cual vivió tres años y veintidós días.

Cem. de Ciriaca.

Bincentius Karo, filio ka|rissimo benemerenti, posuit | tabula, qui bixit annos III | et dies XXII.

DIEHL 3702.

---

379. Pusieron la lápida los padres a su hijo Cepasio, que vivió un año | ☧.

Cem. de Cástulo.

posuerunt tabel. paren. | filio suo Caepasio, qui vixit anu. | ☧.

DIEHL 3704 A.

---

380. Compró para sí en vida suya Josimia, doncella de Dios, el lóculo bisomo.

Cem. de Pretextato.

hemit sibi Iosimi se vi|va polla Dei loc. biso|mum.

RAC 13 (1936) 218.

---

381. Depuesto el 3.º de las idus de mayo (d. 13) Josimo, que vivió veintiocho años y que hizo con su compañera siete años, nueve meses. Al benemerente en paz, en el consulado de Nicómaco Flaviano (a. 394), en el lóculo marmóreo cuadrisomo.

Museo Laterano. Iósimo = Zósimo.

dep. III idus Mai Iosimus qui | vixit annus XXVIII, qui fecit | cum conpare sua annus septe | mensis VIIII. benemerenti in pace, con|sulatu Nicomaci Flabiani, locu mar|morari quadrisomum.

DIEHL 3822. Cf. SILVAGNI, lám. V, 7. *Lin.* 5-6: locum armarari *lee Diehl.*

---

382. Lóculo trisomo de Víctor en la cripta de Dámaso.

Vía Ardeatina. Cripta de San Dámaso.

locus tri|sonus Vic|toris in cru|ta Damasi.

Diehl 2152. Cf. N. Bull. (1902) 52.

---

383. En lugar santo compraron para sí Euticio y Eleuteria con los suyos el lóculo siendo cónsules Olibrio y Probino (a. 395).

Cem. de Pretextato.

(paloma con ramo) | sancto loco conpara|berunt sibi Euticius et Eleuteres [c]um suis locu[m] | conss. [Olybrio et P]ro|bino.

RAC 12 (1935) 45, fig. 32.

IX. Varia

384. A Vital, incomparable monógamo *(dentro de corona).*

Cem. de Viale Margarita.

Vitali | inconparavi|li monogame.

RAC 10 (1933) 223 fig. 27. Letras pintadas.

---

385. Vital, el 13.º de las calendas de mayo.

Cem. de Viale Margarita. Letras pintadas en el estuco.

Vitalis XIII kal. Maias.

RAC 11 (1934) 237, fig. 86.

---

386. Bribis Aper (*dentro cartela*).

Cem. de Viale Margarita.

Brybis | Aper. | ☧ ☧.

RAC 11 (1934) 24, fig. 46.

---

387. Hermofilis duerme en paz. La cual vivió un año, tres meses, catorce días (*paloma con ramo*).

Cem. de Viale Margarita.

Hermofilis in pace | dormi, que vix. anno I, | mensibus III, diebus XIIII.

RAC 11 (1934) 31, fig. 52.

---

388. Vital duerme en paz.

Cem. de Viale Margarita.

Bitalis dormit | in pacae.

RAC 11 (1934) 11, fig. 34.

---

389. d. ☧ m. A Tucia Casta, verdaderamente casta, la cual vivió treinta y siete años, . . . meses.

Procedencia desconocida.

d. ☧ m. | Tutie Caste vere | caste, que vixit | annos XXXVII, mesis . . .

DIEHL 3889 C.

---

390. En paz. A la benemerente Matrona, que vivió veintidós años, cinco meses. Fué depuesta el 18.º de las calendas de julio (d. 14), jueves, siendo cónsules Merobaudes y Saturnino segunda vez (a. 383).

Cem. de Pretextato.

in pace | benemerenti Matrone, que | vixit annos XXII, mensis V, | qod deposita est XϚII kal. Iu|lias die Iovis cc. iterum | Merobaudi et Saturnino.

RAC 12 (1935) 40, fig. 26.

---

391. Estatilia Alejandra, de catorce años, virgen, muerta siendo cónsules Tusco y Anulino (a. 295), el 9.º de las calendas de septiembre (25 agosto), hija de Alejandro.

Cem. de Ciriaca.

Statilia Alexandra anno|rum XIIII virgo mortua es(t) Tusco et Anullino conss. ϚIII kal. Sept. | filia Alexandros.

DIEHL 2786.

---

392. Dios lo dió, Dios lo quitó. Depuest. . . . de las calendas de noviembre, siendo cónsules Teodosio y Rumórido . . .

Cem. de San Pancracio.

[ded]it Deus, Deus tulit | [...dep. ...] kal. Nob, Teodosio et Rumo|[rido vv. cc. conss.].

DIEHL 2398.

---

393. Dios me gobierna y nada me falta. Romano.

Cem. San Pedro. San Marcelino.

Dominus regit me et nihil mici deest. | Romanus.

DIEHL 2403 A.

---

394. + De los dones de Dios hízolo Gaudioso. +

Cem. de Ponciano.

de donis Dei Gaudiosus fecit.

DIEHL 1935 A.

---

395. A Felicidad, que vivió ochenta años. A la benemerente pusiéronle los suyos. (*Monogramas de* Cristo y Jesús).

Felicitati, que | vixit ann. LXXX. | benemerenti sui | ☧ posuerunt JHS.

WILPERT, *Fractio panis*, p. 93, fig. 16. Cf. DALC, VII, fig. 6237.

---

396. Peregrino recibido por Dios.

Cem. de Viale Margarita. Tumba de niño.

Peregrinus | a Deo acceptus.

RAC 10 (1933) 196, fig. 8.

---

397. A Adeodata digna y benemérita virgen, descansa aquí en paz, por voluntad de Cristo.

Cem. de Ciriaca.

Adeodate | dignae et | meritae | virgini | et quiescit | hic in pace | iubente | Xpo. eius.

DIEHL 3338 a. Cf. DALC, VII, fig. 6090.

398. Juliano a su hijo Maurilión lo hizo, quien vivió ocho años, seis meses. Duerme en paz.

Cem. de Santa Inés.

Iulianus filio suo | Maurilioni fecit, | qui bixit anos VIII, mes. VI. | dormit in pace.

DIEHL 3212 A.

---

399. Al inocente Carino, que vivió cinco años, ocho meses, ocho días. Duerme en paz.

Cem. de Ciriaca.

innocenti Carino, | qui bixit annis|V, m. VIII, d. VIII. dormit in pace.

DIEHL 3212 B.

---

400. Máximo está aquí sepultado en la primera flor de la juventud; pereció dulce amigo para los hermanos y para nosotros, pues para él su edad acabó a los veinte años, después del mes quinto y día cuarto. En paz.

En la vía Aurelia.

Maximus hic situs est primaevo flore iuventae,
fratrib(us) et nobis dulcis amicus obit.
olli quippe aetas viginti est acta per annos
quintum post mensem quartum ad | usque diem.
in pace.

DIEHL 4754.

---

401. Tutor, ocupas la sede perpetua; aquí merecidamente llegas al fin, difunto en grandes peligros, aquí empujado por los años tomas feliz el descanso.

Aquí está puesto el tutor Antemio, que vivió setenta años, depuesto siendo cónsules nuestro señor Arcadio IIª y Fl. Rufino var. clar., en las nonas de noviembre (d. 5, a. 392).

Museo Vaticano.

perpetuam sedem nutritor possides ipse |
hic meritus finem, magnis defuncte periclis, |
hic requiem felix sumis cogentibus annis.

hic positus papas Antimio, qui vixit annis LXXX | depositus domino nostro Arcadio II et Fl. Rufino|vv. cc. ss. nonas Nobembr.

DIEHL 754.

402. esperanza de un claro linaje, gloria de grandes
prudente de ingenio, en versos grandilocuente,
ilustre, sabio, humilde, honesto,
grato a todos y más por la bondad piadoso,
Probo, mostrando antes de tiempo el ánimo de la edad
más esclarecido en la patria por la nobleza, [madura,
en nada te dañó la muerte, pues ahí vives en perenne loanza
y moras en el reino de Cristo sin fin.
Estas, que de ti canto, no son falsas alabanzas:
tu fama, por los méritos, lo es por doquier testigo.

En la vía Salaria.

spes generis clari, magnorum gloria patrum,
sollers ingenio, carmine doctiloquus,
inlustris sapiens, humilis moderatus honestus
communis gratus, plus bonitate pius,
ante annos animumque gerens aetatis avitae,
clarior in patria nobilitate Probus,
nil tibi mors, nocuit cum hic vivis laude perenni
et Xpi in regno dum sine fine manes.
haec tibi quae cecini, non sunt praeconia falsa:
pro meritis fama est testis ubique tua.

DIEHL 64.

---

403. Gliceria inocente está puesta aquí, fiel de corazón, alma dulce y por su vida recta devota a Cristo. Libre de la vida, se retiró a la luz (celestial). La que falleció el 8.º de las idus de agosto. Depuesta fué en paz el 7.º de las (mismas) idus (d. 7) en el consulado de Fl. Baso, var. clar. cónsul; vivió más o menos cuarenta y cinco años, e hizo con su virginio treinta y cuatro años.

Cem. de Santa Felicidad.

Glyceria innox hic posita est, mente fidelis
anima dulcis rectaque vita Cristo devota.
vite redempta secessit in luce.

que recessit VIII id. Aug.;|deposita est in pace VII idus Agustas cons. Fl. Bass. v. c. con.|vixit annos p. m. XLV, fecit cum virginio | annos XXXIIII.

DIEHL 1718.

---

404. Lóculo de Paterno Lorenzo, que compró en vida por tres sólidos y un tercio.

En San Pablo.

lc. Pat. Laurenti, qem si vivo comparabit sol. tris et trimisse.

DIEHL 3783 b. *La palabra* pat. *podría también ser* patris, patet, *menos probable*

405. Quinto, lechero, que vivió sesenta años, difunto el 3.º de las calendas de octubre, se compró en vida suya para sí y para su hermano el lóculo, el cual fué de la casa del Laterano.

Cem. de Pretextato.

Quintus | lactearius, qui vi|xit annos sexaginta, defunctus III kal. | octobris vibo se conparabit sibi et fratri | suo locum, qui fuit de domum Laterani.

RAC 13 (1936) 17, fig. 15. *Lin.* 2: lactearius *quizá* Lactearius.

---

406. Prímulo hizo en vida suya para sí dos lóculos, uno bisosomo y otro monosomo, por voluntad de Inocencio presbítero.

Cem. de Pretextato.

Primulus fecit | se vivus sibi loca | dua, unu bisomu e|t unu monosomu, i|ubente Innocent|io presb.

RAC 13 (1936) 12, fig. 8.

---

407. Aquí descansan en paz Pretextato, varón ilustre de los cuestores del sacro palacio, depuesto el 7.º de las idus de octubre, siendo cónsul Festo var. clar. (a. 472), y su hija Pretextata, clar. mujer depuesta el 15.º de las calendas de agosto, siendo cónsul Decio, var. clar. (a. 486).

Procedencia desconocida.

hic requiescint in pace Praetextatus vi. ex | quaestor. sc. p. dp. VII idus Octobr. Festo vc. cons., et filia eius Praetextata cf., dp. XV kal. Aug. Decio vc. c[ons].

Diehl 199. *Lin.* 1: requiescint *por* requiescunt; vi = v(ir) i(nlustris).

---

408. Maris, que vivió ocho meses, veintiún días con paz.

Cem. de la vía Latina. A la derecha un dibujo de una cuna con un niño que levanta un juguete.

Ma ☧ ris | qui bixit m. VIIII | d. XXI cum pace.

RAC 17 (1940) 14, fig. 40.

PARTE III

APENDICES

Textos literarios referentes a las catacumbas

Como complemento de nuestra colección de inscripciones de las catacumbas romanas, creemos útil dar a continuación los principales textos literarios de la alta Edad Media referentes a dichas catacumbas.

Los más extensos e interesantes son los llamados itinerarios o breves guías que servirían para los peregrinos que acudían durante los siglos VI-X a la Ciudad Eterna deseosos de visitar y venerar los santuarios y reliquias de los mártires[1].

Los tres primeros son textos muy parecidos que pueden considerarse recensiones más o menos alteradas o abreviadas de una fuente común. El autor lo redactaría siguiendo las vías romanas e indicando las tumbas de los mártires y monumentos más importantes situados en cada una de ellas, expresando generalmente si se encuentran o no bajo tierra.

El cuarto texto o Topografía de Einsiedeln es mucho más breve, pero ofrece la ventaja de indicar para cada cementerio o catacumba si se halla a la derecha o a la izquierda de la vía respectiva, cosa que no expresan los otros itinerarios.

Aunque también muy breve, es altamente interesante la lista del llamado *Index oleorum* de Monza. Se trata de una lista de los óleos o aceites recogidos por un preste Juan para la reina de los lombardos Teodolinda, tomando un poco de cada una de las lámparas de los santuarios

---

1 Sobre la fecha de redacción de estos documentos, véase el capítulo dedicado a ellos por el Dr. Junyent.

romanos dedicados a los mártires. En realidad, son dos las listas: la primera, la escrita en un documento o *Notula* como memoria de la visita, y la segunda, formada con los letreros que ató a cada una de las *ampullae* o botellitas de loza con la indicación del santo o santos a que correspondía.

Damos, además, las listas antiguas de cementerios, en las que se pueden ver los nombres antiguos o anteriores a la paz constantiniana, que son de los en alguna manera fundadores de dichos cementerios o bien nombres topográficos, y los modernos o posteriores a dicha fecha, que casi siempre son nombres de los santos venerados en cada catacumba. Para que pueda saberse con facilidad la equivalencia de todos estos nombres hemos redactado por nuestra cuenta, basándonos en un esquema del De Rossi, la lista alfabética de dichos nombres, poniendo de relieve cuáles son los antiguos.

También se inserta un extracto de la *Vita Adriani*, formado por las referencias a monumentos de las catacumbas que figuran en tal documento.

Hemos dispuesto todos estos textos no según el orden de noticias de los respectivos originales, sino siguiendo para todos un mismo orden de las vías romanas en que se hallaban los santuarios descritos. Esto para que pueda hacerse mejor la comparación entre las descripciones paralelas de cada documento. Es el orden establecido por De Rossi y seguido ya por otros autores, tomándolo del *Itinerario* de Salzburgo[2].

Acerca el valor histórico de estos documentos, hay que advertir que frecuentemente se hacen en ellos confusiones desde el punto de vista hagiográfico y es no pocas veces disparatada la grafía de los nombres de personas y lugares. Esclarecer estas confusiones exigiría un largo capítulo, por no decir un libro, que no estaría aquí en su lugar. Lo principal sobre este punto va ya expuesto antes por el doctor Junyent en la descripción de cada cementerio.

En cambio, merecen toda fe las preciosas noticias que nos dan las llamadas *Depositio episcoporum* y *Depositio martyrum*, dos documentos de la primera mitad del siglo IV,

---

2 Este mismo orden es el que ha seguido Mons. Junyent en la descripción de las catacumbas o cementerios romanos que precede a nuestro libro. Téngase presente que allí se pasa por alto nuestro n. 1 (de los itinerarios), referente a la tumba de los Santos Juan y Pablo, por estar en el interior de las murallas de Roma y no tener catacumba.

que vienen a ser el primer calendario litúrgico de la Iglesia romana con las conmemoraciones de los obispos (papas) de la ciudad y de los mártires, que se celebraban en los santuarios de la urbe, debiendo advertirse que no sólo hay mártires romanos, sino también algunos otros de Italia, Oriente y Africa, como se podrá ver por las indicaciones puestas a continuación de cada santo conmemorado.

I. Itinerarium

1. Primum in urbe Roma beatorum martyrum corpora Johannis et Pauli (tantum) quiescunt in basilica magna et valde formosa.

2. Deinde intrabis per urbem ad aquilonem, donec pervenies ad portam flamineam, ubi s. Valentinus martyr quiescit via Flaminea in basilica magna, quam Honorius reparavit, et alii martyres in aquilone plaga sub terra.

3. Deinde vadis ad orientem donec venias ad ecclesiam martyris via Salinaria, ibi requiescit Diogenus martyr et in altero cubiculo. Bonifacianus, et Fistus martyr sub terra; sub terra Blastus martyr, deinde Johannis martyr, postea Longinus martyr. Deinde vadis ad australe via Salinaria donec venies ad s.Ermetem, ibi primum pausat (in) bas(silica? Bas)ilissa virgo et martyr, in altera et martyr Maximus et s. Ermes martyr sub terra. Et in altera spelunca Protus martyr et Jacintus, deinde Victor martyr. Postea eadem via pervenies ad s. Pampulum martyrem XXIIII gradibus sub terra.

4. Deinde venies ad s.Felicitatem altera via, que similiter Salaria dicitur, ibi illa pausat in ecclesia sursum et Bonifacius pp. et martyr in altero loco et filius eius sub terra deorsum. Deinde eadem via pervenies ad ecclesiam s.Saturnini papae et martyris: in altera ecclesia Daria virgo et martyr pausat et Crisanti martyr. Postea pervenies eadem via ad speluncam ubi s.Hilaria martyr: deinde eadem via ad s.Alexandrum martyrem; ibi pausant Theodolus et Eventus et longe in interiore spelunca Alexander martyr requiescit. Postea ascendens eadem via ad s.Silvestri ecclesiam ibi multitudo sanctorum pausat: primum Silvester sanctus papa et confessor et ad pedes eius s.Syricius papa et in dextera parte Celestinus papa et Marcellus episcopus; Philippus et Felix martyres et multitudo sanctorum sub altare maiore et in spelunca Crescencius martyr, et in altera s.Prisca martyr, et Fimitis pausat in cubiculo quando exeas, et in altera s.Potenciana martyr et Praxidis.

5. Et postea ad orientem quousque pervenies ad s.Emerentianam martyrem quae pausat in ecclesia sursum et duo martyres in spelunca deorsum Victor et Alexander. Deinde via Numentana ad ecclesiam s.Agnae, quae formosa est, in qua sola pausat et ipsam episcopus Honorius miro opere reparavit.

6. Postea illam viam demittis et pervenies ad s.Ypolitum martyrem qui requiescit sub terra in cubiculo, et Concordia mulier eius martyr ante fores, altero cubiculo s.Triphonia regina et martyr, et Cyrilla filia eius et martyr quas Meditus (*lege* Messius: *otra mano al margen:* Claudius) Decius interfecit uxorem et filiam, et s.Genesius martyr. Postea pervenies ad ecclesiam s.Laurenti, ibi sunt magnae basilicae duae in quarum quis speciosiorem et pausat, et est parvum cubiculum extra ecclesiam in . . . occident(e). Ibi pausat s.Abundius et Herenius martyr via Tiburtina; et ibi est lapis quem tollent digito multi homines nescientes quid faciunt: Et in altera ecclesia sursum multi martyres pausant. Prima est Cyriaca sancta vidua et martyr, et in altero loco s.Iustinus, et iuxta eum s.Crescentius martyr et multitudo sanctorum, longe in spelunca deorsum s.Romanus martyr. Postea ascendes ad ecclesiam s.Agapiti martyris et diaconi s.Syxti papae.

I. Itinerario de Salzburgo

1. Primero, en la urbe de Roma descansan los cuerpos de los beatos mártires Juan y Pablo en una basílica grande y muy hermosa.

2. Después entrarás en la ciudad por el aquilón hasta que llegues a la puerta Flamínea, en donde descansa San Valentín mártir en la vía Flamínea, en una basílica grande, que reparó Honorio, y otros mártires en la parte del aquilón bajo tierra.

3. Después vas hacia oriente hasta que vengas a la iglesia de San Juan mártir, vía Salaria; allí descansa Diógenes mártir, y en otro cubículo Bonifacio y Fisto mártir, bajo tierra; bajo tierra Blasto; después Juan mártir y luego Longino mártir. A continuación, hacia la parte austral por la vía Salaria hasta que vengas a San Hermes; allí primero descansa en una basílica Basilisa virgen y mártir; en otra también el mártir Máximo y San Hermes mártir, muy bajo tierra. Y en otra gruta, Proto mártir y Jacinto; después, Víctor mártir. Luego por la misma vía llegas a San Pánfilo mártir, veinticuatro escalones bajo tierra.

4. Luego vienes a Santa Felicidad en otra vía que se llama asimismo Salaria; allí aquella santa descansa en la iglesia arriba y Bonifacio papa y mártir en otro lóculo, y su hijo bajo tierra. Después por la misma vía llegarás a la iglesia de San Saturnino papa y mártir; en otra iglesia Daría virgen y mártir descansa y Crisanto mártir. Después llegarás por la misma vía a la gruta en donde (está) Santa Hilaria mártir; luego, por la misma vía, a San Alejandro mártir; allí descansan Teódulo y Evento, y lejos, en una gruta interior, descansa Alejandro mártir. Después, subiendo por la misma vía, a la iglesia de San Silvestre; allí descansa una multitud de mártires: primero San Silvestre papa y confesor y a sus pies San Siricio papa, y, en la parte derecha, Celestino papa y Marcelo obispo; Felipe y Félix mártires, y una multitud de santos bajo el altar mayor, y en una gruta, Crescencio mártir, y en otra, Santa Prisca mártir, y Fimites descansa en un cubículo hacia la salida, y en otra (gruta) Santa Pudenciana mártir y Santa Práxedes.

5. Y después vas hacia oriente hasta que llegues a Santa Emerenciana mártir, que descansa en una iglesia arriba, y dos mártires en una gruta debajo, Víctor y Alejandro. Luego, por la vía Nomentana, a Santa Inés, que es hermosa, en la cual descansa ella sola y la reparó Honorio obispo con maravillosa obra.

6. Después dejas esta vía y llegarás a San Hipólito mártir, que descansa bajo tierra en un cubículo, y Concordia, su mujer mártir, ante la puerta; en otro cubículo Trifonia reina y mártir y Cirila, su hija mártir, las que mató, madre e hija, Máximo Decio, y San Ginés mártir. Luego llegas a la iglesia de San Lorenzo; allí hay dos grandes basílicas, en una de las cuales, la más bella, descansa él, y hay otro cubículo fuera de la iglesia al occidente. Allí reposa San Abundio y Herenio mártir en la vía Tiburtina; y allí hay aquella piedra de la que toman algo con el dedo muchos hombres no sabiendo lo que hacen. Y en otra iglesia arriba descansan muchos mártires. La primera es Ciriaca viuda y mártir, y en otro lóculo San Justino, y junto a él San Crescencio mártir y una multitud de santos; lejos, en una gruta debajo, San Romano mártir. Luego subirás a la iglesia de San Agapito mártir y diácono de San Sixto papa.

7. Ad Helenam via Campana multi martyres pausant. In aquilone parte ecclesia Helenae primus Tiburtius martyr. Postea intrabis in speluncam ibi pausant ss.martyres Petrus presbyter et Marcellinus martyr. Postea in interiore antro Gorgonius martyr, et multi alii, et in uno loco in interiore spelunca XL martyres, et in altero XXX martyres, et in tertio IIII Coronatos et s.Helena in sua rotunda.

8. Deinde pervenies ad s.Gordianum martyrem, cuius corpus requiescit sub altare magno in ecclesia s.Epimachi, et Quintus et Quartus martyres iuxta ecclesia(m) in cubiculo pausant, et longe in antro Trofinus martyr. Deinde pervenies eadem via ad speluncam, hic requiescit[. . .] eadem via s.Eugenia virgo et martyr in cubiculo ecclesie pausat, et in altero loco Emisseus martyr.

9. Postea pervenies via Apia ad s.Sebastianum martyrem, cuius corpus iacet in inferiore loco, et ibi sunt sepulcra apostolorum Petri et Pauli, in quibus XL annorum requiescebant. Et in occidentali parte ecclesie per gradus descendis ubi s.Cyrinus papa et martyr pausat. Et eadem via ad aquilonem ad ss.Martyres Tiburtium et Valerianum et Maximum. Ibi (intrabis in speluncam magnam et ibi *add. in marg.)* invenies s.Urbanum episcopum et confessorem, et in altero loco Felicissimum et Agapitum martyres et diaconus Syxti, et in tertio loco Cyrynum martyrem, et in quarto Ianuarium martyrem. Et in tertia ecclesia sursum s.Synon martyr quiescit. Eadem via ad s.Caeciliam, ibi innumerabilis multitudo martyrum. Primus Syxtus papa et martyr, Dionisius papa et martyr, Iulianus papa et martyr, Flavianus martyr, s.Caecilia virgo et martyr LXXX martyres ibi requiescunt deorsum Ceferinus papa et confessor sursum quiescit. Eusebius papa et martyr longe in antro requiescit, Cornelius papa et martyr longe in antro altero requiescit. Postea pervenies ad s.virginem Soterem et martyrem (eadem via venis ad ecclesiam parvam ubi decollatus est s.Xyxtus cum diaconibus suis *add. in marg.)*, cuius corpus iacet ad aquilonem.

10. Et dimittis viam Appiam et pervenies ad s.Marcum papam et martyrem, postea ad s.Damasum papam et martyrem via Ardeatina, et ibi in altera ecclesia invenies duos diaconos et martyres Marcum et Marcellianum fratres germanos cuius corpus quiescit sursum sub magno altare. Deinde descendis per gradus ad ss.martyres Nereum et Achileum.

11. Et sic vadis ad occidentem et invenies s.Felicem episcopum et martyrem, et descendis per gradus ad corpus eius, et sic vadis ad s.Paulum via Ostiensi, et in australi parte cerne ecclesiam s.Teclae supra montem positam, in qua corpus eius quiescit in spelunca in aquilone parte.

12. In occidentali parte Tiberis ecclesia est beati Felicis martyris, in qua corpus eius quiescit, et Alexandri martyris (et s.Sabinae martyris. Deinde etiam in aquilone parte ecclesiae s.Pauli paret ecclesia s.Aristi et s.Christinae et s.Victorae ubi ipsi pausant *in marg.)*. Deinde descendis ad quilonem et invenies ecclesiam s.Candidae virginis et martyris, cuius corpus ibi quiescit. Descendis in antrum et invenies ibi innumerabilem multitudinem martyrum; Pumenius martyr ibi quiescit, et Milix martyr in altero loco, et omnis illa spelunca impleta est ossibus martyrum. Tunc ascendis et pervenies ad s.Anastasium papam et martyrem, et in alio, Polion martyr quiescit. Deinde intrabis in ecclesiam magnam: ibi sancti martyres Abdo et Sennes quiescunt. Deinde exeas et intrabis ubi s. Innocentius papa et martyr quiescit.

7. En (santa) Elena, vía Campana, descansan muchos mártires. En la parte del aquilón, en la iglesia de Santa Elena, el primero Tiburcio mártir. Después entrarás en la gruta; allí descansan los mártires Pedro y Marcelino mártir. Luego en el antro interior Gorgonio mártir y muchos otros, y en un cubículo en la gruta interior los XL Mártires, y en otro XXX Mártires, y en un tercero los Cuatro Coronados y Santa Elena en su rotonda.

8. Después llegarás a San Gordiano mártir, cuyo cuerpo descansa bajo el altar grande en la iglesia de San Epímaco, y Quinto y Cuarto mártires descansan junto a la iglesia en un cubículo, y lejos, en un antro, San Trofino mártir. Después llegarás por la misma vía a la gruta, aquí descansa . . . en la misma iglesia, y en otro lugar Emiseo mártir.

9. Después llegarás a la vía Apia y a San Sebastián mártir, cuyo cuerpo yace en un lóculo inferior, y allí hay los sepulcros de los apóstoles Pedro y Pablo, en que descansaron cuarenta años. Y en la parte occidental de la iglesia por escalones bajas a donde San Quirino papa descansa. Y por la misma vía, al aquilón, a los santos mártires Tiburcio y Valeriano y Máximo. Allí entrarás en la gruta magna y allí encontrarás a San Urbano obispo y confesor, y en otro lugar, Felicísimo y Agapito mártires y diáconos de Sixto, y en un tercer lóculo, Ciriaco mártir, y en un cuarto, Jenaro mártir. Y en una tercera iglesia arriba descansa San Zenón mártir, Julián papa y mártir, Flaviano (Fabiano) mártir, Santa Cecilia virgen y mártir, LXXX mártires descansan allí abajo. Ceferino papa descansa arriba. Eusebio papa y mártir descansa lejos en un antro; Cornelio papa y mártir, lejos en otro. Después llegarás a la virgen Santa Soteres y mártir (por la misma vía vienes a la pequeña iglesia en donde fué decapitado San Sixto con sus diáconos), cuyo cuerpo yace hacia el aquilón.

10. Y dejas la vía Apia y llegarás a San Marcos papa y mártir; luego a San Dámaso papa y mártir en la vía Ardeatina, y allí en otra iglesia encontrarás los dos diáconos Marco y Marceliano hermanos, cuyo cuerpo descansa arriba debajo de un gran altar. Después bajas por escalones a los Santos mártires Nereo y Aquileo.

11. Y así vas hacia occidente y encuentras a San Félix obispo y mártir y bajas por escaleras a su cuerpo, y así vas a San Pablo en la vía Ostiense, y en la parte austral mira la iglesia de Santa Tecla puesta sobre el monte, en la cual descansa su cuerpo en una gruta hacia la parte del aquilón.

12. En la parte occidental del Tíber está la iglesia de San Félix mártir, en la cual descansa su cuerpo y el de Alejandro mártir (y Santa Sabina mártir). Después también en la parte del aquilón de la iglesia de San Pablo aparece la iglesia de San Aristo y Santa Cristina y Santa Victoria, en donde descansan). Después bajas hacia el aquilón y encontrarás la iglesia de Santa Cándida virgen y mártir, cuyo cuerpo allí descansa. Bajas a un antro y encontrarás innumerable multitud de mártires; Pimenio mártir allí descansa y Milex mártir en otro lóculo, y toda aquella gruta está llena de huesos de mártires. Después subes y llegarás a San Anastasio papa y mártir, y en otro lugar descansa Polión mártir. Después entrarás en una iglesia grande: allí descansan los santos mártires Abdón y Senén. Después sales y entrarás donde descansan Inocencio papa y mártir.

13. Deinde ambulas ad s.Pancratium cuius corpus quiescit in formosa ecclesia via Aurelia, quam s.Honorius papa magna ex parte reaedificavit, et in illa ecclesia intrabis longe sub terra et invenies Ardhimium martyrem; et in altero loco s.Paulinum martyrem, et in altero antro s.Sobiam martyrem, et duae filiae eius Agapite et Pistis martyres, et ascendis sursum et pervenies ad ecclesiam; ibi quiescunt s.Processus et Martinianus sub terra, et s.Lucina virgo et martyr in superiori. Deinde pervenies eadem via ad sanctos pontifices et martyres duos Felices. Postea eadem via pervenies ad ecclesiam; ibi invenies s.Calistum papam et martyrem, et in altero (loco) in superiori domo s.Iulis papa et martyr.

14. Et sic intrabis via Vaticana donec pervenies ad basilicam beati Petri, quam Constantinus imperator totius orbis condidit, eminentem super omnes ecclesias et formosam, in cuius occidentali plaga beatum corpus eius quiescit.

II. Epitome: Libri de locis sanctorum martyrum

1. Basilica, quae appelatur Iohannis et Pauli, ubi ipsi ambo in uno tumulo iacent.

Basilica s.Bonifatii ubi ipse dormit.

2. Inde prope *(esto es: de la iglesia de S. Juan al «clivum cucumeris»)* iuxta viam Flamineam apparet ecclesia mirifice ornata s.Valentini martyris ubi ipse corpore iacet et multi sancti ibidem sunt sepulti.

3. Inde haud procul *(esto es: de la iglesia «S.Michaelis»)* in occidente iuxta viam eandem *(esto es: la* Salaria) in cryptis sub terra LXXX gradibus s.Pamphilus et s.Candidus, sanctusque Cyrinus cum multis martyribus iacet. Et inde in occidentem tendentibus apparet basilica s.Ermes, ubi ipse martyr iacet (longe in terra *interp.)*. Ibi sunt s.Crispus et s.Herculanus et s.Maximilianus et s.Basilessa et s.Iacintus et s.Protus (s.Victor *interp.)* et s.Leopardus cum multis martyribus sepulti. Inde non longe est in occidente ecclesia s.Ioahnnis martyris, ubi caput eius in alio loco sub altare ponitur; in alio, corpus: ibi s.Diogenes et s.Fistus (Sistus *W)* et s.Liberatus et s.Blastus et s.Maurus et s.Longina mater Iohannis sunt sepulti (et alii mille CCXXII martyres *add.)*.

4. Iuxta viam Salariam ecclesia est s.Felicitatis ubi ipsa iacet corpore, ibi et Silanus filius eius unus de VII est sepultus et Bonifatius (papa *interp.)* cum multis sanctis ibi dormiunt. Iuxta eandem viam s.Saturninus (papa *interp.)* cum multis martyribus dormit (in alia quoque ecclesia s.Chrisantus et Daria virgo et LXII martyres): propeque ibi s.Alexander et s.Vitalis sanctusque Martialis, qui sunt tres de septem filiis Felicitatis, cum multis martyribus iacent (ibi in interiori spelunca s.Theodolus et Eventus *interp.)*. Ibi et VII virginis, id est, s.Saturnina et s.Hilaria, s.Dominanda, s.Serotina, s.Paulina, s.Donata, s.Rogantina requiescunt. Iuxta eandem viam Salariam s.Silvester requiescit (ad pedes eius s.Siricius papa *interp.)*, et alii quamplurimi, id est, s.Caelestinus, s.Potentiana, s.Praxedis

13. Después caminas hacia San Pancracio, cuyo cuerpo descansa en una hermosa iglesia, en la vía Aurelia, la que reedificó en gran parte San Honorio papa, y en aquella iglesia entrarás muy bajo tierra y encontrarás a Artemio mártir, y en otro lugar San Paulino mártir, y en otro antro Santa Sofía mártir y a sus dos hijas Agape y Fe mártires, y subes arriba y llegas a la iglesia; allí descansan San Proceso y Martiniano bajo tierra, y Lucina virgen y mártir sobre tierra. Después llegarás por la misma vía a los santos Felices pontífices y mártires. Luego en la misma vía llegarás a la iglesia; allí encontrarás a San Calixto papa y mártir, y en otro lugar, en la mansión superior, a San Julio papa y mártir.

14. Y así entrarás por la vía Vaticana hasta que llegarás a la basílica de San Pedro, que construyó Constantino, emperador de todo el orbe, eminente entre todas las iglesias y hermosa, en cuya parte occidental descansa su santo cuerpo.

II. El epítome: El libro «de los lugares de los santos mártires»

1. Basílica de Juan y Pablo, en donde ambos yacen en un túmulo. Basílica de San Bonifacio, en donde él duerme.

2. Desde ahí cerca, junto a la vía Flamínea, aparece la iglesia mirificamente adornada de San Valentín mártir, en donde yace él con su cuerpo y muchos santos hay allí sepultados.

3. De ahí no lejos al occidente, en la (misma) vía (Salaria), en unas criptas ochenta escalones bajo tierra yace San Pánfilo y San Cándido y San Cirino con muchos mártires. Y de allí a los que se dirigen a occidente aparece la basílica de San Hermes, en donde yace este mártir. Allí están San Crispo y San Herculano y San Maximiliano y Santa Basilisa y San Jacinto y San Proto [San Víctor] y San Leopardo con muchos mártires sepultados. De ahí no lejos está la iglesia de San Juan mártir, en donde en un lóculo bajo el altar está su cabeza, y en otro, el cuerpo: allí están sepultados San Diógenes, San Fisto y San Liberato y San Blasto y San Mauro y Santa Longina, madre de Juan, y otros 1.222 mártires.

4. Junto a la vía Salaria está la iglesia de Santa Felicidad, en donde yace su cuerpo; allí está sepultado su hijo Silano, uno de los siete, y Bonifacio (papa) con muchos santos allí duermen. Junto la misma vía duerme San Saturnino (papa), (en otra iglesia) también San Crisanto y Daría virgen y 72 mártires. Allí asimismo descansan siete vírgenes, a saber, Santa Saturnina y Santa Hilaria, Santa Dominanda, Santa Serotina, Santa Paulina y Santa Donata, Santa Rogantina. Junto a la misma vía Salaria descansa San Silvestre (a sus pies San Siricio) y otros muchos, a saber, San Celestino, Santa Pudenciana, Santa Práxedes, San Marcelo (obispo), San Crescenciano, San Mauro, San Marcelino, Santa Prisca (Santa Finitis), San Pablo, San Félix, uno de los siete (hijos de Santa Felicidad), San Felipe, uno de

s.Marcellus (eps. *interp.)*, s.Crescentianus, s.Maurus, s.Marcellinus, s.Prisca (sancta Fimitis *interp.)*, s.Paulus, s.Felicis unus de septem, s.Philippus unus de septem, s.Semetrius, et in una sepultura CCCLXII (*al.* CCCLXV) (sub altare maiore *interp.)*. Per eandem viam venitur ad ecclesiam s.Michaelis septimo milliario ab Urbe.

5. Iuxta viam Numentanam est s.Nicomedes et iuxta eandem viam basilica s.Agnes mirae pulchritudinis ubi ipsa corpore iacet, propeque ibi soror eius Emerentiana: in alia tamen basilica dormit. Ibi quoque (in) singulari ecclesia Constantia Constantini filia requiescit; sanctusque Alexander, s.Felicis, s.Papia, s.Victor et alii multi ibi dormiunt.

6. Iuxta viam Tiburtinam (prope civitatis ecclesia est s.Ianuarii episcopi et martyris, eademque via *add.*) ecclesia est s.Agapiti multum honorabilis martyrum corporibus. Et prope eandem viam ecclesia est s.Laurentii maior, in qua corpus eius primum fuerat humatum, et ibi basilica nova mirae pulchritudinis, ubi ipse modo requiescit. Ibi quoque sub eodem altare Abundus erat depositus, et foris in portico lapis est, qui aliquando in collo eiusdem Abundi pendebat in puteum missi: ibi Hereneus, Iulianus, Primitivus, Tacteus, Nemeseus, Iustinus, Crescentianus, Romanus sunt sepulti, et s.Cyriaca, s.Simferosa et Iustina cum multis martyribus sunt sepulti. Inde in boream sursum in monte basilica s.Hippolyti est, ubi ipse cum familia sua tota XVIII martyres iacet. Carcer ibi est in quo fuit Laurentius. Ibi est Triphonia uxor Decii Caesaris et Cyrilla filia eius: inter utrasque Concordia et s.Geneseus, et multi martyres ibi sunt.

7. Iuxta viam vero Lavicanam ecclesia est s.Helenae ubi ipsa corpore iacet. Ibi sancti isti dormiunt, Petrus, Marcellinus, Tiburcius, ss. XXX milites, Gorgonius, Genuinus, Maximus, IV Coronati id est Claudius, Nicostratus, Simpronianus, Castorius, Simplicius: ibi et in cryptis sub terra innumera martyrum multitudo sepulta iacent. (Iuxta viam vero Praenestinam iuxta aquaeductum ecclesia est. s.Saturnini episcopi et martyris, et s.Castoli, quorum corpora longe sub terra sunt sepulta *add.)*

8. Iuxta viam vero Latinam ecclesia est s.Gordiani, ubi ipse cum fratre Epimacho in una sepultura. Ibi quoque Quartus et Quintus: ibi Sulpitius et Servilianus et s.Sophia et Trophinus cum multis martyribus sepulti dormiunt. Et iuxta eandem viam Tertuliani est basilica, ubi ipse cum multis martyribus iacet. Ecclesia quoque S.Eugeniae iuxta eam viam est, ubi ipsa cum matre sua in uno tumulo iacet: ibi s.Stephanus papa cum toto clero suo numero XXVIII martyres, ibi s.Nemeseus, s.Olimpius, s.Simpronius, s.Theodolus, s.Superius, s.Obloteris, s.Tiburticanus martyres sunt sepulti (et eadem via ecclesia est s.Stephani protomartyris *ad.)*.

9. Iuxta viam Appiam in orientali parte civitatis ecclesia est s.Suteris martyris, ubi ipsa cum multis martyribus iacet, et iuxta eandem viam ecclesia est s.Syxti papae, ubi ipse dormit. Ibi quoque et Cecilia virgo pausat, et ibi s.Tarsicius et s.Ceferinus in uno tumulo iacent, et ibi s.Eusebius et s.Zolocerus et s.Parthenius per se singuli iacent et DCCC martyres ibidem requiescunt. Inde haud procul in coemeterio Calisti Cornelius et Cyprianus in ecclesia dormiunt. (Et n altera spelunca s.Calocerus diaconus *add.*)

los siete; San Demetrio, y en una sepultura 362 (ó 365, bajo el altar mayor). Por la misma vía se va también a la iglesia de San Miguel en el séptimo miliario de la urbe.

5. Junto a la vía Nomentana está San Nicomedes, y junto a la misma vía la basílica de Santa Inés, de admirable hermosura, en donde yace su cuerpo, y allí muy cerca su hermana Emerenciana en otra basílica duerme. Allí también descansa en una singular iglesia Constancia, hija de Constantino; y San Alejandro, San Félix, San Papías, San Víctor y otros muchos allí duermen.

6. Junto a la vía Tiburtina (cerca el muro de la ciudad está la iglesia de San Jenaro obispo y mártir, y en la misma vía) hay la iglesia de San Agapito, muy honorable para los cuerpos de los mártires. Y cerca de la misma vía está la iglesia mayor de San Lorenzo, en la cual fué enterrado primeramente su cuerpo, y allí una nueva basílica de admirable belleza, en donde él descansa. Allí también bajo el mismo altar está depuesto San Abundio, y fuera en el pórtico hay una piedra, que en un tiempo pendía de su cuello [cuando estaba] metido en el pozo; allí Herenio, Julián, Primitivo, Tacteo, Nemesio, Eugenio, Justino, Crescenciano, Romano están sepultados, y Santa Ciriaca, Santa Sinforosa y Justina con muchos mártires están sepultos. De allí hacia la parte boreal, arriba en el monte, está la basílica de San Hipólito, en donde yace él con toda su familia, dieciocho mártires. Hay la cárcel en que estuvo Lorenzo. Allí está Trifonia, la esposa de Decio César y Cirila su hija; entre ambas, Concordia y San Ginés, y muchos mártires allí están.

7. Junto a la vía Labicana está la iglesia de Santa Elena, en donde descansa su cuerpo. Ahí duermen estos santos: Pedro, Marcelino, Tiburcio, los treinta Santos soldados, Gorgonio, Genuino, Máximo, los Cuatro Coronados, esto es, Claudio, Nicóstrato, Semproniano, Castorio, Simplicio; allí, y en criptas bajo tierra, yacen sepultados innumerable multitud de mártires (pero junto a la vía Prenestina, al lado del acueducto, está la iglesia de San Saturnino, obispo y mártir, y de San Cástulo, cuyos cuerpos están sepultos lejos bajo tierra, *add.*)

8. Junto a la vía Latina está la iglesia de San Gordiano, en donde en una sepultura (yace) con el hermano Epímaco. Allí también Cuarto y Quinto: allí también Sulpicio y Serviliano y Santa Sofía y Trofino con muchos mártires duermen sepultos. Y junto a la misma vía está la basílica de Tertuliano, en donde él yace con muchos mártires. Asimismo la iglesia de Santa Eugenia está junto a la misma vía, en donde ella yace en un túmulo con su madre: allí San Esteban papa con todo su clero en número de veintiocho mártires; allí San Nemesio, San Superio, San Obloterio, San Tiburticano mártires están sepultados (y en la misma vía está la iglesia de San Esteban protomártir).

9. Junto a la vía Apia, en la puerta oriental de la ciudad, está la iglesia de Santa Soteres mártir, en donde yace con muchos mártires, y junto a la misma vía está la iglesia de San Sixto papa, en donde él duerme. Allí también reposa Cecilia virgen y allí San Tarsicio y San Ceferino yacen en un túmulo, y allí San Eusebio y San Calocero y San Partenio yacen cada uno por sí, y allí mismo descansan ochocientos mártires. De allí no lejos, en el cementerio de Calixto, Cornelio y Cipriano duermen en una iglesia. (Y en otra gruta San Calocero diácono.)

Iuxta eandem viam quoque ecclesia est multorum sanctorum, id est Ianuarii, qui fits de septem filiis Felicitatis maior natu. Urbani, Agapiti, Felicissimi, Cyrini, Zenonis, fratris Valentini, Tiburtii, Valeriani (et Maximi *ad.*), et multi martyres i, requiescunt. Et iuxta eandem viam ecclesia est s.Sebastiani martyris ubi ipse dormit, ubi sunt sepulturae apostolorum in quibus XL annos quieverunt. Ibi quoque et Cyrinus martyr est sepultus.

10. Iuxta viam Ardeatinam ecclesia est s.Petronellae; ibi quoque s.Nereus et s.Achilleus sunt et ipsa Petronella sepulti. Et prope eandem viam s.Damasus papa depositus est et soror eius Martha. Et in alia basilica non longe Marcus et Marcellianus sunt honorati, et adhuc in alia ecclesia alius Marcus cum Marcellino in honore habetur.

11. In parte australi civitatis viam Ostensen Paulus apostolus corpore pausat et Timotheus episcopus et martyr, de quo meminit liber Silvestri, ibidem dormit, et ante fontem eiusdem basilicae oratorium est Stephani martyris. Lapis ibi, quo lapidatus est Stephanus, super altare est positus.

Inde haud procul in meridiem monasterium est aquae Salviae, ubi caput Anastasii est, et locus ubi decollatus est Paulus. Prope quoque basilicae Pauli ecclesia s.Teclae est, ubi ipsa corpore iacet.

Et non longe inde ecclesia s.Felicis est, ubi ipse dormit, cum quo, quando ad coelum migravit, pariter properabat Adauctus, et ambo requiescunt in uno loco. Ibi quoque et Nomeseus martyr cum plurimis iacet.

12. Iuxta viam vero Portuensem, quae et ipsa in occidentali parte civitatis est, s.Abdon et s.Sennes, scsque. Milex et s.Vincentius, s.Polion, s.Iulius, s.Pymeon, s.Felix, s.Simplicius, s.Faustinus, s.Beatricis dormiunt.

13. Inde haud procul in sinistra manu iuxta viam Aureliam s.Processus, s.Marti[ni]anus, s.Pancratius, s.Paulinus, s.Arthemius, s.Felix, s.Calistus, s.Calopus cum multis sepulti iacent.

14. Primum Petrus in parte occidentali civitatis iuxta viam Corneliam ad miliarium primum in corpore requiescit, et pontificalis ordo, excepto numero pauco, in eodem loco in tumbis propriis requiescit. Ibi quoque iuxta eandem viam sedes est apostolorum et mensa et recubitus eorum de marmore facta usque hodie apparet. Mensa quoque, modo altare, quam Petrus manibus suis fecit, ibidem

Iuxta eandem quoque viam s.Rufina, s.Secunda, s.Maria, s.Marius s.Ambacu, s.Audafax et alli quam plurimi sancti iacent.

III. Notitia portarum, viarum, ecclesiarum circa urbem Romam

1. Intra urbem in monte Coelio sunt martyres Ioannes et Paulus in sua domo quae facta est ecclesia post eorum martyrium, et Crespinus et Crespinianus et s.Benedicta. In eodem monte est ecclesia s.Stephani protomartyris, et ibi reconditi sunt martyres Primus et

Junto a la misma vía hay también una iglesia de muchos santos, a saber, de Jenaro, que fué uno de los siete hijos de Felicidad, el mayor de edad, Urbano, Agapito, Felicísimo, Quirino, Zenón, hermano de Valentino; Tiburcio, Valeriano (y Máximo) y muchos mártires allí descansan. Y junto a la misma vía hay la iglesia de San Sebastián mártir en donde el duerme, donde están las sepulturas de los apóstoles, en las que descansaron cuarenta años. Allí también está sepulto Quirino.

10. Junto a la vía Ardeatina está la iglesia de Santa Petronila, allí también San Nemesio y San Aquileo están con la misma Petronila sepultos. Y cerca de la misma vía está depuesto San Dámaso papa y su hermana Marta. Y en otra basílica no lejos son venerados Marco y Marceliano, y aun en otra iglesia es tenido en honor otro Marco con Marcelino.

11. En la parte austral, junto a la vía Ostiense, reposa en cuerpo Pablo apóstol y Timoteo obispo y mártir, de quien recuerda el libro de Silvestre que allí duerme, y delante de la (fachada) frontal de la misma basílica hay el oratorio de San Esteban mártir. Una piedra con que fué lapidado Esteban allí puesta sobre el altar.

De allí no lejos, al mediodía, está el monasterio de Aqua Salvia, en donde está la cabeza de San Anastasio, y el lugar en que fué decapitado Pablo. Cerca también de la basílica de San Pablo está la iglesia de Santa Tecla, en donde yace su cuerpo.

Y no lejos de allí está la iglesia de San Félix, en donde él duerme, con el cual, cuando partía para el cielo, le seguía al mismo tiempo Adaucto, y ambos descansan en un lóculo. Allí también yace Nemesio con muchísimos.

12. Junto a la vía Portuense, que está en la parte occidental de la ciudad, San Abdón y San Senén, San Milex y San Vicente, San Polión, San Julio, San Pimenio, San Félix, San Simplicio, San Faustino, Santa Beatriz duermen.

13. De allí no lejos, a mano izquierda, junto a la vía Aurelia, San Proceso, San Marti[ni]ano, San Pancracio, San Paulino, San Artemio, San Félix, San Calixto, San Calepodio con muchos yacen sepultos.

14. Primeramente Pedro en la parte occidental de la ciudad, junto a la vía Aurelia, al primer miliario descansa en cuerpo, y el orden pontifical, exceptuados pocos en número, descansan en el mismo lugar en tumbas propias. Allí también junto a la misma vía está la silla de los apóstoles y la mesa y el lecho de mármol aparecen hoy. También la mesa, hoy altar, que hizo Pedro con sus manos allí.

Y junto a la misma vía Santa Rufina, Santa Secunda, Santa María, San Mario, San Abacuc, San Audifax y otros muchísimos santos descansan.

III. Noticia de las puertas, vías e iglesias de Roma

1. Dentro de la ciudad, en el monte Celio, están los mártires Juan y Pablo en su casa, que fué convertida en iglesia después de su martirio, y Crispino y Crispiniano y Santa Benedicta. En el mismo monte está la iglesia de San Esteban protomártir, y allí fueron escon

Felicianus; in monte Aventino s.Bonifatius et in monte Nola s.Taciana, pausant.

2. Secunda porta Flaminea quae modo appellatur s.Valentini, et Flaminea via, et cum ad pontem Molbium pervenit vocatur via Ravennana quia ad Ravennam ducit. Ibi in primo miliario foris s.Valentinus in sua ecclesia requiescit.

3. Tertia porta Porticiana *(lege* Pinciana) et via eodem modo appellata, sed cum pervenit ad Salariam nomen perdit; et ibi prope in eo loco qui dicitur «cucumeris» requiescunt martyres Festus Iohannes, Liberalis, Diogenes, Blastus, Lucina, et in uno sepulcro CCLX *(al.* CCXXXX) et in altero XXX. Quarta porta et via Salaria, quae modo s.Silvestri dicitur. Ibi iuxta viam s.Hermes requiescit et s.Vasella et Protus et Iacinctus, Maximilianus, Herculanus, Crispus, et in altero loco prope requiescunt sancti martyres Pamphilus et Quirinus LXX gradibus in imo terrae.

4. Deinde basilica s.Felicitatis ubi requiescit illa et Silanus filius eius et non longe Bonifatius martyr. Ibidem in altera ecclesia sunt Crisantus et Daria et Saturninus et Maurus et Iason et mater eorum Hilaria et alii innumerabiles. Et in altera basilica s.Alexander, Vitalis, Martialis filii s.Felicitatis. Et sanctae VII virgines Saturnina, Hilarina, Dominanda, Rogantina, Serotina, Paulina, Donata. Deinde basilica s.Silvestri ubi iacet marmoreo tumulo coopertus et martyres Caelestinus, Philippus et Felix et ibidem martyres CCCLXV in uno sepulcro requiescunt, et prope Paulus et Crescentianus, Prisca et Semetrius, Praxedis, Potentiana pausant.

5. Quinta porta Numentana. Ibi s.Nicomedes presbyter et martyr, itemque via eodem modo dicitur. Iuxta viam s.Agnetis et ecclesia et corpus, in altera ecclesia s.Emerentiana et martyres Alexander, Felix, Papias. In septimo milliario eiusdem viae s.papa Alexander cum Eventio et Theodulo pausant.

6. Sexta porta et via Tiburtina, quae modo dicitur s.Laurentii; iuxta hanc viam iacet s.Laurentius in sua ecclesia et Habundus martyr. Et ibi prope in altera ecclesia pausant hi martyres, Ciriaca, Romanus, Iustinus, Crescentianus, et ibi non longe Ippolitus vel basilica s Ippoliti ubi ipse cum familia sua pausat, id est XVIII (al. XXVIII). Et ibi requiescunt beata Triphonia uxor Decii et filia eius Cirilla et Concordia nutrix eius. Et in altera parte viae illius est ecclesia *(al.* basilica) Agapiti martyris.

7. Septima porta modo Maior dicitur, olim Sirucrana *(al.* Siracusana, *lege* Sessoriana) dicebatur et via Lavicana dicitur, quae ad beatam Helenam tendit. Ibi sunt prope Petrus, Marcellinus, Tiburtius, Geminus, Gorgonius et quadraginta milites et alii innumerabiles, et non longe sancti quatuor Coronati.

8. Octava porta s.Ioannis quae apud antiquos Aseramica *(lege* Asinaria) dicebatur. Nona porta Metrosa *(lege* Metrovia) dicitur et coram istis ambabus via Latina iacet. Decima porta et via Latina dicitur. Iuxta eam requiescunt in una ecclesia martyres Gordianus et Epimacus, Sulpitius, Servilianus, Quintus, Quartus, Sophia, Tryphenus, et ibi prope in alio loco Tertullinus et non longe ecclesia beatae Eugeniae, in qua iacet et Claudia mater eius, et Stephanus papa cum clero suo numero XIX et Nemesius diaconus.

9. Undecima porta et via dicitur Appia. Ibi requiescunt s.Sebastianus et Quirinus et olim ibi requieverunt apostolorum corpora. Et paulo propius Romam sunt martyres Ianuarius, Urbanus, Xenon,

didos los mártires Primo y Feliciano; en el monte Aventino, San Bonifacio y, en el monte Nola, Santa Taciana reposan.

2. La segunda puerta, la Flamínea, que ahora se llama de San Valentino, y vía Flamínea, y, cuando llega al puente Milvio, se llama vía Raveniana porque lleva a Rávena. Allí en el primer miliario descansa San Valentín en su iglesia.

3. La tercera puerta, la Pinciana y la vía llamada del mismo modo, pero cuando llega a la Salaria pierde el nombre; y allí cerca, en el lugar que se dice «cucumeris» (calabaza) descansan los mártires Festo, Juan, Liberal, Diógenes, Blasto, Lucina y, en un sepulcro, doscientos sesenta, y en otro, treinta.

La cuarta puerta y vía Salaria, que ahora se llama de San Silvestre. Allí junto a la vía descansa San Hermes y Santa Basilia y Proto y Jacinto, Maximiliano, Herculano, Crispo, y en otro lugar cerca descansan los santos mártires Pánfilo y Quirino, setenta escalones al fondo de la tierra.

4. Después de la basílica de Santa Felicidad, en donde descansa Silano, su hijo, y no lejos Bonifacio mártir. Allí mismo en otra basílica San Alejandro, Vital, Marcial, hijos de Santa Felicidad, y las siete santas vírgenes Saturnina, Hilarina, Dominanda, Rogantina, Serotina, Paulina, Donata. Después la basílica de San Silvestre, en donde yace cubierto en túmulo marmóreo, y los mártires Celestino, Felipe y Félix, y allí mismo descansan en un sepulcro trescientos sesenta y cinco mártires, y cerca reposan Paulo y Crescenciano, Prisca y Semetrio, Práxedes, Pudenciana.

5. Quinta puerta la Nomentana. Allí San Nicomedes presbítero y mártir, y la vía se llama lo mismo (Nomentana). Junto a la vía, la iglesia y el cuerpo de Santa Inés; en otra iglesia Santa Emerenciana y los mártires Alejandro, Félix, Papías. En el séptimo miliario de la misma vía reposa San Alejandro papa con Evencio y Teódulo.

6. La sexta puerta y vía la Tiburtina, que ahora se dice de San Lorenzo; junto a esta vía yace San Lorenzo en su iglesia y Abundio mártir. Y allí cerca en otra iglesia reposan estos mártires: Ciriaca, Romano, Justino, Crescenciano, y allí no lejos Hipólito o la basílica de San Hipólito, en donde él reposa con su familia, esto es, dieciocho. Y allí descansan la beata Trifonia, mujer de Decio, y su hija Cirila y su ama Concordia. Y en otra parte de aquella vía está la iglesia de Agapito mártir.

7. La séptima puerta se dice ahora Mayor, antiguamente se llamaba Sesoriana, y la vía se dice Labicana, que se dirige a Santa Elena. Allí están cerca Pedro, Marcelino, Tiburcio, Gémino, Gorgonio y los Cuarenta Soldados y otros innumerables, y no lejos los santos Cuatro Coronados.

8. La octava puerta de San Juan, que los antiguos llamaban Asinaria. La novena puerta se dice Metrovia y frente a ambas puertas se extiende la vía Latina. La décima puerta y vía se dice Latina. Junto a ella descansan en una iglesia los mártires Gordiano y Epimaco, Sulpicio, Serviliano, Quinto, Cuarto, Sofía, Trifeno, y allí cerca, en otro lugar, Tertuliano, y no lejos la iglesia de Santa Eugenia, en la cual yace Claudia su madre, y Esteban papa con su clero, en número de diecinueve, y Nemesio diácono.

9. La novena puerta y vía se dice Apia. Allí descansan San Sebastián y Quirino, y en otro tiempo descansaron allí los cuerpos de los apóstoles. Y un poco más cerca de Roma están los mártires Jenaro

Quirinus, Agapitus, Felicissimus. Et in altera ecclesia s.Tiburtius, Valerianus, Maximus, nec longe ecclesia s.Ceciliae martyris, et ibi reconditi sunt Stephanus, Sixtus, Zefferinus, Eusebius, Melchiades, Marcellus, Eutichianus, Dionysius, Antheros, Pontianus, Lucius papa, Optatus, Iulianus, Calocerus, Parthenius, Tharsitius, Policamus, *al.* Politanus) martyres. Ibidem ecclesia s.Cornelii et corpus. Et in altera ecclesia sancta Sotheris, et non longe pausant martyres Hippolitus, Adrianus, Eusebius, Maria, Paulina, Valeria, Marcellus; et prope papa Marcus in sua ecclesia.

10. Inter viam Appiam et Ostiensem est via Ardeatina, ubi sunt Marcus et Marcellianus, et ibi iacet Damasus papa in sua ecclesia. Et non longe s.Petronilla et Nereus et Achilleus et alii plures.

11. Duodecima porta et via Ostiensis (*al.* Ostensa) dicitur, modo s.Pauli vocatur, quia iuxta eam requiescit in ecclesia sua. Ibidemque Thimotheus martyr et non longe in ecclesia s.Teclae sunt martyres Felix et Adauctus et Nemesius. In aqua salvia est caput Anastasii martyris.

12. Tertiadecima porta Portuensis dicitur et via. Ibi prope sunt martyres Felix, Alexander, Addon et Sennes, Symeon, Anastasius, Polion, Vincentius, Milex, Candida et Innocentia.

13. Quartodecima porta et via Aurelia, quae modo porta s.Pancratii martyris dicitur, quod iuxta eam requiescit in sua ecclesia, et alii martyres Paulinus, Arthemius, s.Sapientia cum tribus filiabus Fide, Spe, Charitate. In altera ecclesia Processus et Martinianus, et in tertia Felices duo, et in quarta s.Calixtus et Calepodius, et in quinta, s.Basilides duodecimo milliario.

14. Prima porta Cornelia, quae modo porta s.Petri et via Cornelia. Iuxta eam ecclesia beati Petri sita est, in qua corpus eius iacet, auro et lapidibus parata. Etenim nullus hominum scit numerum sanctorum martyrum qui in eadem ecclesia pausant. In eadem via ecclesia altera in qua requiescunt sanctae virgines Rufina et Secunda. In tertia ecclesia sunt Marius et Martha et Audifax et Abacuc filii eorum.

IV. Topographia Einsiedlensis

2. Via Flaminea foris murum, in dextera s.Valentini, in sinistra Tiberis.

3. In via Pinciana extra civitatem in (sin.) s.Basilisse, s.Proti et Iacinthi, s.Hermetis, in dextera s.Pamphili, s.Ioannis caput.

4. In via Salaria extra civitatem, in (sin.) s.Saturnini; in dextera s.Felicitatis cum septem filiis.

5. In via Nomentana foris murum, in sin. s.Agnes; in dextera s.Nicomedis.

6. In via Tiburtina foris murum, in sin. s.Ypoliti, in dext. s.Laurentii.

7. In via Praenestina foris murum, in dextera forma Claudiana, im sinistra s.Helena, s.Marcellinus et Petrus.

8. In via Latina extra civitatem, in sinistra oratorium s.Mariae, s.Gordiani; in dextera s.Ianuarii, oratorium s.Sixti, s.Eugenia, ad s.Theodorum.

Urbano, Zenón, Quirino, Agapito, Felicísimo. Y en otra iglesia Tiburcio, Valeriano, Máximo, no lejos de la iglesia de Santa Cecilia mártir; y allí están recónditos Esteban, Sixto, Ceferino, Eusebio, Marcelo, Eutiquiano, Dionisio, Antero, Ponciano, Lucio papa, Optato, Julián, Calocero, Partenio, Tarsicio, Politano mártires. Allí mismo, la iglesia de San Cornelio y el cuerpo, y en otra iglesia Santa Soteres, y no lejos reposan los mártires Hipólito, Adriano, Eusebio, María, Marta, Paulina, Valeria, Marcelo; y cerca el papa Marco en su iglesia.

10. Entre la vía Apia y la Ostiense está la vía Ardeatina, en donde están Marco y Marceliano, y allí yace Dámaso papa en su iglesia. Y no lejos Santa Petronila y Nereo y Aquileo y otros muchos.

11. La duodécima puerta y vía se dice Ostiense, ahora se llama puerta de San Pablo, porque junto a ella descansa en su iglesia. Allí mismo Timoteo mártir, y no lejos, en la iglesia de Santa Tecla, están los mártires Félix y Adaucto y Nemesio. En Aqua Salvia está la cabeza de Anastasio mártir.

12. La décimotercera puerta y vía se dice Portuense. Allí cerca en una iglesia están los mártires Félix, Abdón y Senén, Simeón, Anastasio, Polión, Vicente, Miles, Cándida e Inocencia.

13. La décimocuarta puerta y vía la Aurelia, que ahora se dice puerta de San Pancracio mártir, quien descansa junto a ella en su iglesia, y otros mártires Paulino, Artemio, Santa Sapiencia con tres hijas, Fe, Esperanza, Caridad. En otra iglesia Proceso y Martiniano, y en una tercera los dos Felices, y en la cuarta San Calixto y Calepodio, y en la quinta San Basílides en el miliario duodécimo.

14. La primera puerta la Cornelia, ahora puerta de San Pedro y vía Cornelia. Junto a ella está situada la iglesia de San Pedro, en la cual yace en cuerpo, decorada con oro y piedras. Pues nadie sabe el número de santos mártires que reposan en la misma iglesia. En la misma vía otra iglesia, en la cual descansan las santas vírgenes Rufina y Secunda. En una tercera iglesia están Mario y Marta, y Audifax y Abacuc, hijos suyos.

IV. Topografía de Einsiedeln

2. En la vía Flamínea, fuera del muro: en la diestra, San Valentín; a la izquierda, el Tíber.

3. En la vía Pinciana, fuera de la ciudad: a izquierda, Santa Basilisa, San Proto y Jacinto, San Hermes; a la diestra, San Pánfilo, la «cabeza de San Juan».

En la vía Pincia, Pánfilo, Basilisa, Proto, Jacinto, Hermes, «ubi Dominus caecum illuminavit», arco, muro.

4. En la vía Salaria fuera de la ciudad: a (izquierda), San Saturnino; a diestra, Santa Felicidad con los siete hijos.

5. En la vía Nomentana, fuera del muro: a izquierda, Santa Inés; a diestra, San Nicomedes.

6. En la vía Tiburtina, fuera del muro: a izquierda, San Hipólito; a diestra, San Lorenzo.

7. En la vía Prenestina, fuera del muro: a diestra, la forma Claudiana; a izquierda, Santa Elena, San Marcelino y Pedro.

8. En la vía Latina, fuera de la ciudad: a izquierda, el oratorio de Santa María, San Gordiano; a la derecha, San Jenaro, oratorio de San Sixto, Santa Eugenia, a San Teodoro.

9. In eadem via (Appia) extra civitatem, in sinistra ad s.Ianuarium, ubi Syxtus martyrizatus est, s.Eugenia, ad s.Theodorum. In dextera, s.Petronella, Nerei et Achillei, Marci et Marcelliani, ad s.Soterum, s.Cornelii, Xisti, Faviani, Antheros et Miltiadis, ad s.Sebastianum.

10. In via Appia, in dextera s.Petronella, Nerei et Achillei, Marci et Marcelliani, ad s.Soterum.

11. Inde (a monte Aventino et balneo Mercurii) ad portam Ostensis; inde per porticum usque ad ecclesiam Mennae, et de Menna usque ad s.Paulum apostolum. Inde ad s.Felicem et Adauctum et Emerita.

13. In via Aurelia extra civitatem, (in sin.) s.Pancratii, in dextera Processi et Martiniani.

V. Vita Hadriani I

(Excerpta)

3. Basilicam coemeterii ss.martyrum Hermetis, Proti et Hyacinthi atque Basillae mirae magnitudinis innovavit.

4. Coemeterium s.Felicitatis via Salaria una cum ecclesiis s.Silvani martyris et s.Bonifacii confessoris atque pontificis uno coherentes solo mirae restauravit magnitudinis. Sed et basilicam s.Saturnini in praedicta via Salaria positam una cum coem. ss.Chrisanthi et Dariae renovavit atque coemeterium s.Hilariae innovavit.

Immo et coem. Iordanorum, videlicet ss.Alexandri et Vitalis et Martialis martyrum, seu septem Virginum a novo restauravit. Pariter in eadem via Salaria coem. s.Silvestri confessoris atque pontificis aliorumque sanctorum multorum in ruinis positum renovavit.

5. Ecclesiam beatae Agnetis martyris seu basilicam beatae Emerentianae, pariter et ecclesiam beati Nicomedis, sitam foris portam Numentanam... quae a priscis marcuerant temporibus, a novo renovavit.

6. Basilicam S.Laurentii martyris, ubi sanctum eius corpus requiescit, annexam basilicae maiori, quam dudum ipse praesul construxerat, ultro citroque a novo restauravit. Immo et ecclesiam s.Stephani iuxta eam sitam, ubi corpus s.Leonis episcopi et martyris quiescit similiter undique renovavit una cum coemeterio beatae Cyriacae seu adcensum eius.—Coemeterium beati Hyppoliti martyris iuxta s. Laurentium ... a novo renovavit.

7. Coemeterium beatorum Petri et Marcellini via Lavicana iuxta basilicam beatae Helenae renovavit in tectum eius, id est, s.Tiburti, et eorumdem sanctorum Petri et Marcellini noviter fecit, et gradus eius, qui descendunt ad eorum sacratissima corpora, noviter fecit, quoniam nullus erat iam descensus ad ipsa sancta corpora.

8. Basilicam s.Eugeniae tam intus quam foris a novo restauravit. Simili modo et basilicam s.Gordiani atque Epimachi, seu coemeterium eiusdem ecclesiae, Simplicii et Serviliani, atque Quarti et Quinti martyrum, et beatae Sophiae una cum coemeterio s.Tertullini foris portam latinam a novo integrum renovavit.

9. Ecclesiam apostolorum foris portam Appiam milliario tertio in loco qui appellant catacumbas, ubi corpus beati Sebastiani martyris

9. En la misma vía (Apia), fuera de la ciudad: a la izquierda, a San Jenaro, en donde Sixto fué martirizado, Santa Eugenia, a San Teodoro. A la derecha, Santa Petronila, Nereo y Aquileo, Marco y Marceliano, a Santa Soteres, San Cornelio, Sixto, Fabiano, Antero y Milcíades, a San Sebastián.

10. En la vía Apia: a la derecha, Santa Petronila, Nereo y Aquileo, Marco y Marceliano, a San Sotero.

11. Desde ahí (desde el Monte Aventino y baño de Mercurio) a la puerta Ostiense hasta la iglesia de San Menas, y de Menas hasta a San Pablo apóstol. Desde ahí a San Félix y Adaucto y Emérita.

12. En la vía Portuense, fuera de la ciudad: a la derecha, Abdón y Senén.

13. En la vía Aurelia, fuera de la ciudad: (a izquierda), San Pancracio; a la derecha, Proceso y Martiniano.

V. Vida de Adriano I

(EXTRACTOS)

3. Innovó la basílica del cementerio de los mártires Hermes, Proto y Jacinto y la basílica de Basila, de admirable majestad.

4. Restauró en la vía Salaria el cementerio de Santa Felicidad a una con las iglesias de San Silvano mártir y San Bonifacio confesor y pontífice, coherentes en una de admirable majestad.

Más aún, restauró el cementerio de los Jordanes, esto es, de los Santos Alejandro, Vital y Marcial mártires, y de las siete Vírgenes. Asimismo, en la misma vía Salaria, renovó el cementerio puesto en ruinas de San Silvestre, confesor y pontífice, y de otros muchos santos.

5. Arregló la iglesia de la beata Inés mártir y la basílica de la beata Emerenciana, e igualmente la iglesia del beato Nicomedes, situada fuera de la puerta Nomentana... que se había deslucido de tiempos antiguos.

6. Restauró una y otra vez la basílica de San Lorenzo, en donde descansa su cuerpo, aneja a la basílica mayor, que construyera un tiempo el mismo prelado. Aún más, también renovó por todas partes la iglesia de San Esteban, situada cerca de aquélla, en donde reposa el cuerpo de San León obispo y mártir, y asimismo el cementerio de Santa Ciriaca o su descenso.—Renovó del todo ... el cementerio del beato Hipólito mártir junto a San Lorenzo.

7. Renovó el cementerio de los beatos Pedro y Marcelino en la vía Labicana junto a la iglesia de la beata Elena en su techo, esto es, la de San Tiburcio y de los mismos Santos Pedro y Marcelino hizo de nuevo, y los escalones que bajan a sus santísimos cuerpos, porque ya no existía ningún descenso a los mismos santos cuerpos.

8. Restauró, tanto por dentro como por fuera, la basílica de Santa Eugenia. De igual modo renovó de nuevo íntegramente la basílica de San Gordiano y Epímaco, y el cementerio de la misma iglesia de Simplicio y Serviliano, y Cuarto y Quinto mártires, y de la beata Sofía, a una con el cementerio de San Tertuliano.

9. Renovó del todo la iglesia puesta en ruinas de los apóstoles fuera de la puerta Apia al tercer miliario, en el lugar que llaman

cum aliis quiescit, in ruinis praeventam a novo renovavit.—Ecclesiam beati Tiburtii et Valeriani atque Maximi, seu basilicam s.Zenonis una cum coemeterio ss.Urbani pontificis, Felicissimi et Agapiti atque Ianuarii et Cyrini martyrum foris portam Appiam una coherentes loco, quae ex priscis marcuerant temporibus, a novo restauravit.

12. Ecclesiam s.Felicis positam foris portam Portuensem a novo restauravit. Simulque et basilicam ss.Abdon et Sennen atque beatae Candidae una cum ceteris sanctorum coemeteriis in idipsum pariter renovavit.

13. Basilicam beati Pancratii martyris nimia vetustate dirutam atque ruinis praeventam in integrum a novo nimio decore una cum monasterio s.Victoris ibidem sito restauravit.

VI. Notula de oleo sanctorum martyrum qui Romae in corpore requiescunt, id est:

AMPULLAE	INDEX OLEORUM
1. Scs.Ys ... Ion. scs. Iohannis et Paulus.	1. Scorum. Iohannis et Pauli.
3. Sca.Felicitas cum [. . scs.Bonifa[tius, scs.Hermis, scs. Protus . . . scs.Crispus, scs. Herculanus.	3. Sce.Felicitatis cum septem filios suos sci.Bonifati, sci. Hermitis, sci.Proti, sci.Iacynti, sci.Maximiliani, scs. Crispus, scs.Herculanus, scs Bauso, sca.Basilla.
Scs.Systus, scs.Liberalis, scs. Blastro et multa milia s[. . .[alii CXXII et alii XLV [...[.	Sci. Iohannis, sci. Liberalis sce.Lucine, sci.Blastro et multorum scorum, sed et alii sancti, id est CCXII in unum locum et alii CXXII et alii XLVI, quos omnes Iustinus, prb. colliga sci. Laurenti martyris sepelivit.
4. Sedis ubi prius sedit scs. Petrus ex oleo sci.Vitalis, scs.Alexander, scs.Martialis, scs.Marcellus, sci.Silvestri, sci.Felicis, sci.Filippi et aliorum multorum scorum.	4. Oleo de sede ubi prius sedit scs.Petrus, sci.Vitalis, sci. Alexandri, sci.Martialis, scs. Marcellus, sci.Silvestri, sci. Felicis, sci.Filippi, et aliorum multorum scor.
sci.Grisantis, scsque Darias, scs.Maurus, scs.Iason et alii sci.multa milia, sci.Saturnini et sc[s . . . T]ipinio.	sci.Grisanti, sce.Dariae, sci. Mauri, sci.Iason et alii sci. multa milia, sci.Saturnini, sci.[Ti]pinionis.
	5. Sce.Agnetis et aliorum multorum martyrum.

catacumbas, en donde descansa el cuerpo de San Sebastián con otros.— Restauró de nuevo la iglesia del beato Tiburcio y Valeriano y Máximo y la basílica de Zenón, al mismo tiempo que el cementerio de los Santos Urbano pontífice, Felicísimo y Agapito y Jenaro y Quirino, situadas en un mismo lugar, que se habían deslucido por el tiempo.

12. Restauró de nuevo la iglesia de San Félix puesta fuera de la puerta Portuense. Al mismo tiempo renovó también la basílica de los Santos Abdón y Senén, y de la beata Cándida a una con los demás cementerios de santos también renovó.

13. Restauró íntegramente y con gran decoro la basílica del beato Pancracio mártir, destruída por demasiada antigüedad y ya ruinosa, al mismo tiempo que el monasterio de San Víctor, situado allí mismo.

VI. Nótula de los óleos de los santos mártires que descansan, en cuerpo, en Roma, esto es:

1. San Is. ., San Juan y Paulo.

3. Santa Felicidad con . . . San Bonifacio, San Hermes, San Proto . . . San Crispo, San Herculano.

San Sixto, San Liberal, San Blastro, y muchos miles . . . otros 122 y otros 45 . . .

4. De la sede donde se sentó primero San Pedro, del óleo de San Vital, San Alejandro, San Marcial, San Marcelo, San Silvestre, San Félix, San Felipe y de otros muchos santos.

De San Crisanto, Santa Daría, San Mauro, San Jasón y de otros muchos miles de santos, de San Saturnino y San . . . Tipinio.

3. De Santa Felicidad con sus siete hijos, San Bonifacio, San Hermes, San Proto, San Jacinto, San Maximiliano, San Crispo, San Herculano, San Bauso, Santa Basila.

San Juan, San Liberal, Santa Lucina, San Blastro y muchos santos, y también de otros santos, esto es 212 en un lugar y otros 122 y otros 46, los cuales sepultó Justino presbítero, colega de San Lorenzo.

4. Del óleo de la sede en donde primero se sentó San Pedro, de San Vital, San Alejandro, San Marcial, San Marcelo, San Silvestre, San Félix, San Felipe y otros muchos santos.

De San Crisanto, Santa Daría, San Mauro, San Jasón, y de otros muchos miles de santos, de San Saturnino, San Tipinión.

5. De Santa Inés y de otros muchos mártires.

9. . . . sce.Sapientiae, sce.Spei, sce.Fides, sce.Caritatis, sce. Ceciliae, sci.Tarsicii, sci.Cornelii et multa milia sanctorum.

Sci.Sebastiani, scs.Eutycius, scs.Quirinus, scs.Valerianus, scs.Tiburtius, scs.Maximus, scs.Urbanus, scs.Ianuarius.

10. + Sca.Petronila, scs.Nereus, scs.Acilleus, scs.Damasus, scs.Marcelinus, scs.Marcus.

13. Sci.Laurenti, sci.Artemi, sca. Sofia [cum] tres filias suas, sca.Paulina, sca.Lucina, sci. Processi, sci.Martiniani.

Scs.Desiderius.

Sci.Y[. . .]tion.

6. Sci.Systi, sci.Laurenti, sci Yppoliti.

9. Sce.Sotheris, sce.Sapientiae, sce.Spei, sce.Fides, sce.Caritatis, sce.Ceciliae, sci.Tarsisi, csi.Cornelii et multa milia sanctorum.

Sci.Sebastiani, sci.Eutycii, sci.Quirini, sci.Valeriani, sci Tiburti, sci.Maximi, sci.Orbani, sci.Ianuari.

10. Sce.Petronillae, filiae sci.Petri apostoli, sci.Nerei, sci. Damasi, sci.Marcelliani, sci. Acillei, sci.Marci.

11. Sci.Pauli apostoli.

13. Sci.Pancrati, sci.Arthemi, sce.Sofiae cum tres filias suas, sce.Paulinae, sce.Lucinae, sci.Processi, sci.Martiniani.

14. Sci.Petri apostoli.

Quas olea sca.temporibus domni Gregorii papae adduxit Iohannis indignus ac peccator donme Theodelindae reginae de Roma.

9. . . . de Santa Sapiencia, Santa Esperanza, Santa Fe, Santa Caridad, Santa Cecilia, San Tarsicio, San Cornelio y de muchos miles de santos.

De San Sebastián, San Eutiquio, San Quirino, San Valeriano, San Tiburcio, San Máximo, San Urbano, San Jenaro.

10. Santa Petronila, San Nereo, San Aquileo, San Dámaso, San Marcelino, San Marco.

13. De San Lorenzo, San Artemio, Santa Sofía con las tres hijas, Santa Paulina, Santa Lucina, San Proceso, San Martiniano.

San Desiderio.

De San I . . tion.

6. De San Sixto, San Lorenzo, San Hipólito.

9. De Santa Soteres, Santa Sapiencia, Santa Esperanza, Santa Fe, Santa Caridad, Santa Cecilia, San Tarsicio San Cornelio y de muchos miles de santos.

De San Sebastián, San Eutiquio, San Quirino, San Valeriano, San Tiburcio, San Máximo, San Urbano, San Jenaro.

10. Santa Petronila, hija de San Pedro apóstol; San Nereo, San Dámaso, San Marceliano, San Aquileo, San Marco.

11. San Pablo apóstol.

13. San Pancracio, San Artemio, Santa Sofía con sus tres hijas, Santa Paulina, Santa Lucina, San Proceso, San Martiniano.

14. San Pedro apóstol.

Los cuales santos óleos en tiempos de San Gregorio papa trajo Juan, indigno presbítero y pecador, a la señora reina pecador a la señora reina Teodolinda.

VII. «Index coemeteriorum» del «Liber mirabilium urbis Romae»

1. Coemeterium ad Ursum pileatum ad s.Bibianam.
3. Coem. s.Hermetis et Domitillae.
Coem. s.Marcelli via Salaria vetere (del libro de Benedicto Canonici).
4. Coemeterium Priscillae. Coemeterium ad clivum cucumeris (fuera de lugar). Coemeterium ad s.Saturninum. Coemeterium s.Felicitatis.
5. Coemeterium sanctae Agnetis. Coemeterium fontis Petri.
6. Coemeterium in agro Verano ad s.Laurentium.
7. Coemeterium inter duas lauros ad s.Helenam.
8. Coemeterium Gordiani foris portam Latinam.
9. Coemeterium Calisti iuxta Catacumbas.
Coemeterium Praetextati inter portam Appiam ... ad s.Apollinarem.
10. Coemeterium Balbinae via Ardeatina.
Coemeterium Iordanorum, Nerei et Achillei via Ardeatina.
11. Coemcterium s.Cyriaci via Ostiensi.
Coemeterium Innocentium ad s.Paulum (del libro de Benedicto Canonici).
12. Coemeterium Ursi ad Portensam.
Coemeterium s.Felicis via Portuensi.
13. Coemeterium Calepodii ad s.Pancratium.
Coemeterium s.Agathae ad girulum.
Coemeterium Iulii via Aurelia (del libro de Benedicto Canonici).

VIII. «Index coemeteriorum» del códice 1554 de la laurenziana de Florencia

3. Cim. ad septem palumbas ad caput sancti Iohannis in clivum cucumeris.
Cim. Basile ad sanctum Marcellinum et Petrum via Lavicana.
4. Cim. Priscille ad sanctum Silvestrum in via Salaria.
Cim. Iordanorum ad sanctum Alexandrum via Salaria.
Cim. Trasonis ad sanctum Saturninum via Salaria.
8. Cim. Aproniani ad sanctam Eugeniam via Latina.
9. Cim. Pretextati ad sanctum Ianuarium via Appia.
Cim. in Catacumbis ad sanctum Sebastianum via Appia.
Cim. sancti Calixti ad sanctum Xistum via Appia.
10. Cim. Domitille, Nerei et Achillei ad sanctam Petronillam via Ardeatina.
Cim. Balbine ad sanctum Marcum et Marcellianum via Ardeatina.
Cim. Basilei ad sanctum Marcum via Ardeatina.
11. Cim. Commodille ad sanctos Felices et Adauctum via Hostiensi.
12. Cim. ad m(e)phalatos ad sanctum Felicem via Portuensi.
Cim. Pontiani ad ursum pileatum Abdon et Sennen via Portuensi.
13. Cim. Calepodii ad sanctum Calixtum via Aurelia.

IX. «Index coemeteriorum» de la «Notitia regionum urbis Romae» (incompleto)

3. Coemeterium ad septem columbas ad caput s. Ioannis in clivum cucumeris.
   Coemeterium Basillae ad s.Hermen via Salaria.
4. Coemeterium Priscillae ad s.Silvestrum via Salaria.
   Coemeterium Thrasonis ad s.Saturninum via Salaria.
7. Coemeterium ad duas lauros ad ss.Petrum et Marcellinum via Labicana.
9. Coemeterium Praetextati ad s. Ianuarium via Appia.
   Coemeterium Catacumbas ad s.Sebastianum via Appia.
   Coemeterium Calixti ad s.Xystum via Appia.
10. Coemet. Domitillae, Nerei et Archillei ad s.Petronillam via Ardeatina.
    Coemeterium Balbinae ad s.Marcum via Ardeatina.
    Coemeterium Basilei ad s.Marcum [et Marcellianum].
    Coemeterium Damasi.
11. Coemeterium Commodillae ad S.Felicem et Adauctum via Ostiensi.
12. Coemeterium ad insalatos ad. s.Felicem via Portuensi.
    Coemeterium Pontiani ad ursum pileatum, Abdon et Sennen via Portuensi.
13. Coemeterium Calepodii ad s.Calixtum via Aurelia.

X. Depositio episcoporum

VI kal. ianuarias:	Dionisi, in Callisti.
III kal. ianuarias:	Felicis, in Callisti.
Prid. kal. ianuarias:	Silvestri, in Priscillae.
IIII idus ianuarias:	Miltiadis, in Callisti.
XVIII kal. febr.:	Marcellini, in Priscillae.
III non. mar.:	Luci, in Callisti.
X kal. mai.:	Gai, in Callisti.
IIII non. augustas:	Stephani, in Callisti.
VI kal. octob.:	Eusebii, in Callisti.
VI idus decemb.:	Eutychiani, in Callisti.
Non. octob.:	Marci, in Balbinae.
Prid. idus apr.:	Iuli, in via Aurelia miliario III, in Callisti.

XI. Item depositio martirum

VIIII kal. ian.: Natus Christus in Betleem Iudeae.

Mense ianuario:
IXII kal. feb.: Fabiani in Callisti et Sebastiani in Catacumbas.
XII kal. feb.: Agnetis in Nomentana.

Mense februario:
VIII kal. martias: Natale Petri de cathedra.

Mense martio:
Non. martias: Perpetuae et Felicitatis, Africae.

Mense maio:
XIIII kal. iun.: Partheni et Caloceri in Callisti, Diocletiano et Maximiano VIII.

Mense iunio:
III kal. iul.: Petri in Catacumbas et Pauli Ostense, Tusco et Basso cons. (a 258).

Mense iulio:
VI idus: Felicis et Filippi, et Priscillae et in Iordanorum, Martialis, Vitalis, Alexandri et in Maximi, Silani, hunc Silanum martyrem Novati[ani] furati sunt.
Et in Pretextatae, Ianuari.
III kal. aug.: Abdos et Semnes in Pontiani, quod est ad ursum piliatum.

Mense augusto:
VIII idus aug.: Xysti in Callisti et in Praetextati Agapiti et Felicissimi.

X. Deposición de los obispos

27 diciembre: De Dionisio, en el (cem.) de Calixto († a. 269).
30 diciembre: De Félix, en el de Calixto († a. 274).
31 diciembre: De Silvestre, en el de Priscila († a. 355).
10 enero: De Milciades, en el de Calixto († a. 314).
15 enero: De Marcelino, en el de Priscila († a. 304).
5 marzo: De Lucio, en el de Calixto († a. 255).
22 abril: De Gayo, en el de Calixto († a. 296).
2 agosto: De Esteban, en el de Calixto († a. 255).
26 septiembre: De Eusebio, en el de Calixto († a. 310-11).
8 diciembre: De Eutiquiano, en el de Calixto († a. 283).
7 octubre: De Marco, en el de Balbina († a. 336).
12 abril: De Julio, en la vía Aurelia al tercer miliario, en el de Calixto († a. 352).

XI. Deposición asimismo de los mártires

25 de diciembre: Nacimiento de Jesús en Belén de Judea.

En el mes de enero:
20 de enero: De Fabián en el de Calixto y de Sebastián en Catacumbas.

21 de enero: De Inés en la (vía) Nomentana.

En el mes de febrero:
22 de febrero: Celebración de la cátedra de Pedro.

En el mes de marzo:
7 de marzo: De Perpetua y Felicidad, en Africa.

En el mes de mayo:
19 de mayo: De Partenio y Calocero, en el de Calixto, siendo cónsules Diocleciano y Maximiano IX (a. 304).

En el mes de junio:
29 de junio: De Pedro en Catacumbas
y de Pablo en la Ostiense, cónsules Tusco y Basso (a. 258).

En el mes de julio:
10 de julio: De Félix y Felipe, en el de Priscila, y en el de Jordanes, de Marcial, Vital, Alejandro, y en el de Máximo, de Silvano.
A este Silvano robaron los Novacianos.
Y en el de Pretextato, de Jenaro.
30 de julio: De Abdón y Senén, en el de Ponciano, que está en "Ursum pileatum".

En el mes de agosto:
4 de agosto: De Sixto en el de Calixto, y de Agapito y Felicísimo en el de Pretextato.

VI idus aug.:	Secundi, Carpofori, Victorini et Severiani Albano, et Ostense VII ballistaria Cyriaci, Largi, Crescentiani, Memmiae, Iulianetis et Ixmaracdi.
IIII idus aug.:	Laurenti in Tiburtina.
Idus aug.:	Yppoliti in Tiburtina et Pontiani in Callisti.
XI kal. septembr.:	Timotei, Ostense.
V kal. sept.:	Hermetis in Basillae Salaria vetere.
Mense septembre:	
Non. sept.:	Aconti in Porto, et Nonni et Herculani et Taurini.
Non. sept.:	Gorgoni in Lavicana.
III idus sept.:	Proti et Iacinti, in Basillae.
XVIII kal. octob.:	Cypriani, Africae, Romae, celebratur in Callisti.
X kal. octob.:	Basillae, Salaria vetere, Diocletiano IX et Maximiano VIII consul.
Mense octobre:	
Prid. idus octob.:	Callisti in via Aurelia, miliario III.
Mense novembre:	
V idus nov.:	Clementis Semproniani Clavi Nicostrati in comitatum.
III kal. dec.:	Saturnini et Trasonis.
Mense decembre:	
Idus decem.:	Ariston in Pontum.

6 de agosto: De Segundo, Carpóforo, Victorino y Severiano, en Albano, y en la Ostiense, a las siete ballestas, de Ciriaco, Largo, Crescenciano, Memia, Julianeta y Esmaragdo.
10 de agosto: De Lorenzo, en la Tiburtina.
13 de agosto: De Hipólito, en la Tiburtina, y de Ponciano, en el de Calixto.
22 de agosto: De Timoteo, en la Ostiense.
28 de agosto: De Hermete, en el de Basila, en la Salaria vieja.

En el mes de septiembre:
5 de septiembre: De Aconcio, en Porto, y de Nono y Herculano y Taurino.
5 de septiembre: De Gorgonio, en la Labicana.
11 de septiembre: De Proto y Jacinto, en el de Basila.
14 de septiembre: De Cipriano, en Africa, en Roma se celebra en el de Calixto.
22 de septiembre: De Basila en la Salaria vieja, cónsules Diocleciano IX y Maximiano VIIII (a. 304)

En el mes de octubre:
14 de octubre: De Calixto, en la vía Aurelia, al tercer miliario.

En el mes de noviembre:
9 de noviembre: De Clemente, Semproniano, Claudio, Nicóstrato, en el condado.
29 de noviembre: De Saturnino, en el de Trasón.

En el mes de diciembre:
13 de diciembre: De Aristón, en el Ponto.

INDICE ALFABETICO
DE LOS CEMENTERIOS O CATACUMBAS

A. Por nombres de fundadores y topográficos

Ciriacae (via Tiburtina):
S. Laurenti.
Coemeterium maius = Ostriani.

Commodillae (via Ostiense):
SS. Felicis et Adaucti.

Damasi (via Ardeatina).

Domitillae (via Ardeatina):
S. Petronillae.
SS. Petronillae, Nerei et Achillei.

Ecclesia S. Zenonis (via Ostiense).

Fontis S. Petri = Ostriani.

In agro Verano = S. Laurentii.

In comitatu sive Quatuor Coronatorum (via Labicana).

Iordanorum (via Salaria nova):
S. Alexandri.
SS. Alexandri, Vitalis, Martialis et VII Virginum.

Iulii (via Portuense).

Iulii via Aurelia, de Calepodii.

Lucinae (via Aurelia):
SS. Processi et Martiniani.
S. Agathae ad girulum.
S. Callisti via Aurelia.
Iulii via Aurelia.

Maximi (via Salaria nova):
S. Felicitatis.

Memoria Petri (via Cornelia).

Novellae (Salaria nova).

Ostrianum, Ostriani (via Nomentana):
Coemeterium maius.
Ad nymphas S. Petri.
Fontis S. Petri.

Pontiani (via Portuense):
SS. Abdon et Sennen.

Praetextati (via Apia):
S. Ianuarii.
SS. Urbani, Felicissimi, Agapiti, Ianuarii et Quirini.
SS. Tiburtii, Valeriani et Maximi.

Priscillae (Salaria nova):
S. Silvestri.
S. Marcelli.

Quatuor Coronatorum, sive *In comitatu* (via Labicana).

Thrasonis (Salaria nova):
S. Saturnini.

B. Por nombres de santos en ellos venerados

SS. Abdon et Sennen, cf. Pontiani.
S. Achillei, cf. Domitillae.
S. Adaucti, cf. Commodilla.
S. Agapiti, cf. Praetextati.
S. Agathae ad girulum, cf. Lucinae.
S. Agnetis (via Nomentana).
S. Alexandri, cf. Iordanorum.
S. Anastasii, cf. Pontiani.
S. Callisti via Aurelia, cf. Calepodii.
S. Castuli (via Labicana).
Stae. Ceciliae, cf. Callisti.
SS. Chrysanthi et Dariae, crypta (Salaria nova).
S. Cornelii, cf. Callisti.
SS. Epimachi, Gordiani (via Latina).
Stae. Eugeniae, cf. Aproniani.
S. Felicis (via Portuense).
SS. Felicis et Adaucti, cf. Commodillae.
S. Felicis (via Aurelia).
S. Felicissimi, cf. Praetextati.
Stae. Felicitatis, cf. Maximi.
S. Gordiani et Epimachi (via Latina).
S. Gorgonii, cf. Ad duas lauros.
Stae. Helenae = Ad duas lauros.
S. Hermetis, cf. Basillae.
Stae. Hilariae, ecclesia (Salaria nova).
S. Hippolyti (via Tiburtina).
S. Hippolyti, cf. Callisti.
S. Hyacinthi, cf. Basillae.
S. Ianuarii, cf. Praetextati.
S. Innocentii papae, cf. Pontiani.
S. Laurentii, cf. Ciriacae.
S. Marcellini, cf. Ad duas lauros.
S. Marcelli, cf. Priscillae.
S. Marcelliani, cf. Basilei.
S. Marci, cf. Basilei.
S. Martialis, cf. Iordanorum.
S. Martiniani, cf. Lucinae.
S. Maximi, cf. Praetextati.
SS. Nerei et Achillei, cf. Domitillae.
N. Nicomedis (via Nomentana).
S. Pamphili, cf. Basillae.
S. Pancratii (via Aurelia).

A) Indice de siglas y abreviaturas

pac. = pace.
pc. = post consulatum.
pb. = presbyter.
pbb. = presbyteri.
pbr. = presbyter.
pl. m. = plus minus.
Pld. = Placidus.
pls. = plus 251.
pm. = plus minus.
pos. = post.
pp. = papae 183.
pp. = perpetuus, perpetui.
pp. = prefectorum 246.
pr. = primae.
pr. = pridie 220.
prb. = presbyter.
presb. = presbyter.
prid. = pridie.
proc. = procurator.
pue. = puella.

q. = qui, quae, etc.
q. = quiescit.
q. v. a. = qui vixit annis.

r. = regionis.
R. = romanus.
rec. = recessit.
reg. = regionis.
rerr. = resurget? 81

s. = sacra.
s. = sanctus, sancta, etc.
sac. = sacra.
sca., sce, sci. = sancta, sancte, sancti etc.
scorum. = sanctorum.
scs. = sanctus.
sclo. = saeculo = saeclo.
sd. = sub die.
sec. = secundae 196.
ser., serv. = servus.
sp. = spirita, spiritus.
spir. = spiritus.
ss. = suprascriptus.
ss. = sequentes.
subd. = subdiacomus.

tt. = tituli.
ttl. = tituli.

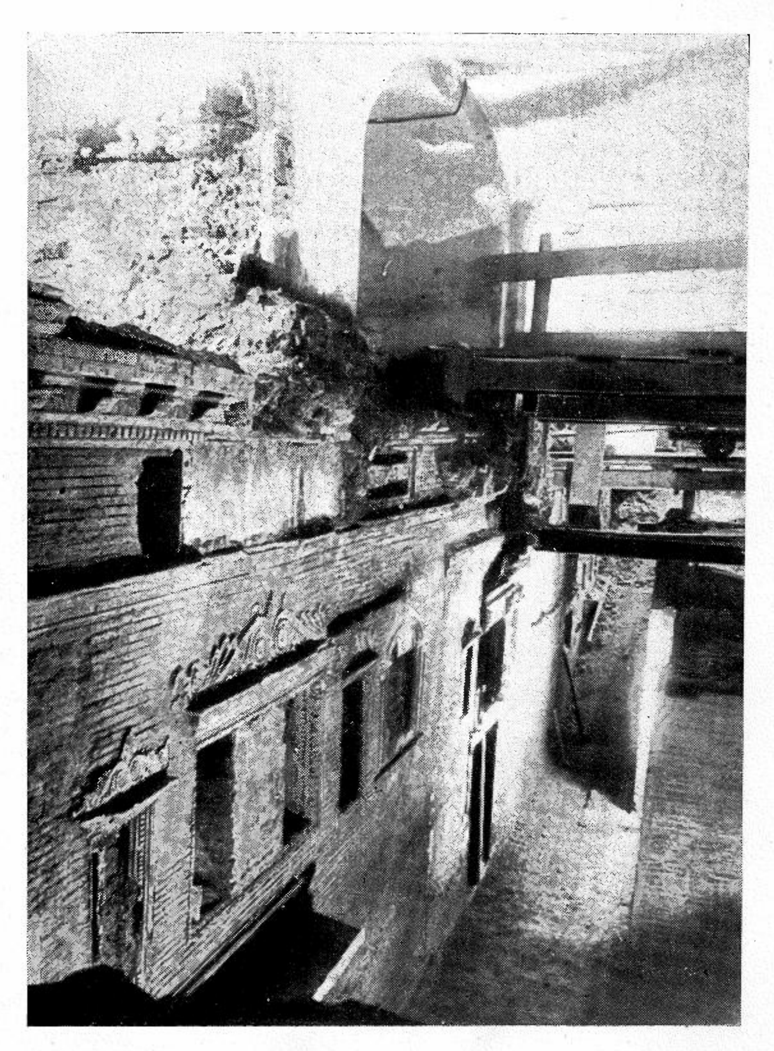
v. = virgo.
v. = vixit.
v. = vir.
v. c. = vir clariss.
v. d. = vir devot.
v. h. = vir honestus.
v. p. = vir perfectiss.
v. s. = vir spectabilis.
vg. = virgo.
vp. = v. p.
vs. = v. s.
vv. cc. = viris clarissimis.
vv. cc. cc. = viris clariss. consulibus.
vix. = vixit.
vixt. = vixit.

Xpe, Xpi, Xpo. = Christe, Christi, etc.

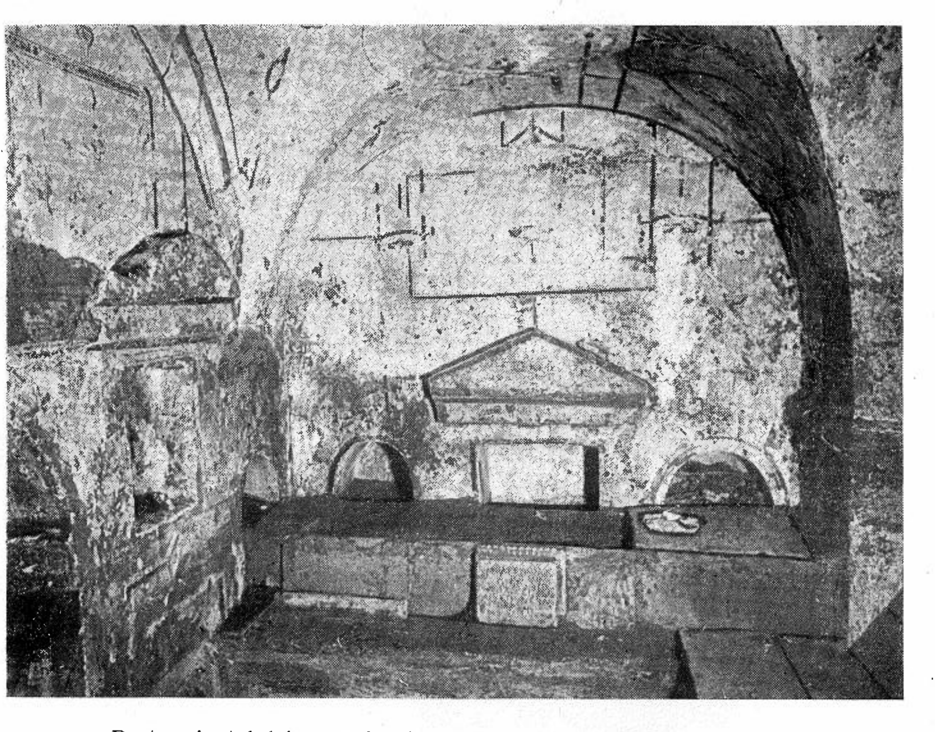
B) Indice de formas vulgares o raras

irus = idus 195.

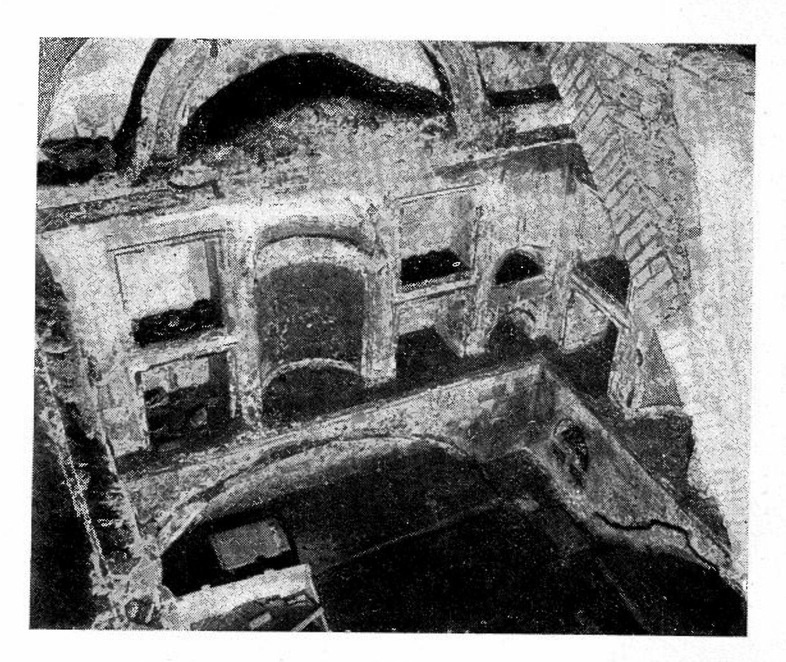
C) Indice de nombres propios



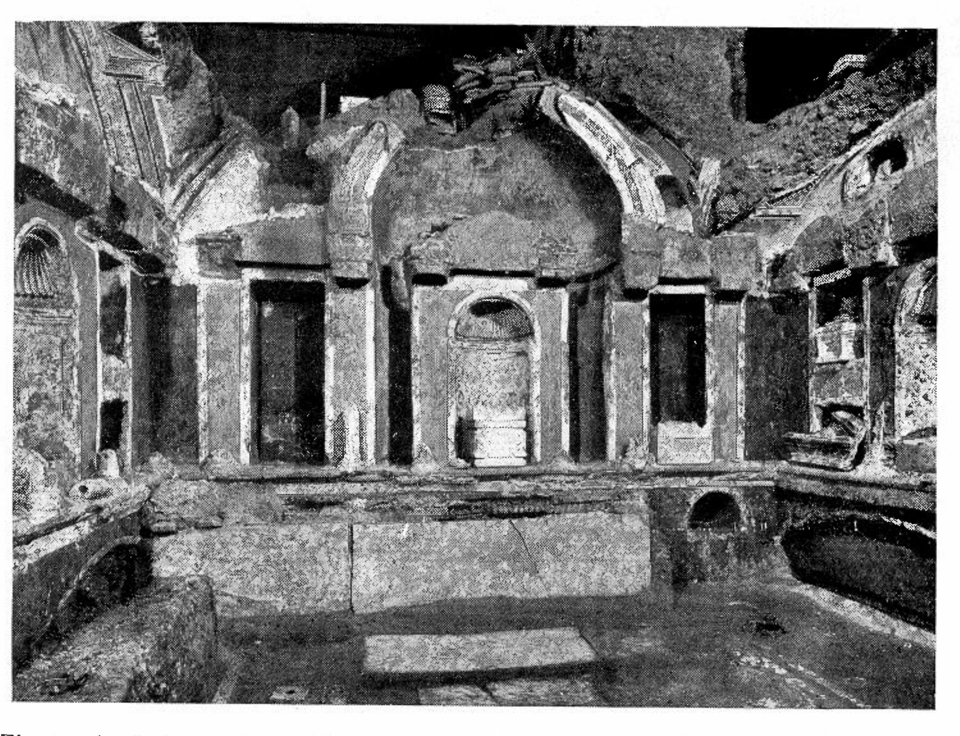
Las dos hileras de mausoleos debajo de las criptas vaticanas durante las excavaciones.



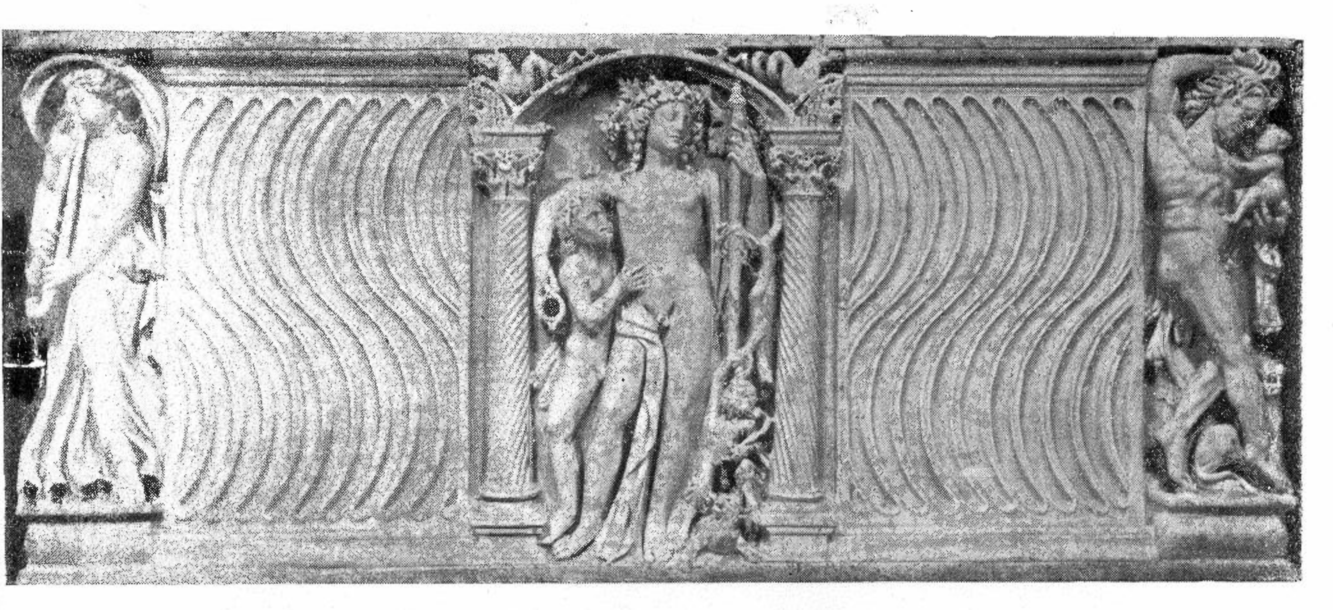
Parte oriental del mausoleo B con la tumba de Fannia Redempta.



Pared norte del mausoleo E de Aelius Tyrannus, vista desde lo alto.



El mausoleo F de los «Caetennii»; en el pavimento, la tumba cristiana de Aemilia Gorgonia.



El sarcófago de Marcius Hermes y su mujer, del mausoleo Φ



Vaso de onix usado como urna cineraria, del mausoleo E.



Sátiro danzante. Pared del fondo de un nicho del mausoleo H, de los Valerios.



Nicho central del mausoleo de los Valerios con dibujos y grafitos cristianos.

LAMINA 9

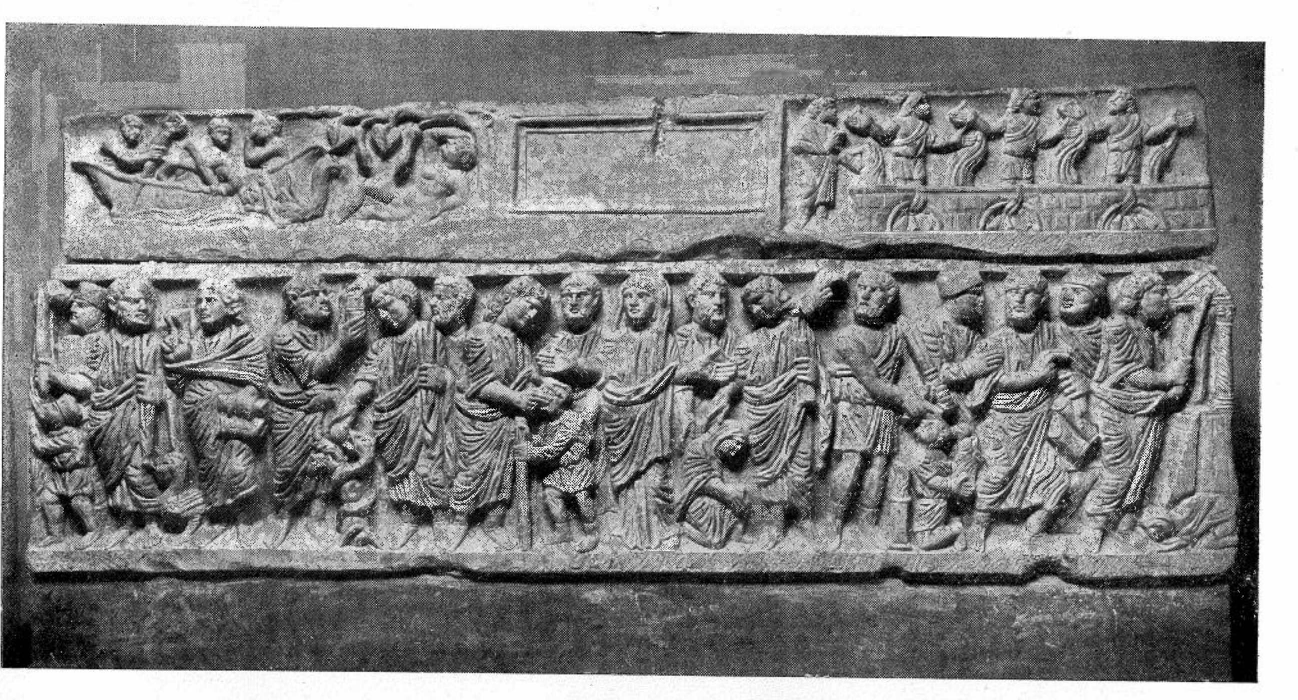


Cabeza de Cristo y de San Pedro del mausoleo de los Valerios.

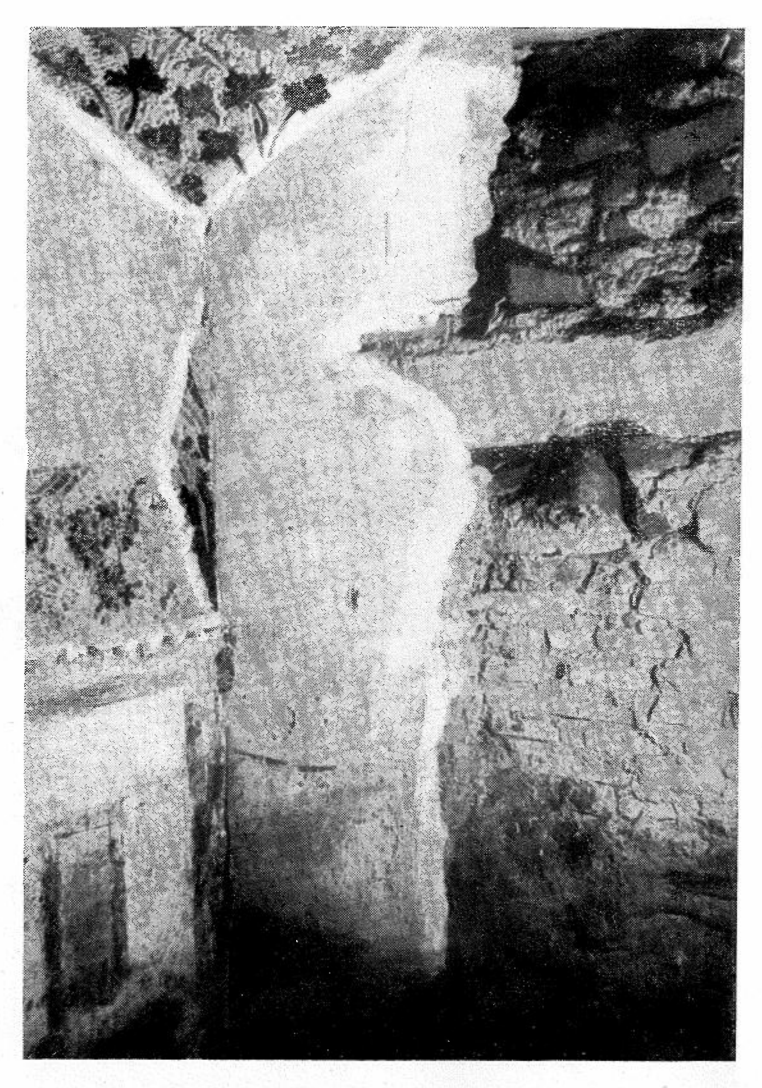


Pavimento en mosaico del mausoleo J: Hermes saca a Proserpina del Ades.

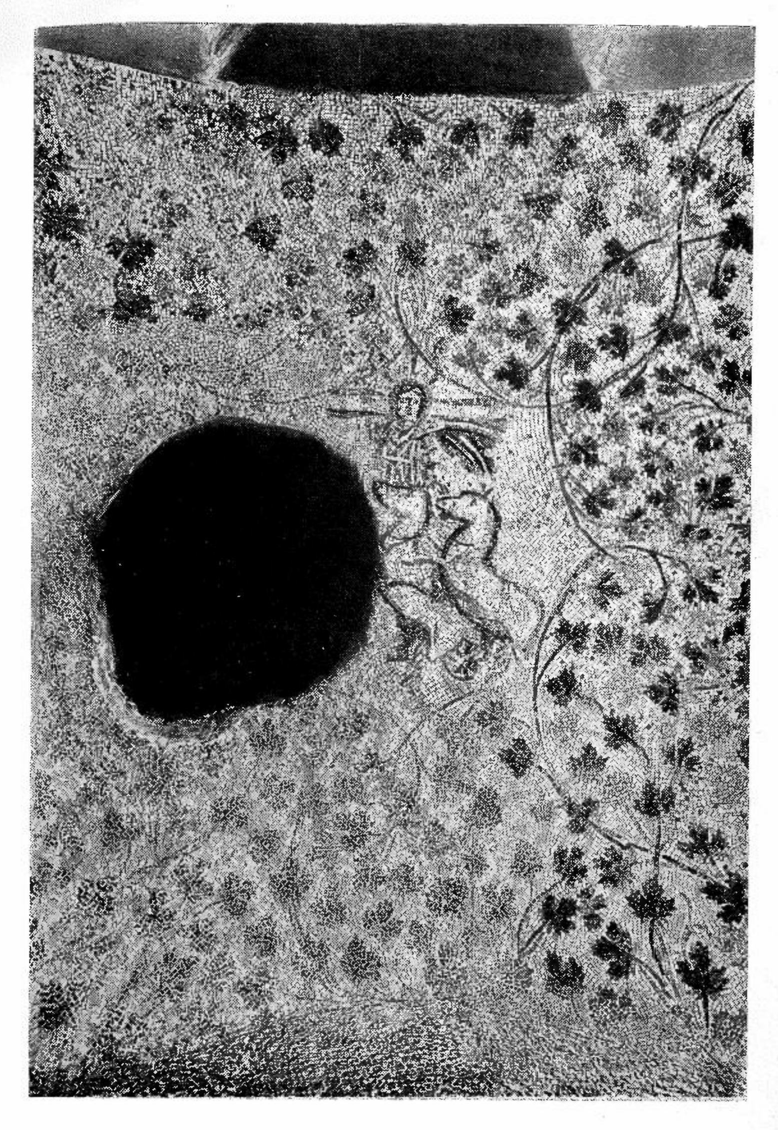
LAMINA II



Sarcófago con escenas de San Pedro, encontrado bajo el pavimento de la basílica constantiniana.



Angulo sudeste del mausoleo M, de los Julios, con la puerta de ingreso tapiada.



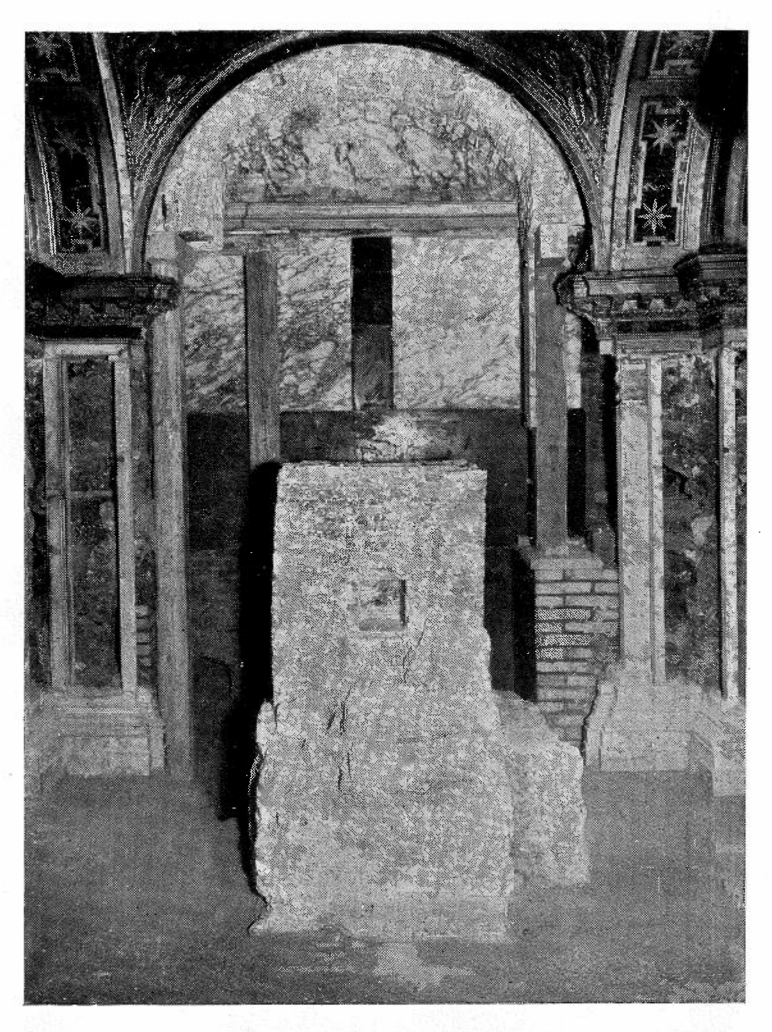
Mosaico de la bóveda del mausoleo M: Cristo-Helios circundado de vides



El título del mausoleo A con el testamento de Popilio.

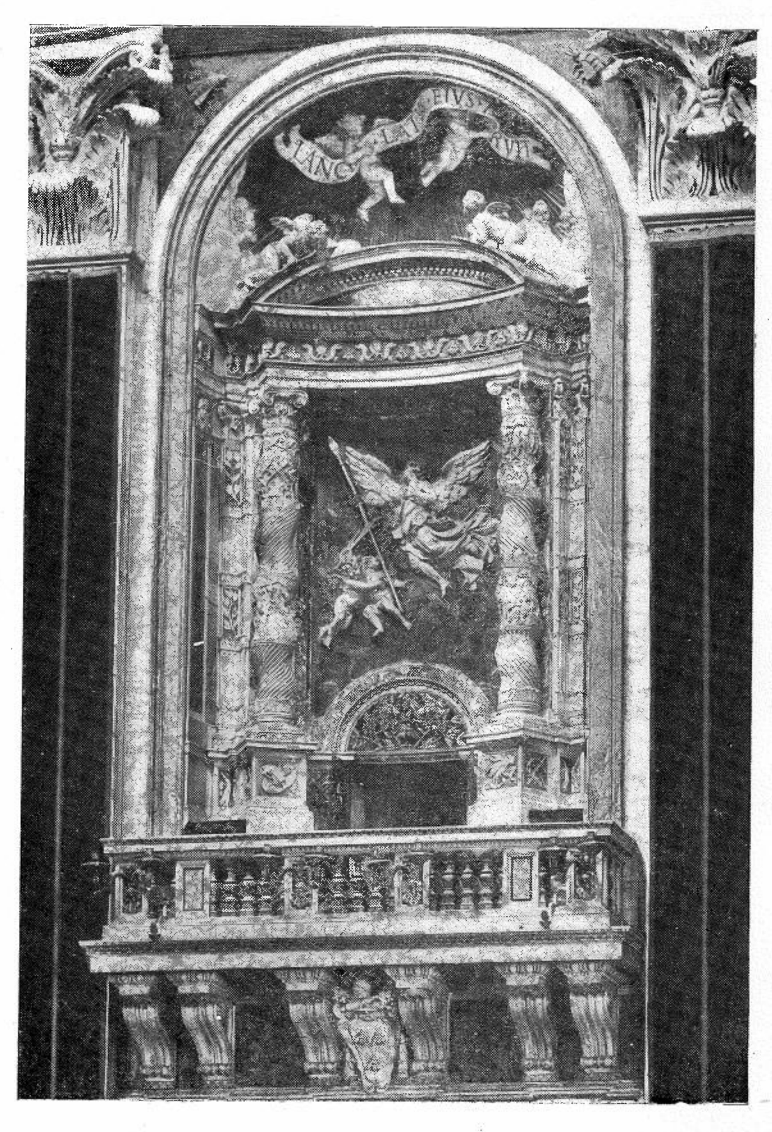


La pared del fondo de la capilla Clementina: delante, el altar liberado de los revestimientos modernos.



La pared del fondo de la capilla Clementina: delante, el altar liberado de los revestimientos medievales.

LAMINA 17



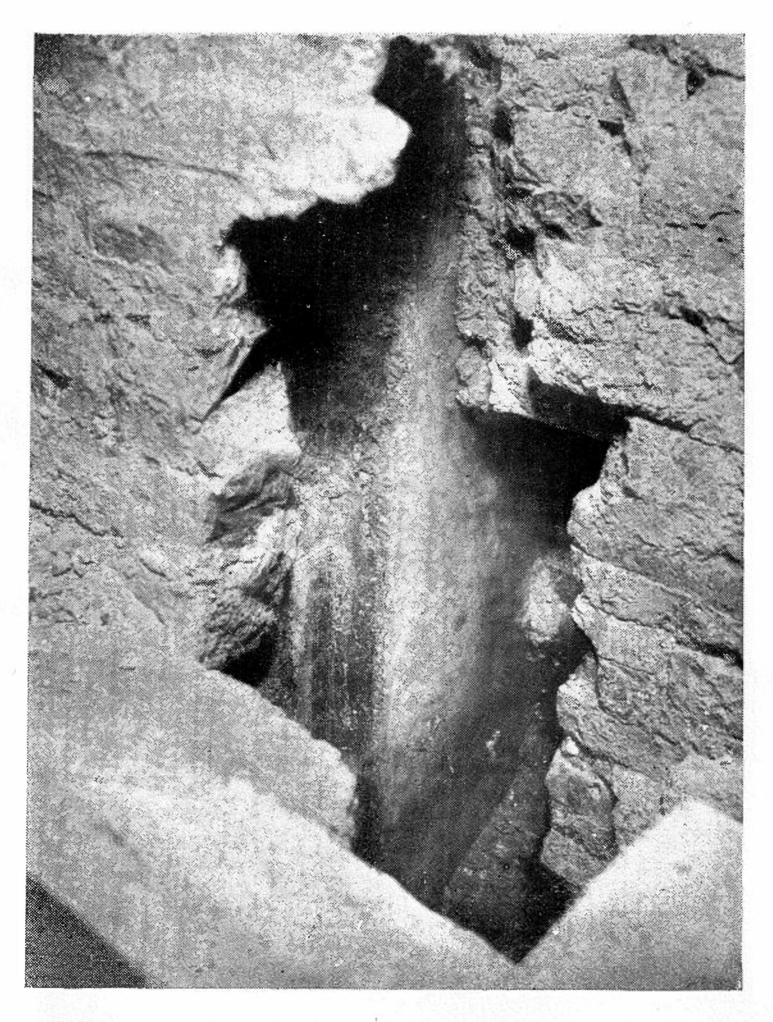
Columnas constantinianas del ciborio de San Pedro, reutilizadas por el Bernini.



Marfil de la cajita de Samagher con la figuración de la «confesión» constantiniana de San Pedro.



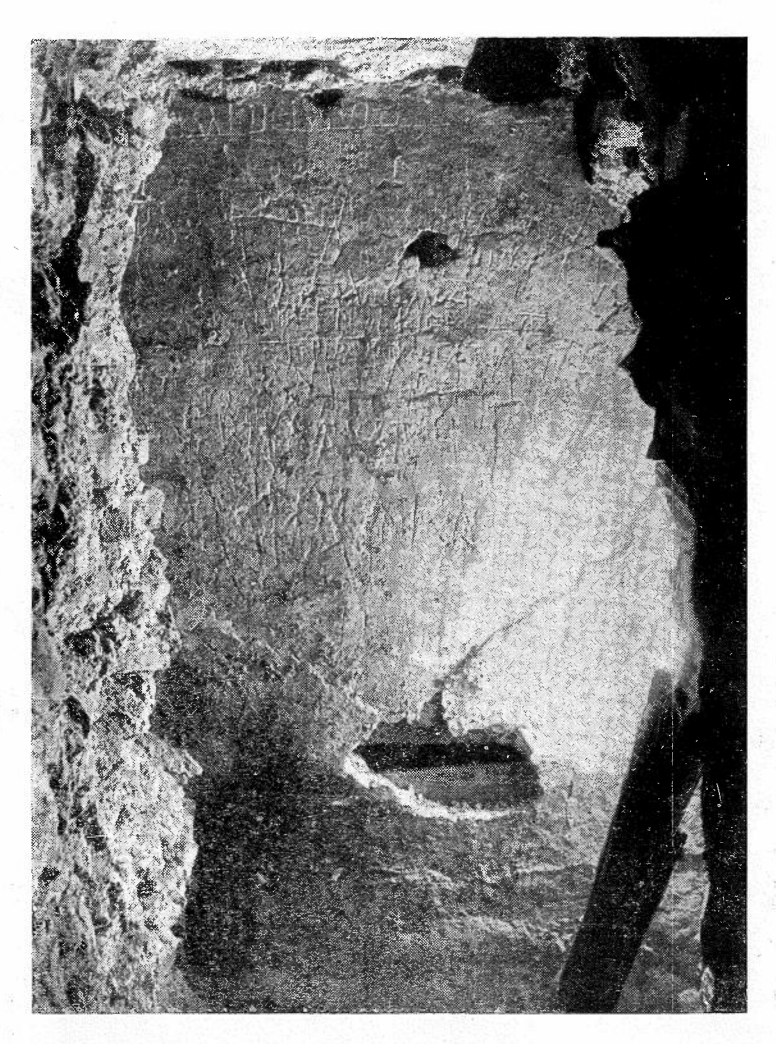
Abertura en el revestimiento marmóreo de la Memoria constantiniana, que muestra el muro rojo con restos de un nicho (a izquierda) del trofeo de Aniceto.



Abertura en el flanco meridional de la Memoria constantiniana, que muestra el muro rojo revestido de mármol blanco.

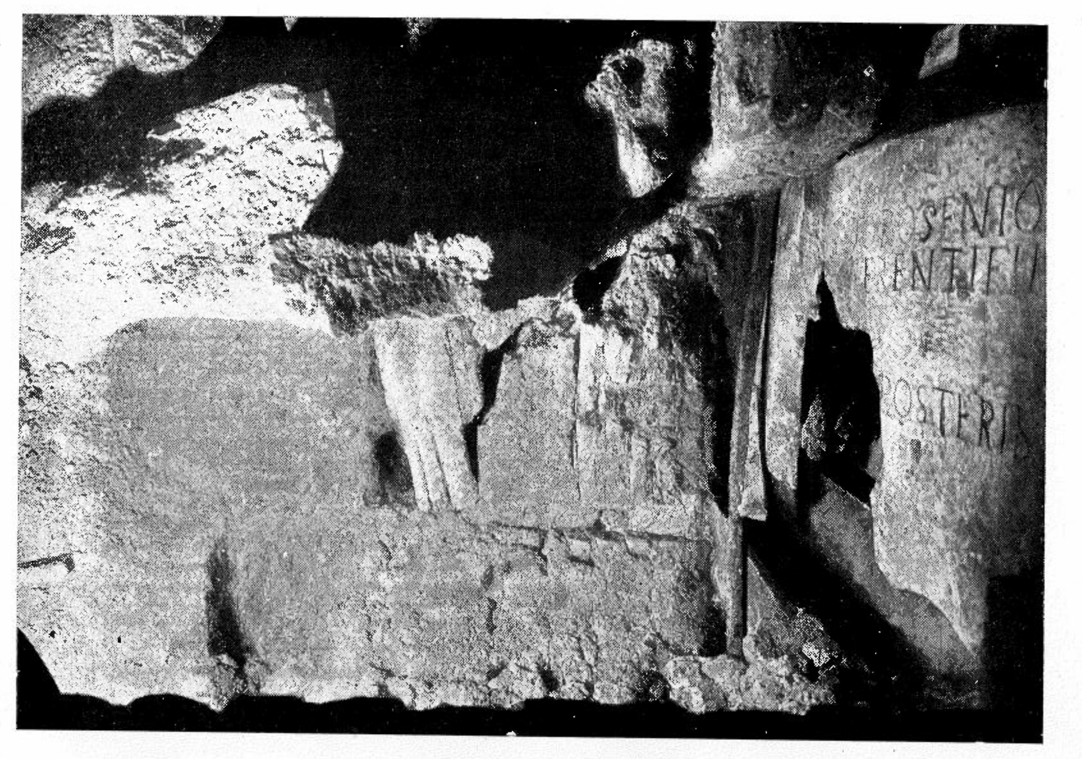


Columnita (al sur) del trofeo de Aniceto.

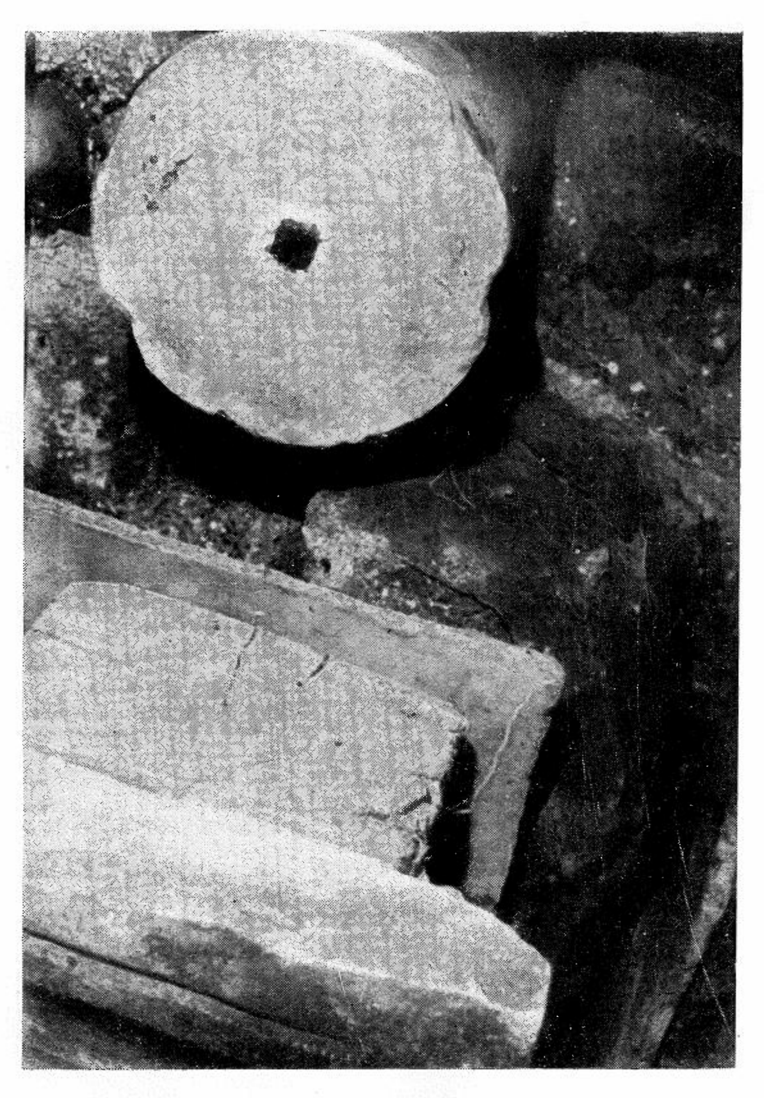


La pared con los grafitos cristianos.

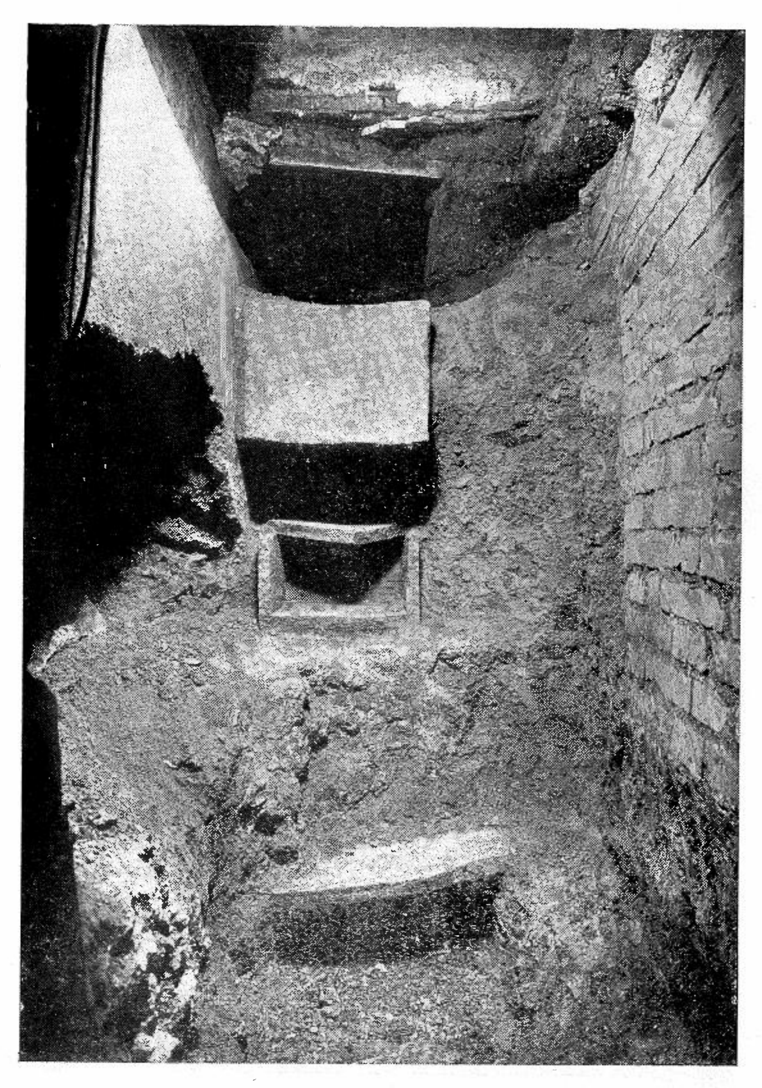
LAMINA 23



Interior subterráneo del trofeo del papa Aniceto visto hacia el sudoeste. A la diestra, el nicho subterráneo debajo del cual fueron encontrados los huesos. A través de la abertura, en lo alto, pasaban las monedas de los peregrinos.



La columnita (al norte) del trofeo de Aniceto, vista por debajo.



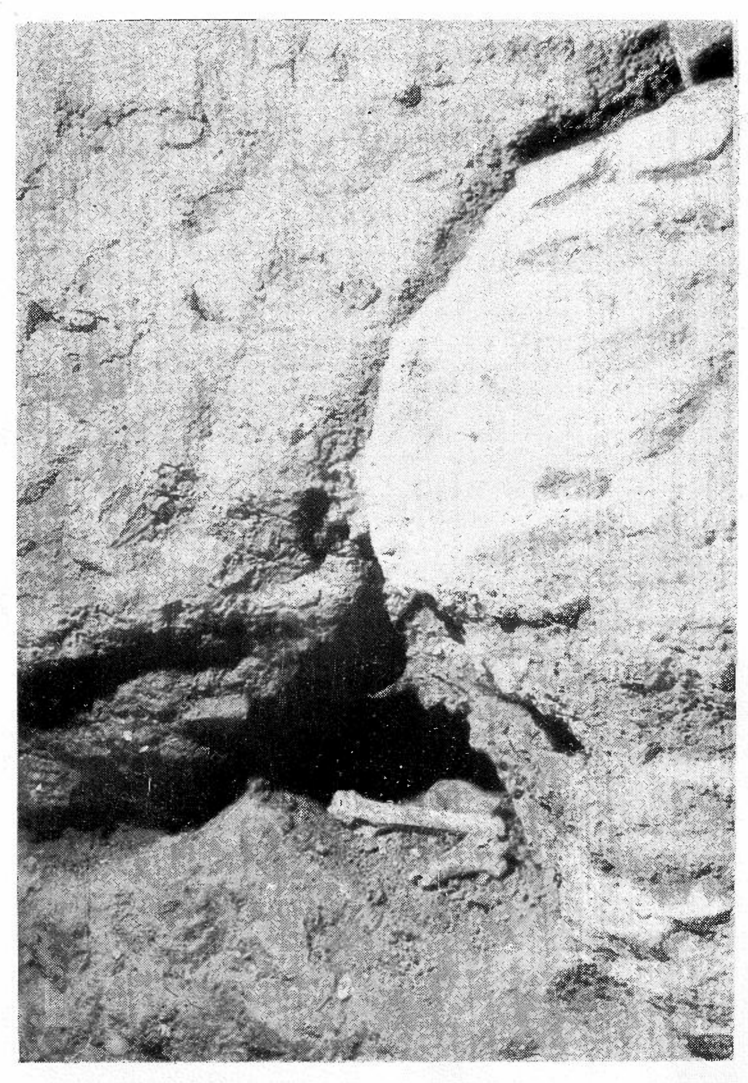
Las tumbas ι, κ, λ a lo largo del muro rojo (a izquierda).



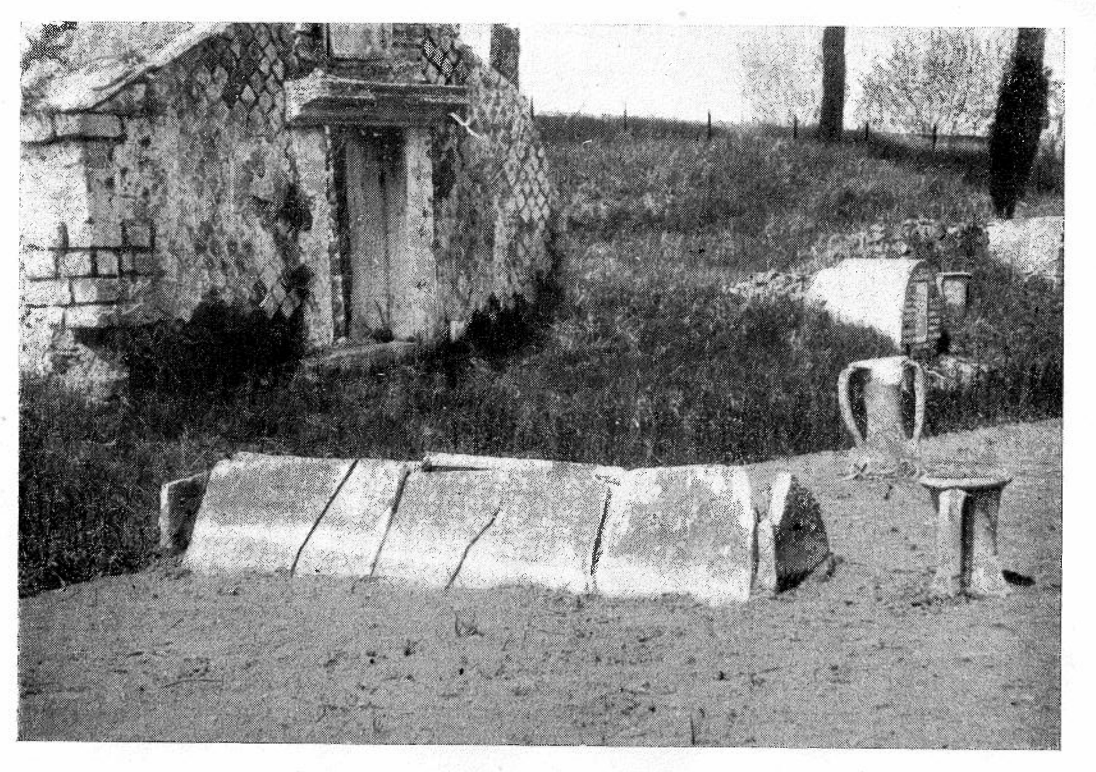
Particular de la tumba γ; en el centro, el tubo para las libaciones.



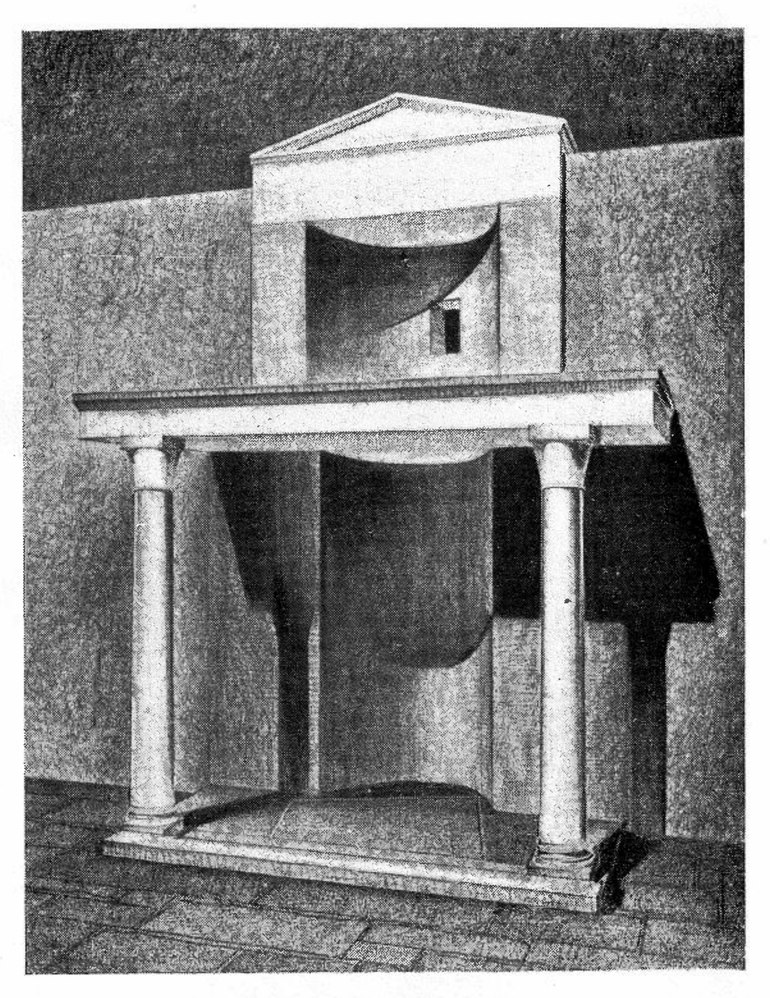
El nicho subterráneo del trofeo de Aniceto, visto de debajo hacia arriba.



Los huesos humanos aparecidos debajo del nicho subterráneo del trofeo de Aniceto.

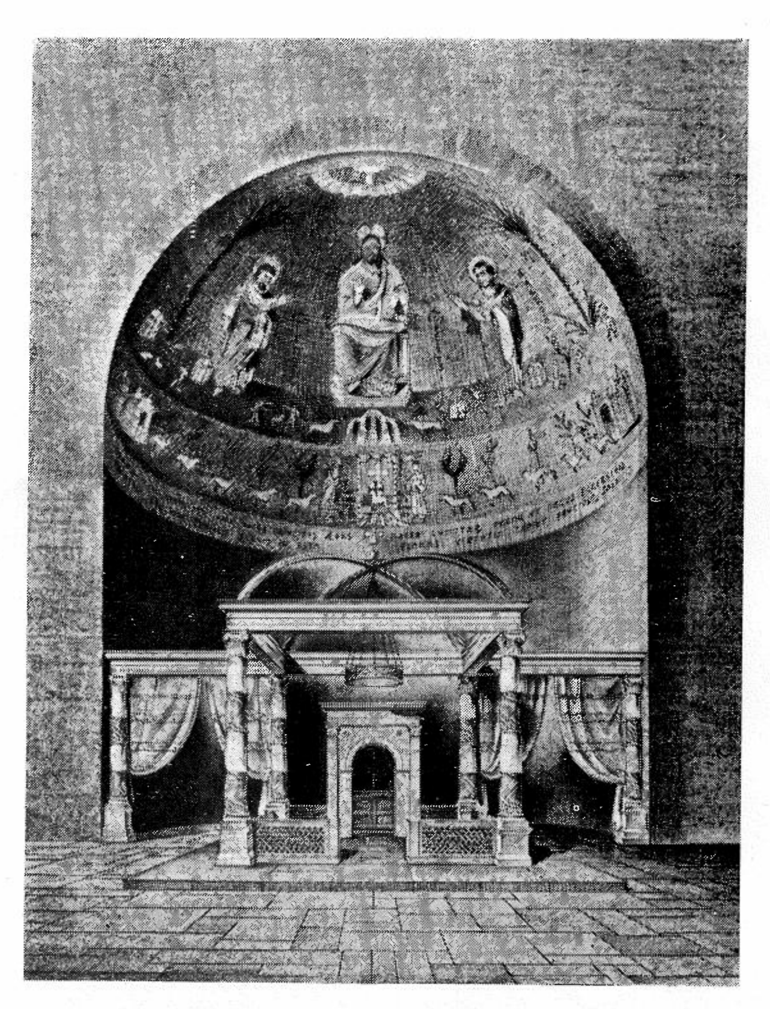


Tumba de la necrópolis de la «Isola sacra», cerca de Ostia (la cual manifiesta la forma primitiva de la tumba de San Pedro).

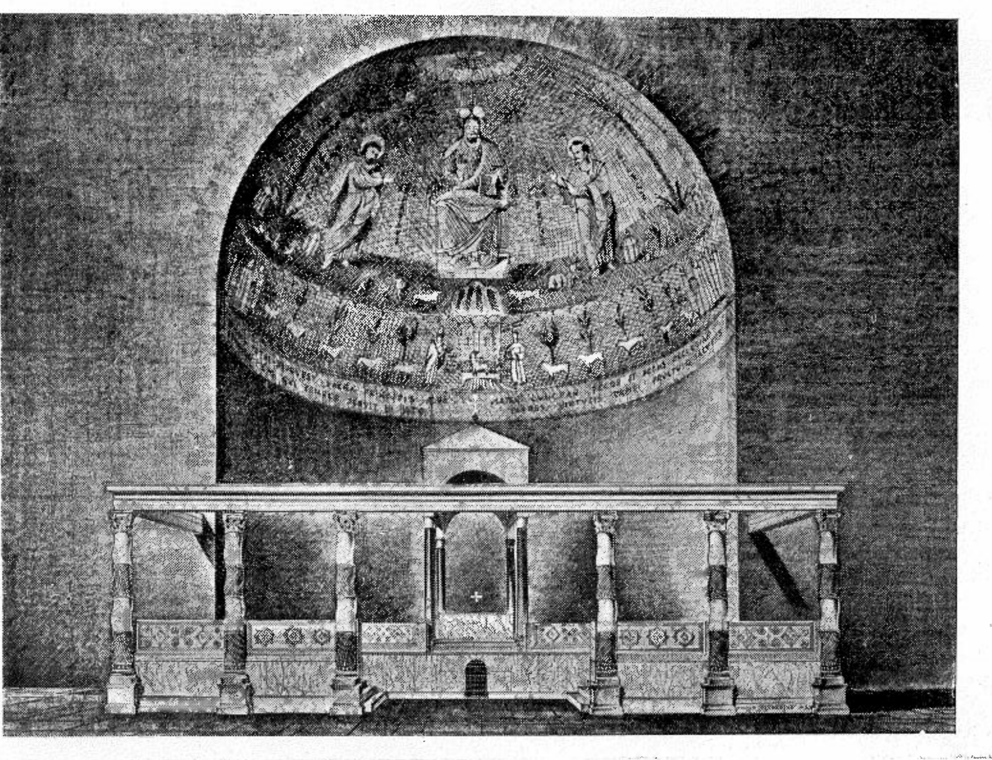


El trofeo de Aniceto (reconstrucción).

LAMINA 31



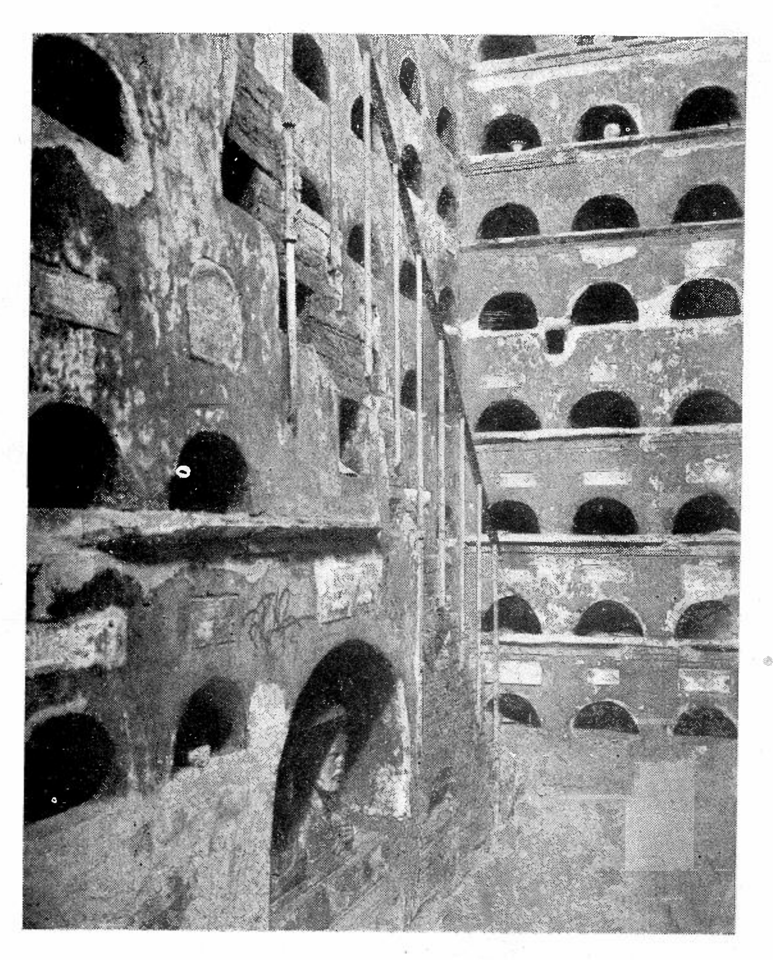
La Memoria de Constantino (reconstrucción).



La «Confesión» de Gregorio Magno (reconstrucción).



La tumba de San Pedro coronada por el baldaquino de bronce de Bernini y por la cúpula de Miguel Angel.



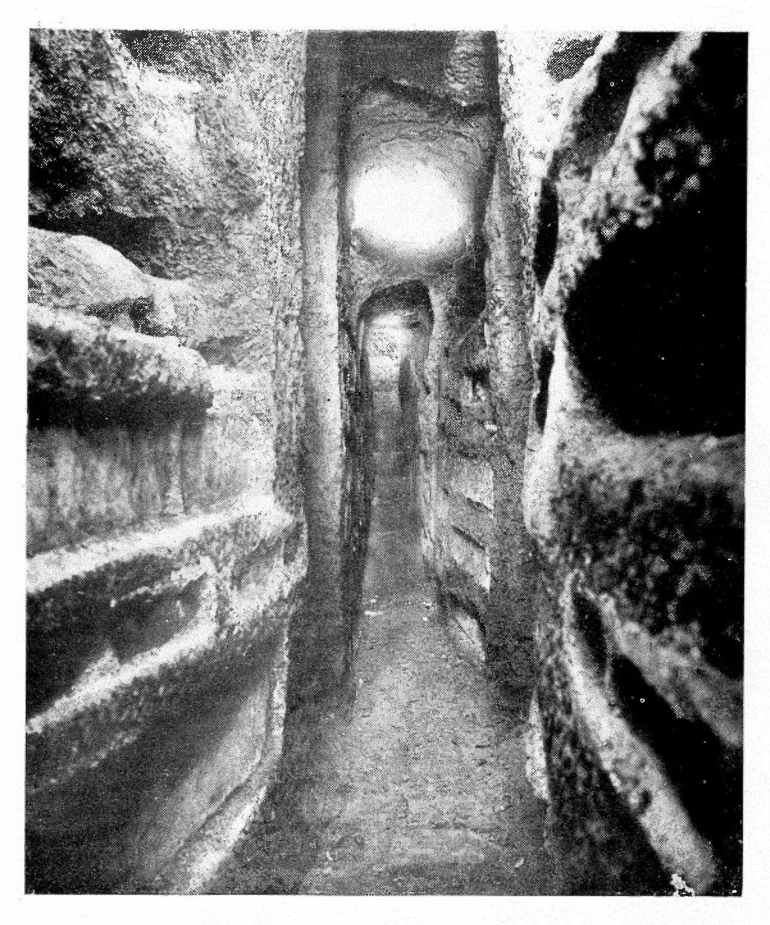
Columbario en la viña Codini, de Roma.



Revestimiento en mosaico de la superficie de la tumba del diácono Privaciano (Norte de Africa).



Sepultura a fosa con la superficie externa revestida en mosaico, característica en los cementerios del Norte de Africa.



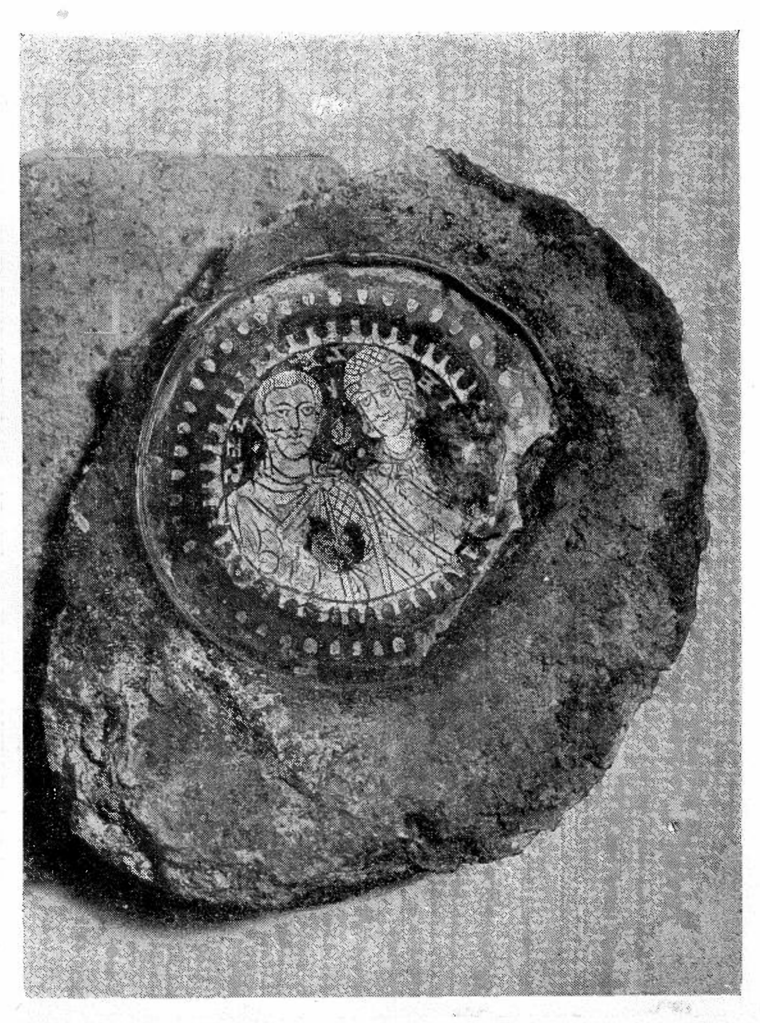
Galería subterránea con lóculos intactos en el cementerio de Novaciano.



Lóculos cerrados con tégulas e inscripciones al minio en una galería del cementerio de Novaciano.

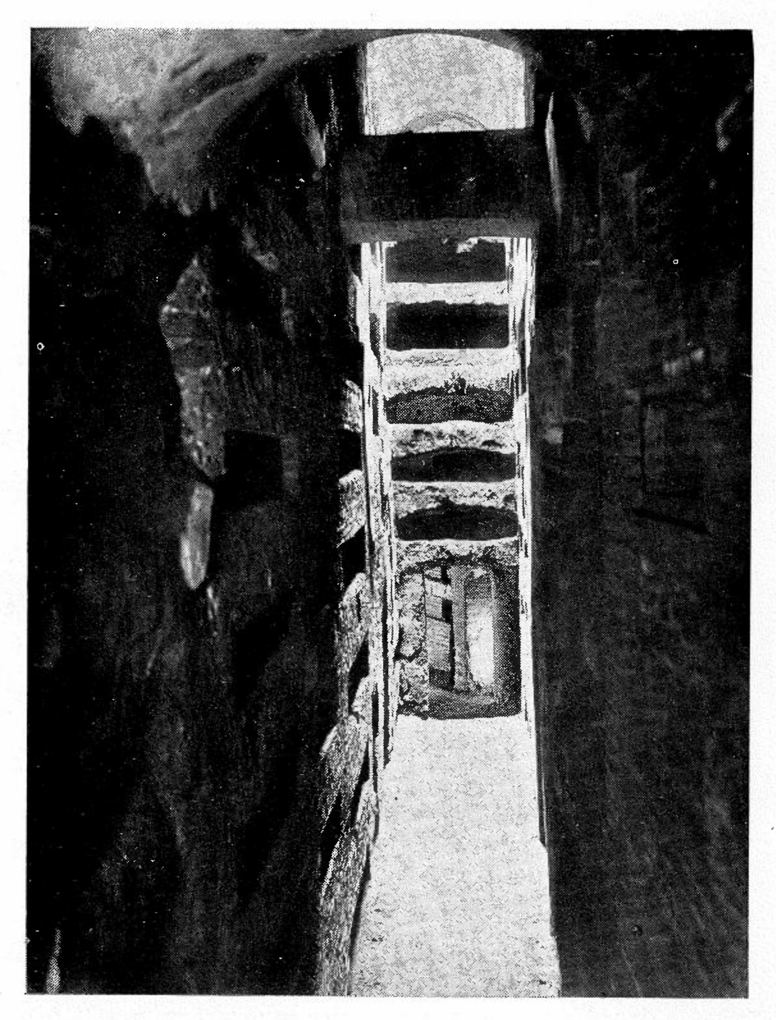


Lóculos cerrados en una galería del cementerio de Novaciano.

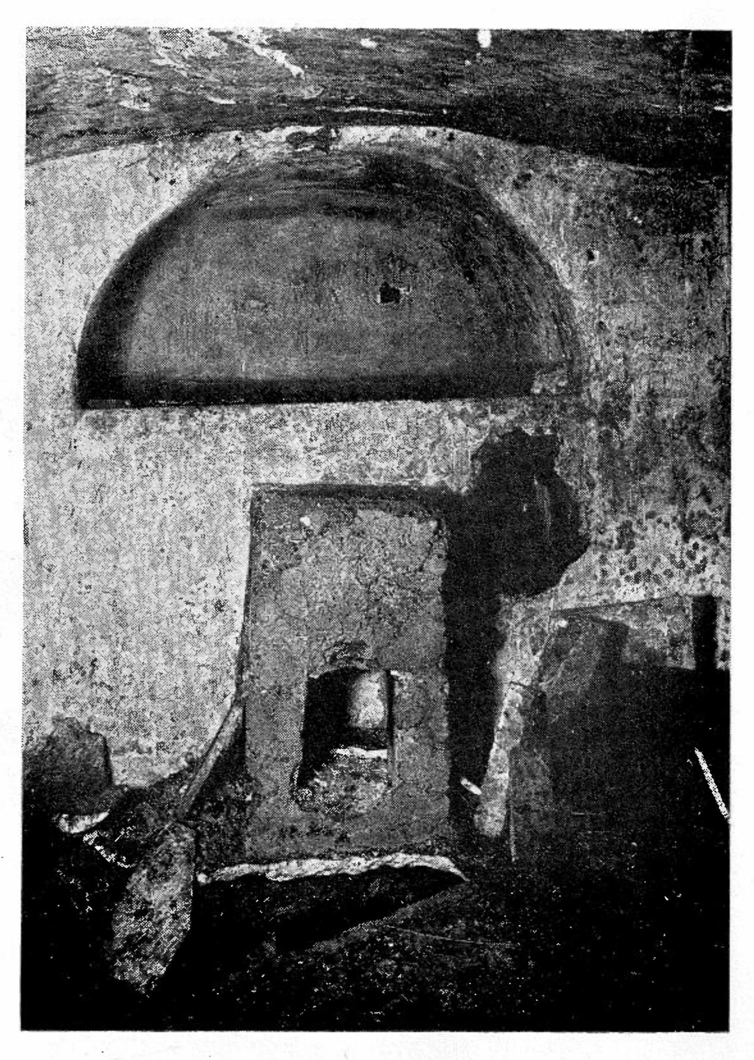


Fondo de vidrio dorado, con retrato de unos esposos, pegado en la argamasa del lóculo como señal para reconocer la tumba.

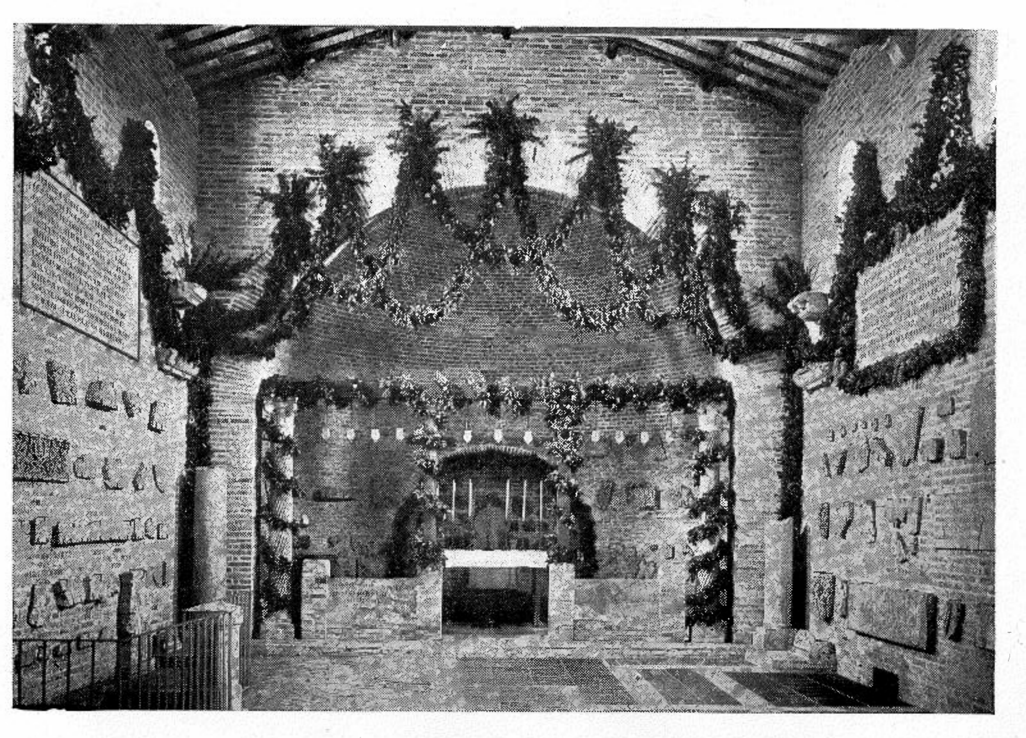
LAMINA 38



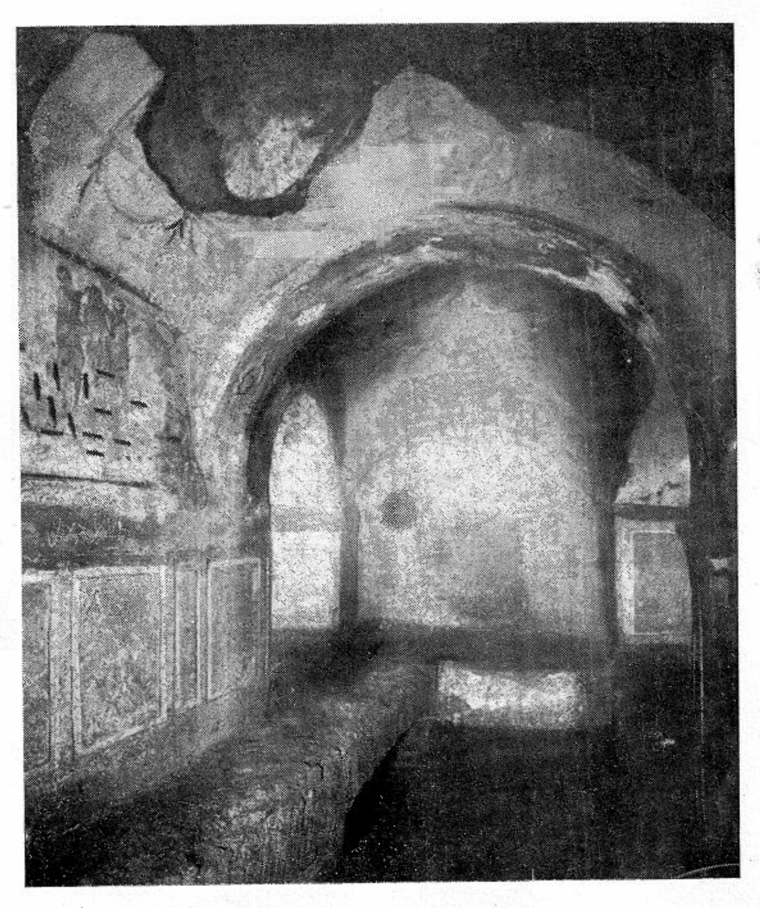
Galería subterránea, rebajada varias veces, que da entrada a la cripta de los papas en el cementerio de San Calixto.



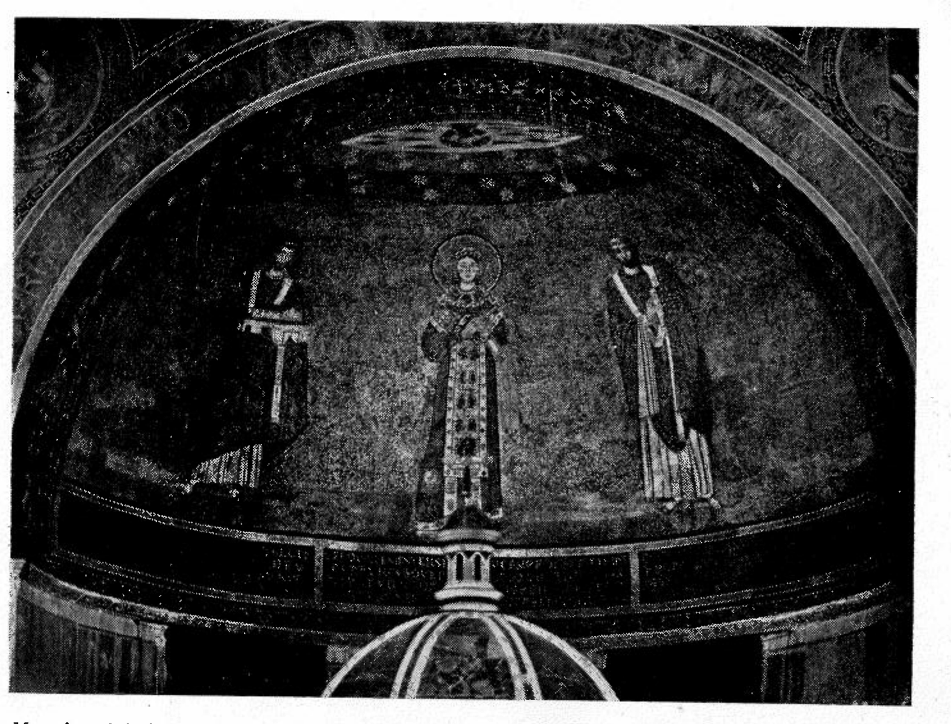
Altar de la catacumba de San Pánfilo.



Basílica del cementerio de Priscila, modernamente restaurada.



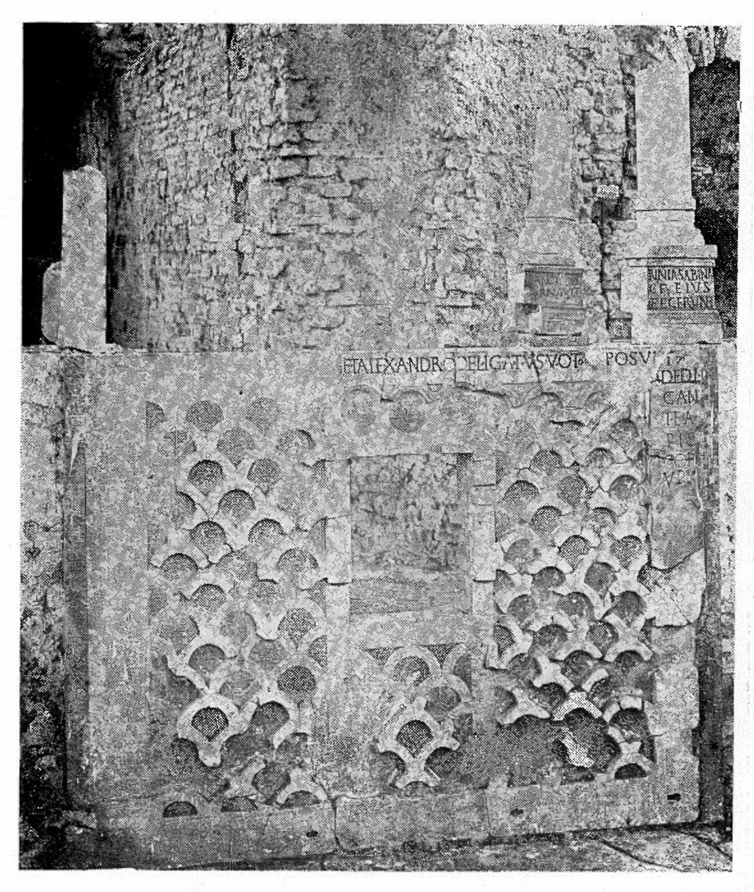
Interior de la capilla griega en el cementerio de Priscila.



Mosaico del siglo VII que reviste el ábside de la basílica de Santa Inés, representando a la santa entre las figuras de los papas Símaco y Honorio I, que hizo construir la basílica.



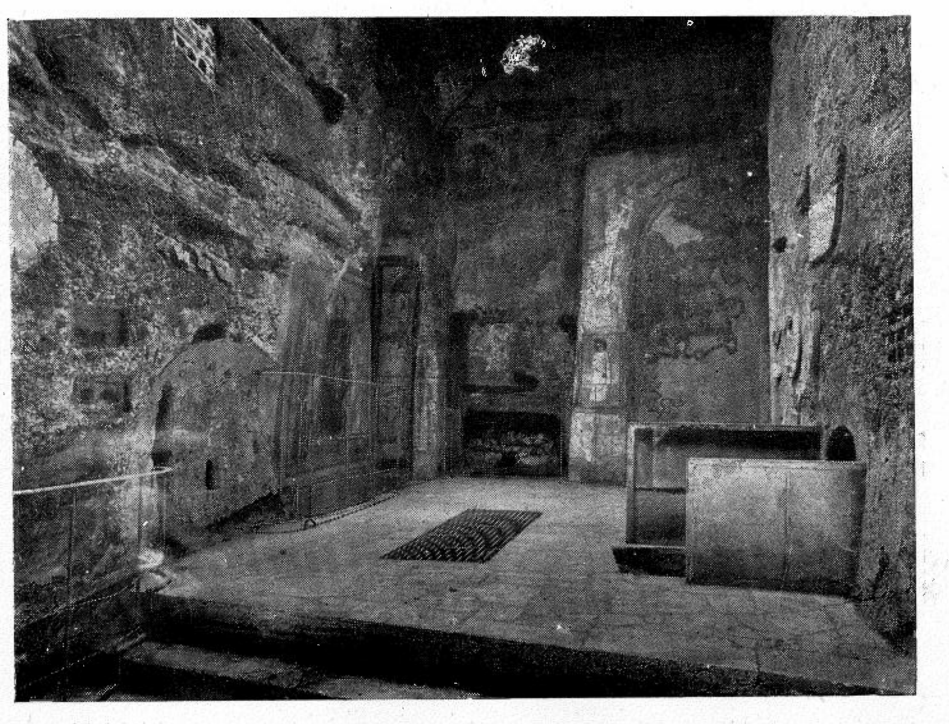
Altar y ciborio de San Lorenzo.



Altar del cementerio de San Alejandro.

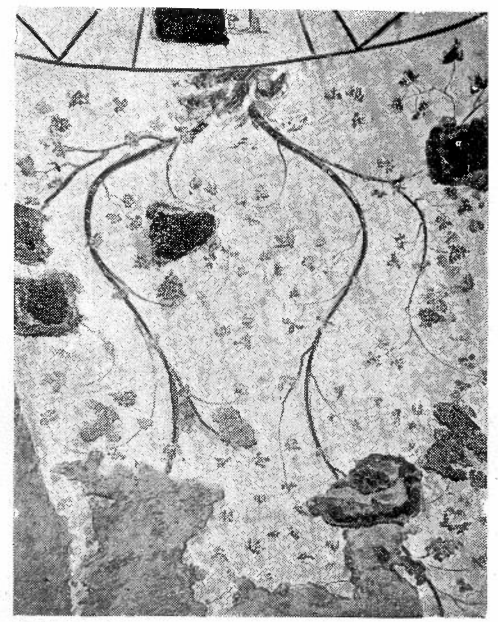


Basílica construída en el interior del cementerio de Domitila después de aislar las tumbas de los mártires Santos Nereo y Aquileo.



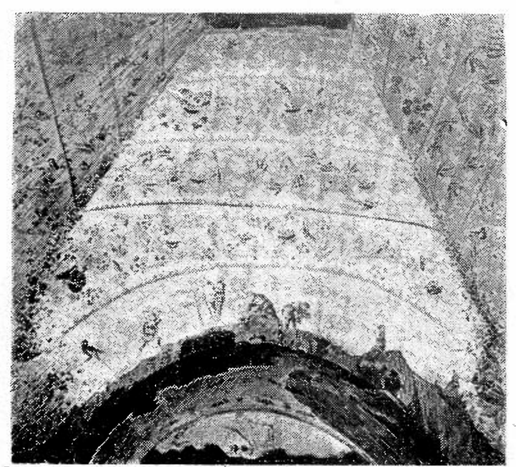
Cripta de los mártires San Félix y San Adaucto, en el cementerio de Comodila, con restos de decoraciones votivas en las paredes.

A



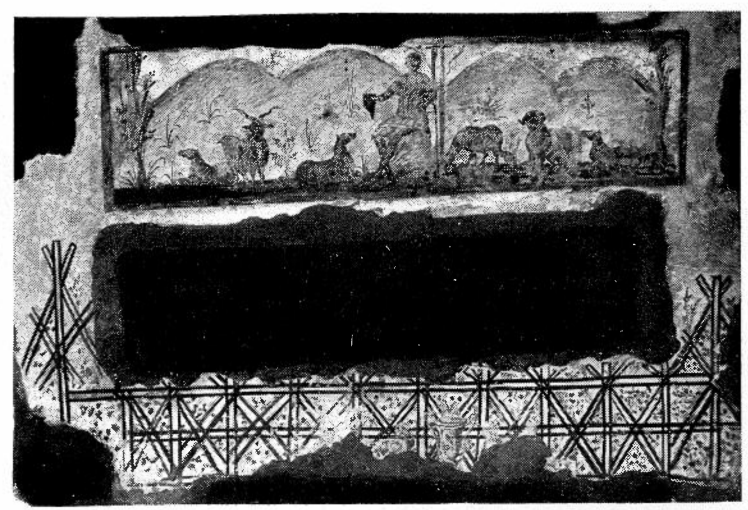
Decoración de la bóveda del hipogeo de los Flavios en el cementerio de Domitila.

B



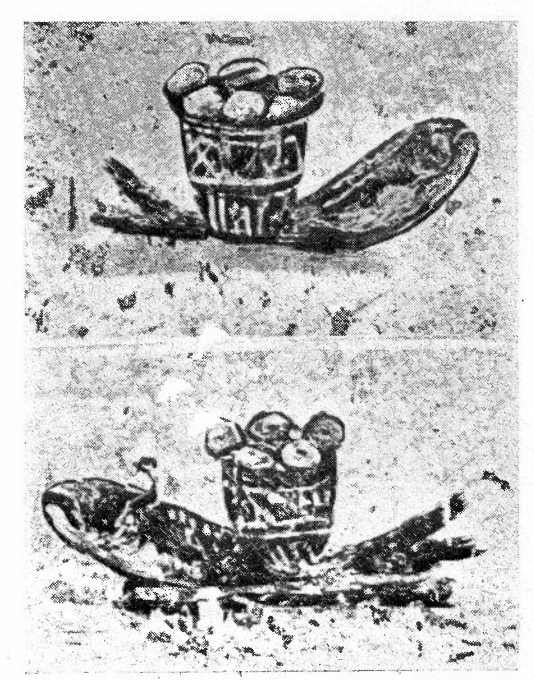
Decoración de lucernario de la cripta de San Jenaro, en el cementerio de Pretextato.

A

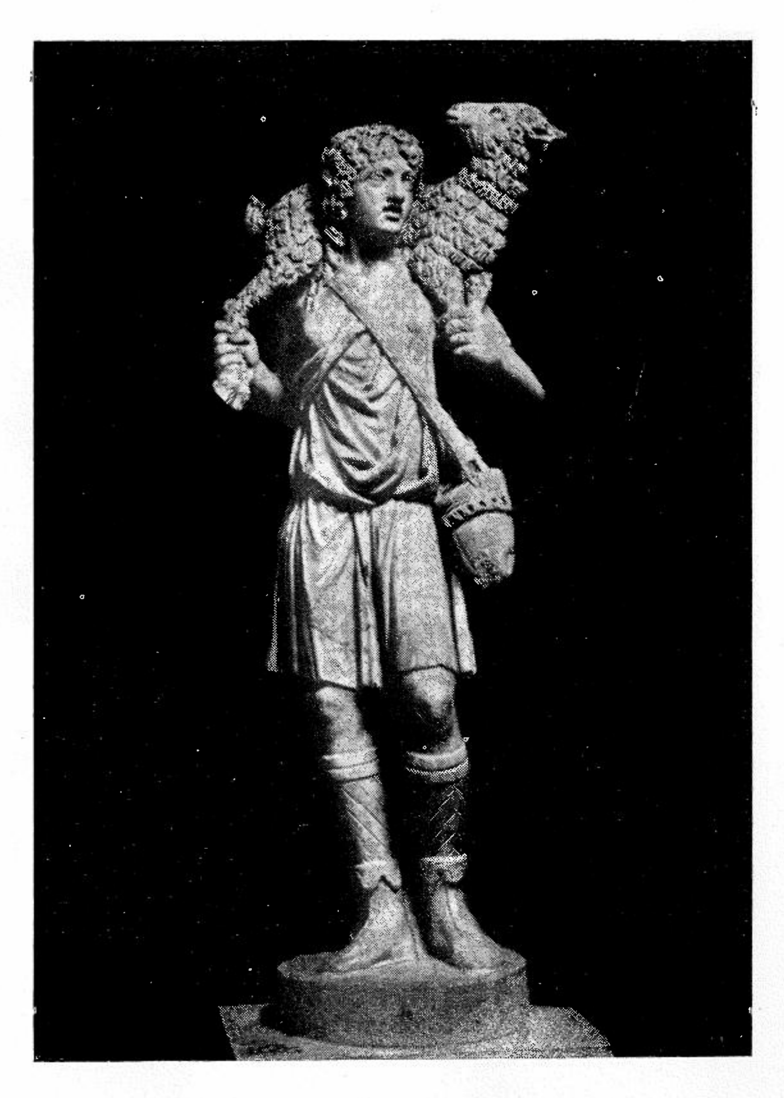


Pastor con el rebaño, a la manera de Orfeo. Cementerio de Domitila.

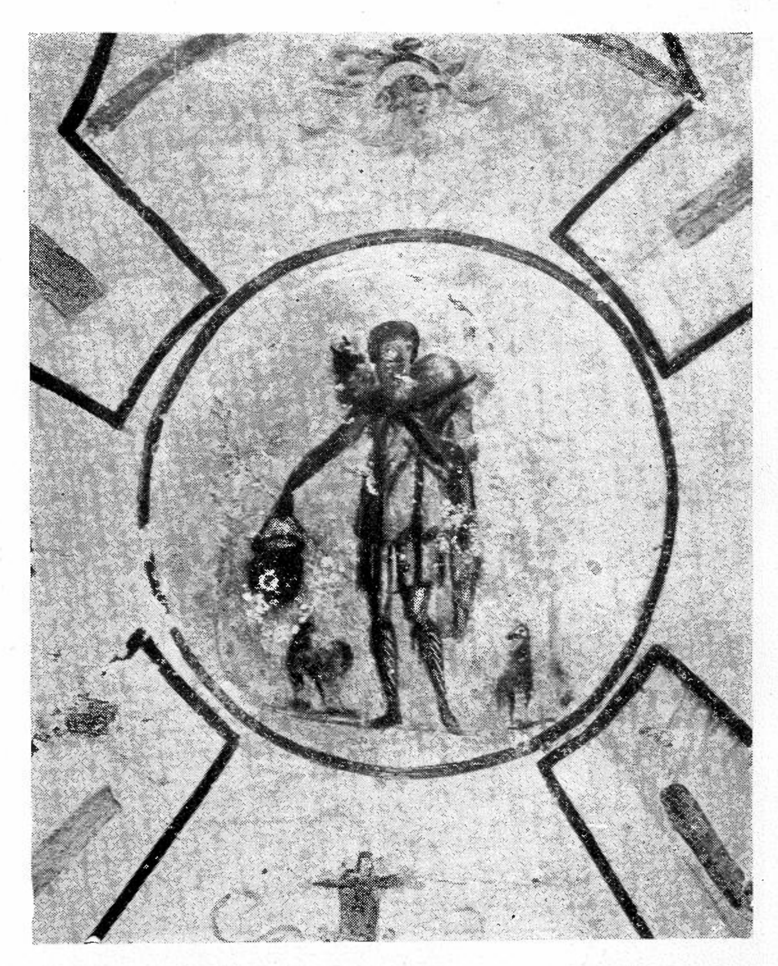
B



La Eucaristía simbolizada en el pez y en la cesta con los panes, alusivo al milagro de la multiplicación



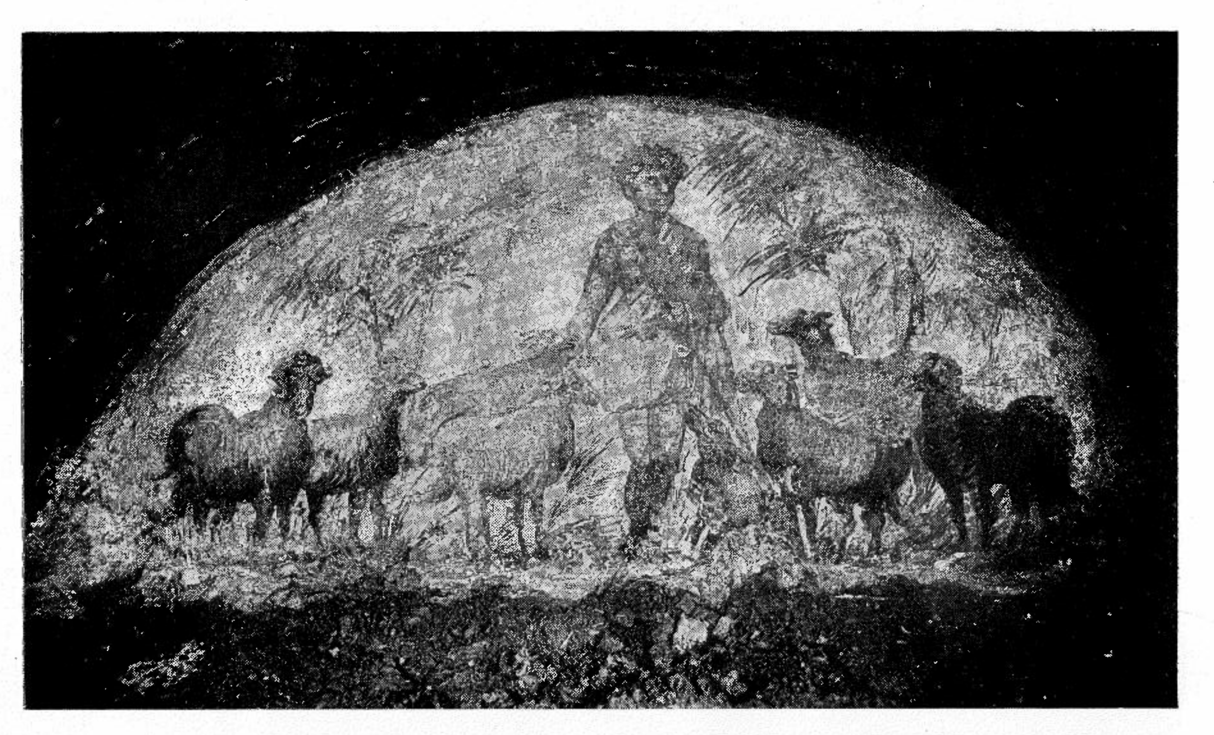
El Buen Pastor, escultura del Museo Lateranense.



Buen Pastor, en el centro de una bóveda.



El Buen Pastor entre dos ovejas en el jardín celestial. Cementerio de San Calixto.

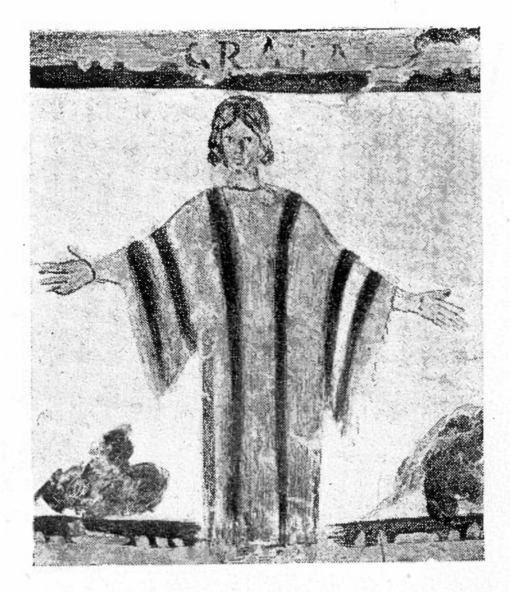


El Buen Pastor con el rebaño. Decoración en el luneto de un arcosolio en el cementerio Mayor.



El Buen Pastor con el rebaño, defendiéndolo del jabalí y del asno.
Centro de bóveda en el cementerio de Pretextato.

A



La orante Grata.

B



Detalle de la figura de orante de la lámina 96.



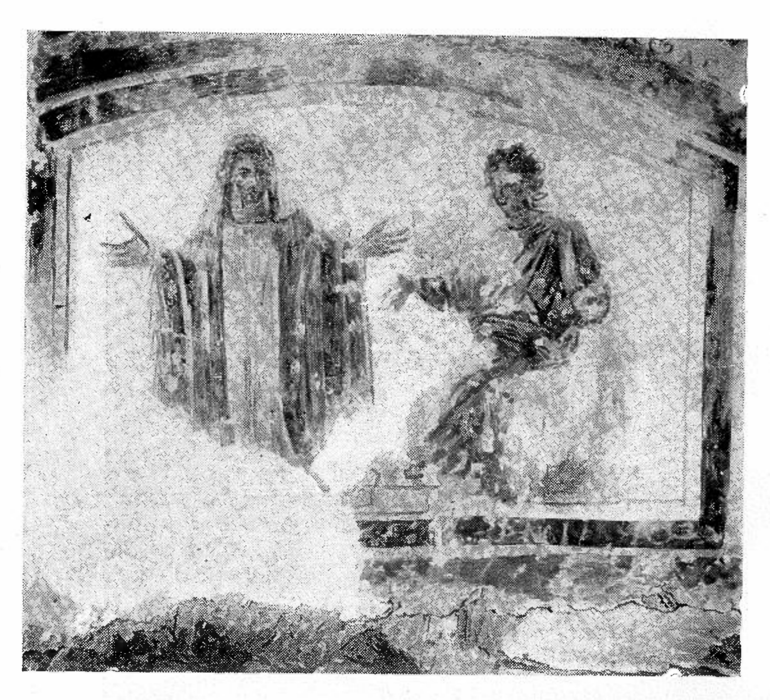
Figura de orante en el cementerio de los Jordanes.



Figura de orante en el cementerio de Trasón.



Figura de orante entre pastores: uno de ellos ordeñando la oveja, y el otro llevándola sobre los hombros hacia el aprisco. Decoración en el luneto de un arcosolio del cementerio Mayor.



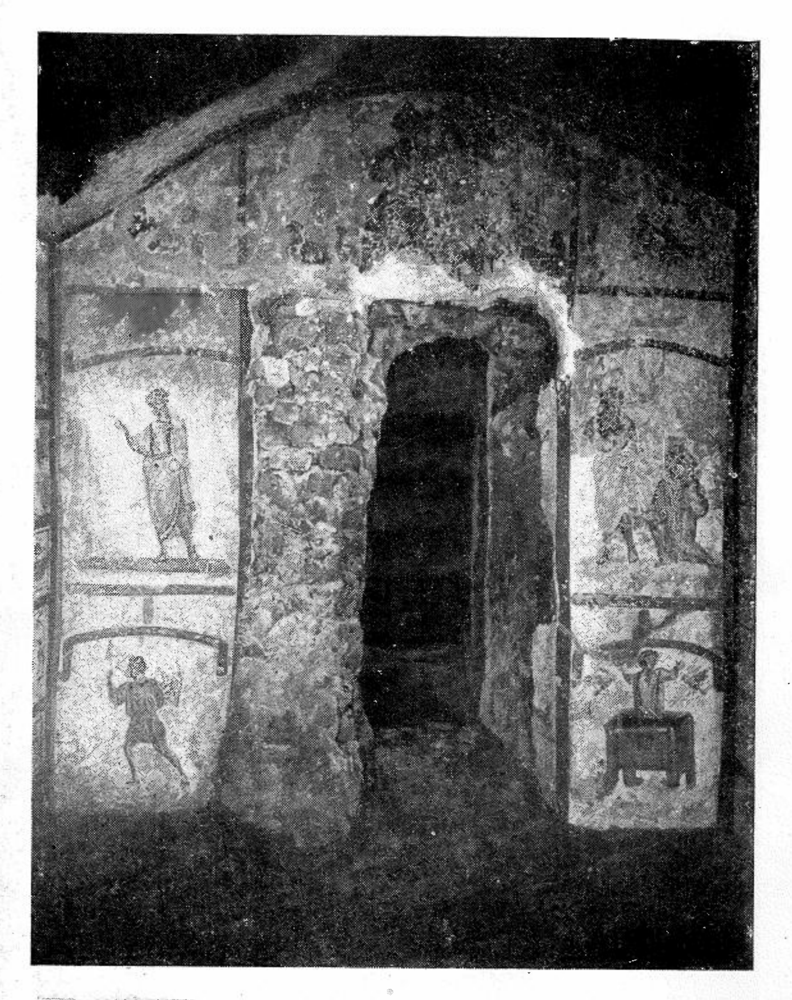
Orante ante la figura de Cristo. Cementerio de San Lorenzo.



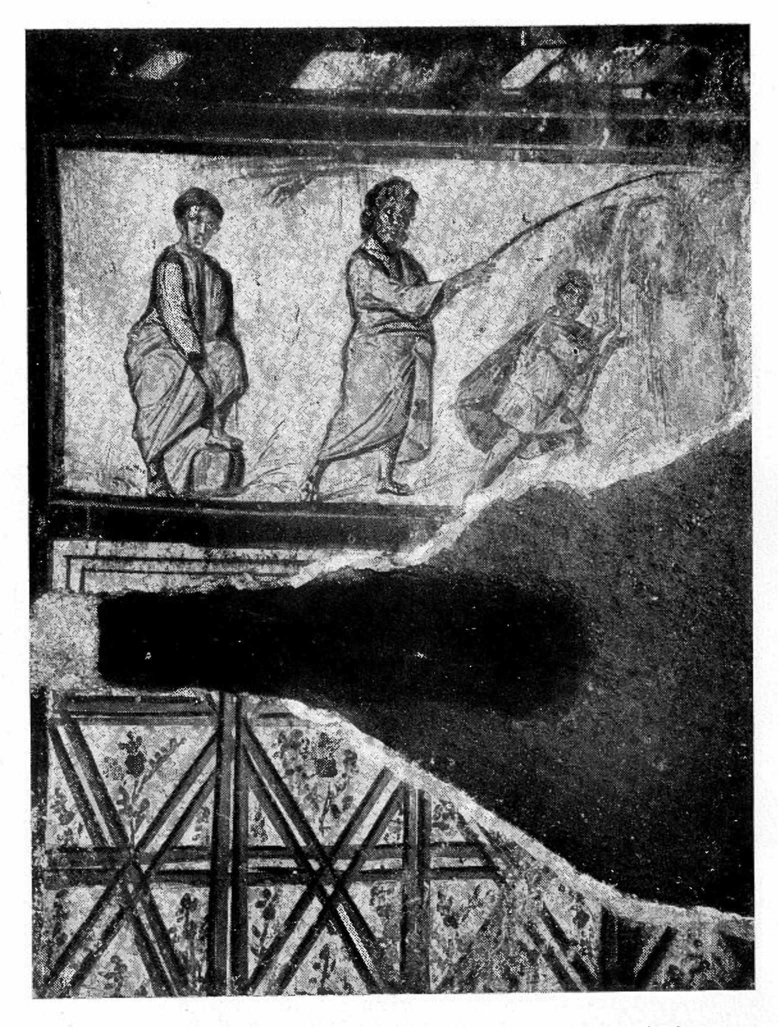
Noé en el arca. Cementerio *ad duas lauros.*



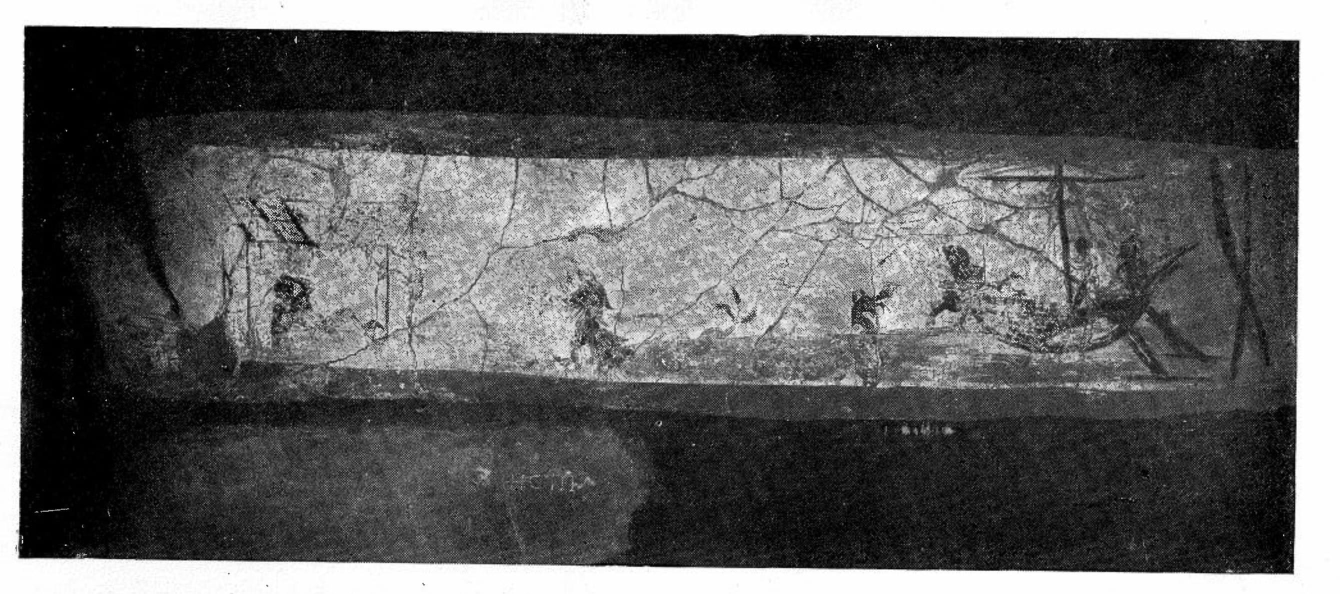
Daniel entre los leones; Noé en el arca; Jonás, engullido por la ballena; saliendo de las fauces del monstruo y descansando bajo la pérgula. Bóveda de la cripta de Heliodora en el cementerio *ad duas lauros*.



En alto: Orfeo. A la izquierda: Moisés que bate la roca; el paralítico. A la derecha: la hemorroísa; Noé en el arca. Pared de entrada a la cripta de Orfeo en el cementerio *ad duas lauros.*

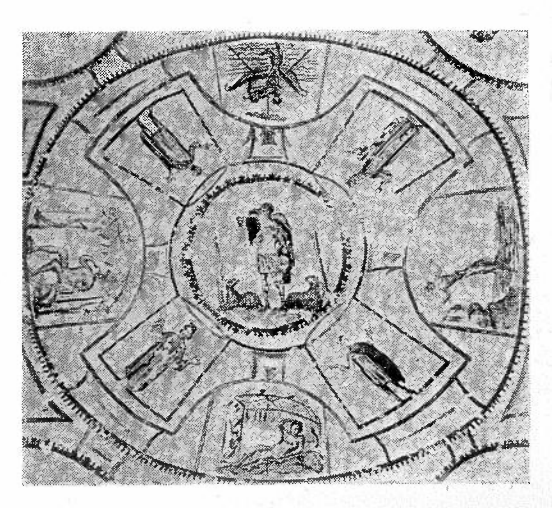


Moisés descalzándose y Moisés haciendo brotar el agua de la roca.
Cementerio de San Calixto.



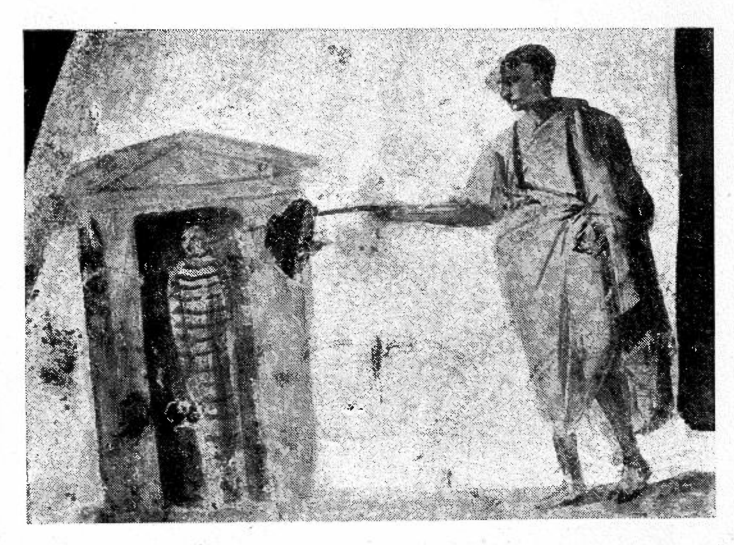
Ciclo de Jonás. Cementerio de San Calixto.

A

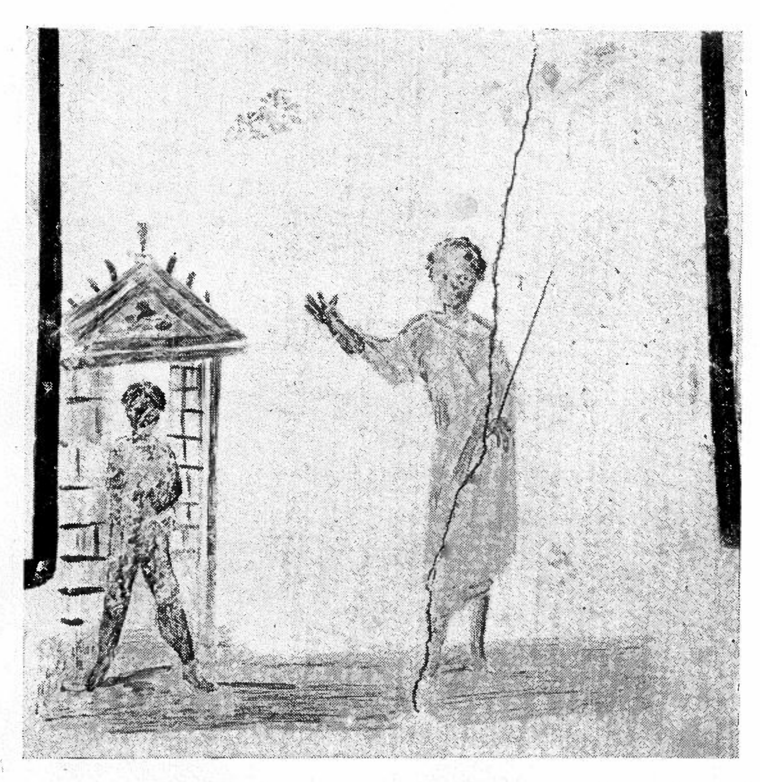


Bóveda con el Buen Pastor, figuras de orantes y cuatro escenas del ciclo de Jonás.

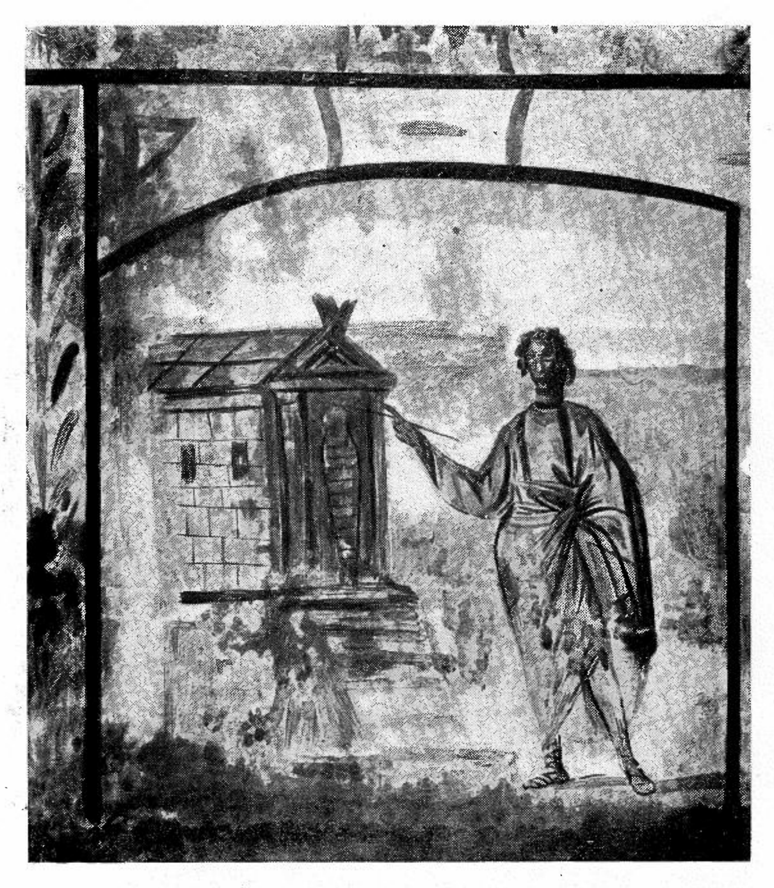
B



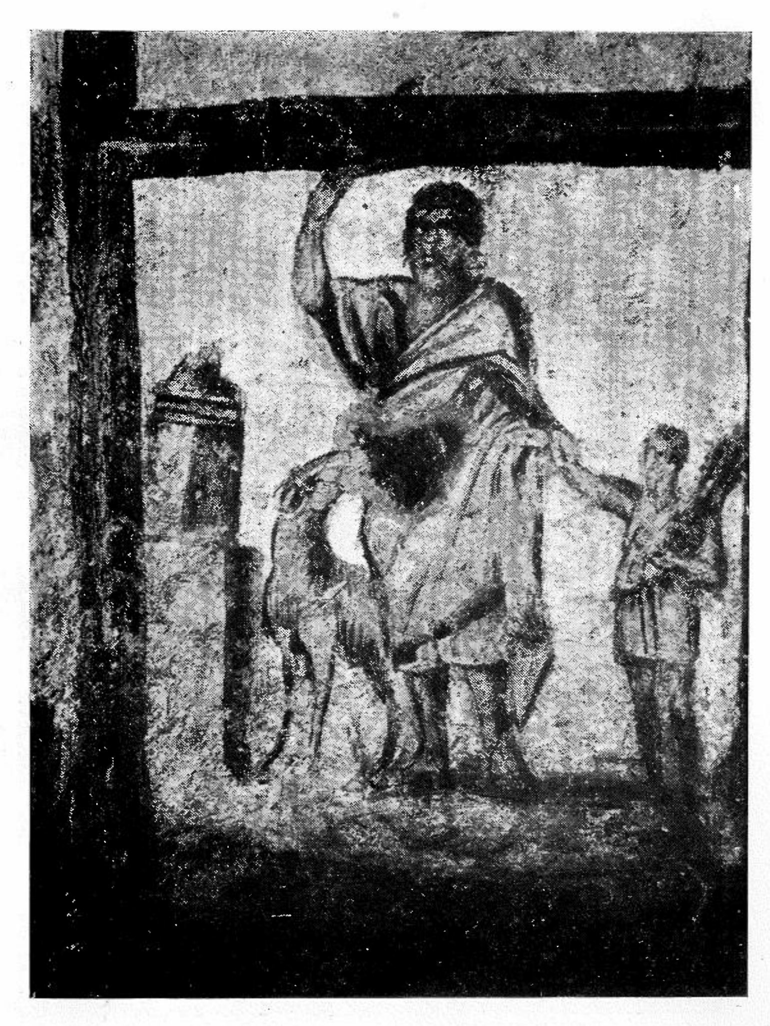
Resurrección de Lázaro. Cementerio de los Jordanes.



Resurrección de Lázaro. Cementerio de San Calixto.



Resurrección de Lázaro. Cementerio *ad duas lauros.*



Sacrificio de Abraham. Cementerio de los Jordanes.



Curación del paralítico. Cementerio *ad duas lauros.*



David con la honda.



Job. Cementerio *ad duas lauros.*

LAMINA 70



Susana entre los dos viejos. Cementerio *ad duas lauros*.

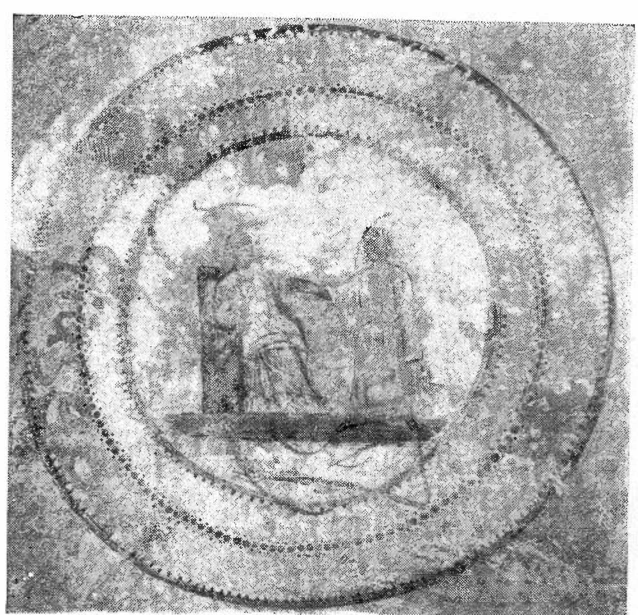


Curación de la hemorroísa. Luneto de arcosolio en el cementerio *ad duas lauros.*



El Vaticinio de Isaías. El profeta señalando la estrella colocada sobre la Virgen María con el niño Jesús en su regazo. Cementerio de Priscila.

A

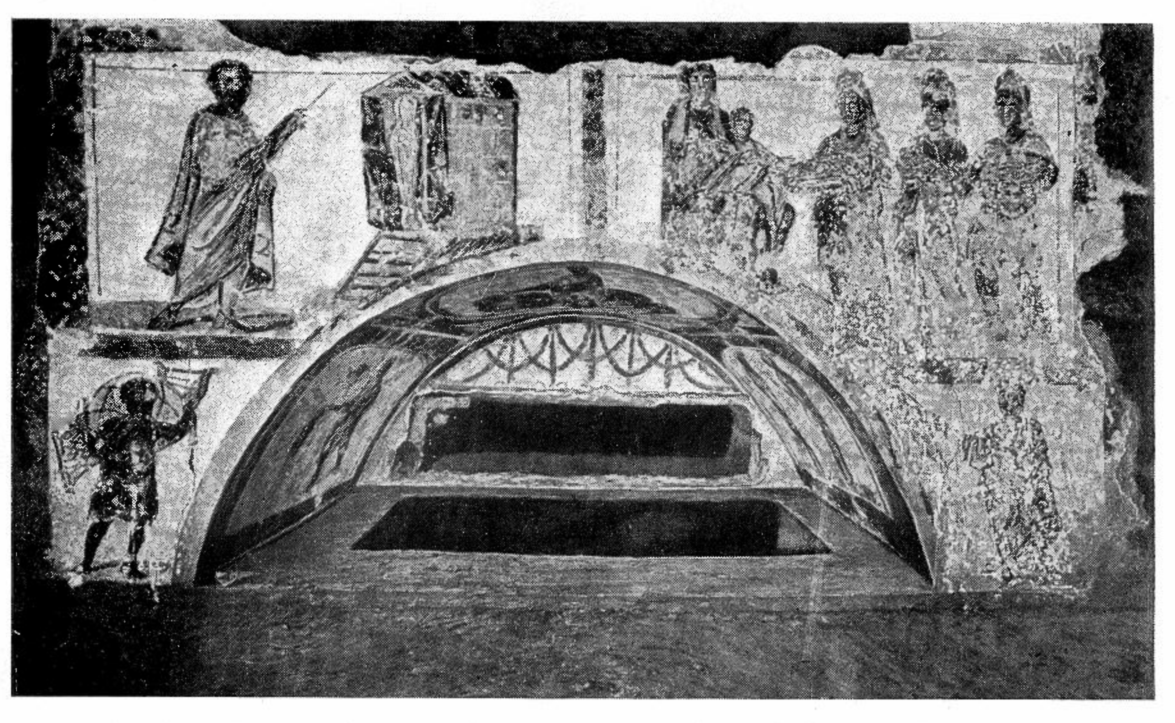


Anunciación a la Virgen. Cementerio de Priscila.

B



Multiplicación de los panes.



Resurrección de Lázaro. Los Magos ante la Virgen. El paralítico y Moisés golpeando la roca. En el arco del arcosolio, la multiplicación de los panes, en el centro, y a los lados, el bautismo y el pecado de Adán y Eva. Decoración de un arcosolio en el cementerio de Domitila.



Cubículo decorado. Con la Adoración de los Magos en el fondo del arcosolio; Moisés y Noé en la pared, y orantes entre temas del ciclo de Jonás, en la bóveda. Cementerio *ad duas lauros.*



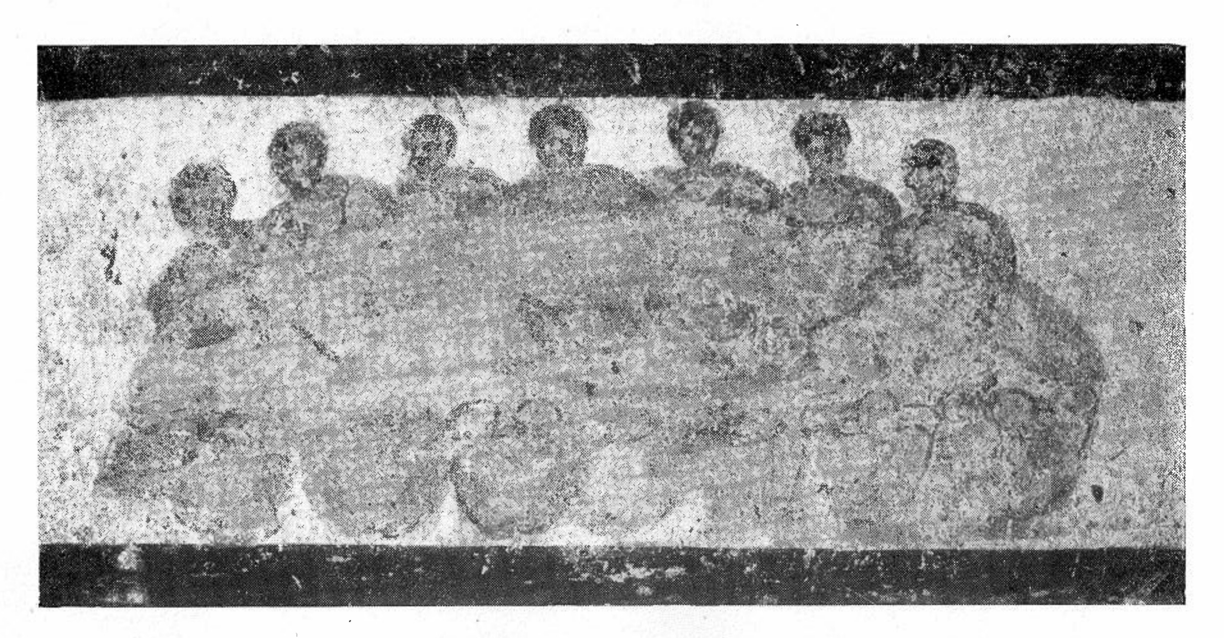
Adoración con sólo dos Magos._Fondo de arcosolio en el cementerio *ad duas lauros*.



Cristo y la Samaritana en el pozo de Jacob. Cementerio de San Calixto.



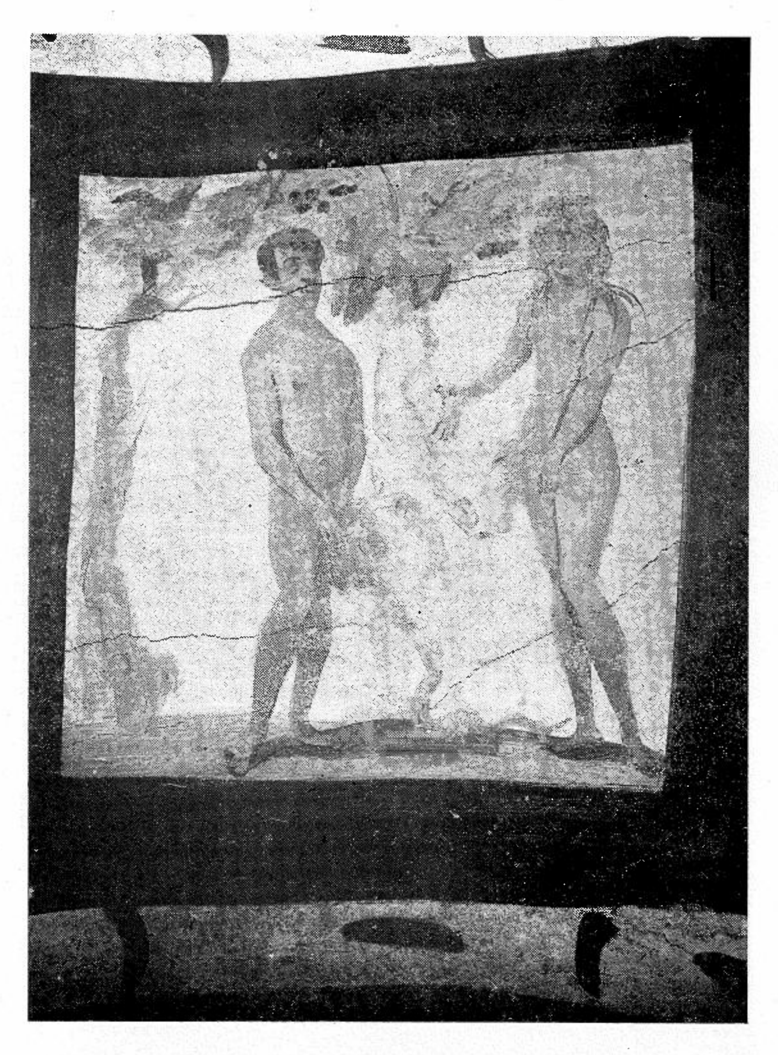
Arcosolio con las bodas de Caná en el fondo; orante en el centro de la bóveda, en el cementerio *ad duas lauros*.



Escena de banquete con alusión eucarística. Cementerio de San Calixto.



Multiplicación de los panes. Cementerio *ad duas lauros.*



Adán y Eva. Cementerio *ad duas lauros.*



Curación de la mujer jorobada. Cementerio *ad duas lauros.*

LAMINA 83

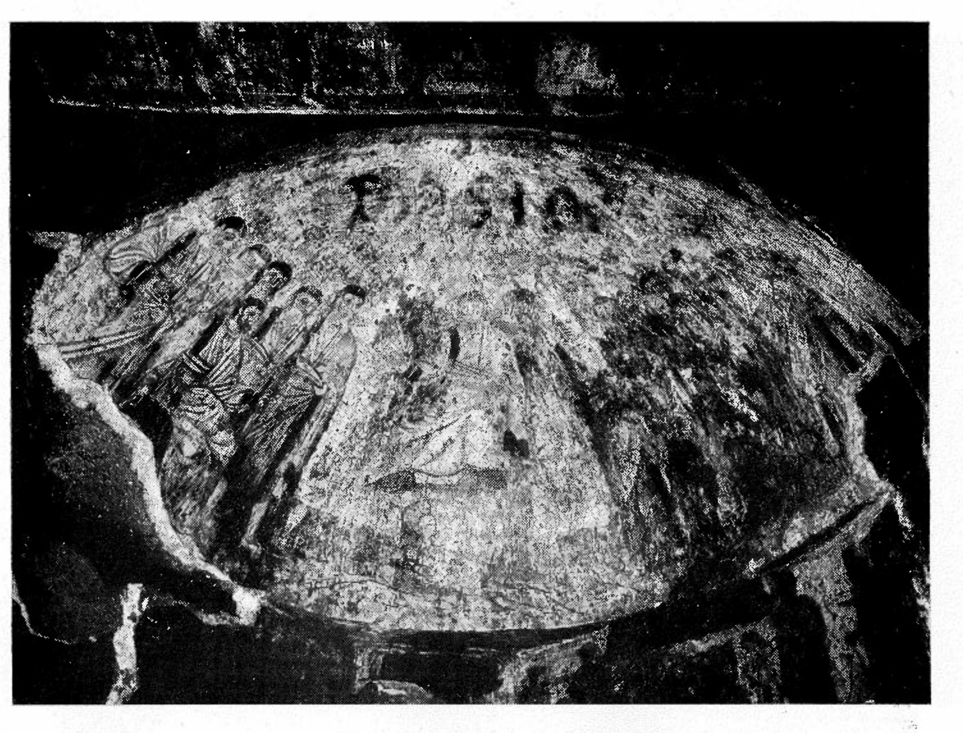


La difunta Veneranda, introducida al jardín celestial por Santa Petronila. Fondo de arcosolio en el cementerio de Domitila.

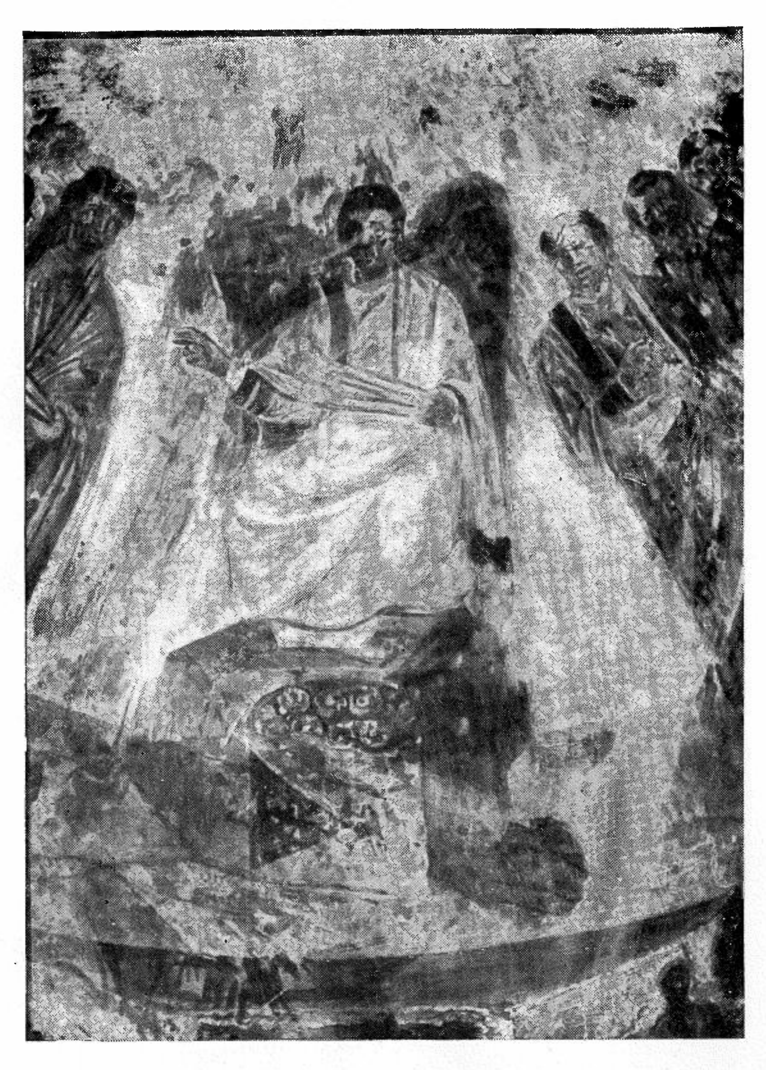


Cristo docente. Cementerio *ad duas lauros.*

LAMINA 85



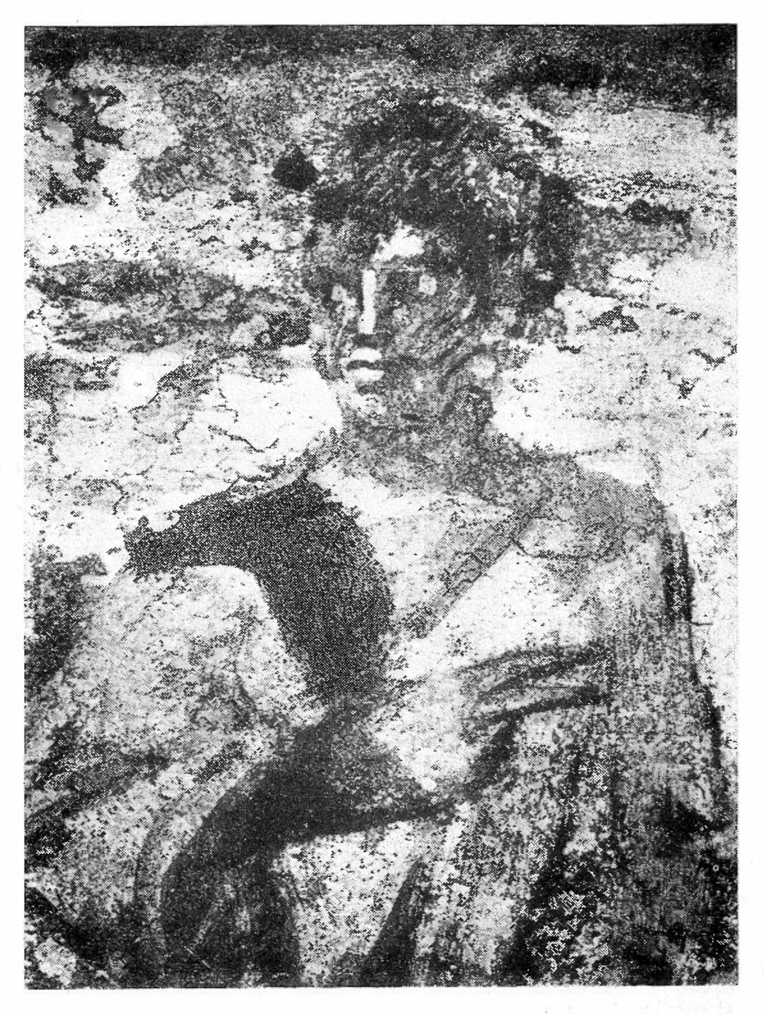
Cristo doctor entre el Colegio Apostólico. Decoración de la bóveda absidal de un cubículo en el cementerio de Domitila.



Detalle de la lámina 85. Cristo, doctor, sentado en cátedra y con el escrinio lleno de rollos a sus pies.



Cristo doctor entre los apóstoles. Cementerio de los Jordanes.



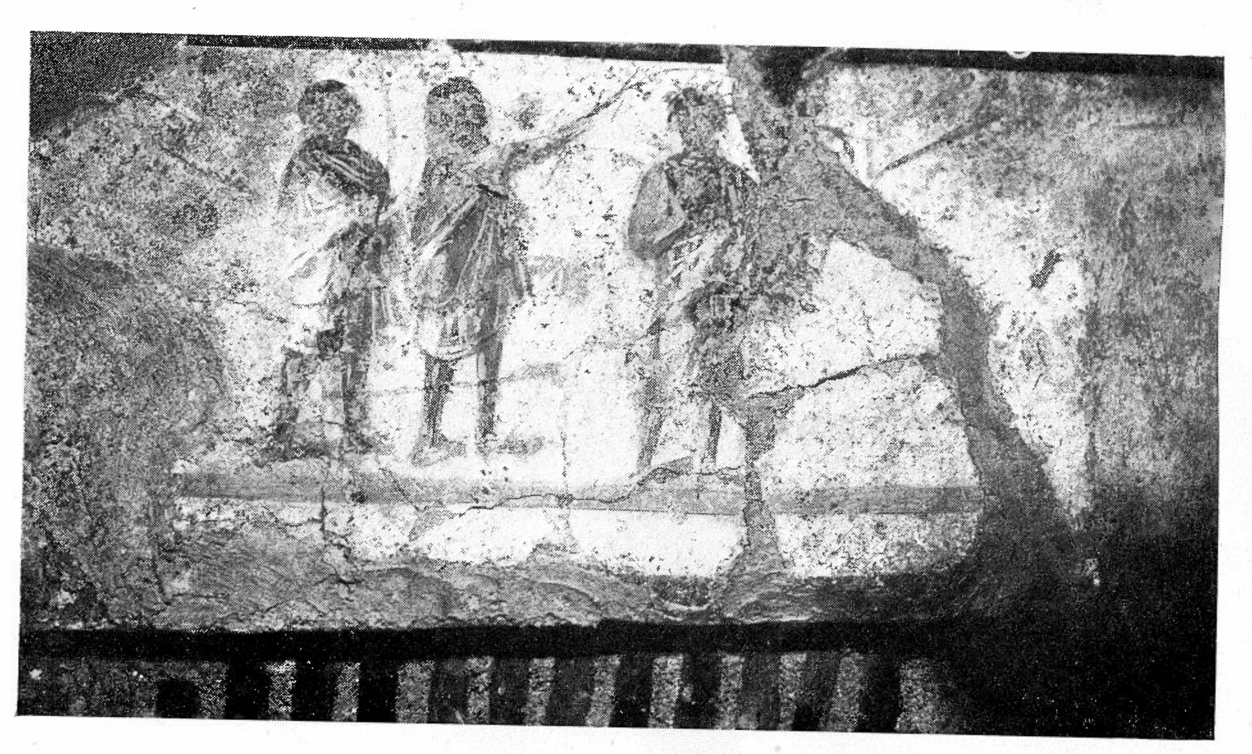
Detalle de la figura de Cristo de la lámina 87.



Cristo doctor entre dos apóstoles, aclamado por cuatro mártires, Gorgonio, Pedro, Marcelino y Tiburcio, a ambos lados del *Agnus Dei* sobre el monte del que fluyen los cuatro ríos. Cementerio *ad duas lauros*.



Detalle de la figura de Cristo de la lámina 89.



La coronación de espinas. Cementerio de Pretextato.



El Pescador; el bautismo. Cementerio de San Calixto.



Bautismo del catecúmeno. Cementerio de San Calixto.

A



Escena de sacrificio. Cementerio de San Calixto.

B



Detalle de la figura de la Virgen en la escena de la velación de la lámina 96. Cementerio de Priscila.



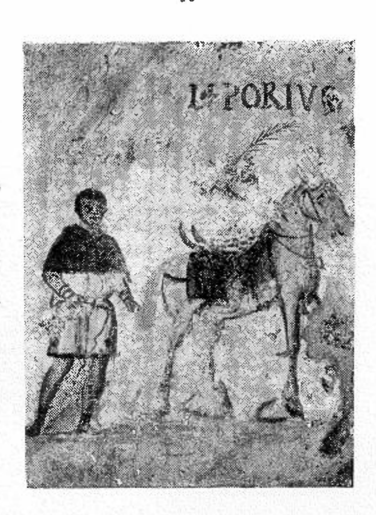
La *Fractio Panis* sobre el arco de fondo de la capilla griega en el cementerio de Priscila.



Escena de la velación de la Virgen, con figura de orante y representación de la Virgen madre de Dios. Decoración en una cúpula del cementerio de Priscila.

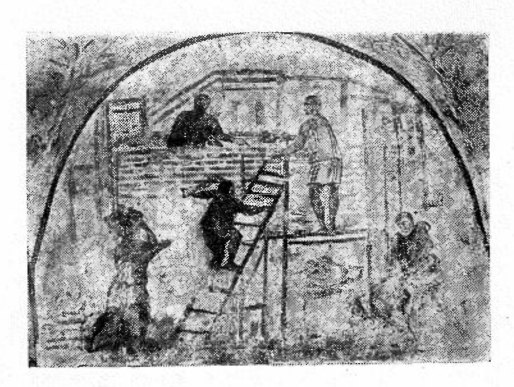
LAMINA 97

A



Conductor de acémilas. Hipogeo de Trebio Justo.

B



Albañiles construyendo un edificio. Hipogeo de Trebio Justo.

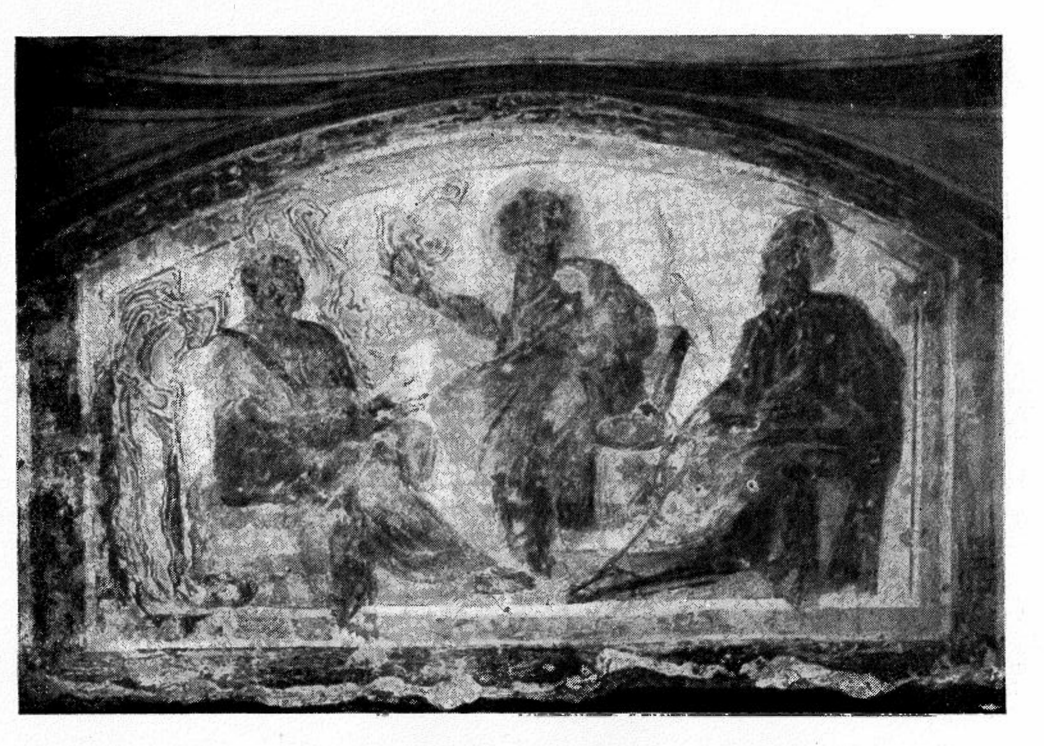
A B



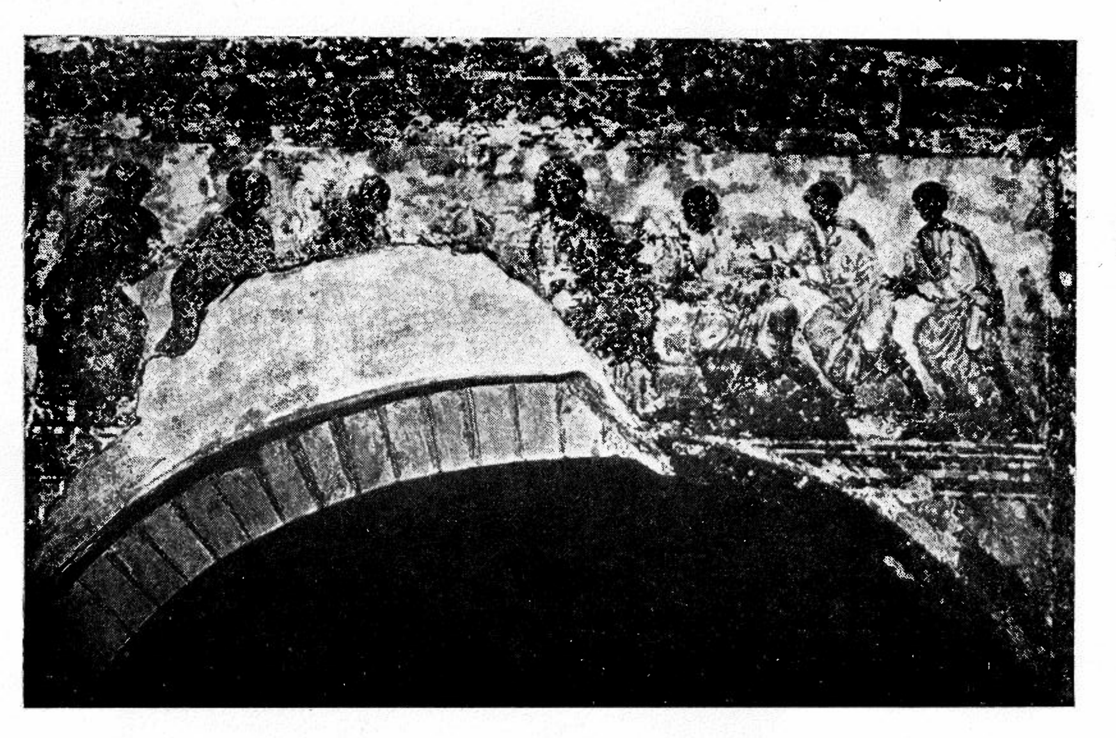
Un fosor con el azadón y la lámpara, en el cementerio de San Calixto.

El fosor con la lámpara y el saco de provisiones al hombro, en el cementerio *ad duas lauros*.

LAMINA 99



Cristo entre dos santos. Cementerio de San Lorenzo.



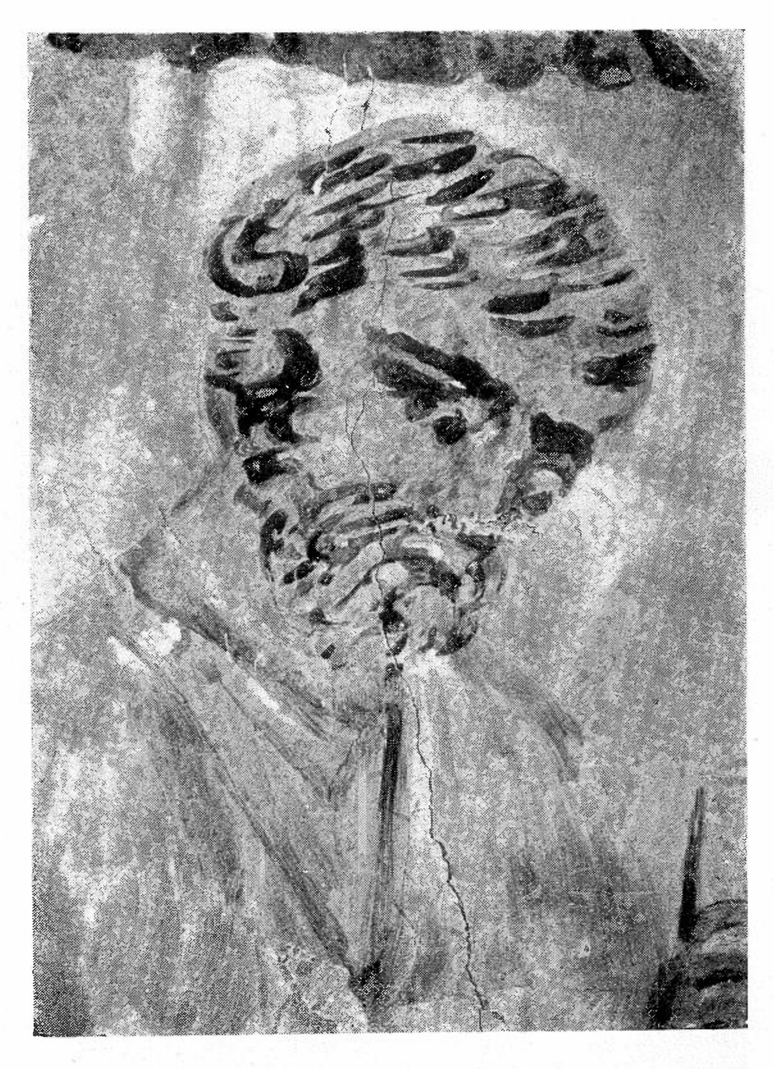
Cristo da la corona a los bienaventurados. Cementerio de Domitila.



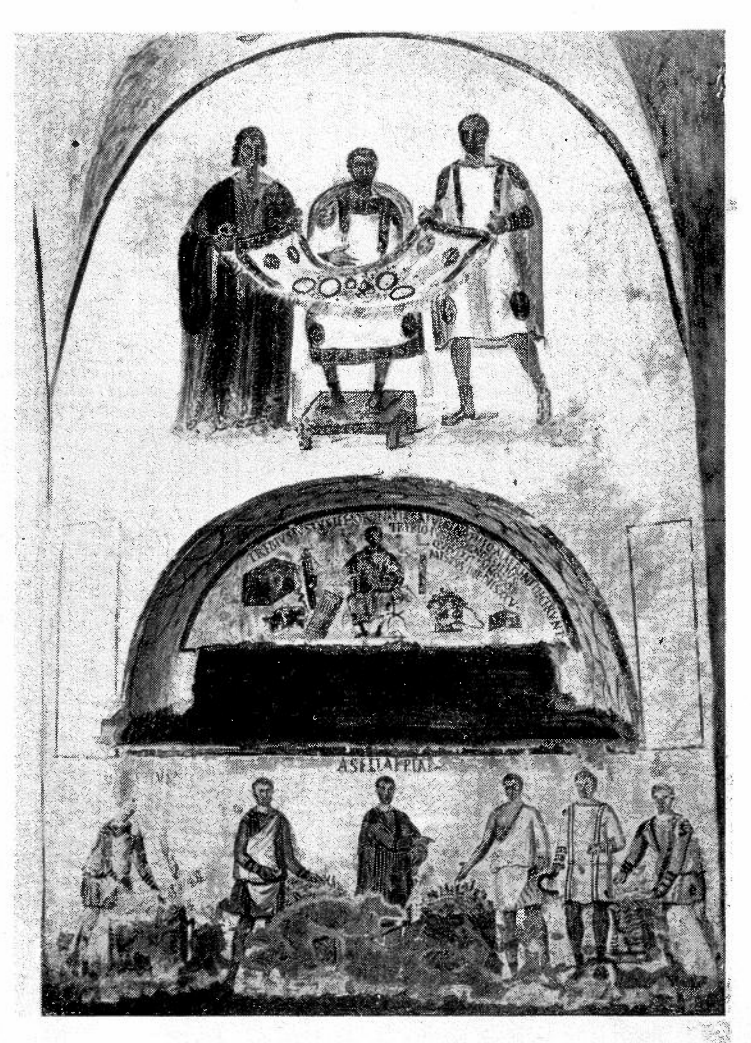
Figura de Cristo docente. Cementerio de Domitila.



La Virgen María orante con el niño Jesús. Cementerio Mayor.



Detalle de la cabeza de San Pedro. Pintura en el cementerio *ad duas lauros.*



Decoración de un cubículo en el hipogeo de Trebio Justo.

LAMINA 105



Escena de enseñanza en la parte central del sarcófago de L. Publio Peregrino.



Escena de catequesis. Buen Pastor y Orante.

LAMINA 107

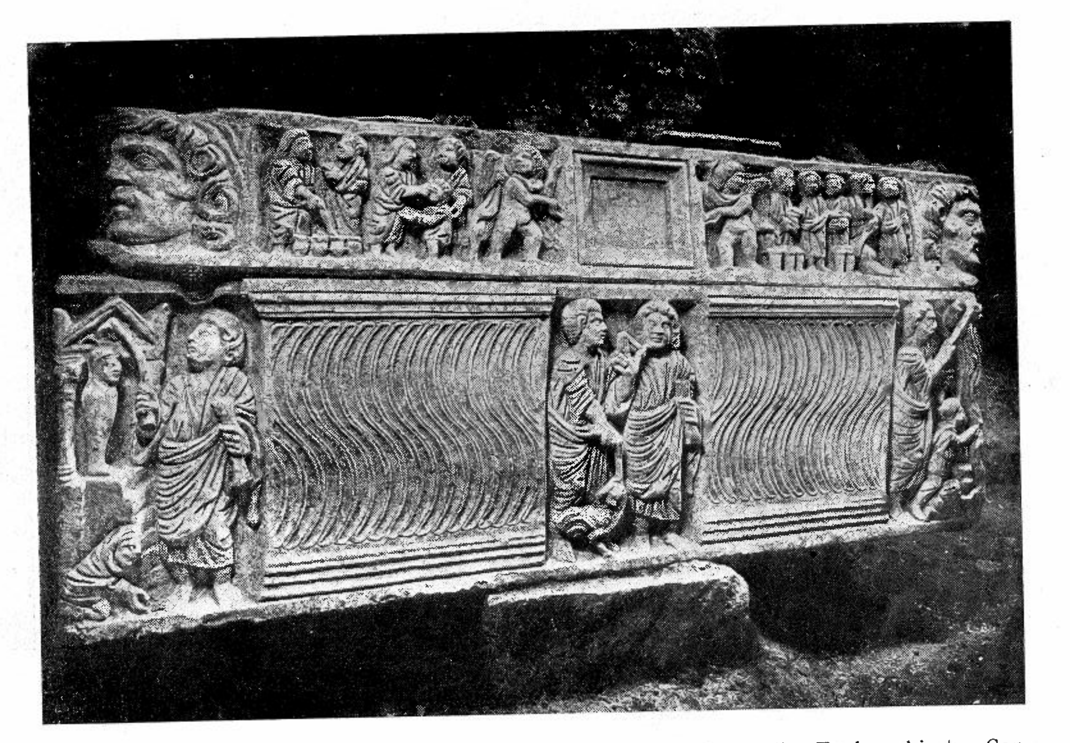


Escena de catequesis. Buen Pastor.

LAMINA 108



Escena de catequesis.



Resurrección de Lázaro. Negación de San Pedro. San Pedro y Cornelio. En la cubierta: Conversión del agua en vino en Caná; curación del ciego; multiplicación de los panes y resurrección del hijo de la viuda de *Naím*.



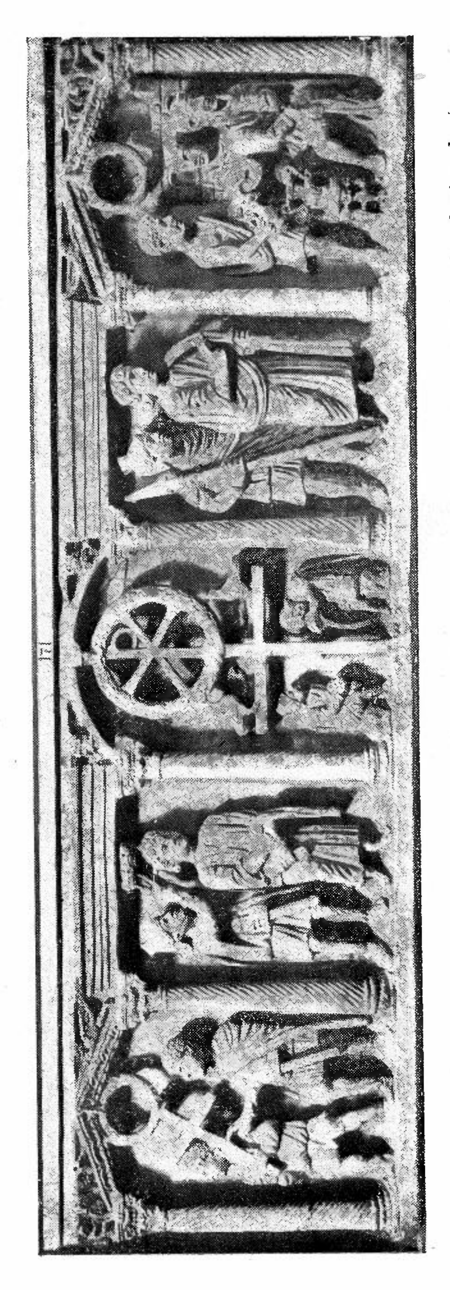
Resurrección de Lázaro. Retrato del niño difunto sobre escena de pastor ordeñando. La catequesis.



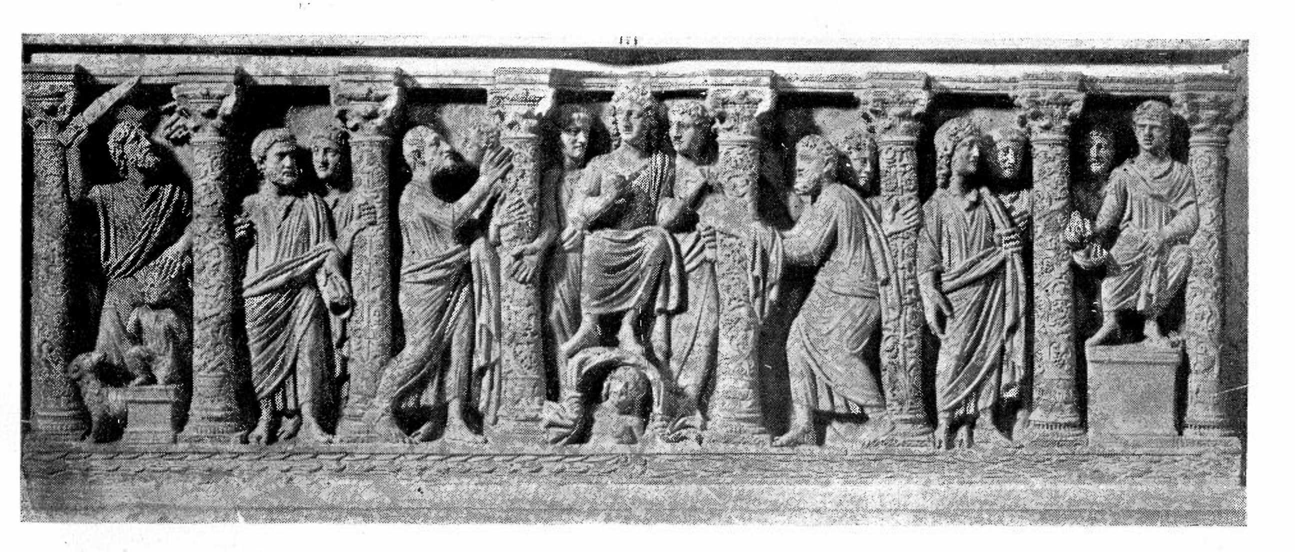
Resurrección del hijo de la viuda de Naím. Multiplicación de los panes. Curación del ciego. Negación de San Pedro. Captura del apóstol. San Pedro haciendo brotar el agua. En el frontispicio de la cubierta: Retrato de la difunta. Cartela con inscripción. Jonás arrojado al mar y engullido por la ballena, y Jonás bajo la pérgula.



En el centro, retrato de los esposos. Zona superior: Jesús entra en Jerusalén. Entrega de los símbolos del trabajo a Adán y Eva. Moisés recibiendo la ley. Sacrificio de Abraham. Resurrección del hijo de la viuda de Naím. Multiplicación de los panes. Zona inferior: San Pedro hace brotar el agua. Captura del apóstol. Negación de San Pedro. Daniel entre los leones. Curación del paralítico. Curación del ciego. La cananea. Conversión del agua en vino.



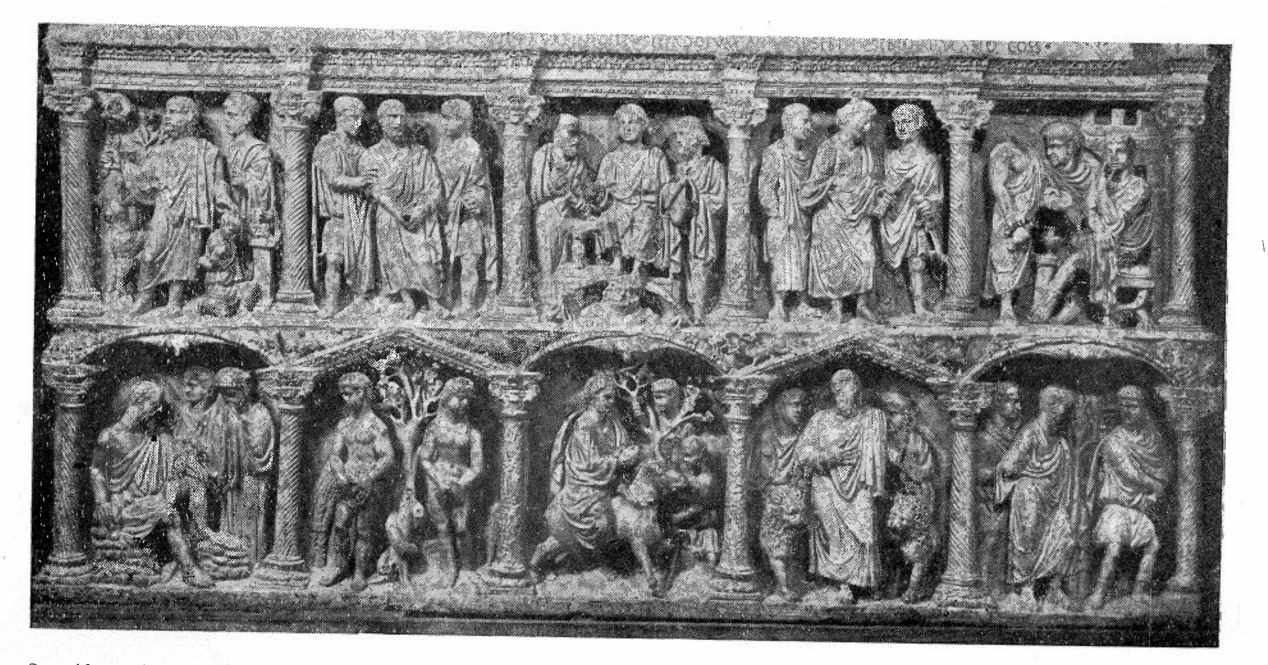
Camino del Calvario. Coronación de espinas. La Anástasis o triunfo de la Resurrección de Jesús. Jesús ante Pilatos. Pilatos lavándose las manos.



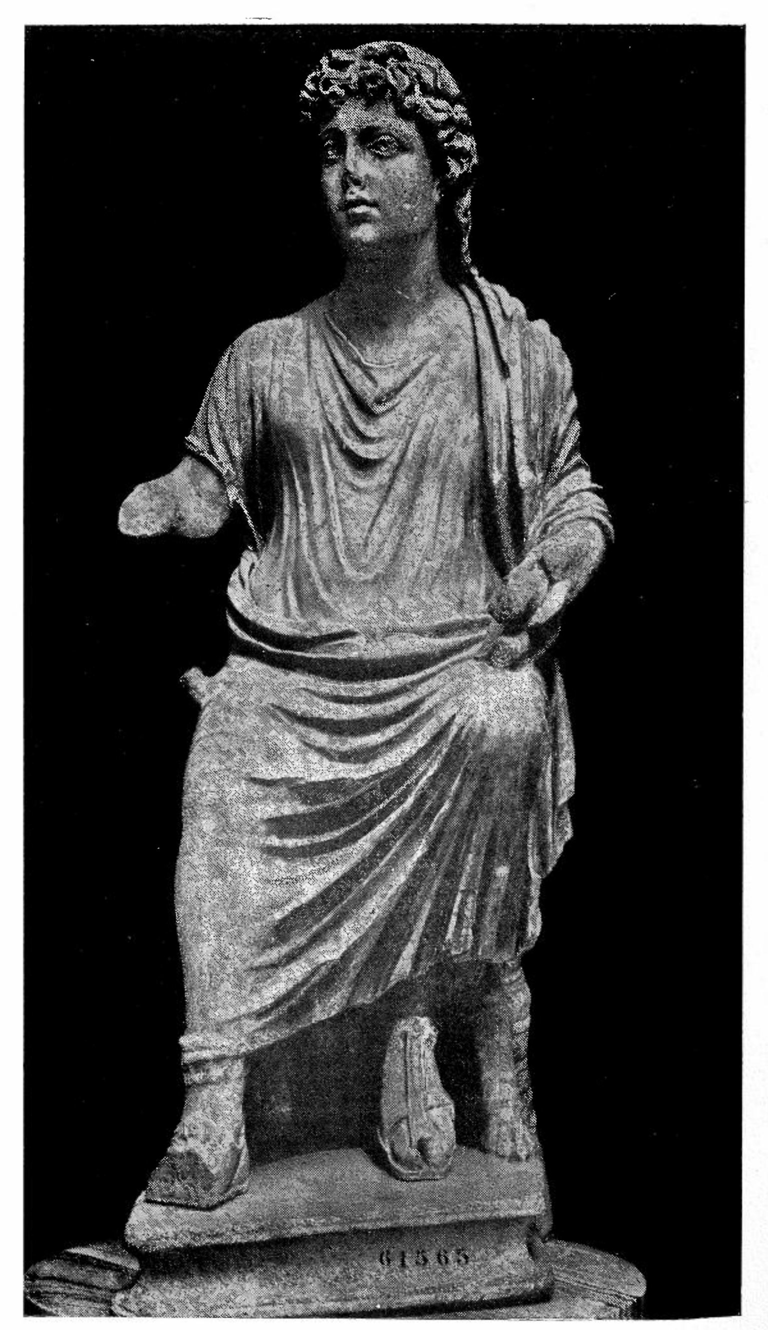
En el centro: Cristo, doctor, dando la ley a San Pedro entre los apóstoles. En los extremos: Sacrificio de Abraham y Cristo en el tribunal ante Pilatos.



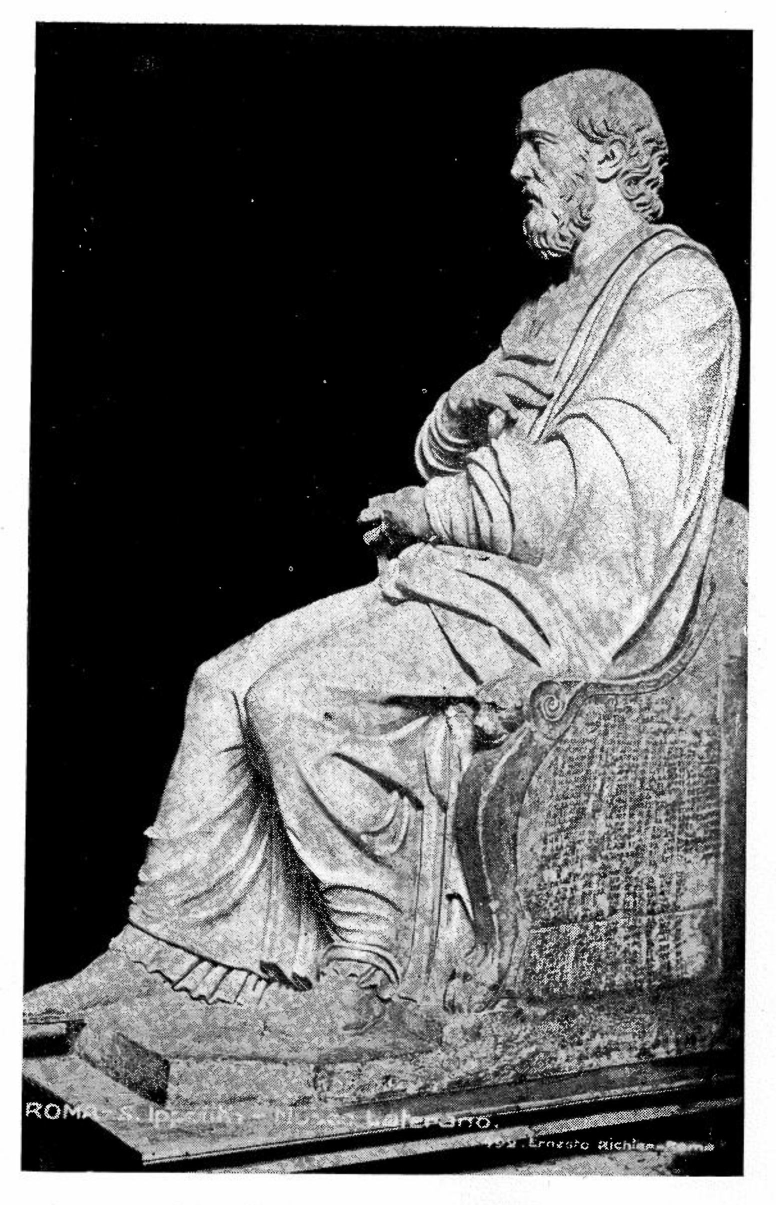
Sarcófago de los esposos Agape y Crescenciano. Sacrificio de Abraham. Moisés recibiendo la ley. Curación del ciego. Negación de San Pedro. La cananea. Multiplicación de los panes. San Pedro hace brotar el agua.



Sarcófago de Junio Basso. Zona superior: Sacrificio de Abraham. Captura de San Pablo. Cristo da la ley entre San Pedro y San Pablo. Cristo conducido al pretorio de Pilatos. Pilatos lavándose las manos. Zona inferior: Job apostrofado por su esposa. Adán y Eva. Entrada de Cristo en Jerusalén. Daniel entre los leones. Captura de San Pedro.



Cristo doctor. Estatua en el Museo romano de las Termas.



Estatua de San Hipólito, que estuvo en el cementerio de su nombre y actualmente en el Museo de Letrán.



Cristo da la ley a San Pedro, acompañado de San Pablo, en el monte del que brotan los cuatro ríos donde acuden a abrevarse las místicas ovejas. *Mosaico en un ábside del mausoleo de Santa Constanza en el cementerio de Santa Inés.*

INGEBANTLATICESMONTE
CORPORAMVLTORVMCINERE
NONTVLITHOCDAMASVSCOM
POSTREQVIEMTRISTESITERV
PROTINVSADGRESSVSMAGNV
AGGERISINMENSIDEIECIT
INTIMASOLLICITESCRVT
SICCAVITTOTVMQVIDQV
INVENITFONTEMPRAEBE
HAEC CVRAVITMERCVRI

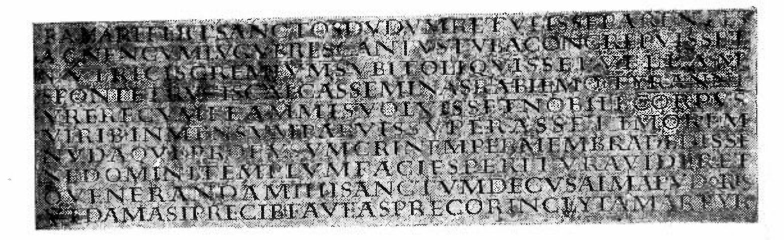
Inscripción *Cingebant* (n. 1 del esquema de p. 448).



Inscripción *Absentes* (n. 3 del esquema).

EXTREMOTVMVLVSLATV
HVNCDAMASVSMONSTRA
TEPROTVMRETINETMEL
SANGVINEPVRPVREOSE
GERMANIFRATRESANI
HICVICTORMERVITPA

Inscripción de Proto (n. 4 del esquema).



Inscripción de Inés (n. 6 del esquema).



Inscripción de Hipólito (n. 8 del esquema).



Inscripción de Ianuarius (n. 13 del esquema).

EVTYCHIVSMARTYRCRVDELIAIVSSATYRANNI
CARNIFICVMQVIASPARITERTVNCMILLENOCENDI
VINCEREQVODPOTVITMONSTRAVITGLORIACHRISTI
CARCERISINLVVIEMSEQVITVRNOVAPOENAPERARTVS
TESTARVMFRAGMENTAPARANNESOMNVSADIRET
BISSENITRANSIERE DIESALIMENTANEGANTVR
MITTITVRINBARATHRVMSANCTVSLAVATOMNIASANGVIS
VVLNERAQVAEINTVLERATMORTISMETVENDAPOTESTAS
NOCTESOPORIFERATVRBANTINSOMNIAMENTEM
OSTENDITLATEBRAINSONTISQVAEMEMBRATENERET
QVAERITVRINVENTVSCOLITVRFOVETOMNIAPRESTAT
EXPRESSITDAMASVSMERITVMVENERARESEPVLCRVM

Inscripción de Eutiquio (n. 9 del esquema).

Inscripción de Agapito (n. 10 del esquema).



Inscripción *Congesta* (n. 11 del esquema).

Inscripción *In armis* (n. 14 del esquema).



Inscripción de Cornelio (n. 15 del esquema).

Inscripción de Proyecta.